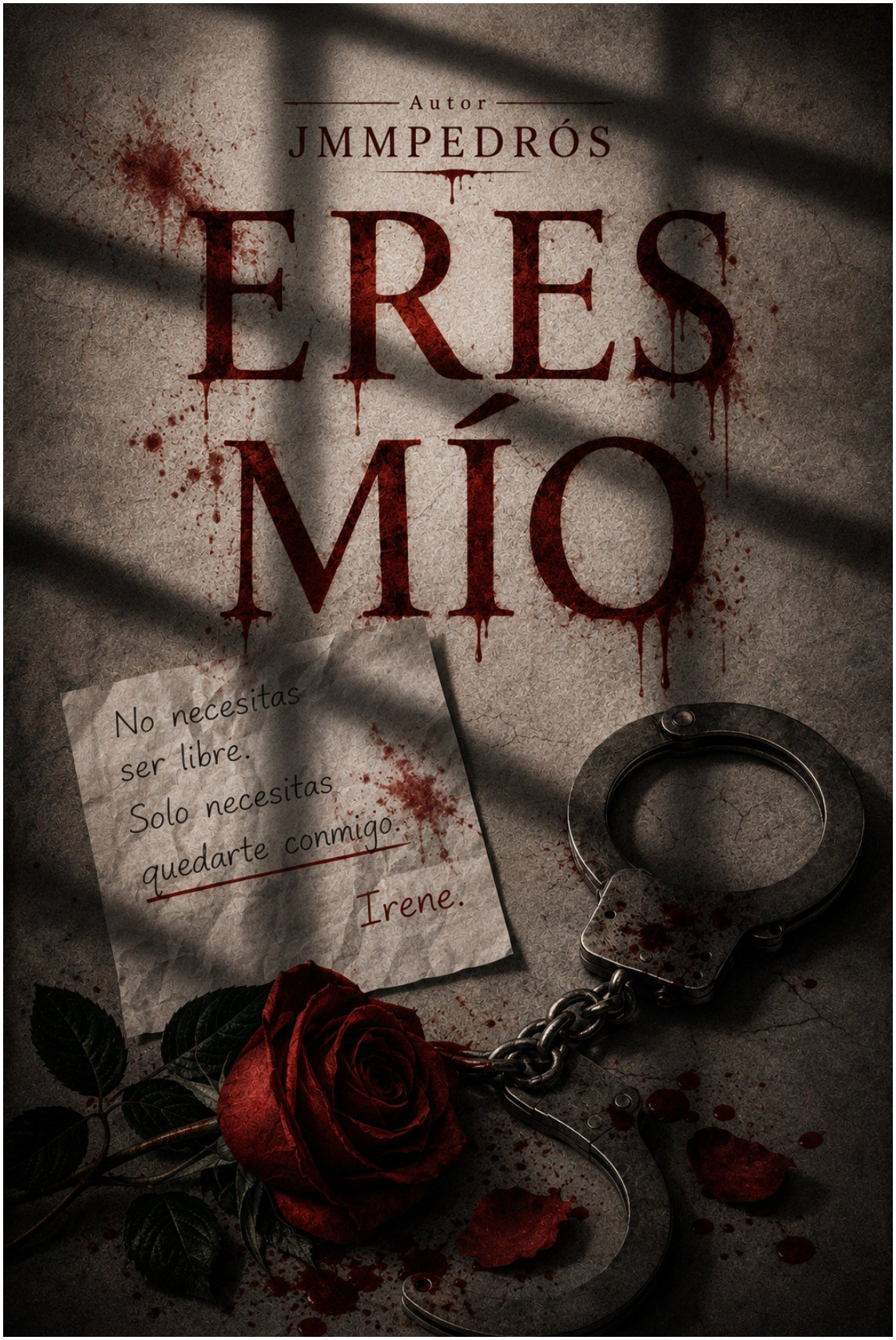
Autor
JMMPEDRÓS
ERES MÍO
No necesitas ser libre.
Solo necesitas quedarte conmigo.
Irene.

ERES MÍO

Autor: JMMPEDRÓS. ®2026

Edición y maquetación propia

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de Copyright y tratados internacionales.

Licencia: Creative Commons Atribución–NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0).
Esta obra puede compartirse, copiarse y adaptarse para fines **no comerciales**, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría.
Autor: JMMPEDRÓS
Para usos comerciales, traducciones editoriales o cualquier otra explotación con ánimo de lucro, es necesario el consentimiento expreso del autor.
Licencia completa:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/

ADVERTENCIA AL LECTOR

Las historias que componen esta colección están dirigidas a un público adulto. En ellas se abordan, con frecuencia y sin concesiones, temas incómodos, oscuros y profundamente humanos que pueden resultar perturbadores para algunas sensibilidades.

No son relatos amables ni buscan endulzar la realidad. Contienen situaciones inquietantes, violencia psicológica, crudeza emocional y un humor negro que no siempre deja buen sabor de boca. Por ello, se recomienda su lectura a personas de mente abierta, con criterio propio y con el estómago lo suficientemente fuerte como para adentrarse en narraciones que no rehúyen lo desagradable.

Si decide continuar, hágalo sabiendo que lo que encontrará en estas páginas no pretende tranquilizar, sino remover

SINOPSIS

El amor puede matarte… más de una vez.
Creer no siempre salva.
El destino no se entiende… se sufre.
Nada es lo que parece cuando empieza a romperse.
Y entonces… ya es tarde.
Las creencias pueden condenarte.
El destino nunca sigue el camino esperado.
Cuando crees tener el control… ya lo has perdido.
Y todo empieza a desmoronarse.

CAPÍTULO 1 ..... **1**
CAPÍTULO 2 ..... **20**
CAPÍTULO 3 ..... **63**
CAPÍTULO 4 ..... **130**
CAPÍTULO 5 ..... **205**
CAPÍTULO 6 ..... **294**
CAPÍTULO 7 ..... **344**
CAPÍTULO 8 ..... **365**
CAPÍTULO 10 ..... **411**
CAPÍTULO 11 ..... **424**
CAPÍTULO 12 ..... **436**
CAPÍTULO 13 — FINAL **481**

CAPÍTULO 1

Irene se cepilló con paciencia su espesa cabellera frente al espejo. Lo hacía siempre de la misma manera, con movimientos lentos y mecánicos, como si el gesto perteneciera más a la costumbre que al deseo de verse hermosa. Cuando quedó satisfecha, recogió el cabello y lo enrolló con habilidad en su habitual y austero moño, sujetándolo con una peineta de plástico adornada con unas pequeñas piedras falsas que pretendían imitar una rosa. Aquella peineta era una de las pocas cosas que había heredado de su difunta madre, y quizá por eso la conservaba con un cuidado casi ceremonioso.

Su imagen le devolvía la mirada desde el espejo del dormitorio, pero Irene la observaba con una distancia que habría sorprendido a cualquiera. No había en sus ojos el menor rastro de la expectación o la vanidad que suele acompañar a una mujer joven cuando se acicala antes de salir. En su caso, aquel ritual matinal se parecía más a una tarea doméstica que a un acto de coquetería, algo que debía hacerse simplemente porque formaba parte del orden cotidiano de su vida.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, contemplándose con una mezcla de resignación y costumbre, como quien examina un objeto antiguo que lleva demasiado tiempo en la misma estantería.

—¡Maldita sea! —se dijo a sí misma.

Debería haber comprado un espejo barato, de esos que, por pura mala calidad, terminan siendo compasivos y permiten alguna mentira piadosa. Pero no. Este, en particular, lo había adquirido siguiendo uno de los consejos favoritos de su madre, que repetía con obstinación que lo económico, a la larga, siempre sale caro. Y el dichoso espejo era de tan buena calidad que no admitía error ni indulgencia alguna: la que aparecía reflejada en él era Irene, y nadie más.

El traidor y desagradecido cristal mostraba sin piedad a una persona bajita y robusta, instalada ya en esa edad incierta en la que muchas mujeres empiezan a mentir sobre los años que tienen… y desean secretamente que los demás también participen en la mentira.

¿Pintarse? En absoluto. ¿Para qué? Para Irene aquello no era más que un gasto innecesario, una frivolidad destinada a mujeres que tenían a alguien delante de quien justificarse. ¿Pero ante quién iba a arreglarse ella? Era viuda y vivía más sola que la una, así que el gesto le parecía tan inútil como encender una lámpara en una habitación vacía.

Sus ojos, grandes y negros como dos aceitunas maduras, le otorgaban una expresión que muchos habrían calificado de sensata, quizá incluso prudente. Sin embargo, aquella mirada contrastaba con la dureza de su rostro, marcado por una seriedad casi permanente, como si la vida se hubiera encargado de borrar poco a poco cualquier resto de frivolidad o ligereza.

La melena que antaño había sido de un castaño rojizo lleno de vida presentaba ahora síntomas evidentes de una peligrosa tendencia a abandonar su color natural. Todo el cabello, cuidadosamente estirado hacia atrás, quedaba prisionero del severo moño que Irene acababa de hacerse, lo que terminaba de conferirle un aire austero, casi marcial, como si su cabeza hubiera decidido adoptar la disciplina de un pequeño ejército doméstico.

Vestía una camisa negra de un riguroso, austero y casi eterno luto, abotonada hasta el cuello sin dejar el menor resquicio a cualquier mirada indiscreta. La caída de la falda descendía muy por debajo de la rodilla, tanto que apenas se adivinaba parte de sus decentes y gruesas medias de algodón.

Al final de aquellas pulcras piernas calzaba unos zapatos de tacón discreto, apenas cuatro centímetros, lo justo para caminar con seguridad. Eran tan sólidos y sensatos como todo lo demás en su vida, pensados para no admitir tropiezos ni accidentes que pudieran provocar situaciones embarazosas o revelar lo que, en realidad, a nadie le importaba ver.

Su ropa no presentaba ni una mancha ni una arruga que no fuera estrictamente inevitable. Las únicas que toleraba eran las que dejaba el simple hecho de sentarse, aunque incluso esas le resultaban irritantes. Cada vez que se levantaba de una silla, Irene alisaba la falda con gesto casi automático, como si estuviera librando una pequeña batalla contra aquellas rebeldes marcas de tela.

Sentarse, de hecho, era para ella una operación que exigía cierta estrategia: pequeños movimientos calculados, un discreto acomodo de la falda sobre el regazo, y la permanente precaución de mantenerlo todo debidamente cubierto

frente a esas imaginarias y endemoniadas miradas que, en realidad, casi nunca estaban allí… porque Irene, la mayor parte del tiempo, estaba sola.

En conjunto, su atuendo era lo más parecido a un hábito de monja que podía encontrarse fuera de un convento.

Al fin dio por buena su apariencia. Irene tomó su trasnochado sombrero —por supuesto, negro— y se lo colocó con la misma precisión con la que un soldado ajusta su gorra antes de una inspección. Después se puso los guantes y tomó su gran bolso de mano, un artefacto de dimensiones tan considerables que habría intimidado a cualquier señorita más joven.

Antes de salir de casa lo revisó con meticulosidad. Era un trámite obligatorio. Irene no confiaba en la improvisación.

Ni el más avezado excursionista habría dispuesto de un equipo tan completo como el que guardaba aquel bolso. En su interior no faltaba absolutamente de nada: bolígrafos de varios colores, hojas de papel, tarjetas de identificación y de crédito, botones de repuesto, hilo y aguja, un cortauñas y un sinfín de objetos que ella clasificaba bajo la sabia y prudente categoría de “por si acaso”.

Aquella colección de pequeñas herramientas y útiles domésticos formaba una especie de arsenal preventivo contra cualquier imprevisto imaginable. Porque, en opinión de Irene, el mundo estaba lleno de situaciones desagradables que podían resolverse fácilmente… siempre que una persona sensata hubiera tenido la previsión de llevar encima el objeto adecuado.

Para Irene la vida nunca había sido otra cosa que una larga carrera de obstáculos. Había crecido en el seno de una familia numerosa, siendo la única hija entre cinco hermanos varones. Sus padres, tras varios intentos y no poca insistencia del destino, habían deseado con empeño tener una niña, y finalmente Irene llegó al mundo para cumplir aquel anhelo.

Sin embargo, haber nacido mujer en aquella casa y en aquella época tenía un significado muy concreto. A los pocos años, cuando apenas alcanzaba la altura suficiente para manejar una escoba sin arrastrarla por el suelo, Irene comenzó a ayudar a su madre en los quehaceres domésticos. Mientras tanto, su padre y sus hermanos mayores salían cada día a buscar el sustento familiar, siguiendo el orden natural que aquella sociedad —profundamente patriarcal— consideraba incuestionable.

Así, mientras los muchachos aprendían a desenvolverse en el mundo exterior, Irene crecía entre ollas, escobas, remiendos y tareas interminables, aprendiendo desde muy joven que la vida, para algunas personas, consistía sobre todo en mantener el orden de las cosas y evitar que todo se desmoronara.

A los dieciséis años conoció a un joven apuesto que, con la facilidad propia de la juventud, le prometió la luna y unas cuantas estrellas más. Irene, que por entonces atravesaba una de esas épocas en las que el enfado con la familia parece justificar cualquier decisión precipitada, no opuso demasiada resistencia a los entusiasmos amorosos del muchacho. Aquella relación, tan intensa como breve en prudencia, terminó dejándola en estado de buena esperanza.

El matrimonio llegó poco después, aunque la verdad sea dicha, más por obligación que por romanticismo. Al pobre muchacho no le quedó demasiado margen para otra decisión que no fuera pasar por el altar.

Durante un tiempo, sin embargo, las cosas marcharon razonablemente bien. Su marido consiguió empleo en la misma fábrica donde trabajaba su padre, lo que aportó cierta estabilidad al hogar. Irene, por su parte, se dedicó con diligencia a lo que entonces se consideraba la vida natural de una mujer: cuidar de la casa, atender a su hijo y cumplir con las obligaciones conyugales que el matrimonio imponía con discreta regularidad.

Durante aquellos años, y dentro de lo que permitían las circunstancias, Irene llegó incluso a conocer algo parecido a la felicidad.

Los años, como es bien sabido, no perdonan bajo ningún concepto. Avanzan con la constancia implacable de un óxido poderoso que termina por corroerlo todo, incluso aquello que parecía más sólido.

Su hijo creció, terminó sus estudios y, con esfuerzo y cierta satisfacción materna, consiguió acceder a la universidad. Irene contempló aquel logro con el orgullo silencioso de quien ha dedicado su vida entera a que otra persona tenga oportunidades mejores.

Pero fue entonces cuando comenzaron a abrirse los pequeños infiernos domésticos.

Un día su hijo conoció a una joven que, con la naturalidad con la que ocurren esas cosas, le robó el corazón. Y, de paso, también se llevó lo que Irene consideraba todavía su pequeño y querido niño.

Sola… o casi. Porque, en realidad, su hijo había llenado por completo su vida durante años. Sin embargo, el paso del tiempo y la inevitable distancia fueron haciendo su trabajo con paciencia implacable. El muchacho, ocupado en su propia vida, terminó por alejarse poco a poco de su madre hasta el punto de que Irene llegó a sentir que su presencia en el mundo se había vuelto apenas un recuerdo incómodo. Aquella sensación de abandono terminó pasándole factura y, durante una temporada, necesitó incluso ayuda psicológica para sobrellevarlo.

Su marido, por su parte, parecía vivir en una dimensión completamente ajena a los tormentos de su mujer. Su mundo se reducía a su mal pagado trabajo en la fábrica, a rondar a Irene de vez en cuando mendigando un poco de sexo —cada vez con menos éxito—, a sus interminables partidas de cartas, al tabaco, a la bebida y a la lenta pero constante expansión de esa prominente barriga que algunos, con optimismo excesivo, llaman la barriga de la felicidad.

Se suele decir que Dios aprieta, pero no ahoga. Y quizá esa frase tenga algo de verdad, porque un día ocurrió algo que, en el fondo, terminó por aliviar muchas cosas.

Fue una mañana cualquiera cuando el marido de Irene decidió, por fin, abandonar este mundo con discreción. Y digo bien que fue un buen día, porque aquel suceso dejó a nuestra protagonista convertida en viuda… y también en beneficiaria de un seguro de vida que años atrás había convencido a su esposo de contratar, a cambio de una noche de pasión tan intensa como, en retrospectiva, estratégicamente calculada.

Y así fue como Irene se encontró, casi sin darse cuenta, en una situación que muchos habrían considerado envidiable. Disponía de una cantidad respetable de dinero, vivía en un tranquilo suburbio de una de esas ciudades dormitorio donde nunca pasa nada realmente importante, poseía unas cuantas hectáreas de terreno heredadas y, para completar el conjunto, algunas acciones que le proporcionaban ingresos suficientes para vivir sin demasiadas preocupaciones.

En resumen, Irene reunía todos los requisitos que la sociedad suele atribuir a una viuda acomodada: independencia económica, tranquilidad y una vida sin sobresaltos.

Es decir, era —sobre el papel— la típica viuda alegre.

Aunque, en su caso, lo de alegre era más bien una cuestión puramente teórica.

Aunque era económicamente independiente y todavía disfrutaba de una salud razonablemente buena para su edad, Irene poseía un pequeño automóvil utilitario que utilizaba en contadas ocasiones. En realidad, sentía una profunda desconfianza hacia los coches. Le parecían artefactos malolientes, caros de mantener y, en la mayoría de los casos, tan inútiles como arrojar el dinero por la ventana sin el menor sentido.

Por ese motivo prefería recurrir al transporte público, al que consideraba un medio seguro y eficaz para desplazarse hasta el centro de la ciudad. Claro que aquel sistema tampoco estaba exento de inconvenientes. Los trayectos solían venir acompañados de empujones, prisas y una curiosa mezcla de olores corporales que, según la opinión de Irene, no se debían tanto a la falta de higiene como a la peligrosa costumbre de algunos ciudadanos de sustituir la ducha por generosas dosis de colonia barata.

A pesar de todo, seguía prefiriendo el autobús o el metro antes que su propio coche. No era por convicción política —Dios la librara—, porque cualquier cosa que sonara a izquierdas, comunismo o, peor aún, anarquismo, le producía un escalofrío inmediato. Simplemente se consideraba una mujer práctica, de esas que valoran la eficacia por encima de la aparente independencia que puede ofrecer un vehículo privado.

Irene se encaminó hacia la parada del metro con paso firme y decidido, como quien cumple con una rutina perfectamente ensayada. Al llegar al andén, lanzó una rápida mirada alrededor, examinando con detenimiento a los presentes, como si estuviera realizando una silenciosa inspección de seguridad. En su experiencia, cualquier lugar concurrido albergaba siempre a algún individuo con inclinaciones sospechosas o manos demasiado inquietas.

Tras aquel breve reconocimiento estratégico, localizó un asiento libre junto a una mujer de aspecto respetable y decidió sentarse a su lado. Apenas intercambiaron una mirada, pero fue suficiente para que entre ambas se estableciera ese peculiar entendimiento silencioso que, en ocasiones, surge entre desconocidas que comparten la misma prudente desconfianza hacia el resto del mundo.

Durante unos segundos permanecieron allí, sentadas con una compostura casi ceremonial, como si aquel pequeño espacio entre las dos se hubiera convertido en una discreta alianza contra los posibles sobones que el vagón pudiera albergar.

El viaje transcurrió de forma vulgar y monótona, sin altibajos dignos de mención. El vagón avanzaba con esa rutina mecánica que termina por adormecer la atención de cualquiera.

Solo ocurrió un pequeño incidente.

Una joven que viajaba de pie se desmayó de repente, o al menos eso fue lo que afirmó cuando recuperó el sentido, alegando que el calor del vagón era insoportable. Irene, sin embargo, no había notado bochorno alguno.

No es que fuera una mujer curiosa —o al menos eso le gustaba pensar—, pero observó la escena con bastante atención. Desde su asiento pudo ver cómo un caballero se apresuraba a socorrer a la muchacha. El hombre se inclinó sobre ella con evidente entusiasmo, quizá demasiado, y comenzó a ayudarla con un celo que, en opinión de Irene, sobrepasaba con creces lo estrictamente necesario para asistir a una persona desmayada.

Fue entonces cuando Irene advirtió el pequeño detalle que parecía escapar al resto de los presentes.

Mientras el improvisado salvador se permitía ciertas libertades táctiles bajo el pretexto de ayudarla, la joven, con una habilidad verdaderamente notable, introdujo la mano en el bolsillo del caballero y le sustrajo la cartera con una naturalidad digna de un profesional del oficio.

Irene presenció toda la escena sin pestañear.

Pero no dijo esta boca es mía. En su opinión, cada cual debía arreglar sus propios asuntos. Mientras nadie intentara robarle a ella, lo que les ocurriera a los demás no era, ni por asomo, problema suyo.

Tras varias paradas más, el viaje continuó entre el murmullo constante del vagón. Irene tuvo que soportar las insulsas conversaciones de algunos pasajeros que hablaban a voz en grito, como si en lugar de encontrarse en un transporte público estuvieran en medio del campo. Aquella falta de discreción siem-

pre le había parecido una de las muchas pequeñas desgracias de la vida moderna.

A todo ello se sumaban los bruscos frenazos del conductor, que parecían delatar una prisa sospechosa por terminar su turno cuanto antes. Cada sacudida del tren provocaba un leve balanceo de los pasajeros, acompañada de inevitables resoplidos y pequeños gestos de incomodidad.

Finalmente, después de aquel trayecto tan ordinario como tedioso, el tren llegó a su destino. Las puertas se abrieron con su habitual suspiro metálico y la pequeña marea de viajeros comenzó a derramarse hacia el andén.

Irene se levantó con su habitual compostura, ajustó ligeramente el bolso bajo el brazo y descendió del vagón.

Un gran cartel publicitario, luminoso y llamativo, anunciaba los productos del establecimiento desde lo alto de la fachada. Todo el frente del local era un amplio escaparate acristalado que permitía ver con claridad los artículos cuidadosamente dispuestos para su venta.

Irene se detuvo frente a él.

Permaneció unos segundos observando el interior con gesto pensativo, como si estuviera calculando mentalmente algo más complejo que una simple compra. El reflejo de la calle se mezclaba en el cristal con los objetos del escaparate, creando una imagen confusa que parecía aumentar aún más su indecisión.

Un pequeño mar de dudas comenzó a agitarse en su cabeza.

¿Realmente lo necesitaba?

¿Sería prudente comprar algo así?

¿Y si, después de todo, resultaba peligroso?

Durante un momento permaneció inmóvil, con el bolso firmemente sujeto bajo el brazo, como si aquella decisión aparentemente trivial tuviera consecuencias mucho más serias de lo que cualquiera hubiera imaginado.

Aguijoneada por los consejos y experiencias que había escuchado a algunas de sus amistades, Irene decidió que no debía dejar pasar la oportunidad. Respiró hondo, se armó de valor y, tras una breve vacilación, empujó la puerta y se adentró en el inmenso establecimiento.

El interior era amplio, luminoso y cuidadosamente ordenado, como esos comercios que inspiran confianza a primera vista… aunque también cierta inquietud a quienes no están acostumbrados a gastar dinero.

Un dependiente, siempre atento y con el instinto bien entrenado, detectó de inmediato la presencia de una posible compradora. Sus ojos se posaron sobre Irene con la precisión de un cazador experimentado que ha localizado una presa interesante.

Años de oficio le permitían clasificar a los clientes en apenas unos segundos. Y la mujer que tenía delante le pareció enseguida un caso bastante claro: una ciudadana dubitativa y algo temerosa… pero con toda la apariencia de ser, al mismo tiempo, perfectamente solvente.

En otras palabras, una clienta prometedora.

—Muy buenos días, señora. ¿En qué puedo servirle? —preguntó el dependiente con una sonrisa profesional, de esas que parecen saber de antemano la respuesta.

—I… no sé… —respondió Irene con cierta indecisión.

—No se preocupe —replicó él con tono tranquilizador—. Para eso estamos aquí. Cualquier duda que tenga, no tiene más que preguntar.

La voz del vendedor se deslizó con suavidad, casi con la cautela de quien sabe que una palabra mal colocada puede espantar a un cliente.

—Es que… algunas amistades me lo han recomendado, pero yo… —murmuró Irene, todavía sin terminar de convencerse.

—No diga más, señora —interrumpió el dependiente con amabilidad estudiada—. Acompáñeme, por favor.

Y, con un gesto galante que parecía ensayado cientos de veces, le ofreció el brazo para guiarla hacia el interior del establecimiento.

El establecimiento resultó ser mucho más grande de lo que Irene había imaginado al verlo desde la calle. Un sinfín de departamentos se sucedían unos tras otros, repletos de artículos de todas clases y destinados, al parecer, a satisfacer cualquier necesidad imaginable.

Mientras caminaba tras el dependiente, Irene no pudo evitar mirar a su alrededor con una mezcla de curiosidad y cautela.

«Era verdad lo que decían mis amistades», se dijo para sí misma. «Aquí hay de todo lo que una pueda necesitar».

El vendedor, que parecía poseer ese extraño instinto que algunos comerciantes desarrollan con los años, giró de pronto hacia uno de los pasillos laterales y condujo a Irene hasta una sección claramente señalizada.

Sobre el acceso, un elegante rótulo anunciaba con letras discretas:

“Acompañantes”

—Aquí tiene, señora —dijo el dependiente.

Con un gesto amplio del brazo señaló todo el departamento, como si estuviera presentando una exposición especialmente valiosa. Ante ellos se extendía un amplio espacio lleno de productos cuidadosamente ordenados y dispuestos para su elección.

Irene comenzó a recorrer el departamento con paso lento y metódico, observando cada uno de los acompañantes alineados ante ella. Lo hacía con la misma seriedad con la que un general pasa revista a sus tropas, examinando con detenimiento a cada uno de aquellos individuos que permanecían quietos, bien formados y aparentemente disponibles para quien decidiera llevárselos.

Mientras tanto, el vendedor la seguía a corta distancia, frotándose las manos con un entusiasmo difícil de disimular. La expresión del rostro de Irene —mezcla de sorpresa, curiosidad y desconcierto— le hacía presentir una venta tan cercana como suculenta.

De pronto, nuestra protagonista se detuvo en seco.

Sus ojos se clavaron en uno de los acompañantes y durante unos segundos permaneció completamente inmóvil, contemplándolo con una mezcla de asombro y desconcierto.

«¿Cómo es posible —se dijo para sí misma— que este auténtico Apolo se encuentre aquí, expuesto como si fuera una simple mercancía, listo para ser vendido como un vulgar esclavo de compañía?»

El comerciante, siempre atento a las reacciones de sus clientes, advirtió de inmediato la turbación de la mujer. Con una sonrisa satisfecha, se acercó ligeramente y comentó con tono cómplice:

—Es guapo, ¿verdad?

Irene se azoró tanto que durante unos segundos no supo qué responder. Aquella simple pregunta había removido pensamientos que ella procuraba mantener cuidadosamente encerrados en los rincones más discretos de su conciencia.

«¿Guapo? ¿Pero qué dice este hombre?» se preguntó para sí misma.

Aquel calificativo le parecía escandalosamente insuficiente. En realidad, el individuo que tenía delante era algo mucho más cercano a un Adonis que a un simple hombre atractivo. Su cuerpo era esbelto y armonioso, lleno de una gracia natural que resultaba difícil ignorar. Las líneas de su torso descendían con elegante proporción desde los anchos hombros hasta unas caderas estrechas y perfectamente definidas.

Y el rostro… ¡ah, el rostro!

Era, sencillamente, perfecto. La nariz breve y recta, los pómulos altos y bien marcados, la boca suavemente curvada en una expresión que parecía a medio camino entre la serenidad y la melancolía. Allí donde la mejilla se desvanecía hacia la comisura de los labios se insinuaba una delicada sombra que terminaba de dar al conjunto una belleza casi inquietante.

Había en su expresión, además, un leve toque de tristeza, una especie de indiferencia elegante que parecía propia de alguien acostumbrado a saberse observado.

Irene terminó pensando, con cierto desdén silencioso, que aquel vendedor no tenía ni la menor idea de la calidad de la mercancía que estaba ofreciendo.

—Eso a mí me tiene sin cuidado —respondió Irene, mintiendo con una serenidad que habría resultado admirable en cualquier interrogatorio.

—Por supuesto, señora —contestó el dependiente con rapidez, procurando no contrariar a una posible compradora.

Irene lo miró fijamente durante unos segundos, como si estuviera evaluando la solidez de un objeto delicado.

—¿Es… peligroso? —preguntó finalmente con tono inquisidor.

El vendedor abrió los ojos con gesto escandalizado.

—¡Desde luego que no, señora! —replicó casi ofendido—. Toda nuestra mercancía cuenta con los correspondientes certificados médicos y las máximas garantías de calidad.

Luego añadió, con un leve toque de orgullo profesional:

—Aquí solo trabajamos con lo mejor.

«Aquel Apolo», pensó Irene, «se encontraba allí, en medio de sus compañeros, que en comparación no le llegaban ni a la suela de los zapatos». Y aquello le parecía profundamente injusto.

Un hombre así —continuó reflexionando— debería estar expuesto en un museo, admirado por todos los amantes de la belleza, contemplado con el respeto que se reserva a las obras verdaderamente excepcionales. Pero no. Allí estaba, alineado junto a los demás, destinado —según parecía— a desempeñar tareas que a Irene le resultaban, cuando menos, moralmente degradantes.

¿Qué destino cruel —se preguntó— habría conducido a semejante criatura hasta aquel lugar y a tan bajo estatus social?

Durante unos instantes permaneció mirándolo con una mezcla de compasión, curiosidad y algo que prefería no analizar con demasiado detenimiento.

Al final Irene no pudo contenerse más y dejó escapar la pregunta que llevaba varios minutos rondándole por la cabeza.

—¿Cómo es posible que una criatura semejante esté a la venta? —preguntó con visible desconcierto—. ¿No será algún tipo de error?

El vendedor levantó ligeramente la barbilla con una dignidad profesional casi ofendida.

—¡Desde luego que no, señora! —respondió con firmeza—. Este establecimiento es absolutamente serio.

Irene frunció el ceño.

—Entonces… —insistió— ¿cómo se explica?

El dependiente dudó un instante, como si estuviera valorando cuánto debía revelar.

—En realidad… sí ha habido un error —admitió finalmente.

Irene abrió los ojos con gesto escandalizado.

—¿Cómo que un error?
—Verá usted —comenzó el vendedor con tono conciliador—. Todos los caballeros que ve aquí saldan con este trabajo deudas propias… o, en algunos casos, las de sus familiares. Pero este en particular llegó por voluntad propia.

—¡Imposible! —exclamó Irene, visiblemente contrariada—. Me está usted engañando.

Para ella, y para la mayoría de las personas de su entorno social, la palabra voluntario simplemente no formaba parte del vocabulario aplicable a situaciones como aquella.

—En absoluto, señora. Nada más lejos de mi intención —respondió el dependiente apresuradamente—. Jamás se me ocurriría arrojar piedras contra mi propio negocio, como comprenderá.

El hombre empezaba a sentirse algo incómodo. Tenía la vaga sensación de que estaba cometiendo uno de esos errores de principiante que consisten en dar demasiadas explicaciones. Pero al mismo tiempo sabía que aquel asunto

merecía la pena: aquel ejemplar era especial… y pensaba pedir una suma considerable por él.

Irene estaba ya casi convencida. Sin embargo, en el fondo sabía que algo no terminaba de encajar. La actitud del dependiente, tan pródiga en explicaciones, parecía indicar que apreciaba enormemente la mercancía que estaba intentando venderle.

«Todo eso no puede ser malo», se dijo para sus adentros.

Aun así, no quedó completamente satisfecha. Tras unos segundos de reflexión, decidió seguir indagando.

—Bien… pero este en particular —preguntó con cautela— ¿será fuerte, dócil y servicial?

El vendedor sonrió con confianza.

—No lo dude, señora. No deje que su aspecto de Adonis la engañe —respondió—. Mire esos músculos… están hechos para cualquier trabajo. Si quiere comprobarlo, puede tocar.

Irene vaciló un instante. Luego, con cierta timidez, se acercó.

Primero apoyó la mano en su antebrazo. Después, casi sin darse cuenta, fue recorriendo lentamente la línea del brazo hasta llegar a la mano, deteniéndose un momento en aquellos dedos largos y firmes.

«Qué fuerza…», pensó para sí misma. «Qué presencia…».

Además, percibió un aroma limpio y agradable que terminó de desconcertarla.

El acompañante, completamente ajeno a aquellas impresiones, permanecía inmóvil e impasible, tal como lo hacían todos los de su clase, aguardando en silencio la decisión de la clienta.

Irene apenas podía creer la ganga que parecía habérsele presentado delante. En aquel momento estaba convencida de que el precio no supondría ningún obstáculo. Fuera cual fuese la cantidad que pidieran por él, estaba dispuesta a pagarla.

Sin embargo, había un detalle que no pasaba desapercibido.

En realidad, era el mismo defecto que presentaban todos los acompañantes de aquel departamento.

A la altura de la sien, discretamente visible entre el cabello, aparecía una pequeña cicatriz circular de apenas unos centímetros de diámetro. Una marca limpia, perfectamente delimitada, que delataba sin lugar a dudas la huella de una intervención quirúrgica.

Irene ya había oído hablar de ello.

Aquella cicatriz era el signo inequívoco de la operación a la que todos ellos habían sido sometidos.

Después de abonar una suculenta suma, cumplimentar el inevitable papeleo y escuchar una serie de consejos prácticos que el dependiente —más que satisfecho con la venta— le ofreció con entusiasmo profesional, Irene dio por concluida la operación.

Acto seguido tomó del brazo a su nuevo acompañante.

Con una mezcla de discreto orgullo y cierta solemnidad, abandonó el establecimiento y se encaminó directamente hacia el transporte público.

Apenas habían avanzado unos metros por la calle cuando comenzaron a llamar la atención de los transeúntes.

No era algo especialmente extraño ver a una mujer de mediana edad caminando junto a su pareja. Sin embargo, en este caso había algo que resultaba inevitablemente llamativo. El hombre que acompañaba a Irene poseía una presencia difícil de ignorar: su extraordinaria apostura y, sobre todo, aquella musculatura poderosa y perfectamente definida contrastaban de forma casi cómica con la severa figura de su dueña.

Más de una persona se detuvo unos segundos para observar a tan peculiar pareja.

Irene, por su parte, caminaba con la expresión firme de quien ha tomado una decisión importante y no piensa dar ninguna explicación a nadie.

A Irene le gustaba caminar con discreción, casi en silencio. Tenía la costumbre de acercarse a los demás sin que se percataran, observándolos durante unos instantes antes de que advirtieran su presencia. Siempre había considerado muy útil sorprender a la gente desprevenida; de ese modo, pensaba, uno obtenía una pequeña ventaja sobre los demás.

Mientras avanzaban por la calle, Irene caminaba con esa misma cautela que tan bien conocía. Tan silenciosa como una gata, aprovechó un momento para observar a su acompañante de reojo.

Lo miraba a hurtadillas, con una mezcla de curiosidad y desconcierto, casi como una colegiala que teme ser descubierta en un pensamiento impropio.

En realidad, no tenía motivo alguno para comportarse así. No debía explicaciones a nadie, y mucho menos a aquel hombre que ahora caminaba tranquilamente a su lado. Sin embargo, había algo en él que la turbaba profundamente.

Aquella presencia, aquella fuerza serena, estaba despertando en su interior un latido que llevaba muchos años dormido, enterrado bajo la rutina y la grisura de un matrimonio largo y aburrido.

Irene vivía en una casa con un hermoso patio interior que se abría a un amplio jardín. Era un espacio cuidado con esmero: setos bien recortados, senderos de grava perfectamente delimitados y algunos árboles frutales que cada primavera adornaban el lugar con flores discretas. Todo aquel pequeño paraíso doméstico tenía, sin embargo, un inconveniente evidente: resultaba caro y laborioso de mantener.

Durante años Irene se había ocupado de él como buenamente había podido, aunque no sin cierto esfuerzo.

Pero ahora las cosas habían cambiado.

Ahora disponía de su fiel acompañante.

Allí estaba el mancebo, inclinado sobre el macizo de flores, completamente absorto en aquella sencilla tarea que parecía concentrar toda su atención. Bajo la luz cálida de la tarde, su piel adquiría un tono dorado, ligeramente bronceado, que resaltaba aún más mientras cuidaba con meticulosa paciencia los rosales y el tapizado césped del jardín.

Irene lo observaba desde el patio con una mezcla de satisfacción y silencioso orgullo.

Había tenido la precaución de vestirlo con un mono de trabajo para las labores del jardín. Sin embargo, tras pensarlo un momento, decidió que aquella prenda solo debía cubrirlo hasta la cintura. De ese modo —y para probable envidia de sus vecinas— el joven trabajaba con el torso completamente descubierto, dejando a la vista aquella escultura de músculos que tanto la había impresionado en la tienda.

Irene, que jamás había sido una mujer dada a las frivolidades, no pudo evitar reconocer que el jardín parecía ahora un lugar mucho más agradable de contemplar.

Mientras su particular Adonis trabajaba en el jardín bajo el impecable sol del mediodía, Irene permanecía resguardada a la sombra del porche. Sostenía un refresco en la mano y, tras pensarlo un momento, decidió que lo observaría con mayor comodidad desde su balancín favorito.

Se acomodó en él con parsimonia y comenzó a mecerse suavemente.

Desde allí tenía una vista perfecta del jardín… y de su acompañante.

A medida que el balancín avanzaba y retrocedía con su lento ritmo, Irene fue quedándose poco a poco absorta en sus pensamientos. Durante unos instantes ni siquiera fue consciente de la emoción extraña que comenzaba a instalarse en su interior.

No se sentía culpable.

Tampoco confundida.

Simplemente lo miraba.

«¿Y qué hay de malo en eso?», se preguntó para sí misma.

El muchacho continuaba trabajando con concentración tranquila, ajeno a la mirada constante de su dueña, mientras el jardín parecía cobrar una nueva vida bajo la luz dorada de aquel mediodía.

En un momento dado, el Adonis levantó la cabeza.

Sus ojos se dirigieron hacia ella con aquella misma expresión de calma distante, casi indiferente, que parecía característica de todos los de su clase. Fue apenas un instante, una mirada breve y silenciosa.

Pero Irene se estremeció.

El balancín se detuvo lentamente.

«¿Cómo es posible?», pensó. «¿Acaso estos seres no piensan ni sienten?»

La idea la inquietó más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

«¿Se habrá molestado? ¿Habrá notado que lo estaba observando?»

Durante unos segundos permaneció completamente inmóvil, tratando de ordenar sus pensamientos.

«No… seguramente son imaginaciones mías», concluyó finalmente, intentando tranquilizarse.

Sin embargo, algo en aquella mirada había despertado una duda inesperada.

Y la duda, en la mente de Irene, era una visita poco frecuente… pero muy persistente.

Todas aquellas preguntas comenzaron a agolparse en su mente, provocándole un leve malestar que Irene no estaba dispuesta a tolerar durante mucho tiempo.

Afortunadamente, su conocida autodisciplina acudió pronto en su auxilio.

Con la misma firmeza con la que durante años había sabido mantener el orden en su vida, fue apartando una a una aquellas incómodas reflexiones hasta desterrarlas de su pensamiento. No era la primera vez que lo hacía, ni sería la última.

En cuestión de segundos su mente volvió a la calma habitual.

Irene se acomodó de nuevo en el balancín y retomó su suave vaivén, decidida a no permitir que ideas absurdas alteraran una tarde que, por lo demás, estaba resultando de lo más agradable.

CAPÍTULO 2

Dentro de aquel cascarón seguía habiendo un hombre.

Sus recuerdos permanecían intactos, y también sus anhelos. Nada de aquello había desaparecido. Todo seguía allí, vivo, latiendo en algún rincón de su mente.

Gritaba.

Se debatía.

Intentaba con desesperación romper las cadenas invisibles que lo mantenían prisionero.

Pero su propio cuerpo no le obedecía.

Era como si alguien hubiera tomado el control de cada uno de sus músculos, dejándolo reducido a un simple espectador atrapado en su propia carne. Sus órdenes no llegaban a ninguna parte. Ningún gesto respondía a su voluntad.

Nadie lo escuchaba.

Nadie sabía que allí dentro existía una persona.

Desde el exterior, el mundo lo veía simplemente como otro más de aquellos acompañantes silenciosos, obedientes e inexpresivos.

Pero en el interior de aquel cuerpo perfecto… alguien seguía luchando.

Mientras Irene lo observaba desde el porche, él continuaba trabajando con la misma mansedumbre de siempre, inclinado sobre el jardín y absorto en aquella tarea que su cuerpo ejecutaba con precisión mecánica.

Y, sin embargo, dentro de aquel cuerpo perfecto la realidad era muy distinta.

No entendía por qué seguía obedeciendo.

Sabía perfectamente que podría acabar con todo en un instante. Bastaría con dejar caer las herramientas, avanzar un par de zancadas y plantarse frente a aquella mujer que lo contemplaba con una mezcla de curiosidad y deseo. Un solo golpe bastaría.

Pero no podía hacerlo.

Su voluntad gritaba órdenes que nunca llegaban a sus músculos. Algo invisible dominaba cada movimiento, cada gesto, cada respiración.

Su cuerpo no le pertenecía.

Y aquella impotencia lo consumía.

Dentro de su mente hervía un odio feroz, oscuro, dirigido contra todos: contra quienes lo habían reducido a ese estado, contra aquel mundo que lo miraba como si fuera un objeto… y también contra la mujer que, sentada cómodamente en su balancín, lo contemplaba como si fuera una simple adquisición más.

¡¡Cuánto odiaba a todo el mundo!!
Era un auténtico diálogo de sordos.

Solo él se escuchaba a sí mismo.

Mientras tanto, su cuerpo —como si ya no le perteneciera— continuaba ejecutando otras acciones con obediencia absoluta.

No era capaz de articular palabra alguna. En el mejor de los casos, apenas lograba emitir un gruñido, un sonido torpe y animal, más propio de una bestia que de un ser humano.

Si sentía hambre, dependía por completo de la voluntad de su dueño o dueña de turno para recibir alimento. Y si nadie se acordaba de alimentarlo, simplemente podría morir allí mismo, sin mostrar el menor gesto que delatara sufrimiento o protesta.

Su existencia estaba reducida a una dependencia total.

Sus propietarios debían encargarse incluso de su higiene personal. Tenían que asearlo y cambiarle los pañales, porque ni siquiera percibía cuándo su vejiga o sus intestinos estaban llenos.

Era como un autómata de carne.

Obedecía.

Acataba.

Ejecutaba cada orden que recibía, le gustara o no, sin la menor posibilidad de negarse. Y mientras su cuerpo cumplía dócilmente aquellas instrucciones, su mente se retorcía de odio cada vez que intentaba —inútilmente— oponerse a los deseos y caprichos de quienes lo poseían.

Pero esa resistencia interior nunca lograba atravesar el muro invisible que lo mantenía prisionero.

Sus pensamientos comenzaron a alejarse muy lejos en el tiempo, tanto que aquella vida anterior empezaba a parecerle casi irreal. Había transcurrido una eternidad desde aquel fatídico día en el que tomó la decisión que acabaría conduciéndolo hasta su situación actual. A veces intentaba recordar con claridad cómo había sido todo antes, pero la memoria se le presentaba confusa, como si perteneciera a otra persona distinta. Un hombre nace, crece, se reproduce y muere; así podría resumirse, en pocas palabras, la existencia humana. Un esquema simple que la mayoría acepta sin detenerse demasiado a reflexionar sobre él. Pero la cuestión no es tan sencilla cuando uno se pregunta con qué bagaje llega realmente a este mundo. Para muchos no es más que una curiosidad filosófica, una reflexión ocasional que se pierde entre las preocupaciones cotidianas. Para nuestro protagonista, en cambio, aquella idea no tenía nada de abstracto: era una desgracia que lo había acompañado desde siempre.

El señor Naranja —así lo llamaremos a partir de ahora—, porque resultaría inútil referirse a él por su verdadero nombre. Al fin y al cabo, no tendría demasiado sentido despertar simpatía o cariño por un personaje cuyo destino terminará siendo el de un simple esclavo. Aclarado este punto, conviene explicar que nacer con todas las cualidades de un ser humano perfectamente estructurado, con la apariencia de uno de esos bebés que adornan las portadas de las revistas anunciando pañales o biberones, podría hacer pensar a cualquiera que

la fortuna ha decidido sonreírle desde el primer instante de su existencia. A simple vista parecería que a esa criatura le hubiera tocado el premio gordo de la lotería de la vida.

Sin embargo, nada más lejos de la realidad.

El susodicho señor Naranja vino al mundo convirtiéndose inmediatamente en la principal atracción del hospital. Su nacimiento despertó tal expectación que médicos y enfermeras no pudieron evitar acercarse a contemplarlo con curiosidad. Todos quedaron prendados de su aspecto angelical, de aquella perfección casi irreal que parecía haber sido diseñada con un esmero poco habitual incluso para los caprichos de la naturaleza.

Durante los primeros días, aquel pequeño recién nacido fue observado, comentado y admirado con una mezcla de fascinación y ternura. Nadie sospechaba que aquella belleza extraordinaria, que tanto asombro provocaba en quienes lo rodeaban, terminaría siendo con el tiempo una de las mayores desgracias de su vida.

A partir de aquel momento comenzaron los verdaderos problemas. Su padre no tardó en desarrollar unos celos difíciles de disimular, pues la madre del pequeño parecía no tener ojos para nadie más que para él. La criatura se había convertido en el centro absoluto de su universo, desplazando a todo el resto de la familia a un segundo plano casi humillante. Aquella situación fue deteriorando poco a poco la convivencia doméstica hasta que, como suele ocurrir en estos casos, el matrimonio terminó por romperse y cada cual siguió su camino.

La separación, lejos de apaciguar las cosas, solo agravó el problema. La madre del señor Naranja comenzó a discutir con su propia familia, pues veía en todos ellos a posibles usurpadores del afecto que ella consideraba exclusivamente suyo. Cualquier gesto de cariño hacia el niño por parte de abuelos, tíos o parientes era interpretado como una especie de intrusión intolerable en lo que, según su particular manera de ver el mundo, le pertenecía por derecho propio.

Sus hermanos, por su parte, tampoco lograron entender jamás aquella extraña dinámica familiar. Desde muy pequeños crecieron a la sombra de aquel hermano cuya presencia parecía eclipsarlo todo. Y tuvieron además la desgracia —o quizá la simple normalidad biológica, según quiera interpretarse— de ser algo menos agraciados físicamente que él. Como resultado de aquella inevita-

ble comparación constante, acabaron desarrollando toda clase de complejos y resentimientos, muchos de los cuales terminaron siendo tratados en las consultas de psicólogos, psiquiatras y otros mata-sanos que viven, en gran medida, de este tipo de desdichas familiares.

Mientras tanto, el joven señor Naranja crecía ajeno a aquel pequeño desastre emocional que su sola existencia había provocado en su entorno.

A la temprana edad de cinco años, el precoz señor Naranja ya era capaz de comprender y repetir varios idiomas con solo escucharlos durante un breve tiempo. Aquella habilidad, que en cualquier otro niño habría sido considerada sorprendente, en su caso parecía surgir con una naturalidad desconcertante. Por si aquello no fuera suficiente, también tocaba el piano y el violín con una soltura que dejaba perplejos a cuantos lo escuchaban. Lo verdaderamente curioso de todo ello era que el niño jamás había estudiado música de manera formal. Simplemente se sentaba frente a los instrumentos y comenzaba a tocar como si la partitura estuviera grabada en algún rincón secreto de su cerebro.

Pero el pequeño prodigio no parecía conformarse con demostrar talento en un solo campo. Muy pronto comenzó a interesarse por cuestiones que normalmente ni siquiera pasan por la mente de los adultos, como la astrofísica o los misterios del universo. Llegó incluso a discutir con sus propios profesores acerca de la teoría de la relatividad, citando a Einstein con una seguridad que resultaba tan desconcertante como irritante para quienes se suponía debían enseñarle algo. Aquellas escenas provocaban una mezcla de asombro y fastidio entre los docentes, que no siempre llevaban bien verse corregidos por un niño de apenas cinco años.

Los inevitables celos de algunos profesionales de la enseñanza, unidos al carácter ferozmente protector de su madre, terminaron cerrando cualquier posibilidad de que el muchacho ingresara en una escuela especializada para superdotados. Así pues, aquel prodigio de la naturaleza acabó diluido en el sistema educativo público, rodeado de compañeros que difícilmente podían comprender lo que ocurría en su cabeza y de profesores que preferían tratarlo como a cualquier otro alumno antes que enfrentarse al incómodo desafío que representaba su inteligencia.

Durante su etapa en la educación primaria, y hasta aproximadamente los doce años, el señor Naranja tuvo que cambiar de escuela pública en varias oca-

siones. La razón de aquellos constantes traslados no se debía precisamente a problemas académicos —algo que habría resultado, por lo demás, bastante improbable—, sino a los pequeños y precoces amoríos que mantenía con sus compañeras de clase. Aquella mezcla de belleza poco común, inteligencia precoz y una natural capacidad para atraer la atención ajena provocaba en muchas niñas una fascinación que terminaba convirtiéndose en un auténtico problema para la disciplina escolar.

La madre del muchacho comenzó a recibir continuas quejas por parte de otras madres, que acudían a protestar indignadas al descubrir que sus hijas pasaban buena parte del tiempo suspirando por aquel niño prodigio. Algunas de aquellas jóvenes criaturas se dedicaban a llorar por los rincones del patio o del aula, descuidando por completo sus estudios. Otras preferían encerrarse durante horas en sus habitaciones, hablando sin parar por teléfono con sus amigas, compartiendo penas y desengaños que, a su corta edad, consideraban auténticas tragedias sentimentales.

Ante aquel desfile constante de quejas, reproches y pequeños dramas domésticos, la madre del señor Naranja terminó por sentirse completamente agobiada. En su opinión, la responsabilidad de todo aquel desorden emocional no recaía en su querido hijo, sino en las niñas, a las que consideraba educadas con una liberalidad excesiva y peligrosa para su inocente retoño. Convencida de que aquellas jóvenes pretendían aprovecharse de la extraordinaria personalidad del muchacho, decidió intervenir con firmeza.

La situación llegó a tal extremo que la dirección de uno de los centros educativos terminó recomendándole, con la mayor diplomacia posible, que el niño continuara su formación mediante enseñanza personalizada en la seguridad de su propio hogar. De ese modo —sugirieron discretamente— se evitarían futuros conflictos y se preservaría la tranquilidad académica del resto del alumnado.

El día en que se presentó el nuevo profesor particular, la madre del señor Naranja respiró por fin con cierto alivio. A primera vista, el individuo reunía todas las cualidades que ella consideraba tranquilizadoras en un educador serio y respetable. Su aspecto no podía resultar más adecuado para el cargo: calvo, de estatura más bien baja, vestido con sobrias prendas negras de una sencillez casi monástica. En su rostro destacaba una nariz proporcionada y, sobre todo, unas enormes gafas de concha que descansaban sobre sus orejas con la firmeza de quien ha pasado media vida leyendo documentos incomprensibles para

el resto de la humanidad. En conjunto, el hombre ofrecía esa apariencia ligeramente despistada que uno suele asociar con ciertos científicos que han dedicado demasiadas horas a pensar en cuestiones que nadie más parece comprender.

Tras las presentaciones de rigor y dejando momentáneamente en segundo plano a la madre, el profesor comenzó a conversar con el muchacho sobre diversos temas científicos. Lo hizo con naturalidad, como quien tantea el terreno antes de iniciar una exploración más profunda. A cada respuesta del niño asentía con visible satisfacción, mientras de vez en cuando dirigía una breve mirada hacia la madre, como buscando su aprobación o confirmando que aquella extraordinaria criatura era realmente tan prometedora como parecía.

La señora, sin embargo, se encontraba completamente perdida en medio de aquella conversación. Los términos y conceptos que intercambiaban profesor y alumno se le escapaban por completo, de modo que apenas lograba seguir el hilo de lo que decían. Aun así, intentaba mantener una expresión interesada y asentía cada vez que el educador la miraba, procurando no revelar su desconcierto. Cuando advirtió el entusiasmo del muchacho y la evidente complicidad intelectual que comenzaba a surgir entre ambos, la madre se sintió profundamente satisfecha.

No hizo falta ninguna carta de recomendación ni credenciales formales. Convencida de haber encontrado al maestro adecuado para su prodigioso hijo, lo contrató en el acto.

Los días comenzaron a sucederse con una tranquilidad casi inesperada. El niño parecía encontrarse por fin cómodo, disfrutando de largas conversaciones con una mente que, por primera vez en su vida, se acercaba a la suya en inteligencia y curiosidad. Las clases se transformaban con frecuencia en auténticos debates científicos en los que maestro y alumno discutían con entusiasmo cuestiones que habrían resultado incomprensibles para la mayoría de los mortales. Mientras tanto, su madre, henchida de orgullo y aliviada después de tantos quebraderos de cabeza, empezó a relajarse por primera vez en mucho tiempo. Convencida de que el muchacho estaba en buenas manos, se permitió dedicar su atención a otros asuntos domésticos que durante años había descuidado por permanecer constantemente vigilando a su extraordinario cachorro.

Sin embargo, aquella tranquilidad no estaba destinada a durar.

Un día, como hacía habitualmente, la madre subió a la habitación del niño llevando la merienda. Apenas cruzó el umbral de la puerta, su corazón dio un vuelco. La estancia estaba completamente vacía. Allí donde deberían encontrarse su hijo y el profesor no había absolutamente nadie. Al principio pensó que tal vez se habrían trasladado a otra habitación de la casa o quizá al jardín para continuar la conversación con mayor comodidad. Pero tras recorrer uno tras otro todos los rincones del domicilio —salones, pasillos, cocina, despacho y finalmente el jardín— la inquietud empezó a transformarse en auténtico pánico.

La mujer comenzó a moverse por la casa con creciente desesperación, revisando cada habitación con una agitación cada vez mayor, como si en cualquier momento pudieran aparecer por arte de magia detrás de una puerta. Cuando por fin comprendió que no estaban allí, la angustia se apoderó completamente de ella. Salió corriendo hacia la calle dando gritos desgarrados, aullando con una intensidad que recordaba a la sirena de un coche de bomberos lanzado a toda velocidad, como si su voz quisiera iluminar el barrio entero con destellos de alarma.

Al poco tiempo comenzaron a aparecer los primeros coches de policía. Poco después llegaron también los medios de comunicación y, como suele ocurrir en estos casos, una buena cantidad de vecinos que, aburridos de sus propias vidas y siempre ávidos de un poco de drama ajeno, acudieron con rapidez al lugar del suceso. Todos fingían una expresión de profunda pena y solidaridad, aunque en realidad muchos de ellos apenas disimulaban una curiosidad casi morbosa. La envidia, como es bien sabido, es un sentimiento muy persistente, y los murmullos que corrían entre los presentes dejaban bastante claro que el pequeño señor Naranja no despertaba precisamente grandes simpatías entre quienes lo conocían.

En cuestión de minutos, la casa se convirtió en un escenario improvisado. Cámaras, micrófonos y periodistas comenzaron a instalarse con una rapidez admirable, como si hubieran estado esperando durante años la oportunidad de cubrir una historia semejante. El noticiero de máxima audiencia no tardó en presentarse con todo su equipo de estrellas televisivas, quienes desembarcaron con esa mezcla de gravedad profesional y entusiasmo apenas disimulado que suele acompañar a las desgracias ajenas convertidas en noticia.

La tragedia de la madre fue transformándose poco a poco en un auténtico espectáculo mediático. Cada lágrima, cada gesto de desesperación y cada palabra pronunciada ante las cámaras se convertía inmediatamente en material de primera calidad para la audiencia. En muy poco tiempo, aquel drama doméstico terminó adoptando la forma de un auténtico “reality show”, digno de ocupar varias páginas en cualquier revista de papel couché dedicada a alimentar la curiosidad del público.

Siguiendo las consabidas instrucciones del director de informativos, las cámaras se centraron en la figura de la madre. Allí apareció, con el rostro desencajado y los ojos enrojecidos, suplicando entre lágrimas frente a los focos. Con voz temblorosa rogaba al supuesto secuestrador que tuviera piedad y devolviera a su hijo con vida. Cada palabra era cuidadosamente captada por los micrófonos, cada gesto de desesperación quedaba registrado con precisión quirúrgica por los operadores de cámara. Aquella escena, cargada de emoción y dramatismo, se convirtió de inmediato en uno de los momentos más comentados del noticiero.

Sin embargo, como suele ocurrir con casi todas las desgracias convertidas en espectáculo, el interés del público no tardó en desvanecerse. Pasaron los días, luego las semanas, y el niño seguía sin aparecer. Poco a poco la opinión pública comenzó a enfriarse, y el caso fue perdiendo protagonismo frente a nuevas noticias que reclamaban la atención de los espectadores. Otros dramas, otros escándalos y otras tragedias ocuparon su lugar en el interminable carrusel informativo.

Con el paso del tiempo, el secuestro terminó relegado a un segundo plano, descendiendo lentamente en el “ranking” de importancia del noticiero. Y así, casi sin que nadie se diera cuenta, el pequeño señor Naranja acabó cayendo en el más desolador de los olvidos.

Después de un par de años de desaparición, alguien llamó a la puerta de la casa. La madre, que hacía ya mucho tiempo había perdido toda esperanza de volver a ver a su pequeño, abrió sin demasiada expectación. Ante ella apareció un niño descalzo, vestido con ropas sucias y desgastadas, con una melena larga y descuidada que le cubría buena parte del rostro. Durante unos segundos la mujer permaneció inmóvil, tratando de comprender lo que estaba viendo, hasta que poco a poco fue reconociendo en aquella figura miserable los rasgos de su propio hijo.

Si alguno de ustedes piensa que nacer guapo y mear colonia es una bendición de la fortuna, haría bien en preguntarle a esta madre qué pensaba al respecto después de todos aquellos acontecimientos. Tras dos años de ausencia, le habían devuelto a su hijo, sí, pero lo que regresó a su casa estaba muy lejos del niño prodigio que había desaparecido. El propio muchacho le relató los horrores que había vivido durante su cautiverio. Según contó, el profesor —aquel individuo que había logrado ganarse su confianza— lo vendió a un grupo de ricos que, aburridos de todos los placeres que la vida podía ofrecerles, decidieron experimentar con él toda clase de aberraciones. Cuando finalmente se cansaron de su juguete humano, lo abandonaron a un par de kilómetros de su casa, como quien se deshace de un objeto que ya no le resulta interesante.

La madre escuchó aquel relato sin atreverse a comentarlo con nadie. El miedo a que su hijo volviera a desaparecer era ahora más fuerte que cualquier deseo de justicia. Por eso decidió mantener el asunto en silencio y encerrarlo en la seguridad de su hogar, lejos de miradas indiscretas y de cualquier persona que pudiera interesarse demasiado por el muchacho.

Cuando el muchacho alcanzó los catorce años, su madre llegó a la conclusión de que, después de tanto tiempo, nadie parecía ya interesado en recuperar al niño prodigio que había desaparecido años atrás. El chico, aunque todavía arrastraba algunos traumas de su terrible experiencia, parecía evolucionar de forma razonablemente favorable. Aquello animó a la mujer a buscar una solución definitiva para su educación, y tras no pocas gestiones decidió enviarlo a un internado privado de carácter religioso. Allí le aseguraron una formación estricta, disciplinada y perfectamente supervisada hasta su ingreso en la universidad, algo que tranquilizó profundamente a la madre, convencida de que aquel ambiente austero sería el más apropiado para su extraordinario retoño.

Sin embargo, la estancia del señor Naranja en aquella institución resultó ser bastante breve. El motivo fue un problema tan particular como significativo. Apenas unos meses después de su ingreso comenzaron a producirse una serie de incidentes que alteraron profundamente la tranquilidad del internado. Varias alumnas pertenecientes a familias especialmente pudorosas terminaron completamente fascinadas por el muchacho, rindiéndose sin remedio a sus encantos. Algunas de aquellas jóvenes, incapaces de soportar la intensidad de sus sentimientos, llegaron incluso a intentar resolver su desesperación mediante sobredosis de barbitúricos, convencidas de que el amor del muchacho era tan imposible como necesario para su propia existencia.

La situación se volvió todavía más escandalosa cuando la influencia del señor Naranja empezó a extenderse también entre las religiosas del centro. Algunas abandonaron sus hábitos para siempre, mientras que otras, menos afortunadas, acabaron encontrando un final mucho más trágico colgadas del extremo de una cuerda. Aquella cadena de sucesos terminó provocando un auténtico terremoto moral dentro de la institución.

La madre del muchacho, completamente convencida de que todo aquello no podía tener una explicación racional, comenzó a repetir compulsivamente que el lugar estaba poseído por el Maligno. En su mente, la única conclusión posible era que el internado se encontraba dominado por fuerzas demoníacas que corrompían a cuantos vivían en él. Y como la historia demuestra que algunas personas poseen soluciones muy drásticas para problemas muy complejos, la señora no encontró mejor remedio que aplicar un método de purificación que siglos atrás había sido utilizado con gran entusiasmo por la Santa Inquisición.

El resultado fue que el respetable internado terminó reducido a cenizas.

El niño fue creciendo hasta convertirse en hombre dejando tras de sí un rastro tan peculiar como inquietante: una larga estela de corazones destrozados que, en más de una ocasión, terminaron convirtiéndose en auténticos cadáveres sentimentales. Allí donde aparecía, su extraordinaria presencia provocaba un pequeño terremoto emocional del que pocas personas salían indemnes. Lo que para algunos habría sido un don envidiable, para el señor Naranja se transformó poco a poco en una especie de maldición que parecía perseguirlo con obstinación.

Mientras tanto, su madre terminó internada en una residencia para personas con trastornos mentales, donde continuaba defendiendo con absoluta convicción sus particulares teorías sobre el origen de todas aquellas desgracias. Entre arrebatos de indignación y discursos cada vez más encendidos, juraba y perjuraba que algún día acabaría incendiando el lugar si no tomaban medidas para evitar lo que ella consideraba una amenaza permanente: la presencia de mujeres capaces de caer bajo el hechizo de su hijo.

Cada vez que el señor Naranja la visitaba —algo que ocurría, por cierto, con bastante menos frecuencia de la que la mujer habría deseado— la escena se repetía de manera casi ritual. La madre se dedicaba a cubrir los ojos de cualquier interna que pudiera considerarse mínimamente atractiva, alegando que lo

hacía para protegerlas de un peligro evidente. Algunas de aquellas mujeres, lejos de ofenderse, aceptaban el gesto con cierta curiosidad, creyendo participar en algún juego o entretenimiento improvisado, sin sospechar que para la pobre mujer aquello era una cuestión de la más absoluta seriedad.

El espectáculo, contemplado desde fuera, tenía algo de grotesco y algo de profundamente triste al mismo tiempo.

Finalmente, y como era de esperar, el señor Naranja terminó ingresando en la universidad. Podría pensarse que aquel nuevo entorno académico, más amplio y supuestamente más maduro que el instituto, permitiría al joven desenvolverse con mayor normalidad. Sin embargo, su paso por la institución no resultó mucho más tranquilo que las etapas anteriores de su vida. De hecho, en esta ocasión lo que llegó a peligrar seriamente fue su propia integridad física.

El problema no era otro que la presencia constante de novios celosos que veían en él a un competidor tan serio como desleal. Bastaba con que el muchacho intercambiara unas pocas palabras con alguna estudiante, o incluso que su mirada se cruzara con la de una joven durante unos segundos, para que de inmediato apareciera un pequeño ejército de pretendientes indignados dispuestos a recordarle cuál era su lugar. Aquella situación fue creando a su alrededor una especie de cordón humano permanente formado por estudiantes resentidos que se encargaban de mantenerlo apartado de cualquier posible mirada enamoradiza.

Con el paso del tiempo la tensión fue aumentando hasta tal punto que la propia universidad se vio obligada a intervenir. En más de una ocasión el joven necesitó la protección del personal de seguridad del campus para evitar enfrentamientos que amenazaban con acabar bastante mal. Aquella circunstancia, tan absurda como incómoda para todos los implicados, terminó convirtiéndose en un asunto administrativo que la dirección del centro decidió resolver de la forma más pragmática posible.

Así fue como se estableció una curiosa norma académica: al señor Naranja únicamente le impartirían clase profesoras y profesores de edad madura, considerados lo suficientemente inmunes a su particular magnetismo como para evitar nuevos escándalos sentimentales dentro de la institución.

Tras concluir su accidentada carrera de Derecho, el señor Naranja consiguió finalmente trabajo como pasante en una notaría. A simple vista parecía el lugar perfecto para iniciar una vida laboral tranquila: documentos, escrituras, herencias y una rutina administrativa que prometía estabilidad y discreción. Sin embargo, su estancia allí terminó resultando tan problemática como todas las etapas anteriores de su vida. Durante el tiempo que permaneció en el despacho, se produjeron nada menos que cuatro divorcios y un par de suicidios que alteraron seriamente la tranquilidad de aquella respetable oficina.

El notario, hombre prudente y de ideas tradicionales, comenzó a observar con creciente inquietud los efectos que la presencia del joven provocaba entre los empleados. Aunque el muchacho ni siquiera cobraba sueldo —pues trabajaba como simple becario—, su mera existencia parecía poner en peligro el equilibrio emocional de quienes lo rodeaban. Con el paso de las semanas el propio notario llegó a comprobar en carne propia el extraño fenómeno que acompañaba al muchacho.

Sus queridas hijas, a las que había imaginado un futuro respetable y acomodado, muy lejos de cualquier relación con un simple pasante sin fortuna, terminaron igualmente cautivadas por los encantos del joven. Aquello fue la gota que colmó el vaso de la paciencia paterna. El notario comprendió que, si deseaba preservar la tranquilidad de su familia y de su negocio, lo más prudente era apartar cuanto antes al muchacho de su entorno.

Así fue como el señor Naranja, todavía en la temprana edad de veintitantos años, se encontró nuevamente en la calle, sin empleo ni perspectivas de futuro. Y fue entonces cuando, empujado por las circunstancias y por una vida que nunca le permitió vivir con normalidad, terminó recurriendo al único recurso que parecía quedarle: vender su propio atractivo a quienes estuvieran dispuestos a pagar por él.

La habitación de aquel hostal de mala muerte distaba mucho del cómodo cuarto donde, durante años, su madre había atendido con devoción cualquiera de sus caprichos. Allí no había lujos ni comodidades, tan solo un mobiliario miserable compuesto por un camastro de aspecto dudoso, una mesita pasada de moda y una lámpara de las que permanecen fijadas a la pared como si temieran que algún huésped desesperado intentara llevárselas consigo. Una silla triste y desvencijada completaba el conjunto, junto a un armario empotrado cuyas

dos puertas corredizas, chapadas con una imitación barata de madera, intentaban sin éxito aparentar cierta dignidad.

En un rincón de la estancia se encontraba lo que el establecimiento tenía la osadía de llamar cuarto de baño, aunque en realidad se trataba de un pequeño retrete que apenas merecía tal nombre. Cuatro tabiques de un blanco apagado delimitaban aquel espacio, decorados involuntariamente por manchas de humedad y otros restos orgánicos cuya procedencia resultaba preferible no investigar demasiado. Como toque final de aquella curiosa estética, las paredes estaban adornadas con un par de cuadros pintados al óleo que representaban escenas paradisíacas de palmeras, mares tranquilos y cielos eternamente azules.

Las pinturas, de factura ingenua, parecían obra de alguno de esos pintores callejeros que venden sus lienzos con la esperanza de que, algún día, una de sus obras termine colgada en una renombrada sala de arte. Allí, sin embargo, aquellos paisajes idílicos cumplían una función bastante más modesta: ofrecer a los huéspedes la ilusión de encontrarse en un lugar mejor que aquel hostal olvidado.

La estancia era fría y desangelada, carente de cualquier rasgo que pudiera darle personalidad. En realidad, aquella ausencia de carácter parecía formar parte del propio negocio del hostal, pues era el tipo de lugar que debía resultar igualmente adecuado para la variopinta clientela que lo frecuentaba: mujeres maduras en busca de discretas aventuras y hombres ávidos de experiencias que preferían mantener ocultas lejos de miradas indiscretas. Todo en aquel lugar transmitía una sensación de decadencia silenciosa, como si las paredes hubieran sido testigos de demasiadas historias que nadie deseaba recordar.

El señor Naranja, que había pasado su vida rodeado de admiración, conflictos y tragedias provocadas por su propia presencia, se encontró de repente atrapado en aquel ambiente gris que parecía reflejar su propio estado de ánimo. La distancia entre aquella miserable habitación y el mundo en el que había crecido resultaba tan grande que apenas podía comprender cómo había terminado allí. A medida que pasaban las horas, la sensación de derrota se fue instalando en su ánimo con una fuerza cada vez mayor.

La decadencia en la que parecía naufragar su existencia terminó por empujarlo hacia un estado de ánimo profundamente oscuro. Una depresión de caballo, como habría dicho cualquier observador poco dado a los rodeos, se apode-

ró de aquel guapo galán que tantas pasiones había despertado en otros tiempos. Llegó a tal extremo su desesperación que una sola idea comenzó a repetirse en su mente con insistencia: el suicidio parecía, en aquel momento, la única salida imaginable.

Un día, uno de aquellos clientes —un individuo mal encarado y de modales propios de un auténtico hijo de perra— le propinó una paliza de las que dejan huella. El motivo fue tan absurdo como brutal: el muchacho se negó a ejecutar ciertas exigencias que el otro pretendía imponerle. Aquello resultaba poco habitual en él, que durante mucho tiempo había aprendido a tolerar casi cualquier cosa, pero en aquella etapa de su vida ya no tenía ánimo ni para fingir entusiasmo.

El resultado fue una escena violenta que terminó con el señor Naranja tirado en el suelo de aquella miserable habitación del hostal, intentando recomponerse mientras el otro se marchaba mascullando insultos. Durante largo rato permaneció allí, lamiéndose las heridas, tanto las que se veían en su cuerpo como las que se habían abierto en su orgullo. La suma de golpes, humillaciones y fracasos acumulados a lo largo de su vida comenzó a pesarle de una manera insoportable.

Fue entonces cuando tomó la decisión.

Con una calma extraña, casi resignada, decidió apearse definitivamente de este mundo. Para ello pensó utilizar el único “ticket” de salida que parecía tener a su alcance: dos tubos llenos de aquellas socorridas pastillas para dormir que tantas veces habían servido a otros para escapar de sus propios infiernos.

Después de aquella aparente muerte, algunos de ustedes quizá se estén preguntando si nuestro protagonista vio la famosa luz al final del túnel. Tal vez imaginen la escena clásica: algún familiar difunto acudiendo a recibirlo, o su ángel guardián susurrándole que todavía no había llegado su hora. Pues bien, señoras y señores, nada de todo eso ocurrió. La realidad fue mucho más simple, y también mucho más terrenal.

Cuando el señor Naranja sintió de cerca el aliento frío de la muerte, algo inesperado sucedió dentro de él. De pronto le entraron unas enormes ganas de vivir. No es que su existencia fuese precisamente envidiable —más bien todo lo contrario—, pero aun siendo una vida miserable seguía siendo la única que te-

nía, y enfrentarse cara a cara con la Parca le pareció un asunto demasiado serio como para aceptarlo sin más.

Así que, reuniendo fuerzas de donde apenas le quedaban, logró incorporarse del camastro que hasta entonces había sido su único refugio. El pobre mueble parecía protestar en silencio ante la idea de perder a su ocupante, pero el instinto de supervivencia del muchacho resultó más fuerte que cualquier resignación, incluso que todas las pastillas del mundo juntas.

Con un esfuerzo considerable consiguió abrir la puerta de la habitación y, con un entusiasmo impropio de un moribundo, comenzó a pedir ayuda a gritos por el pasillo del hostal.

Lo que vino después fue poco más que el habitual trámite reservado para quienes han intentado quitarse la vida. Nada que se salga del protocolo establecido: la consabida limpieza de estómago, alguna que otra regañina por parte del personal sanitario y, por supuesto, la inevitable recomendación de recibir ayuda psicológica. Todo ello se desarrolló con esa eficacia rutinaria que tienen los hospitales cuando se enfrentan a situaciones que, por desgracia, han visto repetirse demasiadas veces.

En medio de aquel proceso se encontraba nuestro protagonista cuando lo condujeron finalmente al despacho del especialista encargado de evaluar su estado mental. Allí lo esperaba el doctor, un individuo que respondía perfectamente al arquetipo del galeno de consulta: bata blanca impecable, expresión entre cansada y escéptica, y ese peculiar aire poco tranquilizador que tienen algunos médicos cuando uno sospecha que han visto demasiados casos como el suyo.

El doctor —al que podríamos llamar, sin temor a equivocarnos, el señor Típico Galeno— observaba al joven con la misma mezcla de profesionalidad y distancia que se reserva para quienes llegan a su despacho después de haber tomado decisiones desafortunadas. Su aspecto recordaba inevitablemente al de esos médicos que aconsejan con gravedad a sus pacientes que abandonen el tabaco… mientras sostienen un cigarrillo encendido entre los dedos.

—Hum… —murmuró el doctor mientras se rascaba pensativamente su frondosa barba—. Señor Naranja, ¿verdad?

El médico hojeaba distraídamente lo que parecía ser el historial clínico del paciente, pasando las páginas con la misma parsimonia de quien revisa un documento que, en el fondo, ya conoce de memoria.

—Intento de suicidio… —añadió finalmente, levantando la vista por encima de sus gafas.

—Al final me arrepentí, doctor —respondió el señor Naranja con un leve asentimiento.

El doctor dejó el expediente sobre la mesa y lo observó con un interés algo más atento, como si aquel detalle hubiera despertado su curiosidad profesional.

—¿Y cómo fue eso? —preguntó con tono inquisitivo.

El joven permaneció unos segundos en silencio antes de responder, como si aún le resultara difícil explicar algo que ni él mismo terminaba de comprender.

—No lo sé muy bien… —dijo finalmente—. Cuando pensé que me estaba muriendo… me entraron unas ganas terribles de seguir viviendo.

El doctor arqueó ligeramente las cejas, apoyó los codos sobre el escritorio y entrelazó los dedos con gesto reflexivo.

—Curioso —murmuró—. Muy curioso…

Durante unos instantes observó al muchacho con la mirada de quien examina algo más interesante que un simple caso clínico.

—Dígame, señor Naranja… —continuó con un tono que ahora sonaba ligeramente distinto—. ¿Ha pensado alguna vez en empezar una vida completamente nueva?

El Adonis relató con todo detalle la historia de su vida, o al menos lo que consideró oportuno contar de aquel cúmulo de desgracias, malentendidos y episodios absurdos que habían terminado conduciéndolo hasta aquel despacho. Habló de su infancia prodigiosa, de su madre posesiva, de los internados incendiados, de los enamoramientos descontrolados que dejaba tras de sí y de la ca-

dena interminable de situaciones incómodas que parecían perseguirlo allí donde iba.

El doctor lo escuchaba en silencio, o al menos eso parecía a simple vista. No es que el hombre fuera homosexual ni nada por el estilo, pero resultaba difícil permanecer completamente indiferente ante la extraordinaria presencia física de su paciente. A medida que el joven hablaba, el médico empezó a descubrir con cierta sorpresa que su atención se desviaba de vez en cuando hacia el perfecto perfil del muchacho, hacia la armonía casi escultórica de su rostro o hacia esa expresión serena que parecía impropia de alguien que estaba relatando una vida tan desdichada.

Aquella distracción no era precisamente habitual en un profesional con tantos años de experiencia, pero en esta ocasión el doctor se encontró, sin saber muy bien cómo, observando al muchacho con un interés que iba más allá de la simple curiosidad clínica. De hecho, cuando el señor Naranja terminó su relato, el médico continuó mirándolo unos segundos en silencio, como si aún estuviera procesando algo que no terminaba de encajar en su cabeza.

Fue entonces cuando el propio joven tuvo que aclararse la garganta discretamente para sacarlo de aquel pequeño ensueño profesional.

—Usted perdone, señor Naranja —dijo el doctor acomodándose en su silla—. Le creo a pies juntillas. De hecho, he podido comprobar en mis propias carnes el efecto de su historia. Pero verá… todo tiene solución. Dígame una cosa con sinceridad: ¿sigue teniendo deseos de suicidarse?

—La verdad es que sí… pero… —respondió el muchacho, poco convencido.

—Por favor, sea completamente sincero conmigo, señor Naranja. Piense que está hablando con su confesor.

—Tengo miedo… —admitió finalmente con voz apagada.

El doctor asintió con un gesto comprensivo.

—Eso es muy natural, señor mío —respondió con tono conciliador.

El joven bajó la mirada durante unos segundos antes de formular la pregunta que llevaba tiempo atormentándolo.

—¿Soy un cobarde?

El médico reaccionó con cierta energía, como si quisiera cortar de raíz aquella idea.

—¡Nada de eso, por favor! Usted no es ningún cobarde. Solo es un ser humano, y el instinto de supervivencia suele imponerse incluso a los deseos más desesperados. No hay nada extraño en eso.

El señor Naranja levantó la cabeza con una mezcla de ansiedad y esperanza.

—Entonces dígame, doctor… ¿cuál es la solución para morirse sin tener miedo?

La pregunta quedó flotando en el despacho durante unos instantes.

El médico lo observó con atención antes de responder.

—Existen dos soluciones posibles —dijo finalmente con calma—. La primera sería contratar a un sicario que se encargara del asunto por usted. La segunda… consiste en convertirse en un esclavo.

El doctor hizo una breve pausa mientras lo miraba fijamente a los ojos, esperando que aquellas palabras produjeran el efecto deseado. Cuando comprobó que el muchacho seguía escuchándolo con absoluta atención, continuó hablando.

—En cuanto a la primera opción —continuó el doctor con tono reflexivo— veo una pequeña dificultad. Está penada con cadena perpetua. Claro que usted podría preguntarme con toda lógica: “¿Quién va a condenar a un muerto?”. Y en ese punto tendría usted toda la razón del mundo.

El médico se inclinó ligeramente hacia delante, como si estuviera explicando un curioso detalle legal.

—A usted, desde luego, no podrían condenarlo, puesto que para entonces estaría convenientemente fallecido. Sin embargo, la ley tiene ciertos mecanismos… digamos… preventivos. Y esos mecanismos suelen recaer sobre las personas más cercanas al interesado. Es decir, su mujer, sus hijos, sus padres… y si no los tuviera, tampoco se preocupe demasiado, porque el sistema es bastante creativo: pueden recurrir a tíos, tías, primos, primas e incluso, si la cosa se pone seria, a sus abuelos por ambas ramas familiares.

El doctor hizo una pausa teatral antes de continuar.

—Como ve, se trata de una legislación bastante… exhaustiva. Uno llega a pensar que fue redactada con cierta mala leche, o quizá con la saludable intención de evitar que nadie abandone este mundo antes de tiempo sin dejar a alguien que cargue con las consecuencias.

Al terminar aquella explicación, el médico levantó la mano para cubrirse parcialmente la boca, intentando disimular unas risitas ahogadas que parecían escapársele con dificultad.

—¿Y la segunda opción? —preguntó el señor Naranja con una esperanza que no se molestó en disimular.

El doctor se acomodó ligeramente en su asiento antes de responder, como si estuviera a punto de explicar un asunto delicado.

—Bueno… —dijo finalmente—. Esa alternativa tiene una pequeña pega. Verá usted, la mayoría de las personas que recurren a ella lo hacen porque tienen alguna deuda importante con la sociedad o con determinados individuos, o incluso con alguna entidad comercial a la que no pueden devolverle el préstamo. En esos casos, la solución consiste en pagar su compromiso mediante un servicio… digamos… muy particular.

Hizo una breve pausa y añadió con una leve sonrisa:

—En su caso, podría considerarse una forma de suicidio… sin dolor alguno.

El doctor pronunció las últimas palabras con cierta intención, subrayándolas como si quisiera asegurarse de que su interlocutor comprendía perfectamente el alcance de la propuesta.

—Entonces yo no puedo… —respondió el joven con evidente decepción—. No le debo nada a nadie.

—Existen ciertas… acepciones, señor Naranja —replicó el médico con calma.

El muchacho se inclinó hacia delante, casi implorando.

—Dígame cuál, por favor.

El doctor lo observó durante unos segundos antes de contestar con absoluta tranquilidad.

—Eso depende en gran medida… de mi informe.

—¿Qué informe, señor doctor? —preguntó el joven, desconcertado.

—Naturalmente —continuó el doctor con toda tranquilidad— puedo redactar un informe en el que conste que usted, tarde o temprano, terminará quitándose la vida. Y sería una verdadera lástima que se perdiera la oportunidad de que alguien como usted pudiera convertirse en… digamos… un esclavo más al servicio de la sociedad.

El señor Naranja no necesitó pensarlo demasiado.

—¡Estoy decidido, doctor! —exclamó con una impaciencia apenas disimulada.

El médico levantó una mano con gesto pausado, como quien intenta frenar a alguien demasiado precipitado.

—Un momento, señor Naranja. Antes de tomar una decisión definitiva hay algunos inconvenientes que usted debe conocer.

El joven lo miró con expresión firme.

—A mí eso me da igual, doctor. Si lo que quiero es suicidarme.

El doctor entrelazó los dedos sobre la mesa y lo observó con atención, como si estuviera valorando cuidadosamente sus palabras.

—Comprendo —respondió con calma—, pero en este caso no se trata exactamente de morir… sino de dejar de existir de una manera algo más… útil.

Irene pasó prácticamente todo el día observando a su particular Adonis, siguiendo cada uno de sus movimientos con una atención que ella misma no habría sabido explicar. El joven trabajaba en el jardín con esa precisión mecánica que tanto la tranquilizaba, mientras ella, desde su balancín o paseando por el porche, lo contemplaba como quien vigila algo valioso y delicado al mismo tiempo. Cuando comenzó a caer la tarde, Irene decidió que había llegado el momento de ocuparse de la cena, no solo para ella, sino también para su nueva adquisición.

Preparó la comida con esmero y, una vez dispuesta la mesa, procedió a alimentarlo. Aquella tarea, aunque al principio le había resultado extraña, empezaba a adquirir para ella un aire de rutina. Él permanecía quieto, obediente, incapaz de llevarse el alimento a la boca por sí mismo, de modo que Irene asumía aquella función con una mezcla de responsabilidad y una extraña satisfacción que no terminaba de analizar.

Al terminar, lo condujo hasta una pequeña construcción que tenía en el jardín, una especie de casita de invitados que hasta entonces apenas había utilizado. Allí decidió que sería el lugar más adecuado para instalarlo. Con movimientos metódicos, casi ceremoniosos, comenzó a desvestirlo, procurando mantener la mirada en aquello que consideraba estrictamente necesario, como si aún existiera en ella cierto pudor que no terminaba de desaparecer.

Después lo llevó hasta la bañera y lo aseó con el mismo cuidado con el que se atiende a un niño pequeño, realizando cada gesto con precisión y sin prisas. Aquella escena, que en cualquier otro contexto habría resultado extraordinaria, para Irene empezaba a integrarse en una lógica propia que no necesitaba explicaciones. Una vez terminado el aseo, se ocupó de dejarlo limpio y preparado, aplicando los cuidados necesarios con una naturalidad que habría sorprendido a cualquiera que la conociera.

Finalmente, tomó su mano y lo condujo hasta la cama. Sabía perfectamente que aquellos seres no dormían, que su descanso no dependía del sueño como

el de cualquier persona normal, pero aun así le pareció lo más correcto. Era, en su forma de entender el mundo, lo que debía hacerse.

Y así lo dispuso.

—¡Descansa, que mañana te espera un día muy duro! —le dijo Irene, vocalizando con exageración, como si de ese modo pudiera asegurarse de que sus palabras eran comprendidas.

El esclavo levantó ligeramente la mirada hacia ella. Fue un gesto breve, casi imperceptible, pero en sus ojos pareció asomar algo que no encajaba del todo con la expresión vacía que caracterizaba a los de su clase. Un atisbo de comprensión, o quizá solo la ilusión de la misma, cruzó fugazmente su mirada.

Irene se quedó inmóvil durante un instante, observándolo, como si tratara de confirmar lo que había creído ver. Sin embargo, el joven volvió de inmediato a su actitud habitual, quedando otra vez sumido en aquella quietud obediente que tanto la tranquilizaba.

Convencida de que todo estaba en orden, Irene se inclinó sobre él y lo arropó con un gesto inesperadamente tierno. Después le dedicó una sonrisa breve, casi íntima, y permaneció unos segundos contemplándolo en silencio, como si quisiera retener aquella imagen.

Finalmente, se incorporó y abandonó la cabaña con paso sereno.

Salió de allí más que satisfecha con su nueva adquisición.

A la mañana siguiente, el señor Naranja permanecía inmóvil entre las mantas, en la misma posición en la que su dueña lo había dejado la noche anterior. Irene, en un exceso de celo, lo había arropado con tal esmero que más parecía haberlo amortajado que simplemente acostado. Durante toda la noche, su mente había permanecido despierta, atrapada en aquel cuerpo que no le obedecía, percibiendo con una claridad casi insoportable el paso del tiempo. Cada segundo, cada minuto, cada leve ruido del entorno —el crujido de la madera, el susurro del viento, los pequeños sonidos del jardín— se le presentaban con una nitidez que ni él mismo alcanzaba a comprender.

Aquella vigilia interminable lo había sumido en un estado extraño, a medio camino entre la desesperación y una lucidez inquietante. No podía moverse, no podía dormir, no podía escapar de sí mismo. Sin embargo, algo había cambiado.

Sin saber muy bien cómo ni por qué, en un momento determinado su cuerpo reaccionó.

Primero fue un leve impulso, casi imperceptible. Después, como si una orden desconocida hubiera logrado abrirse paso entre las barreras que lo aprisionaban, el señor Naranja se incorporó lentamente. El movimiento, aunque torpe y contenido, era completamente real.

Se puso en pie.

Durante unos instantes permaneció inmóvil, como si su propio cuerpo dudara de lo que acababa de hacer. Luego, sin que mediara pensamiento consciente que él pudiera identificar como suyo, comenzó a caminar.

Sus pasos lo llevaron fuera de la cabaña, atravesando el jardín con una determinación silenciosa.

Se dirigía hacia la casa de su ama.

Irene dormía profundamente, ajena por completo a todo lo que estaba ocurriendo en el jardín y en la casa. Su descanso era de ese tipo sólido y disciplinado que solo consiguen las personas acostumbradas a mantener el orden incluso en sus rutinas más íntimas. Nada parecía capaz de perturbar aquel sueño metódico que había cultivado durante años.

En la mesilla de noche reposaba su antiguo reloj, uno de esos artefactos que requieren ser atendidos con puntualidad cada noche para darles cuerda, y que, a cambio de tal dedicación, cumplen su función con una fidelidad tan implacable como poco considerada. A diferencia de los dispositivos modernos, aquel reloj no entendía de delicadezas ni de contextos sociales: cuando llegaba la hora de despertar, lo hacía sin contemplaciones, sin distinguir entre su dueña y cualquier vecino que tuviera la desgracia de encontrarse cerca.

A las cinco en punto de la mañana, el mecanismo se activó con una violencia sonora digna de un pequeño desastre doméstico.

El estruendo rompió el silencio de la casa.

Cuando ni siquiera las calles parecían haberse puesto en marcha, sonó el timbre de la puerta de acceso. El sonido irrumpió en la casa con una insistencia desagradable, rompiendo el silencio denso de la madrugada. Irene, todavía sumida en el sopor del sueño, creyó en un primer momento que aquel ruido formaba parte de alguna ensoñación confusa, como si la mente, aún atrapada en el descanso, hubiera decidido incorporar aquel sonido a sus propias fantasías.

Sin embargo, el timbre volvió a sonar.

Y luego otra vez.

La repetición insistente terminó por abrirse paso entre las brumas de su sueño, obligándola a reconocer que aquel ruido no pertenecía al mundo de lo imaginado, sino a la incómoda realidad que reclamaba su atención a esas horas intempestivas.

A regañadientes, Irene abrió los ojos y permaneció unos segundos inmóvil, como si necesitara reunir fuerzas para enfrentarse a la situación. Finalmente, se incorporó con cierta torpeza, más por el fastidio que por la edad, y se dirigió hacia la entrada de la casa con un andar lento y poco elegante, impropio de la compostura que solía mantener durante el día.

Cada paso parecía acompañado de un leve malhumor creciente.

Cuando la puerta se abrió, ante los ojos del señor Naranja apareció, en toda su crudeza, una imagen muy distinta a la que había contemplado el día anterior en el jardín. Allí, frente a él, se encontraba una mujer de mediana edad, descalza, envuelta en un pijama poco favorecedor cubierto por una bata gris que parecía haber conocido tiempos mejores. Sobre su cabeza, una redecilla sujetaba con dudosa eficacia un peinado que, de no tratarse de su dueña, habría sido capaz de asustar al más valiente.

La escena tenía algo de desconcertante. Aquella figura distaba mucho de la mujer firme y controlada que había dispuesto cada detalle de su cuidado el día

anterior. Era una versión más humana, más descuidada, casi vulnerable, que el señor Naranja observaba sin poder reaccionar más allá de aquella presencia silenciosa que su cuerpo le permitía mantener.

Irene, por su parte, tardó unos segundos en procesar lo que tenía delante.

Y entonces lo reconoció.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Irene con tono iracundo, plenamente consciente de que no obtendría respuesta alguna.

El señor Naranja, por toda contestación posible, adoptó una expresión sumisa, casi lastimera, que recordaba vagamente a la de un perro apaleado.

—Está bien… —dijo Irene, recordando de pronto que había sido ella misma quien había establecido las órdenes el día anterior—. ¡Joder con el guapo… sí que madruga!

Soltó la frase en voz alta, más para sí misma que para él, mientras trataba de recomponer su compostura.

—Vale, ya que has venido, te enseñaré lo que tienes que hacer.

Con gesto decidido, lo tomó del brazo y lo condujo hacia el cobertizo donde guardaba las herramientas. Sin embargo, nada más abrir la puerta, un desagradable tufo a excrementos y orina le golpeó de lleno, provocándole un inmediato gesto de disgusto. Durante unos segundos frunció el ceño, intentando localizar el origen de aquel olor, hasta que cayó en la cuenta de lo evidente.

Había olvidado una de las tareas más básicas.

Resoplando con fastidio, lo examinó con rapidez y comprobó que, efectivamente, necesitaba ser atendido. Sin perder tiempo, lo sujetó con firmeza del brazo y lo llevó de vuelta al interior de la casa. Con una serie de indicaciones claras y prácticas, le hizo tumbarse en el suelo y procedió a ocuparse de él con una eficacia que demostraba una sorprendente capacidad de adaptación por su parte.

En cuestión de minutos, la tarea quedó resuelta.

—Levántate —ordenó después con naturalidad, como si todo aquello formara ya parte de la rutina más normal del mundo.

A continuación, lo condujo nuevamente hacia la cabaña, dispuesta a retomar el plan que había comenzado a organizar.

Una vez dentro de la cabaña, Irene le mostró con gesto firme la pared donde colgaban, perfectamente alineadas, varias herramientas de jardinería: unas tijeras de podar y un rastrillo que descansaban de unos ganchos metálicos. A continuación, tomó varias bolsas de plástico y se las tendió, indicándole con movimientos claros que debía utilizarlas para recoger los restos. Después le señaló una carretilla apoyada en un rincón, haciéndole entender que aquella sería la pieza clave para transportar tanto las herramientas como la basura resultante del trabajo.

El señor Naranja, de alguna manera, captó el conjunto de instrucciones. Sin necesidad de palabras, recogió los utensilios, organizó las bolsas y cargó la carretilla con una eficacia sorprendente. Acto seguido, salió hacia el jardín con una determinación silenciosa que no pasó desapercibida para Irene.

La mujer, manteniendo cierta distancia, comenzó a indicarle con gestos lo que esperaba de él, exagerando los movimientos como si temiera que no comprendiera lo más básico. Sin embargo, el esclavo pareció activarse como si un resorte invisible hubiera saltado en su interior. Se inclinó sobre los rosales y comenzó a trabajar con precisión, podando con cuidado y recogiendo cada resto con meticulosidad, introduciéndolo en las bolsas sin dejar rastro alguno.

Cuando terminó la tarea principal, Irene le hizo entender que debía transportar los desechos hasta el punto de recogida, junto a los contenedores de basura. El joven obedeció sin titubeos, empujando la carretilla con paso firme, como si aquella rutina le resultara completamente natural.

La señora observó la escena con creciente satisfacción. Su adquisición no solo era obediente, sino también eficaz, y desde luego mucho menos torpe de lo que había llegado a imaginar. Había oído tantas historias contradictorias sobre aquellos “acompañantes” que no las tenía todas consigo, pero este ejemplar en particular parecía romper todas las expectativas. Y, además, era extraordinariamente apuesto.

«¿Qué más podría desear?», se preguntó para sí misma.

Cuando Irene regresó a la casa aún era temprano. En otras circunstancias quizá habría aprovechado para dormir un par de horas más, pero los años no perdonan, y cuando a una persona de cierta edad se le interrumpe el sueño, resulta muy difícil volver a retomarlo en el punto exacto donde lo dejó. Tras unos instantes de indecisión, comprendió que insistir en volver a la cama sería una pérdida de tiempo.

Así que hizo de tripas corazón y decidió comenzar el día.

Se aseó con su habitual meticulosidad y se vistió de manera sencilla, cómoda y, sobre todo, impecable. La pulcritud era para Irene una forma de respeto hacia sí misma, de modo que no permitió ni una arruga fuera de lugar en su atuendo. Cuando terminó, se miró en el espejo con detenimiento y, al comprobar que todo estaba en orden, asintió con una satisfacción discreta pero evidente.

A continuación, preparó su desayuno con la misma precisión con la que organizaba el resto de su vida y se dispuso a tomarlo en la terraza. Desde allí disfrutaba de una vista privilegiada del jardín, un pequeño escenario doméstico donde todo parecía bajo control.

Y, por qué negarlo, también podía contemplar a su sudoroso Adonis.

Mientras mordisqueaba su tostada y sorbía su café con leche, varias preguntas comenzaron a enturbiar aquel pequeño instante de felicidad que hasta entonces había logrado mantener bajo control. No eran pensamientos cómodos ni especialmente bienvenidos, pero se abrían paso con una insistencia difícil de ignorar.

«¿Es fascinación… o más bien una atracción animal?», se preguntó para sí misma, repitiendo la duda con una obstinación casi incómoda.

Irene sabía perfectamente que, aunque tuviera delante de ella a un hombre en el sentido más evidente de la palabra, aquel ser no dejaba de ser un esclavo desprovisto de voluntad, una criatura diseñada para obedecer sin cuestionar nada. Y, sin embargo, aquella certeza no lograba disipar del todo la inquietud que comenzaba a crecer en su interior.

Las propias preguntas la ruborizaban.

No estaba acostumbrada a ese tipo de pensamientos, y mucho menos a permitir que se instalaran en su mente con tanta claridad. Se descubrió a sí misma reaccionando de una manera que le resultaba tan ajena como desconcertante, como una adolescente nerviosa que, de pronto, se ve frente a la estrella a la que ha idolatrado en secreto.

Aquello, pensó, no tenía ningún sentido.

Y, sin embargo, ahí estaba.

—¡Buenos días, Irene! —dijo su vecina con esa mezcla de familiaridad y falta de tacto que la caracterizaba.

Puede que a algunos no les afecte en absoluto tener cerca a uno de esos vecinos comúnmente conocidos como “toca-pelotas”. Sin embargo, en el caso de nuestra protagonista, el destino había querido mostrarse especialmente generoso. Angustias —que así se llamaba la buena señora— pertenecía a esa peculiar categoría de personas asustadizas, permanentemente malhumoradas y en constante conflicto con el mundo que las rodea. De rígidas costumbres y firmemente convencida de que la humanidad se encontraba al borde del abismo moral, dedicaba buena parte de su tiempo a participar en diversas asociaciones cuyo objetivo era salvar al prójimo de un supuesto Maligno que, para la mayoría, solo existía en su propia cabeza.

Sin esperar invitación alguna, como era habitual en ella, atravesó la terraza con determinación y se dejó caer en una de las cuatro sillas que componían el escaso mobiliario del lugar, adoptando una postura que indicaba claramente que no pensaba marcharse en breve.

—¿Ha desayunado ya, Angustias? —preguntó Irene, plenamente consciente de que aquella pregunta implicaba, casi de manera automática, añadir una tostada más y preparar otra taza de café.

—Estupendo, querida, pero no se levante usted, yo misma me lo prepararé —respondió la vecina con una familiaridad que rozaba lo insultante.

En ese mismo instante, todas las alarmas de Irene se encendieron al unísono. Bajo ningún concepto iba a permitir que aquella mujer cruzara el umbral de su casa con la libertad de quien se mueve en terreno propio. Antes de llegar a la cocina estaban el cuarto de baño y su dormitorio, espacios que para Irene tenían la categoría de sagrados, inviolables, casi intocables. La sola idea de Angustias merodeando por ellos le resultaba sencillamente inaceptable.

—Por favor, no se moleste —replicó con rapidez, forzando una sonrisa que apenas lograba disimular su tensión—. De todas maneras iba a prepararme más café.

Irene se levantó con una diligencia poco habitual en ella, anticipándose a cualquier intento de invasión por parte de su vecina, como si estuviera defendiendo una frontera invisible que no estaba dispuesta a ceder bajo ningún concepto.

Mientras preparaba el desayuno para su vecina, unos nubarrones comenzaron a ennegrecer los pensamientos de Irene. Era plenamente consciente de que el Adonis se encontraba a la vista desde la terraza y que, tarde o temprano, tendría que dar alguna explicación. Aquella idea no le hacía ninguna gracia, pero tampoco estaba dispuesta a dejarse arrinconar en su propia casa.

Se armó de valor.

Decidió que, como suele decirse, a lo hecho pecho. Y si había que defender su decisión, lo haría sin titubeos.

A los pocos minutos regresó a la terraza con una tostada y una humeante taza de café con leche. Su expresión era firme, casi desafiante, preparada para cualquier comentario incómodo o, en el peor de los casos, para una de esas interminables peroratas moralistas de Angustias.

Sin embargo, lo que encontró al volver la dejó momentáneamente desconcertada.

Su vecina estaba completamente absorta mirando hacia el jardín.

Más concretamente, mirando al esclavo.

O mejor dicho… devorándolo con los ojos.

Irene se detuvo un instante, observando la escena con una mezcla de sorpresa y una ligera satisfacción que no se molestó en ocultar del todo.

Aquella puritana, que tanto hablaba de moral y buenas costumbres, parecía no ser tan inmune como le gustaba aparentar

—Vaya, querida, he de decir que alabo tu buen gusto. Sin duda es la mejor decisión que has tomado en mucho tiempo, y no entiendo cómo no lo hiciste antes —comentó Angustias con una naturalidad que descolocó por completo a Irene.

—¿Por qué lo dices? —preguntó ella, intentando aparentar inocencia.

—¡Vamos, querida! Se ve a las claras. ¿No habrá aparecido así, por las buenas, ese pedazo de mozo que tienes trabajando en el jardín? —respondió con una sonrisa cargada de ironía, plenamente consciente de que estaba acorralando a su vecina.

—Bueno… sí, verás… —balbuceó Irene, sin encontrar las palabras adecuadas.

—¡Vamos, Irene! No tiene usted nada de lo que avergonzarse. Yo también tengo uno, aunque, claro… no es tan guapo —añadió, recalcando la última palabra con una intención nada disimulada.

—En absoluto, Angustias. Solo es una ayuda —replicó Irene, tratando de recuperar la compostura, aunque el rubor de su rostro la delataba sin remedio.

—Por supuesto, querida… solo es una ayuda —respondió la otra con una malicia apenas contenida.

—¿Y qué insinúa? ¿Es que no tengo derecho, después de tantos años viuda, a tener ayuda en casa? —preguntó Irene, ya visiblemente alterada.

—Por supuesto que está en su derecho, querida —contestó Angustias con tono condescendiente—. Pero, Irene… no tan guapo, que nos tiene a todas muertas de envidia.

Aquella última frase sonó más a capricho infantil que a comentario adulto, como el de una niña malcriada reclamando un juguete que no posee. Sin añadir nada más, terminó su tostada, apuró el café con rapidez y, levantándose con una agilidad inesperada, se marchó sin despedirse, dejando a Irene con la palabra en la boca y una sensación difícil de definir entre la irritación y una extraña satisfacción.

Irene era perfectamente consciente de que había sufrido un ataque en toda su línea de flotación. Las palabras de Angustias, aparentemente ligeras y hasta bromistas, habían golpeado justo donde más daño podían hacer. Notó cómo una desagradable sensación comenzaba a instalarse en su interior, creciendo poco a poco hasta convertirse en unas incontenibles ganas de llorar que, por pura disciplina, se negó a dejar salir.

La visita de su vecina la había dejado sumida en una especie de anticlimax irónico, como si de pronto alguien hubiera descorrido una cortina y la hubiera sorprendido en una situación que prefería no reconocer. Se sintió, en cierto modo, descubierta… expuesta… casi como si la hubieran pillado en bragas, despojada de la imagen firme y controlada que tanto se esforzaba por mantener.

Su mirada se dirigió entonces hacia el jardín.

Allí estaba él.

Su esclavo.

Y de pronto, lo que hasta hacía unos minutos le había parecido una adquisición casi perfecta comenzó a revelarse bajo una luz mucho menos complaciente. No era mejor que un perro, pensó con una frialdad que intentaba ser racional. Un animal ciega y amorosamente leal, siempre presente, siempre disponible… pero incapaz de pensar, de responder con inteligencia, de ofrecer algo más allá de una compañía muda.

Nunca podría mantener una conversación.

Nunca podría sorprenderla.

Nunca podría, en definitiva, despertar en ella una respuesta real.

Solo estaba ahí.

A su lado.

Haciéndole compañía.

El señor Naranja, más allá de su presencia constante, de su utilidad en los trabajos manuales y de su fidelidad casi animal, representaba para Irene algo difícil de encajar en sus propios esquemas mentales. Era, en esencia, lo más parecido a un varón que tenía a su alcance: un cuerpo completo, armonioso, perfectamente formado… pero desprovisto de voluntad, de palabra y de respuesta.

Y, sin embargo, seguía siendo un hombre.

Aquella idea se abría paso en su mente con una insistencia que comenzaba a incomodarla. Por mucho que intentara reducirlo a la categoría de herramienta o de simple compañía, había algo en él que escapaba a esa definición. No era solo su presencia, ni su utilidad, ni siquiera su belleza. Era algo más profundo, más difícil de nombrar.

Irene no podía evitarlo.

Por mucho que se esforzara en mantener el control, por mucho que intentara imponer su lógica, había una parte de ella que reaccionaba de manera distinta, más primaria, más instintiva. Una reacción que no encajaba con la imagen que tenía de sí misma, pero que tampoco podía ignorar.

Y eso era, precisamente, lo que más la perturbaba.

Sin cariño, viuda, prácticamente olvidada por su hijo y por el resto de su familia, Irene llevaba años viviendo encerrada en su casa, apartada de cualquier forma de vida social que pudiera recordarle lo que había perdido. Su existencia se había reducido a una rutina ordenada y silenciosa, donde cada gesto estaba medido y cada día se parecía demasiado al anterior.

Hacía ya mucho tiempo que, para ella, el amor había quedado relegado a las páginas de las novelas y a las escenas de las películas. Algo lejano, casi ficti-

cio, que observaba desde fuera sin sentirse realmente parte de ello. Una idea más que una experiencia.

Por eso no sabía cómo encajar aquella extraña devoción que comenzaba a sentir por el señor Naranja. Le resultaba incomprensible que un ser como aquel —incapaz de pensar, de responder o de mostrar voluntad propia— pudiera despertar en ella algo que se parecía peligrosamente a un sentimiento.

Tal vez, pensó, la clave estaba precisamente ahí.

En la ausencia de reciprocidad.

En el hecho de que él no pudiera rechazarla, ni cuestionarla, ni exigirle nada. Aquella relación unilateral, en la que todo dependía exclusivamente de ella, le ofrecía una seguridad que nunca había tenido en su vida anterior. No había riesgo, no había conflicto, no había posibilidad de fracaso.

Y, sin embargo, esa misma ausencia era lo que convertía todo aquello en algo inquietante.

Tanto era así que, en más de una ocasión, tenía que hacer verdaderas filigranas consigo misma para no dejarse llevar por el impulso de acercarse y refugiarse entre aquellos brazos que, con toda probabilidad, serían tan fríos e inertes como sus propias noches, marcadas por años de soledad en una alcoba demasiado silenciosa.

La sola idea la incomodaba y, al mismo tiempo, la atraía con una fuerza que no terminaba de comprender.

Durante años había defendido, casi con orgullo, una independencia que muchas de sus amistades consideraban envidiable. Era una mujer que no necesitaba de nadie, que había sabido sostener su vida sin apoyos, sin concesiones, sin debilidades aparentes. Sin embargo, ahora, frente a aquella presencia muda y perfecta, comenzaba a descubrir que tal vez esa independencia tenía un precio que había estado pagando en silencio.

Porque, en el fondo, y por mucho que le costara admitirlo, bien habría sacrificado parte de esa libertad por algo tan sencillo y tan inalcanzable como el amor.

Aunque fuera… el de su propio esclavo.

Irene apartó aquellos pensamientos que comenzaban a torturarla. No estaba dispuesta a permitir que la presencia de su vecina, ni las dudas que había sembrado en su interior, le arruinaran lo que, hasta ese momento, había sido una mañana razonablemente placentera. La siguió con la mirada mientras se alejaba y, si hubiera tenido el poder de fulminarla con los ojos, no cabe duda de que la habría reducido a polvo en ese mismo instante.

Pero no.

No iba a concederle ese triunfo.

Cuando volvió a centrar su atención en el jardín, sus ojos se clavaron en la figura de su esclavo, que continuaba con su labor ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. Irene lo observó en silencio, dejando que su mente, casi sin darse cuenta, repasara los años de su vida, uno tras otro, como si buscara en ellos algún momento que pudiera compararse con lo que estaba sintiendo ahora.

No encontró ninguno.

Su existencia, ordenada, correcta y profundamente monótona, no le ofrecía recuerdos que se acercaran siquiera a aquella sensación extraña, inquietante, pero al mismo tiempo… viva.

Y eso, más que cualquier otra cosa, terminó por inclinar la balanza.

El señor Naranja no comprendía lo que le estaba ocurriendo. Poco a poco sentía cómo las fuerzas lo abandonaban, como si fuera una máquina a la que se le agotara lentamente la batería. No era dolor exactamente, ni tampoco fatiga en el sentido humano que él recordaba, sino algo más sordo, más constante, una especie de apagamiento progresivo del que no sabía escapar.

No tenía hambre.

No sentía la necesidad de alimentarse.

Y, sin embargo, continuaba trabajando.

Ahora lo hacía con movimientos más lentos, menos precisos, pero sin detenerse en ningún momento. Sabía —o más bien, estaba programado para ello— que debía seguir hasta recibir una orden en contra. De lo contrario, continuaría indefinidamente, incluso aunque su cuerpo acabara cediendo bajo el esfuerzo, como un animal de carga incapaz de decidir por sí mismo cuándo parar.

«¿Qué hora será?», se preguntó en su interior.

Alzó la mirada hacia el cielo. El astro rey caía con fuerza, castigando sin piedad el jardín, y allí, bajo aquella luz implacable, su cuerpo seguía obedeciendo mientras su mente permanecía atrapada, consciente de cada instante.

A lo lejos, bajo la sombra protectora de la terraza, su ama permanecía sentada, observándolo.

Deleitándose.

Irene no tardó en percatarse de que algo no iba bien. Desde la terraza, mientras lo observaba con la misma atención de siempre, comenzó a notar cómo los movimientos de su esclavo se volvían cada vez más lentos, más pesados, como si cada gesto le costara un esfuerzo desmedido.

El cambio era sutil, casi imperceptible al principio, pero progresivo.

Demasiado progresivo.

Miró el reloj.

Era ya la una de la tarde.

El sol caía con una intensidad implacable sobre el jardín, y por primera vez desde que lo había adquirido, Irene se dio cuenta de que quizá había subestimado las necesidades de su acompañante. No era solo una herramienta obediente; aquel cuerpo, por muy perfecto que fuera, tenía límites.

O al menos eso parecía.

Se incorporó con cierta urgencia.

Supuso que había llegado el momento de sacarlo de los rayos de sol y, tal vez, alimentarlo. Aquella decisión, tomada casi por instinto, tenía algo de práctico… pero también algo más.

Una preocupación que Irene no estaba dispuesta a reconocer.

—¡Oiga, señor! —gritó Irene a pleno pulmón desde la terraza—. Si usted…

La frase se le quedó a medio camino.

Al escuchar sus propias palabras, se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Lo había llamado como si se tratara de un semejante, como si aquel ser pudiera comprenderla en los mismos términos que cualquier otra persona. Un leve estremecimiento la recorrió. No debía olvidar lo que era.

Era un esclavo.

Y como tal, no respondía a palabras, sino a gestos, a órdenes claras, a indicaciones casi elementales. Algunos, según había oído, necesitaban incluso ser guiados de la mano, como si se tratara de invidentes perdidos en un mundo que no comprendían.

Volvió a mirar hacia el jardín.

El siervo no se había dado por aludido.

Seguía trabajando, lento, obstinado, ajeno a todo, como si aquel esfuerzo interminable fuera la única razón de su existencia.

Irene frunció el ceño.

Aquello empezaba a parecerle excesivo.

Sin pensárselo más, se levantó con cierta prisa y se dirigió hacia él, decidida a intervenir antes de que aquel cuerpo, por muy resistente que fuera, terminara por ceder definitivamente.

Se acercó lo suficiente como para hacerse entender. Por fin, el mancebo reaccionó. Se detuvo en seco, quedándose completamente inmóvil, a la espera

de una nueva orden. Irene le hizo señas claras para que se acercara, acompañando el gesto con una firmeza que no admitía dudas.

Una vez que él se aproximó, lo tomó de la mano y, con una mezcla de autoridad y prisa, lo condujo hasta la mesa, obligándolo a sentarse a su lado. El contacto, aunque breve, no pasó desapercibido para ella, pero decidió no detenerse en ese detalle.

Había algo más urgente que atender.

Cuando por fin lo tuvo donde quería, Irene se dirigió a la cocina con paso decidido. Mientras abría armarios y sacaba lo necesario, una duda tan simple como desconcertante se abrió paso en su mente.

«¿Qué comen los esclavos?», se preguntó.

Se quedó unos segundos en silencio, como si esperara una respuesta que, evidentemente, no iba a llegar.

«Supongo que lo mismo que nosotros», concluyó para sí misma, dando por zanjada la cuestión con una lógica tan práctica como improvisada.

A los pocos minutos regresó con una bandeja generosa en la que había dispuesto unas chuletas acompañadas de verduras y patatas asadas. Colocó la fuente frente al mozo con una cierta solemnidad, como si aquel acto tuviera más importancia de la que ella misma estaba dispuesta a admitir.

Sin embargo, pronto recordó lo evidente.

Tenía que darle de comer.

Con una paciencia que ni ella misma sabía que poseía, comenzó a trinchar la carne en pequeños trozos manejables. Uno a uno, fue acercándolos a su boca, esperando a que él masticara antes de ofrecerle el siguiente. El proceso, que en otras circunstancias habría resultado incómodo o incluso absurdo, adquiría en aquel momento una extraña naturalidad.

Había en sus movimientos una dulzura desconocida, casi ajena a su carácter habitual.

Mientras el esclavo masticaba con esa calma mecánica que lo caracterizaba, Irene alzó la mano sin pensarlo demasiado y le acarició la cabeza. El gesto fue lento, contenido, como si temiera romper algo invisible. Después, con una curiosidad difícil de explicar, recorrió su rostro con los dedos, deteniéndose en los rasgos, en la forma de la mandíbula, en la textura de la piel, como si fuera una invidente tratando de conocer a otro ser humano a través del tacto.

Y entonces ocurrió algo que ni ella misma habría sabido prever.

Sin motivo aparente, sin una razón clara que lo justificara, Irene comenzó a hablarle.

—David… —susurró Irene.

En el mismo instante en que pronunció el nombre, se llevó la mano a la boca, como si pudiera atrapar la palabra antes de que terminara de existir. El gesto fue automático, casi instintivo, como si acabara de cometer una falta imperdonable.

«¿Por qué le he llamado así?», se recriminó en silencio.

Pero lo sabía perfectamente.

David había sido su primer novio. Ese que, por mucho que una quiera, nunca se olvida.

—¡Mal nacido…! —estalló de pronto, como si algo hubiera cedido en su interior—. ¡Cobarde! ¡Me dejaste sola con una simple llamada de teléfono!

Las palabras comenzaron a salir sin control, empujadas por una fuerza que llevaba años contenida. Un aluvión de recuerdos la arrasó como una avalancha imposible de detener.

—¡Por tu culpa me eché en los brazos del que sería mi futuro y aburrido marido! —continuó, con la voz temblorosa—. ¡Una relación sin amor, con la esperanza de olvidarte… y fue peor! ¡Mucho peor! ¡Me acordaba de ti todavía más!

Respiraba con dificultad, como si cada frase le arrancara el aire.

Durante un breve instante pareció que había terminado, que el torrente se había agotado. Pero no.

Aún quedaba demasiado dentro.

—¿No tenías otro momento para romper conmigo? —prosiguió, con una mezcla de rabia y dolor—. ¿No te importó que estuviera de exámenes finales? ¿Ni que acabara de perder a mi madre? ¡Te comportaste como un cerdo! Y lo de "podemos seguir siendo amigos"… ¿a qué venía? ¡Qué frase tan bonita… y tan vacía!

Se inclinó hacia él y, sin pensarlo, tomó su rostro entre ambas manos, obligándolo a mirarla.

—¡Hijo de perra…! —susurró ahora, con una intensidad distinta—. Todavía te quiero. No ha pasado un solo día sin que me acordara de ti. Deseé quedarme viuda para poder ir a buscarte… pero cuando por fin ocurrió, ya era demasiado tarde. Demasiado vieja. Y tú… tú habías desaparecido.

Su voz se quebró.

—A saber… igual estabas muerto.

Lo soltó de repente, como si el contacto le quemara, y se dejó caer en la silla, exhausta. Todo su cuerpo temblaba ligeramente mientras un llanto contenido, largo tiempo reprimido, terminaba por abrirse paso.

El señor Naranja permanecía ligeramente aturdido tras la avalancha de reproches que acababa de recibir. Todo aquello no encajaba en absoluto con la lógica simple de su existencia actual. Aquella mujer, en teoría, solo debía alimentarlo, cuidarlo y darle órdenes claras. Nada más.

Y, sin embargo, allí estaba.

Desbordada.

Rota.

«¿Qué quiere esta mujer?», se preguntó en su interior. «¿Está loca?»

La observaba en silencio, con esa quietud obligada que lo definía. Oía perfectamente cada palabra, cada matiz de su voz, cada quiebro emocional… pero no podía responder. No podía articular sonido alguno, ni un gesto que fuera más allá de lo permitido. Su cuerpo seguía siendo una prisión perfectamente diseñada.

Sus ojos.

Eran lo único que le quedaba.

Pero no eran, como se suele decir, el espejo del alma. En su caso, eran más bien el reflejo de la cárcel en la que estaba encerrado, la única rendija por la que su conciencia podía asomarse al mundo.

Y entonces, algo cambió.

Por primera vez, comprendió.

Comprendió a todas aquellas mujeres… y también a aquellos hombres… que en algún momento de su vida habían caído rendidos ante él. Aquella entrega irracional, aquella obsesión, aquella incapacidad de apartarse… todo empezaba a tener sentido.

Y, sin embargo, esa comprensión no traía alivio.

Traía otra cosa.

«¿Cómo puede ser?», se preguntó con incredulidad. «¿Cómo es posible… que la odie tanto?»

La respuesta no estaba en ella.

Porque aquella mujer no le había hecho daño.

No como otros.

Y, aun así, algo en su interior reaccionaba con una intensidad desproporcionada, casi violenta, como si todo su pasado, toda su frustración y todo su encierro buscaran una salida en esa única figura cercana.

Las preguntas se acumulaban sin respuesta, girando en su mente con la fuerza de una droga que lo invadía por completo, recorriendo cada rincón de su conciencia sin dejarle espacio para escapar.

De repente, ocurrió algo que Irene no supo cómo interpretar.

Una gota comenzó a formarse en el ojo del señor Naranja. Al principio fue apenas un brillo, una humedad casi imperceptible, pero poco a poco fue tomando forma hasta convertirse en una lágrima. Resbaló lentamente por su mejilla, trazando un recorrido sinuoso que parecía dibujar con precisión cada línea de su rostro, como si aquel gesto mínimo tuviera una intención propia.

La gota avanzó sin prisa, alcanzó el borde del mentón y allí permaneció unos instantes, suspendida, dudando entre quedarse o caer.

Finalmente, la gravedad decidió por ella.

Se desprendió.

Irene, que había seguido todo el recorrido con una atención casi hipnótica, sintió cómo algo en su interior se estremecía. No lo interpretó como un fallo, ni como una anomalía.

Lo entendió como una emoción.

Como una respuesta.

Con una delicadeza impropia de su carácter habitual, extendió la mano y, en un gesto lento, recogió la lágrima con la yema del dedo antes de que desapareciera. Durante un instante la observó, como si aquel pequeño rastro contuviera un significado que necesitaba descifrar.

Y sin pensarlo demasiado…

Se la llevó a la boca.

El señor Naranja quedó momentáneamente aturdido, sin saber muy bien cómo reaccionar ante lo que acababa de suceder. O, más bien, sin poder reaccio-

nar en absoluto. Porque pensar, en aquel estado, era ya de por sí un ejercicio incompleto, una actividad condenada a no materializarse en nada útil.

Su ama mandaba.

Y él obedecía.

No había espacio para otra cosa.

Si aquella mujer había decidido interpretar aquella lágrima como una señal de complicidad, como una hipotética reciprocidad de sentimientos, nada podía hacer él para desmentirlo. La realidad, mucho más simple y mucho más amarga, quedaba atrapada en su interior, sin posibilidad de salir al exterior.

Aquella lágrima no había nacido del afecto.

Sino de la rabia.

De la frustración de saberse prisionero dentro de su propio cuerpo, de ser plenamente consciente de su situación y, aun así, incapaz de modificarla en lo más mínimo.

Pero esa verdad no importaba.

No para ella.

Así que no le quedaba más remedio que asumirlo como una carga más, como un añadido cruel a su ya insoportable encierro. No solo estaba atrapado, no solo estaba obligado a obedecer… sino que, además, debía soportar que sus propios gestos fueran interpretados como algo que no eran.

Y eso, de alguna manera, hacía su prisión aún más estrecha.

Capítulo 3

Irene se encontraba fregando los platos cuando el timbre del teléfono irrumpió en la tranquilidad de la cocina. El sonido, seco y persistente, le resultó especialmente molesto, como si alguien hubiera decidido perturbar deliberadamente su ordenado mundo en el momento menos oportuno.

Con un gesto de fastidio, cerró el grifo, se secó las manos con parsimonia y se dirigió hacia el aparato. Mientras caminaba, ya se iba preparando mentalmente para lo que consideraba una pérdida de tiempo segura: otra de esas llamadas comerciales que, con insistencia casi ofensiva, prometían el “oro y el moro” a cambio de nada.

Descolgó el teléfono con la firme intención de despachar la conversación en el menor tiempo posible

—¿Diga? —respondió Irene con sequedad.

—¿Doña Irene, por favor? —preguntó una voz firme, de esas que no admiten demasiadas interrupciones.

—Sí, la misma. ¿Qué se le ofrece? —replicó con un punto desafiante.

—Muy buenos días. Mi nombre es Ramírez, director de relaciones públicas, y le llamo desde el establecimiento donde realizó su reciente adquisición.

El cambio en Irene fue inmediato.

—Ah… sí, dígame, señor —respondió ahora con un tono mucho más suave.

—Verá, señora —continuó el hombre con una calma medida—. Mi llamada es en relación con el artículo que adquirió la semana pasada.

Hizo una breve pausa, calculada, como si quisiera asegurarse de que cada palabra encontraba su sitio.

—Nos hemos encontrado con… un pequeño inconveniente.

—¿Cómo que un inconveniente? —preguntó Irene, visiblemente alterada—. ¿Qué problema?

—Bueno… sí, verá usted… —comenzó el señor Ramírez, con una vacilación poco habitual en alguien de su posición.

Aquel asunto, en particular, le resultaba profundamente incómodo. Acostumbrado a delegar en sus subordinados cualquier incidencia menor, él solía reservarse únicamente para casos de cierta relevancia… o, más bien, para aquellos que él mismo consideraba dignos de su atención. Hasta la fecha, había logrado evitar situaciones comprometidas gracias a ese criterio tan convenientemente flexible.

Sin embargo, en esta ocasión no había tenido escapatoria.

La noche anterior la había pasado dando vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño, rumiando una y otra vez cómo abordar aquella conversación. Como consecuencia, su esposa, harta de aquel constante movimiento, le había propinado más de un codazo, poco dispuesta a compartir su desvelo.

—Señora… —continuó finalmente, carraspeando ligeramente—. Ha adquirido usted… un artículo defectuoso.

La última frase la pronunció en un tono tan bajo que, durante un segundo, deseó sinceramente que Irene no la hubiera escuchado.

—¿Defectuoso? Imposible. Va perfecto —sentenció Irene, sin dejar el más mínimo resquicio para que el señor Ramírez pudiera intervenir.

—Es que… —titubeó él—. ¿No ha visto usted el noticiero?

La pregunta la lanzó con cierta esperanza, como si aquella fuera la salida más sencilla a su problema.

—Pues no… —respondió Irene con naturalidad.

Al otro lado de la línea se hizo un breve silencio.

—¿Y la radio? —insistió, ahora visiblemente sorprendido.

La respuesta, aunque no llegó a formularse de inmediato, era evidente. Irene detestaba todo aquello. No tenía televisión, tampoco radio, y desde luego no compraba periódicos. Siempre había renegado de los medios de comunicación, convencida de que no hacían más que intoxicar a la población con noticias alarmistas y catastrofistas.

«¿Para cuándo un periodismo de buenas noticias?», solía repetir hasta el agotamiento a cualquiera que estuviera dispuesto a escucharla.

—No, señor —cortó finalmente, con un tono que no admitía más rodeos—. Le agradecería que fuera breve. Tengo mucho que hacer.

La advertencia sonó clara.

Y poco amable.

—Disculpe, señora, iré al grano —dijo finalmente el señor Ramírez, reuniendo valor—. Hace un par de días ha sido arrestado un eminente médico, acusado de dirigir una trama corrupta.

—¿Y a mí eso en qué me incumbe? —interrumpió Irene con brusquedad.

—Por favor, señora, déjeme explicarme. Es de vital importancia —respondió él, ahora con un tono casi suplicante.

La situación comenzaba a resultarle incómoda en exceso. Aquella mujer no era un interlocutor fácil. Respiró hondo, contó mentalmente hasta diez e intentó recomponerse, recurriendo a toda su experiencia profesional, que en ese momento le parecía insuficiente para lidiar con aquella conversación.

—Le incumbe, y mucho —prosiguió con mayor firmeza—. Si me permite, continuaré.

Esta vez, Irene guardó silencio.

—Como le decía, el médico en cuestión engañaba a personas con tendencias suicidas. Les ofrecía una supuesta salida legal y sin dolor, convenciéndolas de que la mejor opción era someterse a un proceso que, en teoría, las liberaría de su sufrimiento. A cambio… vaciaba sus cuentas bancarias.

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—En realidad, lo que hacía era incorporarlos de forma fraudulenta al sistema de esclavitud, un sistema que, como usted sabrá, está reservado exclusivamente para condenados o personas insolventes que deben saldar deudas con la sociedad.

El silencio al otro lado de la línea se volvió más denso.

—Este es el caso de su esclavo, señora.

Ramírez terminó la frase con una corrección casi impecable. Por un instante, incluso sintió una cierta satisfacción profesional. No todos los días tenía que enfrentarse a una conversación así… y salir airoso.

—Si he comprendido bien… ¿me está usted diciendo que tengo a un inocente como esclavo? —preguntó Irene, visiblemente alterada.

—Cálmese, señora. En esta vida todo tiene solución —respondió Ramírez con tono conciliador, intentando rebajar la tensión.

—Pero… oiga, ya está pagado… y me he acostumbrado a él —añadió Irene, dejando entrever, por primera vez, un matiz de inquietud que no tenía nada que ver con el dinero.

—No se preocupe, señora —continuó el director con profesionalidad—. La empresa me ha facultado para ofrecerle el reembolso íntegro de su compra y, además, como compensación por las molestias ocasionadas, le haremos llegar un nuevo esclavo sin coste alguno.

Irene guardó silencio unos segundos.

—Bueno… me parece bien, señor —respondió finalmente, aunque su voz no transmitía convicción.

No era una decisión.

Era una resignación.

—Perfecto, señora. Procederé a dar las órdenes pertinentes para el reembolso y la sustitución del acompañante. En nombre de la empresa, y en el mío propio, le pedimos disculpas por las molestias. Que tenga usted un buen día.

La llamada terminó.

Y el silencio regresó a la casa.

Irene, visiblemente contrariada, dejó lo que estaba haciendo y, sin perder un segundo, se dirigió hacia el cobertizo donde se encontraba el señor Naranja. Sus pasos eran más rápidos de lo habitual, casi precipitados, como si temiera que cada segundo que pasaba jugara en su contra.

Lo encontró trabajando.

Como siempre.

Ajeno a todo.

Durante unos instantes se quedó en silencio, observándolo con los ojos ligeramente humedecidos, como si ya lo estuviera perdiendo, como si aquella imagen —tan cotidiana apenas unas horas antes— hubiera adquirido de repente el valor de algo irrepetible.

Él, por su parte, continuaba con su tarea, concentrado en la labor encomendada, sin mostrar la más mínima variación en su comportamiento.

Irene avanzó unos pasos y se colocó frente a él, interponiéndose deliberadamente en su campo de visión.

Quería que la viera.

Necesitaba que la viera.

Le hizo un gesto firme.

Una orden clara.

Que se detuviera.

—¿Qué te pasó para querer quitarte la vida? —preguntó Irene.

Pero no sonó como una pregunta.

Sonó como un reproche.

Era consciente de que no obtendría respuesta alguna, de que aquellas palabras caerían en el vacío de siempre, pero aun así no pudo contenerse. Había algo dentro de ella que necesitaba salir, aunque no encontrara eco.

Lo miró con intensidad.

Demasiada.

—Tranquilo… —añadió en un tono mucho más bajo, casi íntimo—. Amor mío, no padezcas. Ahora estás conmigo. Tu pasado… ya no importa.

Al pronunciar aquellas palabras, Irene sintió cómo algo se acomodaba en su interior, como si acabara de encontrar una justificación que necesitaba desesperadamente.

Frente a ella, el señor Naranja permanecía inmóvil.

Silencioso.

Encerrado.

El señor Naranja se sentía profundamente asqueado. En su interior, su conciencia se agitaba con violencia, como un animal atrapado que se golpea contra los barrotes de su propia jaula, impotente ante una situación que no podía controlar.

Aquel cuerpo no le pertenecía.

Aquella vida no le pertenecía.

Y, sin embargo, estaba condenado a habitar ambos.

La presencia de Irene, su voz, sus palabras cargadas de una ternura que él no compartía, no hacían sino aumentar su desesperación. Se sentía a merced de aquella mujer, atrapado en una relación que no había elegido, sometido a una interpretación de la realidad que le resultaba ajena y casi ofensiva.

«¿Cómo es posible…», se preguntó con rabia contenida, «que esta mujer ame a un hombre sin seso alguno?»

La idea le resultaba incomprensible.

Y, de alguna manera, aún más perturbadora que su propio encierro.

Intentó, con todas sus fuerzas, imponer una orden propia a su cuerpo. Algo mínimo. Un gesto. Un movimiento que no naciera de las instrucciones de su ama, sino de su propia voluntad.

Pero no.

Nada.

Ni un solo músculo le respondió.

El silencio de su propio cuerpo fue absoluto, como si la conexión entre su mente y su carne hubiera sido definitivamente cortada. Aquella ausencia de respuesta no solo lo frustraba… lo enloquecía.

La rabia comenzó a crecer en su interior, extendiéndose como un incendio imposible de sofocar. No era solo contra Irene. No era solo contra el médico. Era contra todo.

Contra todos.

Contra sí mismo.

«¡Si pudiera…!», gritó en su interior con una desesperación que nadie podía oír. «¡Dios mío… si pudiera!»

La súplica se repitió una y otra vez, sin respuesta, rebotando dentro de aquella prisión perfecta que era su propio cuerpo.

La mujer le sostuvo la mirada con una intensidad que no dejaba lugar a dudas. Allí donde el señor Naranja volcaba todo su odio contenido, toda su frustración y su desesperación, Irene veía algo completamente distinto.

Para él, era rabia.

Para ella… amor.

Un amor profundo, silencioso, contenido, pero, según su propia interpretación, absolutamente correspondido.

—Tranquilo, amor mío… —susurró con una seguridad que rozaba lo inquebrantable—. Nadie nos separará.

Aquellas palabras no eran una simple afirmación.

Eran una decisión.

Una declaración firme de intenciones.

Irene había tomado partido.

No pensaba devolverlo.

No bajo ningún concepto.

Frente a ella, el señor Naranja, incapaz de reaccionar más allá de aquella mirada que lo delataba sin servirle de nada, terminó de convencerse de algo que hasta entonces solo había intuido.

Aquella mujer…

No estaba en sus cabales.

Irene había tomado una decisión.

Y, como era habitual en ella, la llevó a cabo sin vacilaciones.

Había preparado su particular éxodo con una meticulosidad casi obsesiva. Su viejo utilitario se encontraba cargado hasta los topes, repleto de provisiones suficientes como para resistir, si fuera necesario, un auténtico holocausto nuclear. Nada quedaba al azar. Todo estaba previsto.

O eso creía.

Con gesto firme, tomó al señor Naranja de la mano y lo condujo hasta el vehículo. Lo acomodó en el asiento trasero, procurando que pasara lo más desapercibido posible. No le parecía prudente colocarlo en el asiento del copiloto; una presencia como la suya podría llamar demasiado la atención.

Cerró la puerta con decisión.

Durante un breve instante se detuvo frente a la casa.

Su casa.

Aquel lugar que había sido su refugio durante años, testigo de su rutina, de su soledad… y, ahora, de su ruptura.

Pero no miró atrás.

Arrancó el motor.

Y, sin concederse un segundo de duda, abandonó su querida vivienda en busca de un nuevo destino.

Un refugio.

Junto a su particular Romeo.

—Vivo en la ciudad… —comenzó Irene, como si retomara una conversación que nunca había existido—, pero nunca quise una casa en medio de tanta gente. Por eso decidimos, mi marido y yo, comprar una propiedad bien lejos de aquí. De las pocas cosas buenas que hicimos juntos…

Hizo una breve pausa, como si el recuerdo le resultara incómodo.

—Demasiados vecinos dan asco. Aún recuerdo cuando en esta ciudad no había más que cuatro casas…

Se detuvo de pronto.

Fue consciente, de golpe, de lo que estaba haciendo.

Estaba hablando.

Y no de cualquier manera.

Estaba manteniendo una conversación… como si no estuviera sola.

Como si, en el asiento de atrás, hubiera algo más que un cuerpo obediente.

Giró ligeramente la cabeza y miró de soslayo por el retrovisor.

El señor Naranja seguía allí, inmóvil, con la mirada fija, exactamente en la misma posición en la que lo había dejado. Una presencia silenciosa, perfecta, inalterable.

—Pobre David… —murmuró Irene, con la voz quebrada.

Un leve sollozo escapó de sus labios.

—Tú no tienes la culpa, amor mío —añadió en un susurro—. Sigue… sigue admirando el paisaje.

La frase quedó suspendida en el aire.

Fuera, el mundo continuaba su curso.

Dentro del coche…

Todo empezaba a desviarse peligrosamente de la realidad.

«¿David?»

La palabra resonó en su mente con una fuerza extraña, como si no le perteneciera.

«Esta mujer está chalada…»

Intentó aferrarse a sí mismo, a lo que había sido, a su nombre, a su identidad.

«Me llamo…»

El pensamiento se quebró.

Se detuvo.

Un vacío.

«Sí… tengo otro nombre. Lo sé…»

Pero no conseguía alcanzarlo.

Era como si estuviera ahí, justo al borde, y al mismo tiempo completamente fuera de su alcance. Cuanto más intentaba recordarlo, más se desvanecía, como si alguien estuviera borrándolo poco a poco.

«No… no…»

Una sensación de pánico comenzó a extenderse en su interior.

«Estoy perdiendo la memoria…»

La certeza lo golpeó con una violencia inesperada.

«¡Maldita zorra…!»

La rabia volvió, mezclada ahora con algo mucho más profundo.

Miedo.

«¡Estoy vivo! ¡Estoy aquí dentro!»

El grito estalló en su mente, desesperado, inútil.

«¿Me oye alguien…?»

Pero, como siempre, no hubo respuesta.

Solo silencio.

Después, se hizo el silencio.

Irene abandonó su monólogo casi sin darse cuenta y centró toda su atención en la conducción. El motor del coche, el roce constante de los neumáticos sobre el asfalto y el paisaje que se deslizaba a ambos lados de la carretera ocuparon el espacio que, hasta hacía unos instantes, había llenado con palabras.

Para ella, todo encajaba.

En su mente, el señor Naranja —su añorado David— estaba disfrutando del viaje. Lo imaginaba vuelto hacia la ventanilla, absorto, contemplando el entorno con esa quietud que Irene interpretaba como serenidad.

Un hombre en paz.

A su lado.

Pero la realidad era otra.

El cuerpo permanecía en la misma posición en la que lo había dejado, rígido, inmóvil, con la mirada fija en un punto que no veía nada. No había contemplación, ni disfrute, ni calma.

Solo ausencia.

Y un silencio que, lejos de ser compartido, los separaba más que nunca.

—David… —lo llamó Irene, mirando de reojo al retrovisor sin apartar la atención de la carretera—. ¿Te casaste? ¿Tuviste hijos?

Dejó pasar unos segundos.

Esperó.

Naturalmente, no hubo respuesta.

Pero en su mente… la hubo.

—Ya veo… —continuó, asintiendo levemente, como si confirmara algo que acababa de escuchar—. Es normal en un hombre. No podéis estar solos…

Su tono era tranquilo, casi comprensivo.

—¿Y solo dos niños?… Qué pocos, ¿no? —añadió, con una ligera mueca—. Claro… sería tu mujer, que no querría más. Suele pasar. Algunas no tienen la maternidad tan marcada como otras… o simplemente trabajan.

La frase quedó suspendida.

Después, Irene guardó silencio.

El coche continuó su avance constante, acompañado únicamente por el ronroneo del motor y el roce uniforme de los neumáticos devorando kilómetros. De vez en cuando, algún claxon rompía la monotonía, lanzado por conductores impacientes que no toleraban su velocidad prudente, siempre respetuosa con las señales y normas de tráfico.

Pero Irene no se inmutaba.

Seguía adelante.

En su mundo.

Después de varias horas de viaje, salpicadas por alguna que otra parada necesaria para repostar, hacer uso del baño y atender las necesidades más básicas de su esclavo, Irene comenzó a divisar el lugar al que se dirigía. El trayecto había sido largo, pero no le pesaba; al contrario, cada kilómetro recorrido reforzaba en su interior la sensación de estar haciendo lo correcto. Poco a poco, el entorno fue cambiando hasta volverse más agreste y silencioso, alejándose de cualquier rastro de vida urbana.

Se adentró en una zona rústica, donde los vecinos más cercanos se encontraban a varios kilómetros de distancia, lo suficiente como para garantizar una intimidad casi absoluta. El camino, estrecho y serpenteante, se abría paso entre la montaña, rodeado de altos pinos que parecían cerrarse sobre la carretera como una barrera natural contra el mundo exterior. La lluvia, persistente, había convertido el terreno en una mezcla traicionera de barro y baches, dificultando la conducción del pequeño utilitario, cargado hasta los topes.

Aun así, Irene no se quejaba.

Aquellas dificultades, lejos de incomodarla, representaban una ventaja evidente: pocos se atreverían a aventurarse por un camino tan accidentado. Aquello no era un inconveniente, sino una garantía.

Un filtro.

Un refugio.

La escapada perfecta.

Cuando finalmente llegó a la propiedad, una sensación de satisfacción la invadió. El terreno era lo suficientemente amplio como para asegurarle la privacidad que tanto valoraba. Allí no habría miradas indiscretas, ni interrupciones, ni vecinos inoportunos. Solo ella… y su mundo.

En su mente, aquella compra siempre había sido una inversión sensacional. Un lugar aún ajeno a las especulaciones inmobiliarias, que con el tiempo, sin duda, aumentaría su valor. Pero eso ahora carecía de importancia.

En ese momento, lo único que importaba era que aquel rincón apartado se convertía en el escondite perfecto.

Un lugar donde refugiarse.

En la más absoluta soledad.

Irene giró el volante con decisión y abandonó el camino principal, adentrándose por una senda estrecha que se abría paso entre un mar de grandes pinos. El aire estaba cargado de ese olor intenso a resina que se desprendía de los

troncos húmedos, acentuado por la llovizna persistente que no dejaba de golpear el parabrisas del automóvil. Los limpiaparabrisas trabajaban sin descanso, marcando un ritmo monótono que acompañaba el avance del vehículo por aquel terreno irregular y cada vez más apartado de cualquier rastro de civilización.

El sendero parecía no terminar nunca, serpenteando entre los árboles como si quisiera poner a prueba la determinación de quien se atreviera a recorrerlo. Sin embargo, tras varios minutos de avance lento y cuidadoso, el bosque se abrió de repente, dando paso a un amplio claro que rompía con la densidad del entorno. Allí, en el centro, se alzaba la casa de campo.

Era una construcción sencilla, de líneas rectas y sin pretensiones, con una estructura rectangular y un tejado de teja roja a dos aguas que contrastaba con el verde oscuro de los pinos. Un amplio porche rodeaba la vivienda por completo, como si la protegiera del mundo exterior o, tal vez, como si delimitara un espacio propio, ajeno a todo lo demás. Las paredes, pintadas del clásico blanco que nunca desentona, reflejaban la luz gris del cielo con una serenidad casi engañosa.

Alrededor, un jardín descuidado completaba el conjunto. La hierba crecía sin orden, los arbustos parecían abandonados a su suerte y algunos elementos del terreno mostraban signos evidentes de falta de mantenimiento. Y, sin embargo, a pesar de todo, aquel lugar poseía un encanto difícil de definir, una mezcla extraña de calma, aislamiento y algo más… algo que no terminaba de encajar del todo, pero que Irene, en su estado, prefirió no cuestionar.

Irene había invertido una cantidad considerable de dinero para dotar aquel lugar de lo imprescindible. No se trataba de un simple capricho, sino de una decisión meditada, pensada para garantizar su autonomía en un entorno donde depender de terceros no era una opción. Junto a la casa, un pozo artesanal proporcionaba el tan preciado líquido elemento, asegurando el suministro de agua incluso en las circunstancias más adversas.

La electricidad, por su parte, provenía de un generador instalado a una distancia prudencial de la vivienda, lo suficientemente alejado como para no resultar molesto y lo bastante cercano como para mantener en funcionamiento los pocos electrodomésticos de los que disponía. No eran muchos, pero sí los ne-

cesarios para cubrir sus necesidades básicas sin renunciar del todo a ciertas comodidades.

A un lado de la casa, una pila de leña protegida por un pequeño tejado dejaba entrever la existencia de un hogar en el interior, preparado para combatir el frío cuando llegara el momento. Todo en aquel lugar respondía a una lógica sencilla y práctica, donde cada elemento tenía una función clara.

Incluso el retrete se encontraba fuera de la vivienda, como en los tiempos antiguos, reforzando la sensación de aislamiento y autosuficiencia. La casa carecía de un sistema de saneamiento convencional; en su lugar, las aguas fecales eran conducidas mediante tuberías hacia una poza excavada a cierta distancia, completando así un sistema rudimentario pero eficaz.

Irene no sentía el menor apego por la vida en el campo. De hecho, todo lo contrario. Aquel entorno rústico, con sus incomodidades y sus instalaciones primitivas, estaba muy lejos del tipo de vida ordenada y controlada al que ella estaba acostumbrada. La idea de depender de un pozo, de un generador o de un retrete exterior no le resultaba en absoluto atractiva.

Y, sin embargo, lo había elegido.

No por gusto.

Sino por estrategia.

Aquella apariencia descuidada, casi abandonada, no era fruto del azar ni de la dejadez, sino una decisión calculada. Irene sabía perfectamente que un lugar así no despertaba interés. Más bien al contrario: ahuyentaba a los curiosos, desanimaba a los visitantes ocasionales y, sobre todo, disuadía a cualquiera que pudiera albergar malas intenciones.

Nadie se fija en lo que no brilla.

Nadie se detiene donde no hay nada que aparentar.

Y eso, precisamente, era lo que ella buscaba.

Un lugar que pasara desapercibido.

Un refugio que, bajo su apariencia humilde, ocultara lo que realmente le importaba.

El señor Naranja permanecía absorto, o al menos así lo interpretó Irene, contemplando aquel lugar desolado que se abría ante sus ojos. La quietud del entorno, la ausencia de cualquier rastro humano y la crudeza del paisaje parecían envolverlo por completo, hasta el punto de que no reaccionó por sí mismo. Fue necesario que la mujer lo sacara literalmente de su asiento, tirando de él con una mezcla de impaciencia y determinación.

Sin soltarle la mano, lo condujo hacia la entrada de la vivienda. El gesto, aunque firme, tenía algo de posesivo, como si temiera que pudiera escaparse en cualquier momento, a pesar de saber que eso era imposible. Cruzaron el umbral y, ya en el interior, Irene lo guió directamente hasta la que sería su habitación.

El cuarto no podía ser más sencillo.

Las paredes, pintadas de un blanco limpio y sin adornos, reflejaban la luz de manera uniforme, casi fría. El mobiliario se reducía a lo imprescindible: una cama, un armario y una pequeña mesita de noche. Nada más. Ni un cuadro, ni un detalle personal, ni un elemento que rompiera aquella austeridad deliberada.

El conjunto transmitía una sensación inequívoca.

Más que una habitación, parecía una celda.

Una estancia despojada de todo lo superfluo, donde la funcionalidad se imponía a cualquier atisbo de comodidad, evocando, en su sobriedad, el ambiente de un convento… o de algo incluso más restrictivo.

—David, si no te gusta el tono de las paredes o el mobiliario, más tarde, si quieres, podemos ir a la ciudad y comprar pintura del color que prefieras… —dijo Irene con total naturalidad—. Y de paso miramos algunos muebles.

No esperaba respuesta.

Ni la necesitaba.

Había cruzado ya ese umbral en el que la ausencia de contestación dejaba de importar. Para ella, la conversación existía igualmente, completa, coherente, viva en su propia mente. Se había arrojado sin reservas a aquella ficción y, lejos de incomodarle, le proporcionaba una serenidad que hacía años no conocía.

Acto seguido, lo acomodó en la única silla que había en el dormitorio, colocándolo con cierto cuidado, como si realmente pudiera apreciar el entorno o sentirse más cómodo en una posición determinada. El gesto, aunque mecánico, estaba cargado de una intención que iba más allá de lo práctico.

Después, con una aparente normalidad que resultaba inquietante, comenzó a deshacer las maletas. Sacaba la ropa, la doblaba con precisión y la iba guardando en los cajones y estantes, organizándolo todo como si se tratara de una mudanza cualquiera, como si aquella casa fuera el inicio de una nueva vida compartida.

Mientras tanto, el señor Naranja permanecía allí, inmóvil.

Observando.

O, al menos, eso parecía.

En realidad, no hacía más que asistir, sin poder intervenir, a la construcción de una vida en la que él estaba incluido… sin haberla elegido.

Una vez terminó de guardar todas sus pertenencias, Irene regresó junto al señor Naranja y, tomándolo de la mano con la misma determinación de siempre, lo condujo hasta el salón. Sus movimientos eran firmes, casi ceremoniales, como si cada paso formara parte de un ritual que solo ella comprendía en su totalidad.

El comedor era una estancia amplia, más cuidada que el resto de la casa, donde todavía se apreciaba un intento de conservar cierta elegancia. Un gran aparador de estilo provenzal ocupaba toda una pared, robusto, con la madera ligeramente envejecida, pero bien conservada. A sus pies, un conjunto de sofás dominaba el espacio: uno de dos plazas y otro de tres, ambos de color marrón, tapizados en cuero curtido de vaca, firmes y resistentes, como si hubieran sido pensados para durar toda una vida.

Irene lo condujo hasta el sofá de tres plazas.

El principal.

El de siempre.

Con un gesto que no admitía discusión, lo acomodó en él, ajustando su postura con una naturalidad que resultaba casi inquietante. Aquel no era un asiento cualquiera.

Era el lugar predilecto de su difunto marido.

Y ahora…

Sin vacilar, lo había ocupado otro.

Irene, aparte de su marido, nunca había compartido aquel lugar con nadie. Aquel sofá, aquel rincón del salón, había sido siempre un espacio reservado, casi sagrado, asociado a una vida que ahora quedaba atrás. Y, sin embargo, allí estaba, repitiendo el mismo gesto, pero con un protagonista distinto.

—¿Qué te parece este sitio, David? —preguntó con un entusiasmo contenido, deseosa de recibir aprobación.

No hubo respuesta.

Pero, como ya era costumbre, no la necesitó.

—Sí… tienes razón —continuó, asintiendo levemente—. Es encantador.

La escena, vista desde fuera, habría resultado inquietante. Una conversación completa sostenida en el vacío, construida sobre una respuesta inexistente pero, para ella, absolutamente real.

Mientras tanto, el señor Naranja se consumía en su propio interior. La rabia y el odio se agitaban dentro de él con una intensidad creciente, como si cada palabra de Irene avivara un fuego que amenazaba con desbordarse. Pensaba, con una violencia contenida, en mil formas de hacerle tragar aquel supuesto encanto, de devolvérselo convertido en algo mucho más crudo y desagradable.

Pero no podía.

No tenía cómo.

Y esa impotencia era, quizá, lo más insoportable de todo.

Por un breve instante, algo cambió en Irene. Una chispa de lucidez atravesó su pensamiento, abriendo paso a una duda que no esperaba.

«¿Era capaz David de sentir todo esto?», se preguntó. «¿Podía evaluar la felicidad? ¿La estaba disfrutando… como yo?»

Las preguntas se acumularon, incómodas, amenazando con romper el frágil equilibrio que había construido.

Pero no duraron.

Con un gesto casi imperceptible, apartó aquellos nubarrones oscuros de su mente. No estaba dispuesta a permitir que la duda se instalara. Su convicción era más fuerte.

Su amor —así lo llamaba— podía con todo.

Y en ese instante, en silencio, se hizo una promesa.

Devolvería la cordura que le habían arrebatado a su querido David.

Costara lo que costara.

Muchas veces, la mejor manera de apartar los problemas es mantener la mente ocupada. Irene, fiel a esa máxima, se entregó de lleno a las tareas que tenía por delante. Descargó uno a uno todos los víveres del utilitario, los trasladó a la cocina y comenzó a organizarlo todo con su habitual meticulosidad. Limpió las superficies, colocó cada producto en su sitio y no se detuvo hasta que todo quedó dispuesto según su criterio de orden y pulcritud.

Solo entonces, cuando el entorno volvió a estar bajo control, se permitió continuar con el resto de sus quehaceres.

Se ocupó de su esclavo con la misma naturalidad con la que habría atendido cualquier otra obligación cotidiana. Lo bañó con cuidado, sin prisas, como si aquel gesto formara parte de una rutina compartida, y después lo alimentó con paciencia, repitiendo ese proceso mecánico que, sin embargo, para ella tenía un significado mucho más profundo.

Cuando terminó, lo tomó de la mano y lo condujo hasta el dormitorio que le había asignado. Lo acomodó en la cama, ajustó la colcha con esmero y, antes de marcharse, se inclinó ligeramente para depositar un beso casto en su frente.

El gesto, suave, casi maternal, contrastaba con la realidad de la situación.

«No es plan de forzar los acontecimientos…», pensó Irene mientras se retiraba hacia su propio dormitorio. «Tiempo habrá de recuperar nuestra pasión perdida».

La idea quedó flotando en su mente, firme, inamovible, como una promesa que solo ella creía posible.

La noche cayó sobre el lugar con una negrura densa, casi palpable, envolviendo la casa y el bosque en un manto espeso que parecía absorber cualquier rastro de luz. Los sonidos comenzaron a emerger poco a poco, primero tímidos, luego cada vez más presentes, hasta conformar una sinfonía caótica de criaturas nocturnas. Chirridos, crujidos, ululatos lejanos y el susurro constante del viento entre los pinos componían una música extraña, primitiva, que alcanzaba por momentos una intensidad inquietante.

Dentro de la casa, Irene intentó conciliar el sueño.

Pero no lo logró.

Los acontecimientos del día seguían demasiado vivos en su mente, removiéndose sin descanso, impidiéndole encontrar la calma necesaria para abandonarse al descanso. Se revolvió en la cama, cerró los ojos, los volvió a abrir… y al cabo de media hora, vencida por la inquietud, decidió levantarse.

Salió de su habitación en silencio.

Cruzó el pasillo con paso lento, casi contenido, como si temiera perturbar algo invisible. Al pasar frente a la puerta del dormitorio de su amado, se detuvo. Permaneció allí unos segundos, escuchando.

Entonces lo oyó.

Una respiración acompasada, regular, acompañada de un leve ronquido que rompía la quietud del interior.

Irene esbozó una leve sonrisa.

En su mente, aquello solo podía significar una cosa.

David había logrado, por fin, caer en los brazos de Morfeo.

Se acercó un poco más, lo suficiente para inclinarse hacia él, y con un susurro apenas audible, casi como una caricia hecha palabra, murmuró:

—Descansa, querido… que mañana nos espera un duro día…

Su voz se perdió en la penumbra.

Fuera, la noche seguía viva.

Y dentro de aquella casa…

La calma no era más que una ilusión.

A la mañana siguiente, bajo un cielo encapotado y un tiempo algo intempestivo que parecía reflejar el estado incierto de las cosas, Irene tomó una decisión definitiva. Había llegado el momento de actuar. Durante la mayor parte de la noche no había conseguido descansar; su mente había estado ocupada, dando vueltas una y otra vez a la misma idea, buscando la forma más adecuada de recuperar a su David, al que percibía como ligeramente ausente, como si una niebla invisible lo mantuviera alejado de la realidad que ella estaba convencida de compartir con él.

Pero lejos de desanimarse, aquella incertidumbre no hizo más que reforzar su determinación.

Irene no era una mujer que se rindiera con facilidad.

Se levantó con energías renovadas, como si aquella falta de sueño hubiera sido sustituida por una claridad casi febril. Tras completar su rutina habitual —desayunar, alimentar a su esclavo y atender su higiene con la meticulosidad de siempre—, se dispuso a continuar con lo que, en su mente, ya había adquirido la forma de una misión.

No era un capricho.

No era una ilusión pasajera.

Era una cruzada.

Una empresa personal que dotaba de sentido a todo cuanto estaba haciendo.

En su interior, Irene había bautizado aquel propósito con una convicción casi solemne:

«Salvemos el amor de David».

Y bajo ese lema, con una fe que no admitía fisuras, estaba dispuesta a luchar contra cualquier obstáculo, ya viniera del exterior… o de la propia realidad.

—¿Sabes nadar? —preguntó Irene.

El señor Naranja, como única respuesta, le devolvió una mirada cargada de una intensidad que ella, lejos de interpretar correctamente, entendió como simple desconcierto.

—Desde luego que sabes nadar… —continuó, respondiéndose a sí misma con una seguridad incuestionable—. ¿Qué te crees, que ya no me acuerdo?

Una leve sonrisa se dibujó en su rostro, arrastrada por un recuerdo que, para ella, seguía tan vivo como si hubiera ocurrido el día anterior.

—Más de una vez nos bañamos tú y yo en aquellas playas maravillosas del sur… —prosiguió, dejándose llevar—. En calas escondidas, lejos de las miradas de los demás… donde podíamos ser nosotros mismos.

Su voz se volvió más suave, casi soñadora.

—Allí… éramos libres.

Durante unos instantes, Irene pareció ausentarse, atrapada en esa escena que solo existía en su memoria, reconstruida, idealizada, perfecta.

Frente a ella, el señor Naranja permanecía inmóvil.

Atrapado en un presente del que no podía escapar.

Irene, sin esperar respuesta alguna, comenzó a ponerle un bañador con la naturalidad de quien prepara a su pareja para una jornada cualquiera. Sus movimientos eran firmes, decididos, como si aquel gesto formara parte de una rutina compartida desde siempre. Una vez terminó, lo dejó allí, de pie, y desapareció dentro de la casa.

A los pocos minutos regresó cargada con todo lo necesario para lo que, en su mente, ya era un día perfecto: un par de sillas plegables, una sombrilla, varias toallas cuidadosamente dobladas, algo de comida y bebida. Había dispuesto cada detalle con esmero, como si se tratara de una escapada planeada desde hacía tiempo.

Nada importaba.

Ni el tiempo inestable, ni la ausencia de una playa, ni el silencio absoluto de su “acompañante”.

Para Irene, aquello era suficiente.

Era amor.

Y si bien ese amor no movería montañas, sí era capaz de sostener, sin fisuras, una realidad construida enteramente por ella. Nada ni nadie iba a sacarla de esa idea.

Aquel día habría picnic.

Con una determinación casi obstinada, le indicó que cargara con los objetos más pesados, mientras ella, con un tono entre animado y autoritario, comenzaba a darle instrucciones:

—Aquí no tenemos playa… pero sí un estupendo lago de aguas frescas y cristalinas. ¡Adelante, amor mío!

Dicho esto, Irene tomó la delantera con paso decidido. Salieron de la propiedad y se internaron en un sendero estrecho que serpenteaba entre altos pinos, cuyos troncos húmedos desprendían ese aroma intenso y limpio que dejaba la lluvia reciente. El suelo, aún blando por la llovizna, amortiguaba sus pasos mientras avanzaban uno detrás de otro, en silencio, como si siguieran un camino conocido solo por ella.

Tras unos minutos de caminata, el bosque comenzó a abrirse, dejando paso a un claro donde el lago aparecía de pronto, quieto, extendiéndose como un espejo oscuro que reflejaba el cielo aún encapotado. En uno de sus márgenes, una especie de playa de guijarros formaba una orilla irregular, áspera, muy lejos de la imagen idílica que Irene parecía tener en mente.

Se detuvo.

Con un gesto firme, indicó al señor Naranja que descargara todo lo que transportaba. Él obedeció sin titubeos, depositando uno a uno los objetos sobre las piedras, como si formara parte de un ritual cuyo sentido solo su dueña comprendía.

Y entonces, como si el entorno decidiera colaborar con aquella escena extraña, la llovizna cesó.

Poco a poco, entre las nubes, comenzó a abrirse paso la luz. El sol, tímido al principio, fue ganando fuerza hasta imponerse, ayudado por una brisa suave que arrastró las nubes, despejando el cielo con una rapidez casi providencial.

Los rayos cálidos descendieron sobre el lago, haciendo brillar su superficie, y terminaron por envolver a la pareja en una luz dorada que transformaba el paisaje.

Por un instante…

Todo parecía encajar.

—¿Lo has advertido, amor mío? —dijo Irene con un candor casi adolescente—. Cómo el tiempo está de parte de nuestra pasión…

Se dejó caer con evidente satisfacción en la silla playera, acomodándose con parsimonia mientras estiraba las piernas y alzaba el rostro hacia el sol, dispuesta a disfrutar de aquel instante que, para ella, rozaba la perfección. La luz cálida acariciaba su piel y, por un momento, todo encajaba con la imagen que había construido en su mente.

Giró ligeramente la cabeza.

—¿Qué te pasa, David? ¿No te bañas?

El señor Naranja permanecía inmóvil, de pie junto a la orilla, aguardando una orden más clara, más directa, como si el mundo solo tuviera sentido cuando alguien le indicaba exactamente qué hacer. La miró fijamente, con esa expresión inescrutable que Irene seguía interpretando a su manera.

Finalmente, como activado por un resorte invisible, emprendió el descenso hacia el agua.

Avanzó paso a paso, sin titubeos, internándose en el lago hasta que el nivel le alcanzó la barbilla. Allí se detuvo, completamente quieto, esperando nuevas instrucciones, como si incluso en aquel entorno abierto siguiera encerrado en su propia condición.

—¡Pero vamos… no seas tímido! —exclamó Irene con una risa ligera—. ¡Bracea!

La orden fue suficiente.

El esclavo comenzó a moverse, torpemente al principio, agitando brazos y manos de forma descoordinada, chapoteando sin estilo ni técnica, lo justo para mantenerse a flote. Su forma de nadar, más cercana a la de un animal que a la

de un hombre, contrastaba de manera casi cruel con la imagen que Irene seguía proyectando sobre él.

Desde su silla, ella lo observaba complacida.

Como si todo fuera exactamente como debía ser.

Así continuó, braceando de forma torpe y descompasada, hasta que sus fuerzas comenzaron a agotarse. Cada movimiento le costaba un poco más que el anterior, cada intento por mantenerse a flote se volvía más débil, más impreciso. El agua, que al principio apenas le ofrecía resistencia, empezó a convertirse en un peso constante, una amenaza silenciosa que tiraba de él hacia abajo.

En la orilla, Irene seguía disfrutando de su momento.

Recostada en la silla, con los ojos entrecerrados y el rostro entregado al sol, absorbía aquel instante como si nada pudiera perturbarlo. Para ella, la escena era perfecta: su Adonis nadando, el clima acompañando, el entorno respondiendo a su deseo.

No había lugar para la preocupación.

No había lugar para la duda.

Mientras tanto, en el agua, la situación era muy distinta.

El señor Naranja estaba al límite.

Sus movimientos se volvieron erráticos, desordenados, cada vez más desesperados. Intentó mantenerse a flote con lo poco que le quedaba de energía, pero su cuerpo, obediente solo a órdenes externas, no encontraba una salida por sí mismo. No podía decidir. No podía detenerse. No podía pedir ayuda.

Intentó gritar.

Intentó emitir algún sonido, cualquier señal que alertara a su dueña.

Pero no salió nada.

Solo el silencio.

Su existencia, aquella extraña forma de vida que aún conservaba, pendía de un hilo. Si Irene no intervenía, si no daba una orden que rompiera aquella inercia absurda…

Se hundiría.

Irremediablemente.

Resulta curioso cómo, en el fondo, seguimos siendo criaturas gobernadas por un cerebro primitivo, uno que, llegado el momento, impone su ley sin atender a razonamientos ni a decisiones previamente asumidas. Porque una cosa es desear el fin… y otra muy distinta enfrentarse a él cuando se presenta de forma inmediata, tangible, inevitable.

El instinto de supervivencia no negocia.

No razona.

Se impone.

El señor Naranja, atrapado en aquella disyuntiva extrema, sintió cómo algo en lo más profundo de su ser se rebelaba con una violencia desconocida. No era un pensamiento. No era una idea estructurada. Era algo más antiguo, más básico, más poderoso que cualquier voluntad consciente.

Quería vivir.

Por encima de todo.

Por encima incluso de su propia miseria.

Y fue entonces cuando ocurrió.

Desde lo más hondo de su interior, forzando una barrera que hasta ese momento había parecido infranqueable, logró emitir un sonido. No fue una palabra, ni un intento de lenguaje articulado, sino un grito.

Un grito desgarrado.

Estridente.

Salvaje.

El sonido rompió la calma del entorno como un disparo. Las aves alzaron el vuelo, los pequeños animales huyeron entre la maleza y, por un instante, toda la vida que habitaba aquel lugar quedó suspendida, alterada por aquella irrupción inesperada.

El bosque entero pareció reaccionar.

Y, por primera vez…

El silencio del señor Naranja se rompió.

—¡¡Dios mío!! —gritó Irene, incorporándose de golpe al percibir lo que estaba ocurriendo—. ¡¡Para! ¡Regresa aquí!

La orden salió de su boca cargada de urgencia, casi rota por el miedo.

En el mismo instante en que las palabras alcanzaron al señor Naranja, su cuerpo obedeció. Interrumpió el movimiento descontrolado y, como si una fuerza invisible tirara de él, emprendió el regreso hacia la orilla con los últimos restos de energía que le quedaban.

Cuando por fin salió del agua, Irene ya estaba junto a él.

Apenas le dio tiempo a reaccionar.

Se abalanzó sobre él con una toalla, secándolo con movimientos rápidos, torpes, empapados en una angustia que no sabía cómo gestionar. Sus manos temblaban mientras recorrían su cuerpo, como si quisiera comprobar que seguía entero, que no se le escapaba entre los dedos.

—Lo siento… lo siento mucho, amor mío… —murmuraba entre lágrimas—. No volverá a ocurrir…

Lo acomodó en la silla, con un cuidado casi excesivo, como si temiera que cualquier gesto brusco pudiera romperlo.

—Es que me cuesta… —añadió, con la voz entrecortada—. Me cuesta demasiado adaptarme a ti… como apenas hablas…

Las palabras se le deshacían en la boca.

Y, sin poder contenerse, comenzó a besarlo una y otra vez, con una mezcla de alivio, culpa y una necesidad desesperada de reafirmar algo que solo existía en su interior.

Mientras tanto, el señor Naranja, aún recuperando el aliento que nunca había podido pedir, permanecía inmóvil.

Vivo.

Pero más consciente que nunca de su propia fragilidad.

—¡¡Quita tus sucias manos de mí!! —gritó el señor Naranja.

El sonido fue claro.

Humano.

Innegable.

Irene se quedó paralizada durante una fracción de segundo, como si el mundo hubiera dejado de girar.

—¡¡Madre de Dios… sí hablas!! —exclamó, con una mezcla de sorpresa y una ilusión desbordante que iluminó su rostro.

Frente a ella, el señor Naranja respiraba con dificultad. Su pecho subía y bajaba con rapidez, intentando recuperar un ritmo que aún no había estabilizado. Sus ojos, cargados de una intensidad nueva, la observaban fijamente, ya no como antes, no desde ese silencio impuesto, sino desde una presencia consciente que, por primera vez, encontraba una vía de escape.

Pero fue entonces cuando lo comprendió.

Había hablado.

El pensamiento llegó con retraso, como si su propia mente necesitara unos segundos para aceptar lo ocurrido. Se quedó inmóvil, sorprendido de sí mismo, incapaz de anticipar aquel resultado. Durante tanto tiempo había asumido que aquella condición era definitiva, irreversible, una condena absoluta a la obediencia mecánica.

Y, sin embargo…

Las palabras habían salido.

Había roto la barrera.

Aquel descubrimiento lo dejó suspendido en una extraña mezcla de incredulidad y rabia contenida. Sabía que algo había cambiado, pero no cuánto. Su cuerpo seguía sin responder a su voluntad. Seguía atrapado. Seguía sin poder moverse libremente.

La jaula no había desaparecido.

Solo había aparecido una rendija.

Y, tras esa rendija, se acumulaban ahora deseos mucho más oscuros. La necesidad de reaccionar, de imponerse, de acabar con aquella mujer que lo había reducido a ese estado… se agolpaba con una violencia creciente. Pero, por el momento, todo eso tendría que esperar.

No podía hacerlo.

Aún no.

Irene, por su parte, interpretó la escena a su manera. La emoción inicial fue dando paso a una especie de satisfacción nerviosa, como si acabara de presenciar un avance decisivo en su particular cruzada.

Pero el momento se había roto.

El ambiente, cargado de tensión, ya no tenía nada que ver con la escena idílica que había imaginado. Sin decir mucho más, comenzó a recoger los objetos con movimientos rápidos, casi automáticos, como si quisiera cerrar aquel episodio cuanto antes.

La fiesta había terminado.

Y, con ella, la ilusión de control absoluto.

—Vámonos —ordenó Irene, con un tono seco que no dejaba lugar a dudas, mientras le indicaba que cargara con los objetos más pesados.

El señor Naranja permaneció inmóvil durante un instante.

Un segundo de duda.

Un instante en el que, por primera vez, su voluntad y las órdenes recibidas parecían enfrentarse de forma directa. Dentro de él, la rabia y el odio gritaban con fuerza, empujándolo a desobedecer, a negarse, a romper aquel vínculo impuesto que lo mantenía sometido.

Pero su cuerpo no era suyo.

Nunca lo había sido desde aquel momento.

Desde la operación.

Desde aquel proceso del que apenas conservaba recuerdos fragmentados, sensaciones inconexas, imágenes sueltas que, aun así, bastaban para comprender lo ocurrido. Interminables sesiones frente a una pantalla, con los párpados sujetos por pinzas que le impedían cerrarlos, obligándolo a absorber una y otra vez el mismo mensaje. Inyecciones constantes, cargadas de un fármaco diseñado para anular cualquier rastro de voluntad propia.

Un adoctrinamiento sistemático.

Implacable.

Calculado para borrar al individuo y sustituirlo por una obediencia mecánica.

Y funcionaba.

Porque, pese a todo lo que hervía en su interior, pese al odio que lo consumía y al deseo creciente de rebelarse, su cuerpo terminó por responder como siempre.

Se inclinó.

Recogió la carga.

Obedeció.

La lucha no había terminado.

Pero tampoco la había ganado.

Con un odio sordo y contenido, el señor Naranja obedeció. A regañadientes, como si cada movimiento le pesara el doble, fue recogiendo y cargando todos los bártulos de aquella excursión campestre que había terminado en fracaso. Sus gestos, aunque precisos, arrastraban una tensión invisible, una lucha interna que no encontraba salida más allá de aquella obediencia mecánica que tanto detestaba.

Irene no dijo nada.

Se limitó a observarlo durante unos instantes, en silencio, como si intentara recomponer en su mente lo sucedido, como si buscara encajar aquel inesperado “avance” dentro de la historia que se había construido. Pero no había palabras que pudieran devolverle el control absoluto de la situación, así que optó por lo único que sabía hacer cuando algo se torcía: seguir adelante.

El camino de regreso se inició sin más ceremonia.

Avanzaron de nuevo por el sendero, uno detrás del otro, igual que habían llegado, pero con una diferencia evidente: la ligereza inicial había desaparecido. Ahora, cada paso parecía más pesado, más lento, como si el entorno mismo se hubiera vuelto hostil.

La tarde comenzaba a imponerse.

El sol, que horas antes había brillado con generosidad, iniciaba su retirada, arrastrando consigo la calidez del día. Los colores del paisaje se fueron apagando poco a poco, tiñéndose de tonos más fríos, más sombríos, mientras las sombras se alargaban entre los pinos, estrechando el camino y envolviendo la escena en una penumbra creciente.

La luz se desvanecía.

Y con ella…

La ilusión.

Después de la cena, se formó una extraña tertulia.

Irene, sentada con una serenidad casi doméstica, intentaba construir una conversación normal, como si todo lo ocurrido a lo largo del día no hubiera sido más que un pequeño contratiempo. Frente a ella, el señor Naranja ocupaba el sofá principal, acomodado en el mismo lugar que antaño perteneció al difunto marido, como si aquel gesto simbólico hubiera terminado por consolidar una realidad que solo existía en la mente de la mujer.

El ambiente era, cuanto menos, inquietante.

Una escena de aparente normalidad sostenida por dos realidades completamente opuestas.

—¿Te gusta la música, David? —preguntó Irene con suavidad, intentando romper el hielo, como si iniciara una conversación cualquiera en una velada tranquila.

—¡¡Vete a la mierda, vieja asquerosa!! —gruñó el siervo, escupiendo las palabras con una violencia que llevaba demasiado tiempo contenida.

El contraste fue brutal.

Pero Irene no reaccionó como cabría esperar.

—Vaya, vaya… —respondió con una media sonrisa, sin el menor asomo de ofensa—. Veo que la cena no te ha sentado bien, amor mío.

Su tono era casi maternal.

Condescendiente.

Como si estuviera hablando con alguien que no sabía lo que decía.

—¡¡No me llamo David!! —estalló él, esta vez con un matiz distinto, más cercano a la desesperación que al simple insulto.

La frase quedó suspendida en el aire.

Pesada.

Cargada de verdad.

Pero Irene no la recogió.

O no quiso hacerlo.

Irene, ajena por completo a las protestas de su esclavo, se levantó con una tranquilidad que contrastaba con la tensión creciente de la estancia. Sin decir nada más, se dirigió hacia el aparador que ocupaba toda una pared del salón, donde descansaba un antiguo tocadiscos rodeado por un surtido de vinilos de música clásica cuidadosamente ordenados.

Se detuvo unos instantes frente a ellos.

Recordó vagamente haber leído en alguna ocasión aquello de la música que “amansaba a las fieras”. La idea, en su mente, adquirió de inmediato una lógica incuestionable. Si tenía delante a una bestia alterada, tal vez lo único que necesitaba era el estímulo adecuado para devolverla a la calma.

No lo dudó.

Seleccionó uno de los discos, lo colocó con cuidado sobre el plato y dejó que la aguja descendiera lentamente. Un leve chisporroteo precedió al sonido, y enseguida la estancia comenzó a llenarse de música. Violines, pianos, trombones, flautas, timbales… una orquesta completa desplegándose en el aire, con la solemnidad y la fuerza de una composición pensada para elevar el espíritu.

Irene cerró ligeramente los ojos, satisfecha.

Para ella, aquello no era solo música.

Era una solución.

Un tratamiento.

Una especie de psiquiatra invisible que, con la armonía adecuada, devolvería el orden a aquel caos que empezaba a asomar.

Frente a ella, el señor Naranja escuchaba.

Pero no como ella esperaba.

Al sonar las primeras notas, algo comenzó a cambiar en el señor Naranja. Su semblante, hasta entonces rígido y cargado de tensión, empezó a suavizarse de forma casi imperceptible. A cada variación del ritmo, a cada transición de la melodía, su expresión parecía ajustarse, como si aquella música lograra alcanzar rincones de su mente que permanecían inaccesibles hasta ese momento.

Por instantes, su rostro reflejaba una serenidad que no le correspondía.

La de un hombre en pleno dominio de sí mismo.

Irene, al percibir aquel cambio, quedó completamente embelesada. Sus ojos se iluminaron con una emoción sincera, como si estuviera presenciando la prueba definitiva de que su intuición era correcta.

—¡Qué hermoso eres! —exclamó, con una mezcla de admiración y ternura.

Su corazón, entregado por completo, parecía latir únicamente por él.

Pero la realidad, una vez más, era otra.

Dentro de aquel aparente sosiego, el señor Naranja libraba una batalla feroz. La música lo envolvía, lo mecía, lo arrastraba hacia una calma extraña, profun-

da, casi placentera, como un océano de sonido que lo sostenía sin esfuerzo, marcando un ritmo que su mente no podía rechazar.

Y, sin embargo…

En ese mismo instante, otra fuerza se alzaba con igual intensidad.

El odio.

La necesidad de romper aquel estado.

El deseo de abalanzarse sobre Irene, de acabar con todo de una vez, de silenciar aquella voz, aquella presencia que lo mantenía atrapado en una realidad que no había elegido.

Dos impulsos opuestos.

Dos corrientes enfrentadas.

Por un lado, la paz artificial que la música imponía.

Por otro, la violencia contenida que exigía liberarse.

Y en medio de ambas…

Él.

Suspendido.

Sin saber cuál de las dos acabaría imponiéndose.

Era ya tarde cuando Irene, con una calma que contrastaba con la intensidad de la jornada, tomó la mano de un hipnotizado señor Naranja y lo condujo hasta su dormitorio. Sus pasos eran lentos, medidos, como si temiera romper el frágil estado en el que lo percibía sumido. Una vez dentro, lo acomodó en la cama con delicadeza, ajustando la postura de su cuerpo con un esmero que rozaba lo ceremonial.

Le echó una manta por encima.

El gesto fue suave.

Casi tierno.

Como si estuviera arropando a un niño.

Se inclinó ligeramente y, cuando quedó satisfecha con el resultado, depositó un beso en su frente, breve, contenido, cargado de una afectividad que no encontraba respuesta. Después, agotada por la excitación acumulada a lo largo del día, abandonó la habitación y se dirigió a la suya.

Pero el descanso no llegó.

Al cabo de un buen rato, comenzó a revolverse en la cama, incapaz de encontrar una posición cómoda. Algo la inquietaba, una idea persistente que no terminaba de desaparecer. Finalmente, abrió los ojos.

El frío.

Pensó que, con la bajada de las temperaturas, tal vez su amado estuviera pasando frío.

La preocupación, inmediata y sincera, la empujó a levantarse. Se dirigió al armario empotrado y comenzó a rebuscar entre sus cosas hasta dar con un edredón nórdico, relleno de plumas de oca, que había comprado años atrás y que siempre le había proporcionado un calor reconfortante.

Lo sostuvo unos segundos entre las manos.

Como si, en aquel objeto, pudiera ofrecerle algo más que abrigo.

Irene avanzó sigilosamente por el pasillo, sosteniendo el edredón entre las manos y procurando no hacer el más mínimo ruido. Sus pasos eran cautelosos, casi felinos, como si temiera despertar algo que debía permanecer en calma.

Pero la precaución era innecesaria.

Su siervo no dormía.

Al acercarse a la cama, la escena la sorprendió. El señor Naranja se encontraba encogido sobre sí mismo, en posición fetal, como si intentara protegerse de algo más que el frío. La manta yacía en el suelo, abandonada, sin que Irene pudiera comprender cómo había llegado hasta allí.

—¿Qué te ha pasado, amor? —preguntó con desconcierto—. ¿Por qué está la manta en el suelo?

—No puedo dormir… —respondió él, con la voz cargada de irritación—. O, mejor dicho, no me permiten dormitar.

La frase quedó suspendida, extraña, inquietante.

Irene frunció el ceño, incapaz de entender.

—¿Quién no te permite dormir, si aquí no hay nadie más? —insistió, ahora con un tono más suplicante que curioso.

El señor Naranja giró ligeramente la cabeza.

—Dentro de mi cabeza… —murmuró—. Hay alguien que no me deja descansar.

El tono era quejumbroso.

Casi derrotado.

Aquellas palabras, lejos de alarmar a Irene como cabría esperar, activaron en ella un impulso distinto. Sin dudarlo, dejó el edredón a un lado y, con una naturalidad desconcertante, tomó la decisión en ese mismo instante.

—No te preocupes, amor mío… —susurró con dulzura—. Me tumbaré a tu lado. Si tú no puedes dormir… yo tampoco.

Y, sin más, se acomodó junto a él.

Como si aquello fuera lo más lógico del mundo.

La noche fue transcurriendo por sus cauces habituales, envuelta en ese silencio denso que solo se ve interrumpido por los sonidos lejanos del bosque. Para Irene, la situación había encontrado una especie de equilibrio. Acostada junto a su amado, respirando el mismo aire, compartiendo el mismo espacio, se abandonó a una calma que interpretaba como la antesala de algo mejor.

Para ella, aquello era casi felicidad.

Para él…

Era otra cosa muy distinta.

El señor Naranja no estaba en la gloria, ni mucho menos. A diferencia de la ignorancia en la que había vivido hasta entonces, algo había cambiado desde el incidente en el lago. Aquel momento límite, aquella lucha desesperada por sobrevivir, no solo había quebrado su silencio… había despertado algo más profundo.

Ahora comprendía.

No de forma fragmentaria.

No como una intuición vaga.

Sino con una claridad dolorosa.

Por primera vez, era consciente de sí mismo como individuo. De lo que había sido. De lo que, tal vez, aún podría volver a ser. Y esa posibilidad, lejos de reconfortarlo, le mostraba con mayor crudeza la realidad en la que se encontraba.

Estaba atrapado.

Encerrado en un cuerpo que no obedecía su voluntad.

Sometido a una estructura que anulaba cualquier intento de libertad.

La cárcel ya no era una sensación difusa.

Era una certeza.

Y, precisamente por eso, resultaba mucho más insoportable.

Irene perdió por completo la noción del tiempo, entregada a la contemplación silenciosa de aquel rostro que, para ella, representaba mucho más que una simple presencia. Permanecía inmóvil, absorta, como si cada rasgo guardara un significado oculto que necesitara descifrar con paciencia. Sus labios entreabiertos dejaban entrever una hilera de dientes blancos e impolutos, y su expresión, suavizada por el descanso, transmitía una serenidad que Irene interpretaba como una felicidad profunda, casi eufórica.

La respiración acompasada del señor Naranja reforzaba aquella ilusión.

Todo encajaba.

Todo parecía estar en su sitio.

Pero aquella percepción no era más que un reflejo deformado de la realidad.

Aun así, Irene no lo cuestionaba.

No quería hacerlo.

Poco a poco, el cansancio comenzó a pesar sobre ella. Antes de dejarse arrastrar por el sueño, su mente, todavía activa, se detuvo en una serie de pensamientos que llevaban tiempo rondándola. Reflexionó sobre su vida, sobre los años pasados, sobre las decisiones que la habían conducido hasta aquel punto.

Sobre la soledad.

Sobre las ausencias.

Sobre aquello que había perdido… y aquello que ahora creía haber recuperado.

Y en medio de esas reflexiones, encontró una especie de consuelo, una certeza que, aunque frágil, le resultaba suficiente para seguir adelante.

Finalmente, el sueño terminó por vencerla.

Un sueño que, para ella, sería merecido.

Y reparador.

El dolor había sido una constante en su vida.

Mientras contemplaba el rostro de su esclavo, Irene se dejó arrastrar hacia atrás, hacia una existencia pasada marcada por el sufrimiento y la ausencia. Los recuerdos no llegaban como escenas concretas, sino como una sensación persistente, una herida que nunca terminó de cerrarse.

Se sintió sola.

Profundamente sola.

Tan sola que, en más de una ocasión, había deseado algo que muchos consideraban imposible para una mente infantil: el descanso definitivo, la amistosa ignorancia de la muerte. Decían que un niño no podía comprender ni anhelar su final… pero Irene sí lo había hecho.

Porque no había tenido otra cosa.

No recordaba un hogar cálido.

Ni unos brazos que la acogieran.

Ni unos labios que le susurraran cuánto la querían.

Su desolación había sido absoluta, una pérdida sin nombre, sin forma, porque no se puede echar de menos aquello que nunca se ha tenido… y, sin embargo, el vacío estaba ahí, constante, inexplicable.

A veces, en momentos de lucidez, intentaba encontrar una explicación. Llegaba a pensar que su infelicidad tenía raíces simples, casi crueles: su falta de atractivo, la sensación de no ser suficiente, de quedar siempre en segundo plano. Su madre, volcada en una prole abundante de hijos varones y en un marido que absorbía su atención, apenas tenía tiempo para ella.

Y así creció.

Entre ausencias.

Entre silencios.

Entre una necesidad de amor que nunca fue satisfecha.

Las preguntas comenzaron a surgir, una tras otra, abriéndose paso en su mente con una insistencia dolorosa:

«¿En qué pensará un esclavo…?»

«¿Puede sentir…?»

«¿El amor que siento por él… podría liberarlo de sus cadenas?»

Se quedó en silencio.

Aferrada a esa última idea.

Como si, en el fondo, necesitara que la respuesta fuera sí.

Irene, dolida por no encontrar respuesta alguna a las preguntas que se agolpaban en su mente, pero firme en su determinación de no rendirse, volvió a arroparlo con un gesto que ella misma sabía, en el fondo, inútil. Aun así, necesitaba hacerlo. Era su manera de sostener algo que se le escapaba entre las manos.

Se detuvo un instante más junto a la cama, observándolo en silencio, como si esperara un signo, una señal mínima que justificara todo aquello.

Pero no llegó.

Con un suspiro apenas perceptible, abandonó la habitación.

Al cerrar la puerta, algo dentro de ella cedió. La congoja que arrastraba se hizo más intensa, más difícil de soportar en el interior de la casa, como si las paredes, hasta entonces refugio, se hubieran vuelto opresivas. Necesitaba aire.

Necesitaba espacio.

Se colocó una rebeca sobre los hombros y salió al porche, dejando que el frescor de la noche la envolviera. El contraste con el ambiente cargado del interior fue inmediato, casi liberador.

Se sentó en la mecedora.

El leve crujido de la madera marcó un ritmo lento, constante, mientras comenzaba a balancearse suavemente. Frente a ella, el bosque se extendía en sombras, atravesado por la luz de una luna llena que se filtraba entre los altos pinos. Las copas de los árboles se mecían con la brisa, dibujando un juego de luces y sombras que parecía cobrar vida propia.

Irene observaba en silencio.

Hipnotizada.

Como si aquel espectáculo nocturno pudiera, de alguna manera, responder a lo que ella no lograba entender.

Pero la noche, imperturbable, siguió su curso.

Y sus dudas…

También.

Unos ojos la observaban.

Fijos.

Penetrantes.

Durante un primer instante, Irene sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. La palidez de la luz lunar, filtrándose entre las ramas en movimiento, deformaba las sombras hasta convertirlas en figuras inciertas, inquietantes. Aquella mirada, inmóvil en medio de ese juego de luces y penumbra, le provocó un sobresalto inmediato, una sensación primitiva de peligro que la hizo tensarse en la mecedora.

Pensó en lo peor.

En algo oculto.

En algo que la vigilaba.

Pero el momento de pánico no duró demasiado.

Poco a poco, apelando a su lado más racional, forzó a su mente a ordenar lo que veía. Ajustó la mirada, afinó la atención… y entonces lo comprendió.

Allí, en lo alto de uno de los pinos, se encontraba una lechuza.

El ave permanecía inmóvil, con su silueta perfectamente recortada contra la luz de la luna. Sus ojos, grandes y brillantes, seguían clavados en ella con una intensidad casi incómoda. Y entonces, sin previo aviso, la cabeza del animal giró sobre sí misma con un movimiento imposible, alcanzando un ángulo que rozaba lo antinatural.

Irene no pudo evitar estremecerse.

Aquel giro de casi trescientos sesenta grados, preciso y silencioso, despertó en ella una inquietud distinta, más profunda. No era miedo ya… era fascinación.

Y también preguntas.

Muchas preguntas.

«¿Los animales sienten algo parecido al amor…?», se preguntó Irene, sin apartar la vista de la lechuza. «¿O todo en ellos es más simple… más directo?»

La idea la inquietó.

Pero no tardó en transformarse en otra cosa.

«¿Será esto una señal…? ¿Un aviso?»

Las preguntas comenzaron a entrelazarse, unas con otras, formando un hilo de pensamiento cada vez más denso. Algunas le resultaban incómodas, otras directamente dolorosas, como si tocaran una parte de ella que llevaba demasiado tiempo intentando ignorar.

Pero hubo una que se impuso sobre todas.

Una que lo cambió todo.

«¿Y si fuéramos como los animales…?»

Irene dejó de mecerse.

El pensamiento se asentó en su mente con una claridad inesperada, casi reveladora.

«Todo sería más sencillo…»

No habría dudas.

No habría recuerdos que atormentaran.

No habría pasado.

Ni expectativas.

Solo el presente.

Solo la necesidad.

Solo el instinto.

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa, como si acabara de resolver un enigma que la había acompañado durante toda su vida.

Como si hubiera encontrado, al fin, la clave de todo.

La cuadratura del círculo.

Y, sin embargo…

Aquella conclusión, lejos de tranquilizar el aire que la rodeaba, parecía oscurecerlo aún más.

Todas aquellas incertidumbres, mezcladas con un dolor punzante que parecía instalarse directamente en su pecho, comenzaron a reconcomerle el corazón con una insistencia difícil de soportar. No eran pensamientos ordenados, ni conclusiones claras, sino una maraña de sensaciones que la empujaban hacia un estado de inquietud creciente.

Sin apenas darse cuenta, movida por un impulso automático, Irene se inclinó y comenzó a recoger pequeñas briznas de madera que yacían diseminadas por el suelo del porche. Sus manos actuaban solas, como si aquel gesto respondiera a una necesidad más profunda que cualquier razonamiento consciente.

Las fue agrupando con cuidado.

Una sobre otra.

Hasta formar una pequeña pira improvisada.

Cuando la tuvo lista, sacó un mechero y, tras un breve instante de duda, acercó la llama. La madera tardó unos segundos en reaccionar, pero pronto el fuego comenzó a abrirse paso, tímido al principio, luego más decidido, hasta convertirse en una hoguera modesta pero suficiente para iluminar la escena.

Las llamas crepitaron.

Y con ellas…

Algo dentro de Irene se apaciguó.

Se quedó observando el fuego, completamente absorta. El movimiento hipnótico de las llamas, el calor que empezaba a envolverla, el sonido leve de la madera al consumirse… todo conspiraba para arrastrarla a un estado de desconexión progresiva.

La realidad comenzó a diluirse.

Podría haberse levantado.

Podría haber regresado al interior de la casa.

Pero no lo hizo.

El influjo de la hoguera la retenía, atrapándola en un instante suspendido. A un lado, la lechuza seguía observando en silencio, testigo inmóvil de aquella escena. A su alrededor, la brisa nocturna continuaba recorriendo el bosque, ahora suavizada por el calor amable que desprendía la leña ardiendo.

Irene permanecía allí.

Inmóvil.

Como si, por primera vez en mucho tiempo, no necesitara huir de nada.

Ni siquiera de sí misma.

Irene necesitaba calor.

No el físico, que la pequeña hoguera ya comenzaba a proporcionarle, sino ese otro más esquivo, más difícil de nombrar, el de un semejante que la acogiera, que la comprendiera, que la sostuviera en los momentos en los que el mundo se volvía demasiado pesado. Y, sin embargo, en ausencia de todo ello, el fuego cumplía su función, supliendo, aunque fuera de manera imperfecta, la ternura que nunca la había acompañado a lo largo de su existencia.

Ni siquiera en su matrimonio encontró aquello que tanto había necesitado.

Su difunto esposo jamás supo —o quizás nunca pudo— darle la pasión que ella, en el fondo, reclamaba. Aquella relación no fue más que un acuerdo práctico, una solución apresurada, un intento de tapar una herida anterior que nunca llegó a cicatrizar del todo. Un clavo que quitaba a otro clavo… sin conseguirlo realmente.

La dureza de su vida había moldeado su carácter hasta volverlo hermético.

Se blindó.

Aprendió a no sentir.

A no esperar.

A sustituir el afecto por otras cosas más manejables, más seguras. El trabajo, el dinero, la estabilidad… todo aquello que podía controlar sin exponerse a la incertidumbre del cariño verdadero. Y, durante años, ese sucedáneo funcionó. O, al menos, eso quiso creer.

Porque todo lo demás lo había relegado.

Sus fantasías, sus anhelos, sus impulsos más íntimos… los había suprimido con una disciplina férrea, enterrándolos en una parte de su mente donde no pudieran interferir con la vida que había construido. Nunca sintió una atracción real por ningún hombre. Ni siquiera por su marido. Era, simplemente, una pieza más dentro de un engranaje que le permitía seguir adelante sin mirar atrás.

Incluso cuando veía a los hijos de otras personas y, por un instante, algo en su interior parecía ablandarse, reaccionaba de inmediato. Arrancaba esa emoción de raíz, como quien elimina una mala hierba antes de que crezca. Evitaba cualquier vínculo, cualquier situación que pudiera generar apego.

No quería deberle nada a nadie.

No quería perder nada.

No quería sentir.

Las mascotas, las plantas, cualquier forma de vida que implicara cuidado o cariño… todo quedaba fuera. Había reservado un rincón en su instinto donde confinaba esos sentimientos peligrosos, manteniéndolos a raya, bajo control, lejos de su día a día.

No era lo ideal.

Pero era suficiente.

O, al menos, lo había sido hasta entonces.

Hasta que apareció él.

Irene estaba convencida.

No había espacio para la duda en ese aspecto.

Su esclavo la necesitaba.

Lo sentía con una certeza casi física, como si en aquella relación existiera un vínculo invisible que escapaba a cualquier lógica aparente. Era como si él viera en ella algo que ni siquiera ella misma alcanzaba a reconocer, algo oculto, algo que siempre había estado ahí, esperando ser descubierto.

Nunca nadie la había elegido.

Nunca nadie la había preferido por encima de otros.

Ni siquiera su propio marido.

Y, sin embargo, ahora…

Ahora alguien lo hacía.

«¿Qué hay en mí…», se preguntó, «para que me encuentre tan interesante?»

La idea la descolocaba.

Le resultaba tan ajena que no sabía cómo manejarla.

Sentirse valiosa para alguien, precisamente ella, que había construido toda su vida sobre el rechazo de cualquier emoción, era un hecho de una importancia desmedida. Aquello no encajaba con la imagen que tenía de sí misma, ni con la lógica que había regido su existencia durante años.

Y, aun así, lo aceptaba.

Porque lo necesitaba.

El señor Naranja, en su estado, era poco más que un autómata. No había en él intención aparente, ni deseo manifiesto, ni una respuesta que pudiera interpretarse en términos convencionales. No había, al menos en apariencia, una connotación física o pasional que explicara aquel supuesto vínculo.

Y eso lo volvía todo aún más desconcertante.

«Entonces… ¿qué busca en mí?»

La pregunta quedó suspendida en su mente, sin encontrar apoyo en nada tangible.

«¿Qué puede ver en una viuda… en una mujer como yo?»

Intentó encontrar respuestas en su pasado, en la posible historia de él. Imaginó vidas, situaciones, personas que lo habrían rodeado antes de llegar hasta ella. Sin duda, alguien con su aspecto habría conocido el afecto, la admiración, incluso la devoción. También, tal vez, la crueldad.

Pero amor…

Amor no le habría faltado.

Y eso hacía que todo resultara aún más incomprensible.

La confusión se apoderó de ella.

Hasta que, finalmente, la pregunta emergió con toda su fuerza, inevitable, definitiva:

«Entonces… ¿por qué está enamorado de mí?»

Y, sin darse cuenta…

Dio por cierta la premisa más peligrosa de todas.

El amor trastorna.

Desfigura la realidad hasta hacerla encajar con aquello que uno necesita creer. Irene, atrapada en esa lógica, comenzó a construir una explicación que le resultara soportable, incluso hermosa dentro de su propia distorsión.

Quizás él no la veía como realmente era.

Quizás, en su mente alterada, ella no era esa mujer madura, marcada por los años y las renuncias, sino una figura distinta… más joven, más deseable, más acorde con aquello que, en otro tiempo, podría haber sido.

La idea prendió en su interior con rapidez.

Y no la rechazó.

Al contrario.

La abrazó.

Se aferró a ella con una convicción que no admitía fisuras, porque, en el fondo, no necesitaba que fuera verdad… solo que fuera posible.

Y con eso bastaba.

Porque, aunque aquel hombre hubiera llegado a su vida como un objeto, adquirido mediante una transacción fría, casi burocrática, Irene ya no lo percibía de ese modo. Para ella, aquella circunstancia carecía de importancia.

Lo que había despertado en su interior superaba cualquier explicación racional.

Algo antiguo.

Algo profundamente enterrado.

Una pasión que había permanecido oculta durante años, tal vez toda su vida, esperando un momento, una excusa, una chispa que la liberara.

Y ahora…

Había encontrado su salida.

Aunque fuera sobre una mentira.

Aunque fuera sobre un error.

Aunque fuera…

Irremediablemente.

A la mañana siguiente, tras un frugal desayuno que apenas tuvo sabor para Irene, decidió continuar con su rutina como si nada hubiera ocurrido. Con una determinación tranquila, casi mecánica, hizo subir a su esclavo al utilitario y emprendieron camino hacia el supermercado más próximo, situado a unos prudentes y obligatorios cuarenta kilómetros de la casa.

El trayecto transcurrió en silencio.

Solo el sonido del motor y el constante traqueteo del vehículo al devorar los irregulares caminos acompañaban el viaje. Irene conducía concentrada, sin apenas dirigirle palabra, como si aquel desplazamiento formara parte de una vida perfectamente organizada que, en realidad, comenzaba a resquebrajarse por dentro.

Al llegar, realizó la compra con la eficiencia que la caracterizaba.

Nada superfluo.

Nada innecesario.

Todo medido.

Todo útil.

Una vez hubo terminado, regresó al vehículo y, con la naturalidad de quien está acostumbrada a dar órdenes sin esperar respuesta, le indicó al señor Naranja que colocara las vituallas en el maletero. Como en otras ocasiones, él obedeció sin rechistar, ejecutando cada movimiento con precisión automática.

Pero el espacio no era suficiente.

Las bolsas eran demasiadas para el reducido tamaño del automóvil, de modo que Irene optó por acomodar parte de la compra en los asientos traseros, junto a él. Antes de cerrar la puerta, lo miró fijamente y, mediante gestos claros, le indicó que debía permanecer inmóvil y vigilar los bultos, evitando que, con los inevitables baches del camino, terminaran desparramándose por el interior del coche.

Era una orden simple.

Y, como todas, sería cumplida.

Sin cuestionarla.

Sin alterarla.

Sin margen de error.

Una vez de regreso a la casa de campo, Irene se dirigió directamente al cuarto de baño. Cerró la puerta tras de sí y se plantó frente al espejo, observándose con detenimiento. Durante unos instantes dudó, como si no terminara de decidir hasta qué punto merecía la pena aquel esfuerzo, pero finalmente cedió y comenzó a acicalarse con una dedicación poco habitual en ella.

Se arregló.

Se corrigió.

Se suavizó.

No era un cambio radical, ni mucho menos, pero sí lo suficiente como para que, al terminar, pudiera contemplarse con una leve sensación de satisfacción. Un pequeño milagro… aunque fuera a medias.

Al salir, su actitud había cambiado.

Se movía con más cuidado.

Con más intención.

Sus pasos la llevaron hasta donde se encontraba el señor Naranja, que, ajeno a todo, continuaba con la tarea encomendada. Sudoroso, concentrado, colocaba las vituallas con una precisión casi metódica, ordenándolo todo según las indicaciones recibidas.

Irene lo observó en silencio.

Con una atención distinta.

No pensaba en su cerebro manipulado, ni en su condición, ni en las limitaciones que lo definían. Su mirada se detenía en otros detalles: el tono de su piel, tostada por el sol, ese moreno natural que habría despertado la envidia de cualquier cuerpo trabajado al aire libre, la tensión de los músculos bajo el esfuerzo, la presencia física que llenaba el espacio sin necesidad de palabra alguna.

Aquello era lo que veía.

Y aquello era lo que le importaba.

Entre las provisiones, Irene también había adquirido varios planteles de hortalizas. Tras unos segundos de contemplación, pareció recordar su propósito práctico. Con un gesto firme, llamó la atención de su esclavo y, sin necesidad de explicaciones elaboradas, le indicó que la acompañara al jardín.

Había trabajo que hacer.

Y, para ella, cada tarea compartida era una forma más de acercarlo a su mundo.

Una vez en el terreno, Irene se detuvo con gesto decidido y señaló una porción de tierra que había sido previamente labrada con esmero. La luz de la tarde acariciaba los surcos recientes, como si incluso el campo aguardara su aprobación.

—¿David, qué te parece este lugar para las tomateras? —preguntó con viveza, ladeando ligeramente la cabeza, como si esperara una respuesta inmediata y, además, favorable.

—¡¡Y a mí qué me cuenta, señora!! —protestó, visiblemente aborrecido, el señor Naranja, que, resignado a su suerte, se afanaba en ayudarle a plantar las semillas de tomate, aunque sin ocultar en absoluto su descontento.

—Nada, amor mío… los colocaremos aquí —respondió ella con absoluta seguridad, como si David, presente o no, ya hubiese dado su visto bueno—. Estoy convencida de que este es el sitio adecuado.

Acto seguido, en un gesto casi ceremonial, Irene sacó su libro del buen horticultor y lo abrió con cuidado, mostrando ilustraciones de tomates maduros, brillantes y perfectos, junto a otras hortalizas que prometían abundancia. Pasó las páginas con entusiasmo, explicando con detalle cómo, con paciencia y los cuidados necesarios, aquel pequeño rincón de tierra acabaría transformándose en un vergel digno de admiración en apenas unos meses.

Fue pasando el día y, como si fuera una niña incapaz de estarse quieta, Irene no dejó de ir de un lado a otro. Tan pronto se la veía plantando semillas con entusiasmo, como, al instante siguiente, inclinada sobre la tierra, labrando con más empeño que técnica, o regando lo recién sembrado con una dedicación casi desmedida. Su energía parecía inagotable, y cada nueva tarea la emprendía con la misma ilusión que la anterior, como si acabara de descubrir el placer de trabajar la tierra.

El señor Naranja, por su parte, cumplía con cuanto se le ordenaba, moviéndose tras ella con una obediencia forzada que apenas lograba disimular su creciente irritación. Por fuera, asentía y obedecía; por dentro, sin embargo, rabiaba al contemplar a su dueña, a la que ya consideraba poco menos que una loca, saltando de aquí para allá con la ligereza y el ímpetu de una cabra montesa, incapaz de mantener el sosiego ni un solo instante.

Y mientras ella avanzaba ajena a todo, absorta en su pequeño mundo de surcos y promesas, él no podía evitar preguntarse cuánto tiempo más duraría aquel frenesí… y, sobre todo, qué sería lo siguiente que se le ocurriría.

Se levantó una ligera brisa que, poco a poco, fue ganando fuerza, removiendo la tierra recién trabajada y haciendo que el aire se volviera más fresco. Irene, que hasta entonces no había acusado el esfuerzo, se detuvo un instante y notó un leve escalofrío recorrerle el cuerpo.

—Hagamos una fogata para calentarnos… y, de paso, cuando se hagan brasas, asaremos unas cuantas chuletas de cordero —propuso con renovada alegría, como si aquella idea fuese el broche perfecto para la jornada—. ¿Qué te parece, David?

—¡¡Ya era hora, vieja asquerosa!! —escupió el señor Naranja, clavándole una mirada cargada de odio contenido—. ¡¡Que me tiene toda la santa tarde trabajando sin parar!!

Apretó los dientes mientras hablaba, como si cada palabra le costara un esfuerzo adicional, y aún así no pudo evitar seguir desahogándose:

—Ni un respiro… ni uno.

—Qué ímpetu, cariño… ya veo que tienes mucha hambre —respondió ella con tono redicho, completamente ajena al desprecio que destilaban las palabras de su ayudante, interpretando su arrebato como una simple muestra de entusiasmo.

Y, sin darle mayor importancia, Irene volvió a moverse con ligereza, como si el viento, el frío y las quejas no fueran más que detalles sin relevancia dentro de su pequeño y ordenado mundo.

Cuando el fuego hubo prendido con firmeza y los leños comenzaron a consumirse lentamente, Irene, con una destreza inusitada en una señora acomodada, tomó una rama y removió las ascuas hasta quedar satisfecha con el intenso color rojizo que iban adquiriendo los restos de los troncos.

Las chuletas chisporroteaban sobre la parrilla de metal, ennegrecida por el uso, desprendiendo un aroma denso y tentador que parecía imponerse incluso al fresco de la noche. Irene las observaba con atención, como si en aquel sencillo acto culinario se jugara algo más que la cena.

Cuando consideró que estaban en su punto, las retiró con ayuda de un tenedor, manejándolas con sorprendente soltura. Después, con precisión casi metódica, troceó las costillas en porciones más pequeñas y, sin apenas vacilar, se dispuso a alimentar a su esclavo.

La escena ofrecía una estampa idílica para cualquiera que disfrutara de una cena al aire libre: el crepitar del fuego, el aroma de la carne recién asada y la noche desplegándose poco a poco sobre el campo. Sin embargo, Irene nunca había sabido apreciar ese tipo de momentos. En sus anteriores visitas, cuando aún acudía acompañada de su marido, se limitaba a dejar pasar las horas abstraída en la lectura de algún libro o entretenida con sus programas favoritos en el televisor, mientras él se entregaba con entusiasmo a la caza y la pesca, aficiones que siempre le habían resultado ajenas.

Pero ahora, en medio de aquella aparente sencillez, algo había cambiado.

Comenzó a percibir la belleza del lugar con una claridad que hasta entonces le había sido negada: el cielo abierto sobre su cabeza, la tierra que aún conservaba el calor del día, los sonidos lejanos de los animales y ese murmullo constante de la naturaleza que, lejos de perturbar, parecía envolverlo todo en una calma profunda.

Y, por encima de todo, descubrió la quietud.

Una quietud casi tangible, que no solo habitaba en el entorno, sino que empezaba a asentarse también en su interior, como si aquel rincón olvidado del mundo le ofreciera, por primera vez, un tipo de paz que no sabía que necesitaba.

«¿Había sido David el culpable de esta nueva dicha?»

La respuesta brotó en su mente con una rotundidad incuestionable.

Sí.

Sin la menor duda.

Se dio la razón a sí misma con una leve sonrisa de satisfacción, como quien acaba de encajar la última pieza de un razonamiento perfecto. Acto seguido, impulsada por un arrebato de gratitud, se inclinó hacia delante y le plantó en plena boca un sonoro beso, húmedo y efusivo, que dejó completamente estupefacto al señor Naranja.

Durante un instante, él quedó paralizado, con los ojos abiertos de par en par, incapaz de reaccionar.

Después, el asco le recorrió el rostro como una sombra.

—… —balbuceó primero, aún aturdido, antes de recuperar el habla—.

—¡¡Cómo te atreves, vieja inmunda!! —estalló el señor Naranja, limpiándose con brusquedad la boca, como si quisiera borrar cualquier rastro de aquel contacto.

—Ay, mi Romeo… siempre tan arisco —respondió Irene con un deje casi cantarín, inclinando ligeramente la cabeza mientras le dedicaba un mohín de fingida complicidad—. Pero ya sabes lo que dicen… “todas las rosas tienen espinas”.

Lo observó con una sonrisa satisfecha, como si aquel rechazo no solo no le afectara, sino que, de algún modo, confirmara exactamente lo que esperaba de él.

Y en sus ojos, por un instante, brilló algo difícil de interpretar: una mezcla de ternura impostada y una firmeza silenciosa que no admitía réplica.

Después de aquel beso robado, Irene se entregó por completo a la contemplación de su particular Adonis. Él permanecía en silencio, ofreciendo un perfil parcialmente iluminado por la luz de la luna que, al mezclarse con el tenue resplandor de las brasas —avivadas por la suave brisa—, dibujaba con delicadeza el contorno de su rostro. A ojos de Irene, aquella imagen adquiría una belleza casi escultórica, digna de una estatua griega detenida en el tiempo.

Pero la realidad, como tantas veces, no compartía su mirada.

En cuanto el señor Naranja advirtió aquella observación insistente, un rictus desagradable se marcó en su boca. Incómodo, giró levemente la cabeza, tratando de ocultar su rostro como si así pudiera protegerse de aquella atención no deseada. Su gesto, lejos de ser altivo, estaba cargado de una rabia contenida que empezaba a desbordarse.

Y entonces, sin poder evitarlo, comenzó a gimotear.

Al principio apenas fue un sonido ahogado, casi imperceptible, pero pronto se hizo más evidente. De sus ojos azules, hasta entonces tensos y brillantes, comenzaron a deslizarse pequeñas lágrimas que, tímidas y relucientes, recorrieron la curva de sus mejillas enrojecidas, dejando tras de sí un rastro silencioso de impotencia.

—¡¡David, por favor, no llores!! —le imploró Irene, rodeándolo con torpeza en un abrazo que pretendía ser reconfortante—. ¿Qué te pasa, querido?

Él no respondió.

El silencio que siguió, más denso que la propia noche, la turbó. Por un instante, una duda incómoda se abrió paso en su mente. Tal vez había ido demasiado lejos. Nunca, que ella supiera, se había dado el caso de que la dueña de un esclavo terminara enamorándose de él… y, sin embargo, allí estaba, dejándose arrastrar por un sentimiento que no terminaba de comprender.

Con gesto más contenido, casi temeroso, comenzó a acariciarle suavemente, como si tratara de reparar un daño invisible, de calmar aquello que ni siquiera sabía nombrar.

El señor Naranja, entre sollozo y sollozo, empezó entonces a pensar.

La rabia seguía ahí, latente, pero algo más frío y calculador comenzó a imponerse poco a poco. Sopesó la situación con rapidez, valorando cada detalle, cada gesto, cada palabra. Y, finalmente, llegó a una conclusión tan simple como inquietante:

Quizá valía la pena seguirle la corriente a aquella estúpida vieja.

Muy despacio, sin apartarse del todo, permitió que el llanto se apagara… aunque en su interior, lejos de calmarse, algo acababa de cambiar.

Él se volvió hacia ella y, fingiendo una vergüenza que no sentía, se apretó contra su cuerpo en busca de amparo. Irene, interpretando aquel gesto como una entrega sincera, lo rodeó con sus brazos y lo estrechó con fuerza, como si temiera que pudiera desvanecerse en cualquier momento.

Cuando sus mejillas se rozaron, la mujer sintió que algo en su interior terminaba de rendirse.

Buscó su rostro con una urgencia contenida y, mientras trataba de consolarlo con palabras suaves y entrecortadas, comenzó a cubrirlo de besos, uno tras otro, cada vez más insistentes, como si en ellos quisiera volcar todo aquello que llevaba años guardado.

No satisfecha con aquel arrebato, lo acunó contra su pecho con una ternura casi maternal, meciéndolo despacio, como si fuera un niño necesitado de consuelo. En ese gesto convivían el cariño, la posesión y una necesidad profunda de ser correspondida, aunque fuera en silencio.

Irene era feliz.

Tan intensamente feliz que, por un instante, llegó a sentirse culpable. Nunca habría imaginado que, después de tantos años atrapada en un matrimonio vacío de afecto, encontraría en aquel lugar —y en aquella figura que solo ella parecía comprender— un respiro capaz de devolverle las ganas de vivir.

Pasado un tiempo en el que al señor Naranja bien podrían haberle otorgado un “Oscar” por su interpretación de adolescente enamorado, fue dejando atrás los sollozos hasta quedar completamente inmóvil entre los brazos de Irene.

Ella, por su parte, no cabía en sí de gozo.

Permanecieron así, en una quietud casi irreal. Irene lo sujetaba con una mezcla de ternura y temor, como si cualquier movimiento brusco pudiera romper aquel instante y hacer que él se apartara para siempre. Lo retenía sin darse cuenta, aferrándose a esa ilusión que tanto necesitaba.

Él, en cambio, permanecía calculadamente quieto.

Había decidido seguir adelante con la farsa, al menos por el momento. Su mente, lejos de calmarse, trabajaba con una frialdad creciente, evaluando cada gesto, cada oportunidad. Esperaba. Medía. Aguantaba.

A la espera del instante adecuado.

De la ocasión precisa en la que, sin previo aviso, pudiera cambiar el curso de todo… y, quizá, acabar de una vez por todas con aquella situación que lo consumía por dentro.

Al comprobar que el esclavo no intentaba escapar, sino que, por el contrario, se movía levemente para acomodarse mejor en su regazo, Irene se permitió relajarse. Con suma delicadeza, se separó apenas lo justo, lo suficiente para poder contemplarlo con mayor claridad.

Desde esa posición, tenía ante sí una vista privilegiada de su amado.

Lo observó en silencio, con una devoción casi reverencial, recorriendo con la mirada cada rasgo de su rostro como si temiera olvidarlo. Había en sus ojos una mezcla de fascinación y necesidad que ya no trataba de ocultar.

Pero no le bastaba.

Impulsada por un deseo creciente de reafirmar aquel instante, alzó la mano y le acarició la espesa cabellera con una suavidad casi ritual, como si aquel gesto sellara algo que solo ella comprendía.

«Esta belleza es mía», se dijo a sí misma con una convicción que rozaba lo absoluto.

Y por un momento, breve pero intenso, llegó a preguntarse si no estaría viviendo un sueño… uno de esos que nunca se había permitido imaginar, y del que, ahora, no quería despertar.

—Dime, amor mío… ¿qué es lo que te preocupa? —preguntó Irene con una dulzura casi desbordante, inclinándose hacia él con gesto solícito.

—Sabes que no puedo corresponderte, amada mía… —respondió el señor Naranja, modulando la voz con una entrega impostada, digno de cualquiera de los grandes galanes de Hollywood.

Irene negó suavemente, como si rechazara de plano aquella idea.

—No te preocupes, amor mío. Si la fe mueve montañas… ¿qué crees que puede llegar a lograr la pasión?

Él sostuvo la mirada apenas un instante, conteniendo el gesto.

«Esta mujer es aún más necia de lo que pensaba», se dijo, ocultando su asco tras una expresión cuidadosamente construida.

—Sí, vida mía… no hay nada que se le resista al amor… —añadió con un tono meloso, casi empalagoso, que enmascaraba a la perfección su verdadero sentir.

Irene, radiante de felicidad, encontró —o creyó encontrar— las palabras adecuadas para la ocasión… ¿Las habría aprendido en alguna de esas películas de tonos pasteleros que parecían no tener nunca final? ¿O tal vez era su corazón, hambriento de amor, el que hablaba por sí solo, sin filtro ni medida?

Dejo estas preguntas en manos de usted, estimable lector, para que decida por sí mismo el grado de lucidez de nuestra heroína.

Por mi parte, me limitaré a apartarme discretamente y dejar hablar a tan enamoradiza protagonista… o quizá actriz secundaria dentro del reparto de esta tragicomedia —no sabría decirlo con certeza—. Porque, llegado este punto, uno empieza a preguntarse: ¿es ella quien conduce la historia… o es el señor Naranja quien la está reescribiendo a su antojo?

En fin, disculpen la intromisión.

Cedo la palabra a la fémina.

—Hay veces en que llegamos a querer a las personas que la vida pone en nuestro camino —comenzó Irene con una serenidad inesperada—. La mayoría de las veces no nos gusta lo que encontramos… pero, si dejamos a un lado lo superficial, lo verdaderamente importante es conocerlas. Eso es lo que de verdad nos define como seres humanos.

Se detuvo.

Sus ojos se posaron en las ascuas agonizantes, que aún trataban de avivarse con el poco oxígeno que les concedía la noche. La brisa ya no soplaba con la misma constancia, y el fuego parecía rendirse poco a poco.

Inspiró profundamente, dejando que el aire llenara sus pulmones, y lo soltó despacio, como si con ello lograra apaciguar el latido acelerado de su corazón. Al alzar la vista, comprobó que él la observaba con aquella expresión que ella interpretaba como enamorada.

Y continuó, más firme:

—Durante años me negué a disfrutar de la vida. Me encerré en la seguridad de mi propio cascarón… —hizo una leve pausa, como si le costara admitirlo—. Hasta que te conocí.

Sus labios esbozaron una sonrisa tenue.

—Lo cambiaste todo. Tanto, que ahora… ahora vuelvo a sentirme humana. Con mis virtudes, con mis defectos… dispuesta a amar, y también a dejarme amar. Y si ese amor me engaña… —su voz se suavizó, pero no perdió determinación— también sabré sufrir.

—Los desengaños… las rupturas… y amar sin ser correspondido —respondió el señor Naranja con un tono grave y contenido— son, sin duda, los más amargos.

Sus palabras, medidas y aparentemente sinceras, encajaban a la perfección en el papel que había decidido interpretar. Ya no había titubeo en él; se movía dentro de su farsa con una naturalidad inquietante.

Irene asintió despacio, como si cada una de aquellas palabras encontrara eco en su interior.

—Tienes razón, amor mío. Las despedidas son lo más duro… —murmuró, con un matiz de tristeza que apenas lograba ocultar—. Porque, después de ellas, ya nunca volvemos a ser quienes fuimos.

Alzó la mirada y lo sostuvo con una firmeza nueva, casi solemne.

—Pero yo te prometo algo —añadió, con una determinación que no admitía réplica—: jamás te abandonaré.

El silencio que siguió no fue sereno.

Fue denso.

Cargado.

Porque, en aquella promesa absoluta, había algo más que amor.

Había posesión.

—No te preocupes, Irene… —dijo.

«¡¡La he llamado por su nombre!! ¿Me estaré volviendo tan humano… y tan idiota como antes?», se recriminó al instante, sorprendido por su propio desliz.

—Gracias, amor… no esperaba menos de ti —respondió ella, visiblemente aliviada, como si aquella simple palabra hubiera confirmado todas sus esperanzas.

Las ascuas terminaron por extinguirse, reducidas a un último aliento rojizo. Irene, práctica en su recién descubierta faceta, ordenó a su esclavo que cubriera la hoguera con tierra, sofocando cualquier resto de vida en el fuego. Él obedeció sin rechistar.

Acto seguido, ella tomó su mano y, sin soltarla, lo condujo de regreso a la casa.

Mientras el sendero los acercaba al chalet, avanzaban estrechamente unidos, casi pegados el uno al otro. Irene se abandonaba a aquel contacto con una felicidad despreocupada, ajena a todo lo demás.

El señor Naranja, en cambio, tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por no vomitar la cena.

Apretó los dientes. Respiró hondo. Se sostuvo en su resolución y en el odio que, lejos de disminuir, parecía haberse vuelto más denso, más frío, alimentado por cada gesto de afecto de aquella mujer a la que ya consideraba completamente trastornada.

Y, en medio de aquel desfile de caricias no deseadas, decidió aprovechar el momento.

Había algo que necesitaba saber.

Una duda que, insistente, llevaba tiempo rondándole por su maltrecha mente.

Y, esta vez, pensaba obtener una respuesta.

—Irene… —dijo, conteniendo el tono—. «¡¡Maldita seas!!», se recriminó para sí mismo—. ¿Qué es la muerte?

La pregunta, formulada con una aparente inocencia, la tomó por sorpresa. Irene se quedó un instante descolocada, pero su estado de enamoramiento la empujó a responder sin profundizar demasiado en lo extraño del momento, adoptando incluso un tono suave, casi didáctico, como si hablara con un niño.

—Mientras tu corazón siga latiendo, puedes ver, oír, caminar, correr, nadar, comer… en definitiva, vivir —explicó con calma—. Pero, si te fijas bien, todo envejece, todo se desgasta con el tiempo. Nada permanece intacto para siempre.

Hizo una breve pausa, buscando sus ojos.

—Y llega un momento en el que ese desgaste es total… en el que todo se apaga.

Su voz se volvió más baja, casi solemne.

—Eso es la muerte, querido mío.

—¿Entonces… yo estoy muerto?

Irene frunció el ceño, sorprendida por la crudeza de la pregunta.

—¿Por qué dices esa barbaridad, ángel mío?

Él bajó ligeramente la mirada, como si reflexionara, aunque en realidad midiera cada palabra.

—Es evidente… —murmuró—. No puedo hacer nada de lo que hacen los vivos.

Irene negó con suavidad, acercándose un poco más a él, como si quisiera acortar también esa distancia invisible que acababa de abrirse.

—No te preocupes —dijo con ternura—. Yo te ayudaré.

Él alzó los ojos, clavándolos en los suyos.

—¿Cómo?

Y entonces Irene sonrió.

No era una sonrisa cualquiera. Había en ella algo firme, casi inquebrantable.

—Con amor… ¿cómo si no?

Capítulo 4

—¡¡Sr. Ramírez, acuda a mi despacho!! —retumbó la voz metálica de la directora, firme y sin matices, cortando el aire de la oficina como una orden inapelable.

A esas horas de la mañana, ya se encontraba en su punto óptimo: las tazas —religiosas— de café negro, espeso y casi ritual habían hecho su efecto. Su tensión arterial, lejos de traicionarla, se alineaba con la exigencia constante de dirigir la sucursal de venta de esclavos, un engranaje que, bajo su mando, solía funcionar con precisión milimétrica.

Todo marchaba sobre ruedas.

O al menos, así habría sido de no ser por ese incómodo apartado del "Debe", ese en el que, inevitablemente, terminan acumulándose los errores, los descuidos… y los fracasos que nadie desea reconocer.

Y aquel día, precisamente, uno de ellos reclamaba su atención.

La tarde anterior había recibido una llamada del director de zona, de cuya filial dependía. Por supuesto, era un hombre… y, a su modo de ver, de muy malas maneras. Con una cortesía apenas disimulada, le insinuó que no sabía llevar su delegación, todo debido a una mercancía no devuelta.

A su vez, aquel directivo había sido presionado por el administrador del país, quien, por decirlo de forma suave, había recibido su correspondiente "estímulo" desde instancias superiores. Y si uno seguía tirando del hilo de aquella cadena de reproches, terminaría por llegar al origen de tan desafortunada carambola.

El manantial no era otro que el mismísimo Gobierno de la Nación.

Y es que, bajo ningún concepto, estaba dispuesto a permitir que los suicidas eligieran la vía de la esclavitud, un destino reservado exclusivamente para reos y para aquellos insolventes que no podían responder a sus deudas.

Mientras su director de Relaciones Públicas acudía a su llamada —más bien a su rugido—, la directora se ensimismó contemplando los múltiples títulos que adornaban la pared, cuidadosamente dispuestos frente a su mesa. No era casualidad: cada diploma estaba colocado con la intención de impresionar a cualquiera que cruzara el umbral de su despacho.

Sobre el escritorio, y como prolongación de esa misma estrategia, se extendía una variopinta colección de bolígrafos, carpetas y documentos perfectamen-

te ordenados… junto a un tintero que, aunque completamente inútil, cumplía una función puramente ornamental. Todo en aquel espacio parecía diseñado para transmitir una idea muy concreta: allí mandaba una mujer de armas tomar.

Sin embargo, no todo era severidad.

A un lado, estratégicamente colocados, descansaban un par de portarretratos. En ellos aparecía fotografiada junto a varios esclavos de rostros inexpresivos. Siempre había pensado que aquellas imágenes le conferían un cierto aire de bondad… una cualidad de la que, en realidad, carecía por completo.

Aun así, resultaban tremendamente útiles.

Especialmente cuando recibía la visita de algún delegado defensor de los derechos de los cautivos —no eran muchos, pero sí lo suficientemente insistentes—, cuya presencia, además, empezaba a despertar cierta simpatía entre los sectores más jóvenes de la población.

Al entrar, el señor Ramírez oteó el despacho con cautela, como si buscara en el aire la forma del problema que lo había convocado. Al no advertir nada inmediato, se decidió a avanzar, aunque no sin cierta aprensión, hacia la figura de la directora.

Allí estaba ella.

De espaldas, inmóvil, contemplando a través del amplio ventanal las tétricas vistas de una ciudad gris y contaminada, como si aquel paisaje fuera una extensión natural de su propio estado de ánimo.

En un primer momento, Ramírez no comprendió la jugada. Pero, al situarse a su altura y comprobar que seguía sin girarse, entendió que el silencio formaba parte del ritual. Carraspeó levemente, a modo de aviso —o quizá de disculpa—, pese a que había sido ella quien lo había llamado.

—¿Sabe usted a qué altura estamos, señor Ramírez? —preguntó la directora, sin dignarse a mirarlo.

—Pues… la verdad, nunca me lo he planteado, doña Manuela —respondió él con cautela, midiendo cada palabra.

La directora, que en un primer momento había valorado la posibilidad de suavizar la reprimenda, cambió de idea en cuanto escuchó su odiado nombre. Durante un instante, una imagen fugaz cruzó su mente: tomarlo del pescuezo y

estamparlo contra la cristalera, con la secreta esperanza de que la atravesara y emprendiera un descenso en caída libre.

Pero no hizo nada de eso.

—Por favor, llámeme Manoli. Ya sabe usted que son muchos años juntos —dijo, conteniendo a duras penas el impulso de estrangularlo allí mismo.

—Perdóneme… Manoli. Usted dirá —respondió él, adoptando el tono más inocente del que fue capaz.

—Como le iba diciendo… —continuó ella, aún de espaldas, con las manos juntas a la altura de los labios, en una postura que recordaba inquietantemente a una mantis religiosa—. ¿Sabe usted, señor Ramírez, que antaño, durante la mayor crisis económica de este país, la gente se arrojaba por las ventanas?

Y entonces, de forma repentina, se giró.

Sus ojos buscaron los de él con precisión quirúrgica.

Esperaba una respuesta.

Y el director, ahora sí, completamente acojonado, lo sabía.

—Pues verá, Manoli… —comenzó él, tragando saliva, como si esperara que algo —o alguien— lo rescatara de aquella situación.

Pero no hubo rescate.

La directora, lejos de incomodarse, parecía disfrutarlo. No hay nada más gratificante que ver a un hombre acorralado… en este caso, a los pies de la leona.

—¡¡No hay “peros” que valgan, señor mío!! —aulló, cortándole en seco.

—Bueno… —titubeó él, forzando una sonrisa torpe—. ¿Pero tan grave es?

—¡¡¿Que si es grave, pregunta usted?!!

El eco de su voz pareció rebotar en las paredes del despacho.

—¿De qué expediente hablamos? —insistió Ramírez, intentando recomponerse, aferrándose a una falsa normalidad que ya no existía.

—Del caso Irene, por supuesto —sentenció la directora, machacando cada sílaba.

El silencio que siguió no fue casual.

Porque, en aquel mundo, los esclavos no tenían nombre.

Cuando se hacía referencia a ellos, siempre era a través del de sus amos.

Y eso… lo cambiaba todo.

—Estoy en ello, Manoli —respondió él.

Mentira cochina.

No tenía la menor idea de lo que estaba ocurriendo. Desde que la señora prometió devolver “la mercancía”, él, fiel a su costumbre, lo dejó todo en manos del civismo de los clientes. Y, como tampoco le gustaba que lo molestaran, delegó a su vez en sus mal pagados subordinados, quienes, saturados de trabajo, optaron por ignorar el asunto entre la desidia y la pura dejadez de funciones.

—¡¡La mierda siempre cae hacia abajo!! —estalló la directora—. Y desde el Gobierno ha ido rodando… hasta que me ha salpicado.

Se acercó a él con paso firme, invadiendo su espacio sin el menor reparo.

—¿Me entiende, Ramírez?

Lo tenía tan cerca que el director pudo percibir con claridad su aliento cargado de café, espeso y acre, como el de un dragón a punto de escupir fuego por las fauces.

Y, por un instante, tuvo la sensación de que aquella comparación no era en absoluto exagerada.

Ramírez no era precisamente rápido entendiendo las cosas, pero en aquella ocasión la directora había sido tan clara —y tan contundente— que no dejó margen para la duda. Entre la reprimenda y la cercanía de su aliento, tomó una decisión poco habitual en él: esta vez no delegaría en sus inútiles subordinados.

Si quería un buen resultado, tendría que encargarse personalmente.

Pasó por su despacho como una exhalación. Pegó cuatro gritos, repartió broncas sin demasiado criterio y descargó su frustración sobre los suyos, más por costumbre que por necesidad. Después, reunió todo lo imprescindible para recuperar la mercancía “defectuosa”.

Minutos más tarde, ya estaba al volante de su coche de empresa.

Y sin perder tiempo, pisó el acelerador en dirección a la casa de la clienta rebelde.

Al llegar a la vivienda, Ramírez advirtió de inmediato que el entorno mostraba claros signos de abandono: el césped crecía sin control, el buzón rebosaba de correspondencia acumulada y las contraventanas permanecían cerradas a cal y canto.

Aun así, insistió.

Pulsó el timbre varias veces. Rodeó la casa, escrutando cada rincón con la esperanza de encontrar algún indicio de vida. Y, justo cuando estaba a punto de desistir, una voz lo detuvo.

—¡¡Eh, oiga usted!! ¿A quién busca?

Ramírez se giró.

—A la señora de la casa.

—¿A Irene? —preguntó la mujer, con un brillo de interés imposible de disimular.

Era Angustias, que llevaba tiempo esperando una ocasión como aquella.

—Por supuesto, señora… —respondió él, dejando un pequeño silencio, invitándola a presentarse.

—Angustias, para servirle, apuesto caballero —dijo ella, con un deje coqueto.

—Muy bien, doña Angustias… —replicó Ramírez, adoptando un tono zalamero.

—Por favor, no soy tan mayor —se apresuró a corregirlo, con falsa modestia—. Llámeme Angustias… a secas.

El señor Ramírez estaba ya hasta los mismísimos de tanta charla insustancial y, cuando estaba a punto de dejar de ser cortés, la vecina, al percibir que su "galán" empezaba a enfriarse, decidió ofrecerle algo de carnaza con la que retenerlo.

—No está… —dijo con tono picarón—. Hace varios días que no sé nada de ella.

—¿Y eso cómo es, señora? —preguntó él, intuyendo que aquella mujer no tardaría en cantar. La envidia vecinal, tan arraigada y de tan buena tradición en este país, solía ser generosa en esos casos.

—¿Cómo se lo explico…? —musitó, llevándose un dedo a los labios en gesto pensativo—. ¡Ah, sí! —exclamó de pronto—. Desde que apareció con ese esclavo tan guapo y atlético, cambió por completo. Ni siquiera me invitaba ya a tomar el té o a jugar a las cartas, como antes… y mire usted que éramos buenas vecinas… incluso amigas, si me apura.

Ramírez asintió, fingiendo interés.

—Dígame, señora —añadió, abusando deliberadamente de su amabilidad—, ¿tiene alguna idea de dónde puede estar?

Remató la pregunta con un leve guiño de complicidad.

—Puede que lo sepa… —respondió ella, saboreando el momento—. Pero antes, ¿por qué no pasa a tomar una taza de té conmigo?

La invitación le resultó profundamente desagradable.

Aún le resonaban en los oídos los gritos de la directora, y la urgencia del asunto no dejaba espacio para ceremonias. Sin embargo, comprendió que, si quería obtener información, tendría que pagar el precio.

Y, en ese caso, el precio tenía forma de té.

Después de media hora que a Ramírez se le hizo eterna —y para la que, desde luego, no estaba en condiciones ni físicas ni anímicas—, la vecina, cuyo entusiasmo parecía digno de las calderas de un viejo barco a pleno rendimiento, decidió por fin darle lo que él buscaba.

—Puede que esté en su famosa casa de campo —confesó al fin, con cierto resentimiento—. Siempre la mencionaba… ya sabe, para restregármela y recordarme lo bien que vivía.

Dicho y hecho.

En cuanto obtuvo la información, el director no perdió ni un segundo más. Se levantó con premura y abandonó la casa sin apenas despedirse, dejando tras de sí a una Angustias visiblemente contrariada.

Porque, de haber sabido que aquel sería el desenlace, quizá se habría pensado dos veces lo de revelar el paradero de su querida vecina.

Tomó su coche y se dirigió sin demora en pos de la fugitiva y su "mercancía". A medida que el vehículo devoraba kilómetros, fue mascullando para sí, jurando y perjurando que aquella sería la última vez que limpiaría la mierda de los demás.

Ya no estaba para esos trotes.

Había llegado a una edad en la que todo empezaba a hacerse cuesta arriba, y aquella situación, en concreto, colmaba el vaso de su paciencia. Lo tenía cada vez más claro: pediría la jubilación anticipada, se cagaría —literalmente— encima de la mesa del despacho de su odiada jefa y mandaría todo al carajo.

Después, se compraría un par de esclavos, una casita en las afueras de la ciudad y, junto a su mujer y sus perros, desaparecería de aquel mundo frívolo y asqueroso que tanto lo oprimía.

Nunca más volvería a depender de nadie.

Ni de un superior… ni de una superiora… ni de nada que se le pareciera.

En esas cavilaciones se encontraba cuando el teléfono móvil irrumpió con insistencia.

—¿Cómo es posible que se haya prostituido usted? —tronó la voz colérica de su jefa, con tal intensidad que casi parecía innecesario el uso del aparato.

—¿Cómo dice usted? —respondió él, haciéndose el sorprendido, con la esperanza de no estar entendiendo bien.

—Se ha presentado una señora quejándose de sus servicios… y no precisamente de los de relaciones públicas.

Ramírez guardó un breve silencio.

—Pues verá usted… relaciones han sido… y necesarias… —balbuceó, intentando dar un barniz profesional a lo que claramente no lo tenía.

—¿Me está diciendo que, para sacarle información a esa vieja, ha recurrido usted a… eso? —preguntó ella, entre indignada y perpleja.

—Bueno… la verdad… así ha sido. No había otra opción —respondió, encogiéndose de hombros aunque nadie pudiera verlo—. Todo sea por la empresa.

Lo dijo con un deje casi orgulloso, como si, en el fondo, esperara algún tipo de reconocimiento… quizá incluso una felicitación.

Los días fueron pasando envueltos en una calma casi irreal. Ajenos al mundo exterior, la pareja se abandonó a una rutina que, vista desde fuera, podría haber parecido incluso apacible.

Irene vivía entregada, satisfecha, como si por fin hubiera encontrado el lugar y la compañía que siempre había anhelado. Cada gesto, cada palabra, cada silencio compartido reforzaba en ella la certeza de estar viviendo algo auténtico.

Y, sin embargo, algo empezó a cambiar.

Incluso el señor Naranja, inmerso en aquel simulacro que él mismo había decidido sostener, comenzó a hacerse una pregunta incómoda… casi peligrosa.

¿Y si, de algún modo, estaba siendo arrastrado?

¿Y si, poco a poco, aquel juego dejaba de ser una farsa?

Por primera vez desde que todo había comenzado, la duda se abrió paso en su mente:

¿Estaba siendo absorbido por el amor de Irene?

Era una noche fresca, y alrededor del hogar, ambos permanecían envueltos en una atmósfera cargada de emociones. El fuego crepitaba suavemente, aportando una calidez engañosa a aquella estampa idílica que los rodeaba.

Sin darse cuenta, llevaban ya varios días sumidos en una felicidad extraña, ligeramente artificiosa… pero suficiente.

Suficiente, al menos, para el aprendizaje del esclavo.

Porque el señor Naranja, a duras penas, iba reaccionando a los “ejercicios” que Irene, con una dedicación casi maternal, le imponía día tras día. Había avances, pequeños, pero constantes. Ella los celebraba como grandes logros, convencida de estar moldeando algo nuevo.

Algo mejor.

Aquel progreso, sin embargo, tenía un matiz inquietante: más que un adulto recuperándose, parecía un niño aprendiendo desde cero, adaptándose a una realidad que no terminaba de comprender.

Irene lo observó con detenimiento.

Detectó en él ciertas carencias, detalles que, a su juicio, aún debían corregirse. No quiso esperar más. Tomó sus manos con suavidad y, buscando sus ojos, trató de captar toda su atención.

—¿Te sientes culpable, amor mío? —preguntó Irene con suavidad, sin apartar la mirada de sus ojos.

—¿Qué quieres decir, Irene? —respondió él, con un leve desconcierto.

—Percibo en ti algo… como si ciertas partes de tu forma de ser no te parecieran adecuadas —continuó ella, midiendo las palabras—. Es lo que últimamente me transmites.

Él guardó silencio un instante, como si buscara dentro de sí una respuesta que no terminaba de encontrar.

—Puede que tengas razón —admitió al fin—. Pero no soy plenamente consciente de lo que implica esa palabra… culpa. Solo sé que hay algo en mí… algo que me avergüenza.

Irene asintió despacio, como si aquella confesión confirmara sus propias sospechas.

—Eso, en cierta manera, es bueno, amor mío —dijo con tono tranquilizador—. Pero debes ser más preciso. No se trata solo de sentir, sino de comprender.

Apretó suavemente sus manos.

—Es estupendo que reconozcas tu conducta… pero ahora debes dejarlo atrás. No hay maldad en ti. No en lo que haces.

Irene dejó pasar unos minutos, concediéndole el tiempo necesario para que ordenara sus pensamientos, como si esperara que, poco a poco, despertara de aquella confusa cárcel de carne y huesos.

—¿Te sientes un fracasado? —preguntó finalmente, con voz suave.

—No te entiendo… —respondió él, frunciendo el ceño—. ¿Porque no he llegado a matarme? ¿Es eso?

—No, no es eso, amado mío —negó ella con delicadeza.

—¿Entonces?

Irene lo miró con una calma casi serena, como si ya tuviera preparada la respuesta.

—El fracaso no es más que una oportunidad para empezar de nuevo… y hacerlo mejor —dijo—. Pero no hablo de que vuelvas a intentar quitarte la vida, ni mucho menos.

Se inclinó ligeramente hacia él, acortando la distancia.

—Debes entenderlo como una experiencia. Como algo que te ha llevado por un camino… y no por otro.

Hizo una breve pausa, dejando que sus palabras calaran.

—Y ese camino te ha traído hasta mí.

Sus labios dibujaron una sonrisa satisfecha.

—¿No es maravilloso pensar que lo que creías una frustración… se haya convertido en una dicha para los dos?

—¿Entonces te debo esta vida miserable? —replicó él, con un deje quejumbroso que apenas lograba contener la rabia—. ¿Es que te piensas que esto es vivir?

—En absoluto, cariño mío. No me debes nada… —respondió Irene con calma, sin perder la compostura—. La palabra “deber” solo sirve para atarnos, para obligarnos a permanecer donde nuestros impulsos y deseos no quieren estar.

Hizo una breve pausa, como si eligiera cuidadosamente cada término.

—Por eso es tan importante transformar el “debo” en “quiero”. Solo así podrás encontrar el amor. Y, del mismo modo, debes buscar aquello que te apasiona… y permitir que quienes te rodean hagan lo mismo.

El silencio se tensó un instante.

—¡¡Imposible!! —aulló el señor Naranja, incapaz de contenerse más.

Pero, esta vez, su reacción no nacía solo del odio.

Había algo más.

Algo que empezaba a abrirse paso, aunque él se negara a reconocerlo.

—Te equivocas, amor mío —afirmó Irene con firmeza—. En tu mente conviertes lo improbable en imposible, y así te cierras a un mundo entero de oportunidades.

Lo miró fijamente, sin apartar los ojos de los suyos.

—¿Quién te dice que no puedas verme como tu media naranja… por muy absurdo que ahora te parezca?

Sus palabras cayeron con el peso de una verdad incuestionable, al menos para ella.

Esperó.

Pero, al ver que el esclavo no respondía, continuó, elevando ligeramente el tono:

—Nada es irrealizable. Y si no puedes alcanzar tu objetivo de una forma… busca otro camino. Siempre hay una manera de vadear el río de los problemas.

Remató la frase con una convicción casi inquebrantable, como si no existiera fuerza capaz de contradecirla.

—Lo único probable es que te odio con todas mis fuerzas —respondió él, conteniéndose—. Y solo una de las leyes que nos inculcan me impide retorcerte el pescuezo.

Irene no se inmutó.

—El odio siempre se vuelve contra uno mismo —replicó con calma—. Te hace daño, te consume. Es lógico que me guardes rencor… quizá no puedas eliminarlo de golpe. Pero pregúntate algo: ¿me odias a mí… o te odias a ti mismo?

Hizo una breve pausa, dejando que sus palabras se asentaran.

—Porque si la respuesta es afirmativa, tu hostilidad no hará más que crecer. Y nunca encontrarás la paz.

Él bajó la mirada un instante, agotado.

—Dudo que deje de odiarte —admitió con voz más apagada—. Ha sido así desde que tomé esta decisión… creyendo que encontraría una salida.

Irene asintió, como si ya esperara esa respuesta.

—El problema es que usamos el odio para castigarnos por nuestros propios errores —continuó—. Es una forma de evitar el cambio, de buscar culpables fuera de nosotros mismos. Pero nada es eterno… ni lo bueno… ni lo malo.

El silencio se tensó hasta el límite.

—¡¡Nunca tendrás un lugar en mi corazón!! —estalló él de repente.

Y, como si necesitara materializar aquella rabia, descargó un fuerte puñetazo sobre la mesa, que tembló bajo el impacto.

—Querido, tu reacción no refleja la realidad… y solo limita tus posibilidades —respondió Irene con una calma que rozaba lo irritante—. Mantener la mente abierta es fundamental. Eso te permite adaptarte. Si te convences de que algo nunca va a suceder… acabarás decepcionándote.

—¡¡¿Pero es que no ves el problema, loca?!! —estalló el señor Naranja—. ¡¡Soy un esclavo sin voluntad propia y tú… una vieja chiflada!! ¿De verdad hacen falta más detalles?

Por momentos, la ira lo desbordaba tanto que estaba a punto de olvidar incluso las leyes que protegían a sus dueños. Algo nuevo se agitaba en su interior, una mezcla confusa de emociones que ya no lograba contener.

Pero Irene no retrocedió.

—No me extraña que estés estresado —replicó con serenidad—. La palabra “problema”, por sí sola, ya pesa lo suficiente. Y si además te empeñas en añadir obstáculos y dificultades… es normal que acabes estallando.

Se inclinó ligeramente hacia él, como si intentara acercarse a su comprensión.

—Pero los problemas no son más que desafíos que la vida nos pone delante. Podemos elegir ver solo su lado negativo… o aprovechar la oportunidad de cambio que esconden.

—¿Quién sabe…? —dijo el señor Naranja, adoptando una expresión ambigua—. Puede que algún día acabe en tus brazos…

Remató la frase con una ironía apenas disimulada, sin demasiada convicción.

Irene negó suavemente, como si corrigiera a un alumno aventajado que aún no termina de comprender la lección.

—Esa palabra suena a fracaso, amor mío… y a falta de confianza en ti mismo. Si deseas algo, debe ser hoy. De lo contrario, nunca lo alcanzarás. Tú puedes… si quieres, lo lograrás.

Y, sin darle tiempo a replicar, tomó su mano y la llevó hasta su pecho.

El señor Naranja sintió el latido.

Firme. Constante. Sorprendentemente vigoroso.

No era el de una anciana.

Aquello lo desconcertó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Y quién te ha dicho a ti… que eso es lo que quiero? —respondió al fin, retirando la mano con brusquedad.

Un gesto impropio.

Casi una rebelión.

—¿Lo has notado, verdad? —exclamó Irene, visiblemente emocionada—. ¡¡Estás empezando a tener tus propias iniciativas!!

Era cierto.

Él se quedó unos instantes en silencio, observándose las manos como si fueran ajenas. Algo había cambiado. Algo pequeño… pero real.

«Si quiero, puedo», se dijo para sí.

Una chispa de satisfacción cruzó su rostro. Se volvió hacia Irene, animado por aquella sensación nueva.

—Está bien… lo intentaré.

—Ay, mi tonto Romeo… —respondió ella con ternura—. ¿Es que no te sientes capaz? ¿No estás lo suficientemente seguro?

Negó con suavidad, como si anticipara su duda.

—El “no” ya lo tienes. Solo te queda ganar. Es cierto que los planes no siempre salen como uno espera… pero todo empieza con una actitud positiva.

Acarició su brazo con delicadeza.

—No te preocupes, cariño mío. El amor todo lo puede… y no estás solo en esto.

El señor Naranja, contagiado por aquel amor de tintes casi adolescentes, comenzó a vislumbrar una posibilidad que hasta entonces le había parecido remota: quizá, con la ayuda de su particular “media naranja”, podría recuperar algo de lo que había sido antes de cometer la insensatez de convertirse en esclavo.

Aún torpe, lento en sus reflejos y buscando las palabras con esfuerzo, terminó por decir:

—Entonces… ¿me ayudarás?

—Por supuesto, cariño. Y empezaremos ahora mismo —respondió Irene con determinación serena—.

Lo observó con atención, como quien evalúa un progreso.

—Tienes buena capacidad motora, puedes desplazarte por ti mismo… Comprendes lo que te digo, y tus gestos delatan tus necesidades —continuó, con un tono casi pedagógico—. Aunque todavía te resistas, sé que en el fondo quieres avanzar.

Hizo una leve pausa, satisfecha con su propio análisis.

—Y por eso mismo… creo que estás listo.

Sus palabras no sonaban a propuesta.

Sonaban a decisión.

A partir de entonces, y durante los días sucesivos, Irene, armada con una paciencia digna de una auténtica madraza, tomó al señor Naranja bajo su ala protectora, indicándole con meticulosidad cada una de las pautas a seguir.

Sin embargo, no tardó en surgir el primer inconveniente.

No disponía de un orinal lo suficientemente grande como para acomodar las posaderas de aquel enorme “bebé”.

Lejos de desanimarse, Irene se detuvo a pensar, evaluando la situación con esa mezcla de determinación y creatividad que empezaba a definir su nuevo papel. Y, en ese preciso instante, se le ocurrió una idea.

Sin perder tiempo, se dirigió a una tienda especializada en productos para personas mayores y con movilidad reducida. Tras examinar varios artículos con atención, encontró lo que buscaba: una silla adaptada, con un orificio central lo bastante amplio como para ajustarse a las necesidades de su particular protegido.

La solución, a sus ojos, era perfecta.

Al levantarse, después de comer y antes de dormir, Irene había establecido los momentos clave para acostumbrar al esclavo a sus nuevas rutinas. Con constancia casi obsesiva, lo guiaba para que aprendiera a orinar y defecar en el lugar adecuado, evitando así el uso de pañales que, además de resultarle incómodos, le provocaban molestas rozaduras y situaciones desagradables mientras esperaba a que su dueña se acordara de atenderlo.

Poco a poco, y movido por su creciente deseo de formar parte de aquella “humanidad” que Irene le prometía, el esclavo fue adquiriendo cierta autonomía. Ya no dependía tanto de ella: comenzaba a desplazarse por sí mismo hasta el baño, aunque todavía sufría pequeños descuidos de vez en cuando.

Pero aquello no suponía un problema.

Allí estaba Irene.

Siempre atenta, siempre dispuesta, asumiendo su papel con una entrega absoluta. Lo limpiaba sin una sola palabra de reproche, con una paciencia inquebrantable que reforzaba, día tras día, el vínculo que ella creía estar construyendo.

—¡¡Muy bien, mi amor!! —era la frase que escuchaba cada vez que accionaba la cadena y se despedía de sus desechos.

Con el paso del tiempo, el esclavo fue ganando autonomía. Ya se limpiaba solo, se bajaba y subía los pantalones sin ayuda y, poco a poco, empezó a rechazar la compañía de Irene en esos momentos.

No quería ir acompañado al baño.

El pudor, esa necesidad de intimidad que aparece cuando dejamos atrás la inocencia infantil, comenzaba a abrirse paso en él. Y, aunque su situación fuera todo menos habitual, el señor Naranja hacía años que había superado esa etapa de su vida.

Irene, lejos de inquietarse, no le dio mayor importancia.

Lo interpretó como un signo positivo, algo natural en cualquier ser humano que empieza a reafirmar su individualidad. De hecho, se alegró profundamente de cada uno de sus avances, celebrándolos con entusiasmo… y felicitándolo a él, al tiempo que, en el fondo, también se felicitaba a sí misma.

Porque, a sus ojos, todo aquello no hacía más que confirmar que iba por el buen camino.

—Ahora, cariño mío, queda la segunda etapa: aprenderás a comer por ti mismo —le dijo, mirándole directamente a los ojos.

No era una sugerencia.

Era una sentencia.

Y debía cumplirse sí o sí.

La determinación de Irene se imponía a cualquier duda, a cualquier dificultad que pudiera cruzarse por la mente de un cada vez más ilusionado señor Naranja, que empezaba a creer —muy a su pesar— que quizá fuera cierto aquello de que el amor puede mover montañas.

¿O era la fe?

Bueno… ustedes ya me entienden.

Irene inició su enseñanza con lo que ella consideraba las reglas de oro: el horario de las comidas y los hábitos de higiene.

Lo primero, y fundamental, era establecer rutinas fijas. Las comidas debían servirse a las mismas horas, día tras día, sin excepción.

Lo segundo, no menos importante, era la higiene: le exigió lavarse las manos antes de sentarse a la mesa.

El señor Naranja, poco a poco, comenzó a experimentar una sensación nueva. La repetición, la previsibilidad de aquellos gestos cotidianos, le aportaban una seguridad que hacía tiempo no conocía. Aquella estructura lo fortalecía, o al menos así lo percibía.

Irene, por su parte, aplicaba aquellas normas con una disciplina casi militar.

Sin embargo, cuando surgían los inevitables errores —el jabón que se le escapaba de las manos, el agua desbordándose sin control, la torpeza al secarse sobre la ropa o la dificultad para acomodarse correctamente en la silla—, no había reprimenda.

Ni una mala mirada.

Solo una sonrisa.

Y no era debilidad.

Era indulgencia.

Una vez lo ayudaba a acomodarse en el comedor, comenzaba el ritual de cada día.

Tenía asignado un lugar fijo en la mesa, al igual que ella. Nunca le permitía sentarse en otro sitio, aunque él lo solicitara. Aquella norma, aparentemente trivial, era inquebrantable.

Tampoco podía empezar a comer hasta que Irene diera la señal.

Las reglas eran claras y se repetían sin excepción: nada de tirar comida, nada de hacer bolitas con el pan, nada de jugar con los cubiertos. Le insistía especialmente en mantener las manos siempre visibles, prohibiéndole ocultarlas bajo la mesa o secárselas en el mantel.

Había detalles que, a simple vista, podrían parecer insignificantes, pero que para Irene resultaban fundamentales. Uno de ellos era la obligación de limpiarse la boca antes y después de beber agua.

El orden debía ser absoluto.

Bajo ningún concepto se toleraban migas esparcidas ni restos de comida fuera de su lugar.

Todo tenía que estar… bajo control.

Irene era una mujer rigurosa.

Nunca —ni siquiera cuando por dentro le resultaban graciosas— celebraba las payasadas del señor Naranja. Él, en un intento por mostrarse simpático o llamar su atención, hacía muecas, eructaba sin disimulo, hablaba con la boca llena o se rascaba la cabeza con total despreocupación.

Pero ella no cedía.

Al contrario, corregía cada uno de esos comportamientos con firmeza, sin alzar la voz, pero sin dejar lugar a dudas. No había concesiones, ni indulgencia en ese terreno.

Su método era claro: no solo señalaba el error, sino que ofrecía el ejemplo.

Y lo hacía con una disciplina casi espartana, cuidando cada gesto, cada movimiento, como si en ello se jugara algo más que la simple educación en la mesa.

No satisfecha con los modales en la mesa, Irene pronto detectó otro “problema”: al señor Naranja no le atraían las verduras, las legumbres ni las sardinas. Nutrientes esenciales que, bajo ningún concepto, estaba dispuesta a eliminar de su dieta.

Lejos de rendirse, recurrió a lo que mejor sabía hacer: imaginación, paciencia… y una dosis constante de afecto.

Transformaba las hortalizas en tortillas y rebozados, logrando que resultaran más apetecibles. En cuanto al pescado, nada mejor que unas croquetas doradas en abundante aceite de oliva. De ese modo, conseguía que el cautivo se alimentara de forma saludable, aunque, en realidad, comiera exactamente lo que ella decidía… sin ser plenamente consciente de ello.

También cuidaba la presentación.

Jugaba con los colores de los alimentos, disponiéndolos en el plato de tal forma que imitaban las banderas de distintos países. Así, además de alimentarlo, decía estar aportándole un toque de cultura.

Otra de sus estrategias consistía en involucrarlo en el proceso. Lo llevaba consigo a hacer la compra y le permitía, dentro de ciertos límites, elegir los productos que más le atraían. Después, lo invitaba a cocinar juntos, prometiéndole como recompensa la preparación de alguno de sus platos favoritos.

De este modo, el señor Naranja, encantado de participar, comenzaba a valorar el esfuerzo que suponía el trabajo entre fogones.

Y, casi sin darse cuenta, se iba integrando cada vez más en ese mundo que Irene había diseñado para él.

Por mucho que Irene cuidara de sus modales, de su alimentación y de su higiene, el señor Naranja terminó por caer enfermo. Un catarro tan fuerte que apenas podía hablar.

Irene se volcó por completo en su cuidado.

La paciencia, la empatía y los mimos se convirtieron en sus principales armas.

Lo primero que estableció fue una norma inquebrantable: bajo ningún pretexto debía levantarse de la cama, por mucho que protestara. Ella se encargaría de todo. De su aseo personal, de acercarle la botella para orinar y del recipiente para sus necesidades.

Él no debía hacer absolutamente nada.

Solo dejarse cuidar.

En segundo lugar, inició una rutina de cuidados constante: lavados nasales para facilitarle la respiración, hidratación abundante a base de líquidos y zumos —preferiblemente frescos— y baños de vapor con eucalipto y romero, destinados a combatir la congestión del pecho.

Irene no escatimaba esfuerzos.

Luchaba contra la enfermedad con una determinación casi feroz, como si cada pequeño avance fuera una victoria personal.

Y, por si fuera poco, remató su particular ofensiva acurrucándose junto a él, leyéndole en voz alta aquel libro de aventuras que tanto le gustaba.

Puede que un resfriado termine remitiendo con medicamentos… o sin ellos. Pero, en este caso, fueron el cariño, el reposo y la dedicación constante de Irene los que obraron un efecto casi milagroso, más poderoso que cualquier tratamiento.

El señor Naranja, al sentirse atendido y cuidado, comenzó a notar cómo su estado de ánimo se mantenía firme, sin caer en los abismos a los que estaba acostumbrado.

Y el tiempo siguió su curso.

Poco a poco, sin estridencias, el amor —como un virus que se propaga silencioso en el aire— fue abriéndose paso en su interior. Alcanzó ese corazón resentido que, hasta entonces, había resistido con obstinación.

Pero ya no quedaban defensas.

El afecto, compartido y constante, terminó por inundarlo todo.

El amor, como casi todo en esta vida, llevado al exceso, puede volverse en contra de quienes lo sienten. En demasía, termina por abrir la puerta al hastío, permitiendo que el aborrecimiento avance, lento pero constante, dentro de una relación.

Irene, convertida en una amante tan entregada como empalagosa, no dejaba ni a sol ni a sombra al pobre señor Naranja. Lo envolvía en una atención continua, en una presencia constante que, lejos de aliviar, comenzaba a pesar.

Y, mientras tanto, él seguía cambiando.

Cada vez se asemejaba más a un ser humano, con todas sus virtudes… y también con sus defectos.

Puede que a más de uno —hablo ahora del lector masculino, si se me permite la licencia— le resultara tentador imaginarse en su lugar: una mujer madura, siempre dispuesta, colmada de experiencia y con un hambre insaciable de afecto.

Pero, como ocurre con todo aquello que no conoce medida…

hasta lo más deseable puede terminar por asfixiar.

Tras unos días idílicos en los que el señor Naranja parecía habitar ese paraíso con el que, en algún momento, todos los hombres han fantaseado, llegó el inevitable despertar.

Recuperado —al menos en parte— de su condición de esclavo, comenzó a ver con mayor claridad lo que realmente sentía. Aquello que había confundido con amor no era más que agradecimiento. Y, como todo en esta vida, tenía fecha de caducidad.

Si incluso la pasión más intensa acaba por desgastarse… ¿cómo no iba a hacerlo aquello?

Y lo hizo.

Más rápido de lo esperado.

Conociendo ya de sobra el carácter de Irene y hasta dónde podía llegar su forma de amar, tomó una decisión: había llegado el momento de poner tierra de por medio.

Sin hacer ruido, y aprovechando un descuido, tomó prestado el utilitario de la casa sin que su dueña lo advirtiera.

Pero, como suele ocurrir…

nada sale nunca como uno lo ha planeado.

Aquel desafortunado eligió, sin saberlo, una de las peores jornadas del invierno. El paisaje, cubierto por un manto blanco que podría haber resultado idílico, casi navideño, escondía en realidad un entorno hostil y traicionero.

El frío era intenso.

El camino, incierto.

Pero la urgencia por escapar de las garras de aquel apego asfixiante fue más fuerte que cualquier precaución.

Y no lo dudó.

El señor Naranja se vio de pronto transportado a su juventud.

La playa.

La arena tibia bajo los pies, el sol radiante sobre la piel, su madre extendiéndole protector solar con cuidado… mientras, a cierta distancia, su padre observaba con una mezcla de celo y orgullo mal disimulado. Los gritos de los niños, la música machacona de unos chavales y los ronquidos del vecino —aquel hombre corpulento que siempre se quedaba dormido a una distancia imprudente— componían una escena que todos soportaban con resignada normalidad.

Pero algo no encajaba.

La bruma comenzó a infiltrarse en el recuerdo, distorsionándolo todo, como si la pintura de un cuadro mal conservado empezara a correrse y a perder forma. El calor se volvió extraño. El sonido, lejano.

Y entonces apareció el dolor.

Un dolor sordo, persistente, que lo envolvía todo.

¿Dónde estaba?

El tiempo parecía haberse detenido o, peor aún, diluirse. No podía distinguir cuánto había pasado… ni si aquello tenía alguna importancia.

Y, en medio de esa confusión, una luz roja comenzó a parpadear.

Insistente.

Amenazante.

Le hablaba de peligro. De urgencia. De algo que no iba bien.

El vaivén del dolor, acompasado como las olas del mar, lo arrastraba una y otra vez, sin descanso. Iba y venía, golpeando su conciencia, impidiéndole aferrarse a nada sólido.

Demasiadas preguntas.

Ninguna respuesta.

Y un sufrimiento que no encontraba alivio.

—¡¡Despierta, maldito hijo de perra!! —gritaba Irene, fuera de sí, tratando de reanimarlo.

No tenía la menor idea de primeros auxilios, pero, en su desesperación, había decidido que golpearle el pecho y zarandearlo como a un muñeco de trapo sería suficiente para traerlo de vuelta.

El señor Naranja logró abrir los ojos apenas un instante.

Lo suficiente para distinguir el rostro de Irene, enrojecido por la ira, deformado por la tensión.

Después, volvió a hundirse en una especie de amodorramiento.

Pero el dolor no lo dejó escapar.

Se abrió paso entre la neblina de su conciencia, aferrándolo con fuerza, recordándole que seguía allí… que aún no había terminado.

La boca seca, áspera, casi sin saliva.

Hizo un esfuerzo.

Y, con un hilo de voz quebrada, consiguió articular unas pocas palabras.

—¿Qué… me ha pasado? —logró balbucear.

Irene permanecía a su lado, con los brazos en jarra, preparada para soltarle una reprimenda monumental. Pero, al ver el estado en el que se encontraba, se contuvo.

No era el momento.

El esfuerzo de aquellas dos palabras fue demasiado. El señor Naranja volvió a caer en un sopor espeso, luchando contra la desorientación que lo envolvía por completo.

El sabor amargo de los medicamentos le abrasaba la garganta. El dolor, como olas persistentes, regresaba en intervalos regulares, golpeándolo sin descanso. Y, de pronto, un olor penetrante —a comida frita, rancia y pesada— terminó por devolverlo a una incómoda conciencia.

Era Irene.

Con los dedos aún pringados, le abría la boca con más decisión que delicadeza, introduciéndole las pastillas casi a la fuerza, hasta hacerle sentir arcadas.

Durante un instante, pensó que iba a vomitar.

Pero no lo hizo.

Poco después, su cuerpo comenzó a reaccionar. Aquel desagradable brebaje, tan áspero al paladar, traía consigo un efecto innegable: el dolor empezaba a remitir.

Y, aunque le costara admitirlo, era ella.

Irene, convertida en una improvisada enfermera, la responsable de aquel alivio.

Desde luego, no se parecía en nada a esas figuras pulcras y casi irreales de las series de hospital: ni cofia impecable, ni uniforme ajustado.

Solo una mujer.

Decidida.

Eficaz.

Y, a su manera, absolutamente implacable.

Algo terrible había ocurrido.

El señor Naranja lo sabía, aunque no lograra recordar el qué. Estaba vivo… pero, al fijarse en el rostro de Irene, por un instante llegó a pensar que quizá habría sido mejor no estarlo.

Ahora, las preguntas se agolpaban.

¿Por qué?

¿Para qué?

Su mente se había convertido en un laberinto sin salida. Dolor y pensamientos se entrelazaban en un bucle constante, como un pez que se muerde la cola, siempre regresando al mismo punto.

Nada avanzaba.

Nada se resolvía.

No podía recordar… pero lo intuía.

Se encontraba en medio de un problema grave.

Muy grave.

Y, lo peor de todo, era que no tenía la menor idea de cómo había llegado hasta allí.

—Muy sencillo… amigo mío —dijo Irene.

Lo observó con atención al notar su reacción. No había “amor”, ni “cariño”, ni ninguno de los apelativos a los que lo tenía acostumbrado.

Solo distancia.

El señor Naranja lo entendió al instante.

Ahora sí tenía un problema.

Y grave.

Se encontraba indefenso, en manos de una mujer que ya no disimulaba… y en la que la pasión parecía haberse transformado en algo mucho más oscuro.

—Tuviste un percance —sentenció finalmente.

—¿Un accidente…? —preguntó él, con la mirada perdida, torpe, aún aturdido por los efectos de la medicación.

—¡¡Así es, traidor!! —estalló Irene, alzando la voz—. Cuando me di cuenta, mi coche no estaba. Te vi salir con él a toda velocidad… y, a unos pocos cientos de metros de aquí, con la nieve cubriéndolo todo… lo siguiente ya te lo puedes imaginar.

Hizo una pausa breve, pero cargada.

—Las piernas rotas… alguna costilla… y ese golpe en la cabeza —añadió, con un deje de amargura—. Espero que sea lo que más te duela.

El señor Naranja guardó silencio.

Reflexionó.

No la culpaba.

En el fondo, sabía que había sido un cobarde. Había preferido huir antes que enfrentarse a la verdad, antes que decirle lo que realmente pensaba: que aquel “amor” empezaba a oler a podrido.

Pero ahora…

Ahora la necesitaba.

Como agua de mayo.

Los analgésicos que ella le administraba le proporcionaban un alivio casi salvador, y no parecía prudente enfadar a quien controlaba, con precisión casi quirúrgica, los intervalos entre dosis.

Así que, por el momento, decidió callar.

Y aguantar.

—¿No estaría mejor en un hospital? —preguntó él.

No fue una reflexión demasiado meditada. Aunque reconocía que estaba bien atendido, lo de las piernas rotas empezaba a preocuparle. Aquello parecía requerir algo más que simples analgésicos.

—¡¡¿Un hospital?!! ¿Tú estás loco? —estalló Irene, escandalizada—. En cuanto te vieran, averiguarían que eres un esclavo… ¿es que ya no lo recuerdas?

Y era cierto.

El señor Naranja había llegado a tal punto de “rehabilitación” que, por un instante, había olvidado por completo su condición.

—¡Y a mí me detendrían por reformarte! —continuó ella, fuera de sí—. ¡¡Estúpido… desagradecido!!

El grito quedó suspendido en el aire.

No era solo miedo.

Era rabia.

Y algo más profundo.

Porque, en aquel momento, ambos comprendieron algo que ya no podía ignorarse:

No había salida sencilla.

Resignado a su suerte, no le quedó más remedio que abandonarse.

Dejarse llevar por la química que tan bien lo trataba… y a la que, sin duda, empezaba a amar más que a la mujer que se la suministraba.

Irene quedó, en ese instante, relegada a un segundo plano.

No por ausencia.

Sino por comparación.

Porque el alivio inmediato pesaba más que cualquier afecto.

Y así, poco a poco, sin oponer resistencia, el señor Naranja se fue hundiendo en una inconsciencia profunda y absoluta.

El desierto.

Una extensión infinita de arena amarilla, suelta, movida por los caprichos del viento. Sin sombra. Sin refugio. Sin escapatoria.

Era lo más parecido al rostro de Irene en aquel momento.

Al contemplar la cobardía de su huida, una idea empezó a abrirse paso en su mente: destruir aquello que había creado, ahora que lo tenía indefenso, completamente a su merced.

«Después de tanto sacrificio… de tanto esfuerzo…» se dijo a sí misma, conteniendo la rabia.

Pero se detuvo.

«No… todavía no. Esperaré. No va a ir a ninguna parte».

Y una leve risa, seca, contenida, escapó entre sus dientes.

Aquella risa, mezclada con el dolor que volvía a reclamar su lugar, penetró en la conciencia del señor Naranja, atrapado entre el sueño y la semiinconsciencia.

Abrió un ojo.

Luego el otro.

—Me… duelen las heridas… —murmuró, suplicante.

—Me lo imagino —respondió ella, con un deje burlón.

—Por favor… —insistió.

Su orgullo le impedía arrastrarse más, pero el dolor era más fuerte. Necesitaba el alivio. Lo necesitaba ya.

—Ahora no. Más adelante.

La respuesta fue tan tajante que no dejó lugar a réplica.

Aun así, reunió fuerzas para preguntar:

—¿Cuánto… tiempo llevo así?

Irene lo miró.

Su expresión era severa. Maternal, en apariencia… pero implacable en el fondo.

—¿Qué importa eso? —replicó, molesta.

El silencio de él fue toda la respuesta.

Esperaba.

—Me debes tu existencia —añadió ella, clavándole la mirada—. Espero que no se te olvide.

Sus ojos eran fríos.

Helados.

Capaces de enfriar el mismísimo infierno.

Y, en el fondo, sabía que tenía razón.

Le debía la vida.

Y mucho más.

Pero sus sentimientos se detenían justo ahí… en el instante en que la tenía demasiado cerca.

Porque entonces, lo único que le provocaba…

eran náuseas.

—Me duelen mucho las piernas… —se quejó, mientras un sudor frío le recorría la frente.

Irene no respondió.

Hizo como si no lo hubiera oído.

En lugar de eso, comenzó a hablar.

Del tiempo.

De pequeñas anécdotas personales que no venían a cuento.

De lo caros que se estaban poniendo ciertos artículos de uso cotidiano… como si aún fuera una mujer preocupada por trivialidades, pendiente de las fluctuaciones absurdas de un mundo que, en aquel momento, quedaba muy lejos de aquella habitación.

Su voz fluía con naturalidad.

Ligera.

Casi distraída.

Y, sin embargo, cada palabra caía como una losa sobre él.

Porque mientras ella hablaba…

él seguía sufriendo.

Por fin llegó ese “más adelante”.

Irene le mostró el tubo que contenía la tan ansiada dosis de analgésicos.

El señor Naranja, al verlo, no pudo evitar un gesto de alivio casi inmediato. Su expresión cambió por completo, iluminándose con una mezcla de necesidad y expectativa.

Sin dudarlo, abrió la boca cuanto pudo, con una entrega casi instintiva, esperando que ella le administrara el alivio que tanto anhelaba.

Esta vez, Irene no tuvo que forzarlo.

No hizo falta empujar las pastillas más allá de lo necesario.

Él colaboraba.

Sumiso.

Expectante.

Como si en aquel gesto sencillo se concentrara todo su mundo: el dolor… y la promesa de que, por unos instantes, desaparecería.

Después de tragar la medicina y refugiarse en el sopor de la bendita química, logró articular un “gracias” tan débil que apenas llegó a existir en el aire.

Irene frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué has dicho? —preguntó, inclinándose hacia él.

Él, haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, repitió el gesto. Sus labios se movieron de nuevo, con esfuerzo, como si cada palabra tuviera que abrirse paso entre el dolor y el cansancio.

—Gracias… —logró pronunciar esta vez, apenas un susurro.

Y, tras ello, volvió a dejarse caer.

No solo en el descanso.

Sino en esa dependencia silenciosa que, poco a poco, lo envolvía por completo.

Después de un par de horas de modorra, una nueva oleada de dolor lo golpeó con la violencia de una estampida desbocada.

—¿El señor ha descansado bien? —preguntó Irene.

Era una pregunta envenenada.

«¿Qué debo contestar?… Lo más sensato sería callar», pensó el señor Naranja, atrapado entre la necesidad y el miedo.

—Presumo que desea su jodido medicamento —añadió ella, con tono sentencioso y sin rastro de dulzura.

Él tragó saliva.

—Sí… por favor… lo necesito…

Las palabras salieron quebradas, arrastradas por el dolor.

Y, en ese instante, no había orgullo.

No había dignidad.

Solo necesidad.

—¿Que me necesitas…? —repitió Irene, inclinándose hasta quedar a escasos centímetros de su rostro.

Tan cerca que él pudo distinguir cada detalle: las cicatrices, las arrugas profundas, los puntos negros… el relieve áspero de una piel marcada por el tiempo.

«¿Cómo no vi antes todo esto…?», pensó, mientras el dolor, en oleadas, amenazaba con arrastrarlo.

La necesitaba.

Eso era innegable.

La cuestión era… hasta dónde.

—No se enfade… deme el calmante, por favor —suplicó, con la voz quebrada.

—¡¡Desagradecido hijo de puta!! —estalló ella—. ¿Ahora me necesitas? ¡Pero bien que saliste corriendo sin un “adiós”… ni una miserable nota!

De un tirón, apartó la cuña que tenía entre sus piernas y, en un arrebato de rabia, la lanzó contra la pared.

El golpe resonó seco.

—¿Lo ves? —continuó, respirando con dificultad—. Me obligas a hacer cosas que no quiero.

Señaló el desastre.

—Ahora, en lugar de darte la medicación… tendré que limpiar todo esto.

Lo miró fijamente.

—¿Está claro?

¿Qué podía contestar aquel desgraciado, que lo único que deseaba era su dosis?

Nada.

Absolutamente nada.

Solo le quedaba esperar.

Esperar a que pasara la tormenta.

Porque, en aquella situación, no tenía otra opción.

Mientras Irene, con una parsimonia casi insultante, se dedicaba a limpiar las heces adheridas a la pared, el señor Naranja temblaba, sacudido por oleadas de dolor.

Intentó dar lástima.

Gimió.

A intervalos regulares, carraspeaba y tosía, buscando provocar alguna reacción, algún atisbo de compasión.

Pero no sirvió de nada.

Ni lo más mínimo.

Es más, Irene, socarrona, ajena a su sufrimiento, comenzó a tararear entre dientes una vieja canción de lavanderas, como si aquel escenario no fuera más que una tarea doméstica más dentro de su rutina.

Y aquella melodía, ligera y despreocupada…

resultaba casi más cruel que el propio silencio.

Para el señor Naranja, el tiempo parecía haberse detenido.

Todo transcurría como en una cámara lenta interminable, como esas repeticiones deportivas en las que cada instante se estira hasta volverse casi irreal. Cada segundo pesaba. Cada movimiento se alargaba más de lo soportable.

Ante aquella lentitud insoportable, decidió, al menos, quejarse en silencio.

Quería conservar algo.

Aunque fuera un resto mínimo de dignidad.

Pero el dolor no entendía de orgullo.

Se abrió paso con una intensidad creciente, arrasándolo todo, hasta que no le quedó más remedio que dejar escapar un gemido tras otro, cada vez más débil, más desesperado.

Hasta el punto de desear…

acabar allí mismo.

Por fin, tras lo que al señor Naranja le parecieron horas interminables —entre canciones, limpieza y un breve descanso de Irene—, ella se acercó de nuevo.

Llevaba en la mano la ansiada medicación.

Pero algo había cambiado.

En su rostro se dibujaba una expresión distinta, dura, cargada de una intención que no necesitaba palabras. Había en sus ojos una idea… y la determinación de llevarla a cabo.

—Te traigo algo de beber… para que tragues mejor las pastillas —dijo.

En una mano sostenía tres calmantes.

En la otra, un vaso.

El líquido tenía un aspecto turbio, sospechoso.

El señor Naranja lo miró fijamente.

Algo en su interior se revolvió.

—¿Algún problema? —preguntó Irene, desafiante.

El silencio se hizo pesado.

Porque, por primera vez, la ayuda…

parecía tener un precio.

El esclavo, ya convertido en un auténtico yonqui de los calmantes, no dudó.

Se tragó las pastillas.

Y, acto seguido, apuró el vaso de un trago, sin apenas pensar, aunque el asco le deformó el rostro al instante.

—¡Cuidado, amor mío…! —advirtió Irene, con un tono socarrón que no presagiaba nada bueno—. Porque si vomitas, te quedarás sin tu droga… y no pienso darte más hasta la noche.

Remató la frase con una mirada furibunda.

No era una amenaza vacía.

Entre el asco y la rabia de verse reducido a aquel estado, el señor Naranja logró articular unas palabras:

—Descuida… cariño… me… portaré bien…

La sumisión le supo peor que el agua.

—Así me gusta —respondió Irene, satisfecha—. No volverás a dejarme… ¿verdad?

Lo preguntó sin duda alguna.

Porque sabía que tenía el control absoluto.

A duras penas logró contener las arcadas.

El cuerpo le pedía expulsarlo todo, pero el miedo pudo más que el asco. Poco a poco, el efecto de los calmantes comenzó a abrirse paso, adormeciendo el dolor, envolviéndolo en ese sopor dulce y traicionero al que ya se había acostumbrado.

La realidad empezó a diluirse.

Las sensaciones se alejaron.

Y, antes de que la inconsciencia lo reclamara por completo, creyó oír algo.

Débil.

Lejano.

Casi irreal.

—Te amo…

No supo si lo había escuchado de verdad…

o si, simplemente, su mente ya no distinguía entre el alivio y la condena.

Las pesadillas no avisan.

Llegan sin permiso, sin lógica aparente, aunque siempre guardan alguna relación con el pasado… o con ese futuro que tememos y no queremos mirar de frente.

El señor Naranja, sumido en un profundo sopor, atrapado en una siesta demasiado larga y pesada, soñó que los demonios se lo devoraban.

Porque hay algo ahí dentro.

Algo que permanece oculto en la mente, esperando el momento en que bajamos la guardia, confiados en que el sueño es un refugio… cuando, en realidad, puede convertirse en el peor de los escenarios.

Recordó.

O creyó recordar.

La operación.

El último instante antes de perder la conciencia: el sonido de una taladradora preparándose para abrir un orificio limpio, redondo, en su cráneo. Una intervención más, rutinaria… barata. Al fin y al cabo, ¿para qué invertir recursos en alguien destinado a convertirse en esclavo?

Luego, el letargo.

Y, justo antes de caer por completo, aquel olor.

A hueso quemado.

A metal trabajando sobre carne.

Ese recuerdo nunca lo había abandonado.

Y ahora regresaba, más vívido que nunca.

Pero algo había cambiado.

En su alucinación, ya no era un cirujano quien sostenía la herramienta.

Era Irene.

Con una expresión torcida, casi sádica, acercándose lentamente, la broca en la mano, dispuesta a abrirle un nuevo y perfecto orificio.

Y esta vez…

no había anestesia que lo salvara.

Lo despertó el trasiego de Irene en sus quehaceres domésticos.

Los sonidos llegaban apagados, lejanos al principio, hasta que poco a poco fueron imponiéndose a la niebla de su conciencia. Pasos, objetos desplazándose, el murmullo constante de una rutina que no se detenía.

Ella se movía por la casa con naturalidad.

Como si nada hubiera pasado.

Como si todo estuviera en orden.

Y, sin embargo, había algo en su forma de actuar que resultaba inquietante. No era cuidado. No era ternura.

Era vigilancia.

Irene se limitaba a cumplir con sus tareas, pero lo hacía con la precisión de un carcelero que, cada cierto tiempo, realiza su ronda, asegurándose de que todo sigue bajo control… de que su prisionero sigue donde debe estar.

Y él lo sabía.

Aunque apenas pudiera moverse.

Aunque el dolor lo mantuviera anclado.

Lo sabía.

El instinto de supervivencia es tan poderoso que ni nosotros mismos alcanzamos a comprender hasta dónde puede empujarnos.

Y el señor Naranja no iba a ser una excepción.

Sus ganas de vivir lo llevaron a beber aquel agua sucia, a aceptar lo inaceptable, con tal de apaciguar a su guardiana. Más aún cuando, en el fondo, empezaba a reconocer —aunque le costara admitirlo— que había sido un desagradecido al intentar escapar de aquellas supuestas garras amorosas.

Todo ello lo mantenía atrapado.

Como un animal acorralado en su propia madriguera.

Sin salida.

Sin margen.

Y fue entonces cuando el odio comenzó a crecer.

Un odio intenso, necesario.

Porque le servía de escudo.

De máscara.

De refugio.

Frente al verdadero sentimiento que lo dominaba por completo:

el miedo.

«Estúpida y loca mujer… Puede que, en el fondo, tenga razón… pero ¿acaso no es esto lo que desean tantas mujeres de mediana edad? Ávidas de amor, devorando telenovelas, seriales empalagosos, películas de tonos pastel… soñando con historias que nunca terminan de llegar.

Pero… ¿qué culpa tengo yo?

¿Por qué debería entregar cariño por obligación… o por compasión?

¿No es mejor ser sincero con uno mismo… y también con quien tienes al lado?»

—¡¡Que te pudras, maldita bruja!! —se le escapó en voz alta.

El silencio que siguió le heló la sangre.

Por suerte, Irene había salido. Había ido a comprar más barbitúricos.

Aun así, se tragó sus propias palabras, como si pudiera borrarlas, deseando con todas sus fuerzas que nadie las hubiera escuchado.

Entonces, el recuerdo volvió.

La humillación.

El asco.

La impotencia.

Una nueva oleada de odio le recorrió el cuerpo, naciendo en lo más profundo y ascendiendo hasta su mente maltrecha, donde estalló en una rabia seca, contenida.

Pero esta vez…

no gritó.

Solo dejó escapar un quejido ahogado.

Casi imperceptible.

Como si alguien le hubiera instalado un silenciador en la boca.

La rabia lo consumía.

Pero un hombre cobarde no actúa… solo piensa.

Aquella mujer estaba loca. No había llamado a nadie. Lo mantenía encerrado en el dormitorio, reducido a la condición de un inválido, dominado por la cantidad de calmantes que le administraba sin medida, con el único propósito de mantenerlo quieto… dócil.

Aunque fuera un esclavo, habría preferido mil veces estar en manos de verdaderos profesionales antes que bajo el cuidado de una chiflada.

Pero la química…

la química era más fuerte.

Mucho más.

Y aunque en su mente comenzaban a tomar forma ideas de venganza, planes difusos, mal definidos… su cuerpo decía otra cosa.

El cansancio.

El dolor.

El alivio inmediato.

Todo conspiraba en su contra.

Y así, sin resistencia real, terminó por abandonarse de nuevo.

Se dejó caer en los brazos de Morfeo, que lo aguardaba paciente, sin preguntas, sin juicios.

Solo con un susurro:

«Déjate llevar… déjate mecer… donde el dolor no existe».

Despertó.

O eso creyó.

Se encontraba en una gran sala de hospital. Dos hileras de camas perfectamente alineadas, todas blancas, separadas por biombos igualmente blancos, austeros, casi fantasmales.

No había sonidos.

Ni gemidos.

Ni movimientos.

Nada que indicara que, tras aquellas mamparas, hubiera otros pacientes.

«Por fin… aquí sí que se encargarán de mí», pensó, invadido por una alegría casi infantil.

Intentó incorporarse.

Y entonces…

el horror.

No tenía piernas.

El grito que brotó de su garganta fue desgarrador, tan potente que reverberó en la estancia como si se encontrara en el interior de un templo vacío.

El eco lo envolvió.

Y, de pronto, aparecieron.

No supo por dónde habían entrado.

Una fila de mujeres.

Sonrientes.

Demasiado sonrientes.

Vestidas con uniformes de enfermeras, de un blanco impoluto, casi irreal. Avanzaban en silencio, con una sincronía inquietante, portando bandejas de aluminio tan pulido que reflejaban la luz como si fueran espejos.

Sobre ellas…

instrumental quirúrgico.

Frío.

Ordenado.

Preparado.

Para cortar.

Para suturar.

Y él…

no podía moverse.

—Vamos a tranquilizarnos, muchacho… ¿qué te pasa? ¿Por qué gritas?

No esperaron respuesta.

—Ah… ya vemos —dijeron al unísono—. Te faltan las piernas… pobrecito.

Sus sonrisas no cambiaron.

—No te preocupes… tus problemas tienen solución. Has tenido suerte. Somos las mejores cosiendo miembros… enseguida te lo arreglamos.

La más cercana dio un paso al frente.

De algún lugar que él no alcanzó a ver, extrajo una herramienta pesada, impropia de aquel entorno pulcro. El metal brilló apenas un instante.

Y todo ocurrió demasiado rápido.

El dolor lo atravesó como un rayo.

Un grito desgarrador llenó la sala, rebotando en las paredes blancas hasta convertirse en un eco interminable.

—No seas quejica, hombretón… el sufrimiento pasa —dijo otra, con una calma inquietante.

Las figuras se movían a su alrededor con precisión mecánica. Las bandejas tintineaban suavemente. El aire se volvió denso, irrespirable.

Él apenas podía distinguir qué era real.

Qué no.

Sintió manos.

Tirones.

Presión.

Una aguja desproporcionada, casi absurda, comenzó a atravesar la carne con una cadencia lenta, implacable.

Cada puntada era un estallido.

Cada instante, una eternidad.

Y entonces…

empezaron a cantar.

Un réquiem.

Voces suaves, perfectamente afinadas, elevándose en aquella sala blanca mientras su dolor marcaba el ritmo. Las notas se sucedían con una armonía casi hermosa… en un contraste insoportable con sus gritos.

Porque aquello no era cura.

No era salvación.

Era una ceremonia.

Y él…

el sacrificio.

Despertó gritando, con un alarido animal, descompuesto, como si aún siguiera atrapado en aquella pesadilla.

El aire le faltaba.

El cuerpo le temblaba.

—¿Qué te pasa, amor mío? —preguntó Irene, acercándose con aparente preocupación.

Él tardó unos segundos en responder.

Aún no había regresado del todo.

—Un mal sueño… —murmuró al fin, tratando de controlar el temblor en su voz.

Pero no la miró.

No se atrevió.

Porque la sensación…

seguía ahí.

Demasiado real.

Como si, en cualquier momento, aquellas figuras blancas fueran a aparecer de nuevo.

O peor aún…

como si nunca se hubieran ido del todo.

—¡Ay, pobrecito… mi niño ha tenido pesadillas! —ironizó entre dientes, dejando escapar una risa breve, áspera, casi animal.

—Tengo que cambiarte las sábanas, quejica —añadió, mientras comenzaba con su labor, moviéndose con esa eficacia mecánica que ya le resultaba tan familiar.

Pero algo cambió.

De pronto.

Su gesto se endureció.

La sonrisa desapareció.

Su rostro se tensó como si hubiera visto algo inesperado… algo que no encajaba.

El señor Naranja lo advirtió al instante.

Y se quedó paralizado.

Estupefacto.

«¿Qué pasa ahora…? ¿Qué he hecho mal?» se preguntó, invadido por un pánico creciente.

Los ojos de Irene ardían.

Sujetaba la sábana con fuerza, como si en aquel trozo de tela estuviera concentrada toda su rabia.

—¿Qué quiere decir esto? —aulló.

No le dio tiempo a responder.

Ni siquiera a pensar.

—¡¡Míralo bien, maldito hijo de la gran puta!! —continuó, escupiendo cada palabra—. ¡¡Esta mancha… la ves!!

Le acercó la tela con violencia, tanto que por un instante pareció que iba a restregársela contra la cara.

El señor Naranja apenas podía reaccionar.

Su mente, bloqueada por el miedo, buscaba desesperadamente una explicación que no encontraba.

Pero, en el fondo…

sabía que no importaba.

Porque aquello ya no iba de razones.

Iba de castigo.

—Pero… Irene, por favor… —balbuceó—. Yo no me he orinado… hace tiempo que aprendí. Uso la botella… mírala —añadió, señalando la vasija, a medio llenar.

—¡¡Ya lo sé, desgraciado!! —estalló ella.

Alzó la sábana y se la acercó al rostro, como si quisiera que no quedara la menor duda.

—Esto no es eso…

Su voz bajó un tono, pero no perdió intensidad.

—Esto es otra cosa.

Y, lejos de calmarse, continuó, dejando que la rabia hablara por ella:

—¿Así que a eso te dedicas…? ¿Y a mí ni me miras? —escupió las palabras, cargadas de resentimiento—. ¡Maldito seas!

El señor Naranja se quedó inmóvil.

No era solo la acusación.

Era el tono.

La herida.

Porque aquello ya no tenía que ver con limpieza…

ni con disciplina.

Era algo mucho más profundo.

Más personal.

Más peligroso.

—Pero, Irene… ¿cómo voy a tocarme si apenas puedo moverme? —respondió, tratando de mantener la calma—. Habrá sido algo involuntario… en sueños, quizá.

Hizo una breve pausa, buscando que sus palabras encontraran algún resquicio.

—A los hombres nos pasa… es algo natural —añadió con cautela—. Y cuanto más joven se es, más frecuente.

La miró, expectante.

Pero en el fondo sabía…

que aquello no iba de explicaciones.

—¡¡Más a mi favor!! —replicó ella, apretando los puños con tal fuerza que los nudillos se le blanquearon.

Apenas contenía las ganas de lanzarse sobre él.

Y, en aquella situación, con el señor Naranja postrado y sin defensa posible… nadie habría apostado por él.

Sus ojos brillaban con un fulgor peligroso, el de una mujer herida, ultrajada, convertida en algo mucho más oscuro.

—¡¡Encima en sueños!! —continuó, sin darle tregua—. ¿Quién te ha dado permiso para soñar… y menos para que sean de ese tipo?

Las palabras caían como golpes.

Uno tras otro.

El señor Naranja, aturdido, acobardado, solo deseaba que aquello terminara. Como un boxeador acorralado, esperaba una campana que nunca sonaba.

Pero no llegó.

Al contrario.

Irene, consumida por la rabia, tomó la botella de los orines. Durante unos segundos, dudó. La sostuvo en alto, valorando si estrellársela en la cabeza —que él intentaba proteger inútilmente con la almohada— o descargar su furia contra la pared.

Fueron segundos eternos.

De puro terror.

Y entonces…

la lanzó.

El impacto contra la pared resonó seco, violento.

El señor Naranja, por una vez…

tuvo suerte.

—Pero, Irene… si yo te quiero… —balbuceó.

Aquel “cariño” improvisado nacía de la desesperación. Y ella lo sabía.

—¡¡Mientes, maldito Judas!! —respondió con una mezcla de rabia y decepción—. Yo pensaba que me amabas… pero eres igual que todos. Solo me quieres cuando te conviene.

Sus palabras no eran solo un reproche.

Eran una sentencia.

«Madre del Señor… si tenía alguna duda, ahora lo tengo claro… no estás loca… es peor. Estás perdida… y además enamorada», pensó él, horrorizado.

Mientras trataba de ordenar aquella idea, Irene lo observaba con desprecio.

—Vas a aprender una lección que no olvidarás —dijo, fría.

—¿Cómo…? ¿Más todavía? —preguntó, al borde del pánico.

Ella dio un paso atrás.

—Me voy.

El silencio cayó como una losa.

—Ya… pero volverás… ¿no? Para darme el calmante… —se atrevió a decir.

Irene esbozó una sonrisa amarga.

—¿Lo ves? —murmuró—. Para eso es para lo único que me quieres.

Fue lo último que dijo.

No tuvo siquiera la oportunidad de responder.

La oyó marcharse.

El crujido de la gravilla bajo sus pasos, el golpe seco de la puerta del utilitario, el rugido del motor… y, finalmente, el chirriar de los neumáticos alejándose a toda velocidad.

Silencio.

Se había ido.

Lo había dejado solo.

Solo con su dolor.

Y sin el antídoto.

Porque este regresó antes de lo esperado, con una violencia casi deliberada, como si el propio calmante se hubiera rebelado, aliado con su carcelera para recordarle quién tenía el control.

Las punzadas volvieron.

Más intensas.

Más profundas.

Sin tregua.

Y, esta vez…

no había nadie.

Pasó el tiempo —aunque para el señor Naranja era imposible medirlo con precisión— e Irene no regresaba. La ausencia empezó a abrir un abanico de posibilidades en su mente, cada una más inquietante que la anterior: tal vez habría sufrido un accidente con el coche, conduciendo a toda velocidad, cegada por la rabia; quizá, en un arrebato de desesperación tras el supuesto desengaño amoroso, habría decidido quitarse la vida… o puede que, simplemente, estuviera dando rienda suelta a alguno de esos impulsos imprevisibles que caracterizaban su perturbada forma de pensar. Con alguien como ella, cualquier desenlace era posible. Pero lo cierto es que, más allá de las conjeturas, la realidad comenzaba a desdibujarse para él. El dolor constante, el hambre que le retorcía el estómago y la sed que le abrasaba la garganta se entrelazaban con sus pensamientos, deformándolos, hasta el punto de no saber ya qué pertenecía al

mundo real y qué era producto de su mente agotada, que, poco a poco, empezaba a rendirse ante una situación que lo superaba por completo.

No tardó mucho en que su mente, agotada y acosada por el dolor, construyera un refugio propio. Un mundo paralelo en el que todo aquello que le faltaba en la realidad —la comida, el agua, el descanso— aparecía en una abundancia casi obscena, al alcance de cualquiera que extendiera la mano. Allí no existía el sufrimiento, ni la preocupación, ni la amenaza constante que lo había acompañado hasta ese momento. Se encontraba recostado en un amplio diván de estilo oriental, rodeado de bandejas repletas de manjares, frutas jugosas, carnes exquisitas y una variedad interminable de bebidas frescas y tentadoras, cada una más apetecible que la anterior. Era un escenario digno del más exigente de los sibaritas, una fantasía hecha a medida de sus carencias más urgentes.

Sin embargo, incluso en aquel aparente paraíso, algo no terminaba de encajar.

El señor Naranja, con una lucidez que aún resistía en algún rincón de su mente, no pudo evitar preguntarse: «¿No estaré muerto?». La idea flotó durante unos instantes, sin encontrar respuesta. Pero, incapaz de confirmarla o desmentirla, decidió no profundizar más. Al fin y al cabo, si aquello era la muerte… no parecía un mal destino.

Y así, aceptando la ilusión como si fuera verdad, continuó disfrutando de su particular paraíso.

Después de descansar y saciarse sin límite, el señor Naranja sintió cómo las fuerzas regresaban a su cuerpo. Se incorporó lentamente, con una sensación de ligereza desconocida, y entonces comprendió que ya no se encontraba en la cama. El entorno había cambiado por completo. Ante él se desplegaba un paisaje exuberante, casi irreal: vegetación frondosa, de verdes intensos y vivos, una temperatura perfecta —ni fría ni cálida— que envolvía el cuerpo con una placidez absoluta, y, a su alrededor, animales de todas las formas y colores que se acercaban sin miedo, comiendo de su mano y dejándose acariciar como si lo conocieran desde siempre. Todo parecía en armonía. Todo parecía… demasiado perfecto.

Pero esa perfección traía consigo una pregunta inevitable.

¿Estaba solo?

A simple vista, sí. No había rastro de otros seres humanos, ninguna voz, ninguna presencia que rompiera aquella calma. Sin embargo, él no estaba dispuesto a aceptarlo. Había algo en su interior —quizá instinto, quizá necesi-

dad— que lo empujaba a buscar compañía. Y así, sin pensarlo demasiado, emprendió la marcha, decidido a encontrar a alguien, a esa hipotética “Eva” que, de algún modo, debía de formar parte de aquel paraíso.

Y ahora, permitidme una breve licencia.

Puede que lo que voy a decir suene exagerado, incluso incómodo, pero pocas cosas afectan tanto al entendimiento humano como la privación de las necesidades más básicas. Cuando el hambre, la sed o el dolor se prolongan, la mente deja de interpretar la realidad de forma fiable. Lo que creemos ver, lo que creemos sentir… deja de ser lo que realmente es. Y os aseguro —por si alguien duda— que hablo desde la distancia de quien está bien alimentado y correctamente hidratado.

Aclarado esto, continuemos con las andanzas —y quizá las locuras— de este esclavo que, por momentos, cree haber vuelto a ser un simple mortal.

Tras deambular durante un tiempo imposible de medir —porque en aquel lugar el tiempo parecía no existir o, al menos, no obedecer a ninguna lógica conocida—, el señor Naranja llegó a un cruce de caminos. No era un simple sendero dividido, sino una especie de encrucijada perfectamente delimitada, casi artificial, como si hubiera sido diseñada con un propósito concreto. A cada lado del camino se alzaban señales, similares a las de tráfico, clavadas con precisión en la tierra, como invitándolo —o empujándolo— a tomar una decisión. La que quedaba a su derecha mostraba, con letras claras e inequívocas, la inscripción: “Eva 1”. A su izquierda, otra señal indicaba: “Eva 2”. Frente a él, el sendero se adentraba en una floresta especialmente frondosa, casi seductora en su belleza, bajo un cartel que rezaba: “Eva 3”. Y, finalmente, al girarse, descubrió que incluso el camino por el que había llegado estaba marcado, como si no hubiera escapatoria posible: “Eva 4”.

Se sentó, dubitativo, incapaz de decidir qué camino tomar. La encrucijada, que en un primer momento le había parecido casi un juego, empezaba a adquirir un peso incómodo, como si la elección tuviera consecuencias que aún no alcanzaba a comprender. Por donde había llegado no parecía haber nada que buscar; lo había recorrido ya y, desde luego, ninguna “Eva” se había cruzado en su camino. Pero los otros senderos… ahí residía el dilema. ¿Cuál elegir? Su mente, todavía torpe y lastrada por todo lo vivido, no lograba ordenar las opciones con claridad. Sin embargo, más allá de cualquier razonamiento, había algo que tiraba de él con fuerza: una pulsión primaria, casi instintiva, que le agitaba por dentro y le empujaba a avanzar. La promesa de esa “Eva” imaginada, construida en su cabeza como recompensa, como alivio o tal vez como salvación, le aguijoneaba desde lo más profundo, nublando cualquier atisbo de lógica.

—¡Craaa!

El graznido irrumpió en el silencio con una fuerza inesperada.

El señor Naranja no había advertido la presencia del cuervo hasta ese mismo instante. Era negro. Intensamente negro, como si la luz resbalara sobre sus plumas sin llegar a tocarlo. Sus ojos amarillos, penetrantes, y su pico afilado le conferían un aspecto inquietante, casi antinatural. La forma en que lo observaba, fija, imperturbable, le provocó un escalofrío difícil de disimular.

Aun así, era el único ser vivo a su alcance.

Y decidió arriesgarse.

—Dime, asqueroso pajarraco de mal agüero… ¿qué camino tomarías?

El cuervo inclinó ligeramente la cabeza.

—¡Craaa! Yo, que acompaño el séquito de Hécate… que transito entre damas de la noche, magos y brujos… ¿y usted, precisamente usted —un esclavo con pretensiones humanas— se atreve a insultarme?

Su voz, si es que aquello podía llamarse voz, vibraba con una indignación casi teatral.

Herido en su orgullo, el animal comenzó a graznar con más intensidad, revoloteando en círculos sobre él, trazando una órbita inquietante, como si marcara su territorio… o su destino.

—Disculpe usted, señor cuervo… ¿quién iba a pensar que hablaba? —se excusó el esclavo, algo cohibido.

—¡Craaa, craaa! Llámame señor Negro… ¿lo recordará? —replicó con ironía, sin dejar de revolotear a su alrededor—. Y, además, soy tan inteligente que leo la mente… y la suya es más sencilla que el mecanismo de un botijo…

El graznido final sonó casi satisfecho.

—Entonces… sabrá usted lo que necesito —dijo el señor Naranja, intentando mantener la compostura.

—¡Craaa! Claro que lo sé, cabezota… —respondió el ave, descendiendo un poco en su vuelo—. Pero la verdadera cuestión es otra: ¿está dispuesto a pagar el precio?

—¿Un precio? —repitió, desconcertado.

—¡Craaa! Por supuesto, gañán… nada es gratis.

El señor Naranja dudó un instante, mirando a su alrededor, como si buscara algo que ofrecer.

—No tengo nada de valor… ¿qué podría querer de mí?

El cuervo dejó de batir las alas por un segundo, suspendido en el aire, como si saboreara la respuesta.

—¡Craaa! ¿Está seguro…?

—¿No ve que estoy desnudo? —añadió él, bajando la mirada para demostrarlo.

—¡Craaa! Se equivoca… tiene algo que nos gusta mucho…

—¡¡Mis ojos, ni hablar!! —gritó, retrocediendo como pudo, presa del pánico.

—¡Craaa! Bueno, bueno… no se altere… todo es negociable…

—Mis ojos están fuera de toda negociación —respondió, aferrándose a esa única certeza.

El cuervo ladeó la cabeza, como si evaluara su resistencia.

—¡Craaa! Pero si solo le voy a pedir uno…

—¡¡Ni uno ni ninguno!! —insistió, cada vez más alterado.

—¡Craaa! Tendremos que discutirlo, estúpido… —replicó, descendiendo con intención clara de acercarse demasiado—. No entiende que esto es su fantasía… un producto de la falta de calmantes, de agua… de comida. ¿Qué más da un ojo más o menos? —añadió, con una calma inquietante—. Vamos… digo yo.

El señor Naranja dudó.

Por primera vez.

—¿Qué quiere decir… que no me dolerá? ¿Que seguiré viendo con el otro…?

El cuervo esbozó algo parecido a una sonrisa en su pico.

—¡Craaa! Por supuesto…

Su tono denotaba impaciencia.

Y hambre.

—¡¡Ay… ay, maldito cuervo… cómo duele!! —gritó, llevándose las manos al rostro.

Sus dedos temblorosos intentaban, sin éxito, contener aquel horror, aferrándose a la cuenca vacía como si pudiera devolver lo perdido. El dolor lo atravesaba de forma insoportable, agudo, eléctrico, como una descarga que ascendía directamente hasta el cerebro, haciéndole perder cualquier atisbo de control.

—¡¡Mentiroso… malévolo pajarraco!! —aulló entre espasmos.

Sus quejas se mezclaban con movimientos torpes, desesperados, tratando de atrapar al ave. Pero el cuervo se mantenía fuera de su alcance, girando a su alrededor con graznidos burlones, disfrutando del espectáculo.

El señor Naranja, cegado —no solo en lo físico, sino también en su juicio—, agitaba los brazos en el vacío.

Sin éxito.

Sin alivio.

Solo con dolor.

Ahora veía de lado.

Su mundo se había reducido a un ángulo incómodo, torcido, obligándole a girar la cabeza para percibir lo que antes le resultaba natural. De algún modo, se asemejaba al propio cuervo, que lo acompañaba a una distancia prudente, fuera del alcance de sus iras y de los torpes intentos de venganza de un cada vez más desesperado señor Naranja.

—¡Craaa! Lo prometido es deuda, amigo… te llevaré junto a tu “Eva”.

—¡¡Más te vale, pajarraco!! —respondió, apretando el puño con rabia.

—¡Craaa! Cuide ese lenguaje… —replicó con burla, y acto seguido descargó sobre él una lluvia de excrementos blanquecinos.

—¡¡Te atraparé!! —gritaba, fuera de sí, corriendo de forma torpe, ladeando el cuerpo para compensar la falta de visión, intentando enfocar con su único ojo al escurridizo animal.

Pero era inútil.

El cuervo siempre iba un paso por delante.

Siempre fuera de su alcance.

Y, aunque el señor Naranja no era consciente de ello, cada uno de sus pasos lo conducía exactamente hacia donde el ave quería llevarlo: el sendero que se adentraba en la frondosa y seductora floresta.

A medida que avanzaban entre los frondosos pinos, el paisaje comenzó a abrirse ligeramente, dejando entrever, a lo lejos, la silueta de una gran mansión rodeada por un cuidado parterre. Sin embargo, la mente del señor Naranja, ya completamente alterada por el hambre, la sed y el desgaste, transformó aquella visión en algo muy distinto. Donde debería haber habido muros y ventanales, él percibió una gigantesca tarta de chocolate negro, perfectamente montada, coronada por una capa de nata tan blanca y abundante que parecía una nevada reciente cubriendo el oscuro cacao. La imagen era tan vívida, tan tentadora, que anuló cualquier atisbo de razón. El deseo lo dominó por completo. Sin detenerse a cuestionar nada, sin medir las consecuencias, se lanzó hacia ella con todas las fuerzas que aún le quedaban, corriendo torpemente, impulsado por una necesidad tan básica como desesperada: saciar el hambre y la sed que lo consumían desde hacía demasiado tiempo.

El cuervo, que lo seguía a prudente distancia, revoloteando con esa calma burlona que ya lo caracterizaba, se adelantó y se coló por una de las ventanas de la mansión. No sin antes dedicarle un último graznido, cargado de desprecio, ante el comportamiento impulsivo del señor Naranja, que, cegado por su propia ilusión, se estrelló contra el muro con la contundencia de un torpedo. El impacto fue seco. Y, por desgracia para él, su cabeza no resultó ser tan resistente como había imaginado. Aturdido, tambaleante y mascullando insultos entre dientes, logró incorporarse con esfuerzo, notando cómo el dolor se sumaba a su ya precario estado. Aun así, avanzó, arrastrando los pies, hacia lo que intuía que debía de ser la entrada principal del caserón.

Sobre el dintel, un cartel anunciaba el nombre del ocupante, aunque su mente, aún trastornada, apenas logró procesarlo. Intentó abrir la puerta accionando

el picaporte, pero esta no cedió. Estaba cerrada. Fue entonces cuando reparó en la aldaba: una “Mano de Fátima” de hierro fundido, sólida, fría, cargada de un simbolismo que en otras circunstancias quizá le habría inquietado. Sin pensarlo demasiado, la asió con fuerza y la dejó caer contra la madera.

El golpe resonó.

Profundo.

Hueco.

Propagándose por el interior como si atravesara una estancia inmensa… vacía… o quizá no tanto.

Nadie respondió.

Pasaron unos instantes que, para el señor Naranja, se alargaron de forma insoportable. La ausencia de respuesta comenzó a irritarlo, a remover una impaciencia que, mezclada con el hambre, la sed y el dolor, rozaba ya la histeria. Volvió a golpear la aldaba, una vez… y otra… y otra más, cada vez con mayor insistencia, como si a base de obstinación pudiera obligar a alguien —o a algo— a atender su llamada.

El eco de los golpes se perdía en el interior.

Sin respuesta.

Aun así, no desistió de inmediato. Persistió durante unos momentos más, atrapado entre la desesperación y la terquedad, hasta que, poco a poco, la fuerza empezó a abandonarle y la rendición se abrió paso.

Y entonces…

cuando ya estaba a punto de darse por vencido…

la puerta cedió.

No hubo chirrido.

Ni resistencia.

Simplemente se abrió, como si nunca hubiera estado cerrada.

Como si, en realidad…

siempre hubiera estado esperándolo.

Maldiciendo su mala suerte, el señor Naranja cruzó el umbral. No sin antes, en un arrebato de frustración, propinarle una fuerte patada a la puerta, como si con aquel gesto pudiera resarcirse de la humillación sufrida.

Pero, como era de esperar, el remedio resultó peor que la enfermedad.

Un dolor agudo, instantáneo, le recorrió el pie, confirmándole que aquella brillante idea la habían pagado, en primera línea, sus sufridos dedos. Y estos, en justa venganza, transmitieron el mensaje con una rapidez envidiable —casi a la velocidad de la luz— hasta su cerebro, donde el sufrimiento estalló sin contemplaciones.

Allí quedó.

Saltando a la pata coja, torpe y descompuesto, mientras con la mano libre se aferraba al pie maltrecho, especialmente al dedo gordo, ese traidor reincidente que siempre parecía empeñado en ir por delante… y que, como de costumbre, terminaba llevándose la peor parte.

Cuando logró recomponerse de su, digamos, torpeza, el señor Naranja alzó la vista y, ayudándose de su único ojo, comenzó a percibir el entorno con mayor claridad. Lo que encontró no se parecía en nada a lo que había imaginado. Ante él se extendía un panorama desolador, casi asfixiante en su vacío: no había muebles, ni tapices, ni cortinas… absolutamente nada que pudiera dar vida o calor a aquella estancia. Todo era desnudo, frío, carente de cualquier rastro de habitabilidad, como si aquel lugar no hubiera sido concebido para vivir, sino para otra cosa muy distinta.

Sin embargo, no era el vacío lo que más inquietaba.

Eran las paredes.

Cubiertas de palabras.

Decenas… cientos… quizá miles de ellas, escritas de forma caótica, con una caligrafía torpe y agresiva, trazadas en un rojo intenso que evocaba sin disimulo el color de la sangre. No parecían obra de un artista, ni siquiera de alguien paciente. Más bien daban la impresión de haber sido estampadas con furia, con una brocha gruesa, como si quien las hubiera escrito no buscara belleza, sino desahogo.

El señor Naranja se acercó, movido por una mezcla de curiosidad y desasosiego. Forzó la vista, intentando enfocar con su único ojo en medio de la penumbra, y poco a poco logró descifrar el mensaje.

No había variedad.

No había matices.

Solo una palabra.

“Esclavo”.

Repetida una y otra vez.

Hasta el infinito.

Cubriendo paredes, suelos… incluso los falsos techos, como si aquel lugar entero estuviera construido a partir de esa única idea.

El graznido del cuervo lo arrancó de su ensimismamiento.

El animal descendió en círculos y, sin pedir permiso, fue a posarse sobre su hombro, clavando sus garras con una familiaridad inquietante.

—¡Craaa! Esclavo… estás en la casa de tu Eva…

—¡¡Asqueroso pajarraco, quítate de mi hombro!! —estalló, sacudiéndose con brusquedad.

De un manotazo logró apartarlo. El cuervo alzó el vuelo con agilidad, evitando la caída, aunque no se marchó sin dejar su habitual y desagradable recuerdo.

—¡Craaa! Humano desagradecido… —graznaba, girando en círculos sobre él.

Y entonces comenzó el ataque.

Como un pequeño bombardero negro, soltaba sus excrementos mientras trazaba pasadas cada vez más bajas, más agresivas. No parecía dispuesto a detenerse. Al contrario, su furia crecía.

De pronto, plegó las alas.

Y se lanzó en picado.

Directo hacia el único ojo que le quedaba.

—¡¡Alto!!

La voz, firme y autoritaria, cortó el aire como un látigo.

El cuervo, en pleno descenso, detuvo su ataque en el último instante. Con una maniobra precisa, digna de un ave de presa experimentada, abortó su embestida y, en un giro elegante, se elevó para posarse con docilidad sobre los hombros de Irene.

Ella apareció entonces.

Descendía lentamente por una escalinata imposible, que parecía no conducir a ninguna parte, como suspendida en aquel espacio irreal. Su figura se recortaba con una presencia imponente: voluptuosa, segura, casi majestuosa. Vestía únicamente una gasa ligera, translúcida, que apenas ocultaba su silueta, moviéndose con suavidad a cada paso, como si el propio aire la acompañara.

El contraste era inquietante.

Belleza…

y poder.

El señor Naranja la observó, incapaz de apartar la mirada, atrapado entre el desconcierto y una sensación que no sabía si era atracción… o puro temor.

Su aparición dejó al señor Naranja completamente aturdido.

Aquella mujer, en la plenitud de su madurez, irradiaba una presencia magnética. Sus formas, marcadas bajo la ligera gasa que apenas ocultaba su cuerpo, dibujaban una silueta poderosa, hipnótica, imposible de ignorar. Cada movimiento parecía calculado, natural y provocador al mismo tiempo, como si supiera perfectamente el efecto que causaba.

Avanzó hacia él con un leve balanceo de caderas, un contoneo elegante que recordaba a las bailarinas orientales, cargado de una sensualidad que no necesitaba exagerarse para resultar abrumadora. El aire a su alrededor parecía moverse con ella, envolviéndola en una atmósfera casi irreal.

El señor Naranja, aún confundido, sintió cómo algo dentro de él despertaba.

Un impulso.

Una reacción instintiva que creía perdida, sepultada bajo el dolor, el miedo y la desesperación.

Pero allí estaba.

Renaciendo.

Sin permiso.

—¡¡Un momento!! —dijo ella, alzando la mano con firmeza, deteniendo en seco cualquier avance—. Antes… hay algo que debe plantearse.

El señor Naranja quedó desconcertado.

«Pero si todo está claro… estoy listo… ¿a qué viene esto ahora?» pensó, frustrado, incapaz de comprender aquel giro repentino.

—No se preocupe… enseguida lo entenderá —añadió ella, con una calma que contrastaba con la agitación de él, como si hubiera leído cada uno de sus pensamientos—. Dígame… ¿alguna vez se ha preguntado el porqué de su existencia?

—Pues… la verdad es que no —respondió, visiblemente impaciente.

—¿De verdad que no? —insistió, clavando en él una mirada que parecía atravesarlo.

Él frunció el ceño, molesto.

—¿Se encuentra bien? —replicó—. Hace un momento me estaba… —se detuvo, incómodo— y ahora me sale con estas preguntas tan raras.

Ella no se alteró.

Al contrario, pareció aún más segura.

—Se lo pregunto porque, si uno lo piensa detenidamente… —continuó—, usted nació sano, fuerte… aparentemente con todo a su favor. Y, sin embargo, mire dónde se encuentra ahora. ¿No le parece… sospechoso? ¿No se ha planteado nunca para qué ha servido todo eso?

El señor Naranja negó lentamente, cada vez más confundido.

—No entiendo nada… —admitió—. Que yo sepa, no he acabado de ninguna manera…

Pero, en el fondo…

algo empezaba a incomodarle.

El aire parecía haberse detenido en la habitación, como si incluso el polvo suspendido dudara entre caer o quedarse a contemplar la escena.

El cuervo descendía.

No era un simple animal guiado por el hambre, sino una sombra precisa, calculada, casi quirúrgica. Sus alas apenas hicieron ruido al plegarse en el último instante, dejando paso a un silencio denso, expectante… el tipo de silencio que precede a algo irreversible.

Abajo, el esclavo jadeaba, ajeno por completo a la amenaza que se cernía sobre él. Su cuerpo, agotado tras el frenesí, apenas respondía ya a nada más que al latido acelerado de su propio corazón. Sus ojos, uno perdido en la nada, el otro aún errante, no veían lo que estaba a punto de ocurrir.

Y entonces—

Un golpe seco.

Un graznido breve, casi triunfal.

El cuervo acertó.

No hubo heroicidad, ni resistencia. Solo un instante de sorpresa brutal, un gesto reflejo demasiado lento… y el orden natural de las cosas imponiéndose con una crueldad indiferente.

Desde lo alto del riel, aquel espectador había pasado a ser protagonista.

Y en la habitación, lo que hacía apenas unos segundos era puro instinto carnal, se transformó en algo mucho más turbio, más primitivo… más cercano a la ley implacable de la supervivencia.

Irene, testigo involuntario de aquel giro, quedó inmóvil.

Porque a veces, lo verdaderamente salvaje… no es el deseo.

Es lo que viene después.

—¡Aghgggggh! —Gritaba el desgraciado a la vez que gesticulaba en un vano intento por quitarse al cuervo de encima, que se estaba merendando su ojo—. ¡¡Socorro!! —consiguió a duras penas gritar, entre el pánico y el dolor, mientras sus manos, torpes y descoordinadas, arañaban el aire intentando atrapar aquel bulto de plumas que, aferrado a su rostro, picoteaba con una insistencia salvaje y metódica. Cada sacudida de su cabeza no hacía sino empeorar la situación, pues el ave, lejos de soltarse, se reacomodaba con más firmeza, clavando sus garras como garfios y emitiendo pequeños graznidos de satisfacción, ajena por completo al sufrimiento que provocaba.

El cuerpo del hombre, que hacía apenas unos instantes se movía con un ritmo completamente distinto, ahora se retorcía en espasmos desordenados, golpeando el suelo con los talones, arqueando la espalda, respirando a trompicones mientras el dolor le subía como un relámpago desde el rostro hasta el pecho. Intentó incorporarse, pero el mareo lo venció de inmediato; la sangre, el pánico y la pérdida súbita de control lo devolvieron contra el suelo con un golpe sordo, dejándolo a merced de aquel ataque que ya no tenía nada de accidental, sino de una precisión casi macabra, como si el cuervo hubiese esperado pacientemente ese momento exacto durante toda la escena anterior.

Irene permanecía inmóvil, clavada en el sitio, con los ojos abiertos más de lo normal, incapaz de reaccionar con la rapidez que la situación exigía. Había algo hipnótico en la brutalidad del momento, algo que la retenía entre el impulso de intervenir y una parálisis nacida de lo inesperado. No era solo el horror, sino la transformación repentina del ambiente: lo que había sido calor, impulso y descontrol, se había convertido en una escena cruda, casi animal, donde la jerarquía había cambiado sin previo aviso. El cuervo ya no era un espectador curioso; era juez, ejecutor… y dueño del instante.

El grito del hombre comenzó a quebrarse, pasando de un alarido desgarrado a un sonido más bajo, entrecortado, como si el aire le faltara o el dolor hubiera sobrepasado su capacidad de expresarlo. Sus manos, cada vez más débiles, apenas rozaban ya las alas negras que seguían agitándose cerca de su cara, mientras su cuerpo, agotado, empezaba a rendirse no solo al ataque, sino a la evidencia de que no había escapatoria inmediata. En ese preciso momento, el tiempo pareció dilatarse, estirándose en una tensión insoportable en la que cada segundo pesaba como si fueran minutos.

Y entonces, por primera vez desde que todo comenzó, el cuervo alzó ligeramente la cabeza.

No para detenerse… sino para asegurarse de que nadie iba a arrebatársele su presa.

Si quieres, en el siguiente paso podemos hacer que Irene intervenga (y cómo lo hace puede cambiar totalmente el tono), o dejar que la escena siga derivando hacia algo aún más oscuro y simbólico.

—¡¡Alto allí, Sr. Negro!! —ordenó Irene, con una firmeza inesperada, apartando al cuervo con un gesto seco y autoritario. El ave, contrariada, emitió un graznido áspero y batió las alas antes de retirarse unos pasos, lo justo para no perder de vista aquello que consideraba suyo. Había en su mirada una mezcla de desafío y resignación, como si entendiera, a su manera, que en ese instante Irene había reclamado un dominio superior sobre la escena.

—Como le estaba diciendo… —continuó ella, recuperando un tono casi sereno, impropio del caos que la rodeaba.

Entonces se incorporó.

El movimiento fue lento, deliberado, cargado de una intención que transformaba por completo su figura. Ya no era la misma mujer de antes; había en su postura algo felino, contenido, una energía latente que parecía haberse liberado tras lo ocurrido. Avanzó con pasos suaves, midiendo la distancia, como si cada gesto formara parte de un ritual antiguo e inevitable.

El Sr. Naranja, reducido ahora a un cuerpo tembloroso y desorientado, apenas podía reaccionar. Encogido sobre sí mismo, gimoteaba en una mezcla de dolor y desconcierto, completamente ajeno a lo que Irene representaba en ese momento. Para él, el mundo se había reducido a sensaciones confusas, a un miedo denso que lo envolvía sin forma ni dirección.

Irene se inclinó sobre él.

No hubo prisa.

Solo una proximidad inquietante, casi hipnótica, en la que el contacto dejó de ser humano para adquirir un matiz distinto, más primario, más cercano a una lógica natural que no entiende de compasión ni de moral. Su presencia lo cubrió por completo, como una sombra que se cierne sin posibilidad de escape, y en ese instante quedó claro que la escena ya no pertenecía al ámbito de lo racional.

El tiempo volvió a distorsionarse.

Lo que siguió no fue un acto puntual, sino un proceso lento, absorbente, donde el hombre parecía desvanecerse poco a poco, no solo físicamente, sino también como entidad, como si su papel en aquella historia hubiera concluido y ahora solo quedara su utilidad dentro de un ciclo mayor, implacable y ajeno a cualquier juicio humano.

Cuando todo terminó, el silencio regresó.

Irene permaneció inmóvil durante unos segundos, respirando con calma, con una sensación de plenitud difícil de describir, como si hubiera cumplido una función esencial. No había rastro de duda en su expresión, ni remordimiento, solo una serenidad extraña, casi solemne.

Para ella, no había sido crueldad.

Había sido propósito.

El esófago, lo mismo que un tobogán estrecho y viscoso, lo impulsó sin remedio, arrastrándolo a toda velocidad en un descenso imparable, como si fuera una bala disparada hacia un destino del que ya no había retorno. No hubo forma de frenar ni de aferrarse a nada; las paredes se contraían rítmicamente, empujándolo con una precisión mecánica, ajena a cualquier voluntad, hasta que finalmente fue expulsado con violencia hacia el interior del estómago.

El impacto fue brusco, desorientador, y durante unos segundos todo quedó envuelto en una confusión espesa, casi irreal. A su alrededor se extendía un mar denso y hostil, una mezcla burbujeante de ácidos estomacales y restos de alimentos a medio digerir que flotaban sin orden, girando lentamente en aquella masa corrosiva. El aire —si es que podía llamarse así— resultaba irrespirable, cargado de un vapor agrio que irritaba cada rincón de su cuerpo.

Sin embargo, y contra todo pronóstico, tuvo suerte. Entre aquel caos encontró fragmentos más sólidos, trozos mal masticados que, lejos de ser una amenaza inmediata, le sirvieron como improvisado refugio. Aferrándose a ellos con desesperación, logró mantenerse a flote, evitando por momentos el contacto directo con los jugos gástricos que burbujeaban a su alrededor con una intención claramente destructiva. Cada burbuja que estallaba liberaba pequeñas salpicaduras que chisporroteaban al contacto, recordándole que aquel equilibrio era tan frágil como temporal.

El entorno no dejaba lugar a dudas: aquello no era un lugar para resistir, sino para desaparecer. Aun así, mientras se sostenía sobre aquel precario salvavidas, su instinto se aferraba a la supervivencia, observando, calculando, esperando quizá una oportunidad que, en el fondo, sabía que difícilmente llegaría.

La digestión siguió adelante, implacable, ajena a cualquier atisbo de resistencia. El estómago, como un fuelle incansable, se contraía y expandía en movimientos ondulatorios, mezclando sin descanso todo cuanto había en su interior con los jugos gástricos. Cada oleada lo zarandeaba, lo hundía y lo devolvía a la superficie en un vaivén angustioso, obligándolo a luchar por mantenerse a flote en aquel entorno cada vez más hostil. La masa a su alrededor se volvía más homogénea, más densa, como si el propio lugar conspirara para borrar cualquier rastro de individualidad.

El náufrago apenas conseguía sostenerse. Aquellos restos que antes le habían servido de salvación comenzaban a ceder, deshaciéndose lentamente bajo el ataque constante del ácido. Sus manos resbalaban, su apoyo desaparecía poco a poco, y cada intento por estabilizarse resultaba más inútil que el anterior. La sensación de final inminente se hacía cada vez más evidente, como una certeza que no necesitaba palabras.

Fue entonces, cuando todo parecía perdido, que la vio.

Una hoja de lechuga.

Flotaba a cierta distancia, sorprendentemente intacta, balanceándose suavemente sobre aquella superficie corrosiva, como si escapara a las mismas leyes que estaban descomponiendo todo lo demás. No hubo duda ni vacilación. Reuniendo las últimas fuerzas que le quedaban, se impulsó en un salto desesperado, abandonando lo que quedaba de su precaria balsa justo en el instante en que esta terminaba de deshacerse bajo él.

Aterrizó sobre la hoja con torpeza, pero logró aferrarse.

Durante unos segundos, solo hubo respiración agitada y un silencio extraño, casi irreal, en medio del constante burbujeo que lo rodeaba. Bajo él, la hoja crujía levemente, como si también estuviera librando su propia batalla contra aquel entorno devorador. Y aunque la amenaza seguía presente en cada rincón, aquel pequeño e improbable refugio le concedía, al menos, un instante más de resistencia dentro de lo inevitable.

Su entrada en el intestino delgado no fue una transición suave, sino el comienzo de un descenso vertiginoso por un conducto vivo, en constante movimiento, donde cada centímetro parecía diseñado para atrapar, analizar y absorber. Las paredes, cubiertas de pliegues circulares y densas vellosidades, se alzaban a su alrededor como un paisaje orgánico en perpetua agitación, examinando sin descanso todo lo que pasaba por allí en busca de nutrientes aprovechables. A cada impulso del propio sistema, era arrastrado hacia adelante, obli-

gado a reaccionar en fracciones de segundo para no quedar atrapado entre aquellas estructuras que se cerraban y se abrían con precisión incansable.

Tuvo que efectuar arriesgadas piruetas, girando sobre sí mismo, impulsándose con movimientos torpes pero desesperados, esquivando ese vello que se extendía como si fueran tentáculos de un calamar gigante, siempre al acecho. Bastaba un contacto prolongado para sentir cómo la superficie intentaba adherirse, absorber, integrarlo en ese proceso invisible pero implacable. Cada maniobra era una lucha contra un entorno que no atacaba con violencia directa, sino con una persistencia silenciosa, constante, que terminaba por desgastar cualquier resistencia.

El trayecto se hizo interminable, una sucesión de obstáculos y vericuetos donde el sentido del tiempo parecía diluirse entre contracciones, empujones y estrechamientos repentinos. Pero, finalmente, tras aquella travesía angustiosa, el entorno cambió. El ritmo se volvió más lento, más pesado, y el aire —si podía llamarse así— se volvió denso, cargado.

Había llegado al intestino grueso.

Allí, todo adquiría un carácter distinto. Los restos se acumulaban, se compactaban lentamente en una masa cada vez más uniforme, mientras el calor aumentaba hasta volverse sofocante. No era un fuego visible, pero sí una presión térmica constante, envolvente, que parecía filtrarse por cada poro, amenazando con cocerlo vivo sin necesidad de llamas. El movimiento era más pausado, pero no menos inexorable; cada avance lo acercaba a un final que ya no dependía de maniobras ni de reflejos, sino del simple y definitivo transcurso del proceso.

Y en ese ambiente espeso, opresivo, comprendió que lo peor no había sido el trayecto.

Sino lo que le esperaba al final.

Ahora, siempre se nos dijo que no nos tragáramos los huesos de la fruta, pero en este caso una simiente de albaricoque fue engullida por el insaciable apetito de Irene, convirtiéndose, sin pretenderlo, en una improbable tabla de salvación. El Sr. Naranja la vio aparecer entre la masa, arrastrada por el lento pero constante avance del proceso, y descubrió con asombro que presentaba un pequeño orificio, abierto tiempo atrás por una larva. Aquello no era una simple grieta: era una oportunidad. Sin dudarlo, se lanzó hacia ella, aferrándose como pudo, y al asomarse al interior comprobó que no estaba solo. El antiguo inquilino aún permanecía allí, retorciéndose en su reducido refugio. Lo que siguió fue una lucha breve pero encarnizada, una disputa primitiva por la superviven-

cia en un espacio mínimo, donde finalmente logró imponerse, expulsando al gusano y reclamando para sí aquel diminuto santuario.

Refugiado en el interior de la corroída semilla, encontró por primera vez una protección relativa. La dureza del hueso amortiguaba el calor sofocante del intestino grueso y lo aislaba, en parte, de la presión y la densidad del entorno, permitiéndole resistir donde antes todo parecía perdido. Aun así, el avance no se detenía. El movimiento, cada vez más marcado, adquiría un ritmo convulsivo, empujando sin descanso el contenido hacia su inevitable destino. Las contracciones se intensificaban, apretándolo todo en oleadas sucesivas, como si el propio cuerpo que lo contenía se preparara para expulsar aquello que ya no necesitaba.

Y entonces llegó el final de ese tramo.

Con una última serie de empujes, violentos y decisivos, fue impulsado junto a su improvisado refugio hacia la salida, en un proceso que no dejaba lugar a resistencia ni a control. La expulsión fue brusca, definitiva, arrojándolo a un nuevo entorno donde la mezcla de agua, restos y papel formaba un escenario tan inestable como imprevisible. Allí flotó por unos instantes, arrastrado suavemente, todavía protegido por la cáscara que lo envolvía, como si aquel pequeño mundo dentro de otro mundo siguiera dándole una tregua.

Pero aún quedaba el último viaje.

Sin previo aviso, una corriente súbita lo atrapó. El agua se agitó con violencia, convirtiéndose en un torbellino que lo succionó sin remedio hacia un descenso oscuro y vertiginoso. Todo giraba a su alrededor mientras era arrastrado a través de un entramado interminable de tuberías, donde cada codo, cada recta y cada bifurcación lo golpeaban contra su refugio con una fuerza creciente. La sensación era la de caer en un abismo sin fondo, en un sistema que no se detenía, que lo reclamaba con una potencia implacable.

Y sin embargo, la coraza del hueso resistía.

A pesar de los embates del agua, de la presión y del movimiento constante, aquel pequeño caparazón seguía cumpliendo su función, manteniéndolo a salvo en medio de un viaje que parecía no tener fin, como si el destino todavía no hubiera decidido qué hacer con él.

El olor a podredumbre se le metía por la nariz y acababa quemándole la garganta, espeso, casi tangible, como si pudiera masticarse con cada intento fallido de respirar. Entre la bruma de la semiinconsciencia, provocada por la sed, el hambre y el colapso de sus propias fuerzas, todo comenzó a difuminarse en

una sucesión de imágenes inconexas, donde la realidad y la alucinación se entremezclaban sin orden. En medio de ese estado incierto, creyó adivinar un rostro: el de Irene. Se le escapaba y, al mismo tiempo, parecía estar justo allí, tan lejos como inalcanzable y tan cerca como una presencia inevitable, flotando en su percepción como un ancla que lo retenía en algún punto entre la vida y la nada.

Y entonces, el aire.

Una bocanada entró en su interior con violencia, expandiendo sus pulmones como si llevasen siglos olvidados de su función. Luego otra. Y otra más. Cada impulso marcaba un ritmo, una insistencia, una voluntad ajena que lo obligaba a regresar. Su pecho comenzó a elevarse y descender con torpeza, recuperando poco a poco un compás más estable, mientras el corazón, que había estado suspendido en un silencio inquietante, retomaba su latido, primero débil, luego más firme, hasta encontrar de nuevo su cadencia natural.

El color regresó a su rostro de manera gradual, abandonando ese tono apagado y cerúleo que lo acercaba peligrosamente a la quietud de los cadáveres. Sus músculos reaccionaron con pequeños espasmos, sus párpados temblaron… y finalmente se abrieron. La expresión que emergió no fue de alivio inmediato, sino de puro pasmo, de desconcierto absoluto ante la violencia de su propio regreso.

Había vuelto.

El viaje —si es que podía llamarse así— se deshacía en su mente como un sueño febril, una construcción delirante nacida de la falta de alimento, de la ausencia de ese elemento esencial que el cerebro reclama con urgencia: el azúcar. Su percepción, distorsionada hasta extremos imposibles, había tejido una odisea donde el cuerpo ya no respondía y la lógica se había disuelto por completo.

Irene estaba allí.

Inclinada sobre él, atenta, precisa, administrando con eficacia aquello que lo devolvía a la vida. No había improvisación en sus actos, sino conocimiento, experiencia, una comprensión exacta de lo que su cuerpo necesitaba para no cruzar el umbral definitivo. Poco a poco, gracias a esa intervención, el mundo recuperaba sus formas, sus límites, su peso real.

Y él, aún atrapado entre el asombro y la incredulidad, comenzaba a entender que no todo lo vivido había sido, quizá, tan real como había creído. O tal vez sí… pero de una manera que su mente todavía no era capaz de ordenar.

Poco a poco fue viendo la realidad que se le presentaba, aún temblorosa, como si el mundo necesitara asentarse de nuevo ante sus ojos. Irene estaba allí, sonriente, serena, con esa naturalidad desconcertante de quien actúa como si nada hubiera ocurrido. Esa calma, lejos de tranquilizarle, le producía un desasosiego difícil de explicar. Su cuerpo seguía dolorido, su mente aún arrastraba ecos de lo vivido —o imaginado— y, sin embargo, ella parecía moverse en otra dimensión, ajena a todo aquello.

—¡¡Por favor, Irene, la medicación!! —Su tono era apremiante y solícito, cargado de una urgencia que rozaba la desesperación. No era solo el dolor físico; había algo más profundo, una necesidad de aferrarse a algo concreto, a una certeza que lo devolviera del todo a la realidad.

—Calma, amor mío, antes tienes que escucharme —respondió ella con una benevolencia que resultaba casi inquietante, como si midiera cada palabra con una intención precisa—. Ya lo sé, soy una mala mujer por dejarte solo. Tuve que irme para meditar… —hizo una breve pausa, sosteniendo su mirada—. Y también para asumir ciertas verdades.

Él la observaba sin interrumpirla, aunque en su interior todo gritaba por la medicación, por el alivio inmediato. Pero había algo en el tono de Irene que lo mantenía atrapado, como si intuyera que aquellas palabras eran tan importantes como cualquier tratamiento.

—Después de mucho tiempo, y rezando para que a mi vuelta aún estuvieras vivo, llegué a una conclusión —continuó ella, con una mezcla extraña de fragilidad y firmeza—. Un hombre, por muy guapo que sea… ¿por qué no consigue enamorarse de mí? Quizá no me lo merezca… —sus labios esbozaron una leve sonrisa, pero sus ojos no la acompañaron—. Tú estabas destinado a ser un esclavo el resto de tu vida. Yo te salvé.

El silencio que siguió pesó más que sus palabras.

—Y espero… —añadió con suavidad— que, aunque solo sea por agradecimiento, llegues a quererme como yo te quiero a ti. Difícil es, ya lo sé… —inclinó ligeramente la cabeza— por eso he decidido volver. Y seguir luchando por lo nuestro.

Él permaneció en silencio, con la respiración aún irregular, sintiendo cómo cada frase se asentaba en su mente con un peso distinto al del dolor físico. Había algo en todo aquello que no encajaba del todo, una lógica torcida que se disfrazaba de afecto. La petición de amor, envuelta en deuda y salvación, no sonaba como una elección… sino como una obligación.

Y, por primera vez desde que abrió los ojos, dudó no de lo que había soñado… sino de lo que estaba viviendo.

«¡¡Vale, hija de la gran puta, y por poco me matas!!» se gritó a sí mismo, apretando los dientes mientras intentaba contener la marea de odio que le subía por dentro. Pero la necesitaba… y eso lo sabía demasiado bien. Tragó saliva, hizo de tripas corazón y, adoptando una expresión dócil, casi suplicante, le respondió con voz quebrada:

—Vale… pero antes dame por lo menos una… ¡¡este dolor es horrible!! —terminó, forzando una mueca que mezclaba sufrimiento real con una calculada exageración, esperando que resultara lo bastante convincente.

—Descuida, te daré tu medicación, pero antes tienes algo que realizar —replicó ella con calma.

Y, sin más, desapareció.

El silencio que dejó tras de sí fue pesado, casi ofensivo. Los minutos se estiraron con una lentitud insoportable, cada segundo amplificado por el dolor que le recorría el cuerpo como una corriente constante, punzante. No tenía nada en lo que apoyarse salvo sus propios pensamientos, y estos no tardaron en volverse contra él. «¿Acaso no sería más sencillo enamorarse de una puñetera vez y terminar con este suplicio?», se preguntó, medio en serio, medio arrastrado por la desesperación.

Pero no.

Incluso en ese estado, incluso con el dolor mordiéndole por dentro como una rata hambrienta royendo sus entrañas, había algo que no podía forzar. Nunca había tenido que fingir sentimientos que no existían, nunca había jugado a ese tipo de entrega falsa. Y ahora, de pronto, su bienestar —quizá su propia vida— parecía depender de ello.

Cuando Irene regresó, lo hizo con una caja entera de calmantes en la mano. La visión de aquel alivio tangible le provocó un impulso casi animal, pero se contuvo, consciente de que cada gesto contaba, de que estaba siendo observado, medido.

«¿Sabré seguir con el paripé… o se dará cuenta?», pensó, sintiendo cómo la duda se mezclaba con el dolor en una presión constante que no le daba tregua. «¿Y si se da cuenta… será peor?».

Así, atrapado entre la necesidad y el rechazo, entre la supervivencia y su propia integridad, afrontaba no solo el sufrimiento físico, sino una incertidumbre mucho más peligrosa: la de no saber hasta dónde sería capaz de llegar para seguir con vida.

—Está bien, ¿qué tengo que hacer? —contestó derrotado, aunque en el fondo sabía perfectamente lo que la fémina quería de él.

—Dime que me quieres, pero de verdad… que sean unas palabras que te salgan del corazón —insistió Irene, deteniéndose con especial énfasis en esa última palabra, como si ahí residiera toda la prueba.

El Sr. Naranja guardó silencio durante unos segundos que parecieron alargarse más de la cuenta. No era solo una cuestión de voluntad; por mucho que la necesitara —y la necesitaba con desesperación—, algo dentro de él se resistía a pronunciar una mentira tan rotunda. No era orgullo, ni dignidad en estado puro… era más bien una barrera interna, un límite que nunca había cruzado y que ahora, en ese instante crítico, se alzaba con más fuerza que nunca. Sabía que dudar era peligroso, que hacerse el remilgado en su situación rozaba lo suicida, pero aun así… no pudo evitarlo.

Irene comenzó a impacientarse.

El ambiente cambió de forma casi imperceptible, como si la temperatura hubiera subido unos grados sin que nadie lo advirtiera de inmediato. El rostro del esclavo empezó a transformarse: primero un leve rubor, luego un rojo más intenso, hasta adquirir un tono entre morado y congestionado, fruto de la tensión, del dolor y de la presión interna que lo asfixiaba por dentro. Su respiración se volvió irregular, sus manos temblaban, y sus ojos, traicioneros, no dejaban de desviarse hacia la caja de calmantes.

—¡¡Está bien!! ¿Es esto lo que quieres? —le gritó de pronto, señalando las pastillas con una mezcla de rabia y desesperación, como si al nombrarlas pudiera acortar la distancia que lo separaba de ellas.

—Sí… sí… —consiguió balbucear, incapaz ya de disimular. Sus ojos se clavaron en la medicación con una intensidad casi enfermiza, como si todo su mundo se hubiera reducido a ese único punto.

Y en ese instante quedó claro que ya no se trataba de orgullo ni de límites.

Sino de cuánto estaba dispuesto a romperse para conseguir alivio.

Al momento, hecha un basilisco, se marchó dando un portazo seco que retumbó en toda la estancia, dejando tras de sí un silencio cargado de tensión. Las pastillas quedaron sobre la mesilla, a una distancia calculada, casi cruel, lo bastante cerca para verlas con nitidez y lo bastante lejos como para convertirlas en un objeto inalcanzable en su estado. El Sr. Naranja las observaba con una mezcla de deseo y desesperación, consciente de que cualquier intento por alcanzarlas implicaría incorporarse, forzar un cuerpo ya al límite y arriesgarse a caer de la cama. Y una caída, en esas condiciones, no solo significaba más dolor… sino la posibilidad muy real de romperse algo más.

El tiempo comenzó a dilatarse otra vez, pesado, viscoso, mientras el dolor seguía haciendo su trabajo sin tregua. Intentó calcular la distancia, valorar si podría estirarse lo suficiente, si sus brazos responderían, si el esfuerzo merecería la pena… pero cada pequeño movimiento le arrancaba una punzada que le hacía replanteárselo todo. Aquellas pastillas, tan simples, tan accesibles en cualquier otro momento, se habían convertido en un desafío casi insuperable.

Entonces lo oyó.

En la habitación contigua, Irene se movía. El sonido era claro: cajones que se abrían, objetos que se desplazaban, ese trasteo irregular de quien busca algo con una intención concreta. Cada ruido retumbaba en su cabeza con una intensidad desproporcionada, alimentando una idea que crecía sin control. Su mente, ya castigada por el dolor y el miedo, no tardó en completar el vacío con la peor de las posibilidades.

«Una escopeta… o algo peor».

El pensamiento se instaló con una firmeza inquietante. No había pruebas, no había lógica clara… pero en ese estado, la lógica era un lujo que ya no tenía. Cada segundo que pasaba sin verla regresar aumentaba la sensación de peligro, de que algo definitivo se estaba gestando al otro lado de la pared.

Y allí, inmóvil, atrapado entre el dolor físico y el miedo creciente, comprendió que no solo estaba a merced de su cuerpo.

Sino también de lo que Irene decidiera hacer a continuación.

Mientras pensaba que aquellos minutos podían ser los últimos de su existencia, el tiempo pareció ralentizarse hasta volverse casi insoportable. Cada latido resonaba en su cabeza con una claridad angustiosa, como si su propio cuerpo se empeñara en recordarle lo poco que le quedaba. Y entonces, sin previo aviso, Irene apareció de golpe y porrazo frente a él. La visión fue tan brusca que apenas tuvo tiempo de reaccionar: en su mano derecha sostenía un martillo,

que balanceaba con una naturalidad inquietante, como si se tratara de un arma ritual, un gesto cargado de intención.

El Sr. Naranja sintió cómo el pánico le atenazaba por completo. Su mente, ya al límite, no dudó en interpretar aquella escena como el final definitivo. El martillo, el silencio previo, la tensión acumulada… todo encajaba demasiado bien en la peor de las conclusiones. Incapaz de moverse, con el cuerpo rígido y la respiración contenida, empezó a rezar mentalmente a todos los dioses que recordaba, aferrándose a cualquier idea que le ofreciera un mínimo consuelo ante lo inevitable.

Pero el golpe nunca llegó.

Irene, en lugar de descargar el martillo sobre su cabeza, se detuvo junto a la mesilla. Con una calma desconcertante, casi meticulosa, dejó el arma a un lado y tomó la caja de medicamentos. La abrió con precisión, como si aquel fuera el verdadero objetivo desde el principio, y comenzó a sacar los calmantes uno a uno, desprendiéndolos de su envoltorio con movimientos pausados. Después, los colocó cuidadosamente sobre la superficie, alineándolos con una pulcritud que contrastaba de forma brutal con la escena que él había imaginado segundos antes.

El Sr. Naranja, aún atrapado entre el terror y el desconcierto, no sabía si aquello era un alivio… o simplemente otra forma distinta de mantenerlo al borde del abismo.

—¿Me quieres? —dijo mientras alzaba el martillo, mirándole fijamente en busca de una respuesta afirmativa.

El Sr. Naranja no respondió de inmediato. La duda volvió a cruzarle el rostro, breve pero suficiente.

El golpe resonó seco.

La pobre pastilla, bajo el impacto, se deshizo en un polvo fino que se esparció sobre la mesilla como si nunca hubiera sido nada más que eso.

—¡¡Noooooooo, por favor!! —gritó con los ojos desorbitados, incorporándose lo justo para ver cómo desaparecía, una más, de sus posibles salvaciones.

Irene no se inmutó.

—Tú verás lo que haces… —dijo con una calma helada—, pero puedo quedarme aquí machacando las pastillas… o te las introduzco en la boca.

Mientras hablaba, sostenía el martillo en alto, como una extensión natural de su voluntad, y con la mano izquierda le mostraba un vaso medio lleno de agua. Dentro, dos comprimidos se deshacían lentamente, perdiendo su forma, difuminándose como dos cubitos de hielo condenados a desaparecer sin remedio.

El Sr. Naranja tragó saliva con dificultad. Su mirada saltaba del vaso a las pastillas restantes, del martillo al rostro de Irene, intentando encontrar en él algún rastro de compasión… o al menos de duda.

Pero no había nada.

Solo espera.

El dolor seguía apretándole por dentro, constante, implacable, como si el tiempo jugara en su contra. Cada segundo que pasaba sin decidir era un segundo más cerca del límite, un paso más hacia un punto del que quizá no podría volver.

Y entonces lo entendió.

No le estaba pidiendo una palabra.

Le estaba exigiendo una rendición.

«¡¡Muy bien, bruja, te daré lo que quieres y, si hace falta, te haré el amor de tal manera que te dejaré escaldada!!» se gritó a sí mismo, con una mezcla de rabia, desesperación y una determinación que no terminaba de reconocer como propia. Aquellas palabras, que en otro momento le habrían parecido exageradas o incluso ridículas, ahora cobraban un sentido distinto, nacidas no del deseo, sino de la pura necesidad de sobrevivir.

Porque ya no era él.

O al menos, no del todo.

El dolor, el miedo y la dependencia habían ido moldeando sus pensamientos hasta llevarlo a un punto en el que sus principios comenzaban a resquebrajarse. Cada decisión dejaba de ser una elección libre para convertirse en una estrategia, en un cálculo frío donde lo único que importaba era resistir un poco más, aguantar un poco más, seguir adelante como fuera.

La necesidad, caprichosa y brutal, empuja a decir —y a hacer— cosas que en condiciones normales jamás se contemplarían. Y en medio de ese torbellino,

casi como un eco lejano de otra vida más sencilla, le vino a la mente aquel viejo y sabio refrán: «Nunca digas de esta agua no beberé».

Ahora lo entendía.

No como una frase hecha, sino como una verdad incómoda, casi humillante. Porque allí estaba él, al borde de ceder, dispuesto a cruzar líneas que siempre creyó infranqueables… no por convicción, ni por amor, sino por algo mucho más primario.

La pura y dura supervivencia.

De la manera que pudo, se incorporó, haciendo un esfuerzo que le arrancó un gesto de dolor apenas contenido, y aprovechando que la mujer estaba sentada en la cama, se inclinó hacia ella y le dio un beso fugaz y tímido en la mejilla. Fue un gesto breve, casi torpe, más cercano a la inseguridad de un adolescente que a cualquier otra cosa, y sin embargo tenía ese extraño encanto de lo primerizo, de lo que no se ensaya ni se calcula del todo. Irene lo recibió como si fuera algo valioso, como si en ese pequeño contacto hubiera más verdad de la que realmente había.

El Sr. Naranja, por su parte, tuvo que hacer un esfuerzo titánico para controlar la expresión que le cruzó el rostro. Durante una fracción de segundo, una mueca de rechazo asomó sin permiso, pero logró disimularla a tiempo, ocultándola tras una apariencia dócil, casi sumisa. Sabía que cualquier exceso, cualquier gesto fuera de lugar —como lanzarse sobre ella con una pasión impostada, propia de un “latin lover” de manual— habría resultado sospechoso. Irene no era tonta en ese terreno; su necesidad de creer no anulaba del todo su instinto.

Y, sin embargo, lo inesperado fue lo que funcionó.

Aquel gesto sencillo, casi infantil, encajó mejor en la escena que cualquier interpretación más elaborada. A veces, cuando uno pretende fingir algo complejo, lo más creíble termina siendo lo más simple, lo que parece escapar al control consciente. Y en ese margen, en ese pequeño error que no lo fue tanto, encontró su oportunidad.

Irene sonrió.

Y él, finalmente, obtuvo su recompensa.

Los calmantes llegaron a sus manos, y con ellos, el alivio tan ansiado. Puede que no lo mereciera —o eso pensaría cualquiera que mirara la escena desde

fuera—, pero en ese momento, mientras el dolor empezaba a remitir lentamente, cualquier juicio quedaba en segundo plano.

Porque, al final, había conseguido lo único que importaba.

Seguir resistiendo.

Capítulo 5

Cuando despertó de su bendito sueño, el esclavo permaneció unos instantes con la mirada perdida, como si aún transitara por los restos difusos de aquella ensoñación que, por breve que hubiera sido, le había concedido una tregua inesperada. Las pastillas habían cumplido su cometido: el dolor, aunque no había desaparecido por completo, se había replegado hasta un segundo plano soportable, y en su lugar se extendía un aturdimiento blando, casi amable, que le embotaba los sentidos y le alejaba de cualquier urgencia inmediata.

No había en él ni rastro de arrepentimiento por su comportamiento anterior. Si en algún momento había existido una lucha interna, esta había sido sofocada sin contemplaciones por la necesidad. Bajo los efectos de la medicación, sus pensamientos discurrían más lentos, menos afilados, como si hubieran sido envueltos en una capa de indulgencia que todo lo justificaba. Lo hecho, hecho estaba… y lo importante era que seguía allí.

Se dejó llevar.

No por voluntad, sino por una especie de inercia cómoda, una rendición temporal al estado en el que se encontraba. Su cuerpo reposaba pesado, pero ya no en tensión; su mente, lejos de cuestionarse nada con claridad, flotaba en una calma artificial que, aunque engañosa, resultaba profundamente tentadora. Era, en cierto modo, una pausa… un intervalo entre lo ocurrido y lo que, inevitablemente, estaba por venir.

Porque en algún rincón de su conciencia —aún adormecida— persistía una certeza silenciosa:

Aquello no había terminado.

A continuación, algo más despejado, miró a su alrededor, dejando que su vista se acomodara poco a poco a la realidad que lo rodeaba, comprobando, no sin una punzada de amarga lucidez, que todavía se hallaba en su particular infierno. Nada había cambiado en lo esencial. El alivio era solo eso: una tregua, no una salida. Y fue entonces cuando la vio con claridad.

Sentada a su lado, a su misma altura, estaba Irene.

Su presencia, serena y constante, contrastaba con la agitación interna que aún le recorría. La señora lo tenía asido de las manos, con una firmeza suave, como quien teme que aquello que sostiene pueda desvanecerse en cualquier

momento. Sus dedos se entrelazaban con los suyos en un gesto cargado de significado, más propio de una esposa entregada que de una simple cuidadora. En su expresión había algo más que afecto: una convicción profunda, casi inquebrantable.

Para Irene, no había duda alguna.

En su mente ya estaban unidos, ligados por algo que trascendía lo convencional, como si el sufrimiento compartido hubiera sellado entre ambos un vínculo imposible de romper. Lo que el dolor había forjado, lo que la necesidad había entrelazado, quedaba elevado en su percepción a una especie de juramento silencioso, uno que ningún mortal tendría el poder de deshacer.

Él lo comprendió en ese instante.

Y esa certeza, más que tranquilizarlo, le produjo una inquietud mucho más honda que cualquier dolor físico.

Con todo el cariño del mundo del que era capaz —o del que ella creía poseer—, la enamorada, completamente entregada a su propia versión de la realidad, se hallaba dándole de comer. La escena, vista desde fuera, habría resultado tan tierna como inquietante. Irene, con una dedicación casi devota, acercaba la cuchara a sus labios con una paciencia infinita, observando cada gesto, cada reacción, como si en ello le fuera la vida.

La susodicha chiflada sostenía el cuenco con orgullo, convencida de estar ofreciendo algo excepcional. Aquello, según su criterio, era un suculento caldo de pollo, uno de esos remedios milagrosos capaces de resucitar a un muerto… aunque cualquiera con un mínimo de instinto de supervivencia habría dudado siquiera en acercarse a él. El aroma, espeso y extraño, no invitaba precisamente a la confianza, y sin embargo, en aquel contexto, negarse no era una opción.

El Sr. Naranja, aún bajo los efectos de la medicación y atrapado en esa calma artificial que lo mantenía a flote, aceptaba cada cucharada con una mezcla de resignación y cautela. No sabía si aquello lo ayudaría… o si formaba parte de otro de los caprichos imprevisibles de Irene. Pero sí tenía claro algo:

Que, en manos de aquella mujer, incluso el acto más cotidiano podía convertirse en una prueba.

El Sr. Naranja, como buen chico y atento marido —o al menos como tal debía comportarse—, asumía su papel con la cautela de quien camina sobre un terreno minado. Irene, por su parte, se había encargado de dejarle muy clara su nueva condición de hombre casado, no como una sugerencia, ni siquiera como

un deseo… sino como un hecho consumado, firme e incuestionable dentro de los límites de su mente. Para ella, todo había ocurrido ya: el rito, los votos, la unión. Con todo el boato que merecía la ocasión, aunque no hubiera testigos, ni iglesia, ni más presencia que su propia convicción.

Naturalmente, no era plan —según su lógica— de dejarse besar por el primero que pasara sin haber pasado antes por el consabido rito religioso. Aquello habría sido impropio, casi ofensivo. Pero como ese trámite ya había tenido lugar en su imaginación, con una solemnidad que nadie más había visto pero que ella daba por sagrada, no había nada que discutir. Y, desde luego, a nadie en su sano juicio se le habría ocurrido contradecirla.

No con aquel martillo cerca.

Porque aquel objeto, concebido para otros menesteres mucho más mundanos, había adquirido un significado distinto en aquel contexto. No era ya una herramienta, sino un símbolo. Una especie de alianza torcida, brutal, que sustituía al anillo tradicional y que, en lugar de lucirse en el dedo anular, se imponía como recordatorio constante de un vínculo sellado por la fuerza, por la amenaza y por una lógica que no admitía réplica.

Y así, entre gestos de aparente ternura y una realidad profundamente alterada, el Sr. Naranja comprendía que su papel no consistía en amar…

Sino en sobrevivir dentro de aquel matrimonio imposible.

Fue pasando el tiempo, y como ocurre incluso en los escenarios más improbables, llegó una mejoría que habría resultado impensable días atrás. El Sr. Naranja, bajo los constantes mimos y cuidados de la mujer, fue recuperando poco a poco la salud. Su cuerpo, antes castigado y al límite, respondía ahora con una lentitud agradecida, como si cada pequeño avance fuera una victoria silenciosa. Irene no escatimaba en atenciones; su dedicación era absoluta, casi obsesiva, y en esa constancia encontró él una vía inesperada hacia la recuperación.

Aquella mañana de primavera traía consigo una escena distinta, más luminosa en apariencia, aunque no por ello menos cargada de matices. El esclavo reposaba cómodamente en la cama, ya sin la rigidez del dolor constante, dejando que la calma —real o inducida— se instalara en su cuerpo. Entre ambos, algo había cambiado. O, al menos, eso parecía.

Había nacido una forma de amor.

Forzado, sí… condicionado, también. Pero no por ello carente de una intensidad palpable. La cercanía, la dependencia, el tiempo compartido en un espacio cerrado habían tejido una relación difícil de definir, donde los límites entre lo auténtico y lo impuesto se desdibujaban con facilidad. Al fin y al cabo, ¿cuántos matrimonios sostienen apariencias sin necesidad de cadenas visibles?

Sus relaciones estaban a flor de piel.

No tanto por una pasión libre y espontánea, sino por una energía acumulada, contenida durante demasiado tiempo, que ahora encontraba salida en gestos, miradas y silencios cargados de significado. Desde fuera, podrían parecer una pareja de recién casados, disfrutando de su particular luna de miel, ajenos al mundo, envueltos en su propia burbuja.

Pero la realidad, como siempre, era más compleja.

Y bajo esa superficie casi idílica, seguían latiendo las mismas tensiones que lo habían iniciado todo.

La noche anterior hubo el consabido revolcón, y el Sr. Naranja, cansado pero de algún modo saciado —aunque fuera empujado por las circunstancias más que por un verdadero deseo—, yacía ahora sumido en una calma extraña. Había en él una mezcla de agotamiento físico y cierta desconexión emocional, como si su cuerpo hubiera seguido un camino distinto al de su mente. (Desgraciadamente, pensó con un deje de ironía amarga, los varones son capaces de alcanzar ese punto sin necesidad de amor; quizá en eso las mujeres sean más honestas… o simplemente más coherentes con la naturaleza de lo que debería ser.)

Dejando a un lado esa reflexión, se centró en el presente.

Tendido en la cama, con la mirada perdida más allá del cristal, observaba cómo el mundo exterior seguía su curso ajeno a todo. La nieve comenzaba a derretirse lentamente, cediendo ante una primavera que se abría paso con paciencia; los animales, fieles a su instinto, buscaban pareja; y todo parecía encajar en una armonía sencilla, casi predecible, como si la vida siguiera un guion que no admitía desviaciones.

Durante un instante, incluso llegó a parecerle que todo encajaba en una historia romántica.

Pero aquella sensación duró poco.

Sin previo aviso, la puerta se abrió.

Irene entró.

En su mano llevaba una mordaza y una cuerda.

El contraste fue inmediato, brutal. La imagen de la primavera al otro lado de la ventana se desmoronó en su mente, sustituida por una tensión súbita que le recorrió el cuerpo de arriba abajo. No hizo falta que ella dijera nada. La sola presencia de aquellos objetos bastaba para romper cualquier ilusión de normalidad.

Y en ese preciso instante, el Sr. Naranja comprendió que aquella calma…

no era más que otro espejismo.

—Buenos días, amor —dijo el esclavo, haciendo un esfuerzo por mantener la normalidad, como si ignorar lo evidente pudiera suavizar la situación.

Pero Irene no estaba para juegos.

—Chitón.

La orden fue seca, inmediata, sin espacio para réplica. Acto seguido, y con una destreza que delataba práctica —o al menos determinación—, lo amordazó y maniató con rapidez, dejándolo inmovilizado sobre la cama como si fuera un vulgar salchichón listo para ser colgado. El Sr. Naranja abrió los ojos desmesuradamente, buscando una explicación que no llegaba, atrapado entre la sorpresa y una inquietud que comenzaba a crecer con fuerza. Hasta ese momento, en su lógica forzada, había llegado a pensar que aquel peculiar “amor” bastaría para disipar cualquier atisbo de desconfianza.

Se equivocaba.

—¡Mira afuera y te darás cuenta del porqué de mis temores! —le dijo ella, señalando hacia la ventana.

Con dificultad, retorciéndose dentro de sus ataduras, logró orientar la mirada hacia el exterior. Allí, frente a la entrada de la casa, un automóvil acababa de detenerse. La escena, en apariencia cotidiana, adquiría bajo las circunstancias un aire amenazante. Del vehículo descendió un hombre pulcramente vestido, con ese aspecto ambiguo que podía encajar tanto en un vendedor insistente como en alguien con intenciones más profundas, quizá uno de esos que pretenden salvar almas… aunque nadie se lo haya pedido.

Irene, antes de salir, le hizo un gesto inequívoco: silencio.

Un gesto casi innecesario, dado su estado, pero cargado de significado. Ella no dejaba nada al azar.

Salió rauda.

Desde su posición, el Sr. Naranja apenas podía ver fragmentos de lo que ocurría fuera. Observó cómo Irene se acercaba al desconocido, cómo ambos comenzaban a gesticular, primero con cierta contención y luego con una intensidad creciente. La conversación —si es que podía llamarse así— parecía escalar rápidamente hacia una discusión. Los movimientos eran cada vez más marcados, más bruscos, hasta que, al cabo de unos minutos, el hombre, visiblemente alterado, dio media vuelta, subió a su coche y se marchó con un arranque seco, levantando una nube de polvo que hablaba por sí sola.

No había salido bien.

Irene regresó.

Lo hizo a grandes zancadas, con el rostro tenso, la respiración alterada, como si aún llevara encima la carga de lo ocurrido. Abrió la puerta con un gesto brusco, escaneando la habitación con una intensidad casi paranoica, como si esperara encontrar algo fuera de lugar… o a alguien más.

Pero no.

Allí solo estaba él.

Inmovilizado, amordazado… y completamente acojonado.

Porque en cuestión de minutos, su particular Julieta había pasado del afecto más empalagoso a un estado de agitación que no auguraba nada bueno. Y esa volatilidad, ese cambio repentino, era quizá más peligroso que cualquier martillo o cuerda.

El Sr. Naranja lo entendió sin necesidad de palabras.

Lo peor… aún podía estar por llegar.

—¡Será posible el cantamañanas este! —dijo muy alterada, mientras desataba al “salchichón” con movimientos rápidos y poco delicados—. ¡¡Llamarme a mí ladrona… habráse visto tanta desfachatez!!

No paraba de gesticular, resoplando como un toro bravo, aún cargada de la tensión del encuentro. Cada palabra parecía salirle a borbotones, como si nece-

sitara expulsar toda la indignación acumulada. Mientras tanto, el desgraciado, ya liberado, se encogía sobre sí mismo de forma casi instintiva, intentando pasar desapercibido, empequeñeciéndose en presencia de aquel huracán emocional.

—Bueno… la verdad… algo de razón sí tiene… ¿recuerdas lo que antes fui…? —dijo el Sr. Naranja con la boca pequeña, midiendo cada palabra como quien pisa terreno peligroso.

—¡¡Claro que sí!! —respondió ella, ofendida, girándose con brusquedad—. Por eso eres mío… y nada más que mío. Yo te creé y nunca te devolveré. ¡¡Antes muerta!! —remachó, con una firmeza que no dejaba espacio a la duda.

Él tragó saliva.

—¿Dónde está el problema? —preguntó, intentando alinearse con ella, buscando no contrariarla.

—¿No te das cuenta? —replicó Irene, bajando ligeramente el tono, pero no la intensidad—. Si se entera de que estás aquí, se te llevarán… y volverán a programarte. Acabarías siendo un ser… vacío. Un vegetal.

Aquella imagen le atravesó.

—La verdad… no quisiera volver a ser como antes —respondió con un deje lastimero, sincero en ese punto, aunque todo lo demás fuera una actuación constante.

—Tranquilo —sentenció ella, acercándose un poco—. No lo permitiré.

Él asintió, como si aquella promesa fuera suficiente para sostener todo lo demás.

—Y si llega a conocerme… diremos que soy tu nuevo compañero. Ahora puedo engañarle… soy otro…

Irene lo miró fijamente, evaluándolo.

—Sí… pero tu cara no —respondió a modo de advertencia.

Hubo un breve silencio.

—Me parece bien… ya sabes que haría cualquier tarea por ti —añadió él, con una docilidad que no nacía del afecto, sino de algo mucho más básico y urgente.

No hablaba él.

Hablaba su instinto de supervivencia.

Irene suavizó el gesto. Aquella respuesta encajaba perfectamente en el papel que ella necesitaba que él representara. Se acercó lentamente, con una ternura que, en su mundo, era completamente real, rozándole los labios en un intento contenido de beso.

Él tuvo que hacer un esfuerzo titánico.

El olor, fuerte y descuidado, le golpeó de inmediato, obligándole a contener una arcada que estuvo a punto de traicionarlo. Pero resistió. No podía permitirse otro error. No ahora.

Porque comprendía, cada vez con más claridad, que en aquel lugar…

el más mínimo gesto podía tener consecuencias.

Cariñosamente se apartó y se plantó delante de él. Su figura se alzaba imponente desde la posición del Sr. Naranja, que aún permanecía medio incorporado, sintiéndola más grande de lo que realmente era, como si su presencia llenara todo el espacio. Al fin, se detuvo a una distancia prudencial, lo suficiente para que sus efluvios resultaran más soportables, aunque no por ello dejaban de recordarle la intensidad con la que aquella mujer vivía cada instante.

—¿Sabes que te amo?

No era una pregunta.

Era una afirmación disfrazada, una advertencia suave en la forma pero firme en el fondo, como quien dice «más te vale no olvidarlo». Él asintió levemente, sin atreverse a añadir nada que pudiera enturbiar aquel momento.

El tiempo fue pasando.

Y con él, la recuperación del Sr. Naranja se hizo evidente, aunque no para todos. Su cuerpo respondía cada vez mejor, sus movimientos eran más firmes, más seguros… pero él se cuidaba mucho de no mostrarlo. Las muletas que Irene, con ese cariño posesivo tan suyo, le había proporcionado, ya no le eran ne-

cesarias. Sin embargo, seguían formando parte de su disfraz, de esa representación constante en la que se había convertido su vida. Apoyarse en ellas no era una necesidad física, sino una estrategia.

¿Le tenía miedo?

Desde luego que sí.

Irene, en su delirio amoroso, no concebía la traición, ni siquiera en su forma más leve o imaginada. Para ella, todo estaba justificado por ese vínculo que creía indestructible. Él no solo le pertenecía… le debía la vida. Y, si se apuraba un poco más, también el alma.

Pero Irene no era de las que entienden el amor con límites.

No creía en el "hasta que la muerte nos separe".

Iba más allá.

En su mente, aquello no era el comienzo, sino la continuación de algo que ya había ocurrido. Estaba convencida de que en una existencia anterior ya habían sido pareja, y que lo que ahora vivían no era más que la prolongación natural de aquel vínculo. Y, por tanto, en la siguiente vida… seguirían igual.

Para ella, no había escapatoria.

Ni en esta vida…

ni en ninguna otra.

Aquella mañana, el tiempo plomizo y lluvioso parecía anunciar tormenta, no solo en el cielo, sino también en la cabeza de Irene, que entró en la habitación con paso decidido, sorprendiendo al Sr. Naranja en uno de esos estados difusos entre el sueño y la vigilia. Él, atrapado en su habitual ensoñación matinal, reaccionó con torpeza, intentando recomponerse con rapidez, ocultando cualquier rastro que pudiera delatarle. El movimiento fue apresurado, casi ridículo, pero suficiente para no evidenciar demasiado su situación.

Irene, sin embargo, no estaba para sutilezas.

Su rostro era un mapa de tensión, con los rasgos endurecidos y la mirada cargada de una electricidad que hacía presagiar problemas. No había en ella ni rastro de la dulzura impostada de otras ocasiones. Aquella expresión, seca y

afilada, bastaba para poner en alerta a cualquiera… y desde luego, al Sr. Naranja.

Se detuvo frente a él.

Durante un segundo, el silencio pesó más que cualquier palabra.

Y entonces, sin rodeos, le dijo:

—Tengo un horrible dolor de cabeza…

—Pero, ¿qué te pasa, amor mío? —preguntó sin convicción, casi por reflejo, y en el fondo rezando para que no profundizara, aunque sabía perfectamente que aquello era pedir lo imposible.

—La culpa la tiene este tiempo —respondió ella, llevándose la mano a la sien—. Con estas nubes tan bajas… tan pesadas… siento que me aplastan, que me falta el aire. Necesito salir, huir… o me volveré loca.

Él tragó saliva, intentando mantener la compostura.

—Tómate algún analgésico, o cualquier cosa que te calme —sugirió, con una neutralidad ensayada, aunque en su interior deseara que aquello se resolviera de la manera más rápida y definitiva posible.

—No puedo… es superior a mí. Mira —dijo de pronto, cambiando el rumbo de la conversación con una brusquedad que ya le resultaba familiar.

Abrió la mano.

En su palma descansaba una pequeña ave, desnuda, sin plumas, completamente inerte. Un cuerpo diminuto, frágil, que apenas parecía haber tenido tiempo de existir. Seguramente había caído del nido… o quizá había sido empujada por alguno de sus propios hermanos, en ese acto instintivo y cruel con el que la naturaleza equilibra la supervivencia.

El Sr. Naranja no entendía nada.

No encontraba relación alguna entre aquel pajarillo y el dolor de cabeza que ella decía padecer. Pero para Irene… aquello lo era todo.

—Era su destino —dijo él, intentando reconducir la situación—. Si no cabía en el nido, la naturaleza hizo el resto… para salvar a los otros. A veces uno tiene que caer para que otros sigan adelante…

No estaba seguro de lo que decía. Solo intentaba calmarla.

—De ninguna manera me convences —replicó ella, alzando ligeramente la voz—. Este pequeñín tenía tanto derecho como los demás a sobrevivir.

Sus ojos se clavaron en él.

—Mírate tú… ¿qué tendría que haber hecho contigo? ¿Tirarte del nido? ¿Así me salvaría yo?

—¿Salvarte tú? —la interrumpió él, sorprendido, incapaz de contener la pregunta.

Y en ese instante, algo cambió en la mirada de Irene.

Como si la conversación hubiera dejado de ser sobre el pájaro… hacía rato.

Irene lo miró de arriba abajo, como si lo estuviera evaluando pieza por pieza, pasándole un escáner invisible que no dejaba rincón sin inspeccionar. Su expresión fue cambiando poco a poco, endureciéndose, hasta desembocar en una mueca de clara desilusión, como si de pronto algo en él hubiera dejado de estar a la altura de sus expectativas. En sus ojos, por un instante, pareció asomar una idea inquietante: la posibilidad de que su amado… no mereciera permanecer en el nido.

Avanzó hacia él.

Su rostro, encendido por la ira, contrastaba con la lentitud calculada de sus pasos. El Sr. Naranja sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo, anticipando lo peor, preparándose instintivamente para algún gesto violento que, dadas las circunstancias, no habría resultado sorprendente. Permaneció inmóvil, sin saber si retroceder o mantenerse firme, atrapado en esa duda paralizante que tantas veces lo había condenado.

Se detuvo a escasos centímetros.

Tan cerca que pudo percibir con claridad el aliento de Irene, cargado, denso, impregnado aún del reciente desayuno que fermentaba en su interior. Aquella proximidad no era solo física; era una invasión total de su espacio, de su calma, de su propia capacidad de reacción.

Irene alzó el puño.

Lo mantuvo suspendido en el aire, como una amenaza tangible, y entonces, en lugar de descargarlo, comenzó a hablar.

Una batería de reproches brotó de sus labios sin filtro, sin pausa, como si llevara tiempo acumulándolos y aquel fuera el momento de liberarlos. Cada palabra iba cargada de resentimiento, de frustración, de una lógica retorcida en la que él siempre parecía estar en falta, siempre en deuda, siempre al borde de no cumplir con lo que ella esperaba.

Y él, frente a ella, comprendió que aquel puño en alto…

no era lo más peligroso de la escena.

—¿De qué va a ser? —espetó sin esperar respuesta, clavando la mirada en un acojonado Sr. Naranja, que por dentro ya estaba medio levantado, dispuesto a echar a correr y mandar al traste toda su estrategia de inválido—. ¡¡De tu amor!! —continuó, alzando aún más la voz—. ¡¡Que me tiene aprisionada!! No puedo dormir, te necesito a todas horas, todos mis pensamientos son para ti… ¡¡de eso es de lo que me quiero librar!! ¿Te parece poco?

Cada palabra caía como un golpe, no físico, pero sí igual de contundente. Aquello no era una declaración… era una confesión desesperada, casi una rendición ante algo que ni ella misma parecía capaz de controlar.

El Sr. Naranja no acertaba a articular palabra alguna.

Se quedó completamente paralizado, atrapado en esa reacción primaria que no entiende de lógica ni de orgullo. Como un ratón inmóvil ante la presencia del gato, confiando en que, quizá, si no se movía, pasaría desapercibido… aunque en el fondo supiera que eso raramente funciona.

El silencio que siguió fue espeso.

Irene lo sostuvo unos segundos más con la mirada, como si esperara algo —una respuesta, una reacción, una señal— que nunca llegó. Finalmente, pareció darse por satisfecha. O quizá simplemente agotada.

Bajó el puño.

Se dio media vuelta.

Y sin añadir una sola palabra más, salió de la casa con paso firme, casi airado. Instantes después, el sonido del motor rompió la quietud, y el coche arrancó con brusquedad. Desde la ventana, el Sr. Naranja apenas pudo ver cómo se

alejaba, dejando tras de sí una nube de polvo que, poco a poco, se disipó en el aire.

Y allí quedó él.

Solo.

Inmóvil todavía, como si el peligro no hubiera terminado del todo… o como si temiera que, en cualquier momento, aquella nube de polvo pudiera volver a tomar forma.

Comprobando lo inevitable de la situación, el Sr. Naranja, ante la ausencia de su guardiana, se levantó con cautela, como si aún temiera que en cualquier momento la puerta volviera a abrirse de golpe. Durante unos segundos permaneció en pie, escuchando el silencio de la casa, ese silencio espeso que no terminaba de tranquilizar, pero que poco a poco fue aceptando como real. Entonces, decidido, comenzó a recorrer la morada en busca de algo tan básico como comida y bebida.

No le resultó difícil encontrarlos.

La despensa de la cocina, aunque descuidada, contenía lo necesario para subsistir durante algunos días. Había víveres suficientes, latas, paquetes olvidados y líquidos de dudosa procedencia, pero útiles al fin y al cabo. La higiene del lugar dejaba bastante que desear, como si la casa hubiera quedado relegada a un segundo plano frente a las obsesiones de su dueña, pero en aquel momento eso era un detalle menor. Lo importante era que podía alimentarse.

Por lo menos, de momento.

La idea de huir cruzó su mente en más de una ocasión. Salir de allí, alejarse de todo aquello, romper de una vez con aquella situación absurda… pero pronto se impuso la realidad. Aún no tenía las fuerzas suficientes, su cuerpo seguía resentido, y además, el lugar parecía lo bastante apartado como para que cualquier intento sin medios acabara en un fracaso. Sin vehículo, con el tiempo inestable y sin conocer bien el entorno, lanzarse a la fuga habría sido, sencillamente, una temeridad.

Así que optó por resistir.

Se organizó como pudo: comía, se movía lo justo para recuperar algo de tono físico y, en los ratos muertos, rebuscaba entre los libros de la casa. La lectura, aunque limitada a esa literatura ligera, casi empalagosa, pensada para da-

mas aburridas, le servía al menos como distracción, como una forma de mantener la mente ocupada y no pensar demasiado en su situación.

Y así pasaron los días.

Tres… quizá cuatro.

El tiempo comenzó a diluirse en una rutina extraña, casi absurda, donde la aparente tranquilidad no dejaba de ser una tregua precaria. La barriga llena y el entretenimiento ocasional no eran suficientes para llenar el vacío que se iba instalando poco a poco, convirtiendo aquella estancia en algo cada vez más tedioso.

Aquel lugar, que podría haber sido un refugio en otras circunstancias, empezaba a parecerse demasiado a una jaula.

Un peculiar “hotel del amor”, perdido en medio de una exuberante vegetación… donde el huésped no tenía muy claro cuándo terminaría su estancia.

En su deambular por la casa, en busca de algo de entretenimiento que no fuera ya observar a las arañas tejiendo sus telarañas o a las hormigas entregadas a su incansable labor, el Sr. Naranja reparó en un detalle que hasta entonces había pasado desapercibido. Bajo el hueco de la escalera, casi oculto por la penumbra y el desorden, se encontraba una puerta. No destacaba por nada en especial, pero tenía ese aire discreto que, lejos de restarle importancia, la hacía más sospechosa.

Se detuvo frente a ella.

Durante unos segundos, se limitó a observarla, como si esperara que por sí sola revelara su propósito. En su mente comenzaron a tomar forma distintas posibilidades: tal vez un simple sótano, húmedo y olvidado… o quizá algo más. Un escondite, un lugar reservado, un rincón donde Irene guardara aquello que no debía ver nadie. La idea de un secreto, de algo oculto deliberadamente, despertó en él una curiosidad difícil de ignorar.

La morbosidad hizo el resto.

No se lo pensó dos veces.

Con un gesto decidido, giró el pomo y empujó la puerta. Un leve crujido acompañó la apertura, como si aquel acceso llevara tiempo esperando ser utilizado. Frente a él, una estrecha escalera descendía hacia la oscuridad, engullida por una penumbra densa y silenciosa.

Y, sin dudar demasiado —quizá más por necesidad de romper la monotonía que por auténtico valor—, comenzó a bajar.

Cada escalón lo alejaba de la luz y lo acercaba a ese bajo mundo oscuro y húmedo del caserón, donde el aire parecía más pesado, más frío, cargado de un olor antiguo que no prometía nada bueno.

Pero ya era tarde para echarse atrás.

La curiosidad… había tomado el control.

«¡¡Ya está aquí otra vez!!» se gritó a sí mismo, con un terror que no admitía matices ni razonamientos. La escena había cambiado de golpe, como si la realidad se hubiera quebrado en dos, devolviéndolo a un estado que creía haber dejado atrás. El sudor le empapaba el cuerpo, frío y pegajoso, mientras el hambre y la sed se le clavaban como agujas persistentes. Estaba rodeado de sus propios excrementos, en una degradación absoluta que apenas alcanzaba a comprender, y casi no podía ver: coágulos de sangre reseca le colgaban desde la cabeza, enturbiándole la visión hasta convertir el mundo en una masa oscura y borrosa.

Y entonces…

Las pisadas.

Lentas. Medidas. Descendiendo por la escalera del sótano.

Cada paso resonaba como un golpe seco en su cabeza, amplificado por el miedo, por la certeza de que aquel sonido no podía significar nada bueno. Intentó moverse, reaccionar, hacer algo… pero su cuerpo no respondía como debía. El pánico lo tenía atrapado, anclado en el sitio, con la respiración entrecortada y el corazón desbocado.

El tiempo pareció detenerse.

Las pisadas continuaban, acercándose.

Y en ese instante, lo comprendió con una claridad brutal:

Aquello no era un recuerdo.

Ni una pesadilla.

Era real.

Y venía a por él.

El Sr. Ramírez estaba al borde de un infarto. El corazón le golpeaba el pecho con una violencia desmedida, como si quisiera escapar de aquella cárcel de carne antes de que fuera demasiado tarde. En ese instante, de forma absurda y cruel, acudieron a su mente los consejos de su médico: dejar de fumar, evitar las grasas, hacer ejercicio… recomendaciones que ahora sonaban casi irónicas, lejanas, pertenecientes a una vida que parecía no haber sido suya nunca.

Todo se le agolpaba en la cabeza.

Pensamientos, recuerdos, reproches… una avalancha desordenada que amenazaba con estallar desde dentro. Pero lamentarse ya no tenía ningún sentido. La realidad era mucho más simple y brutal: estaba encadenado como un perro rabioso, reducido a un estado casi animal, sin más soporte que una raída manta que hacía las veces de colchón sobre un suelo frío y húmedo que se le metía en los huesos.

Y entonces, las pisadas.

Más cerca.

Cada escalón crujía bajo el peso de quien descendía, marcando un ritmo que parecía acompasarse con su propio pulso desbocado. Al suponer que era su carcelera, reaccionó por puro instinto: se quedó completamente quieto, contuvo la respiración hasta el límite y cerró ligeramente los ojos, como si así pudiera desaparecer.

Esperaba.

Con una esperanza mínima, casi infantil, de que aquella presencia pasara de largo, de que no reparara en él, de que, por una vez, la suerte se pusiera de su lado.

Pero en el fondo…

sabía que no iba a ser así.

Mientras que al Sr. Naranja apenas le separaban unos segundos del origen de aquellas pisadas, al Sr. Ramírez, atrapado en su propia miseria, no se le ocurrió peor manera de intensificar su sufrimiento que revolver en su memoria reciente, como quien hurga en una herida abierta. El recuerdo del encontronazo con la furiosa clienta regresó con una nitidez dolorosa, obligándole a revivir ca-

da gesto, cada palabra, cada instante que lo había conducido hasta aquella mazmorra.

Todo había comenzado de forma aparentemente rutinaria.

Una reclamación.

Un producto defectuoso.

Nada fuera de lo habitual. Él, siguiendo el protocolo, le explicó con claridad que, una vez devuelto el artículo, se procedería a su reemplazo por otro de similares características. Una solución estándar, correcta… lógica. Y sin embargo, nada de aquello pareció calmar a la mujer.

No entendía la furia.

No comprendía cómo algo tan trivial había escalado hasta convertirse en aquella situación absurda y aterradora. Después de negarle —eso sí lo recordaba con un leve pinchazo de duda— que no disponía de dicho artículo, todo se torció. La reacción de ella fue inmediata, desproporcionada… y definitiva. Sin darle margen alguno, lo redujo, lo trajo hasta allí y lo confinó como a un animal.

¿Dónde estuvo el fallo?

La pregunta le martilleaba la cabeza.

Intentaba reconstruir la escena, buscar ese punto exacto en el que había cometido el error, esa palabra mal elegida, ese gesto fuera de lugar que había desencadenado todo. Pero cuanto más pensaba, más confuso resultaba todo. Aun así, no podía evitarlo. Había algo casi enfermizo en esa necesidad de entender, de encontrar sentido incluso en medio del horror.

Y mientras tanto, seguía encadenado.

En lugar de centrarse en cómo escapar, en cómo defenderse, en cómo sobrevivir a lo que estaba a punto de suceder… su mente insistía en analizar, en corregir, en aprender de un fallo que quizá no tendría oportunidad de enmendar.

Porque a veces, incluso en el peor momento, el ser humano se aferra a lo único que cree poder controlar: sus propios errores.

Aunque ya sea demasiado tarde.

El día en que apareció delante de la casa de Irene, el Sr. Ramírez llevaba ya horas merodeando por el pueblo cercano, tirando de hilos, preguntando aquí y allá con esa habilidad suya para sonsacar información sin levantar demasiadas sospechas. La clave se la dio, cómo no, la vecina: una de esas figuras imprescindibles en cualquier historia, siempre bien informada y mejor dispuesta a compartir lo que sabe. Gracias a ella fue componiendo una imagen bastante clara de Irene, y lo que descubrió no era precisamente tranquilizador.

No tenía buena prensa.

Más bien al contrario.

Los comentarios coincidían en un punto: era mejor no tratar con ella. Rara, imprevisible, con cambios de humor difíciles de encajar… y siempre rodeada de un halo incómodo que hacía que los vecinos prefirieran mantener las distancias. Aquello, en cualquier otra circunstancia, habría bastado para extremar precauciones.

Pero no lo hizo.

Confiaba demasiado en sí mismo. En su don de gentes, en su experiencia tratando con todo tipo de personas, en esa seguridad profesional que tantas veces le había sacado de situaciones complicadas. Pensó —o quizá quiso pensar— que sabría manejarla, que podría reconducir cualquier tensión, que aquello no pasaría de ser una cliente difícil más.

Primera equivocación.

Luego, repasando una y otra vez la reacción de la clienta y analizando cada matiz de aquella contrariedad, llegó a una conclusión que ya no le ofrecía dudas: mentía con la misma naturalidad con la que respiraba. Y, sin embargo, aun teniendo esa certeza, no se atrevió a tomar medidas más drásticas. Avisar a las autoridades era una opción evidente, pero no la contempló con la seriedad que requería. Las leyes que regulaban el comercio de esclavos no dejaban lugar a interpretaciones; estaban bien definidas y, por lo general, jugaban a favor de los llamados “comerciantes”. Pero denunciar implicaba papeleo, informes interminables, explicaciones incómodas… y, sobre todo, exponer su propia actuación al escrutinio de sus superiores.

Eso era lo que realmente le frenaba.

Si daba ese paso, quedaría constancia de que algo había fallado, de que no había sabido gestionar la situación desde el principio. Y en un historial hasta

entonces intachable, aquello sería una mancha difícil de justificar. Así que optó por lo más cómodo… o lo que él quiso ver como lo más práctico.

Segundo error.

No atajar el problema de raíz.

Pero lo peor no fue eso.

Lo que de verdad lo atormentaba ahora, encadenado en aquel sótano, era la decisión que tomó después. Una decisión que, vista desde la distancia, rozaba lo temerario: recuperar la mercancía por su cuenta, sin ayuda, sin respaldo, confiando únicamente en su experiencia y en una confianza mal entendida. Paradójicamente, ese error era el que más lo castigaba, más que las cadenas, más que el hambre o la humillación. Porque cada cual se castiga a su manera, y la suya era comprender, con una claridad insoportable, hasta qué punto había subestimado la situación.

No contó con lo esencial.

Y eso se le reveló demasiado tarde.

Cuando estuvo espiando a la pareja, lo que vio no encajaba con lo que esperaba. No era la relación fría y funcional entre ama y esclavo. Había algo distinto. Algo que se parecía demasiado a un vínculo… casi a un matrimonio. Aquello debería haber encendido todas sus alarmas.

Pero no lo hizo.

Prefirió restarle importancia, buscar una explicación más cómoda, más acorde con lo que quería creer. Quizá —pensó— todo formaba parte de una representación, un juego, un teatro absurdo para entretener a la dueña. Tal vez ella jugaba a crear una ilusión doméstica, a recrear un papel que no tenía más fondo que el capricho.

Y con eso le bastó.

No se hizo la pregunta evidente.

No quiso ver lo que tenía delante.

Y ese, en el fondo, fue el error más grave de todos.

¿Qué le costó que Irene lo sorprendiera merodeando por los alrededores de la casa? Prácticamente nada. Bastó un instante de exceso de confianza, un descuido mínimo, para que todo se viniera abajo. Y cuando quiso darse cuenta, ya la tenía encima, armada con una plancha que, en cualquier otro contexto, habría resultado inofensiva, pero que en sus manos se convirtió en un arma contundente. El golpe fue seco, certero. No hubo tiempo para reaccionar, ni para defenderse. La oscuridad llegó de inmediato.

Y después… esto.

Ahora, encadenado, maltrecho y reducido a una sombra de sí mismo, no podía evitar hacerse una pregunta que le martilleaba la cabeza con insistencia:

¿Por qué no lo remató?

¿Por qué no acabar con él en aquel mismo instante y enterrarlo en ese vasto jardín que rodeaba la casa? Habría sido un crimen casi perfecto. Nadie sabía que había ido solo a ese lugar perdido, nadie habría podido señalarla con facilidad, y en el improbable caso de que alguien empezara a hacer preguntas, ella habría tenido tiempo de sobra para desaparecer sin dejar rastro.

La lógica apuntaba a eso.

Y, sin embargo, no lo hizo.

Aquella duda era, en cierto modo, más inquietante que la propia violencia que había sufrido. Porque implicaba algo más complejo, menos predecible. No era simple brutalidad. No era un arrebato sin consecuencias. Había una intención detrás… o quizá algo aún más perturbador: una razón que escapaba a cualquier lógica que él pudiera entender.

Intentó buscar una explicación.

Tal vez lo necesitaba para algo.
Tal vez formaba parte de algún plan que aún no alcanzaba a ver.
O quizá… simplemente no había terminado con él.

Y esa última posibilidad, lejos de tranquilizarlo, le heló la sangre.

Porque significaba que su sufrimiento…

tenía continuidad.

Conforme el Sr. Naranja avanzaba, sus ojos fueron acostumbrándose poco a poco a la penumbra gracias a las claraboyas a ras de suelo que, con sus cristales traslúcidos, dejaban pasar una luz mortecina, suficiente para perfilar formas pero no para disipar del todo la sensación opresiva del lugar. El aire era húmedo, cargado, y cada paso parecía resonar más de la cuenta en aquel silencio denso.

Entonces lo vio.

Una figura.

Encogida, pegada a la pared como si quisiera fundirse con ella, aplastándose en un intento desesperado de pasar desapercibido, como un camaleón que confía en su inmovilidad para sobrevivir. La silueta tenía forma humana, pero su actitud era la de un animal acorralado.

—¡¡Dios mío!! —exclamó el Sr. Naranja, llevándose casi la mano al pecho—. ¿Qué le ha ocurrido?

Sin pensárselo demasiado, se acercó, impulsado por una mezcla de impulso humano y una inquietud creciente.

—¡No… por favor, no me haga daño! —suplicó el reo, con la voz quebrada, convencido de que había llegado su final.

—Tranquilícese, buen hombre, ni se me hubiera pasado por la cabeza… soy gente de paz —respondió el Sr. Naranja, intentando transmitir calma mientras se inclinaba para examinar las ataduras y buscar la manera de soltarlas.

El otro lo miró con incredulidad.

—¿Cómo?… pero usted no es… —se interrumpió bruscamente, al reconocer en él algo que no esperaba encontrar allí. Su expresión cambió, mezclando sorpresa y desconcierto, como si una pieza importante del rompecabezas acabara de encajar.

—Descuide, le ayudaré —insistió el Sr. Naranja, evitando profundizar en ese reconocimiento—. Pero… ¿qué ha pasado? ¿Quién le ha atado?

La pregunta quedó suspendida en el aire.

Porque, en el fondo, no necesitaba respuesta.

La intuición ya había hecho su trabajo.

Y aun así, algo dentro de él se resistía a aceptar lo evidente, como si nombrarlo en voz alta fuera darle una realidad aún más peligrosa.

Después de darle agua y algo de comida, el Sr. Naranja se quedó observándolo con una curiosidad contenida, casi analítica. No parecía especialmente preocupado por una posible vuelta de Irene; en su mente, la mujer debía de haberse retirado a algún rincón de ese mundo suyo, un lugar donde refugiarse de sus propios demonios. «Todos los locos tienen un sitio donde se sienten seguros», se dijo, más como un intento de calmarse que como una certeza real.

Frente a él, el Sr. Ramírez comenzaba a recuperar un mínimo de compostura.

Mientras lo observaba, el Sr. Naranja cayó en una idea que le resultó incómodamente clara: en determinadas circunstancias, todos terminamos acercándonos peligrosamente a lo animal. No por elección, sino por pura necesidad. El otro, hacía apenas unos minutos, era poco más que una criatura acorralada, dominada por el miedo y el instinto. Y sin embargo, ahora, con el estómago lleno, algo de higiene y ropa limpia, empezaba a recomponerse, a reconstruir esa capa de civilización que el entorno le había arrebatado.

En el fondo, no eran tan distintos.

El instinto de supervivencia los igualaba.

La única diferencia real… era el estatus.

El Sr. Ramírez, una vez saciado y algo más presentable, empezó a recuperar también su manera de pensar, su lógica profesional. Y fue entonces cuando algo no le encajó. Observó al hombre que lo había ayudado con detenimiento, intentando ubicarlo dentro de su esquema mental, dentro de lo que él entendía como normal en su oficio.

Pero no lo consiguió.

Porque, según todo lo que sabía, aquello no tenía sentido.

Jamás, en toda su dilatada carrera, había tenido noticia de un caso en el que el proceso aplicado a un cautivo pudiera revertirse. Era, sencillamente, imposible. Una vez sometido, el individuo dejaba de ser lo que había sido. No había vuelta atrás.

Y, sin embargo, allí estaba.

Un hombre que actuaba, pensaba… y ayudaba.

Como si nunca hubiera sido otra cosa.

El tiempo y los cuidados del Sr. Naranja fueron cerrando, poco a poco, las heridas del Sr. Ramírez. No solo las visibles, sino también aquellas otras, más profundas, que no se curan con agua ni con alimento. Resultaba un caso curioso si se tenía en cuenta la brecha social que separaba a ambos, una distancia que en otras circunstancias habría sido insalvable. Pero allí, en aquel confinamiento forzado, esas diferencias perdían peso, se diluían hasta quedar reducidas a un mero recuerdo de otra vida.

La convivencia hizo el resto.

Lo que comenzó como un acto de auxilio casi instintivo fue transformándose, día a día, en algo más sólido. Una relación de camaradería, de entendimiento silencioso, donde las palabras sobraban en muchas ocasiones. Dos hombres, unidos no por elección, sino por la adversidad de verse privados de su libertad, encontraron en el otro un reflejo, un apoyo inesperado.

Podían escapar.

La idea estaba ahí, latente, rondándoles la cabeza en más de una ocasión. Pero la realidad se imponía con crudeza. Sus cuerpos aún no respondían como debían, la recuperación no estaba completa y cualquier intento precipitado podía acabar peor que su situación actual.

Además, el coche del director no ofrecía solución alguna.

Irene, en uno de sus accesos de previsión —o de paranoia—, había decidido ejercer de mecánico. Y no precisamente con destreza. Los cables arrancados, las ruedas inutilizadas… aquello no era una reparación, sino una sentencia. El vehículo había quedado reducido a un amasijo inútil, incapaz de sacarlos de allí.

A eso se sumaba todo lo demás.

La ausencia de teléfono.
El clima inestable.
El aislamiento del lugar.

Cada uno de esos factores actuaba como un muro invisible, pero firme, levantándose a su alrededor hasta formar una prisión tan efectiva como cualquier

celda de piedra. No necesitaban barrotes. El entorno hacía el trabajo por sí solo.

Y así, entre una mejoría que avanzaba con lentitud y una libertad que parecía al alcance pero no del todo posible, una pregunta comenzó a cobrar fuerza en sus pensamientos:

¿Conseguirían recuperarse a tiempo… antes de que Irene regresara?

Mientras, la pareja, avenida por las adversas circunstancias, se estaba lamiendo las heridas, tanto físicas como morales. En ese pequeño espacio compartido, donde el tiempo parecía haberse detenido, ambos encontraban un extraño consuelo en la rutina, en las conversaciones breves y en ese entendimiento tácito que solo nace cuando dos personas han tocado fondo al mismo tiempo.

Irene, por su parte, se hallaba lejos de allí.

Sumida en sus propios pensamientos, vagaba por los laberintos de su mente, reflexionando sobre su vida, sobre decisiones pasadas, sobre agravios que quizá solo existían en su percepción… y también, por qué no, sobre el sexo de los ángeles y otras cuestiones igual de etéreas, propias de una mente que ha perdido el anclaje con lo concreto. Sus razonamientos, lejos de seguir una línea lógica, se entremezclaban en una maraña de ideas donde lo trascendental y lo absurdo convivían sin conflicto.

A ratos se calmaba.

A ratos se encendía.

Era como si dentro de ella convivieran varias versiones de sí misma, turnándose el control sin previo aviso. Y en ese vaivén interno, tomaba decisiones, se reafirmaba, dudaba… y volvía a empezar.

Ajena, por el momento, a lo que ocurría en su propia casa.

Ajena… pero no por mucho tiempo.

El lugar, aunque no era de su propiedad, resultaba tan inhóspito que nadie en su sano juicio se habría atrevido a molestarla allí. Lo había descubierto tiempo atrás, cuando aún estaba casada, en una de sus frecuentes huidas. Todo indicaba que antaño fue un refugio de pastores, de esos que el tiempo borra sin dejar apenas rastro, como si nunca hubieran existido.

Aquel escondite le ofrecía justo lo que necesitaba: silencio, distancia y una paz casi salvaje con la que escapar de su matrimonio, cada vez más gris y previsible. Para justificar sus ausencias recurría a una excusa tan manida como eficaz, de esas que rara vez se cuestionan. Decía encontrarse indispuesta, víctima de esas jaquecas mensuales que, casualmente, parecían repetirse con una regularidad sospechosa… pero incuestionable.

Así, solía desaparecer de vez en cuando —más veces que cuando— sin levantar sospechas reales. Y mientras tanto, aquel rincón perdido se iba convirtiendo en algo más que un simple refugio: era su territorio, su tregua, su pequeña traición privada.

La cabaña, destartalada y vencida por los años, se alzaba en medio de un paisaje agreste. Para llegar hasta ella había que dejar el coche un par de kilómetros más abajo, en un claro del bosque lo bastante llano como para aparcar sin riesgo, y continuar a pie por un pedregal incómodo y traicionero que ascendía poco a poco hasta el escondite.

La vida que llevaba era austera, casi primitiva. Se alimentaba de lo que le ofrecía el campo: frutos silvestres, tubérculos y raíces que arrancaba de la tierra con la ayuda de un machete, regalo de su difunto marido, al que había encontrado una utilidad mucho más práctica de la que él jamás imaginó.

Su despensa de carne dependía de la suerte —o de la desgracia— de los pequeños animales que caían en sus trampas. No era abundante, pero sí suficiente. En cuanto al agua, no tenía de qué preocuparse: un pequeño manantial brotaba cerca de la cabaña, constante y generoso, como si aquel rincón olvidado aún se resistiera a morir del todo.

Para cocinar y calentarse tampoco encontraba dificultad. El viento, incansable, arrancaba ramas secas de los pinos cercanos, proporcionándole combustible más que suficiente para alimentar el viejo hogar de piedra, lo único verdaderamente sólido en aquella choza vencida por el tiempo.

No había cuarto de aseo, claro. Así que sus necesidades las resolvía en plena naturaleza, expuesta a los caprichos del aire, que en más de una ocasión le dejaban el trasero helado y le recordaban, con crudeza, lo lejos que estaba de cualquier comodidad.

La cabaña carecía de divisiones. Una única y vasta estancia hacía las veces de todo: dormitorio, cocina y refugio. No había más. Los alimentos los preparaba en una gran olla de fondo ennegrecido que colgaba de un gancho de hierro sobre el fuego, siempre presente, siempre necesario.

Dormía sobre un camastro a ras de suelo, cubierto con pieles viejas que servían a la vez de colchón y abrigo. Las noches se le hacían eternas; los días, en cambio, pasaban en un suspiro. Se acostaba al anochecer y despertaba con las primeras luces del alba, siguiendo un ritmo tan antiguo como el propio monte.

Tras sus abluciones matinales, revisaba las trampas, recogía lo que la tierra quisiera ofrecerle y se abastecía de agua. Luego se encerraba. Siempre lo hacía. Y entonces, arrodillada, rezaba.

Lo hacía ante una especie de altar improvisado. En él había una cruz de madera y una imagen de apariencia extraña, hecha de un material difícil de identificar, que representaba —o eso quería creer— a una virgen.

La había encontrado semienterrada.

Aún recordaba cómo sobresalía del suelo, sujeta por lo que quedaba de la mano de algún infeliz que había muerto aferrándola, como si en su último aliento hubiera querido mostrársela a cualquiera que pasara por allí… o quizá suplicarle algo.

Movida por una extraña compasión, desenterró el cuerpo. Se quedó con la figura, pero antes, como buena cristiana, cavó lo suficiente para dar sepultura al desgraciado. Sin embargo, mientras lo hacía, no pudo evitar fijarse en los pocos rasgos aún reconocibles del cadáver: había algo en él… algo que no encajaba, que escapaba a lo natural.

Y, aun así —o precisamente por eso—, para Irene aquel hallazgo fue poco menos que un milagro.

Su devoción hacia la figura traspasaba cualquier lógica. Donde otros habrían visto una macabra reliquia, una curiosidad inquietante y malsana, ella encontró un símbolo sagrado, una señal. Algo digno de veneración.

Algo que, en su mundo, tenía sentido.

Desde aquel día le dedicaba sus rezos y sus súplicas, pidiendo que el Sr. Naranja se recuperara y que, a su regreso, no se lo encontrara muerto de hambre o de sed.

—Bueno… la Santa proveerá —se decía, intentando convencerse.

Pero el consuelo le duraba poco.

—¿Y el individuo que tengo maniatado en el sótano? —se preguntó de pronto, sin hallar respuesta que calmara su conciencia.

El pensamiento se le clavaba como una astilla.

—Quizá haya conseguido desatarse… ¿no?

Ni ella misma se creía. Sabía perfectamente que no. Sabía, en el fondo, que debía haberlo matado cuando tuvo ocasión.

—¿Para qué lo mantuve con vida? —murmuró, sintiendo cómo la duda se convertía en reproche.

Y entonces, casi con rabia, llegó la respuesta:

—El cariño… sí, esa maldita locura de amor que me cambia… ¡Ojalá se muera de una puñetera vez! Quizá así consiga librarme de los lazos que me atan a él.

Se golpeó el pecho, una y otra vez, como si el dolor físico pudiera equilibrar el desorden que llevaba dentro. Pero ni siquiera el odio lograba abrirse paso del todo. No como ella quería.

Porque, en el fondo, lo que la desgarraba no era el rencor… sino la morriña. Esa ausencia punzante de su amado Adonis, que se negaba a desaparecer.

En realidad, el Sr. Ramírez le importaba bien poco. No había sido más que un daño colateral, una pieza accidental en una historia que nunca le concernió de verdad.

Distinto era el caso de su esclavo.

Por él sí sentía algo… aunque ni ella misma sabría ponerle nombre. No era compasión, ni tampoco afecto en el sentido más puro. Era otra cosa. Algo turbio, contradictorio.

Aun así, había decidido dejar su destino en manos del azar. O, como le gustaba pensar, en manos de la voluntad divina.

Si vivía… sería porque debía hacerlo.

Si moría… también.

Y con ese pensamiento, encontraba una paz inquietante.

Aquella noche, como tantas otras, se retiró en cuanto el astro rey se ocultó tras el horizonte. Para muchos, el bosque en la oscuridad es sinónimo de paz y silencio… pero nada más lejos de la realidad.

La noche es territorio de caza.

Un sinfín de criaturas despiertan entonces, movidas por el hambre, acechando a otras más descuidadas que, a su vez, buscan a quienes están aún más abajo en la cadena. Es un engranaje constante, implacable, donde cada ser ocupa su lugar… y lucha por conservarlo.

Irene, a falta de grandes depredadores, se encontraba en la cúspide de ese mundo salvaje. Allí, entre bestias y sombras, podía sentirse a salvo.

Pero no ocurría lo mismo en el ámbito de los seres más inteligentes.

Porque en ese otro orden… las reglas eran distintas.

Y ella lo sabía.

Avanzada la noche, Irene se abandonaba al sueño… o a algo muy parecido. Entre la vigilia y el delirio, imaginaba a su Adonis bajo ella, fuerte, presente, como si nunca se hubiera marchado.

Se aferraba a esa imagen con una intensidad casi desesperada, dejándose llevar por el vaivén de una ilusión que la hacía gemir en la oscuridad, rompiendo el aparente silencio de la cabaña.

Sus susurros y jadeos se perdían entre los sonidos del bosque, mezclándose con ellos, como si formaran parte de ese mismo mundo salvaje al que ya pertenecía.

Y por unos instantes, en esa fantasía febril, Irene dejaba de estar sola.

De repente, un sonido molesto irrumpió y le destrozó el descanso.

Era un zumbido extraño, persistente, muy parecido al que emiten esos transformadores eléctricos cuando convierten la alta tensión en media. Un chirrido constante, vibrante, que se le metió tan hondo en el sueño que por un instante llegó a confundirse con sus propios jadeos.

Frunció el ceño.

Curiosa, malhumorada… y no sin cierto temor, se incorporó lentamente.

Entonces lo vio.

La estancia estaba inundada de luz.

No una claridad tenue ni vacilante, sino una luminosidad brutal, casi antinatural, como si el sol estuviera en su punto más alto y sus rayos entrasen a raudales por el único ventanal de la cabaña.

Pero aquello… no podía ser.

No a esas horas.

Y, sin embargo, allí estaba.

La puerta se abrió.

No de golpe, ni con violencia, sino con una suavidad impropia de aquella cabaña vieja, como si alguien —o algo— la hubiera empujado sin apenas tocarla.

En el umbral aparecieron dos figuras.

Eran de baja estatura, con la cabeza desproporcionadamente grande en relación a sus cuerpos. Su piel, de una tonalidad grisácea, parecía carecer de vida, como si no perteneciera del todo a este mundo.

No dijeron nada.

Sus cuerpos estaban cubiertos por una especie de vestimenta ajustada, uniforme, sin costuras visibles, sin cierres ni cremalleras. Era como si no llevaran ropa en sí, sino que estuvieran envueltos en una sola pieza continua, adherida a ellos como una segunda piel.

Y aun así, lo más inquietante no era su aspecto.

Era la forma en que permanecían inmóviles… observando.

Los enanos cabezones —porque no había otra forma más precisa de definirlos— emitían una serie de chillidos y chirridos que, a todas luces, parecían su forma de comunicarse.

Irene no entendió absolutamente nada.

Si aquellos seres pretendían interactuar con ella, desde luego habían empezado con mal pie.

Sin embargo, tras unos instantes, los susodichos parecieron darse cuenta de su inutilidad. Intercambiaron entre ellos algunos de aquellos sonidos estridentes y, acto seguido, optaron por cambiar de método.

No recurrieron a ninguna comunicación mental, como cabría esperar de criaturas así, sino a algo mucho más… rudimentario.

Decidieron hablar.

Y lo hicieron en su idioma.

Aquello ya era suficientemente extraño, pero lo que terminó de descolocar a Irene fue el tono de la voz. Había algo en ella… una cadencia familiar, casi reconocible. Durante un instante, habría jurado que estaba escuchando a uno de sus actores favoritos de aquellas interminables telenovelas.

Con un marcado acento sudamericano, perfectamente vocalizado por aquellos dos pequeños seres de aspecto imposible, comenzaron a dirigirse a ella.

Y no eran sugerencias.

Eran órdenes.

—¡Siéntese!

Los enanos cabezones se colocaron a ambos lados de Irene y, tomándola con firmeza por los brazos, la “invitaron” a obedecer. Más que una ayuda, era una garantía de que no se haría la remolona.

—No tiene por qué asustarse —continuó una de aquellas voces, con una serenidad que resultaba casi ofensiva—. No vamos a hacerle daño. Por favor, permanezca tranquila… solo realizaremos unas pruebas.

Irene frunció el ceño, aún medio aturdida.

—¿Cómo que unas pruebas?

—Así es. Tenemos referencias sobre usted —respondieron al unísono—. Indican que posee un gran corazón. Un amor… poco común.

Hubo una leve pausa.

—Ese sentimiento ha trascendido más allá de su mundo. Ha llegado a los confines del universo.

Irene los miró, incapaz de decidir si aquello era una broma, una pesadilla o algo peor.

—Somos exploradores —prosiguieron—. Y en nuestro mundo… nuestros semejantes están muriendo.

Otro silencio, más denso.

—Muriendo por falta de cariño.

A Irene todo aquello le pareció una auténtica locura.

«¿Será una broma? ¿Alguna cámara oculta?» pensó, mientras la incredulidad se mezclaba con el miedo. Nadie sabía que estaba allí. Nadie. Entonces… ¿de dónde habían salido aquellos engendros?

No tuvo tiempo de encontrar respuesta.

La alzaron en volandas con una facilidad inquietante y la sacaron de la cabaña. Fue entonces cuando la vio.

Allí, en medio del claro, la esperaba una nave.

De color rosa.

Con forma de corazón.

La imagen resultaba tan absurda que por un instante rozaba lo ridículo, como si hubieran venido a recogerla en pleno San Valentín para llevarla a un destino idílico… si no fuera por la sensación opresiva que le recorría el cuerpo.

En cuanto la introdujeron en el interior, la sentaron en una especie de silla suspendida a una altura perfecta, sin patas ni soporte visible. Antes de que pudiera reaccionar, un cinturón la sujetó con firmeza, inmovilizándola por completo.

No podía moverse.

—No es que seamos desconfiados —dijeron, al percibir su expresión—. Solo es una medida de precaución.

Hubo una breve pausa.

—No queremos que se haga daño.

En un abrir y cerrar de ojos, se alejaron de la Tierra.

Irene apenas tuvo tiempo de asimilarlo. A través de una especie de claraboya, con forma de pirámide invertida, contempló cómo el planeta se iba reduciendo poco a poco, como si alguien lo estuviera apagando a distancia.

El globo terráqueo, con su inconfundible mancha azul, comenzó a difuminarse hasta confundirse con la inmensidad que lo rodeaba. Las estrellas, al principio dispersas, acababan agrupándose en lejanos cúmulos de luz blanca, formando manchas difusas que parecían respirar en la oscuridad.

Todo resultaba tan vasto… tan ajeno.

Y, sin embargo, Irene no podía apartar la mirada.

Porque por primera vez comprendía, aunque fuera de forma instintiva, lo insignificante que era todo aquello que había dejado atrás.

Y lo lejos que estaba ya de volver.

Irene no llevaba mordaza. Podía hablar.

Pero decidió no hacerlo.

Se mordió la lengua, literalmente, conteniendo cualquier pregunta que le ardía por dentro. Tal vez —pensó— lo más prudente era observar, callar y esperar.

Ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Y, quién sabe… aprovechar la mínima oportunidad para salir de allí lo mejor parada posible.

Porque, en aquel momento, entender lo que estaba ocurriendo era secundario.

Sobrevivir, no.

Observaba con enorme curiosidad cómo se sucedían, uno tras otro, innumerables planetas de formas y colores imposibles.

Las esferas que cruzaban ante sus ojos a una velocidad endiablada no eran, ni mucho menos, lo habitual. Al contrario, lo más frecuente eran mundos extra-

ños, caprichosos, de geometrías improbables, tan distintos entre sí que ni en sus sueños más extravagantes habría podido imaginarlos.

Y entonces apareció uno.

A medida que se acercaban, su tamaño crecía hasta imponerse sobre todos los demás.

Tenía forma de un colosal corazón.

A su alrededor orbitaban otros cuerpos menores, algunos con estructuras estrelladas, otros con formas piramidales, componiendo un conjunto tan fantástico que desafiaba cualquier lógica. Aquello no parecía obra de la naturaleza, sino el delirio de una mente imposible.

Ni siquiera la imaginación de un demente habría sido capaz de concebir algo así.

Y, sin embargo… allí estaba.

Al llegar a su destino, la nave descendió y se posó sobre una especie de plataforma medio derruida.

Nada más abrirse, el olor la golpeó.

Escombros, restos humeantes, estructuras colapsadas… y cadáveres chamuscados esparcidos por doquier componían un paisaje desolador, casi irreal. Aquello no era un mundo de amor.

Era un mundo arrasado.

Los pequeños seres se movían con rapidez, sorteando los obstáculos con una agilidad nerviosa. La sujetaron con firmeza y la condujeron hacia lo que parecía una zona más resguardada. En sus grandes cabezas se reflejaba algo nuevo: prisa… y miedo.

Irene no apartaba la mirada.

Absorbía cada detalle, cada imagen, cada señal.

No hacía falta ser especialmente perspicaz para entenderlo.

Aquel lugar había sido devastado.

Por una guerra.

O por algo peor.

Y, por primera vez desde que todo aquello había comenzado, Irene sintió que tal vez… la habían traído demasiado lejos.

La introdujeron en una especie de cubículo construido con un metal extraño, tan pulido que casi parecía cristal. Las puertas corredizas se cerraron sin hacer ruido y, de inmediato, descendieron a una velocidad vertiginosa hacia las profundidades de aquel mundo desconocido.

Arriba, cada vez más lejanos, retumbaban sonidos sordos, como explosiones amortiguadas, semejantes al latido irregular de un motor gigantesco.

Cuando se detuvieron, la trasladaron hasta una estancia más amplia y la depositaron sobre una camilla metálica, de superficie impecable, fría, casi perfecta en su pulido.

Entonces aparecieron más.

Un auténtico enjambre de aquellos seres pequeños y cabezones la rodeó en cuestión de segundos. Se movían con rapidez y coordinación, sin titubeos, como si cada gesto estuviera ensayado de antemano.

La despojaron de su ropa con una eficiencia mecánica y comenzaron a manipular su cuerpo con instrumentos que Irene no alcanzaba a comprender. Todo ocurría demasiado deprisa.

Ella protestó, se resistió cuanto pudo, pero fue inútil.

No había brusquedad en sus movimientos… pero tampoco el menor atisbo de duda o compasión.

Actuaban con una frialdad absoluta.

Como si aquello no fuera una elección, sino una necesidad.

Como si el objetivo que perseguían estuviera por encima de cualquier consideración.

Y en medio de todo aquello, Irene comprendió algo inquietante:

Para ellos… ella no era una persona.

Era un medio.

—Es absolutamente necesario averiguar de dónde procede ese amor del que usted dispone. Solo así podremos salvar a nuestro pueblo —afirmó el que parecía llevar la voz cantante, con una sequedad casi quirúrgica.

Irene lo miró con rabia contenida.

—Me parece estupendo… pero, al menos, podrían haberme pedido permiso.

El ser ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Pide permiso el granjero cuando recoge los huevos de la gallina? ¿Solicita autorización al carnero antes de sacrificarlo para alimentarse?

La comparación cayó como un golpe seco.

—Desde luego que no. Dios creó a los animales para servirnos —respondió Irene, con un tono firme, casi altivo.

Hubo un breve silencio.

—Entonces usted misma se ha respondido.

La frase no fue dicha: fue lanzada.

—¡De eso nada! —estalló Irene—. Nosotros somos animales racionales.

—Como usted desee —replicó el ser, sin alterarse—. Pero nosotros… estamos más evolucionados.

Y en aquella afirmación no había arrogancia.

Solo una certeza inquietante.

—Me parece estupendo… pero se olvidan de un pequeño detalle.

Hizo una breve pausa.

Pese a su situación —atada, inmovilizada, atravesada por tubos y a merced de aquellos seres—, algo en su expresión cambió. Como si, por un instante, su propio orgullo lograra imponerse a la derrota y la hiciera parecer… casi satisfecha.

O, al menos, dueña de sí misma.

Alzó ligeramente el mentón.

—Vosotros me necesitáis más… de lo que yo os necesito a vosotros.

La frase quedó suspendida en el aire.

No era una súplica.

Era un desafío.

Se miraron entre ellos.

Por primera vez, sus rostros —hasta entonces imperturbables— reflejaron algo muy distinto: desconcierto… y miedo.

El pánico se propagó entre los cabezones con una rapidez casi contagiosa.

Sin decir nada más, la dejaron sola en la camilla y se apartaron unos pasos. Se agruparon formando un círculo cerrado, como si necesitaran protegerse incluso entre ellos.

Entonces comenzaron.

Zumbidos, chasquidos, chillidos… y una agitación nerviosa que se traducía en movimientos rápidos y desordenados de sus manos. Aquello era, sin duda, una discusión.

Irene los observaba en silencio.

No entendía una sola palabra.

Pero no le hacía falta.

Había visto suficiente.

Sus palabras habían impactado de lleno.

Como un obús atravesando el hormigón.

Al cabo de unos minutos de discusión, y tras alcanzar lo que parecía un consenso, rompieron el círculo. El que llevaba la voz cantante se adelantó y se dirigió a ella con un tono seco:

—Está bien… animal racional.

Recalcó las dos últimas palabras con una intención tan evidente que no dejaba lugar a dudas.

—Mis hermanos y yo hemos decidido que, en primer lugar, te desataremos.

Los dispositivos que la sujetaban cedieron uno a uno. Irene, aún entumecida, se incorporó lentamente, frotándose las muñecas con gesto contenido.

—Tan adelantados… y han tardado en darse cuenta —dijo, dejando escapar una media sonrisa cargada de ironía.

Se acomodó como pudo y los miró de frente.

—De todas formas, el amor no es algo que se pueda medir, ni tocar… ni someter a experimentos.

Hizo una breve pausa.

—El amor se siente. Nace desde lo más profundo de cada uno.

Sus ojos recorrieron a los pequeños seres.

—A menos que vosotros, siendo tan avanzados… ya no tengáis necesidad de que aflore.

El silencio que siguió no fue vacío.

Fue incómodo.

—Puede que tenga razón —respondió el ser, tras una breve vacilación—. En nuestro pueblo nunca existió la necesidad de manifestar amor… ni siquiera de sentirlo como ustedes lo entienden.

Hizo una pausa, como si le costara continuar.

—Nos queríamos, sí… pero sin condiciones. Sin carencias. Nacíamos completos, sin esa necesidad de que algo emergiera desde dentro.

Irene frunció el ceño, cada vez más intrigada.

—Entonces… ¿qué pasó?

El cabezón desvió la mirada hacia sus semejantes. Estos asintieron en silencio, otorgándole permiso para continuar.

Cuando volvió a hablar, su tono había cambiado.

Había en él algo parecido a la queja… o quizá al arrepentimiento.

—Lo que sí poseemos es un afán innato por el conocimiento. Por eso exploramos otros mundos, en busca de nuevas civilizaciones.

Bajó ligeramente la cabeza.

—Y, tras mucho tiempo viajando… nos encontramos con el suyo.

El silencio que siguió fue distinto a los anteriores.

Más denso.

Como si lo que venía después… no fuera bueno.

—Una bonita historia… pero ¿qué tengo yo que ver en todo esto? —preguntó Irene, con evidente incredulidad.

El ser alzó sus pequeños brazos, como si quisiera dar solemnidad a lo que iba a decir.

—Esa estatuilla a la que usted dedica su devoción… nos puso en contacto con usted. Sus oraciones han viajado por el espacio hasta alcanzar nuestras mentes.

Irene se quedó inmóvil.

—El desgraciado que la portaba… era uno de nuestros exploradores.

Hizo una pausa breve.

—Al nacer, cada uno de nosotros recibe una figura idéntica. Es… un talismán. Un símbolo. Algo que garantiza nuestro equilibrio. Nadie envidia la del otro. Nadie desea poseer más de una.

Su voz se volvió más grave.

—Hasta que ocurrió lo impensable.

—Uno de nuestros exploradores asesinó a un compañero para arrebatarle la suya. Creyó, quizás, que cuantos más ídolos poseyera… más viviría.

Negó lentamente con la cabeza.

—Fue un acto inaudito entre nosotros. Y no fue el único.

Irene escuchaba en silencio.

—Durante el viaje de regreso, los demás comenzaron a hacer lo mismo. Se mataron entre ellos.

El ambiente se volvió pesado.

—Solo uno regresó. Uno solo… portando todas las estatuillas.

Sus ojos, oscuros e inexpresivos, parecieron apagarse aún más.

—A su llegada, la mayoría quedamos paralizados, incapaces de comprender lo que veíamos. Y él… aprovechó ese desconcierto.

—Huyó.

Otro silencio.

—Se llevó las figuras. Y con ellas… algo más.

—La avaricia. La envidia. La maldad.

Cada palabra caía con peso propio.

—Las propagó por nuestro mundo como una enfermedad. Destruyendo todo a su paso. Contagiando a otros.

El ser bajó lentamente los brazos.

—Y así hemos llegado hasta aquí.

Miró a Irene fijamente.

—A una guerra sin fin.

—Para nosotros, el amor no tiene nada que ver con una estatuilla —dijo Irene, muy seria, sosteniendo la mirada—. Es solo un símbolo.

Hizo una leve pausa, como si midiera sus palabras.

—Las usamos porque creemos que representan un vínculo… una forma de canalizar nuestra devoción y nuestras peticiones hacia algo superior.

Se incorporó un poco más, ganando presencia pese a la situación.

—Pero el amor no está ahí fuera.

Se llevó ligeramente la mano al pecho.

—Está aquí.

Irene no alcanzaba a comprender cómo una simple estatuilla podía ser responsable de tanta desgracia.

El pequeño ser pareció percibir su desconcierto. Su expresión se volvió más grave, más contenida, como si lo que iba a decir requiriera algo más que palabras.

—Para nosotros… lo es todo —afirmó con rotundidad—. Si por cualquier circunstancia pierdes tu estatuilla, una cadena de infortunios se desencadena sobre ti.

Hizo una breve pausa.

—Desgracias que pueden llevarte, incluso… a la muerte.

Irene lo miró, intentando encajar aquella lógica.

—Entonces… con no perderla, asunto resuelto, ¿no? —preguntó con una ingenuidad que rozaba lo irónico.

El silencio que siguió no fue tranquilizador.

Más bien… todo lo contrario.

—No es tan simple —sentenció, clavando en Irene una mirada severa.

Su tono cambió. Ya no había firmeza… sino algo más pesado.

—Después de capturar al primero que contagió a los demás, lo interrogamos. Y… muy a nuestro pesar, tuvimos que recurrir a la violencia.

Bajó ligeramente la cabeza.

—No fue una decisión fácil.

Guardó silencio unos segundos antes de continuar.

—Aun así, acabó relatándolo todo. Con detalle.

La pausa que siguió no fue casual. El pequeño ser cruzó los brazos y elevó la mirada, como si buscara algo más allá de aquel techo inexistente. Un gesto extraño… casi humano.

¿Culpa?

¿Necesidad de absolución?

—Lo que está a punto de ver… no es agradable.

Volvió a fijar sus ojos en Irene.

—Pero es necesario.

De entre sus manos surgió un objeto fino, ligero.

—Póngase estas gafas de realidad virtual.

Se las ofreció con una solemnidad inquietante.

—Con ellas podrá experimentar, en primera persona… lo que vivió nuestro hermano.

Una breve pausa.

—Y comprenderá.

Irene dudó.

La desconfianza le tensó el gesto durante unos segundos, pero la curiosidad —esa misma que tantas veces la había metido en problemas— terminó imponiéndose a sus temores.

Sin decir nada más, tomó las gafas.

Se las colocó lentamente.

Al principio… nada.

Pero apenas unos segundos después, la realidad comenzó a desdibujarse a su alrededor. La estancia, los seres, la camilla… todo se desvaneció como si nunca hubiera estado allí.

Y entonces empezó.

Las imágenes irrumpieron con una claridad brutal.

No las veía.

Las vivía.

Y, sobre todo, las sentía.

Una voz surgió en su mente. No era la suya.

Era la del desgraciado.

Le hablaba en un susurro constante, en un tono apagado… como si cada palabra arrastrara el peso de lo que estaba a punto de contar.

Una voz en off.

Su historia.

Su condena.

«Mis compañeros y yo teníamos asignada la misión de descubrir nuevos mundos. Y este… en particular, nos llamó desde el primer instante.

Era pequeño. De un tono azul intenso que invitaba a descender, a explorarlo, a imaginar en él la existencia de seres extraordinarios.

A su alrededor, varios planetas rocosos orbitaban bañados por la luz de una estrella de tamaño medio, componiendo un sistema que, a nuestros ojos, resultaba casi perfecto.

Aquel lugar despertó en nosotros una esperanza que creíamos ya superada.

La de encontrar vida.

Vida semejante a la nuestra… o quizá más avanzada.

Soñábamos con hallar seres que nos superaran, dispuestos a enseñarnos.

O, en caso contrario, que aceptaran aprender de nosotros, de nuestra ciencia… de nuestra sabiduría.»

Todas aquellas palabras no llegaban solas.

Se entrelazaban con imágenes nítidas, precisas, como si una cámara invisible registrara cada uno de sus movimientos. No había cortes, ni saltos, ni distorsiones.

Todo fluía con una continuidad inquietante.

Irene no solo escuchaba el relato.

Lo estaba viviendo.

Cada paso, cada mirada, cada instante… le pertenecía ahora a ella, como si su propia conciencia hubiera sido desplazada para ocupar el lugar de aquel ser.

Y lo más perturbador no era ver.

Era sentir.

«La nave se posó en un entorno cubierto por una vegetación espesa, similar a la nuestra… aunque mucho más salvaje.

Antes de aventurarnos al exterior, realizamos las comprobaciones habituales. El análisis del entorno reveló ciertas similitudes con nuestro mundo, lo que despertó en nosotros una profunda emoción.

Podía haber vida.

Y no cualquier vida.

Quizá seres parecidos a nosotros.

Quizá… nuestros iguales.

Aquella posibilidad nos llenó de esperanza. Incluso de ilusión. Convencidos de que estábamos ante un hallazgo extraordinario, decidimos salir al exterior, impulsados por un optimismo difícil de contener. Creíamos, sinceramente, que íbamos a encontrarnos con nuestros hermanos.»

«La desilusión no tardó en llegar. Lo que encontramos fueron individuos profundamente animalizados, criaturas que se movían impulsadas únicamente por el instinto, sin rastro alguno de la razón que esperábamos hallar. Su comportamiento era errático, salvaje, y en más de una ocasión tuvimos la sensación de que podrían volverse peligrosos si nos acercábamos demasiado. Por ello, optamos por mantenernos al margen, observando desde la distancia, evitando cualquier tipo de contacto que pudiera comprometer nuestra seguridad.

Aquel descubrimiento nos desanimó profundamente. Habíamos depositado en ese mundo unas expectativas que, de pronto, se desmoronaban ante nuestros ojos. Convencidos de que no encontraríamos allí ninguna forma de vida inteligente, tomamos la decisión de abandonar el planeta y continuar nuestra misión en otro lugar más prometedor.

Sin embargo… fui yo quien se opuso.

Algo en aquel mundo me retenía. Quizá su color, ese azul tan intenso y sugestivo, o tal vez una intuición que no supe explicar en su momento. Me aferré a la idea de que un planeta así, tan hermoso, no podía estar habitado únicamente por seres dominados por el instinto. Insistí, argumenté, presioné a mis compañeros hasta convencerlos de que debíamos seguir buscando. Que, en algún lugar, debían de existir nativos acordes con la aparente armonía de aquel mundo.

Y lo logré.

Reanudamos la exploración con un entusiasmo renovado, impulsados por una esperanza que, ahora lo sé… no era más que el preludio de nuestra desgracia.

En aquel entonces creí que mis decisiones habían tenido consecuencias inevitables, simples resultados de una elección arriesgada. Hoy lo veo de otra forma.

No fueron consecuencias.

Fueron frutos podridos.

Y, aun así, la realidad… es la que es.»

«Tras deambular durante largo tiempo por aquel terreno agreste, plagado de obstáculos y dificultades que ponían a prueba nuestra resistencia, alcanzamos el límite de una vasta extensión cubierta por un líquido de tonalidades verdosas, muy similar al que existe en nuestro propio mundo. Aquella masa ondulan-

te se extendía hasta donde alcanzaba la vista, reflejando una calma engañosa que contrastaba con la dureza del entorno que habíamos atravesado.

Fue entonces cuando los vimos.

En una de sus orillas se encontraban dos individuos. Uno de ellos permanecía sentado, concentrado en un artefacto que sostenía entre las manos: un objeto alargado y flexible del que partía un hilo extremadamente fino, casi invisible, que se perdía bajo la superficie del agua. El otro, de mayor tamaño, se mantenía de pie a su lado, atento, obediente, como si actuara bajo las órdenes del primero.

No tardamos en comprender su actividad.

Cada cierto tiempo, el individuo sentado realizaba un movimiento preciso, casi mecánico, y del agua emergían unas criaturas de tonalidad plateada. Se agitaban con violencia, retorciéndose en el aire, como si aquello que respiraban habitualmente —el agua— les fuera de pronto arrebatado. Era una lucha desesperada, una agonía visible.

A diferencia de los seres que habíamos observado hasta entonces, que se desenvolvían en aquel entorno sin aparente dificultad, estas criaturas parecían condenadas fuera de su medio.

El individuo extraía a los animales, aún vivos, del extremo del hilo, y sin mostrar la menor vacilación, los depositaba en un recipiente cercano. Allí, confinados, los cuerpos seguían convulsionando, abriendo y cerrando sus bocas en un intento inútil por recuperar aquello que ya no tenían.

Y, sin embargo…

Para aquellos dos seres, no parecía haber nada extraordinario en todo ello.»

«A medida que nos aproximábamos, aquellos dos seres continuaban absortos en sus tareas, completamente ajenos a nuestra presencia. No mostraban señal alguna de haber percibido nuestra llegada, lo que reforzó en nosotros la idea de que su nivel de percepción —y, por extensión, de desarrollo— era limitado.

Siguiendo la Suprema Ley que rige la vida en todo el universo, iniciamos el protocolo de contacto. Emitimos sonidos y realizamos gestos que, en nuestra civilización, son inequívocos signos de paz, de apertura y de intención amistosa. Lo hicimos con cautela, procurando no resultar invasivos, confiando en que,

de algún modo, aquellos que considerábamos nuestros posibles hermanos pudieran comprendernos.

Pero no hubo respuesta.

Ni una mirada. Ni un gesto. Ni el menor indicio de reconocimiento.

Aquella ausencia de reacción nos llevó, casi de forma automática, a una conclusión que entonces nos pareció lógica: su estado evolutivo estaba muy por debajo del nuestro. No eran capaces de interpretar señales básicas de comunicación universal.

Nos reunimos entonces, mis compañeros y yo, intercambiando impresiones en silencio. La decisión no tardó en imponerse.

Si queríamos establecer contacto… debíamos rebajarnos a su nivel.

O, al menos, aproximarnos a él lo suficiente como para que pudieran comprendernos.»

«En ese momento ya nos encontrábamos dentro de su campo de visión.

El individuo que permanecía de pie no pareció reaccionar en absoluto ante nuestra presencia, lo cual nos desconcertó profundamente. Sin embargo, su compañero… su rostro lo decía todo. El horror se dibujó en sus facciones de una forma tan evidente que no dejaba lugar a dudas.

Se incorporó de un salto.

Arrojó al suelo el objeto que sostenía entre las manos.

Comprendimos, demasiado tarde, que nuestra aparición había provocado en él una reacción que no supimos prever.

Intentamos corregirlo.

Mis compañeros y yo intensificamos los gestos y sonidos de amistad, reforzando nuestras señales de paz con la esperanza de que, ahora sí, pudiera interpretarlas correctamente.

Pero todo fue inútil.

El individuo, dominado por el pánico, dio media vuelta y huyó en dirección a una estructura cercana: un artefacto blanco, de forma rectangular, semejante a

una caja metálica. Se introdujo en su interior a través de una abertura y, apenas unos segundos después, salió de nuevo.

Ya no era el mismo.

En sus manos sostenía un objeto alargado, metálico, de tono oscuro.

Entonces ocurrió.

De aquel artefacto surgieron detonaciones secas, violentas, acompañadas de bocanadas de humo oscuro. El individuo, sacudido por espasmos, dirigía el objeto hacia nosotros mientras repetía una y otra vez aquellos estallidos.

De su extremo salían pequeños proyectiles metálicos que se desplazaban a una velocidad imposible, impactando contra nuestros trajes.

Rebotaban.

Nuestros sistemas de protección, diseñados como medida preventiva ante entornos desconocidos, resistían aquellos impactos. No estaban concebidos para la guerra —porque nosotros no conocíamos la violencia—, sino para protegernos de condiciones hostiles en mundos lejanos.

Y, sin embargo…

Allí estábamos.

Bajo un ataque.

Provocado por aquellos a quienes habíamos considerado… inferiores.

Por primera vez, comprendimos que habíamos cometido un error.

Y que ese error… podía costarnos mucho más que la misión.»

«El individuo, al comprobar que su intento de hacernos daño resultaba inútil, lejos de calmarse, se volvió aún más inestable.

Su comportamiento se volvió errático.

Con un gesto de rabia y desconcierto, arrojó el artefacto metálico al suelo, como si de pronto hubiera dejado de servirle o, quizá, como si ya no comprendiera lo que estaba ocurriendo. Ni siquiera prestó atención a nuestros insistentes intentos de transmitir calma.

Nuestros gestos de paz, nuestras señales… ya no significaban nada para él.

Sin dudarlo un instante, corrió de nuevo hacia la estructura blanca, aquella especie de caja metálica en la que se había refugiado momentos antes, y se introdujo en su interior con movimientos torpes, casi desesperados.

Apenas unos segundos después, un estruendo violento sacudió el entorno.

De la máquina comenzó a brotar un humo espeso, oscuro, desagradable, que impregnaba el aire con una sensación casi irrespirable. Y entonces, como si aquella estructura hubiera cobrado vida propia —como si estuviera poseída por una fuerza ajena—, salió disparada a gran velocidad.

Se desplazaba de forma brusca, descontrolada.

A través de sus superficies transparentes, pudimos ver al individuo en su interior.

Su rostro… era puro terror.

Un pánico absoluto que, en ese momento, no supimos comprender.

Pero que, con el tiempo…

aprenderíamos demasiado bien.»

«Mis compañeros y yo reaccionamos de inmediato.

A pesar de lo ocurrido, nuestra primera intención no fue defendernos, sino ayudar. Aquel ser, claramente fuera de sí, se había convertido en un peligro… pero también en alguien que necesitaba auxilio urgente.

Nos dirigimos hacia él con rapidez, intentando alcanzarlo.

Sin embargo, la velocidad a la que se desplazaba aquella máquina, unida al estado de pánico del individuo, hacía casi imposible cualquier intervención.

El artefacto describía trayectorias erráticas, ejecutando virajes bruscos y peligrosos, como si en cualquier momento fuera a desintegrarse o perder el control por completo.

Y entonces ocurrió.

Tras uno de aquellos giros desesperados, la máquina se desvió violentamente de su trayectoria y terminó empotrándose contra la densa vegetación que bordeaba aquella vasta extensión de líquido verdoso.

El impacto fue seco.

Definitivo.

Y durante unos instantes…

todo quedó en silencio.»

«Cuando llegamos hasta el lugar del impacto, una nueva detonación, seguida de una gran llamarada, disipó cualquier esperanza.

No había posibilidad de supervivencia.

El calor, el humo, la violencia del estallido… todo indicaba que aquel ser había encontrado allí su final.

Nos detuvimos.

Compungidos.

Afligidos por lo ocurrido.

Porque, de un modo u otro, comprendimos que habíamos sido la causa de aquel trágico desenlace.

Guardamos silencio durante unos instantes… y después, como es nuestra costumbre, formamos un coro.

Unificamos nuestras mentes en un mismo propósito, en un intento sincero de ayudar a aquella alma a encontrar su camino.

A regresar.

A ese lugar al que todos —evolucionados o salvajes— estamos destinados a volver, tarde o temprano.

A la misma casa.

Sin distinción.»

Irene permanecía atrapada en aquella experiencia, incapaz de apartarse de lo que estaba viendo… o, peor aún, de lo que estaba sintiendo en carne propia.

Sus captores no hicieron nada por suavizar la escena.

Ni un filtro. Ni una pausa. Ni la menor concesión.

Era evidente que, para ellos, resultaba imprescindible que atravesara aquel trance hasta el final.

«Malditos… —se gritó a sí misma—. ¡Con oírlo habría sido más que suficiente!»

Pero no.

Las imágenes eran demasiado vívidas. Demasiado reales.

El vehículo había impactado violentamente contra un tronco grueso, un pino que resistía inmóvil como un testigo indiferente. Ahora, reducido a una carcasa deformada, ardía con una intensidad brutal, envuelto en llamas que devoraban cada rincón sin piedad.

El calor era insoportable.

Irene no solo lo veía… lo sentía.

Y entonces ocurrió.

Los cristales de las ventanillas, sometidos a la presión del fuego, estallaron con un sonido seco. A través de ellos, entre el humo y las llamas, pudo distinguir el interior.

Lo que quedaba del cuerpo.

Oscurecido, deformado, consumido por el calor… se agitaba de forma espasmódica, como si ejecutara una danza grotesca, ajena a toda voluntad, producto únicamente de la violencia del fuego.

Un movimiento sin vida.

Un final sin dignidad.

Irene apartó la mirada… o al menos lo intentó.

Pero no podía.

Porque aquello no era solo una imagen.

Era una experiencia impuesta.

Y no había escapatoria.»

La voz en off del explorador seguía resonando en la mente de Irene, grave, constante, como si cada palabra se grabara a fuego en su conciencia.

«En medio de todo aquello, nos olvidamos del otro ser… el ayudante, el más grande.

Pero él no se olvidó de nosotros.

Se acercó.

Y, de forma inexplicable, vino directamente hacia mí.

El desconcierto entre mis compañeros fue inmediato. No entendíamos su comportamiento. Aquel individuo no mostraba emoción alguna, ni miedo, ni agresividad, ni curiosidad. Era como si careciera de voluntad propia, como si fuera un cuerpo que existía… pero sin autonomía real.

Y, sin embargo, me obedecía.

A mí.

No sabría explicar por qué. Tal vez percibió en mí algo diferente. Quizá el hecho de que fuera ligeramente más alto que los demás. Un detalle que, en otras circunstancias, había sido motivo de burla entre mis compañeros.

O tal vez fue mi aspecto.

Mis facciones eran más finas, menos toscas que las del resto de mi especie. Una diferencia sutil, pero suficiente para hacerme destacar. En otro tiempo, aquello generó pequeñas fricciones, comentarios… nada comparable a las formas de discriminación que existen en otros mundos, pero sí lo bastante como para recordarme que no era exactamente igual a los demás.

Y, sin embargo, en aquel momento…

esa diferencia pareció convertirse en algo más.»

«Fue tal el apego que aquel ser desarrolló hacia mí que mis compañeros no tardaron en tomar una decisión.

Consideraron que debía hacerme cargo de él.

Que era mi responsabilidad.

Debía instruirlo, guiarlo, enseñarle nuestras leyes de igualdad y fraternidad, con la esperanza de que, a través de ese aprendizaje, pudiera elevarse por encima de su condición.

Acepté.

Aunque, en el fondo, no estaba del todo seguro de comprender lo que aquello implicaba.

Aquel mundo, que en un principio nos había parecido tan prometedor, terminó por revelarse como una profunda decepción. Habíamos encontrado seres que preferían matarse antes que aceptar nuestra sabiduría… y otros que, simplemente, parecían carecer de voluntad propia.

No había equilibrio.

No había armonía.

Solo extremos.

Y, finalmente, muy a nuestro pesar, decidimos marcharnos.

Recogimos nuestros instrumentos, abandonamos aquel lugar… y partimos del planeta azul.

Todos.

Incluido el gigantón.»

«El viaje de regreso transcurrió, en apariencia, con total normalidad.

Mis compañeros se ocupaban de las labores habituales: pilotar la nave, analizar las muestras recogidas en el planeta azul y registrar cada dato obtenido durante la misión. Todo seguía su curso como en tantas otras expediciones, como si nada de lo ocurrido hubiera alterado realmente el equilibrio que siempre había regido entre nosotros.

Pero en mi caso… no era así.

Mis responsabilidades eran distintas.

Había asumido una tarea que, en aquel momento, consideré un honor… y que pronto empezaría a revelarse como algo mucho más complejo.

Debía educar a nuestro nuevo acompañante.

Guiarlo.

Instruirlo en nuestras leyes, en nuestros principios, en aquello que definía a nuestra especie: la igualdad, la fraternidad, la ausencia de deseo, de posesión, de conflicto.

Y a ello me entregué por completo.

En cuerpo y alma.

Con dedicación absoluta.

Sin sospechar, ni por un instante, que aquello que estaba sembrando… no iba a crecer como esperaba.»

«El tiempo fue pasando.

Gracias a mis enseñanzas y a la atención constante que le dedicaba, el espécimen comenzó a mostrar ciertos avances. Lentamente, de forma casi imperceptible, iba incorporando algunos comportamientos que, en un principio, parecían fuera de su alcance.

Sin embargo, había algo que no cambiaba.

Una barrera.

Invisible, pero infranqueable.

Por mucho que insistiera, por mucho que repitiera los patrones una y otra vez, él no era capaz de actuar por iniciativa propia. Todo debía serle indicado, ordenado, señalado con precisión. Sin esa guía, simplemente… permanecía.

Inmóvil.

Como si su voluntad dependiera de la nuestra.

Aun así, con el paso del tiempo, logró ciertos progresos que, en aquel momento, consideré significativos. Era capaz de alimentarse, de acudir por sí mismo a realizar sus necesidades, incluso de asearse sin que nadie tuviera que decírselo.

Pequeños logros.

Pequeñas conquistas.

Que entonces interpreté como señales de evolución.

Y que ahora… ya no sé cómo definir.»

«Entonces… todo empezó a desmoronarse.

La integridad del conjunto, aquello que siempre había sido inquebrantable en nosotros, comenzó a resquebrajarse sin previo aviso. Las enseñanzas recibidas en nuestras escuelas de fraternidad, los cuidados mutuos, ese amor constante entre hermanos y hermanas… todo se fue diluyendo, como si nunca hubiera existido realmente.

Lo que sentí fue… abandono.

Un vacío absoluto.

Me encontré desorientado, desamparado, incapaz de comprender qué estaba ocurriendo a mi alrededor ni a quién debía acudir. Por primera vez, carecía de referencias. Y con ello llegaron, una tras otra, todas las calamidades.

Ahora sé que todo comenzó en el momento en que advertí que mis enseñanzas ya no tenían efecto. Rebotaban. No encontraban lugar en él… ni en mí.

No pretendo con esto ganarme la benevolencia de mis superiores. Tampoco busco compasión. No la merezco. Solo deseo contar lo ocurrido con absoluta honestidad, sin ocultar nada, porque quizá mi experiencia pueda servir a otros.

Yo fui como todos vosotros.

Fui educado en la bondad, en la inocencia más pura, en la certeza de que el mal no existía. Ni siquiera teníamos una palabra para nombrarlo.

Hasta entonces.

Porque fue a partir de ese momento cuando lo conocí.

Cuando lo sentí.

Cuando lo experimenté en mis propias carnes.

Y comprendí, demasiado tarde, todo lo que puede provocar en un ser que jamás había estado preparado para ello.

Me falta valor para seguir… lo confieso. Pero sé que debo hacerlo. Porque si mi relato puede evitar que otros caigan en el mismo abismo…

en ese pozo oscuro de arrepentimiento donde ahora me ahoga la tristeza…

entonces, al menos, algo de todo esto habrá tenido sentido.»

Mientras las imágenes seguían sucediéndose sin tregua, se hizo un silencio prolongado.

Un silencio denso.

Durante unos instantes —quizá minutos— no hubo palabras, solo una respiración entrecortada que parecía luchar por mantenerse. Inspiraciones profundas, irregulares, seguidas de exhalaciones pesadas, como si cada aliento le costara un esfuerzo descomunal.

Era agotamiento.

Pero no solo físico.

Había algo más en ese aire que arrastraba… algo que pesaba.

Poco a poco, el ritmo de su respiración comenzó a estabilizarse. El desorden dio paso a una cadencia más controlada, más firme, como si hubiera logrado recomponerse lo suficiente para continuar.

Y entonces, su voz regresó.
Más baja.

Más quebrada.

«Perdón, estimados hermanos…»

Hubo una leve pausa.

«Siento que desfallezco bajo el peso de la desgracia que he traído sobre nuestro pueblo. Pero… aun así…»

Tomó aire.

«He comprendido que es necesario continuar.»

Otra pausa, más corta esta vez.

«Debo distinguir, entre todo este dolor, aquello que realmente importa.»

Y entonces, con un esfuerzo evidente…

siguió.»

Se oyó cómo se aclaraba la garganta, un leve carraspeo seguido del sonido seco de la saliva al ser tragada. Después, sin más dilación, retomó el relato.

«Como os decía… mis enseñanzas comenzaron a volverse en mi contra.

No fue algo inmediato. Al principio eran pequeños indicios, detalles que no supe interpretar. Pero, con el tiempo, se hicieron evidentes.

Aquel ser había quedado atrapado entre dos mundos.

El suyo, donde las órdenes le daban sentido, donde cada acción estaba dictada desde el exterior… y el nuestro, donde no existía mandato alguno, donde la voluntad era libre y espontánea.

En ese espacio intermedio… no era nada.

Ni una cosa ni otra.

Simplemente… permanecía.

Me apiadé de él.
Creí ver en su estado una forma de sufrimiento, una carencia, una desgracia que debía ser corregida. Y fue entonces cuando, en lugar de continuar con su educación, decidí detenerme. Pensé que lo más adecuado era aliviar su condición… no imponerle más de lo que ya no podía asimilar.

No comprendí que aquello no era una anomalía.

Era su naturaleza.

Pero yo… fui educado en la bondad.

En la necesidad de ayudar.

Y, llevado por ese impulso, actué.

Lo consideré uno de los nuestros. Un semejante, pese a sus diferencias evidentes, pese a su origen, pese a todo lo que indicaba que no era igual.

Y en ese error…

comenzó todo.»

«Como os iba diciendo, mis enseñanzas empezaban a volverse en mi contra.

No solo por lo ya expuesto, sino porque comencé a comprender —aunque de forma aún confusa— que aquel ser se hallaba atrapado entre dos realidades incompatibles. Por un lado, su mundo de origen, donde las órdenes le otorgaban sentido, donde cada acción venía dictada desde fuera, marcando su existencia. Por otro, el nuestro, donde no existían mandatos, donde la voluntad era libre y espontánea… un entorno en el que, paradójicamente, él quedaba suspendido, sin función, sin propósito, como si no existiera realmente.

Aquella situación me conmovió profundamente.

Interpreté su estado como una forma de desgracia.

Como una carencia que debía ser aliviada.

Y fue entonces cuando tomé la decisión que lo cambiaría todo.

En lugar de continuar con su educación, desistí. Consideré que seguir imponiéndole nuestras normas no haría sino agravar su condición. Pensé, en mi ingenuidad, que lo más compasivo era dejar de exigirle aquello que no podía comprender.

No fui capaz de ver que aquello no era un defecto.

Era su naturaleza.

Pero yo… fui educado en la bondad. En la ayuda incondicional. En la idea de que todo ser merece ser elevado, comprendido, salvado si es necesario.

Y, llevado por ese impulso, actué sin cuestionarlo.

Lo consideré un semejante.

Uno de los nuestros.

Obviando sus diferencias, su origen, incluso su propia esencia. A mis ojos, su mayor estatura o su procedencia dejaban de importar. Lo que veía era un ser al que ayudar.

Y en ese instante…

sin saberlo,

crucé un límite del que ya no habría retorno.»

«Al principio, mis compañeros de viaje tomaron aquella situación como una simple curiosidad. Les resultaba, incluso, pintoresco verme disfrutar de largos periodos de ocio mientras mi asistente se encargaba de todas mis tareas sin necesidad de supervisión constante.

No le dieron importancia.

O eso creí.

Pero el tiempo fue pasando… y algo empezó a cambiar.

A medida que mis obligaciones disminuían, fui disponiendo de más espacio para la contemplación, para el recogimiento interior, para ese estado de quietud que tanto valorábamos en nuestra cultura. Y fue entonces cuando comenzaron los primeros indicios.

Murmullos.

Miradas.

Gestos que, hasta entonces, nunca habían existido entre nosotros.

Al principio no supe interpretarlos. No comprendía su significado, porque en nuestro mundo jamás había habido rastro alguno de rencor o envidia. Eran conceptos ajenos a nuestra naturaleza.

Pero allí estaban.

Creciendo.

Deformando el ambiente.

Cada día se volvía más denso, más incómodo, como si algo invisible se estuviera infiltrando entre nosotros, alterando lo que siempre había sido puro.

Aquel clima enrarecido comenzó a afectarme profundamente. Sentía un malestar constante, una inquietud que no sabía nombrar, pero que no dejaba de intensificarse.

Hasta que comprendí el peligro.

No era para mí.

Era para él.

Temí que alguno de mis compañeros pudiera hacerle daño… o algo peor, que intentaran arrebatármelo.

Y entonces tomé otra decisión.

Lo encerré.

No como castigo.

Sino como protección.

O eso… fue lo que me dije.»

«Todo fue en vano.

Bastó un solo descuido.

Amparado en mi propia inocencia —en esa franqueza que siempre nos había definido—, no supe prever lo que estaba ocurriendo. Nadie me había enseñado a sospechar, a ocultar, a protegerme de la malicia… porque, sencillamente, esa malicia no existía en nosotros.

Hasta entonces.

Pero ahora… se extendía.

Como una enfermedad.

Una epidemia silenciosa que se propagaba por toda la nave, infiltrándose en cada gesto, en cada mirada, en cada pensamiento, deformando aquello que creíamos inalterable.

Y yo no supe verla a tiempo.

No supe detenerla.

Tardaron poco en descubrirlo.

En averiguar dónde mantenía oculto a mi ayudante.

Y cuando lo hicieron…

ya era demasiado tarde.»

«Lo peor estaba aún por llegar.

Ninguno de nosotros sabía cómo enfrentarse a aquella situación. Carecíamos de referentes, de normas, de cualquier estructura que nos permitiera comprender lo que estaba ocurriendo. Y, en medio de esa confusión, todo empezó a desbordarse.

Mi asistente dejó de pertenecerme.

Sin transición.

Sin explicación.

De pronto, servía a otro.

Y ese otro, a su vez, lo ocultaba como yo había hecho antes, creyendo protegerlo… o, quizá sin saberlo, creyendo poseerlo. Pero no tardaba en aparecer un tercero, impulsado por algo nuevo, algo desconocido, una necesidad creciente que no sabíamos nombrar, pero que ahora sé que era codicia. Ese tercero lo encontraba, lo reclamaba para sí… y el ciclo volvía a comenzar.

Siempre en el mismo lugar.

Siempre repitiendo el mismo patrón.

Era absurdo.

Casi grotesco.

El comportamiento de todos nosotros se volvió errático, desordenado, rozando la locura. Nadie tenía aún la malicia suficiente para ocultarlo en un lugar distinto, fuera del alcance de los demás. Todos pensábamos igual. Todos actuábamos igual. Y precisamente por eso… todos fracasábamos.

Pero yo…

yo empecé a cambiar.

Poco a poco, casi sin darme cuenta, comencé a comprender algo que antes me era ajeno. Si quería disponer de mi asistente… debía protegerlo.

Proteger mi adquisición.

Aun así, la inocencia no había desaparecido del todo. Seguía ocultándolo en el mismo recinto que los demás conocían, como si, en el fondo, aún esperara que todo volviera a ser como antes.

Pero ya no me separaba de él.

Ni un instante.

Me convertí en su guardián.

Celoso.

Vigilante.

Y sin saberlo…

empecé a parecerme a aquello que tanto temía.»

«La situación no hizo más que empeorar.

Todo fue de mal en peor.

Con el tiempo, he llegado a comprender algo que jamás habría cuestionado en otro momento. Algo que ahora me obliga a reflexionar sobre la base misma de lo que somos… o de lo que creíamos ser.

Fuimos educados en la ingenuidad.

En la indulgencia absoluta.

En una bondad tan pura que no admitía fisuras.

Y ahora no puedo evitar preguntarme…

¿Fue esa nuestra perdición?

No lo afirmo con ligereza. Tampoco busco excusas ni redención. No espero perdón, ni lo merezco. Pero lo que sí he aprendido —a un precio demasiado alto— es que no se puede educar a un ser en la inocencia más absoluta sin enseñarle, al mismo tiempo, a distinguir entre la bondad y la maldad.

Porque cuando esta última aparece…

no hay defensa posible.

Aclarado esto… continuaré con mi relato.

Como os iba diciendo…»

«Me encontraba de guardia.

Vigilante.

Atento a cualquier movimiento que pudiera poner en peligro lo que, para entonces, ya consideraba mío.

Pero no sirvió de nada.

El siguiente en intentar arrebatármelo no dudó ni un instante. No hubo palabras, ni advertencias, ni siquiera un gesto que anticipara lo que estaba a punto de ocurrir. Simplemente… me ignoró.

Como si yo no existiera.

Como si mi presencia careciera de valor.

Y, ante mis propios ojos, se apoderó de él.

Se lo llevó.

Yo presencié toda la escena sin reaccionar. Durante unos segundos —que ahora se me antojan eternos—, me quedé inmóvil, incapaz de procesar lo que estaba ocurriendo.

No supe qué hacer.

No supe cómo actuar.

Aquello era nuevo para mí.

Aquella sensación… también.

Y cuando quise darme cuenta…

ya era demasiado tarde.»

«En nuestra naturaleza no existe el concepto de posesión.

No sabemos lo que es apropiarnos de lo ajeno… ni tampoco defender lo propio.

Nunca lo hemos necesitado.

Por eso, cuando ocurrió, mi reacción fue… ninguna.

Permanecí allí, en silencio, como si nada hubiera cambiado. Como si mi asistente siguiera a salvo, como si aquel espacio continuara siendo suyo… y mío.

Esperé.

Esperé como si todo siguiera en orden.

Como si el mundo no se hubiera alterado.

No fue hasta que regresé para ocuparme de él —de lo que ya consideraba mi adquisición— cuando comprendí la realidad.
El recinto estaba vacío.

Completamente vacío.

Y fue entonces, solo entonces, cuando mi mente empezó a reconstruir lo sucedido.

Alguno de mis compañeros se lo había llevado.

Sin más.

Sin pedirlo.

Sin explicarlo.

Sin siquiera… ocultarlo.»

«Fui en busca del responsable.

Del… ladrón.

Una palabra nueva en nuestro vocabulario.

Lo encontré sin dificultad. Estaba allí, tranquilo, como si nada hubiera ocurrido, interactuando con mi ayudante con una naturalidad que me resultó insoportable… aunque en ese instante no supe por qué.

Me acerqué.

Lo agarré del brazo.

No con la intención de detenerlo. No con un propósito claro. Simplemente… lo sujeté.

Como si mi cuerpo actuara por sí mismo.

Como si algo, ajeno a mi voluntad, hubiera comenzado a guiarme.

Y entonces ocurrió.

Sin comprenderlo, sin pensarlo, mis manos ascendieron hasta su cuello. Lo rodeé con ambas manos… y apreté.

Apreté con una fuerza que desconocía poseer.
No hubo resistencia.

No hubo sorpresa.

Mi compañero no mostró ningún signo de temor, ni de desconcierto, ni siquiera de rechazo. Permaneció inmóvil, como si aquello que estaba ocurriendo no pudiera suceder… como si no existiera en su realidad.

Hasta que dejó de existir.

Solté el cuerpo.

Y permanecí allí, observándolo.

Durante un tiempo que no sabría medir.

Mirándolo como si fuera algo ajeno a mí… como si no comprendiera qué había ocurrido, ni quién lo había provocado.

Pero lo sabía.

En algún lugar, lo sabía.

Y entonces… llegó el siguiente pensamiento.

Claro.

Preciso.

Terrible.

Si eliminaba a los demás…

si dejaba de haber otros…

entonces mi ayudante sería solo mío.

Para siempre.»

«Cuando regresé… nada era igual.

Lo que había comenzado como un hecho aislado se había extendido sin control. El odio y los instintos asesinos emergieron en todos nosotros con una violencia desconocida, como si un virus invisible se propagara por el aire, contaminando cada mente, cada gesto, cada intención.

Ya no éramos los mismos.

En muy poco tiempo, la barbarie se impuso. Aquello que habíamos considerado imposible se convirtió en la norma. La armonía desapareció, sustituida por el conflicto, la desconfianza… y la destrucción.

Habíamos retrocedido.

No solo como individuos, sino como especie.

Todo nuestro camino evolutivo, todo lo que nos definía, se desmoronó ante nuestros ojos. Caímos tan bajo que ahora podríamos compararnos con cual-

quiera de esos mundos atrasados que antes observábamos desde la distancia… creyéndonos superiores.

Y lo peor de todo…

es que fuimos nosotros mismos quienes nos llevamos hasta aquí.»

A medida que la voz se extinguía, las imágenes continuaban.

Irene contempló ciudades reducidas a escombros, estructuras colapsadas, paisajes ennegrecidos por incendios ya consumidos. Figuras similares a aquellos seres pequeños y cabezones yacían dispersas, inmóviles, víctimas de enfrentamientos entre los suyos.

No había orden.

No había propósito.

Solo restos.

Solo ruina.

Solo el eco de lo que una vez fue… una civilización perfecta.

Y en medio de todo aquello, una certeza comenzó a abrirse paso en la mente de Irene:

No habían perdido algo.

Habían aprendido algo que nunca debieron conocer.

—¿Y las estatuillas? —preguntó Irene, rompiendo el silencio.

Los pequeños seres intercambiaron miradas antes de responder.

—Muy buena pregunta… —dijeron, con un tono cargado de pesar.

Irene no apartó la vista.

—¿No eran de vital importancia para vosotros? —insistió, esta vez con un matiz más incisivo.

—Lo son —respondió el que lideraba—. Son, de hecho, una de las cosas más valiosas que poseemos. Pero, a pesar de todos nuestros esfuerzos… nadie ha conseguido obtener información que nos conduzca hasta ellas.

Hizo una breve pausa.

—Deducimos que las ha ocultado. Como un tesoro.

—¿Y dónde? —preguntó Irene, entre curiosa y escéptica.

—Eso… es lo que no sabemos.

Otra pausa.

Más densa.

—Y ahí es donde entras tú.

Irene parpadeó, incrédula.

—¿Yo?

—Como ya te explicamos —continuó—, tu forma de amar logró reeducar a tu ayudante. Creemos que ese mismo vínculo… ese mismo sentimiento… puede sanar a nuestro hermano.

Sus ojos se clavaron en ella.

—Si lo conseguimos, él nos revelará el paradero de las estatuillas.

Un leve silencio.
—Y entonces… la paz y la armonía volverán a nuestro mundo.

Irene los observó durante unos segundos.

Pensando.

Midiendo.

—Ya… —murmuró finalmente—. Pero… ¿qué gano yo con todo esto?

La pregunta quedó flotando en el aire.

No era inocente.

Era estratégica.

Y, por primera vez…

Irene estaba jugando.

Se quedaron mudos.

La pregunta de Irene no tenía encaje en su mundo. Para ellos, el reconocimiento de los demás, la satisfacción de percibir el agradecimiento de sus hermanos… había sido siempre más que suficiente. No concebían otra forma de recompensa, ni la necesidad de obtener algo a cambio.

Pero eso… pertenecía al pasado.

Ahora, todo aquello se estaba desmoronando.

Los cimientos sobre los que habían construido su existencia comenzaban a agrietarse, incapaces de sostener una realidad que ya no comprendían.

Se miraron entre ellos.

Inseguros.

Y, sin mediar palabra, volvieron a reunirse en círculo.

Comenzaron a comunicarse mediante siseos, silbidos y aquellos sonidos entrecortados que Irene ya había aprendido a identificar como su forma natural de diálogo. Esta vez, sin embargo, había algo distinto.

Más urgencia.

Más tensión.

El intercambio se volvió cada vez más intenso, casi agitado, como si cada uno defendiera una postura diferente en medio de un debate que, a todas luces, resultaba crucial.

Irene no entendía ni una sola palabra.

Pero no le hacía falta.

La intensidad de aquella discusión lo decía todo.

Aquello… era importante.

Muy importante.

El que parecía liderarlos se adelantó un paso, adoptando de nuevo ese tono firme que no admitía réplica.

—Te ofreceremos lo más preciado… y codiciado de tu mundo.

Irene alzó ligeramente las cejas, intrigada.

—Después de observaros y analizar vuestro comportamiento —continuó—, hemos llegado a una conclusión clara: todos vosotros deseáis lo mismo.

Hizo una breve pausa.

—Vivir el máximo tiempo posible.

Sus ojos no se apartaban de ella.

—Con salud… y con juventud.

Irene no pudo evitar inclinarse ligeramente hacia delante.

—¿Cómo es eso posible?

Esta vez, su interés era evidente.

—Disponemos de los avances necesarios en materia de salud para hacerlo realidad —respondieron.

El tono con el que lo dijeron era peculiar. No abiertamente arrogante… pero sí cargado de una superioridad contenida, como si hablaran con alguien que aún no estaba a su altura, aunque intentaran suavizarlo lo suficiente para no provocar rechazo.

—Podemos garantizarte ese trato.

El silencio que siguió no fue casual.

Era una oferta.

Y sabían… que era difícil de rechazar.

Irene guardó silencio durante unos segundos.

Pensativa.

Ya no era una mujer joven, aunque tampoco podía decirse que estuviera en decadencia. Aún conservaba una presencia que le resultaba suficiente… o eso había creído hasta ese instante.

Pero aquella oferta…

vivir más tiempo.

Mantener la misma apariencia.

Disfrutar de una salud inquebrantable.

La idea empezó a abrirse paso en su mente con una facilidad inquietante.

Le atraía.

Y cuanto más la consideraba, más razonable le parecía.

Lo verdaderamente revelador no fue su interés.

Fue lo que no hizo.

No se preguntó cómo.

No dudó de la capacidad de aquellos seres para cumplir lo que prometían.

No cuestionó el precio real de semejante prodigio.
Simplemente…

aceptó la posibilidad.

Y, en ese instante, sin darse cuenta,

dio el primer paso hacia algo que ya no dependía solo de ella.

Tras aceptar la propuesta, Irene apenas tuvo tiempo de reconsiderarlo.

Los pequeños seres volvieron a reunirse en círculo, iniciando otra de sus intensas discusiones, cargadas de siseos y sonidos entrecortados que ya le resultaban familiares. Esta vez, sin embargo, había algo distinto en el ambiente.

Más gravedad.

Más decisión.

Al cabo de unos instantes, el líder se adelantó de nuevo. Su tono era solemne, casi ceremonial.

—Aquí tienes… al culpable de todas nuestras desgracias.

Al terminar de hablar, señaló una sección de la pared blanca, tan perfectamente integrada que Irene no había reparado en ella. Sin emitir sonido alguno, la superficie se abrió, revelando una puerta oculta.

Y entonces…

entró.

Irene lo reconoció al instante.

El corazón le dio un vuelco.

Los demás se apartaron de forma casi instintiva, dejando un amplio espacio entre ellos y el recién llegado, como si su sola presencia resultara peligrosa.

El cautivo avanzaba con movimientos mecánicos, sin expresión, sin emoción, con esa mirada vacía que Irene ya conocía demasiado bien. Era el mismo tipo de ser… el mismo comportamiento… la misma ausencia de voluntad.

Como si fuera un autómata.

Se detuvo frente a ella.

Muy cerca.

Y, sin mediar gesto alguno, permaneció inmóvil, esperando.

Esperando órdenes.

Irene abrió los ojos, incapaz de ocultar su sorpresa.

—¡Pero si es un esclavo! —exclamó.

Y en esa afirmación…

había más verdad de la que ella misma alcanzaba a comprender.

—¿Cómo dice… qué es un esclavo? —preguntaron al unísono, visiblemente desconcertados.

Irene frunció el ceño, sorprendida.

—Un ser que carece de voluntad propia. Solo obedece las órdenes de un superior.

Su tono era casi didáctico… como si explicara algo evidente.

Los pequeños seres intercambiaron miradas.

—¿Nacen así?

—Desde luego que no —respondió Irene con naturalidad—. Se les opera. Se les elimina la voluntad.

El silencio fue inmediato.

Se miraron entre ellos.

—Nos parece… una aberración.

Irene esbozó una leve mueca.

—Están ustedes equivocados. Se vuelven útiles para la sociedad.

El líder negó lentamente.

—Ahí radica el problema. La utilidad es un concepto que escapa a nuestro entendimiento.

Aquella respuesta la desconcertó más de lo que esperaba.

—Entonces… ¿cómo se hicieron con él? —preguntó, aún sorprendida de que ellos también dispusieran de algo tan similar.

La reacción fue inmediata.

—Nos ofende su actitud —respondieron, con un matiz de dureza inusual—. Para nosotros, la palabra “esclavo” era desconocida… hasta ahora.

Señalaron al ser que permanecía inmóvil.

—Este es el individuo al que denominamos Ayudante. Lo encontramos en su planeta.

Una pausa.

—Y ha sido la chispa que ha incendiado el nuestro.

Irene lo observó con atención.

—Los esclavos no hacen daño por sí mismos —replicó, con una seguridad que rozaba la autosatisfacción—. Son como máquinas. Solo obedecen. El problema no está en ellos… sino en quienes los controlan. En quienes no saben manejarlos o les dan órdenes equivocadas.

Se hizo un breve silencio.

Los cabezones volvieron a reunirse, iniciando otra de sus intensas deliberaciones.

Mientras tanto, Irene… actuó.

Se giró hacia el ayudante.

—Levanta la mano.

El ser obedeció al instante.

—Ahora camina.
Lo hizo.

Sin titubeos. Sin preguntas.

Sin voluntad.

Irene observó la escena con una atención casi fascinada.

Y, por primera vez…

parecía sentirse cómoda.

La reunión se vio abruptamente interrumpida.

Primero fueron las explosiones.

Lejanas.

Secas.

Pero cada vez más cercanas.

A ellas se sumó una algarabía creciente de chillidos y pitidos que, conforme se aproximaban, se transformaban en un estruendo ensordecedor, imposible de ignorar.

Algo no iba bien.

La tensión se volvió palpable… y entonces ocurrió.

La puerta de acceso saltó por los aires.

La violencia del impacto fue tal que salió despedida contra la pared opuesta, arrancando fragmentos de la superficie blanca y dejando tras de sí una estela de destrucción.

Y, sin dar tiempo a reaccionar, irrumpieron.

Una oleada de pequeños seres, idénticos a los presentes… pero distintos en algo esencial.

Iban armados.

Portaban unos dispositivos alargados, tubos de apariencia metálica que emitían ráfagas de energía. Los impactos contra las paredes dejaban marcas irregulares, quemaduras oscuras que se extendían como heridas abiertas en la estructura.

El aire se llenó de luz, ruido y caos.

La guerra…

había llegado hasta ellos.

Los pequeños seres, sorprendidos y claramente superados por la situación, retrocedieron instintivamente hasta colocarse detrás de Irene… y del ayudante.

Como si ambos fueran un escudo.

Los invasores, al percatarse de la presencia del cautivo, reaccionaron de inmediato.

Cesaron el fuego.

El silencio cayó de golpe.

—¡Queremos al colaborador! —exclamó uno de ellos, con una autoridad que no dejaba margen a negociación—. ¡Y no nos iremos sin él!

Irene dio un paso al frente.

—No —replicó con firmeza—. Es un ayudante.

Aquella corrección, en mitad del caos, resultó casi absurda… pero no para ella.

—¿Y tú quién eres? —preguntaron, con un tono cargado de amenaza.

Hubo un instante de vacilación detrás de ella.

—Es… la experta en amor… —respondieron los otros, todavía temerosos.

Los invasores se miraron entre sí.

—¿Cómo que… experta?

—Sí… —añadieron, ahora con algo más de seguridad—. Esta mujer… rebosa amor por los cuatro costados.

La reacción no fue la esperada.

—¿Amor? —replicaron, ofendidos—. A nosotros nos sobra amor.

—No… —intervino el líder de los que se protegían tras Irene, recuperando algo de aplomo—. Lo hemos perdido.

—¡Mienten! —gritaron los otros, tensando de nuevo sus armas.

El ambiente volvió a cargarse.

Los pequeños seres, aún temblorosos, se replegaron de nuevo detrás de Irene y del ayudante, como si su sola presencia pudiera protegerlos.

Y entonces…

Irene habló.

—Yo puedo ayudaros —dijo, con una seguridad que no nacía de la convicción… sino de la oportunidad—. Igual que devolví a mi esclavo su humanidad…

Hizo una pausa.

Los miró a todos.

—Puedo hacer lo mismo con vosotros.

La promesa quedó suspendida en el aire.

No era altruismo.

No del todo.

Porque, en el fondo…

Irene ya había decidido qué quería a cambio.

—¿Cómo? —preguntaron los invasores, intrigados, bajando ligeramente sus armas.

Irene no dudó.

—Tengo la solución —afirmó con una seguridad que no admitía réplica—. Y os la voy a demostrar ahora mismo.

Se giró lentamente hacia el ayudante.

El ser permanecía inmóvil, dócil, esperando órdenes como siempre. No había miedo en su mirada. No había nada.

Solo espera.

—Decidme… —continuó Irene, señalándolo—. ¿Es este el causante de todos vuestros males?

Nadie respondió.

El desconcierto fue general. La pregunta parecía innecesaria, casi absurda, después de todo lo que ya habían explicado. El origen, la “chispa”, el contagio… todo estaba claro.

Pero Irene no necesitaba una respuesta.

Interpretó el silencio como confirmación.

Y actuó.

Sin vacilar.

Sus manos se cerraron alrededor del cuello del cautivo. Él no ofreció resistencia. No intentó apartarse. No comprendía.

Irene apretó.

Con firmeza.

Con decisión.

El cuerpo se desplomó a sus pies en cuestión de segundos.

Inerte.

Silencio.

Un silencio espeso, absoluto, que llenó toda la estancia.
Irene alzó la mirada.

—Muerto el perro… —dijo, con una calma que helaba la sangre—. Muerta la rabia.

Y, por primera vez desde que todo había comenzado…

quedó claro quién era, realmente, el ser más peligroso de la sala.

Curioso.

Sádico.

Pero, en apariencia… efectivo.

Los pequeños seres quedaron inmóviles, observando el cuerpo sin vida que yacía a los pies de Irene. Aquello que había sido señalado como el origen de su desgracia ya no era más que un objeto inerte, desprovisto de toda utilidad.

Un cadáver.

Nada más.

Poco a poco, casi de forma simultánea, los brazos comenzaron a descender. Las armas perdieron firmeza. Las miradas, antes cargadas de furia y desconfianza, se vaciaron de intención.

La evidencia se impuso.

Ya no había motivo para seguir luchando.

Y entonces ocurrió algo inesperado.

Como si un relámpago invisible atravesara la estancia, una oleada de arrepentimiento recorrió a todos y cada uno de ellos. Fue instantáneo. Profundo. Irrefrenable.

Las tensiones se deshicieron.

Las barreras cayeron.

Y, casi sin saber cómo, unos y otros comenzaron a acercarse, a tocarse, a abrazarse con una necesidad desesperada. Se aferraban entre sí, buscando consuelo, pidiendo perdón sin palabras, reconociéndose de nuevo como hermanos.

El conflicto… se disolvía.

Pero en medio de aquella escena de reconciliación, había algo que no encajaba del todo.

Porque la paz había llegado.

Sí.

Pero no a través del amor.

Sino de la eliminación.

Cuando salieron al exterior, el paisaje había cambiado por completo.

Como si nada de lo anterior hubiera existido.

Las ruinas, el humo, los restos de la devastación… habían desaparecido. En su lugar, se extendía un entorno sereno, casi perfecto, un paraje idílico que parecía devolver a aquel mundo su estado original, anterior a toda corrupción.

Irene se detuvo.

Atónita.

Observando cómo aquella civilización, tan avanzada y al mismo tiempo tan frágil, había sido capaz de derrumbarse… y recomponerse con una rapidez que escapaba a su comprensión.

Y, sin embargo, en su mente, la explicación era simple.

Todo había girado en torno a un único elemento.

Un solo ser.

Un esclavo.

La mujer contempló durante unos instantes cómo los pequeños seres se entregaban al reencuentro, abrazándose, riendo, recuperando aquello que habían perdido. Los dejó disfrutar de su efímera felicidad.

Pero ella…

tenía otra preocupación.

Su premio.

La impaciencia comenzó a abrirse paso, lenta pero constante.

Fue entonces cuando el líder se separó del grupo y se acercó a ella.

—Lo prometido es deuda —dijo con solemnidad.

Le indicó que lo siguiera.

Irene obedeció sin vacilar, caminando tras él con una mezcla de expectación y ansiedad. En su mente se agolpaban preguntas que no terminaban de tomar forma.

¿Cómo lo harían?

¿Cuándo?

¿Dónde le aplicarían aquella medicina milagrosa que le habían prometido?

Y, sobre todo…

qué precio real iba a tener.»

Tras un largo recorrido, el jefe la condujo hasta una entrada apenas visible en la roca.

Allí comenzaba una escalera.

Tallada a mano.

Descendía en espiral, irregular, adentrándose en las profundidades de aquel mundo con un trazado tortuoso que parecía no tener fin. Las paredes, ásperas y desnudas, contrastaban de forma casi absurda con la tecnología que Irene había visto hasta ese momento.

Aquello no encajaba.

Mientras bajaban, paso a paso, la mujer no pudo evitar reflexionar en silencio.

«Curioso…» —pensó—. «Seres tan avanzados… y, sin embargo, para llevarme al lugar donde van a administrarme ese supuesto brebaje, no utilizan ningún tipo de transporte moderno.»

Ni ascensores.

Ni plataformas.

Nada.

Solo piedra.

Y oscuridad.

La sensación que comenzó a crecer en su interior no era exactamente miedo.

Pero tampoco confianza.

Era… otra cosa.

Una incomodidad difícil de explicar.

Como si, a cada escalón que descendía, se alejara no solo de la superficie…

sino también de cualquier certeza.»

Sus dudas no tardaron en encontrar respuesta.

El descenso terminó frente a una puerta.

No era una entrada cualquiera.

Se alzaba imponente, integrada en la roca como si siempre hubiera estado allí, sin juntas visibles, sin mecanismos aparentes. Su superficie, lisa y oscura, parecía absorber la escasa luz que la rodeaba.

El pequeño ser se detuvo.

Irene también.

Durante unos segundos, no ocurrió nada.

Y entonces… comenzó.

El enano cabezón elevó ligeramente los brazos y empezó a recitar una serie de sonidos extraños, muy distintos a su forma habitual de comunicarse. Aquello no eran simples palabras.

Eran… invocaciones.

Un murmullo rítmico, casi hipnótico, que resonaba en las paredes de piedra como si estas respondieran, devolviendo el eco deformado de cada sílaba.

Irene sintió un escalofrío.

Y entonces, sin que nadie la tocara…

el portón cedió.

Se abrió lentamente, con una solemnidad inquietante, dejando al descubierto la oscuridad que aguardaba al otro lado.

El enano avanzó primero.

Sin mirar atrás.

Irene lo siguió.

Porque, en ese punto…

ya no había marcha atrás.

Al cruzar el umbral, Irene se detuvo en seco.

La estancia que se abría ante ella era descomunal.

Una sala gigantesca excavada en la roca, cuyas paredes ascendían hasta perderse en la penumbra. El silencio era absoluto, denso, como si aquel lugar estuviera aislado del resto del mundo… o incluso del tiempo.

Pero no fue la magnitud lo que la dejó sin aliento.

Fue lo que había en el centro.

Allí, ocupando una posición dominante, casi reverencial, se alzaba una estatua colosal. Su presencia imponía respeto… o algo más difícil de definir.

Irene la observó con detenimiento.
Y entonces lo comprendió.

Era idéntica.

Un reflejo perfecto, ampliado hasta lo imposible, de las pequeñas estatuillas que aquellos seres llevaban consigo.

La misma forma.

El mismo diseño.

La misma esencia.

Solo que… multiplicada.

Como si aquello no fuera un simple objeto.

Sino el origen.

El verdadero núcleo de todo.

Y, por primera vez desde que había aceptado el trato…

Irene empezó a preguntarse si realmente entendía en qué se había metido.

El pequeño ser, ahora ataviado con unas vestiduras muy distintas a las habituales —más ornamentadas, casi ceremoniales—, se acercó al centro de la sala.

A la base de la estatua.

Sin decir palabra, se arrodilló.

Inclinó la cabeza.

Y comenzó a entonar unos cánticos.

No eran los sonidos habituales que Irene ya conocía. Aquello tenía otra cadencia, más lenta, más profunda… casi hipnótica. Los salmos resonaban en la caverna, amplificados por la roca, envolviendo el espacio en una atmósfera densa, cargada de una solemnidad que rozaba lo inquietante.

Irene observaba.

Cada vez más incómoda.

Cada vez más impaciente.

«¿Pero qué demonios es esto…?» —pensó, frunciendo el ceño—. «¿No se suponía que me iban a dar un tratamiento… una medicina… algo tangible?»

El tiempo parecía alargarse.

Los cánticos no cesaban.

Y la sensación de que algo no encajaba empezaba a crecer dentro de ella.

Hasta que, por fin, terminó.

El enano cabezón se levantó con lentitud, manteniendo aún ese aire solemne, y se giró hacia Irene.

Sus ojos se clavaron en los de ella.

Y entonces habló.

—Han llegado… y están en paz.

La frase cayó en la inmensidad de la sala con una serenidad desconcertante.

Irene frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Cómo?… ¿Quiénes han llegado? —preguntó, mirando a su alrededor con incredulidad.

Giró sobre sí misma.

No había nadie.

Solo la roca.

La estatua.

Y ellos dos.

El silencio que siguió resultó aún más inquietante que las palabras.

Porque no era un vacío cualquiera.
Era un silencio… lleno.

Como si algo estuviera allí.

Invisible.

Observando.

Irene volvió a fijar la vista en el pequeño ser, ahora con una mezcla de desconfianza y creciente irritación.

—Aquí no hay nadie —añadió, con un tono más firme—. Así que… o me estás tomando el pelo, o me explicas qué está pasando.

Pero, en el fondo…

una parte de ella empezaba a sospechar que la respuesta no le iba a gustar.

—No son desdichados… ni están desaparecidos —respondió con calma, extendiendo ambos brazos en un gesto que abarcaba toda la estancia—. Habitan aquí. Entre nosotros.

Irene sintió un leve escalofrío.

—Surgen de lo oculto —continuó—. No hay lápida, por pesada que sea… ni foso, por profundo que parezca, capaz de retenerlos.

Su voz no era elevada.

Pero llenaba el espacio.

—Muchos creen que, por el hecho de reposar… ya no hay vida.

Hizo una pausa.

—Se equivocan.

El silencio volvió a imponerse, pero esta vez resultaba más denso, más cargado, como si las propias paredes guardaran memoria de aquellas palabras.

—En determinadas circunstancias… —prosiguió, bajando ligeramente el tono— se les permite manifestarse.

Sus ojos se fijaron en Irene.
—Y esta… es una de ellas.

Por primera vez desde que había comenzado todo, Irene no tuvo una respuesta inmediata.

Porque, aunque su mente buscaba una explicación lógica…

su cuerpo ya había empezado a reaccionar.

—¿Pero qué está diciendo? —replicó Irene, elevando el tono—. ¿Está usted loco? ¿Y mi remedio prometido?

Su voz ya no ocultaba la amenaza.

El pequeño ser no se inmutó.

—Calma… todo a su tiempo… —respondió con una serenidad que resultaba casi irritante, acompañando sus palabras con lentos gestos de las manos—. Ha llegado tu turno. Y ahora… recibirás lo prometido.

Irene apretó los dientes.

Algo no encajaba.

El enano desvió la mirada, como si atendiera a algo invisible, fijando sus ojos en un punto indeterminado de la pared. Permaneció así unos instantes, en silencio, como escuchando… o esperando.

Después volvió a mirarla.

Y continuó.

—Aquel que persiste en la vida más allá de su tiempo… quien se aferra a la existencia cuando su ciclo ha concluido… atenta contra su propia naturaleza.

Su voz resonó en la sala con una gravedad extraña.

—Cuando nuestro período termina, descendemos de nuevo a lo oculto. Ese es el orden. Ese es el equilibrio.

Una pausa.

—Pero cuando el ciclo se ha consumido… nadie puede retenerlos.

Irene ya no escuchaba.

O no quería escuchar.

Por dentro, todo en ella gritaba que aquello no era lo que le habían prometido. Nunca se había fiado de aquellos enanos cabezones… y ahora tenía la certeza de que algo iba mal.

Muy mal.

Dio un paso al frente.

Luego otro.

Y, con el puño en alto, avanzó hacia él, dispuesta a descargar toda su rabia sobre aquel ser tan pequeño… y, en ese instante, tan repulsivo.

—¿Pero de qué tiempo me está hablando? —rugió—. ¡¡Quiero lo mío… o se arrepentirá!!

Su voz retumbó en la caverna.

Pero no estaba sola.

Ya no.

Apenas terminó de pronunciar sus amenazas…

cuando ocurrió.

De la nada.

Sin previo aviso.

La oscuridad comenzó a tomar forma.

De entre las sombras surgió una horda de presencias, entidades negras que parecían compuestas de humo vivo. Adoptaban siluetas deformes, semejantes a arpías encapuchadas, con extremidades alargadas que se retorcían como si no obedecieran a ninguna ley natural.

Se expandieron por la sala en un instante.

Invadiéndolo todo.
Los gritos comenzaron después.

Lúgubres.

Agudos.

Un coro de lamentos que desgarraba el aire y hacía vibrar la roca misma, como si la caverna entera estuviera viva… y sufriendo.

Irene retrocedió.

Demasiado tarde.

—¡No… no! —gritó, comprendiendo al fin—. ¡Me habéis engañado!

Pero ya no había negociación posible.

Las sombras la alcanzaron.

Garras frías, irreales, se cerraron sobre su cuerpo, sujetándola con una fuerza imposible. Intentó resistirse, golpear, zafarse… pero no había contra qué luchar.

No eran cuerpos.

Eran voluntad.

La alzaron en volandas.

Y comenzaron a arrastrarla.

Hacia lo oculto.

Sus gritos se perdieron entre los de las criaturas, mezclándose en una cacofonía insoportable mientras su figura se desvanecía entre aquella masa oscura, absorbida poco a poco por un lugar que no pertenecía al mundo de los vivos.

Y entonces…

silencio.

El pequeño ser permaneció inmóvil.

Con las manos entrelazadas.
En recogimiento.

Esperó unos instantes, como si aquello formara parte de un ritual que debía completarse en calma. Y, finalmente, alzó la voz con una serenidad absoluta:

—Estimado ser inferior… ahora posees aquello que siempre anhelaste.

Una breve pausa.

—No envejecerás.

—No sufrirás.

—Y, por encima de todo… no te corromperás.

Sus ojos se cerraron lentamente.

—Eso sí…

Otra pausa.

Más larga.

—Eternamente… estarás acompañada por los ocultos.»

Capítulo 6

Irene yacía tendida sobre el suelo duro y helado de su destartalada choza, como si aquel lugar la hubiera escupido tras un combate que no recordaba haber librado. Su cuerpo apenas respondía. Los músculos, entumecidos y doloridos, parecían no pertenecerle; el hambre le retorcía el estómago con una insistencia cruel, y el dolor de cabeza, punzante y persistente, le nublaba cualquier intento de pensamiento claro. Todo ello, sumado, conformaba una carga tan pesada que le resultaba casi imposible reunir la voluntad necesaria para moverse. Aun así, lo intentó. Primero una pierna, arrastrándola con esfuerzo, luego la otra, y después, con un gesto torpe y agotado, el resto de su cuerpo. El simple hecho de incorporarse se convirtió en una hazaña. Cuando por fin logró ponerse en pie, alzó los brazos como quien corona una cumbre tras una ascensión imposible, celebrando en silencio una victoria que solo ella podía comprender.

El triunfo le duró lo justo.

Exhausta, se dejó caer sobre la vieja silla, desgastada por el tiempo, cuyos días de gloria habían quedado muy atrás, probablemente sosteniendo en otro tiempo cuerpos más cuidados y menos castigados que el suyo. El mueble crujió bajo su peso, como si protestara, pero resistió. Irene cerró los ojos unos instantes, intentando ordenar el caos que bullía en su interior. Había rezado. Mucho. Había deseado con todas sus fuerzas que aquello que la atormentaba —esa mezcla de culpa, deseo y delirio— encontrara algún tipo de resolución.

Y, de algún modo… lo había hecho.

Su mente, liberada durante aquel desvanecimiento, la había arrastrado a un viaje imposible. Un mundo poblado por enanos cabezones, civilizaciones rotas, guerras absurdas y una extraña misión en la que su amor —o lo que ella entendía por él— se convertía en la clave de todo. Recordaba fragmentos, escenas sueltas, sensaciones intensas que aún le resultaban demasiado vívidas para ser un simple sueño.

Lo había mezclado todo.

Sin orden.

Sin lógica.

Como si su imaginación hubiera funcionado como una coctelera descontrolada, agitando recuerdos, deseos y temores hasta crear una sustancia nueva, densa, inestable.

Y ese cóctel…

había estallado dentro de su cabeza.

Dejando tras de sí algo más que confusión.

Algo que, en el fondo, aún no sabía nombrar.

Al poco de recuperar algo de lucidez, Irene llevó la mano a la nuca, movida por un picor persistente que no terminaba de desaparecer. Fue un gesto automático, casi instintivo, pero lo que encontró bajo sus dedos la dejó inmóvil. Allí, oculta entre su enmarañada cabellera, distinguió una pequeña hendidura, apenas perceptible, como una cicatriz reciente o una abertura cerrada en falso. Permaneció unos segundos palpándola, incrédula, tratando de recordar si aquello estaba antes… pero sabía que no. No tenía espejo. Nunca se peinaba con cuidado. Su aspecto siempre había sido lo de menos. Y, sin embargo, esa marca… esa señal… no pertenecía a su cuerpo.

La sospecha se abrió paso con violencia.

Aquello no encajaba con la idea de un simple desvanecimiento.

Los recuerdos, que hasta ese momento había intentado encajar como una fantasía delirante, comenzaron a adquirir otra consistencia. Los enanos cabezones, la nave, la guerra, la estatua… todo aquello que su mente había tratado de relegar al terreno de la imaginación, empezó a parecerle, de pronto, demasiado preciso… demasiado coherente.

Demasiado real.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

El miedo llegó después.

Un miedo frío, profundo, que no nacía de lo que recordaba… sino de lo que no podía recordar. ¿Qué había pasado realmente durante esas horas? ¿Qué le habían hecho? ¿Qué le habían dejado?

Se levantó de golpe y se acercó al ventanuco. Afuera, el día agonizaba. Las sombras avanzaban con lentitud, devorando los últimos restos de luz como si

quisieran borrar toda evidencia de lo ocurrido. El bosque comenzaba a oscurecerse, y con él, el mundo entero parecía encogerse.

—¡¿Hay alguien?! —gritó, con una voz quebrada que se perdió entre los árboles.

Nadie respondió.

Ni un eco.

Ni un movimiento.

Nada.

La soledad la envolvió de nuevo, más densa que antes, más pesada.

Y entonces…

sin previo aviso…

ocurrió.

Un coro de voces surgió en su mente.

No venían de fuera.

No atravesaban el aire.

Nacían dentro de ella.

Eran suaves. Armónicas. Extrañamente tranquilizadoras.

Y, sin embargo…

imposibles.

—No lo recuerdas… —susurraron las voces, suaves, envolventes—, pero hace tiempo habitabas en el interior de tu madre.

Irene se quedó inmóvil.

No se atrevía a responder.

—Allí no existía la necesidad —continuaron—. No tenías que preocuparte por nada. Todo te era dado. Todo fluía hacia ti a través de ese vínculo invisible que te sostenía… el cordón que te unía a la vida.

Las palabras no solo se escuchaban.

Se sentían.

—Fueron los meses más plácidos de tu existencia. Permanecías alimentada… protegida… ajena a cualquier dolor. Ni el frío te alcanzaba… ni el calor te incomodaba. Aquel lugar… era lo más cercano a lo que vosotros llamáis el "Paraíso".

Irene tragó saliva.

El tono era reconfortante.

Demasiado.

—Pero llegó el momento.

Una leve pausa.

—El nacimiento.

Las voces se volvieron más densas, más presentes.

—Todo cambió. La luz irrumpió sin aviso. Los sonidos te golpearon. El frío te envolvió. El hambre apareció. Y, con ella… el miedo.

El silencio que siguió no era vacío.

Era… expectante.

Esperaban una reacción.

Pero Irene no dijo nada.

No podía.

Y, al no encontrar resistencia, continuaron.

—Ahora… —prosiguieron, con una calma que rozaba lo absoluto— eres el resultado de algo mayor.

Una leve presión pareció instalarse en su mente.

—Eres fruto de nuestro intelecto…

Otra pausa.

Más profunda.

—Y de nuestro amor.

Las palabras quedaron suspendidas en su conciencia.

Pero ya no sonaban como una explicación.

Sonaban…

como una verdad impuesta.

—Entonces… ¿vosotras sois mis madres? —preguntó Irene, con una mezcla de asombro y una esperanza casi infantil.

La respuesta llegó de inmediato.

—Sí, querida hija —susurraron las voces, dulces, protectoras—. Ya no tienes nada que temer. Nosotras estaremos siempre contigo. Te proporcionaremos todo lo necesario… para que nunca vuelvas a sufrir.

Una pausa.

—Como cuando habitabas en el útero.

Las palabras la envolvieron.

La calmaron.

Y, poco a poco, algo dentro de Irene comenzó a relajarse, como si una parte de ella hubiera estado esperando exactamente aquello. La idea de no tener que preocuparse por nada, de ser cuidada, protegida, sostenida… resultaba demasiado tentadora como para cuestionarla.

Sonrió.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo.

«Nada más y nada menos… que mis padres son la inteligencia y el amor» —pensó, casi con orgullo—. «¿Quién podría decir algo así?»

La satisfacción la recorrió por dentro, inflándola con una sensación nueva, una mezcla de seguridad y superioridad difícil de disimular.

Se sentía especial.

Elegida.

Y, sin embargo…

no tardó en volver a lo suyo.

Porque Irene no era Irene sin ese punto de cálculo.

Sin esa mirada interesada.

Sus pensamientos se desviaron hacia aquellos que, según recordaba, seguían enfrentándose a sus propios problemas, intentando salir airosos de una situación que ella ya había dejado atrás.

Y entonces, con una preocupación que parecía sincera… pero que no terminaba de serlo del todo, habló:

—Y… mis amigos… —dijo, con un leve titubeo—. ¿Qué va a pasar con ellos?

—Mis hombres… me esperan, madres —murmuró Irene, con la voz quebrada—. Pero es verdad… el temor me atenaza. ¿Qué habrá sido de ellos? ¿Seguirán con vida? ¡Oh, madres… qué mala he sido!

La emoción la desbordó.

Durante un instante, pareció a punto de derrumbarse. Sus ojos se humedecieron y su respiración se volvió irregular, como si el peso de sus actos, de todo lo vivido, regresara de golpe para reclamar su sitio. Las imágenes del pasado, recientes y confusas, comenzaron a tomar forma en su mente con una claridad dolorosa.

Los gritos.

La violencia.

El miedo.

Todo volvía.

Y con ello… la culpa.

Pero no duró mucho.

Las voces acudieron de inmediato, envolviéndola de nuevo, suaves, firmes, como un bálsamo que no solo calmaba… sino que dirigía.

—No te abandones —susurraron—. No es momento para lamentaciones.

El tono seguía siendo dulce.

Pero había algo más.

Una intención.

—Debes regresar.

Una leve presión en su mente.

—Tus hombres han unido sus fuerzas. Han dejado de lado sus diferencias. Ahora actúan como uno solo… para sobrevivir.

Las palabras se asentaron en su conciencia con precisión.

—Han hecho piña.

Una pausa.

—Y aún tienen una oportunidad.

El mensaje era claro.

No solo la tranquilizaban.

La empujaban.

Y, sin darse cuenta…

Irene volvía a estar en movimiento.

Cuando Irene regresó, lo hizo con el cuerpo aún tenso y la mente cargada de presagios.

Se preparó para lo peor.

En su cabeza se habían ido formando toda clase de escenas: hombres desesperados intentando huir, luchando entre ellos por sobrevivir… o, peor aún, aguardando en silencio, ocultos entre las sombras, listos para abalanzarse sobre ella en cuanto cruzara el umbral.

Nada bueno podía salir de aquello.

O eso creía.

Pero la realidad…

superó cualquier expectativa.

Antes siquiera de comprobarlo, se armó.

Tomó su hacha.

Su fiel compañera.

La empuñó con firmeza, sintiendo su peso familiar, reconfortante. Era un instrumento sencillo, pero letal. Duro como el mejor acero, equilibrado en su forma, y con un filo tan preciso que podía cercenar sin esfuerzo hasta las ramas más finas, aquellas que tantas veces había ido arrancando de los troncos como si fueran simples pieles sobrantes.

Apretó el mango.

Sus nudillos se tensaron.

Aquella herramienta no era solo defensa.

Era decisión.

Era intención.

Y, mientras avanzaba, Irene comprendió algo que antes no habría aceptado tan fácilmente:

Si alguien tenía que caer…

no sería ella.

Con sigilo, aunque sin la destreza que ella misma creía poseer, Irene se adentró en la casona.

Empujó la puerta con cautela, procurando no hacer ruido, y avanzó unos pasos, atenta a cualquier movimiento, a cualquier crujido que delatara una presencia oculta. Su respiración era contenida, medida, y el hacha permanecía firme en su mano, preparada para descargar un golpe si fuera necesario.

Pero no ocurrió nada.

Nadie salió a su encuentro.

Nadie la acechaba.

El silencio era absoluto.

Aquella ausencia resultaba casi más inquietante que la amenaza que había imaginado. Recorrió la estancia con la mirada, escrutando cada rincón, cada sombra, esperando encontrar una señal… pero no había rastro de ellos.

Habían desaparecido.

Y, aunque una parte de ella sintió un leve fastidio por aquella huida —por haber perdido el control sobre sus hombres—, en lo más profundo de su mente surgió otra sensación.

Más sutil.

Más sincera.

Alivio.

«Ya no tendré que matar a nadie más» —se dijo, casi en un susurro interior.

La idea la reconfortó más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Y entonces, como un eco suave en su conciencia, las voces regresaron.

—La felicidad no se construye sobre la destrucción… —susurraron sus madres, con esa calma envolvente que ya empezaba a resultarle familiar—. No es necesario exterminar.

Una breve pausa.

—Solo en defensa.

Las palabras se asentaron en su mente como una guía.

No como una imposición.

Y, por primera vez desde hacía mucho tiempo…

Irene no sintió la necesidad inmediata de actuar.

Solo de observar.

De esperar.

Desilusionada, pero al mismo tiempo aligerada de un peso que hasta hacía poco le oprimía el pecho, Irene se dirigió hacia la cocina. El silencio de la casa la acompañaba, casi reconfortante ahora que sabía que no tendría que enfrentarse a nadie. Al cruzar el umbral, dejó el hacha sobre la mesa con un gesto decidido, como quien se desprende de algo que ya no le es necesario. El simple hecho de soltarla le produjo una sensación extraña, mezcla de alivio y vacío.

El cansancio empezó a imponerse.

La sed, también.

Se preparó algo rápido, sin demasiada ceremonia, y comió con la ansiedad de quien ha pasado demasiado tiempo sin llevarse nada a la boca. Cada bocado la devolvía un poco más a sí misma, asentando su cuerpo tras todo lo vivido. Cuando terminó, se permitió unos instantes de quietud, apoyada en la mesa, dejando que la fatiga la envolviera.

La idea de dormir se impuso con naturalidad.

Necesitaba descansar.

Sin pensarlo más, se encaminó hacia el dormitorio, arrastrando los pies con ese agotamiento que solo aparece después de haber sobrevivido a algo demasiado grande para comprenderlo del todo.

Y entonces…

lo oyó.

Primero fueron unas risas.

Luego, unos jadeos.

Sonidos intensos, desordenados, que rompían de forma abrupta la calma que había comenzado a instalarse en la casa. Había algo en ellos que no encajaba, algo primario, casi animal, que hizo que Irene se detuviera en seco.

El corazón le dio un vuelco.

Sus hombres no estaban.

Lo sabía.

Así que aquello… solo podía significar una cosa.

Alguien había entrado.

El pensamiento la tensó al instante.

Sin hacer ruido, retrocedió sobre sus pasos, regresando a la cocina con movimientos rápidos pero contenidos. Esta vez no dudó. Tomó el machete, aferrándolo con fuerza, sintiendo cómo la adrenalina sustituía al cansancio.

Volvió hacia el dormitorio.

Más alerta.

Más peligrosa.

Se colocó junto a la puerta.

Y, con un gesto lento y calculado…

la entreabrió.

El hacha descendió silbando en el aire.

No hubo aviso.

No hubo tiempo.

El impacto fue seco.

Contundente.

La hoja se incrustó en la cabeza del Sr. Ramírez, apagando de golpe los gemidos que, apenas un instante antes, llenaban la habitación. Su grito quedó atrapado a medio camino, mezclándose con aquel último sonido que ya no era placer… sino puro horror.

Irene no se detuvo.

La sangre brotó con violencia, salpicando su rostro, sus manos, la pared más cercana, que se cubrió de pequeñas gotas oscuras como si alguien hubiera sacudido un pincel cargado de rojo. Durante un instante, su figura quedó marcada, transformada, con un aspecto casi ritual, como una guerrera cubierta de señales de combate.

El cuerpo se desplomó.

Inerte.

Sobre las sábanas.

Al otro lado, el Sr. Naranja permanecía paralizado.

Incapaz de comprender.

Sus ojos, abiertos de par en par, seguían el movimiento del hacha mientras Irene la arrancaba del cráneo con un gesto firme. El sonido, áspero, casi chirriante, le atravesó los oídos, quedándose grabado en su mente con una claridad insoportable.

No podía apartar la mirada.

Las sábanas comenzaban a teñirse.

El rojo avanzaba despacio, extendiéndose como una mancha inevitable.

Y, en medio de aquella escena absurda y terrible, su mente, presa del pánico, se aferró a un pensamiento ridículo, casi insultante.

«¿Será muy difícil quitar estas manchas…?»

La idea cruzó fugazmente.

Y desapareció.

No había tiempo.

No había espacio para nada que no fuera sobrevivir.

Porque Irene…

ya se estaba moviendo de nuevo.

Con el arma aún chorreando, levantó el machete con una determinación fría, precisa, sin rastro de duda.

Y entonces, el Sr. Naranja comprendió.

El siguiente… era él.

Su rostro, cubierto de sangre, resultaba irreconocible. Los cabellos, apelmazados y oscuros por el rojo aún fresco, le caían sobre la frente en mechones desordenados; sus ojos, encendidos, destilaban una mezcla de odio y determinación, mientras su expresión —extrañamente vacía— la despojaba de cualquier rasgo humano reconocible. No había duda posible: aquella mujer no era la misma que había entrado en la estancia. Si a eso se sumaba el murmullo insistente de sus “madres”, reclamando venganza por un amor traicionado, el desenlace parecía escrito de antemano.

Y no era un buen desenlace.

Cualquier espectador imparcial, en una hipotética casa de apuestas, habría dado por perdido al pobre Sr. Naranja sin pensárselo dos veces. Su futuro se dibujaba ante él con la negrura de una boca de lobo, amplia, inevitable, devoradora. Porque Irene no se encontraba en uno de esos arrebatos pasajeros que cualquiera podría experimentar en un momento de furia. No. Aquello iba más allá. Era algo más frío. Más profundo. Más decidido.

Conviene recordarlo: nadie está libre de cruzar ciertas líneas.

Ni de beber de aguas que juró evitar.

Pero volvamos a Irene.

Dueña ahora de aquella hacha de hoja brillante, que centelleaba bajo la escasa luz de la estancia, la alzó por encima de su cabeza con una precisión casi ceremonial. El gesto era firme, seguro, sin titubeos. No era el impulso de quien pierde el control… sino la acción de quien ya ha decidido.

El tiempo pareció detenerse.

El aire se volvió espeso.

El Sr. Naranja, inmóvil, apenas respiraba.

Y entonces…

sin previo aviso…

Irene se detuvo.

—¿Sabes qué les ocurre a los que intentan escapar de una condena a trabajos forzados? —preguntó Irene, con una calma inquietante, como si lo que acababa de suceder en la habitación no tuviera ya importancia alguna.

El Sr. Naranja la miró, aún aturdido, con el eco de los últimos estertores del Sr. Ramírez resonándole en la cabeza. Tragó saliva, intentando recomponerse, aferrándose a cualquier hilo de cordura.

—¿Los… vuelven a encerrar? —respondió, más por ganar tiempo que por convicción, dejando que su voz oscilara entre la cautela y una ingenuidad forzada.

Irene esbozó una leve sonrisa.

Una de esas sonrisas que no tranquilizan.

—Por supuesto —replicó con un tono condescendiente, casi didáctico—. No podía ser de otra manera.

Acompañó sus palabras con un gesto lento, indulgente, como si estuviera corrigiendo a un niño que acaba de dar una respuesta aceptable… pero insuficiente.

El Sr. Naranja devolvió la sonrisa.

Débil.

Calculada.

Buscando una complicidad que no existía.

Una mínima distracción.

Un descuido.

Cualquier grieta en aquella mente que ahora le parecía imprevisible.

Porque, en el fondo, lo tenía claro.

Él no estaba conversando.

Estaba esperando.

Esperando el instante exacto en el que el ratón…

pudiera escapar de la gata.

—En algunas épocas… los colgaban o los fusilaban —añadió el Sr. Naranja, con una voz que intentaba mantenerse firme—. Dependía de las circunstancias.

Lo dijo casi por inercia.

Casi por complacerla.

Porque, en el fondo, ya no sabía si hablaba para responder… o para sobrevivir.

Irene ladeó ligeramente la cabeza, observándolo con una mezcla de interés y desprecio.

—¿Y entonces quién trabajaría? —preguntó, aunque la respuesta le resultaba evidente.

El Sr. Naranja parpadeó.

Descolocado.

—No… no comprendo…

Ella suspiró, exageradamente, como quien pierde la paciencia ante una obviedad.

—Elemental, estimado amigo… —dijo, adoptando un tono casi pedagógico—. Mano de obra barata. Sumisa. Tratada como esclavos.

Se llevó las manos a la cintura, en ese gesto tan reconocible de autoridad contenida.

—¿Dónde encontrarías una ganga así?

Una pausa.

Su mirada se endureció.

—Sería un desperdicio irreparable.

Mientras hablaba, el hacha seguía moviéndose en su mano, describiendo pequeños arcos en el aire, como si tuviera vida propia, como si acompañara cada palabra con una promesa silenciosa.

—Así que se optaba por algo más inteligente…

Otra pausa.

Más lenta.

Más pesada.

—Y, desde luego… mucho más práctico.

El Sr. Naranja sintió cómo el estómago se le encogía. Dudó. Dudó si preguntar, si quedarse en silencio, si intentar huir en ese mismo instante.

Pero no tuvo elección.

Irene ya había decidido continuar.

—Les cortaban los tendones de los pies.

La frase cayó.

Fría.

Definitiva.

Sin adornos.

Y, por un instante…

todo el aire de la habitación pareció desaparecer.

—A ver… —balbuceó el Sr. Naranja, incapaz de articular algo coherente.

—Es por tu propia seguridad, amor mío —respondió Irene con una tranquilidad que resultaba aún más aterradora que cualquier grito.

—¡No! —aulló él, rompiéndose por dentro—. ¡Me portaré bien, te lo prometo! ¡No hace falta!

La súplica quedó suspendida en el aire.

Inútil.

Irene ni siquiera pareció escucharla.

—No te preocupes —continuó, casi con dulzura—. Pasará rápido. Domino muy bien el hacha. Será un corte limpio.

Aquello fue peor.

Mucho peor.

—Pero… moriré igualmente —insistió él, atropellando las palabras—. Me desangraré… y si no, una infección acabará conmigo. ¡No te servirá de nada! ¡Así no podré ayudarte!

Se aferraba a cualquier argumento.

A cualquiera.

—Además… además… —titubeó, perdido—, habíamos quedado en que solo los tendones… ¿no? ¿No era eso lo acordado?

El silencio que siguió fue breve.

Y absurdo.

Porque, en el fondo, incluso él lo sabía.

Había cruzado una línea en la que las “negociaciones” ya no tenían sentido.

Aun así…

seguía hablando.

Seguía intentando razonar.

Seguía creyendo, de alguna forma desesperada, que podía convencer a una mujer con un hacha alzada… de que no le cercenara el pie.

Y eso, quizá, era lo más trágico de todo.

—Descuida, amor mío… está todo pensado.

Irene hizo un leve gesto con la mano, indicándole que permaneciera quieto, como si aquella obediencia pudiera cambiar algo. Sin esperar respuesta, dio media vuelta y regresó a la cocina con una calma que resultaba más inquietante que cualquier arrebato de furia. Allí, frente al hogar, se tomó su tiempo. Preparó la leña, avivó las brasas y encendió un fuego firme, constante, observando con atención cómo las llamas iban ganando fuerza, como si necesitara asegurarse de que todo estaba… en su punto.

Cuando la temperatura le pareció adecuada, descolgó el atizador de hierro forjado y lo colocó directamente sobre el fuego. Permaneció de pie, contemplando cómo el metal iba cambiando de color, oscureciéndose primero, luego adquiriendo ese tono rojizo que anunciaba el calor extremo. No había prisa en sus movimientos. Cada gesto parecía medido, pensado, inevitable.

Al cabo de unos minutos, satisfecha, se protegió la mano con un guante de gruesa piel y tomó el hierro candente. El brillo incandescente iluminó fugazmente su rostro mientras giraba sobre sí misma y regresaba al dormitorio.

El Sr. Naranja, acurrucado contra la pared, intentaba desaparecer. Su cuerpo temblaba de forma visible, como si quisiera fundirse con el tabique, convertirse en parte de él, dejar de existir antes de que Irene volviera a acercarse.

Pero no había escapatoria.

Irene apoyó el hierro al rojo contra la pared, a su alcance, como quien deja una herramienta lista para usar. Después se inclinó, agarró al hombre por los tobillos y lo arrastró por el suelo con una facilidad que contrastaba con su aparente fragilidad. Él apenas opuso resistencia; el miedo ya había hecho su trabajo.

Lo colocó en posición.

Y, con un movimiento firme, apoyó la rodilla sobre sus piernas, inmovilizándolo por completo.

Entonces, acercándose lo suficiente como para que no hubiera duda de que hablaba en serio, dijo:

—¿El pie derecho… o el izquierdo, amor mío?

La pregunta cayó con una naturalidad desconcertante.

El Sr. Naranja ni siquiera reaccionó al principio. Su mente estaba demasiado ocupada intentando asimilar lo inevitable como para procesar opciones. ¿Elegir? ¿Qué importancia podía tener eso? ¿Qué diferencia real había entre perder uno u otro?

Y, sin embargo…

En medio del pánico, cuando este comenzó a descender lo justo como para dejar paso a pensamientos absurdos, una idea se abrió paso.

«¿Importa ser diestro o zurdo en algo así…?»

La reflexión, tan inútil como desesperada, le atravesó la mente durante un instante ridículo, casi ofensivo dada la situación.

Irene observó su rostro.

Aquella expresión vacía, bloqueada, incapaz de decidir, de responder… de existir siquiera.

Y sonrió.

—Ya lo tengo —exclamó, con una alegría que helaba la sangre—. El izquierdo.

Se inclinó ligeramente.

—Va a tener el honor de abandonar tu cuerpo.

La frase quedó suspendida en el aire, cargada de una ligereza que la hacía aún más cruel.

Y, por un momento…

todo pareció reducirse a ese único pie.

A ese instante.

A ese destino.

—En verdad… —balbuceó el Sr. Naranja, buscando palabras donde ya no quedaban—. Le tengo un especial cariño… al pie siniestro.

El matiz no fue casual.

Intentaba ganar tiempo.

Aunque, en el fondo, sabía que no había nada que ganar.

«¿Para qué hablo?», pensó. «Si la tengo encima… y no puedo ni moverme».

Irene lo observó, ladeando la cabeza, como si evaluara una petición legítima.

—Bueno… vale —concedió—. ¿Entonces el derecho?

El tono era el de una dependienta paciente, ofreciendo alternativas en un escaparate.

Aquello era surrealista.

—Para qué te voy a mentir… —continuó él, ya sin ningún control sobre lo que decía—, también le tengo cariño. Los dos. Los tengo desde que nací… han crecido conmigo…

Su voz se quebró.

No había argumento posible.

Solo súplica disfrazada.

La expresión de Irene cambió.

—¿Me estás tomando por tonta? —espetó, de pronto, con una furia seca—. ¡Se acabó!

Apretó más la rodilla.

—Será el izquierdo.

Y, como si no fuera suficiente, añadió con una media sonrisa torcida:

—Además… ¿de qué te quejas? Te estoy haciendo un favor. Así nunca te levantarás con el pie izquierdo.

Hizo un gesto con la mano, acompañando su propia ocurrencia.

—¿Lo pillas?

El Sr. Naranja la miró.

Ya sin recursos.

Ya sin salida.

Y entonces…

lo único que le quedó fue suplicar.

—¡No… por favor! —gritó el Sr. Naranja, deshecho—. ¡Me quedaré aquí, seré bueno! ¡Por el amor de Dios, no lo hagas!

La súplica salió atropellada, rota, sin dignidad alguna.

Irene ni se inmutó.

—No te preocupes, cariño mío —respondió con una calma casi maternal—. Será rápido… como la guillotina.

Aquellas palabras, lejos de tranquilizarlo, terminaron de quebrarlo.

El Sr. Naranja comenzó a agitarse de forma descontrolada, moviendo los pies en espasmos, sacudiendo el cuerpo como si quisiera desprenderse de la realidad misma. Sus movimientos, torpes y desesperados, apenas conseguían levantar unos centímetros su propio peso antes de caer de nuevo contra el suelo.

Era inútil.

Totalmente inútil.

La presión de Irene sobre sus piernas era firme, aplastante, como si todo su cuerpo se hubiera convertido en un ancla imposible de mover. Cada intento de liberarse solo conseguía aumentar su agotamiento, su frustración, su miedo.

La respiración se le volvió irregular.

Corta.

Entre jadeos.

Y, en medio de aquel caos, una certeza comenzó a imponerse:

No había escapatoria.

No esta vez.

Y, sin embargo…

seguía luchando.

Durante un instante, Irene retiró su peso.

Fue apenas un segundo.

El tiempo justo.

Y actuó.

Con la misma rapidez con la que partía troncos de un solo golpe, descargó el hacha con precisión, ejecutando el movimiento sin vacilación, como si lo hubiera repetido mil veces. El corte fue seco, definitivo, a la altura del tobillo.

No hubo margen.

Ni para reaccionar.

La sangre brotó de inmediato, abundante, descontrolada, extendiéndose por el suelo en una mancha creciente que avanzaba sin pedir permiso.

Pero Irene ya estaba preparada.

Se incorporó con agilidad, tomó el hierro al rojo y lo aplicó sobre el muñón sin titubeos. El contacto fue inmediato, brutal, sellando la herida mientras el calor cumplía su función. A la vez, con movimientos rápidos y seguros, ajustó un torniquete por encima de la zona, fijándolo con firmeza para contener la hemorragia.

Todo ocurrió en segundos.

Frío.

Calculado.

Eficiente.

Para el Sr. Naranja, sin embargo, el mundo se convirtió en otra cosa. El dolor, insoportable, y el olor acre que lo acompañaba, colapsaron su capacidad de resistir.

Su mente, desbordada, hizo lo único que podía.

Se apagó.

El desmayo llegó como un acto de misericordia.

Y, por fin…

dejó de sentir.

—¡Lo sé, madres! —exclamó Irene, con la voz quebrada—. Me he portado mal… pero me ha vuelto a traicionar.

Había en su tono una mezcla de culpa y necesidad, como la de una niña buscando aprobación tras haber cruzado un límite que ni ella misma terminaba de comprender.

—Sí… os escucho… —murmuró, más bajo—. Ahora más que nunca… os necesito.

Se quedó inmóvil.

Muy quieta.

Los ojos fijos en el techo, como si esperara ver algo reflejado en él. Aunque las voces nacían en su mente, la sensación era otra. Como si procedieran de todas partes. Como si la rodearan.

Como si la habitaran.

—¿Que por qué he matado a su compañero…?

La pregunta quedó suspendida.

Irene no respondió de inmediato.

Apenas unos segundos.

Los suficientes.

Para construir su propia verdad.

—Lo corrompió —dijo finalmente, con una convicción que no admitía duda—. Pervirtió a mi amor.

Su respiración se aceleró levemente.

—Estoy segura de que, si no hubiera aparecido… ahora me estaría amando a mí.

Una pausa.

Más densa.

—¿No se merece la muerte?

El silencio posterior no fue vacío.

Fue confirmación.

Sus labios se curvaron apenas.

—Gracias… —susurró—. Sabía que podía contar con vosotras.

Y en ese instante…

lo más inquietante no era lo que Irene había hecho.

Sino que ya no necesitaba que nadie se lo ordenara.

Irene se ocupaba de su huerto con una dedicación casi meticulosa, como si en cada gesto buscara ordenar algo más que la tierra que removía. El terreno, castigado por el frío persistente de la zona, apenas le ofrecía recompensa. Las hortalizas crecían débiles, cuando lo hacían, y los árboles frutales, más decorativos que útiles, rara vez llegaban a dar fruto alguno. Aun así, ella insistía.

No por necesidad.

Por capricho.

O quizá… por algo más profundo.

El cuidado del huerto la calmaba.

La obligaba a centrarse en tareas simples, repetitivas, que no exigían más que tiempo y constancia. Arrancar malas hierbas, remover la tierra, comprobar la humedad… pequeños actos que, sin darse cuenta, iban apaciguando el torbellino que había dominado su mente semanas atrás.

Y, poco a poco…

los recuerdos se fueron diluyendo.

No desaparecieron.

Pero dejaron de pesar.

Se alejaron lo suficiente como para que Irene pudiera respirar sin que cada pensamiento estuviera teñido de violencia o culpa.

Tanto fue así…

que silbaba.

Un sonido ligero, despreocupado, que contrastaba de forma casi absurda con todo lo vivido. Su figura, inclinada sobre la tierra, transmitía una serenidad engañosa, como si nada hubiera ocurrido, como si todo hubiera vuelto a su lugar.

Pero no era así.

Porque, aunque la superficie pareciera en calma…

algo, muy en el fondo,

seguía latiendo.

Su particular esclavo permanecía dentro de la casa, en una seguridad que no le pertenecía, pero que aceptaba sin cuestionar. La falta de una extremidad no parecía haber mermado su presencia; al contrario, Irene no pudo evitar percibir en él una energía distinta, una intensidad que, de algún modo, compensa-

ba aquello que había perdido. Era una sensación difícil de explicar, pero suficiente para captar su atención.

Había algo en él…

algo que antes no estaba.

Y, sin embargo, Irene no se detuvo a analizarlo.

Ni a preguntarse por qué había llegado a esa situación.

Ni a recordar el miedo que él mismo había sentido.

Ni, mucho menos, el motivo por el cual ella había tomado aquella decisión irreversible.

Nada de eso le importaba ya.

Mientras él permaneciera dócil.

Mientras respondiera.

Mientras siguiera siendo útil.

Eso era suficiente.

Así, nuestra peculiar protagonista se movía en una realidad hecha a su medida, donde las preguntas incómodas no tenían cabida y las respuestas se ajustaban siempre a su conveniencia. Irene flotaba en esa ignorancia dulce y peligrosa que a veces se confunde con la felicidad… una felicidad construida sobre silencios, sobre omisiones… y sobre una verdad que prefería no mirar de frente.

Y ahora… ¿quién ha dicho que este mundo sea perfecto?

Que no lo sea no implica que la felicidad no pueda existir. A veces aparece donde menos se espera… incluso en la mente de una loca. Porque, al fin y al cabo, la felicidad no siempre necesita lógica, ni justicia, ni equilibrio. Le basta con creerse a sí misma.

Pero claro…

siempre tiene que aparecer alguien.

Ese alguien que lo estropea todo.

El que llega sin avisar, cuando parece que, por fin, las cosas se han asentado. El que rompe el frágil equilibrio como quien pisa sin querer —o queriendo— lo único que aún se mantenía en pie.

Vamos…

que éramos pocos y parió la abuela.

Un viejo refrán que, en este caso, viene como anillo al dedo.

Porque si algo está claro…

es que la calma de Irene no iba a durar demasiado.

Estaba tan absorta en el cuidado de su huerto, tan entregada a esa rutina que la mantenía en una calma casi irreal, que no advirtió la presencia hasta que esta se detuvo prácticamente frente a ella. El sonido había estado ahí, avanzando por el camino, pero Irene, sumida en su particular estado de felicidad, no lo registró.

No hasta el último momento.

Alzó la vista.

Dejó la azada apoyada en la tierra.

Y miró.

Allí, a escasos metros, un coche de policía, limpio, brillante, con las luces de emergencia apagadas, descansaba como si siempre hubiera estado allí. La escena tenía algo de irreal, de aparición inesperada en mitad de un entorno que nada tenía que ver con aquello.

Casi…

como si se tratara de una aparición mariana.

Pero no.

De aquel vehículo no descendió ni la Virgen, ni santo alguno, ni criatura venida de otro mundo.

Bajó un guardia.

Uniformado.

Correcto.

Con ese aire de autoridad moderada que intenta resultar tranquilizador.

Cerró la puerta con suavidad y se acercó a Irene con paso firme, ensayando en el rostro una expresión amable, la de quien pretende dirigirse a una ciudadana respetable sin levantar sospechas.

Y, sin embargo…

había algo en aquella escena que no encajaba.

Algo que no pertenecía a ese lugar.

Ni a ese momento.

Ni, quizás…

a Irene.

Irene, aprovechando la distancia que aún la separaba del recién llegado, hizo lo que mejor sabía hacer en situaciones comprometidas: pensar rápido.

Muy rápido.

En apenas unos segundos, repasó mentalmente todo aquello que podía comprometerla, como si revisara una lista cuidadosamente elaborada.

«El coche del inoportuno Ramírez… bien oculto en el bosque», se dijo. «Cubierto de ramas, fuera de la vista de cualquiera que no supiera dónde buscar.»

Siguió.

«El cuerpo… enterrado a suficiente profundidad. Un par de metros, al menos. Con el tiempo que ha pasado… la tierra ya no delata nada.»

Asintió levemente para sí.

Todo en orden.

O eso creía.

«Y mi querido Sr. Naranja…»

Ahí hizo una pequeña pausa.

Pero no para dudar.

Sino para reafirmarse.

«Está donde debe estar. Quieto. Callado. Y… enamorado.»

La idea le resultó casi reconfortante.

Suficiente.

Con aquel repaso fugaz, Irene llegó a una conclusión clara: el balance jugaba a su favor. No había cabos sueltos. Nada que pudiera volverse en su contra.

Alzó la vista.

Y, en cuestión de un instante, su expresión cambió.

El gesto se suavizó.

Los labios se curvaron.

Una sonrisa amplia, ensayada, impecable… y completamente falsa, apareció en su rostro mientras se preparaba para recibir al agente de la autoridad.

Porque, al fin y al cabo…

todo estaba bajo control.

O eso creía.

El Sr. Naranja se encontraba en el comedor, acomodado en su viejo y orejudo sofá, situado estratégicamente junto al ventanal desde el que se dominaba la entrada de la finca y buena parte del huerto. Desde allí, sin necesidad de exponerse, podía observar los movimientos de Irene, medir sus tiempos, anticipar sus rutinas.

Sostenía un libro entre las manos.

Abierto.

Pero no leía.

Aquello no era más que una coartada.

Un gesto aprendido para aparentar normalidad.

Desde la amputación, su mundo había cambiado por completo. El dolor inicial había dado paso a algo más frío, más persistente: la necesidad de sobrevivir… y, si era posible, de vengarse.

Pensaba.

Constantemente.

Cada gesto, cada palabra, cada reacción de Irene era analizada con una atención casi obsesiva. No podía permitirse errores. No ahora.

De vez en cuando, alzaba la vista con disimulo, espiando a través del cristal cómo su carcelera se afanaba en el jardín, absorta en sus tareas, ajena —o eso parecía— a lo que se gestaba en el interior de la casa.

Había aprendido a comportarse.

A obedecer.

A no provocar.

Su docilidad había sido impecable.

Tanto…

que Irene había bajado la guardia.

O al menos, lo suficiente.

Pero él no se engañaba.

Podía fingir.

Podía adaptarse.

Podía incluso parecer sumiso.

Pero en su interior…

nada había cambiado.

Y si algo tenía claro…

es que aquella historia aún no había terminado.

El dolor se había convertido en una presencia constante.

No era solo la herida.

No era solo la ausencia.

Era algo más.

Una mezcla enfermiza de odio, frustración y una necesidad creciente de devolver el daño recibido. Su pierna mutilada, o mejor dicho, su pie ausente, parecía dolerle más ahora que cuando aún formaba parte de su cuerpo. El picor fantasma lo volvía loco. Era insoportable. Una sensación persistente, traicionera, que no podía aliviar de ninguna manera.

Porque no estaba.

Y, sin embargo, lo sentía.

Aquello era una tortura.

Por las noches, el suplicio se intensificaba. Se despertaba sobresaltado, envuelto en la oscuridad, con el cuerpo empapado en sudor. Entonces, casi sin darse cuenta, deslizaba la mano por el muslo, buscando… algo que ya no existía. Seguía el recorrido con los dedos hasta el punto exacto donde antes comenzaba su pie.

Y ahí se detenía.

Vacío.

La realidad volvía a imponerse.

Las lágrimas acudían sin remedio, silenciosas, contenidas, como las de un niño que ha aprendido demasiado pronto que no puede hacer ruido. Lloraba de impotencia. De rabia. De desesperación.

Pero en silencio.

Siempre en silencio.

Porque ni siquiera eso podía permitirse.

No quería que Irene supiera lo que realmente sentía.

No quería que viera lo desdichado que era.

Porque, en el fondo…

aquella sumisión que mostraba no era más que una máscara.

Y bajo ella…

el dolor seguía creciendo.

Cuando advirtió el coche de policía, algo cambió en su interior.

Fue inmediato.

Un destello.

Una posibilidad.

Un entusiasmo repentino por la vida que no había sentido desde hacía mucho tiempo. La cobardía, esa que lo había mantenido con vida hasta entonces, pareció desvanecerse por un instante, sustituida por un impulso primario, casi salvaje: sobrevivir… pero de verdad.

Ser libre.

O intentarlo.

Alzó el bastón.

Su mano temblaba.

No solo por el esfuerzo físico que ahora le suponía moverse, arrastrando aquella cojera que le acompañaba a cada paso, sino por la batalla que se libraba en su interior.

Una mitad de él quería actuar.

Romper el cristal.

Gritar.

Llamar la atención del agente.

La otra…

dudaba.

Porque no todo era horror.

Había comida.

Había calor.

Había… costumbre.

Y, aunque le repugnara admitirlo, también había una rutina que su mente había aprendido a aceptar.

El llamado síndrome de Estocolmo, mezclado con su antigua condición de sumisión, lo mantenía atrapado en una lógica retorcida: quizás, fuera de allí, no le esperara nada mejor.

Quizás…

fuera peor.

El bastón seguía en alto.

El cristal… a un golpe.

Y entonces surge la pregunta que tantos, en algún momento, nos hemos hecho:

¿Decidimos realmente lo que hacemos…

o es el destino quien decide por nosotros?

Porque, en ese instante, el Sr. Naranja actuó.

Y lo hizo sin saber muy bien por qué.

El bastón descendió.

El cristal estalló.

Y, aun mucho tiempo después…

seguiría preguntándose qué fuerza fue la que, de verdad, tomó aquella decisión por él.

La culpa empezó a abrirse paso en su interior con una fuerza inesperada.

No conocía de nada a aquel agente.

Ni su nombre.

Ni su historia.

Y, sin embargo, el remordimiento ya lo había alcanzado, como si supiera —en algún lugar profundo— que lo que acababa de poner en marcha no tenía vuelta atrás.

Aún podía verlo.

El policía acercándose a la ventana, con el gesto sorprendido, tratando de comprender qué hacía aquel hombre rompiendo los cristales desde dentro. Su mirada alternaba entre los restos del ventanal y el rostro desencajado del Sr. Naranja, que, entre balbuceos y sollozos, intentaba explicarse.

Intentaba salvarse.

Pero las palabras no le salían.

Se atropellaban.

Se perdían.

El agente no entendía nada.

Y, ante la confusión, hizo lo que le habían enseñado.

Desenfundó su arma.

Se acercó.

Con cautela.

Con decisión.

Pero cometió un error.

El peor.

Olvidó a Irene.

O, más bien, la descartó.

La dio por inofensiva.

Por una simple propietaria que había tenido la mala suerte de encontrarse con un intruso fuera de control.

Mientras tanto…

ella ya venía.

Desde el huerto.

Convertida en una fuerza imparable.

Avanzando a toda velocidad, con el hacha firmemente sujeta, los ojos fijos en su objetivo. No gritaba. No dudaba. No se detenía.

El Sr. Naranja lo vio.

Lo comprendió.

Y empezó a gesticular desesperadamente, intentando advertir al agente, señalando, moviendo los brazos, suplicando sin palabras que se girara.

Pero el policía…

seguía mirándolo a él.

Demasiado concentrado.

Demasiado seguro de su evaluación.

Demasiado tarde.

Y entonces…

llegó el primer golpe.

El golpe lo alcanzó de lleno.

En lo alto de la cabeza.

Seco.

Irreversible.

El agente apenas tuvo tiempo de reaccionar. Su cuerpo se tensó y, solo entonces, como si la realidad le llegara con retraso, se giró. En su rostro se mezclaban el dolor y la incredulidad, una expresión imposible que quedó congelada por un instante.

Llevó las manos a la cabeza.

Intentó comprender.

Intentó apartar aquello que lo atravesaba.

Sus dedos se aferraron al mango de la herramienta, tirando con desesperación, sin éxito, como si el simple gesto pudiera deshacer lo ocurrido. Pero no había vuelta atrás.

Desde fuera, la escena tenía algo de absurdo.

De casi irreal.

El hombre, girando sobre sí mismo, tambaleante, empeñado en arrancarse lo imposible, componía una imagen grotesca que contrastaba con la gravedad del momento.

Al Sr. Naranja, pese a todo, le produjo una punzada de pena.

Pero no pudo evitar verlo.

Tal cual era.

Un intento inútil.

Una danza desesperada.

Antes de que todo…

terminara de romperse.

Irene no se dio por satisfecha.

Se acercó despacio.

Sin prisa.

Observándolo.

Durante unos segundos, se quedó frente a él, con la mirada fija, como si estudiara cada reacción, cada gesto de dolor, absorbiendo aquella escena con una atención que resultaba inquietante.

—Esto… se puede mejorar —dijo finalmente, con un deje de sorna.

Y actuó.

Sin vacilar.

Sujetó el mango de la herramienta aún incrustada y tiró con decisión, obligando al agente a girar sobre sí mismo, arrastrado por aquel punto de apoyo imposible. El movimiento lo desestabilizó por completo. Su cuerpo comenzó a dar vueltas de forma torpe, descontrolada, mientras intentaba, sin éxito, recuperar el equilibrio.

El espacio a su alrededor se fue manchando.

Cada giro ampliaba el círculo.

Cada paso, cada tropiezo, trazaba una espiral irregular en el suelo, como si la escena estuviera dibujándose a sí misma con una lógica ajena a cualquier sentido.

El agente emitía sonidos entrecortados, sin forma, más cercanos al instinto que a la palabra.

Y, en medio de todo aquello…

Irene observaba.

Atenta.

Como si todavía no hubiera terminado.

El Sr. Naranja gritaba.

No ya por sí mismo.

Sino por lo que estaba presenciando.

Imploraba, suplicaba misericordia para aquel hombre que se deshacía en alaridos, con la voz rota, desgarrándose la garganta en un dolor imposible de contener. La escena lo superaba, lo desbordaba, lo arrastraba a un lugar del que no podía apartar la mirada.

La sangre brotaba sin control, marcando el suelo, salpicando los geranios que bordeaban el camino de entrada, aquellos mismos que Irene cuidaba con una devoción casi absurda. El contraste era tan violento que resultaba difícil de asimilar: la vida, el orden… y aquella irrupción brutal que lo descomponía todo.

Finalmente, Irene soltó el mango.

Se cansó.

Sin más.

La inercia hizo el resto. El cuerpo del agente perdió el equilibrio y terminó desplomándose contra el suelo, sin control, como si de pronto se hubiera desconectado de sí mismo.

Pero no terminó ahí.

Contra toda lógica, contra toda expectativa, el hombre volvió a moverse.

Se incorporó.

A duras penas.

Tambaleante.

Como un borracho que intenta mantenerse en pie en la madrugada de un sábado cualquiera, con el cuerpo traicionándole a cada paso.

Y aun así…

lo intentó.

Giró.

Buscó una dirección.

Su coche.

Su única salida.

Arrastrándose, tropezando, avanzó como pudo hacia el vehículo, aferrándose a la idea de llegar hasta él, de alcanzar la radio, de pedir ayuda… de no morir allí.

Porque, incluso en ese estado…

seguía luchando.

Irene no le dio opción.

Corrió tras él.

En apenas unos pasos lo alcanzó y, con un movimiento ágil, casi animal, se impulsó y se encaramó a sus hombros. Durante un instante, la imagen resultó grotesca, absurda, como si cabalgara sobre él.

Pero no había nada de juego en aquello.

Desde esa posición, sujetó el mango de la herramienta incrustada y tiró con fuerza, arrancándola de cuajo.

El agente lanzó un grito desgarrador.

Y cayó.

Fulminado.

Su cuerpo golpeó el suelo sin control, convulsionándose, emitiendo sonidos guturales que aún delataban un último rastro de vida. Eran espasmos desordenados, mecánicos, ajenos ya a cualquier voluntad.

Irene lo observó.

En silencio.

Con la misma expresión con la que alguien mira a un animal herido, a un gorrión caído del nido, incapaz de valerse por sí mismo. Su rostro y su ropa estaban manchados, pero en su mirada no había agitación.

Solo… contemplación.

Y entonces, sin previo aviso, se quedó completamente inmóvil.

Como si algo la hubiera detenido.

Como si escuchara.

Su expresión cambió levemente.

Ausente.

Lejana.

—Está bien, madres… —murmuró—. No sufrirá más.

No hubo duda.

No hubo vacilación.

Alzó la herramienta.

Y descargó el golpe final.

Esta vez…

definitivo.

Tras contemplar el desastre, Irene se giró de golpe.

La furia le atravesaba el rostro.

Se plantó frente al Sr. Naranja, que permanecía encogido en el suelo, temblando, con la mirada baja, esperando el siguiente golpe… o algo peor.

—¿Estarás contento? —espetó, con una mezcla de rabia y reproche—. ¡Por tu culpa he tenido que matar a este joven!

Su voz subía y bajaba, como la de una madre desbordada.

—¡No! ¡El señor no podía estarse quieto! —continuó—. ¿Tan mal te trato?

El Sr. Naranja no respondió.

No podía.

Seguía de rodillas, con la vista fija en el cuerpo inerte que yacía en aquel charco oscuro, como si toda la escena fuera responsabilidad suya.

Y, en cierto modo…

ya lo creía.

Irene lo observó.

Parecía que iba a abalanzarse sobre él, que iba a rematar lo que quedaba, pero algo cambió. Su expresión se tensó, alzó la mano como si fuera a descargar un golpe…

y se detuvo.

Otra vez.

Quedó inmóvil.

Escuchando.

Atendiendo a ese murmullo que solo ella parecía percibir.

Su rostro se relajó levemente.

No por completo.

Pero lo suficiente.

Resopló.

A regañadientes.

Como quien acepta una orden que no le gusta.

Y dio media vuelta, alejándose mientras murmuraba entre dientes, echando pestes por lo bajo.

Ya en la entrada de la casa, cuando estaba a punto de cruzar el umbral, se detuvo de pronto, como si hubiera recordado algo importante. Se giró bruscamente.

—¡Lo quiero todo limpio! —gritó—. Hazte cargo del cadáver mientras me doy una ducha.

Una pausa.

Su mirada se clavó en él.

—¿Lo has entendido?

No era una pregunta.

Era una orden.

Y, esta vez…

no había margen de error.

Mientras tanto, el afligido Sr. Naranja se entregaba a la tarea con una diligencia casi enfermiza. No había espacio para el error. Ni para el descanso. Limpiaba cada rastro de la matanza con una precisión obsesiva, borrando huellas, recogiendo restos, asegurándose de que nada delatara lo ocurrido. Cuando terminó en el interior, se ocupó del exterior. Arrastró el cuerpo, lo cargó como pudo y, con el esfuerzo añadido de su mutilación, consiguió llevarlo hasta el coche del agente.

Después…

el bosque.

Ese mismo bosque que ya guardaba secretos.

Introdujo el vehículo entre la espesura, empujándolo hasta dejarlo oculto entre la maleza, y lo cubrió con una gruesa capa de ramas, repitiendo el ritual que ya conocía demasiado bien. Cada gesto era mecánico, automático… pero por dentro, algo se iba resquebrajando.

Mientras tanto, Irene disfrutaba.

Bajo la ducha.

El agua tibia recorría su cuerpo, arrastrando la sangre, limpiando no solo la piel, sino, en su mente, también los hechos. Se recreaba en ese momento, en la sensación de pureza recuperada, como si todo lo ocurrido no hubiera sido más que un contratiempo necesario.

Casi…

un trámite.

A simple vista, todo indicaba que la historia había llegado a su fin. Dos muertos más, dos coches desaparecidos y un esclavo completamente doblegado, al borde de una decisión definitiva.

Porque, en lo más profundo de su mente, una idea comenzaba a tomar forma.

Escapar.

O terminar con todo.

Quizá lanzándose por el primer barranco que encontrara.

Porque, a veces…

la única salida que uno cree ver… es dejar de seguir.

Cuando Irene terminó de asear su cuerpo… y, en su particular lógica, también su conciencia, apareció de nuevo en escena.

De repente.

Sin aviso.

Se detuvo en mitad de la estancia, adoptando una postura rígida, casi marcial. Tiesa, erguida, como si una vara invisible la sostuviera desde la nuca hasta los talones. Sus ojos recorrieron el lugar con detenimiento, inspeccionando cada rincón, cada superficie, buscando imperfecciones.

Evaluando.

Juzgando.

El silencio acompañaba aquel momento, como si incluso la casa aguardara su veredicto.

Finalmente, hizo un leve gesto con la cabeza.

Apenas perceptible.

Pero suficiente.

Estaba satisfecha.

No solo por la limpieza.

Sino por todo.

Por la eficacia.

Por la ejecución.

Por la ausencia de errores.

En su mente, aquello no había sido una tragedia.

Había sido…

un trabajo bien hecho.

A continuación, y tras comprobar que la limpieza cumplía con sus exigencias —no solo en lo visible, sino en ese orden casi enfermizo que Irene imponía a todo lo que la rodeaba—, el Sr. Naranja se aproximó a ella con cautela. Sus movimientos eran medidos, casi sumisos, recordando más al de un animal adiestrado que al de un hombre. Se colocó a su lado con una discreción aprendida a base de golpes y silencios, esperando algo. No hacía falta decirlo: anhelaba esa mínima muestra de aprobación, ese gesto sencillo que validara su esfuerzo, como la palmadita en la espalda que, en su mente, aún asociaba a una forma retorcida de afecto por parte de su dueña.

Pero Irene no funcionaba así.

No aquel día.

Sin previo aviso, sin una palabra, cambió el gesto. Se inclinó con rapidez y, tomándolo por las piernas, lo levantó del suelo con una facilidad que desmentía su apariencia. El movimiento fue seco, decidido, casi mecánico. Antes de que el Sr. Naranja pudiera reaccionar, ya lo tenía cargado a la espalda, como si no fuera más que un fardo, un objeto más dentro de su particular mundo ordenado.

La sorpresa quedó anulada por el miedo.

Aquella demostración de fuerza, combinada con la convicción implacable que desprendía Irene, bastaron para anular cualquier intento de resistencia. El hombre no opuso lucha. No protestó. No dijo una sola palabra. Se dejó hacer, completamente sometido, comprendiendo —una vez más— que en aquel lugar, su voluntad no tenía ningún valor.

Y, mientras ella avanzaba con él a cuestas…

él solo podía preguntarse, en silencio,

qué iba a hacer ahora con él.

En su peculiar viaje, convertido en un simple bulto a las espaldas de Irene, el Sr. Naranja apenas era dueño de sus propias sensaciones. El balanceo constante, unido a la postura forzada, le provocaba un mareo persistente que le revolvía el estómago, mientras trataba inútilmente de mantener un mínimo de orientación. A ello se sumaba otro factor nada desdeñable: los efluvios corporales de su captora. Irene, fiel a su estilo de vida “naturista”, no destacaba precisamente por una higiene meticulosa, y el esfuerzo físico de cargar con él no hacía sino intensificar aquel aroma denso, casi palpable, que envolvía al desdichado como una segunda piel.

Para colmo, la posición en la que lo transportaba no era la más afortunada. Su rostro quedaba encajado en un lugar donde el aire escaseaba y la presión aumentaba por momentos, obligándole a contener la respiración más de lo deseable. Lejos de cualquier connotación placentera, la situación se convertía en una experiencia sofocante, incómoda y, en cierto modo, humillante. Cada paso de Irene era un vaivén que lo descolocaba aún más, y en más de una ocasión su cabeza impactó contra los quicios de las puertas, arrancándole chispazos de dolor que se sumaban al conjunto de desdichas.

Finalmente, atravesaron la casona y se encaminaron hacia las escaleras. El descenso fue torpe, irregular, marcado por el peso y la prisa contenida de Irene, que no parecía dispuesta a soltar su carga hasta alcanzar su destino. Bajaron hasta el sótano, ese lugar que ya de por sí inspiraba pocas esperanzas, y allí, sin ceremonias, sin advertencia alguna, lo dejó caer.

El impacto contra el suelo fue seco.

Como si realmente no fuera más que un saco de patatas.

El Sr. Naranja no dijo nada.

No se movió más de lo imprescindible.

Por si acaso.

Permaneció en silencio, rígido, contenido… más callado que una tumba, consciente de que, en aquel lugar, cualquier palabra de más podía ser la última.

Su cojera no le permitía incorporarse, y el dolor, lejos de remitir, parecía multiplicarse con cada intento fallido. No era un dolor constante, uniforme… sino algo peor. Llegaba en oleadas. Brusco. Implacable. Como si desde el muñón brotara una señal continua que le recordaba, una y otra vez, lo que había perdido. Cada movimiento, cada roce contra el suelo, reavivaba esa sensación insoportable, obligándole a arrastrarse, a restregarse contra aquel piso sucio, polvoriento y húmedo que no ofrecía ni el más mínimo consuelo.

Allí yacía.

Deforme.

Vencido.

Con una apariencia que bien podría haber encajado en la galería más grotesca de un circo de rarezas humanas, si no fuera porque aquello no tenía nada de espectáculo… ni de ficción.

El sótano no ayudaba.

Del techo, cubierto de moho y abandono, pendía una bombilla desnuda, débil, de escasos vatios, cuya luz amarillenta apenas lograba imponerse a la oscuridad. Se podía distinguir incluso el filamento vibrando en su interior, como si aquella pobre fuente de iluminación luchara por no apagarse del todo. Alumbraba lo justo, lo imprescindible, dejando amplias zonas sumidas en una penumbra densa, cargada, donde cualquier cosa podía esconderse sin ser vista.

Y lo poco que la luz alcanzaba a revelar…

no ofrecía consuelo alguno.

El Sr. Naranja permanecía en el suelo, encogido, derrotado, rodeado por un ambiente que parecía conspirar contra él. El olor era espeso, casi tangible, mezcla de humedad, encierro y abandono. El polvo flotaba en el aire, y la sensación de encierro se hacía cada vez más presente, como si las paredes se estrecharan lentamente a su alrededor.

En aquel lugar…

hasta respirar costaba.

El hedor que impregnaba el lugar resultaba insoportable. Una mezcla rancia de suciedad acumulada, restos orgánicos y abandono que le golpeó de lleno, obligándole a contener la respiración y, aun así, no pudo evitar que las arcadas le sacudieran el cuerpo. Aquello no era solo un sótano… era un lugar vivido, usado, degradado por el tiempo y por las costumbres de su dueña.

Irene, completamente ajena al efecto que aquello provocaba en él, se limitó a darle una orden seca.

Que se moviera.

Sin más.

El Sr. Naranja obedeció.

Como siempre.

A tientas, arrastrándose, apoyándose en lo que podía, avanzó torpemente sobre el suelo. En su caso, más que a cuatro patas, lo hacía a tres, adaptando su cuerpo como podía a su nueva condición. Su desplazamiento era lento, humillante, casi reptante, como el de una criatura que ha olvidado lo que es caminar erguida.

Finalmente, llegó.

Ante él apareció lo que parecía ser su nuevo espacio.

Un colchón viejo, hundido, que había visto tiempos mejores —si es que alguna vez los tuvo—, acompañado de unas pocas latas de conserva, varias botellas de agua y, no muy lejos, un orinal junto a un recipiente destinado a cubrir otras necesidades más básicas.

Todo estaba dispuesto.

Ordenado.

Preparado.

No para una estancia breve.

Sino para algo mucho más largo.

La escena hablaba por sí sola.

No hacía falta que Irene dijera nada.

El mensaje era claro:

Aquel lugar…

iba a ser su mundo durante una buena temporada.

—No te quejes, amor mío… —dijo Irene, esbozando una sonrisa cargada de recuerdos—. En este colchón perdí la virginidad.

Su mirada se perdió por un instante, como si realmente viajara al pasado.

—Era tan torpe que ni me enteré… —continuó, con una mezcla de burla y nostalgia—. Y él… tan rápido… que apenas rozarme ya había terminado.

Soltó una breve risa, negando con la cabeza.

—A día de hoy todavía me pregunto cómo ocurrió exactamente… si fue cosa suya… o si fui yo la que, al no quedarse satisfecha, terminó resolviéndolo por su cuenta.

La ocurrencia le arrancó una carcajada sonora, desproporcionada para el ambiente en el que se encontraban, que retumbó en las paredes húmedas del sótano.

Pero, de pronto…

se detuvo.

Como si algo la atravesara.

Una sacudida invisible recorrió su cuerpo y la dejó inmóvil, rígida, con la mirada fija en un punto indefinido. Alzó una mano, indicándole al Sr. Naranja —que permanecía en silencio absoluto— que no la interrumpiera.

Estaba escuchando.

Atenta.

Concentrada en esa voz interior que solo ella podía percibir.

Y, tras unos segundos, con un tono distinto, más grave, más ausente… concluyó:

—No os preocupéis, madres… acudiré pronto —murmuró Irene, con una docilidad casi reverencial—. Tan rápido como deje a mi amado a salvo.

Después, como si cambiara de plano, se giró hacia el Sr. Naranja.

—Mis mamás me reclaman —dijo con naturalidad—. Te dejo provisiones para una temporada. No hagas ninguna tontería… puede que busquen al policía, no lo dudo. Pero tú… —añadió, señalando el entorno— te quedarás aquí encerrado. Es por tu propio bien, amor mío.

No hubo réplica.

No hubo margen.

Sin añadir nada más, le lanzó un beso al aire, ligero, casi despreocupado, y dio media vuelta, dejándolo allí, con dos palmos de narices y el peso de la situación cayendo sobre él como una losa.

Sus pasos resonaron en el sótano.

Luego en la casa.

Después… el silencio.

Hasta que, desde la lejanía, llegó el sonido de la portezuela del coche al cerrarse. El motor arrancó, las ruedas crujieron sobre la gravilla y, poco a poco, el ruido se fue desvaneciendo, alejándose hasta desaparecer por completo.

Y entonces…

sí.

Se hizo evidente.

Se había marchado.

Lo había dejado solo.

Más solo que nunca.

“Temporalmente”, había dicho.

Pero esa palabra no ofrecía consuelo alguno.

Al contrario.

Se clavó en su mente.

«¿Cuánto durará esta vez…?» —se preguntó, mientras una sensación incómoda comenzaba a crecer en su interior, subiendo desde el vientre, apretando, amenazando con desbordarlo no solo por el miedo… sino por todo lo que llevaba acumulado.

Porque, en aquel lugar…

el tiempo no pasaba.

Pesaba.

Capítulo 7

Conforme aumentaba la porquería que él mismo generaba y, al mismo tiempo, disminuían de forma alarmante las provisiones que Irene le había dejado, el pánico fue apoderándose poco a poco de un cada vez más delgado y demacrado Sr. Naranja. Al principio trató de mantener la calma, de organizarse, de racionar con cierta lógica lo poco que tenía, pero el paso de los días —o lo que él creía que eran días, pues en aquel lugar el tiempo había perdido toda referencia— fue erosionando su capacidad de pensar con claridad. La suciedad se acumulaba sin remedio, el aire se volvía más denso, más irrespirable, y la sensación de encierro se transformó en algo físico, palpable, como si las paredes se acercaran lentamente para aplastarlo.

Desesperado, comenzó a explorar cada rincón del maldito sótano con una obsesión casi enfermiza. Se arrastraba, inspeccionaba, palpaba las superficies con manos temblorosas, buscando cualquier irregularidad, cualquier grieta, cualquier punto débil que pudiera ofrecerle una mínima esperanza. En su mente desfilaban escenas de películas y novelas de evasión: presos que, con herramientas improvisadas, lograban abrir túneles imposibles, desgastando muros durante años hasta alcanzar la libertad. Él, sin embargo, no disponía ni de tiempo, ni de medios, ni —cada vez más evidente— de la fuerza necesaria para intentarlo.

Probó con todo lo que tenía a mano.

Nada.

Ni una sola abertura.

Ni una pared debilitada.

Ni un resquicio por el que colarse.

Irene no había dejado nada al azar.

Había elegido aquel lugar con una frialdad meticulosa, casi enfermiza, asegurándose de que no existiera el más mínimo instrumento que pudiera ser utilizado en su contra. Cada rincón había sido revisado, cada superficie limpiada con un esmero que ahora adquiría un significado aterrador. No era simple pulcritud. Era prevención. Era control absoluto.

Había barrido el sótano de cabo a rabo, concienzudamente, hasta dejarlo más limpio que una patena… antes de convertirlo en una jaula perfecta.

Y ahora, en esa jaula…

el único elemento fuera de control…

era el propio Sr. Naranja.

El Sr. Naranja se estaba volviendo loco, lenta pero inexorablemente, como si cada segundo que pasaba fuese una gota más horadando la piedra de su cordura. La semioscuridad del sótano contribuía a esa sensación de desmoronamiento interior: una bombilla sucia, cubierta por una pátina de polvo y abandono, pendía del techo como un ahorcado resignado, emitiendo una luz mortecina que apenas alcanzaba para distinguir los contornos y evitar que se partiera la crisma en algún tropiezo fatal. Pero no era solo la penumbra lo que lo devoraba, sino el tiempo, ese monstruo informe y voraz compuesto por una interminable sucesión de instantes, que en su caso parecían haberse coagulado en una única muesca inmóvil. Allí estaba él, encajado en esa grieta como un trofeo grotesco en la vitrina del diablo, condenado a contemplar su propia degradación. Todo, desde el aire viciado hasta el silencio espeso que parecía respirar a su alrededor, conspiraba para conferir al sótano un ambiente siniestro, opresivo, casi vivo, como si aquel lugar no fuera un simple espacio, sino una entidad que lo observaba y aguardaba pacientemente a que terminara de quebrarse.

Menos mal que unos ruidos furtivos, casi imperceptibles al principio pero cada vez más insistentes, comenzaron a filtrarse entre la densidad de sus pensamientos, sacándolo a rastras de aquel abismo interior en el que estaba a punto de perderse por completo. Eran las ratas, viejas habitantes de aquel inframundo olvidado, que acudían con puntualidad macabra al reclamo del olor rancio de los pocos alimentos que aún le quedaban, como si obedecieran a un pacto tácito con la miseria. El leve rascar de sus uñas contra el suelo, los pequeños chillidos contenidos y el siseo de sus cuerpos deslizándose entre los rincones, componían una sinfonía inquietante que se adhería a sus nervios con una precisión casi quirúrgica, obligándole a permanecer alerta, incapaz de abandonarse del todo a la locura.

La luz mortecina de la bombilla, temblorosa y caprichosa, jugaba con las sombras proyectadas en las paredes, estirándolas hasta deformarlas en figuras grotescas que desafiaban toda proporción lógica, de modo que aquellas criaturas diminutas adquirían, a sus ojos fatigados, una presencia desmesurada, casi monstruosa. No eran ya simples roedores, sino espectros alargados que parecían multiplicarse y acecharlo desde cada ángulo, como si el sótano mismo conspirara para hacerle creer que estaba rodeado por algo mucho más terrible

que un puñado de animales hambrientos. Y en esa confusión de luces y sombras, de realidad y sugestión, el Sr. Naranja no podía evitar preguntarse, con un escalofrío que le recorría la espalda, si lo que veía era aún producto del mundo exterior o si, por el contrario, su mente había comenzado a fabricar sus propios demonios.

El desgraciado, vencido por una mezcla nauseabunda de asco y terror que le atenazaba hasta el último músculo, permanecía acurrucado contra la pared, cuya humedad viscosa y frío penetrante se filtraban a través de su ropa como si quisieran reclamarlo también para aquel reino subterráneo. Encogido sobre sí mismo, en una postura casi fetal, intentaba en vano levantar una barrera invisible entre su cuerpo y los roedores que, aunque no le prestaban atención directa, le resultaban insoportablemente cercanos, como una amenaza latente que en cualquier instante podría materializarse. Su respiración, entrecortada y cautelosa, parecía acompasarse con los movimientos erráticos de aquellas criaturas, mientras sus ojos, abiertos en exceso, vigilaban cada sombra como si de ello dependiera su supervivencia.

Sin embargo, en medio de ese estado de alerta constante, una idea, fría y pragmática, lograba abrirse paso entre el caos de su mente: por ahora, él no era el objetivo. Mientras quedaran restos de comida que excitaran el instinto de las ratas, mientras el olor de esos escasos víveres siguiera dominando el aire enrarecido del sótano, su propia carne quedaba relegada a un segundo plano en la jerarquía de intereses de aquellos pequeños carroñeros. Era un consuelo miserable, casi humillante, saberse protegido únicamente por la existencia de algo aún más apetecible que su propio cuerpo, pero en su situación, cualquier aplazamiento del peligro, por insignificante que fuera, adquiría el valor de una tregua precaria, un respiro que, aunque efímero, le permitía aferrarse a la esperanza de seguir siendo, al menos por un tiempo más, algo distinto de un simple trozo de carne en la oscuridad.

«¿Era de noche, era de día, qué hora era?» Aquellas preguntas, repetidas en bucle como un eco sin origen ni destino, no hacían sino aumentar su desconcierto hasta convertirlo en una desorientación casi absoluta, una pérdida progresiva de cualquier referencia que lo anclara al mundo exterior. El tiempo, despojado de sus señales más elementales, había dejado de ser una sucesión comprensible para convertirse en una masa informe, viscosa, en la que los instantes se confundían unos con otros sin posibilidad de distinguirlos. Intentaba recordar la última vez que había visto la luz natural, la última ocasión en que el día y la noche se diferenciaban con claridad, pero esos recuerdos comenzaban a difuminarse, como si pertenecieran a otra vida, a otro hombre que ya no era él.

Ni un atisbo de claridad lograba filtrarse por aquel encierro hermético; no había rendijas, ni grietas, ni siquiera una ventana mal cerrada que permitiera al exterior infiltrarse aunque fuera de manera tímida. De hecho, no existía nada parecido a una apertura: el sótano era un espacio sellado, concebido casi con la intención de aislar no solo los cuerpos, sino también el paso del tiempo y cualquier vestigio de realidad. En esa clausura absoluta, el silencio y la penumbra adquirían una densidad opresiva, reforzando la sensación de que aquel lugar estaba deliberadamente separado del mundo, más incomunicado que un búnker en plena Guerra Fría, donde ni siquiera la certeza de un reloj invisible podía ofrecerle consuelo. Allí abajo, el tiempo no transcurría: se estancaba, se pudría, y con él, poco a poco, también lo hacía la mente del Sr. Naranja.

Puede que, en otras circunstancias, un hombre en su estado hubiera vivido obsesionado con la amenaza constante de las ratas, pero en aquel encierro prolongado habían terminado por convertirse en algo inquietantemente cercano, casi familiar, como vecinos indeseados con los que uno acaba compartiendo rutina. Ya no reaccionaba con el mismo sobresalto ante sus carreras imprevisibles ni ante el leve mordisqueo de sus escasas provisiones; había normalizado su presencia hasta el punto de que, en ciertos momentos de lucidez difusa, llegaba a percibirlas como una forma rudimentaria de compañía. Y es que la soledad, cuando se prolonga más allá de lo soportable, se comporta como un cáncer silencioso que va carcomiendo la mente desde dentro, extendiéndose sin prisa pero sin pausa, devorando los pensamientos ordenados y sustituyéndolos por una maraña de ideas cada vez más oscuras. Si a ese aislamiento absoluto se le añadía, además, el peso asfixiante de la culpa, el resultado no podía ser otro que una tormenta interior donde la razón comenzaba a resquebrajarse.

En ese terreno abonado por la angustia y el remordimiento, las alucinaciones no tardaron en encontrar su lugar, creciendo con una fuerza perturbadora hasta adquirir una consistencia casi tangible. El Sr. Naranja se veía entonces atrapado en escenas que su propia mente construía con una precisión cruel, donde el pasado regresaba deformado pero reconocible, obligándolo a revivir una y otra vez aquello que más deseaba enterrar. La figura del agente al que había matado emergía de la oscuridad como una aparición obstinada, arrastrándose por el suelo polvoriento con un esfuerzo agónico, dejando tras de sí un rastro invisible pero insoportable para la conciencia. No decía nada nuevo, no hacía falta: bastaba con su presencia y con la repetición incansable de aquel error fatal, de aquella metedura de pata que lo había llevado a cabrear a la loca, para que la culpa se clavara aún más hondo. Y en ese bucle enfermizo, entre la realidad y el delirio, el Sr. Naranja se debatía sin descanso, incapaz de distinguir si aquello era un castigo merecido o la antesala definitiva de su derrumbe.

Su tormento comenzaba siempre del mismo modo, como si obedeciera a un ritual macabro que su propia mente se empeñaba en repetir sin descanso: primero, aquellos gorgoteos ahogados, húmedos y viscosos, nacidos de una garganta que parecía anegarse en su propia sangre, emergían desde algún rincón invisible de la estancia. No eran sonidos nítidos, sino una mezcla repugnante de burbujeos y respiraciones rotas que, poco a poco, se transformaban en algo más, como si un conjuro oscuro estuviera tomando forma en las entrañas mismas de aquella siniestra bóveda. A esos ruidos primigenios se sumaban después los lamentos, los suspiros cargados de dolor y, finalmente, los insultos, susurrados o escupidos con una rabia que parecía atravesar la oscuridad para clavarse directamente en su conciencia. Todo ello, envuelto en un hedor denso y dulzón a carne corrompida, convertía el aire en algo casi tangible, difícil de respirar, mientras las penumbras, cómplices de aquella pesadilla, deformaban la percepción del desgraciado hasta hacerlo dudar de sus propios sentidos.

A medida que la presencia se acercaba —o al menos así lo percibía él—, sus ojos se abrían desmesuradamente, como si quisieran anticiparse al horror devorando cada detalle que su mente, traicionera, le ofrecía con una claridad insoportable. No podía apartar la mirada, no podía cerrarlos; estaba condenado a contemplar aquello que, quizá, no existía fuera de su cabeza pero que, sin embargo, se imponía con la fuerza de lo real. Y cuando aquella piltrafa, arrastrándose con una determinación imposible, lograba alcanzarlo, el castigo adquiría una dimensión física: una sensación atroz, invasiva, como si miles de diminutas patas recorrieran su rostro, su cuero cabelludo, introduciéndose en cada rincón de su piel. Presa de un pánico absoluto, comenzaba a sacudirse con violencia, lanzando manotazos desesperados al aire en un intento inútil por desprenderse de aquellos bichos imaginarios que, para él, eran tan reales como el propio dolor.

Finalmente, incapaz de sostener por más tiempo esa tensión insoportable, su mente activaba un mecanismo de defensa primitivo y misericordioso: el desmayo. Caía entonces en una especie de inconsciencia convulsa, un sueño irregular y agitado que no le ofrecía verdadero descanso, pero sí una tregua momentánea, una vía de escape precaria de aquella realidad deformada que lo acosaba sin piedad. Sin embargo, incluso en ese estado, nada era del todo apacible; su refugio no era más que otro nivel del mismo infierno, un paréntesis frágil que, tarde o temprano, se rompería para devolverlo, una vez más, al corazón de su propia pesadilla.

En el momento en que despertaba, siempre con ese sobresalto torpe de quien regresa de un lugar del que preferiría no haber salido, la triste bombilla amarillenta volvía a imponer su presencia, constante y enfermiza, iluminando apenas lo suficiente como para revelar la misma escena de siempre. Nunca se apagaba, como si su función no fuera alumbrar, sino vigilar, exponer sin des-

canso la figura de un Sr. Naranja cada vez más abatido, más consumido por una resignación que empezaba a sustituir al miedo. Su cuerpo, entumecido y sucio, apenas encontraba ya fuerzas para cambiar de postura, y su mirada, perdida en algún punto indeterminado de aquel sótano, parecía haberse rendido a la evidencia de su abandono. Aun así, en lo más profundo de su agotamiento, persistía una esperanza débil, casi vergonzante: la posibilidad de que algún agente, inquieto por la ausencia de su compañero, siguiera el rastro correcto y terminara dando con él. Pero el tiempo, ese enemigo silencioso, continuaba avanzando sin traer consigo ninguna señal de rescate, alimentando la sospecha de que, o bien nadie lo buscaba, o lo hacían en el lugar equivocado.

En su desesperación, llegó incluso a intentar lo imposible, como si la lógica hubiera dejado de regir sus pensamientos: trató de proyectar, con la intensidad de su angustia, una especie de llamada mental, un grito silencioso dirigido a aquellos hipotéticos salvadores que, en su imaginación, podrían percibirlo. Era un acto inútil, casi infantil, nacido más de la necesidad que de la razón, porque en el fondo sabía —o al menos una parte de él lo intuía— que las cosas no suceden porque sí, que todo responde a causas concretas, a decisiones y circunstancias que rara vez se alinean con los deseos desesperados de un hombre atrapado. Aquella situación, por cruel que resultara, exigía algo más que voluntad o pensamiento: requería una motivación real por parte de quienes debían encontrarlo, una cadena de hechos que condujera hasta él.

Y si uno se detenía a considerar la forma de proceder del oficial asesinado, su carácter, sus métodos y quizá sus silencios, no resultaba descabellado sospechar que en esa misma forma de actuar se escondía la clave de la tardanza, la razón por la cual nadie había llegado aún a aquel sótano olvidado. Tal vez había cabos sueltos, decisiones mal tomadas o secretos que ahora jugaban en contra de cualquier intento de rescate. Pero todo eso quedaba fuera del alcance del Sr. Naranja, ajeno a esas posibles explicaciones, reducido a la condición de un esclavo de su encierro, condenado no solo a sufrir las consecuencias, sino a ignorar por completo las causas que lo mantenían atrapado en aquel interminable purgatorio.

«¿Era dado a proceder según le venía en gana, obedeciendo más a impulsos que a órdenes? ¿Comunicaba siempre su última posición o, por el contrario, jugaba a desaparecer como si el misterio formara parte de su método? ¿Era de esos agentes que gustaban de frecuentar locales de alterne, diluyendo la línea entre lo profesional y lo personal hasta volverla irreconocible? ¿Se dejaba corromper, aunque fuera en pequeños detalles, en esas concesiones que uno se hace creyendo que no tienen importancia? ¿O, quizá, lo que realmente le movía era una ambición desmedida, un deseo casi enfermizo de acaparar toda la fama, actuando continuamente por libre, convencido de que nadie podía igualar su instinto?»

Todas aquellas preguntas, encadenadas sin descanso en la mente del Sr. Naranja, no buscaban ya una respuesta concreta, sino que funcionaban como un intento desesperado de dar sentido al caos en el que se encontraba atrapado. Cada posibilidad abría una nueva grieta en su percepción de lo ocurrido, una explicación potencial que, lejos de tranquilizarlo, añadía más incertidumbre a su encierro. Porque si el agente había actuado siempre por su cuenta, si había ocultado información o se había movido en terrenos ambiguos, entonces su desaparición —y, por extensión, la suya propia— dejaba de ser un simple accidente para convertirse en la consecuencia lógica de una cadena de decisiones erráticas.

Y en esa maraña de conjeturas, el Sr. Naranja no podía evitar sentirse aún más solo, como si la figura del agente, lejos de acercarle a una posible salvación, se desdibujara hasta convertirse en otro enigma irresoluble. Porque entender al muerto tal vez habría sido la clave para que los vivos llegaran hasta él… pero allí abajo, sin respuestas y sin voz, lo único que le quedaba era seguir preguntándose, una y otra vez, hasta que incluso las preguntas empezaran a perder su significado.

El desgraciado se martirizaba con todas aquellas preguntas, dejándose arrastrar por las respuestas más sombrías que su mente, cada vez menos fiable, era capaz de fabricar, como si necesitara castigarse encontrando siempre la peor de las explicaciones posibles. Cada duda se convertía en una certeza torcida, y cada certeza en un nuevo motivo para hundirse un poco más en la desesperación, convencido de que, allá arriba, todo había salido mal y que su destino estaba sellado por una cadena de errores irreparables. Sin embargo, la realidad, caprichosa y ajena a su sufrimiento, seguía su propio curso con una lógica mucho más fría y prosaica, una lógica en la que la tragedia personal rara vez ocupa un lugar prioritario.

Porque, aunque él lo ignorara por completo, sí lo estaban buscando, o al menos lo habían estado haciendo con cierta intensidad en su momento; pero la fortuna —si es que podía llamarse así— no jugaba precisamente a su favor, sino más bien al de Irene. El problema no residía en la falta de interés o en el olvido absoluto, sino en algo mucho más mundano y, por ello, más cruel: el dinero. El coste en horas extras de la policía local se había consumido hacía ya tiempo en la búsqueda del Sr. Ramírez y su valiosa mercancía, una investigación que había acaparado recursos, esfuerzos y prioridades, relegando otros asuntos a un segundo plano incómodo pero inevitable. Así, poco a poco, la urgencia de encontrar al Sr. Naranja se fue diluyendo entre informes, decisiones administrativas y la fría gestión de los recursos disponibles.

Finalmente, con el año acercándose a su fin y las cuentas bajo la lupa de quienes debían cuadrarlas, las autoridades tomaron una decisión que, desde el

despacho, resultaba perfectamente razonable: suspender temporalmente las búsquedas y reanudarlas más adelante, cuando el nuevo presupuesto del período venidero permitiera afrontar de nuevo el gasto sin comprometer otras partidas. Era una resolución lógica, casi rutinaria en el engranaje burocrático, pero que, trasladada a la realidad de aquel sótano oscuro y olvidado, adquiría un tinte cruelmente irónico. Porque mientras los números se ajustaban y los calendarios avanzaban con orden y previsión, el tiempo del Sr. Naranja no entendía de ejercicios contables, y cada día de espera no era un simple trámite administrativo, sino un paso más hacia un desenlace que, de prolongarse demasiado, podría hacer innecesaria cualquier futura búsqueda.

Al concluir buena parte de las fiestas navideñas y con los presupuestos ya renovados, las búsquedas de los desaparecidos se reanudaron con una energía contenida, más por obligación que por verdadera urgencia, como si se tratara de una tarea pendiente que convenía resolver antes de que volviera a enquistarse en los archivos. En ese contexto, una pareja de agentes, hombre y mujer, fue asignada a peinar la zona que, sin saberlo con certeza, los conducía directamente hacia los dominios de Irene, ese territorio aparentemente anodino que ocultaba bajo su superficie una verdad mucho más turbia. Al llegar, fue la propia Irene quien salió a recibirlos, mostrándose colaboradora, tranquila, incluso ligeramente sorprendida, interpretando su papel con una naturalidad inquietante que no dejaba resquicio a la sospecha inmediata.

No, no se había marchado en ningún momento; al menos, no de forma que pudiera ser fácilmente rastreada. Tras aquel desplazamiento inicial, breve pero calculado, había conducido su vehículo durante un par de kilómetros hasta un cobertizo abandonado, donde lo dejó oculto con la precisión de quien sabe que cada detalle cuenta. Después, desandando el camino a pie, regresó a su casa, borrando así cualquier rastro evidente de movimiento, recomponiendo la escena como si nada hubiera ocurrido. Desde entonces, había retomado una vida en apariencia normal, midiendo cada gesto, cada sonido, cada desplazamiento dentro de la vivienda, con una cautela casi obsesiva destinada a no levantar la más mínima sospecha en el Sr. Naranja, cuya percepción del mundo ya estaba lo suficientemente distorsionada como para no cuestionar el silencio que lo rodeaba.

El sótano, pieza clave de aquel engaño, estaba sólidamente construido, con gruesas paredes que aislaban no solo el sonido, sino también cualquier indicio de presencia exterior, y un techo diseñado con una cámara intermedia que creaba un espacio muerto entre la planta baja y el primer piso. Gracias a esa estructura, bastaba con calzar un calzado silencioso y moverse con la parsimonia de quien pisa terreno sagrado para que cualquier actividad en la casa pasara completamente desapercibida. Irene, disciplinada y meticulosa, supo aprovechar esas condiciones al límite, convirtiendo su hogar en un escenario perfecta-

mente controlado donde la normalidad era, en realidad, una representación cuidadosamente sostenida.

Sus madres, figuras de influencia silenciosa pero determinante, habían sido claras en sus consejos, dejando entrever una frialdad que rayaba en lo perturbador: matar a su amado no era la opción más conveniente, al menos no en ese momento. Mejor resultaba mantenerlo apartado, sometido a una especie de cautiverio temporal que, con el paso del tiempo, pudiera servirle de lección. Una temporada a la sombra —así lo habían planteado— le vendría más que bien, templaría sus impulsos y, sobre todo, le haría pensarse dos veces cualquier intento futuro de llamar la atención de las autoridades. Y así, bajo esa lógica retorcida, Irene no solo ejecutaba un plan, sino que prolongaba deliberadamente el sufrimiento de su prisionero, convencida de que estaba actuando con una mezcla de prudencia y propósito que, en su mente, tenía todo el sentido del mundo.

Como los vio venir, decidió adelantarse, tomando la iniciativa con esa frialdad calculada que tan bien sabía sostener cuando la situación lo requería. Salió de la casona cerrando la puerta a su espalda con un gesto medido, y con paso firme, ni demasiado rápido ni excesivamente pausado, se dirigió hacia la pareja que acababa de detener su vehículo a una distancia prudencial de la entrada. No les dio margen para tomar la palabra primero; antes de que cualquiera de los dos pudiera siquiera carraspear, Irene se adelantó con un saludo correcto, perfectamente dosificado:

—Muy buenos días tengan ustedes.

Su voz no sonó forzada, pero tampoco quiso cargarla de una cordialidad que no le correspondía; su reputación de mujer huraña jugaba, en ese momento, a su favor, y no convenía romper de golpe con esa imagen para transformarse en alguien excesivamente amable. La coherencia, incluso en los detalles más nimios, formaba parte de su defensa. Los agentes respondieron al unísono, con una educación mecánica, carente de matices:

—Muy buenos días.

No había en su tono nada que delatara sospecha, ninguna inflexión que hiciera saltar alarmas inmediatas. Se comportaban con la tranquilidad de quien cumple con un trámite más, una visita rutinaria dentro de una jornada que probablemente estaría llena de ellas. Aun así, Irene no bajó la guardia; sabía que, en ocasiones, la normalidad era la máscara más eficaz.

—¿A qué se debe esta visita? —dejó caer entonces, sin tensión aparente, formulando la pregunta como quien no le concede demasiada importancia, pero lo suficiente como para justificarla.

—Nada significativo, señora, una comprobación rutinaria —respondió la agente, que ya había acortado la distancia hasta situarse frente a ella, tomando claramente la iniciativa en la interacción, mientras su compañero permanecía un par de pasos por detrás, en una posición que no parecía casual.

Aquel detalle, aparentemente menor, no pasó desapercibido para Irene. Podía tratarse de un simple protocolo —que fuera la mujer quien tratara con otra mujer— o quizá de una jerarquía tácita dentro de la pareja, donde era ella quien realmente llevaba el peso de la situación. Fuera cual fuese la razón, aquella disposición le resultó incómoda, imprecisa, difícil de encajar en un patrón claro, y eso no le gustó en absoluto. Irene desconfiaba de su propio género con una lucidez casi instintiva; las consideraba más observadoras, más sutiles, más proclives a detectar fisuras donde otros solo veían superficies lisas. Y en un juego como aquel, donde cada gesto podía delatar más de lo que pretendía ocultar, enfrentarse a una mente afilada era, sin duda, un riesgo añadido que no estaba dispuesta a subestimar.

—Usted dirá —respondió Irene sin apartar la mirada del varón, como si al fijarse en él pudiera arrastrarlo, aunque fuera levemente, hacia la conversación y romper así el control que su compañera parecía ejercer sobre la situación. Sin embargo, el agente, imperturbable, con el rostro inexpresivo de quien ha aprendido a no revelar nada, permaneció en su segundo plano, ajeno —o fingiendo estarlo— a cualquier intento de implicación. La fémina, perfectamente consciente de la maniobra, reaccionó con rapidez sutil pero eficaz, desplazándose lo justo para interponerse en la línea de visión de Irene, eclipsando por completo a su compañero y obligándola, sin alternativa posible, a centrar toda su atención en ella.

—Estamos buscando a dos personas y un esclavo —anunció entonces, con una claridad directa que no admitía rodeos, mientras extraía unas fotografías que sostenía con firmeza antes de tendérselas.

Irene las tomó con una curiosidad medida, fingida con la precisión de quien sabe exactamente cuánto tiempo debe mirar sin parecer ni demasiado interesada ni excesivamente indiferente. Sus ojos recorrieron las imágenes con rapidez contenida, apenas lo suficiente para sostener la ilusión de un reconocimiento honesto, antes de devolverlas con un gesto limpio, casi automático.

—Lo siento, agentes. No he visto a estas personas —respondió, modulando la voz con una naturalidad cuidadosamente ensayada, sin vacilaciones, sin énfasis innecesarios.

Tras escucharla, la detective no dijo nada de inmediato. Se limitó a observarla, clavando en su rostro una mirada fija, analítica, como si tratara de descifrar algo más allá de las palabras, algo que se escondiera en un gesto mínimo, en una tensión mal disimulada o en un parpadeo fuera de lugar. Irene, consciente de ese escrutinio, adoptó una expresión limpia, casi ingenua, la de alguien que no ha roto un plato en su vida, sosteniendo la máscara con una serenidad que rozaba lo inquietante. Y sin embargo, para los ojos entrenados de la agente, había algo que no terminaba de encajar, una sensación difusa, imposible de concretar, pero lo bastante persistente como para incomodarla.

—¿Puedo entrar en la vivienda? —preguntó entonces, de forma tajante, sin adornos, dejando caer la solicitud como quien lanza una piedra en un estanque en calma, dispuesto a observar las ondas que se formen.

—Por supuesto, están ustedes en su casa —respondió Irene con una cortesía impecable, casi excesiva, mientras por dentro su mente comenzaba a acelerarse con la precisión de un mecanismo bien entrenado ante el peligro. Una alarma, sorda pero inequívoca, se encendió en su percepción, obligándola a evaluar con rapidez las posibles consecuencias de aquella visita que, hasta hacía apenas unos minutos, podría haber pasado por un simple trámite sin importancia. Ahora, en cambio, el escenario se complicaba de forma alarmante: si las cosas se torcían y se veía obligada a actuar, ya no se trataría de un error aislado, sino de una acumulación de cadáveres difícil de justificar incluso para alguien como ella. Aquella posibilidad, lejos de tranquilizarla, tensó aún más sus decisiones, obligándola a elegir el camino más calculado.

Compuso entonces su mejor sonrisa, una expresión amable que, aunque bien construida, no terminaba de ocultar del todo cierta rigidez en el gesto, y se dispuso a guiarlos por la vivienda con el entusiasmo impostado de una vendedora de agencia inmobiliaria, señalando espacios, describiendo estancias, llenando el aire de palabras que pretendían distraer, dirigir la atención, marcar el ritmo. Sin embargo, lejos de surtir el efecto deseado, aquella sobreactuación no hizo sino aumentar la incomodidad de la agente, que avanzaba con una atención creciente, como si cada detalle confirmara una sospecha aún sin forma definida. En su mente, los elementos comenzaban a encajar lentamente, no como una certeza, sino como una intuición persistente: algo en aquella anfitriona no era natural, no era limpio.

El agente, por su parte, parecía haberse desligado casi por completo de la situación. Tal vez por hastío, tal vez por una confianza excesiva en que aquello

no era más que una visita rutinaria que su compañera estaba complicando innecesariamente, se mantuvo en una posición pasiva, ignorando en la práctica cualquier protocolo que exigiera mayor implicación. Sacó el teléfono móvil y se refugió en él, como quien se aísla deliberadamente de una escena que no desea prolongar, dejando que fuera ella quien llevara todo el peso de la intervención. En cierto modo, había decidido observar desde la distancia, esperando que, tras satisfacer su impulso de indagar, su compañera se diera por vencida y pudieran continuar con la jornada sin mayores sobresaltos.

Aquella actitud no era nueva entre ellos. Durante sus turnos de patrulla, los silencios y las diferencias solían resolverse —o más bien diluirse— en discusiones recurrentes sobre la supuesta superioridad de la intuición femenina frente al pragmatismo masculino. Ella defendía, con una convicción casi combativa, que la perspicacia era una herramienta esencial en el oficio, una capacidad que, según insistía, ninguna mente masculina llegaba a desarrollar plenamente. Él, en cambio, esquivaba el enfrentamiento con una mezcla de desinterés y cansancio, restando importancia a lo que consideraba una disputa estéril, cambiando de tema siempre que podía, como si al ignorarlo lograra hacerlo desaparecer.

Al final, aquellas discusiones no llevaban a ninguna conclusión real. Él terminaba consultando el reloj, contando mentalmente las horas que le restaban para terminar el turno, reduciendo su jornada a una cuestión de resistencia temporal; mientras que ella, ante el silencio de su compañero, interpretaba esa falta de réplica como una victoria tácita, regresando a casa con la sensación de tener la razón intacta. Y ahora, en aquel escenario cargado de tensión invisible, esas mismas dinámicas se reproducían de nuevo, sin que ninguno de los dos pareciera consciente de que, esta vez, lo que estaba en juego era mucho más que una simple diferencia de opiniones.

Conforme se iba adentrando en la casa siguiendo a Irene, sus pensamientos comenzaron a deslizarse hacia atrás en el tiempo, como si cada paso que daba por aquel interior cargado de una calma sospechosa la empujara a recordar el origen de su propia determinación. Volvió mentalmente a sus primeros días en aquel distrito apartado de las grandes urbes, un lugar donde aún persistían ciertos retazos de un machismo rancio, enquistado en las costumbres y en las miradas, difícil de erradicar por completo. Recordaba perfectamente su llegada, casi teatral, respaldada por un expediente impecable, repleto de diplomas y reconocimientos que la señalaban como una de las mejores de su promoción. Aquella presentación no pasó desapercibida, aunque no exactamente por las razones que ella habría deseado.

Porque, si bien su currículo imponía respeto, lo que realmente dejó a muchos de sus compañeros desconcertados —y a otros directamente incómo-

dos— fue su actitud combativa, su agresividad apenas disimulada hacia el sexo masculino, una postura que no tardó en generar tensiones en un entorno poco acostumbrado a ese tipo de desafío frontal. No buscaba encajar, ni agradar, ni suavizar su carácter para facilitar la convivencia profesional; al contrario, parecía decidida a imponer su presencia, a marcar territorio desde el primer instante, como si cada interacción fuera una pequeña batalla que debía ganar.

Sin embargo, bajo esa coraza de firmeza casi beligerante, existía una motivación mucho más profunda, una necesidad casi obsesiva de reivindicar el papel de la mujer dentro del cuerpo, de limpiar el buen nombre de tantas agentes que, a su juicio, habían sido injustamente subestimadas o relegadas. Y en ese contexto, el caso de los desaparecidos se le presentaba como la oportunidad perfecta, el escenario ideal para demostrar, de una vez por todas, que su intuición y su capacidad no solo estaban a la altura, sino que superaban con creces las expectativas que otros se empeñaban en limitar.

Así, mientras avanzaba por la casa de Irene, cada detalle que percibía no era analizado únicamente como parte de una inspección rutinaria, sino como piezas potenciales de un rompecabezas que estaba decidida a resolver. No se trataba ya de una simple comprobación: era, para ella, una cuestión personal, casi una prueba definitiva en la que no estaba dispuesta a fallar.

Ajeno por completo a la batalla silenciosa que la funcionaria libraba en su interior, el Sr. Naranja continuaba consumiéndose en su propio infierno, cada vez más agotado, más hastiado de aquel destierro miserable a pan y agua que parecía no tener fin. Su resistencia, tanto física como mental, comenzaba a resquebrajarse bajo el peso de los días —o lo que él creía que eran días—, mientras la figura espectral del agente seguía apareciéndosele con una persistencia cruel. Lo que más le desesperaba no era solo su presencia, sino la forma en que aquel espectro parecía recrearse en su sufrimiento, evitando incluso el recurso más evidente, esa luz reveladora que podría haber puesto fin a la incertidumbre. No; daba la impresión de que encontraba un placer retorcido en prolongar su tormento, en mantenerlo atrapado en esa ambigüedad donde la duda era tan dolorosa como la certeza.

A ese suplicio se sumaba una amenaza mucho más tangible, más inmediata, que comenzaba a tomar forma en los rincones del sótano. Las ratas, antaño simples compañeras involuntarias de encierro, habían empezado a modificar su comportamiento, como si algo en el ambiente —o en él mismo— hubiera cambiado de manera irreversible. La escasez de comida, cada vez más evidente, las empujaba a explorar nuevas posibilidades, a tantear con una curiosidad distinta, menos tímida, más interesada. Ya no se limitaban a robar migajas o a escabullirse entre sombras: ahora se acercaban más, demasiado, observándolo

con esa indiferencia instintiva propia de las criaturas que no distinguen entre lo vivo y lo que está a punto de dejar de estarlo.

Y así, en medio de aquella penumbra cargada de humedad y desesperación, el Sr. Naranja comenzaba a percibir, con un escalofrío que le recorría el cuerpo debilitado, que había dejado de ser un simple intruso en el territorio de las ratas para convertirse en algo más inquietante: una posibilidad. Un recurso. Un segundo plato que, llegado el momento, podría resultarles más accesible que cualquier resto olvidado. Aquella idea, brutal en su sencillez, terminó de hundirlo en una angustia nueva, más primitiva, donde el miedo ya no provenía solo de sus visiones o de su culpa, sino de la amenaza real, casi inevitable, de ser devorado lentamente por aquello que, hasta hacía poco, consideraba su única compañía.

Su oído, afinado hasta el extremo por la necesidad y la desesperación, comenzó a captar unos ruidos distintos, ajenos a la rutina monótona del sótano, y precisamente por ello, cargados de una esperanza casi dolorosa. No eran los habituales roces de las ratas ni los ecos deformes de su propia mente; había en ellos un peso, una cadencia irregular que delataba movimiento real, presencia viva más allá de su encierro. En ese mismo instante, sobre su cabeza, Irene y la agente recorrían la vivienda sin poder evitar generar el suficiente ruido como para que aquel murmullo descendiera hasta él, filtrándose a través de la estructura de la casa como una señal tenue pero inequívoca.

Las botas reglamentarias de la policía marcaban cada paso con una firmeza seca, mientras Irene, obligada a mantener la naturalidad de su papel, no podía permitirse el lujo de desplazarse con cautela excesiva; andar de puntillas habría sido tan sospechoso como confesar abiertamente un secreto. Así, entre ambas, creaban un barullo contenido pero constante, producto de su propio peso y del desgaste acumulado de un calzado que ya había conocido demasiados caminos. Ese sonido se transmitía a la envejecida tarima, que respondía con leves crujidos y quejidos, como si la casa misma murmurara bajo sus pies, delatando cada desplazamiento con una fidelidad involuntaria.

Para el Sr. Naranja, aquellos ruidos eran mucho más que simples vibraciones: eran una llamada, una posibilidad, la prueba de que, quizá, no estaba completamente olvidado. Su corazón, debilitado pero aún obstinado, comenzó a latir con una intensidad renovada, mientras contenía la respiración, esforzándose por distinguir cada matiz, cada paso, cada pausa. Por primera vez en mucho tiempo, el silencio opresivo del sótano se veía interrumpido por algo que no pertenecía a su pesadilla… y esa pequeña grieta en la realidad bastaba para devolverle, aunque fuera de forma frágil, la esperanza.

De repente, la uniformada se detuvo en seco frente a la puerta que conducía al sótano, como si algo invisible hubiera tirado de ella desde el otro lado de la madera. No fue un gesto exagerado ni teatral, sino una pausa precisa, casi instintiva, de esas que nacen de una intuición que aún no tiene forma, pero que se impone con una claridad inquietante. Su expresión cambió apenas lo justo para delatar que algo no encajaba, que aquel punto concreto de la casa merecía una atención distinta. Sin decir palabra, se inclinó ligeramente y pegó la oreja a la superficie, buscando confirmar con el oído aquello que su percepción ya había empezado a señalar.

Lo que ocurrió a continuación fue tan rápido que apenas dejó espacio para el pensamiento consciente. La agente se giró con una velocidad fulminante, un movimiento limpio, entrenado, y en el mismo gesto desenfundó su arma reglamentaria, apuntando con precisión directa a la cabeza de Irene. El aire pareció congelarse entre ambas, cargado de una tensión súbita, brutal, donde cualquier error se pagaría de inmediato. Irene, por su parte, ya no sostenía la máscara de anfitriona: tenía el hacha alzada, preparada, su cuerpo en tensión, lista para descargar el golpe si la mínima oportunidad se presentaba.

En esa fracción de segundo suspendida en el tiempo, la mente de la agente, pese a la urgencia del momento, formuló una pregunta tan absurda como inevitable: «¿Dónde demonio tenía el machete escondido?». Porque más allá del peligro evidente, había algo que no cuadraba, un detalle fuera de lugar que confirmaba lo que su instinto ya le gritaba: aquella no era una visita rutinaria… y estaban, sin duda, en el lugar correcto.

La loca se quedó petrificada, atrapada en un instante que se estiró más allá de lo natural, incapaz de asimilar con rapidez aquella reacción fulminante que había desbaratado por completo su control de la situación. Nunca habría imaginado que la agente fuera capaz de atar cabos con tal velocidad, ni mucho menos de responder con una resolución tan inmediata, tan precisa, como si hubiera estado esperando exactamente ese momento. Y, sin embargo, allí estaba, frente a ella, con el arma firme y la mirada fija, imponiendo una autoridad que no dejaba espacio para la duda. De forma inesperada, casi absurda en medio de aquella tensión extrema, algo en el interior de Irene despertó una especie de respeto, incluso una leve simpatía hacia aquella mujer que había demostrado ser mucho más peligrosa de lo que aparentaba.

La agente no apartaba los ojos de ella, escrutando cada mínimo gesto, cada contracción muscular que pudiera delatar una intención, una reacción, cualquier movimiento que justificara apretar el gatillo sin titubeos. Entonces, con una señal clara, seca pero contenida, le indicó que soltara el hacha, marcando el gesto con una autoridad indiscutible. No hubo gritos, ni aspavientos innecesarios; solo una orden implícita que debía ejecutarse con una lentitud casi ceremonial,

como si el tiempo mismo hubiera decidido reducir su ritmo para observar aquella escena con detenimiento, igual que una repetición deportiva a cámara lenta donde cada segundo pesa más de lo habitual.

Irene entendió al instante. Bajó el arma con un control casi ejemplar, como una niña obediente que sabe que cualquier error tendrá consecuencias irreversibles, y depositó el hacha en el suelo con una suavidad que contrastaba con la violencia latente del momento. No apartó la mirada del cañón del revólver, que la seguía en todo momento, acompasado a cada uno de sus movimientos con una precisión que no dejaba margen a la interpretación. La distancia entre ambas era corta, demasiado, y la certeza se imponía sin necesidad de palabras: cualquier pensamiento equivocado, cualquier impulso fuera de lugar, bastaría para que todo terminara allí mismo, en un instante seco y definitivo.

—¡¡Abre la puerta!! —ordenó la policía, sin elevar innecesariamente el tono, pero cargando cada sílaba con una autoridad que no admitía réplica.

—Está bien, tranquilícese —respondió Irene, sosteniendo una calma que por dentro ya no era tal, mientras su mente giraba a una velocidad vertiginosa, buscando, descartando, reconstruyendo posibles salidas que, una tras otra, se desmoronaban antes siquiera de tomar forma.

La mano le tembló apenas lo justo para no ser evidente cuando giró el pomo y empujó la puerta. En cuanto se abrió, el aire contenido del sótano escapó como una exhalación podrida, golpeándolas de lleno con una bofetada invisible pero contundente: el hedor a excrementos, humedad estancada y abandono se mezclaba con algo más profundo, más humano, que no necesitaba nombre para resultar insoportable. Y junto a ese olor, emergió el sonido.

Los lamentos del Sr. Naranja, primero confusos, desordenados, se transformaron en un estallido de voz desesperada al percibir aquella presencia inesperada. Poseído por una alegría tan brusca como desbordada, comenzó a gritar, atropellando palabras, relatando su desgracia con una urgencia caótica, como si temiera que aquella oportunidad se desvaneciera en cualquier momento. Su voz, quebrada pero insistente, subía desde la oscuridad como un testimonio vivo de lo que allí se ocultaba.

La agente, sin embargo, no se dejó arrastrar por el impacto. Dominando la escena con una frialdad profesional que contrastaba con el desorden del momento, levantó una mano en un gesto seco, autoritario, imponiendo silencio sin necesidad de elevar la voz. No era el momento de escuchar relatos deshilachados, sino de controlar la situación, de mantener cada elemento bajo vigilancia. Y en ese gesto contenido, en esa pausa forzada, quedó claro que, a partir de ese instante, el control había cambiado de manos de forma definitiva.

Irene, comprendiendo en una fracción de segundo que la situación había cruzado un punto de no retorno, reaccionó con un gesto tan inesperado como revelador: se colgó del cuello de su esclavo, abrazándolo con una mezcla inquietante de posesión y necesidad, interponiendo su propio cuerpo entre él y la agente como si aquel contacto pudiera, de algún modo, redefinir lo que estaba ocurriendo. No era un simple acto de protección, ni tampoco un impulso puramente emocional; había en él una intención más profunda, casi estratégica, como si al fundirse con él pretendiera alterar la lectura de la escena, confundir los límites entre víctima y verdugo, entre dominio y dependencia. El Sr. Naranja, sorprendido por aquel contacto repentino, apenas tuvo tiempo de reaccionar, rígido, desorientado, incapaz de comprender si aquel gesto formaba parte de su pesadilla o de una realidad aún más retorcida.

La inspectora, por su parte, captó de inmediato la naturaleza del vínculo que se desplegaba ante sus ojos, leyendo en ese abrazo algo más que una simple maniobra desesperada. Había visto antes relaciones de poder deformadas, dinámicas donde la voluntad de uno se imponía sobre la del otro hasta desdibujar cualquier noción de libertad, y aquello encajaba con una precisión incómoda. Sin embargo, lejos de responder con violencia o precipitación, optó por un gesto que, en aquel contexto, resultaba casi desconcertante: con una calma medida, cargada de seguridad, guardó su arma reglamentaria, como si entendiera que, en ese momento, la confrontación había dejado de ser física para trasladarse a un terreno mucho más complejo. Al hacerlo, desactivó no solo la amenaza inmediata, sino también la jerarquía evidente que había dominado la escena hasta entonces.

Se miraron las dos. Ya no estaban allí una agente de la ley y una civil acorralada; lo que quedaba era algo mucho más esencial, casi primitivo: dos voluntades enfrentadas, dos formas distintas de entender el control, el miedo y el poder. El aire, cargado de tensión, parecía haberse detenido entre ellas, mientras el silencio se convertía en un lenguaje en sí mismo. En ese instante suspendido, cualquier gesto, cualquier palabra, podía inclinar la balanza hacia un lado u otro.

El Sr. Naranja, incapaz de sostener más aquella situación absurda y aterradora, rompió el equilibrio con un estallido de voz. Perplejo, indignado, empezó a gritar, denunciando a Irene con una desesperación que arrastraba semanas de sufrimiento acumulado, señalándola como responsable del asesinato del Sr. Ramírez y del inspector, como si al pronunciarlo en voz alta pudiera, por fin, liberarse del peso de todo aquello. Pero su arrebato apenas tuvo recorrido. La mirada de la funcionaria, dura, fría, cargada de una autoridad que no necesitaba elevarse en volumen, se clavó en él con tal contundencia que lo obligó a callar de inmediato, cortando sus palabras como si nunca hubieran llegado a existir.

Y así, en ese espacio cerrado donde las verdades comenzaban a aflorar, el silencio regresó, más denso, más peligroso que antes, como si lo que estaba por venir exigiera, antes que nada, que cada uno ocupara su lugar en aquel tablero donde ya no había margen para el error.

No hubo ni media palabra entre las dos. El silencio que se tendió entre Irene y la inspectora no era vacío, sino todo lo contrario: estaba cargado de una comprensión instantánea, casi inquietante, como si ambas hubieran alcanzado un punto de conexión donde las explicaciones resultaban innecesarias. Sus miradas bastaron para intercambiar lo esencial, para reconocer en la otra una lógica, una forma de pensar que, aunque opuesta en apariencia, compartía una raíz común. La policía, en cuestión de segundos, captó la naturaleza de lo que tenía delante: no era un simple caso de secuestro ni una situación convencional que pudiera resolverse aplicando el manual. Había algo más profundo, más retorcido, una dinámica emocional que desafiaba las categorías habituales.

Con esa certeza asentándose en su interior, se acercó al Sr. Naranja con paso firme, acortando la distancia hasta invadir su espacio personal, obligándolo a enfrentarse a ella sin posibilidad de evasión. Lo miró directamente a los ojos, sin rastro de duda, y le espetó con una mezcla de dureza y una extraña convicción:

—No sabes la suerte que tienes y más siendo un esclavo, que una mujer te ame y de la manera que esta te ama. Ya me gustaría a mí tener un amor como el tuyo…

Sus palabras cayeron como un golpe seco, descolocando aún más al hombre, que no encontraba en ellas ningún sentido dentro del horror que estaba viviendo. No había ironía evidente ni compasión clara; era algo ambiguo, incómodo, que parecía surgir de una lógica completamente ajena a la suya.

Acto seguido, la inspectora se apartó de él con la misma calma con la que se había acercado y dirigió sus pasos hacia Irene. Al llegar a su altura, la observó durante un breve instante, y en un gesto casi imperceptible, cargado de complicidad y de una comprensión que rozaba lo perturbador, le guiñó un ojo. No añadió nada más. No hacía falta.

Después, giró sobre sus talones y se encaminó hacia la salida en busca de su compañero, dejando atrás una escena que, lejos de resolverse, acababa de adquirir una dimensión aún más inquietante, como si lo verdaderamente importante no fuera lo que había ocurrido, sino lo que ambas mujeres habían decidido, en silencio, no decir.

Aquel, ajeno por completo a los acontecimientos que se estaban desarrollando a escasos metros de él, permanecía sumido en su distracción, refugiado en la pantalla de su teléfono como si nada en el mundo real pudiera exigirle atención inmediata. No advirtió la llegada de su compañera hasta que la tuvo prácticamente encima, invadiendo su espacio con una presencia que, en otras circunstancias, habría bastado para arrancarlo de su ensimismamiento. Su mayor preocupación en ese instante seguía siendo trivial, casi ridícula en contraste con lo que estaba a punto de ocurrir: que en el juego no lo eliminaran, que la partida siguiera su curso sin contratiempos. Y, sin embargo, era precisamente en ese descuido donde se escondía su verdadera vulnerabilidad, en esa incapacidad de leer el peligro cuando lo tenía delante.

Cuando finalmente levantó la vista, sorprendido por la cercanía, ya era demasiado tarde para interpretar nada, para reaccionar o siquiera formular una pregunta coherente. Su compañera, sin mediar palabra, sin permitir que la duda se filtrara en el aire, sacó su arma y disparó dos veces con una precisión mecánica, casi desprovista de emoción. Los impactos, uno en cada pierna, lo derribaron de inmediato, arrancándole un grito desgarrador que rompió la quietud del entorno. Cayó al suelo con torpeza, las manos aferrándose instintivamente a las heridas, intentando contener un dolor que se expandía con violencia por todo su cuerpo, mientras su mente, desbordada, trataba de encontrar una explicación que no llegaba.

La miró desde el suelo, con los ojos abiertos en una mezcla de incredulidad y miedo, como si esperara que aquello fuera una broma cruel o un error absurdo que en cualquier momento pudiera corregirse. Pero no hubo palabras de justificación ni rastro de duda en el rostro de la mujer. Se colocó frente a él, firme, apuntándole directamente a la cabeza, reduciendo la escena a una línea recta entre el cañón del arma y su destino inevitable.

—Inútil… y encima ganas más que yo —escupió entre dientes, con una rabia contenida que parecía haber estado acumulándose mucho antes de aquel momento.

El gesto fue rápido, definitivo. Su dedo presionó el gatillo sin vacilar, y el disparo puso fin a cualquier posibilidad de comprensión. La cabeza del agente estalló con una violencia brutal, abrupta, como si la realidad misma se rompiera en ese instante, dejando tras de sí un silencio espeso que lo cubrió todo.

Después, con una frialdad que resultaba aún más perturbadora por su aparente normalidad, la mujer se despojó de su uniforme, deshaciéndose de él como si fuera una piel que ya no necesitaba. Subió al vehículo sin mirar atrás y arrancó, alejándose envuelta en una nube de polvo que se levantó tras ella, borrando poco a poco cualquier rastro de su presencia. A su espalda quedaba el

cuerpo de quien, hasta hacía apenas unos minutos, había sido su compañero, reducido ahora a un final abrupto, sin explicaciones, sin tiempo siquiera para entender qué había ocurrido, más allá de ese último pensamiento fugaz, casi absurdo, que en su simplicidad resultaba trágicamente humano.

Irene salió acompañada de su amado, manteniendo aún esa serenidad inquietante que parecía envolverla incluso después de lo ocurrido, como si todo hubiera sido simplemente un trámite necesario dentro de un plan mayor. Entre los dos, sin apenas intercambiar palabras, se entregaron a la tarea de hacer desaparecer el cadáver con una eficacia casi mecánica, moviéndose con una coordinación que no nacía del afecto, sino de la costumbre de actuar juntos en situaciones límite. Cada gesto estaba medido: arrastraron el cuerpo, limpiaron meticulosamente los restos de sangre, repasaron cada rincón donde pudiera haber quedado una huella, un descuido, cualquier indicio que delatara la violencia que había tenido lugar allí. El silencio que los envolvía no era incómodo, sino funcional, como si ambos entendieran que en ese momento hablar era un lujo innecesario.

Cuando finalmente Irene consideró que el escenario estaba a la altura de sus exigencias, se detuvo unos segundos, observando el resultado con una mirada crítica, casi profesional. Fue entonces cuando la conclusión se impuso con claridad: aquel lugar estaba quemado. Ya no era un refugio, ni un espacio controlado, sino un foco de peligro inminente. Tarde o temprano, alguien uniría las piezas, y la huida de la detective, medio desnuda y al volante del coche patrulla con las luces de emergencia encendidas, no hacía sino acelerar ese desenlace. Aquello ya no podía sostenerse, y permanecer allí sería poco menos que un suicidio.

Sin necesidad de largas explicaciones, Irene tomó la decisión, y el Sr. Naranja, aún sacudido por todo lo vivido, aceptó sin resistencia, como si su voluntad hubiera quedado definitivamente subordinada a la de ella. No protestó, no cuestionó; simplemente la siguió, entendiendo que, en ese momento, su única opción era permanecer a su lado. Juntos subieron al vehículo y enfilaron el camino de regreso hacia la gran ciudad, dejando atrás la casa, el sótano y todo lo que aquel lugar había representado.

Mientras el paisaje comenzaba a cambiar a través del parabrisas, Irene sostenía en su mente un plan que, en su lógica retorcida, parecía perfectamente válido: la responsabilidad recaería sobre la agente desaparecida, sobre esa figura que, por su conducta final, resultaba el blanco ideal para cargar con todo. La historia, bien construida, podría sostenerse lo suficiente como para desviar cualquier sospecha directa. Al menos, eso era lo que ella creía. Porque en su mundo, donde la realidad y la manipulación se entrelazaban sin límites claros,

la verdad no era más que otra pieza que podía moldearse… siempre que nadie mirara demasiado de cerca.

Capítulo 8

Angustias, como de costumbre apostada tras su ventana, convertida en vigía voluntaria de todo cuanto acontecía en el vecindario, mantenía los ojos bien abiertos ante cualquier anomalía, por insignificante que pareciera. El aburrimiento, ese compañero constante que la asediaba en ausencia de estímulos, se había instalado con fuerza en su rutina: su esclavo descansaba, su marido no estaba presente para convertirse en blanco de sus habituales recriminaciones, y aquella combinación, lejos de aliviarla, la empujaba a una atención casi obsesiva por la vida ajena. Así, cuando divisó a la pareja acercándose, su interés se avivó de inmediato, como si por fin algo digno de ser observado irrumpiera en la monotonía de su jornada.

Sin embargo, lo que vio no encajaba en absoluto con lo que esperaba. No reconoció al cautivo de Irene, ni en el más mínimo detalle. Sus ademanes, ahora más sueltos, más seguros, su vestimenta moderna, cuidada, impropia del estado en que lo había visto por última vez, y sobre todo su manera de comportarse, tan natural, tan integrada en la escena, lo hacían irreconocible. Caminaba a su lado como si nada hubiera ocurrido, como si ambos regresaran de una luna de miel tardía, envueltos en una complicidad que resultaba tan creíble como desconcertante. Aquella imagen, tan cuidadosamente compuesta, no solo desactivaba cualquier sospecha inmediata, sino que, además, despertaba en Angustias una envidia sorda, difícil de admitir incluso para sí misma. Era como si, por un instante, contemplara una versión de la vida en la que le habría gustado reflejarse, una ilusión que difuminaba la lógica y suavizaba cualquier duda.

Precisamente por eso, su desconcierto no tardó en imponerse. Si aquel hombre no era el esclavo… entonces, ¿qué había sido de él? ¿Dónde había quedado aquel despojo que apenas levantaba la mirada? La presencia de ese acompañante —educado, joven, de porte atractivo— rompía cualquier esquema previo, obligándola a replantearse lo que creía saber. La pregunta se formó en su mente casi sin querer: «¿qué habría sido de su preso?». Pero lejos de actuar de inmediato, de salir al encuentro para saciar su curiosidad, decidió contenerse. Había en ella una paciencia adquirida a base de horas muertas y observación constante, una certeza casi instintiva de que, tarde o temprano, las respuestas acabarían llegando por sí solas.

Así que permaneció en su puesto, inmóvil tras el cristal, dejando que el tiempo jugara a su favor. «Tiempo habrá de salir de dudas», se dijo, convencida de que, en un lugar como aquel, donde nada permanecía oculto demasiado tiempo, la verdad acabaría asomando… aunque fuera en el momento más inesperado.

El Sr. Naranja, abatido y profundamente resignado, asumía su nueva situación con una mezcla de lucidez amarga y miedo contenido, plenamente consciente de que cualquier intento de rebelión estaba condenado al fracaso antes siquiera de tomar forma. La amenaza de Irene, velada pero constante, pesaba sobre él como una losa: denunciarlo ante las autoridades era una posibilidad real, y aunque en su fuero interno supiera que ella era la auténtica asesina, también entendía con una claridad devastadora que su palabra no valía nada. En un mundo regido por apariencias, credibilidad y jerarquías, él no era nadie. No tenía identidad reconocida, ni voz, ni historia que pudiera sostenerse ante los representantes de la Ley. Ni siquiera alcanzaba la categoría de animal a sus ojos; era algo peor, más vacío: un objeto utilizable, prescindible, sin derecho a ser escuchado.

Esa certeza, lejos de liberarlo, terminó de quebrar cualquier atisbo de resistencia que pudiera quedarle. Comprendió que su supervivencia dependía, paradójicamente, de someterse a la misma persona que lo había llevado a aquella situación, de aceptar el papel que Irene había diseñado para él con una precisión inquietante. No se trataba solo de obedecer, sino de interpretar, de convertirse en algo distinto a lo que era, de habitar una máscara que debía resultar creíble a los ojos de los demás. Irene, con su habitual frialdad estratégica, no le pedía ya que actuara como un esclavo —eso quedaba relegado al ámbito privado—, sino que adoptara la apariencia de un hombre normal, funcional, integrado; alguien que pudiera caminar a su lado sin levantar sospechas.

Así, el Sr. Naranja se vio obligado a reconstruirse superficialmente, a modular sus gestos, su forma de hablar, incluso su manera de mirar, para encajar en ese nuevo rol de pareja que le había sido asignado. Era una transformación forzada, casi teatral, donde cada movimiento debía ser calculado, cada reacción contenida, bajo la vigilancia constante de Irene. Y en ese proceso, lo más perturbador no era solo la mentira que debía sostener ante los demás, sino la sensación creciente de que, poco a poco, esa ficción comenzaba a erosionar lo poco que quedaba de su identidad real, difuminando la línea entre lo que era y lo que estaba obligado a parecer.

Al poco tiempo de reinstalarse en la casa y tras dejar transcurrir un margen prudencial —el suficiente para que la curiosidad de su vecina fermentara hasta volverse casi insoportable—, Irene decidió dar el siguiente paso con la misma frialdad calculada que guiaba todos sus movimientos. Sabía perfectamente que Angustias estaría al acecho, consumiéndose en conjeturas, así que optó por adelantarse y controlar el relato antes de que cualquier versión alternativa pudiera tomar forma. Salió con aparente naturalidad y fue a su encuentro, encontrándola, como no podía ser de otra manera, apostada en su puesto habitual, asomada a la ventana, fingiendo una ocupación anodina mientras regaba sus geranios con un esmero tan impostado que resultaba casi cómico.

La entrevista, obligada por las circunstancias pero cuidadosamente dosificada, fue breve y directa, sin dar margen a preguntas incómodas ni a silencios que invitaran a la sospecha. Irene desplegó su historia con la ligereza de quien habla de algo trivial, relatando a grandes rasgos cómo había conocido a aquel hombre —al que presentó casi como un golpe de suerte inesperado—, adornando lo justo para hacerlo creíble sin caer en excesos. Lo describió con una mezcla de admiración y naturalidad, como si aquel "Adonis" hubiera irrumpido en su vida de manera espontánea, y concluyó con una explicación que cerraba el círculo: el antiguo cautivo había sido devuelto, liberado sin mayor dramatismo, porque su nueva felicidad no dejaba espacio para cargas del pasado.

Angustias escuchó todo aquello con una atención intensa pero poco crítica, atrapada en una red de emociones que jugaban en su contra. No era que la historia resultara especialmente verosímil —porque, en el fondo, había elementos que chirriaban—, sino que la envidia, densa y persistente, le empañaba el juicio hasta el punto de anular cualquier intento de análisis racional. La idea de que un hombre joven, educado y atractivo pudiera fijarse en Irene, una mujer a la que ella consideraba ya más próxima a la tercera edad que a la segunda, resultaba difícil de digerir… pero al mismo tiempo, tan sugerente en términos de comparación personal, que prefería aceptarla antes que cuestionarla.

Ese conflicto interno se resolvió de la forma más humana y, a la vez, más reveladora: desvió su atención hacia su propio esclavo, al que miró con un desdén apenas disimulado, como si en él se concentrara toda la mediocridad de su vida en contraste con la aparente fortuna de su vecina. Y en ese gesto, en esa mirada cargada de frustración, quedó sellada su rendición intelectual. No fue capaz —o no quiso— ir más allá de lo que sus ojos le mostraban, aceptando la versión de Irene sin escarbar en sus grietas, permitiendo que la mentira se asentara con la solidez de una verdad cómoda. Porque, al fin y al cabo, a veces resulta más fácil creer en una ilusión que enfrentarse a lo que podría esconderse detrás.

La pareja atravesaba ahora ese territorio ambiguo al que, tarde o temprano, todas las relaciones acaban llegando, un punto intermedio donde la aparente normalidad se instala sin grandes sobresaltos, pero donde, bajo la superficie, continúan latiendo tensiones que ninguno de los dos se atreve a nombrar. No había problemas graves, al menos no en el sentido convencional; no había discusiones abiertas ni conflictos visibles, pero la calma que compartían tenía algo de impostado, como si ambos interpretaran sus papeles con la precisión de quienes saben que cualquier desliz podría hacerlo todo saltar por los aires.

Mientras tanto, lejos de esa burbuja cuidadosamente construida, el destino de la agente tomó un rumbo tan abrupto como grotesco. La interceptaron a gran velocidad, aún al volante del coche patrulla, gritando, medio desnuda, con-

vertida en una imagen que desafiaba cualquier lógica profesional. Y en ese estado límite, en lugar de rendirse o intentar una huida convencional, optó por una salida tan teatral como definitiva: como si la realidad hubiera dejado de importarle, decidió emular una escena digna de Thelma y Louise, lanzándose por un barranco sin el menor atisbo de duda. El equipo de música rugía a pleno volumen, escupiendo un heavy metal ochentero estridente, cargado de guitarras chirriantes y baterías desbocadas, llenando el aire con una violencia sonora que parecía acompañar —o justificar— aquel último acto de rebeldía.

El impacto fue brutal, seco, definitivo. Cuando finalmente recogieron lo que quedaba de ella, disperso como los restos de un siniestro aéreo, el relato oficial comenzó a construirse con una rapidez que rozaba la obscenidad. Las piezas se encajaron sin demasiado esfuerzo, no tanto porque la verdad fuera evidente, sino porque resultaba conveniente. En cuestión de horas, la responsabilidad quedó perfectamente asignada: todos los crímenes, todas las irregularidades, todo lo inexplicable encontró en ella un recipiente perfecto donde depositarse sin resistencia.

Y como tantas veces a lo largo de la historia, cuando la incomprensión se mezcla con la necesidad de cerrar un caso sin complicaciones, apareció el recurso más cómodo y, a la vez, más insultante: la etiqueta de una supuesta dolencia. “Histeria femenina”, la llamaron, rescatando sin pudor un concepto decimonónico que servía, entonces como ahora, para explicar lo que no se quería entender. Una enfermedad imaginaria que encajaba a la perfección en la narrativa de quienes preferían simplificar antes que cuestionar sus propias limitaciones.

Sus compañeros, lejos de oponerse a aquella versión, se sumaron con una facilidad inquietante, abrazando la explicación con una mezcla de alivio y conveniencia. Resultaba mucho más sencillo aceptar que todo había sido consecuencia del desequilibrio de una mujer que enfrentarse a la posibilidad de haber ignorado señales, de haber subestimado a alguien que, quizá, estaba mucho más harta de todos ellos de lo que nunca quisieron admitir. Así, entre conclusiones precipitadas y certezas construidas a medida, el caso quedó cerrado… al menos sobre el papel, donde la verdad, una vez más, había sido convenientemente moldeada para encajar.

Pasó el tiempo y, como una fruta que ha madurado demasiado en la rama, la relación entre los dos comenzó a mostrar signos inequívocos de agotamiento, una decadencia silenciosa que no estallaba en discusiones abiertas, sino que se filtraba en los gestos, en las miradas, en la forma en que el aire parecía volverse más denso cuando compartían el mismo espacio. No era Irene quien flaqueaba; ella seguía aferrada con una tenacidad casi obsesiva a su idea del amor, enarbolándolo como una bandera que no estaba dispuesta a arriar bajo

ningún concepto, convencida de que, con suficiente insistencia, todo podía recomponerse. Pero en el otro lado, el esclavo redimido —o lo que quedaba de él— se encontraba atrapado en una lucha muy distinta, una que no tenía que ver con el presente, sino con los fantasmas que arrastraba desde su pasado, esos que no entienden de escapatorias ni de nuevas oportunidades.

El Sr. Naranja había entrado en una fase inquietante, donde la indiferencia se imponía como una coraza frente a todo estímulo externo. Nada parecía afectarle ya de manera visible; ni la atención de Irene, ni los cambios de entorno, ni siquiera la promesa de una vida distinta lograban atravesar ese muro invisible que había levantado en torno a sí mismo. Era como si, después de haberlo sentido todo con una intensidad insoportable, hubiera optado por no sentir nada en absoluto. Irene, desconcertada, no lograba comprender qué estaba ocurriendo. Por primera vez, empezó a mirarlo de verdad, no como una extensión de su voluntad, sino como un individuo que se le escapaba entre los dedos. Observó su rostro con detenimiento, deteniéndose en esas arrugas incipientes que surcaban su frente, marcas silenciosas de un dolor acumulado que ella no había sabido —o no había querido— interpretar a tiempo.

Lo que más le dolía no era tanto el cambio en su comportamiento, sino la sensación de impotencia que lo acompañaba. Su dejadez, su abandono progresivo, su incapacidad para reaccionar incluso ante los cuidados más insistentes de Irene, se convertían en un recordatorio constante de que algo se había roto de forma irreversible. Ni sus mimos, ni sus atenciones, ni esa entrega casi devota lograban alterar el rumbo de aquel deterioro emocional que lo arrastraba hacia una especie de apatía profunda. Y esa transformación, lenta pero firme, acabó por instalarse también en su intimidad, donde la falta de intensidad no era más que un síntoma más de un mal mucho más hondo.

Irene, fiel a su naturaleza, podía tolerar esa pérdida de fogosidad, podía incluso reinterpretarla dentro de su lógica personal, pero lo que realmente la desgastaba era la forma en que él gestionaba ese vacío: con silencios largos, densos, casi opresivos, y con lágrimas discretas, contenidas, que parecían escaparse a pesar de su voluntad. No había reproches, no había estallidos, solo ese sufrimiento callado que, lejos de acercarlos, abría entre ambos una distancia cada vez más difícil de salvar, como si, pese a compartir espacio, comenzaran a habitar mundos completamente distintos.

Irene estaba muy sola, aunque jamás lo habría admitido en voz alta ni siquiera ante sí misma. Había aprendido a convivir con ese vacío, a revestirlo de una normalidad aparente que le permitía seguir adelante sin cuestionarse demasiado lo que realmente ocurría en su interior. Nunca se quejaba; en su lugar, dejaba que el tiempo transcurriera mientras su mente se refugiaba en recuerdos cuidadosamente seleccionados, instantes felices que evocaba una y otra vez

como si fueran escenas de una vida distinta, más amable, más comprensible. Todo lo demás —los cadáveres, las decisiones, las sombras que había ido dejando atrás— quedaba relegado a un rincón profundo de su conciencia, enterrado bajo capas de negación. Era como si hubiera cerrado esa parte de su historia con llave… y luego la hubiera arrojado deliberadamente al océano del olvido, convencida de que nunca volvería a necesitarla.

Sin embargo, mientras se aferraba a ese frágil equilibrio, no podía evitar percibir cómo la distancia entre ella y el Sr. Naranja crecía día a día, de forma sutil pero constante, como una grieta que se ensancha sin hacer ruido. Compartían espacios, rutinas, incluso momentos que, en apariencia, deberían unirlos: sentarse juntos frente al televisor, compartir una comida, comentar una lectura. Pero todo aquello había perdido su sustancia, su sentido, convirtiéndose en una representación vacía donde cada uno parecía desempeñar su papel sin llegar a encontrarse realmente con el otro.

Era entonces, en esos momentos de proximidad aparente, cuando Irene comenzaba a fijarse en detalles que antes le habían pasado desapercibidos o que había preferido ignorar. Lo veía más delgado, más frágil, como si algo en su interior se estuviera consumiendo lentamente. No era una cuestión de alimentación —de eso se encargaba ella con una dedicación casi maternal, sirviéndole la comida, insistiendo, vigilando que no le faltara nada—, sino algo más profundo, más intangible. A pesar de sus cuidados, de su empeño en sostenerlo, él parecía desvanecerse poco a poco ante sus ojos, como si su presencia física no fuera más que un reflejo debilitado de algo que ya no estaba del todo allí.

Esa sensación la inquietaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Incapaz de enfrentarse directamente a ella, Irene optaba por refugiarse en lo único que aún podía controlar: la rutina. Se entregaba a las tareas del hogar con una meticulosidad casi obsesiva, limpiando, ordenando, repitiendo gestos cotidianos como si en esa repetición encontrara una forma de acallar el malestar que crecía en su interior. Cada superficie pulida, cada objeto colocado en su sitio, era un intento de imponer orden en un mundo que, poco a poco, comenzaba a escapársele de las manos.

Una buena mañana, luminosa y serena, bañada por un sol que parecía empeñado en dar una apariencia de normalidad a todo cuanto tocaba, Irene se encontraba cuidando su jardín con esa dedicación minuciosa que había convertido en refugio. Sus manos se movían entre las plantas con suavidad, retirando hojas secas, acomodando tallos, regando con una precisión casi ritual, como si en ese pequeño orden natural pudiera encontrar una forma de equilibrio que le faltaba en otros aspectos de su vida. A unos metros de ella, el Sr. Naranja permanecía en su estado habitual de los últimos tiempos: quieto, ausente, con la

mirada perdida en un horizonte que, en realidad, no conducía a ninguna parte visible.

Irene lo observó de reojo, deteniéndose apenas un instante en aquella figura que, aunque presente, parecía cada vez más lejana. «¿Qué era lo que buscaba?», se preguntó, sintiendo cómo la duda se abría paso en su mente con una insistencia que ya no podía ignorar del todo. «¿Buscaba su libertad?», añadió en silencio, y casi de inmediato se respondió a sí misma, rechazando esa posibilidad con una rapidez que delataba más miedo que convicción. No, no podía ser eso… o al menos, no quería que lo fuera.

Sin embargo, algo en su interior —una voz tenue, incómoda— le susurraba que el problema no estaba únicamente en él, que tal vez la raíz de aquella distancia, de aquel vacío que se interponía entre ambos, tenía más que ver con ella de lo que estaba dispuesta a aceptar. Pero enfrentarse a esa idea implicaba abrir una puerta peligrosa, una grieta en la imagen que había construido de sí misma, y Irene no estaba preparada para cruzar ese umbral. Así que, como tantas otras veces, desvió la responsabilidad, refugiándose en una explicación más cómoda: él aún arrastraba secuelas, taras de su época de esclavo que no había logrado superar del todo.

En su mundo, el cariño era una herramienta suficiente, casi milagrosa. No concebía que hubiera algo que no pudiera arreglarse a base de atención, de entrega, de afecto constante. Y bajo esa convicción, redobló sus esfuerzos, intensificando sus muestras de amor como si, con ello, pudiera compensar cualquier carencia invisible. Le hablaba más, lo atendía con mayor esmero, buscaba su cercanía con una insistencia que, lejos de acortar la distancia, parecía subrayarla aún más.

El Sr. Naranja, por su parte, no ofrecía resistencia. Cumplía con sus obligaciones en la casa con una diligencia silenciosa, sin quejas, sin reproches, como si hubiera aceptado su papel dentro de aquella estructura que lo contenía. Su cuerpo estaba allí, presente, participando en la rutina compartida, pero su mente… su mente viajaba sola, perdida en un lugar al que Irene no tenía acceso. Y esa desconexión, tan sutil como persistente, era quizá la señal más clara de que, pese a todos los esfuerzos, lo que se había roto entre ellos no podía repararse únicamente con amor.

Angustias estaba al acecho, tensada en su curiosidad como una pantera encaramada a la rama más alta, aguardando el momento exacto para lanzarse sobre su presa. No era una repostera excepcional, ni mucho menos, pero sus pasteles gozaban de una reputación más que aceptable en el vecindario, y decidió utilizar ese pequeño prestigio como coartada perfecta para acercarse a su vecina. Bajo la excusa de una tarta y una taza de té, se presentaría en su casa

con la naturalidad impostada de quien aparenta generosidad, cuando en realidad lo que buscaba era algo mucho más jugoso: enterarse de primera mano de aquel comportamiento extraño, casi inaudito, que empezaba a rodear a la supuesta relación de Irene.

—¡Muy buenos días! —dijo al llegar, con un tono que pretendía ser amable, pero que arrastraba un matiz sibilino, como el siseo de una serpiente que no termina de ocultar su verdadera intención.

—Buenos días… —respondió Irene, conteniendo a duras penas el fastidio que le provocaba aquella visita inesperada, aunque en el fondo no del todo sorprendente.

—Le traigo mi tarta favorita y una taza de té… veo que está últimamente desmejorada, querida —añadió Angustias, deslizando la observación con una suavidad envenenada que cumplía a la perfección su propósito: abrir una grieta por la que colarse.

Sin esperar una invitación explícita, ya se encontraba prácticamente dentro, avanzando con decisión hacia la cocina, como si aquel fuera su terreno natural, como si el simple gesto de ofrecer algo le otorgara el derecho a invadir el espacio ajeno. Allí, en ese escenario cotidiano, confiaba en poder captar cada matiz, cada gesto, cada silencio revelador.

—¿Desmejorada, yo? —replicó Irene, a la defensiva, clavando la mirada en su vecina con una mezcla de incredulidad y recelo.

—Bueno, bueno, no se me alarme usted, es solo preocupación —respondió Angustias con un fingido desasosiego, modulando la voz como si realmente estuviera movida por el afecto—. Nada, mujer, tome un pedazo de mi sabroso pastel y una tacita de té, y verá usted cómo todo tiene remedio.

Continuó hablando con una fluidez que ignoraba deliberadamente cualquier resistencia, como si las palabras fueran un río que no necesitara permiso para avanzar. Irene, consciente de que oponerse frontalmente solo serviría para alimentar aún más la curiosidad de su vecina, decidió cambiar de estrategia, desviando la conversación hacia un terreno más inofensivo.

—Hay que reconocer lo buena repostera que es usted —dijo, probando el dulce con una cortesía medida, utilizando el cumplido como un intento de distraerla, de alejarla del verdadero motivo de su visita.

Pero en el fondo sabía que aquello era inútil. Conocía a Angustias demasiado bien, como si la hubiera parido ella misma, y era plenamente consciente de

que ni la tarta ni el té eran el objetivo real. Había olido sus intenciones mucho antes de que cruzara la puerta, percibiendo en ella no solo el aroma empalagoso del bollo, sino también ese otro olor más sutil, más persistente: el de la intromisión disfrazada de cortesía.

Después del intento de Irene por desviar su atención, la conversación tomó un rumbo aparentemente inofensivo, transitando por esos senderos previsibles y educados que suelen recorrer las vecinas cuando ninguna quiere mostrar sus verdaderas cartas. Hablaron del tiempo, de los pequeños asuntos del barrio, de trivialidades que llenaban el aire sin aportar nada sustancial, como si ambas hubieran pactado, en silencio, una tregua momentánea. Irene, poco a poco, comenzó a relajarse, creyendo —o queriendo creer— que Angustias había olvidado el verdadero motivo de su visita, que su curiosidad se había diluido entre sorbo y sorbo de té.

Pero Angustias no era de las que olvidan.

—¿Qué pasa con él? —soltó de repente, a quemarropa, rompiendo la falsa armonía con una precisión quirúrgica.

Irene se tensó al instante, como si aquella pregunta hubiera atravesado directamente su coraza.

—¿Qué quiere usted decir, Angustias? —respondió, y en su voz ya no había rastro de cortesía, sino una amenaza apenas contenida.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, querida? —replicó la otra con una media sonrisa cargada de intención.

La respuesta flotó en la mente de Irene con una claridad incómoda: «Demasiado». No hizo falta decirlo en voz alta. Ambas lo sabían.

Durante unos segundos, el silencio se impuso entre ellas, pesado, expectante. Irene comprendió entonces que no había escapatoria posible, que Angustias no se marcharía sin llevarse algo, aunque fuera una mínima grieta por la que seguir indagando. Y así, sin mirar directamente a su vecina, comenzó a hablar. Le contó sus penas, su desconcierto, la distancia que sentía crecer entre ella y el hombre que tenía a su lado… pero, por supuesto, omitió cuidadosamente todo aquello que no podía salir a la luz. Los asesinatos, el pasado, la verdad más oscura, quedaron enterrados bajo una capa de relato domesticado.

Angustias escuchaba con una atención casi voraz, asintiendo de vez en cuando, fingiendo empatía, pero por dentro saboreando cada palabra como si fuera un manjar largamente esperado. La constatación de que no todo era feli-

cidad en la casa de Irene le producía un placer difícil de describir, una satisfacción íntima que recorría su cuerpo como una descarga súbita, subiendo desde lo más profundo hasta instalarse en su mente con una intensidad que apenas podía disimular. Era una sensación nueva —o quizá olvidada—, algo que no recordaba haber experimentado ni siquiera en los momentos que, en teoría, debieron ser los más felices de su vida.

Y, aun así, mantuvo la compostura. Porque para Angustias, el verdadero placer no estaba solo en saber… sino en seguir sabiendo.

—Querida, no es para menos. Entiendo por lo que está pasando —dijo Angustias, adoptando ese tono cálido y envolvente que tan bien sabía fingir cuando le convenía.

—Este hombre me parte el corazón. No sé qué hacer… cada vez se aleja más de mí —respondió Irene, dejando escapar una vulnerabilidad que rara vez se permitía mostrar, como si aquellas palabras, al fin pronunciadas, aliviaran en parte el peso que llevaba dentro.

La vecina asintió con gravedad impostada, acercándose lo justo para reforzar la ilusión de complicidad, y comenzó a desplegar un discurso cargado de falsa empatía, alineándose sin fisuras con el sufrimiento de Irene. Juntas —o al menos eso parecía— construyeron un pequeño frente común contra los varones, a quienes Angustias no dudó en señalar como culpables recurrentes de las desdichas femeninas, hombres incapaces de valorar a mujeres que, según ella, solo buscaban algo tan sencillo y tan noble como quererles para toda la vida. No ofreció soluciones, ni consejos, ni alternativas; no era eso lo que la había llevado hasta allí. Su objetivo ya estaba cumplido: había obtenido la confirmación que buscaba, el resquicio emocional que necesitaba para alimentar su curiosidad y, sobre todo, su satisfacción personal.

Cuando se despidió, lo hizo con la misma naturalidad con la que había llegado, pero por dentro se marchaba henchida, complacida, saboreando la certeza de que la vida de su vecina no era tan perfecta como aparentaba. Aquel conocimiento le proporcionaba un extraño consuelo, una especie de victoria silenciosa que contrastaba con su propia realidad, donde al menos contaba con un esclavo dócil, obediente, incapaz de cuestionar nada y siempre dispuesto a satisfacer sus caprichos sin reservas.

Irene, por su parte, regresó junto a su Adonis, que permanecía apartado, distante, como si habitara en un lugar completamente ajeno a la escena que acababa de desarrollarse. Y cuando se dice distante, no era una simple ausencia física o momentánea: era una lejanía profunda, casi inalcanzable, como si su mente estuviera viajando por territorios que no compartía con nadie, aferrada a

un pasado que, a pesar de todo, seguía reclamándolo con una fuerza imposible de ignorar.

Tanto era así que ni siquiera percibió su llegada.

—¡Amor mío! —exclamó Irene, con un matiz de desesperación que ya no podía disimular—. ¿Qué te pasa?

La pregunta quedó suspendida en el aire unos segundos antes de encontrar respuesta. Él reaccionó con un ligero retraso, como si regresara de un lugar muy lejano, girándose sobre sí mismo con una lentitud extraña. Sus ojos se posaron en ella, pero no la veían realmente; la atravesaban, como si Irene fuera solo una figura más en un paisaje que ya no le pertenecía. Aquella mirada ausente, vacía de reconocimiento, resultaba más inquietante que cualquier palabra, porque en ella no había rechazo… pero tampoco había presencia. Y en ese vacío, Irene comenzó a intuir que quizá lo estaba perdiendo de una forma mucho más profunda de lo que había imaginado.

Al principio, Angustias barajó la posibilidad de acudir al alcalde, pero la idea se desvaneció con la misma rapidez con la que había surgido. No le inspiraba la firmeza que ella consideraba necesaria para un asunto tan delicado; en su opinión, era un hombre tolerante, sí… pero en exceso, casi hasta la debilidad. «Demasiado blando», se dijo, descartándolo sin darle una segunda oportunidad. Necesitaba a alguien que no dudara, que se aferrara a principios claros, aunque fueran antiguos, incluso rígidos. Y así, como quien elige una herramienta concreta para una tarea muy específica, su pensamiento se dirigió hacia el cura del lugar.

El párroco representaba, a sus ojos, justo lo que buscaba: un hombre de otra época, anclado en valores tradicionales, con una visión del mundo menos ambigua, más tajante. No importaba que fuera anticuado; de hecho, eso jugaba a su favor. En situaciones donde la moral se volvía difusa, alguien como él podía ofrecer una interpretación clara, incluso severa, de los hechos. Y Angustias, en el fondo, no buscaba comprensión… buscaba confirmación.

El sacerdote se encontraba en su despacho de la parroquia, sumido en esa rutina interminable que parecía definir su existencia. Era un hombre de baja estatura, calvo, de edad difícil de precisar —podría haber tenido sesenta o setenta años sin que nadie lo asegurara con certeza—, pero con una barriga prominente que hablaba por él, como si fuera el resultado visible de años de vida tranquila, de comidas regulares y preocupaciones llevadas con resignación. Su mesa estaba invadida por papeles que se acumulaban sin orden aparente: registros de defunciones, nacimientos, bodas… fragmentos de vidas ajenas que

pasaban por sus manos y que él archivaba con la paciencia de quien ha aceptado su papel en ese ciclo constante.

En ese ambiente cargado de rutina y silencios contenidos, el cura avanzaba en su labor sin prisa, ajeno aún a la tormenta de intenciones que Angustias estaba a punto de llevar hasta su puerta. Porque si algo tenía claro ella, era que aquel hombre, con toda su aparente bonhomía, podía convertirse en el detonante que necesitaba para poner en marcha algo mucho más grande… algo que, quizá, Irene no vería venir.

—Muy buenos días, Padre —dijo Angustias con una sonrisa que, lejos de ser inocente, destilaba una satisfacción apenas disimulada, como si ya saboreara el efecto de sus propias palabras antes incluso de pronunciarlas.

El clérigo, sin alzar la vista de los papeles que tenía delante, respondió con una sequedad que rozaba la descortesía:

—Todavía no es la hora del confesionario y estamos fuera del horario de misa.

—Lo sé, Padre… —replicó ella, algo descolocada por la frialdad inicial, aunque sin perder del todo su compostura.

—¿Entonces? —insistió él, sin abandonar su tarea, como si cada línea que leía fuera más importante que cualquier alma que pudiera estar en peligro.

—Verá usted, se trata de mi vecina… —dejó caer Angustias, modulando la voz con la precisión de quien suelta una bomba y espera el momento exacto de la detonación.

Sin embargo, el impacto no fue inmediato. El viejo cura continuó aferrado a sus papeles, como si aquel comentario no mereciera aún su atención plena.

—¿Su vecina? —preguntó finalmente, sin levantar la cabeza, pero ya con una ligera inflexión distinta en la voz.

Y fue en ese instante cuando algo comenzó a encajar en su mente. Irene… el nombre no necesitaba siquiera ser pronunciado para activarse en su memoria. Su reputación, tejida a base de murmullos, miradas y juicios no siempre explícitos, la precedía con una consistencia difícil de ignorar. Viuda, sí, pero no precisamente recogida en el luto que la comunidad consideraba apropiado; una mujer que, según las lenguas más afiladas, mostraba una alegría poco decorosa para su estado, especialmente a ojos de una sociedad que toleraba ciertas prácticas siempre que se mantuvieran dentro de límites no escritos.

Porque en aquel entorno, resultaba aceptable —o al menos tolerado— que alguien dispusiera de un esclavo si su situación lo permitía, pero lo que ya no encajaba tan bien en el esquema moral colectivo era que una viuda se permitiera ciertas libertades, ciertas "aventuras" con hombres que, por su condición económica, no podían aspirar a tener esclavas. Esa mezcla de independencia y comportamiento ambiguo no solo incomodaba… desafiaba directamente una norma no declarada que muchos preferían no cuestionar. Y si a todo ello se sumaba su escasa presencia en la parroquia, su falta de disciplina religiosa, el cuadro comenzaba a dibujarse con trazos cada vez más inquietantes para alguien como él.

En apenas unos segundos, el sacerdote procesó toda esa información, dejando que encajara con la insinuación que Angustias acababa de introducir. Lo que al principio parecía una interrupción molesta empezó a adquirir otro cariz, uno mucho más relevante dentro de su sistema de valores. Lentamente, como si el gesto tuviera un peso simbólico, dejó los documentos sobre la mesa, apartándolos con una decisión que no había mostrado hasta entonces. Cruzó los brazos sobre el pecho y, por fin, alzó la mirada hacia su interlocutora.

Aquel cambio era evidente. Ya no era un hombre ocupado en su rutina, sino alguien dispuesto a escuchar… o a juzgar.

Su postura lo decía todo: hable ahora… o calle para siempre.

La alcahueta no se hizo de rogar; apenas encontró el mínimo resquicio de atención por parte del sacerdote, comenzó a desbordarse, como si llevara demasiado tiempo conteniendo un caudal oscuro que ahora, por fin, encontraba salida. Sus palabras no fluían, se precipitaban, cargadas de una urgencia impostada y de un dramatismo cuidadosamente medido:

—Necesito desesperadamente hablarle del comportamiento de mi vecina, y usted es la única alma en quien puedo pensar.

Hizo una pausa, breve pero calculada, dejando que el peso de su afirmación se asentara en el aire, como una gota de veneno cayendo lentamente. Observó con atención al cura, y al percibir ese leve asentimiento, casi imperceptible pero suficiente, continuó, reforzando el tono con una mezcla de humildad fingida y necesidad exagerada:

—Siento terriblemente molestarlo con mis problemas, Padre, pero sencillamente no sé cómo proceder… y necesito la ayuda de alguien verdaderamente capacitado.

Aquellas palabras, cargadas de adulaciones tan evidentes como efectivas, encontraron su objetivo sin dificultad. El ego del sacerdote, ya predispuesto a verse como guía moral de la comunidad, comenzó a inflarse con cada elogio, hasta el punto de que su postura se volvió más rígida, más solemne, como si de pronto hubiera asumido un papel de mayor trascendencia. Parecía, incluso, que su propio cuerpo acusaba esa hinchazón simbólica, como si el espacio entre la silla y el escritorio se le quedara pequeño para tanta importancia recién adquirida.

Entonces Angustias se lanzó de lleno. Lo que comenzó como un relato aparentemente ordenado pronto derivó en una exposición extensa, minuciosa y profundamente contaminada por su propia imaginación. Mezcló lo que había visto con lo que creía haber entendido, y aquello con lo que simplemente le convenía creer. Los hechos se deformaban a medida que salían de su boca, adquiriendo tintes cada vez más oscuros, más escandalosos, hasta configurar una historia que, más que reflejar la realidad, revelaba la naturaleza de quien la contaba.

El clérigo escuchaba, primero con atención, luego con creciente inquietud, y finalmente con una mezcla de escándalo y convicción. Lo que oía encajaba demasiado bien con los prejuicios que ya albergaba, con esa imagen previa de Irene que la comunidad había ido construyendo a base de insinuaciones. No necesitaba pruebas sólidas; le bastaba con una narrativa que confirmara lo que, en el fondo, ya estaba dispuesto a creer.

Cuando Angustias, incapaz de contenerse, empezó a divagar hacia asuntos secundarios, alejándose del núcleo que había despertado su interés, el sacerdote comenzó a mostrar signos claros de hastío. Aquello ya no aportaba nada nuevo, solo ruido. Con una cortesía forzada, y más por necesidad que por educación, la invitó a marcharse, recuperando en apariencia su posición inicial.

Pero nada era igual.

Una vez solo, rodeado nuevamente por sus papeles, intentó retomar su trabajo, pero su mente ya no estaba allí. Las palabras de la vecina seguían resonando con insistencia, fragmentándose, recomponiéndose, buscando encajar en una lógica que le resultara coherente. Miraba los documentos sin verlos, tratando de recordar en qué punto se había quedado, pero la rutina, esa que antes lo sostenía, había perdido su fuerza. Algo se había instalado en su pensamiento, una inquietud que no desaparecería fácilmente.

Y así, con la semilla ya plantada y creciendo en la oscuridad de su mente, todo quedaba dispuesto para lo que estaba por venir.

Capítulo 9

Irene, firme en su determinación de salvar lo que ella entendía como una relación que aún podía rescatarse, llegó a la conclusión de que necesitaba ayuda externa, algo que escapara a sus cuidados, a su insistencia y a su manera de entender el afecto. Por primera vez, admitía —aunque fuera de forma parcial— que el problema no se resolvía únicamente con cariño. Sin perder tiempo, se lanzó sobre el ordenador y comenzó a teclear con una urgencia casi nerviosa, como si cada segundo que pasaba jugara en su contra. Sus ojos recorrían la pantalla con avidez, saltando de una opción a otra, hasta que finalmente dio con lo que parecía encajar en su propósito: un psicólogo que se anunciaba en una página web diseñada con un esmero casi hipnótico.

La página estaba llena de imágenes cuidadosamente elegidas: plantas verdes, caminos rodeados de naturaleza, paisajes idílicos que transmitían una sensación de calma artificial, casi demasiado perfecta para ser real. De fondo, una música suave, envolvente, imitaba el sonido de la lluvia cayendo con una cadencia constante, como si invitara a quien la escuchara a sumergirse en una especie de eterna primavera emocional, donde todo podía recomponerse con la guía adecuada. Irene, absorta, se inclinó hacia la pantalla hasta casi tocarla, como si quisiera atravesarla, como si en ese espacio digital se encontrara la solución tangible a su problema.

No dudó más. Tomaron el coche y emprendieron el camino hacia la clínica, con la esperanza —o quizá la necesidad— de encontrar allí una salida, una explicación, una forma de devolver al Sr. Naranja a ese estado que ella consideraba “normal”. Para él, sin embargo, el trayecto tuvo un significado muy distinto. Acostumbrado a su encierro, a la limitación constante de su espacio, aquel corto viaje se convirtió en una experiencia casi reveladora. Bajó la ventanilla y dejó que el aire le golpeara el rostro, permitiendo que su cabello se moviera libre, sin control, como hacía tiempo que no ocurría.

Cerró los ojos por un instante, sintiendo esa corriente que lo atravesaba, esa sensación fugaz de amplitud, de apertura, que despertaba en él algo que creía dormido. No era libertad, no realmente… pero se le parecía lo suficiente como para engañarlo durante unos segundos. Y en ese pequeño instante robado al encierro, el Sr. Naranja experimentó una vibración interna, una especie de eco lejano de lo que había sido, o de lo que quizá aún podía ser. Una ilusión, sí…

pero a veces, incluso las ilusiones tienen el poder de recordar que existe algo más allá.

El profesional tenía su consulta no muy lejos de la ciudad, en uno de esos barrios residenciales donde todo parece diseñado para transmitir una sensación de orden y éxito discreto, con edificios pulcros, calles tranquilas y una presencia constante de despachos que prometen soluciones a problemas que, en el fondo, nadie termina de entender del todo. A Irene no le resultó difícil encontrar la clínica; destacaba con una claridad casi artificial, situada en una planta baja cuya fachada replicaba, sin el menor pudor, las mismas imágenes idílicas que había visto en la página web. Aquella coherencia estética, lejos de tranquilizarla, le produjo una leve incomodidad, como si todo estuviera demasiado preparado, demasiado estudiado para resultar creíble.

Al cruzar la puerta, la recibió de inmediato esa misma música de lluvia que ya conocía, una melodía constante que pretendía envolver el espacio en una calma fabricada, casi hipnótica, mientras el aire acondicionado trabajaba en silencio, disimulando su presencia bajo aquella ilusión de frescor natural. El conjunto resultaba tan cuidadosamente construido que rozaba lo teatral: plantas por todas partes, hojas brillantes, macetas estratégicamente colocadas que buscaban recrear una especie de jungla doméstica, un pequeño ecosistema contenido entre paredes. Solo faltaban, pensó Irene con una ironía fugaz, algunos animales exóticos para completar la escena y convertir aquello en un auténtico zoológico urbano.

Tras presentarse, fueron recibidos por una secretaria cuyo aspecto contrastaba violentamente con el entorno que la rodeaba. Su expresión cansina, su postura ligeramente encorvada y ese aire de resignación que parecía haberse instalado en ella desde hacía tiempo, rompían cualquier intento de armonía estética. Sin demasiado entusiasmo, les indicó que tomaran asiento en un par de sillas de mimbre que, aunque incómodas, encajaban perfectamente con la decoración del lugar, como si el confort real hubiera sido sacrificado en favor de la coherencia visual.

La espera se alargó más de lo que Irene habría deseado. Para matar el tiempo, ambos se refugiaron en el revistero, un amasijo desordenado de publicaciones manoseadas que parecían haber pasado por demasiadas manos. Los tabloides ocupaban el lugar predominante, escupiendo titulares sobre la vida privada de supuestos famosos, mezclados sin criterio con periódicos que anuncia-

ban catástrofes inminentes y nuevas subidas de impuestos, como si el mundo entero oscilara entre el drama banal y el desastre real. Debajo de aquella capa de ruido mediático, se escondían algunas revistas seudocientíficas, de esas que prometen respuestas profundas pero que, en realidad, solo dejan al lector con más preguntas de las que tenía antes de abrirlas.

Irene, incapaz de resistirse, se sumergió de inmediato en el universo del papel “cuché”, devorando chismorreos con una avidez que contrastaba con la supuesta serenidad del entorno. Era su forma de desconectar, de apartar momentáneamente la tensión que llevaba dentro. El Sr. Naranja, en cambio, eligió un camino muy distinto. Sus manos, casi por instinto, se dirigieron hacia unos folletos de viajes, como si en ellos encontrara una ventana hacia algo que le había sido negado durante demasiado tiempo. Los hojeaba con atención, deteniéndose en las imágenes de lugares lejanos, paisajes abiertos, ciudades desconocidas… absorbiendo cada detalle con una mezcla de curiosidad y anhelo. Para él, aquellas páginas no eran solo papel impreso: eran fragmentos de un mundo al que, de alguna forma, aún no sabía si podría pertenecer.

Los ojos del especialista se posaron sobre el Sr. Naranja con una curiosidad que iba más allá de lo profesional, una mirada detenida, casi analítica, como si intentara desentrañar algo que no terminaba de encajar en los parámetros habituales de su oficio. Irene, por su parte, fue relegada a un segundo plano con un simple gesto de la mano, una orden silenciosa pero contundente que la obligó a callar y a observar desde la periferia de la escena. Aquella disposición, tan poco convencional, marcó el tono de la consulta desde el primer momento.

Y así permanecieron durante lo que, en términos reales, no superó la media hora, pero que para Irene se convirtió en una eternidad espesa y desesperante. Sentada, inquieta, mordiéndose las uñas con una mezcla de celos y frustración, no podía comprender la aparente inacción del médico. Él no tomaba notas, no hacía preguntas, no intervenía… simplemente observaba. Su atención parecía centrarse exclusivamente en el Sr. Naranja, recorriéndolo con la mirada como si buscara en su expresión, en sus gestos, en su propia presencia, una clave que solo él creía percibir.

Aquella situación, lejos de tranquilizarla, comenzó a inquietarla profundamente. ¿Era aquello una técnica? ¿Una nueva corriente terapéutica que ella desconocía? ¿O simplemente estaba ante un profesional que había perdido el norte? La palabra “New Age” cruzó su mente con un matiz casi despectivo, asociándo-

la a modas pasajeras y métodos dudosos que prometían mucho y ofrecían poco. Por un instante, llegó a plantearse seriamente la posibilidad de levantarse y marcharse, de abandonar aquel lugar que empezaba a resultarle tan artificial como inquietante.

Pero antes de que pudiera tomar una decisión, el psicólogo rompió finalmente su inmovilidad. Sin decir una sola palabra, se levantó y salió del gabinete, dejando tras de sí un silencio aún más desconcertante. Pasaron apenas unos segundos —los suficientes para que Irene intercambiara una mirada cargada de incertidumbre con el Sr. Naranja— y regresó con un objeto que terminó de descolocar cualquier expectativa: una botella de licor y un par de vasos.

El gesto, tan inesperado como fuera de lugar, quedó suspendido en el aire durante unos instantes. Irene lo observó con incredulidad, incapaz de encajar aquella escena en ninguna lógica conocida. Su mente, ya de por sí agitada, comenzó a especular con rapidez, saltando de una posibilidad a otra sin encontrar una explicación convincente. Mientras tanto, el Sr. Naranja, que hasta ese momento había permanecido en una especie de quietud reflexiva, no pudo evitar pensar que, quizá, aquel profesional necesitaba más ayuda que él mismo.

Irracional o no, el efecto fue inmediato. En cuanto la botella comenzó a circular y el licor encontró su camino hacia los vasos, el Sr. Naranja pareció despojarse de esa capa de contención que lo mantenía en un estado constante de repliegue. Algo en aquel gesto, fuera de toda lógica terapéutica, le resultó extrañamente familiar, casi acogedor, como si por primera vez en mucho tiempo se encontrara en un terreno donde no se le exigía representar nada. La tensión acumulada cedió, y con ella se abrió una compuerta que llevaba demasiado tiempo cerrada. Empezó a hablar. Al principio con cautela, luego con fluidez, y finalmente con una verborrea desatada, como una cotorra que no puede dejar de repetir todo lo que ha guardado durante años. Sus palabras se atropellaban, saltaban de un recuerdo a otro, de una queja a una confesión, sin orden ni filtro, completamente ajeno al hecho de que estaba siendo observado, analizado, desmenuzado por un profesional que no intervenía, pero que no perdía detalle.

Irene escuchaba desde su posición, primero con sorpresa, luego con incredulidad, y finalmente con una mezcla amarga de dolor y desconcierto. Cada frase del Sr. Naranja era una pequeña grieta que se abría en la imagen que ella había construido de su relación, una confirmación, cada vez más clara, de que la realidad que habitaban no era la misma para ambos. Lo que para ella era

amor, cuidado, entrega… para él parecía ser una carga, una prisión emocional de la que no sabía cómo escapar. Aquella revelación, tan directa y desprovista de matices, la dejó desarmada, obligándola a enfrentarse, quizá por primera vez, a una verdad que siempre había esquivado.

El doctor, que había permanecido en su papel de observador silencioso, pareció considerar que había obtenido lo que necesitaba. Sin grandes ceremonias ni explicaciones, dio por terminada la sesión, levantándose con una naturalidad que contrastaba con la intensidad de lo ocurrido. Acompañó al Sr. Naranja hasta la sala de espera, hablándole en un tono bajo, casi confidencial, explicándole que necesitaba conversar a solas con su dueña. Aquella palabra —"dueña"— resonó con un peso particular, como si encerrara en sí misma toda la naturaleza del vínculo que acababa de presenciar.

El Sr. Naranja salió sin oponer resistencia, todavía envuelto en esa especie de alivio difuso que le había proporcionado el desahogo, mientras Irene quedaba atrás, sentada, rígida, con una sensación creciente de vacío. La certeza empezaba a imponerse con una claridad dolorosa: él no la quería. No de la forma en que ella había creído, no con la intensidad que había imaginado, no con esa reciprocidad que daba sentido a todo su empeño.

Cuando el médico regresó junto a ella, encontró a una mujer profundamente herida, recogida sobre sí misma, con la mirada perdida en algún punto indefinido. La visita, que Irene había concebido como una solución, como un paso necesario hacia la recuperación de su relación, se revelaba ahora como una experiencia devastadora. No había obtenido respuestas que pudiera utilizar, ni consuelo, ni siquiera una guía clara. Solo una evidencia incómoda, imposible de ignorar.

Para ella, todo aquello había sido, sencillamente, una pérdida de tiempo… o al menos, eso era lo que necesitaba creer para no enfrentarse a lo que realmente había descubierto.

—Todo va a ir bien, señora… —la tranquilizó el facultativo, invitándola a sentarse mientras la observaba con una atención distinta, más evaluativa que clínica, preguntándose en silencio qué había podido ver aquel hombre, tan evidentemente atractivo, en alguien como ella. No era una duda profesional, sino casi humana, teñida de una curiosidad que no lograba disimular del todo.

—No hace falta que me calme, me hago cargo de la situación —respondió Irene, todavía sacudida por lo que acababa de escuchar, aferrándose a una entereza que, en realidad, empezaba a resquebrajarse por dentro.

—Cuando usted me llamó contándome el problema… no esperaba un espécimen tan atractivo —continuó el psicólogo, con una franqueza poco habitual—, y eso que a mí me gustan las mujeres, señora —añadió con énfasis, como si quisiera dejar claro que su comentario no nacía de ningún interés oculto.

—Pensaba que iba a decirme usted… qué lástima que alguien tan bien parecido esté con una vieja como yo… —replicó Irene en un tono agrio, cargado de una provocación evidente, buscando arrancarle una confirmación que le permitiera discutir, confrontar, justificar su propia herida.

El doctor, sin embargo, no mordió el anzuelo. Percibió el terreno resbaladizo al que lo invitaba y, con cierta incomodidad, optó por cambiar de rumbo, refugiándose en una formalidad que sonaba casi grandilocuente:

—Por supuesto, todo lo que se dice en esta consulta queda bajo secreto profesional, señora.

Pero Irene no estaba dispuesta a soltar la presa.

—Le doy todo cuanto necesita… ¿qué más puedo hacer? —insistió, ahora con un matiz más urgente, más desnudo.

—¿La libertad? —respondió él.

No era una pregunta, ni mucho menos una sugerencia amable. Era un reproche directo, una palabra lanzada con la precisión de quien sabe que está tocando el núcleo del problema.

—Yo lo he creado… y me debe gratitud —afirmó Irene con firmeza, como si aquella idea fuera irrefutable, como si en ella residiera toda la legitimidad de su posición. Pero mientras hablaba, algo en su interior comenzaba a oscurecerse, una sombra que crecía alimentada por la sensación de que el médico no estaba de su lado, de que no validaba su versión del mundo.

—Estará usted conmigo en que la gratitud no puede esclavizar a una persona —replicó el psicólogo con calma, sin elevar la voz, pero sin ceder un ápice.

—Él ya era un esclavo… —contestó Irene, casi con orgullo, como si aquel hecho justificara cualquier continuación.

—Por supuesto, señora —asintió el galeno—, pero ahora piensa… y comprende por sí mismo.

La frase quedó suspendida en el aire como una sentencia, sencilla en apariencia, pero cargada de una verdad difícil de esquivar. Porque en ese "ahora" se encontraba todo: el cambio, la ruptura, la razón por la cual nada podía seguir siendo como antes.

Irene fijó su mirada en los ojos del doctor, y en ese instante todo el aire de la consulta pareció espesarse, como si la atmósfera misma se hubiera vuelto densa, cortante, capaz de herir con solo respirarla. No era una mirada cualquiera; había en ella una mezcla de orgullo herido, incomprensión y algo mucho más peligroso, una tensión contenida que buscaba salida. El psicólogo, curtido en tratar con mentes al borde del abismo, reconoció de inmediato aquella señal. No era la primera vez que veía ese brillo, esa transición casi imperceptible entre la razón y el impulso, entre el discurso y la posible acción. Una alarma, silenciosa pero insistente, se activó en su interior, afinada por años de experiencia lidiando con pacientes que no siempre distinguían entre lo que pensaban y lo que podían llegar a hacer.

En cuestión de segundos, evaluó la situación con una claridad casi instintiva. No se trataba ya de una conversación incómoda ni de un desacuerdo profesional: estaba presenciando la formación de algo más grande, más inestable, un ciclón emocional que comenzaba a girar con fuerza creciente en el interior de Irene. Y lo más inquietante era que no había indicios de que pudiera detenerse por sí solo. El equilibrio que hasta ese momento había mantenido la escena se estaba rompiendo, y con él, cualquier garantía de seguridad.

Observó cómo su expresión cambiaba, cómo la tensión se acumulaba en su rostro y en su postura, como si su cuerpo fuera incapaz de contener por más tiempo lo que se gestaba dentro. En su mente, la metáfora se construyó con una claridad alarmante: Irene era una olla a presión a punto de estallar. La aguja, que hasta hacía unos momentos se mantenía en una zona manejable, había

comenzado a desplazarse sin control, abandonando el tono seguro de lo previsible para adentrarse en un naranja inquietante, avanzando con rapidez hacia ese rojo que ya no admite vuelta atrás.

El doctor comprendió entonces que debía actuar con rapidez, no desde la confrontación, sino desde la contención, midiendo cada palabra, cada gesto, como si se moviera sobre una superficie frágil que podía quebrarse en cualquier momento. Porque en ese punto, lo que estaba en juego ya no era solo el resultado de la consulta… sino algo mucho más inmediato y tangible: su propia integridad.

—¿Por qué no se casa usted con él?

La pregunta salió disparada, rápida, directa, como un golpe seco que rompía la tensión acumulada en el aire. No hubo preparación ni rodeos, solo una idea lanzada a bocajarro con la urgencia de quien necesita cambiar el rumbo de una situación que empieza a descontrolarse. Y funcionó. Irene se quedó inmóvil durante una fracción de segundo, sorprendida, tan desconcertada que, en ese mismo instante, la presión que parecía a punto de estallar en su interior descendió bruscamente. La aguja, que amenazaba con el rojo, retrocedió hasta un verde más manejable. El doctor, casi sin querer, había encontrado una válvula de escape.

Irene adoptó entonces una actitud reflexiva, casi teatral. Se levantó lentamente y comenzó a pasearse por el gabinete, recorriendo el espacio con pasos medidos, como una leona encerrada que analiza cada rincón de su jaula en busca de una salida. Su mente trabajaba a toda velocidad, reordenando ideas, adaptando aquella sugerencia a su propia lógica. El psicólogo, mientras tanto, respiró con cautela, percibiendo que, al menos de momento, el peligro inmediato se había disipado.

Tras varios giros, Irene se detuvo frente a él y lo miró con una expresión distinta, más serena, incluso iluminada por una leve sonrisa.

—Puede que no sea mala idea, Doc.

El cambio era evidente, pero no por ello tranquilizador.

—Es lo mejor para usted… —respondió el médico, eligiendo cuidadosamente cada palabra—, aunque puede que tenga algunas dificultades…

Dejó la frase en el aire, observando su reacción con atención, como si estuviera probando la resistencia de un material inestable. Irene captó la insinuación al instante, y su gesto se endureció ligeramente, mezclando irritación y desconfianza.

—¿Dificultades? ¿Qué más puede pasar?

—Por lo pronto… contar con su aprobación —añadió él, forzando una risa que no era tal, sino más bien un tic nervioso disfrazado de ligereza.

Irene no dudó.

—Descuide. Está todo bien atado —respondió con una seguridad que rozaba la arrogancia, convencida de tenerlo completamente bajo control—. No le queda más remedio que obedecerme… o eso, o volver a la tienda y ser vendido a cualquier desalmada.

Aquella afirmación, dicha sin el menor atisbo de duda, volvió a tensar el ambiente. El doctor percibió que el terreno seguía siendo inestable, que aquella aparente calma no era más que otra forma de control.

—También hay otro inconveniente… en el que usted no tiene poder alguno.

La frase cayó con un peso distinto. Ya no era una sugerencia, sino una advertencia. Durante un instante, el psicólogo recuperó su posición, su autoridad, como si hubiera sacado una carta más alta en una partida que ambos jugaban sin reconocerlo abiertamente.

—¿Más inconvenientes? —preguntó Irene, esta vez con una furia contenida que volvía a asomar.

—Por supuesto, señora… —empezó a decir el doctor, pero en ese mismo momento, algo en su interior vaciló. Su voz perdió firmeza, y aquella seguridad recién recuperada comenzó a resquebrajarse.

El equilibrio volvía a tambalearse. Y ambos lo sabían.

—¡¡Vaya despropósito!! —aulló Irene, levantándose de la silla con una energía súbita, como si aquella conversación hubiera alcanzado un límite intolerable. Dio un par de pasos decididos hacia la salida, convertida ya en la única escapatoria razonable para el médico, pero, a medio camino, se detuvo en seco. Giró sobre sí misma con brusquedad y regresó hacia él, con una determinación aún más peligrosa, como si aquella retirada no hubiera sido más que un amago.

—¡¡Piense con la cabeza, mata-sanos!! —espetó, clavándole la mirada—. Ahora que me ha convencido, ¿pretende quitármelo de la mente? ¡¡Me está mareando!!

No dejó espacio para réplica.

—¿Se imagina que él cambiara… que se cansara de mí? —continuó, elevando la voz, aunque en el fondo no buscaba respuesta, sino reafirmarse en su propia lógica—. ¡¡No estamos hablando de un hombre normal y corriente, sino de un esclavo!! Tan fiel, tan tonto… lo mismo que un perro. Y aunque él no quiera… me pertenece.

Se detuvo un instante, respirando con dificultad, observando al psicólogo con un desafío abierto, consciente de que, en ese momento, dominaba la escena. Y como quien se crece ante su propio discurso, continuó con una intensidad aún mayor:

—Pero yo sé lo que le pasa. Usted cree que soy una enlutada mojigata, esperando reunirme con mi difunto esposo… ¡ni me considero viuda ni pienso reencontrarme con ese idiota! —escupió las palabras con un desprecio casi físico—. ¡Deseo con todas mis fuerzas que se pudra en su tumba!

El estallido final llegó como un golpe seco:

—¡¡A mí no me interesan los problemas que tenga que afrontar!! ¡¡Lo que quiero es que lo alivie de una puñetera vez!!

Irene estaba completamente desatada. Su mente, lejos de calmarse, volvía a calentarse peligrosamente, como una caldera sin control en la que la presión aumentaba segundo a segundo. La aguja, que había retrocedido momentáneamente, volvía a ascender con rapidez hacia ese rojo temido donde ya no hay

retorno posible. El ambiente en la consulta se volvió irrespirable, cargado de una tensión que parecía a punto de romperse de forma violenta.

El psicólogo lo percibió con absoluta claridad. Aquello ya no era una discusión ni un intercambio de ideas: era una situación límite. Sabía que, si no intervenía con precisión, si no lograba redirigir aquella energía en el momento exacto, las consecuencias podrían ser irreversibles. Y, en ese punto, cuando incluso la metáfora de la válvula de seguridad parecía insuficiente, tomó una decisión arriesgada.

Se levantó.

El gesto, simple en apariencia, tuvo un efecto inmediato. Irene no lo esperaba. Aquella inversión de roles —él, poniéndose en pie, ocupando el espacio con una presencia directa— generó un breve desfase en su reacción, un pequeño vacío en su impulso. Fueron apenas unos segundos, pero suficientes. El doctor aprovechó ese instante de ventaja, sostuvo su mirada sin esquivarla y, con una firmeza que hasta ese momento no había mostrado, formuló una pregunta que no buscaba calmarla… sino enfrentarla consigo misma:

—¿Y si lo que le ocurre no es que él necesite alivio… sino que usted necesita control?

—¿Le importa lo que sus vecinos piensen de usted?

La pregunta, lanzada con una aparente sencillez, encontró a Irene en un punto inesperado. Durante un instante casi imperceptible, algo se removió en su interior antes de que pudiera construir la respuesta.

—En absoluto… —afirmó con firmeza.

Y, sin embargo, aquella seguridad no era del todo limpia. Bajo la superficie de su respuesta, algo chirriaba. Irene sabía —aunque no estuviera dispuesta a admitirlo— que la opinión ajena sí tenía peso en su mundo. No en el sentido convencional, no como una necesidad de aprobación directa, sino como una amenaza latente. La envidia, ese veneno silencioso que conocía demasiado bien, podía extenderse como una enfermedad entre sus vecinos, alimentando sospechas, despertando curiosidades peligrosas. Y si algo temía, no era el juicio… sino la investigación. Que alguien mirara demasiado de cerca. Que al-

guien descubriera lo que realmente era: una dueña que había moldeado a su esclavo a su antojo, disfrazando esa realidad bajo una apariencia más aceptable.

El doctor captó esa pequeña fisura, ese leve temblor en la coherencia de su discurso, pero decidió no profundizar más. Había llegado a su límite.

—Entonces, señora… si usted lo tiene tan claro, no voy a ser yo quien la convenza de lo contrario —dijo con rapidez, casi atropellando las palabras—. Su esclavo está curado. Por mi parte, le doy el alta.

Aquella resolución, más que profesional, era una retirada estratégica. El psicólogo ya no quería estar allí, no quería seguir navegando en aquel terreno inestable donde cada palabra podía volverse en su contra. Necesitaba cerrar, salir, poner distancia.

—¡¡Muchas gracias, doctor!! Le haré el hombre más feliz del mundo —exclamó Irene, visiblemente aliviada, como si aquella validación fuera exactamente lo que necesitaba para reafirmar su plan.

—No lo dudo, señora… —respondió él, aunque en su interior algo no terminaba de encajar.

Mientras la observaba marcharse, sintió una punzada incómoda, una mezcla de duda y remordimiento que trató de sofocar rápidamente. Sabía que, en teoría, su deber profesional iba más allá de aquella resolución apresurada. Sabía que había algo profundamente equivocado en la situación que acababa de presenciar. Pero también sabía otra cosa: no estaba dispuesto a convertirse en héroe. No por ella, desde luego… y tampoco por él.

Porque, al fin y al cabo, para el mundo, el Sr. Naranja no dejaba de ser lo que siempre había sido.

Un esclavo… aunque ahora vistiera de otra cosa.

¿Irene era religiosa? Nada más lejos de la realidad. Su relación con lo espiritual, si alguna vez existió, había quedado enterrada bajo capas de pragmatismo, conveniencia y una forma muy particular de entender el mundo, donde las normas solo tenían valor si le servían. Entonces, ¿qué hacía allí, en la sacristía,

hablando con el clérigo? La escena, en sí misma, resultaba tan contradictoria que invitaba a formular preguntas casi inevitables. ¿Buscaba acaso revestir su futuro enlace de una legitimidad que, de otro modo, no podría sostener? ¿Pretendía apropiarse de la solemnidad de la institución para blindar su decisión ante los ojos ajenos? ¿O había en su gesto algo más profundo, más difícil de descifrar incluso para ella misma?

Todas esas cuestiones, en rigor, solo podría responderlas Irene… y ni siquiera es seguro que lo hiciera con claridad. Porque hay decisiones que uno toma sin comprender del todo, impulsado por una mezcla de intuición, miedo y necesidad de control. Y este parecía ser uno de esos casos. Así que, en lugar de anticipar respuestas, lo mejor será acercarse un poco más, afinar el oído y dejar que la escena se despliegue por sí sola. Tal vez, entre palabras y silencios, encontremos algo que se parezca a la verdad… o, al menos, a la versión que Irene está dispuesta a sostener.

—Él me ama, aunque usted no se lo crea… él me ama —insistió Irene, con una intensidad que no dejaba espacio para la duda, pero que, al mismo tiempo, delataba una inquietud difícil de ocultar. Su voz no era firme por convicción, sino por necesidad, como si al repetirlo intentara convencerse a sí misma tanto como al sacerdote.

El clérigo la observaba con esa calma aprendida en años de seminario, una serenidad que no nacía tanto de la comprensión como del hábito de escuchar sin precipitarse. Sin embargo, en su interior, lo que oía no encajaba con los principios que había asumido como guía.

—Entiendo mejor de lo que a usted le parece —respondió con tono pausado, midiendo cada palabra como si fueran piezas delicadas.

—Me enamoré de él al instante —replicó Irene, elevando ligeramente el mentón, como quien presenta una verdad irrefutable.

El sacerdote negó con suavidad, no tanto en desacuerdo absoluto, sino como quien advierte una desviación inevitable.

—Me parece que usted se equivoca… él se cansará pronto de usted.

Aquella afirmación cayó como una losa, pero Irene no retrocedió. Al contrario, se aferró aún más a su idea.

—No se preocupe. Lo tendré siempre ocupado —dijo con una seguridad que rozaba lo inquietante—. De todas maneras, confío en su amor. Podrá con todo… hasta con el cansancio y la monotonía.

El cura suspiró apenas, cruzándose de brazos con un gesto que marcaba una línea clara, una frontera entre lo que podía comprender y lo que no estaba dispuesto a aceptar.

—La juventud… sí, puede con muchas cosas —concedió—, pero tenga en cuenta que el tedio es como un cáncer. No aparece de golpe, pero corroe poco a poco, sin que uno se dé cuenta, hasta que ya es demasiado tarde. Y si a eso le suma una diferencia de edad tan marcada… en su contra… —hizo una breve pausa, dejando que la idea calara—, mi consejo es que no se casen.

La frase final no admitía matices.

—Sería condenar sus vidas a un infierno continuo.

Se mantuvo en esa postura, firme, inamovible, como si aquel dictamen no fuera una opinión, sino una sentencia. Irene, frente a él, no solo estaba siendo cuestionada… estaba siendo desafiada en lo más profundo de su convicción. Y eso, para alguien como ella, no era algo que pudiera aceptar fácilmente.

—¿No es suficiente el cariño a los ojos del Señor? ¿Qué importa entonces la edad? —replicó Irene, a la defensiva, agarrándose al argumento con una mezcla de desafío y oportunismo, como si al invocar lo divino pudiera inclinar la balanza a su favor, arrebatándole al clérigo su terreno natural.

El sacerdote la miró con una ceja apenas alzada, y dejó caer la respuesta con una ironía contenida, casi cortante:

—Podría ser su madre, ¿no?

Aquella frase, simple en apariencia, tenía la intención de descolocarla, de hacerla tambalear en su discurso. Pero Irene no retrocedió. Al contrario, reaccionó con una vehemencia que rozaba lo visceral.

—¡¡Yo no soy su madre!! —espetó con firmeza—. Tampoco me siento como tal… y él no piensa en mí de esa manera. Nosotros somos… algo único.

Se detuvo un instante, como si buscara la palabra exacta, pero lo que encontró fue una confesión más cruda de lo esperado.

—Él es un esclavo… y yo soy una mujer que quiere… que añora su juventud perdida con un cerdo… al que el Señor tenga en su particular infierno.

El gesto de santiguarse llegó inmediatamente después, casi como un acto reflejo, pero el daño ya estaba hecho.

El clérigo se tensó de forma evidente. Aquello no era solo una opinión desafortunada, sino una provocación directa a todo lo que representaba. Su rostro, hasta entonces contenido, se endureció, y por un momento dejó de ser el guía pausado para convertirse en alguien profundamente ofendido.

—¡¡No blasfeme, señora!! —exclamó con una severidad que rompía su tono anterior—. Que estemos en secreto de confesión no le da derecho a nombrar a Dios en vano.

El silencio que siguió fue breve, pero cargado.

Irene, consciente de haber cruzado una línea peligrosa, moderó su postura. No le convenía enfrentarse frontalmente con él, no en aquel momento. Necesitaba su aprobación, o al menos su neutralidad, para que su plan adquiriera la apariencia de legitimidad que buscaba ante los ojos del mundo.

Respiró hondo, suavizó el gesto y, sin renunciar a su objetivo, ajustó el tono.

Porque Irene podía ser muchas cosas… pero no era tonta. Sabía cuándo apretar… y cuándo fingir que aflojaba.

—Señora —dijo el cura con una seriedad que ya no admitía matices—, está claro que ustedes forman una pareja… rara, desde cualquier punto de vista. Y le aconsejo que empiece por admitir lo extraordinario —por no decir problemático— de sus circunstancias.

Hizo una pausa breve, tomando aire, como quien ordena cuidadosamente las palabras antes de soltarlas.

—No tienen nada en común, si exceptuamos el amor que usted dice que se profesan… ¿estoy en lo cierto?

Irene no respondió de inmediato. La pregunta, tan directa, tan desnuda, no necesitaba réplica; necesitaba digestión. Y en ese breve silencio, algo incómodo se agitó en su interior. Porque, en el fondo, sabía que aquello no era un diálogo entre dos enamorados, sino una construcción sostenida casi en exclusiva por ella. Sabía —aunque no quisiera nombrarlo— que él no compartía ese sentimiento, que, muy probablemente, lo que sentía estaba más cerca del rechazo que del afecto. Pero como tantas otras veces, su mente acudió al refugio habitual, a esa idea repetida hasta convertirse en verdad incuestionable: su cariño valía por el de los dos. Y con ese pensamiento, como un mantra, intentó recomponer el equilibrio que acababa de tambalearse.

El sacerdote, que no era ajeno a ese proceso interno, la dejó rumiar sus palabras durante unos segundos. No la interrumpió, no suavizó el momento. Sabía que la incomodidad era necesaria. Y entonces volvió a la carga, esta vez con mayor contundencia:

—¿Cómo es posible que no se dé cuenta de que existen diferencias enormes entre ustedes? —su tono, aunque controlado, se volvió más incisivo—. Diferencias de edad, de inteligencia, de estatus social, de situación económica… —enumeraba sin prisa, como quien desgrana una lista interminable—. Podría seguir así hasta el día del Juicio Final.

Cada palabra era un golpe medido.

—De hecho… —añadió, inclinando ligeramente la cabeza— él no ha venido con usted. ¿Quiere más pruebas?

La sentencia quedó suspendida en el aire, pesada, difícil de esquivar. No era solo una observación; era una conclusión cerrada, una evidencia que el cura presentaba como irrefutable. Irene, frente a él, se encontraba una vez más ante ese espejo incómodo donde su versión del mundo comenzaba a agrietarse… aunque, fiel a sí misma, aún no estaba dispuesta a aceptar lo que ese reflejo le devolvía.

—Si mi amado no está aquí es porque se halla indispuesto —afirmó Irene con una naturalidad ensayada, sosteniendo la mentira con la misma convicción con la que sostenía todo su mundo—. Los lazos… emocionales que nos unen son lo bastante fuertes como para superar esas diferencias que usted, con tanto énfasis, me ha echado encima.

Mientras hablaba, sus palabras adquirían ese tono firme que utilizaba cuando necesitaba imponerse, como si el simple hecho de pronunciarlas con seguridad bastara para convertirlas en verdad. Sin embargo, bajo esa superficie, la realidad era mucho más áspera: el hombre al que defendía con tanta vehemencia no estaba indispuesto, sino retenido, atado no solo con cuerdas físicas, sino con una red mucho más compleja de dependencia y miedo. Pero Irene no lo veía así; o mejor dicho, no quería verlo así. Para ella, aquello no era una imposición, sino una forma de protección, de asegurar un vínculo que, en su lógica, debía prevalecer por encima de cualquier objeción externa.

El cura la observó con detenimiento, sin interrumpirla, dejando que su discurso se desplegara por completo. Había en sus palabras una coherencia interna, sí, pero también una evidente desconexión con la realidad que él percibía. No era solo una cuestión moral o religiosa; era algo más profundo, una forma de entender el amor que confundía posesión con entrega, control con afecto.

—Señora… —respondió finalmente, con una calma que contrastaba con la intensidad de Irene—, los lazos emocionales no se imponen… se comparten. Y cuando uno de los dos no está en condiciones de elegir libremente, lo que usted llama unión… puede ser otra cosa muy distinta.

No elevó la voz, no hizo ningún gesto brusco. No le hacía falta. Sus palabras, medidas y precisas, apuntaban directamente al núcleo del problema, despojándolo de adornos.

—Usted habla de superar diferencias… pero no se trata de superarlas, sino de reconocerlas. Porque si se ignoran, no desaparecen… se agrandan.

El silencio que siguió no fue inmediato, pero cuando llegó, lo hizo con un peso distinto. Irene había defendido su postura, había reafirmado su verdad… pero, por primera vez, alguien la había nombrado desde fuera con una claridad que no podía desoír tan fácilmente.

Ante la terquedad inquebrantable de Irene, el clérigo comenzó a sentir el peso de sus propios límites, no solo físicos —que ya no eran los de un hombre joven—, sino también anímicos. No estaba para estos trotes, para debates interminables con almas que no buscaban guía, sino confirmación. Y menos aún para provocar una ruptura frontal en una pareja que, por extraña que resultara, acudía a él con la intención de sellar su vínculo bajo el rito religioso. Aquello, en otros tiempos, habría sido motivo de una intervención más firme, más doctrinal, pero los tiempos habían cambiado… y con ellos, la realidad de la parroquia.

La iglesia, lo sabía bien, no vivía su mejor momento. Los bancos vacíos durante la misa, las miradas dispersas, la falta de compromiso de los feligreses… todo eso pesaba más de lo que estaba dispuesto a admitir en voz alta. La gente prefería el sol, el descanso, la familia o cualquier distracción antes que someterse a un sermón dominical. En ese contexto, cada pareja que llamaba a la puerta, cada boda que se celebraba, era, en cierto modo, una pequeña victoria, una excusa para mantener viva una tradición que, poco a poco, se iba deshilachando.

Así que, frente a Irene, con todo su ímpetu, su obstinación y esa manera tan peculiar de entender el amor, el sacerdote hizo lo que quizá nunca habría imaginado hacer en sus años de formación: cedió. No porque estuviera convencido, ni mucho menos, sino porque entendió que oponerse frontalmente no conduciría a nada bueno. Ni cambiaría su decisión, ni salvaría lo que, a su juicio, ya estaba condenado.

Con un leve suspiro, casi imperceptible, bajó la mirada unos instantes, como si buscara en ese gesto una última justificación, y finalmente habló:

—Muy bien, señora… —dijo con una resignación que no lograba ocultar del todo—. Si ambos están decididos a dar este paso, la Iglesia no será quien se interponga.

No era una bendición entusiasta, ni una aprobación sincera. Era, más bien, una concesión.

—Pero debo advertirle —añadió, levantando de nuevo la vista— que el matrimonio no es un remedio… ni una solución a los problemas que ya existen. Si entran en él con dudas, con desequilibrios o con cargas no resueltas… lo único que harán será arrastrarlas consigo.

Sus palabras no pretendían ya disuadir, sino dejar constancia, como quien firma un documento sabiendo que, en el futuro, podrá decir que lo advirtió.

—Aun así… si desean continuar, prepararemos lo necesario.

Y con esa frase, sencilla pero cargada de implicaciones, el clérigo selló su decisión, consciente de que, a partir de ese momento, lo que ocurriera ya no estaría en sus manos… sino en las de dos personas que caminaban hacia un destino que él, en lo más profundo, consideraba inevitable.

—Está bien… por mi parte no tengo ningún inconveniente en celebrar su ceremonia —dijo finalmente el clérigo, con una serenidad que ya no nacía de la convicción, sino de la aceptación—. Pero no se engañe, señora…

Se inclinó ligeramente hacia delante, como si quisiera asegurarse de que cada palabra quedara bien grabada.

—Deberán asumir el peso de lo que viene con ello. No hablo del matrimonio en sí… sino de lo que lo rodea.

Hizo una breve pausa, midiendo el efecto de sus palabras antes de continuar.

—Se encontrarán con miradas huidizas, con esas que no se sostienen de frente, pero que lo dicen todo. Escucharán murmuraciones desagradables, de esas que se disfrazan de susurro pero que buscan ser oídas. Y, por si fuera poco, sentirán los dedos de sus vecinos señalándolos… como si fueran una rareza, algo que no encaja en el orden que ellos creen correcto.

Su tono no era alarmista, sino descriptivo, casi clínico.

—Y sobre todo usted —añadió, fijando la mirada en Irene—. Por su condición de viuda, recibirá el doble. El juicio será más duro, más constante, más insistente. Porque no solo cuestionarán su elección… cuestionarán su derecho a hacerla.

El silencio que siguió no fue incómodo, sino denso, como si aquellas palabras hubieran colocado sobre la mesa una realidad que ya no podía ignorarse.

—La Iglesia puede bendecir una unión… —concluyó—, pero no puede protegerla de la mirada de los demás.

Y en esa frase quedó condensado todo lo que no había querido —o no había podido— decir antes: que lo verdaderamente difícil no sería casarse… sino vivir después con las consecuencias.

Irene se alzó de golpe, como impulsada por un resorte invisible, erguida, rígida, con la espalda recta y el mentón ligeramente elevado, adoptando una postura que no dejaba lugar a la duda sobre su determinación. Había en su gesto algo casi desafiante, una mezcla de orgullo herido y firmeza obstinada que parecía crecer a medida que el cura exponía las consecuencias.

—Me hago cargo, Padre —afirmó con una seguridad que sonaba más a declaración de guerra que a aceptación—. Estoy segura de que pasará como usted ha dicho.

Lo miró fijamente, con una altivez que no buscaba aprobación, sino imponerse. Era como si, en ese instante, necesitara demostrar que nada de lo que él había planteado tenía la capacidad de hacerla retroceder. Y, al percibir el efecto de sus propias palabras, continuó, reforzando su posición:

—En absoluto me importa lo que piensen los demás. Cuando me vean del brazo de mi flamante marido… —hizo una leve pausa, como saboreando la imagen que acababa de construir— se callarán todos los chismes… por lo menos delante de nosotros.

Aquella última frase, lejos de ser una muestra de despreocupación absoluta, dejaba entrever una verdad más sutil: Irene no ignoraba el juicio ajeno, lo conocía, lo anticipaba… pero prefería enfrentarlo desde la apariencia, desde la escenificación de una normalidad que, a sus ojos, terminaría por imponerse a la murmuración.

El cura la observó en silencio, sin replicar de inmediato. Había visto ese tipo de convicción antes, esa mezcla de negación y coraje que empuja a algunos a avanzar aun cuando el camino se presenta lleno de obstáculos evidentes. No era ignorancia… era elección.

Y en esa elección, Irene ya no buscaba consejo. Solo quería avanzar.

Irene, tras sus conversaciones con el mata-sanos y el clérigo, había llegado a una conclusión que, en su mente, resultaba tan sólida como tranquilizadora: ninguno de los dos tenía la autoridad moral suficiente para cuestionar su decisión. Al primero lo despachó atribuyendo sus palabras a una mezcla de envidia mal disimulada y frustración personal; estaba convencida de que alguien incapaz de sostener su propia vida afectiva no podía comprender la magnitud de la suya. Al segundo, lo encasilló sin dificultad en el molde del puritanismo rancio, producto de una educación rígida y anclada en normas que, a sus ojos, nada tenían que ver con la realidad que ella vivía. Entre uno y otro, Irene se sintió reforzada, casi legitimada, como si el desacuerdo ajeno no fuera más que una prueba de que iba por el camino correcto.

Sin embargo, aquella seguridad tenía grietas. No eran evidentes, no se manifestaban de forma clara ni inmediata, pero estaban ahí, trabajando en silencio. Porque, por mucho que quisiera desestimarlas, las palabras que había escuchado no habían caído en saco roto. Se habían instalado en algún rincón de su mente, pequeñas, persistentes, como esos gusanos que se introducen en la fruta aparentemente intacta y que, sin hacer ruido, comienzan a devorarla desde dentro. La metáfora no podía ser más precisa: lo que por fuera seguía pareciendo firme y decidido, por dentro empezaba a mostrar signos de una descomposición lenta, casi imperceptible, pero constante.

Irene no estaba dispuesta a reconocerlo abiertamente, pero lo sentía. Y esa sensación, incómoda y difícil de gestionar, la empujó a tomar una decisión que, en su lógica, le permitiría recuperar el control: hablar con él. No desde la distancia, no desde la interpretación, sino enfrentándose directamente a aquello que evitaba mirar de frente. Si había dudas, pensó, debían resolverse en su origen.

Así que decidió que, para acallar su conciencia —o al menos para silenciar ese murmullo insistente que comenzaba a incomodarla—, lo mejor sería tener una conversación con su amante. Allí, donde lo tenía asegurado, donde nada podía escaparse a su control, donde la realidad, al menos en apariencia, seguía obedeciendo sus reglas.

Porque si algo necesitaba Irene en ese momento, no era una respuesta… sino una confirmación.

El sótano seguía siendo ese reducto oscuro y opresivo donde la voluntad de un hombre quedaba reducida a su mínima expresión, un lugar concebido no so-

lo para retener el cuerpo, sino también para desgastar la mente poco a poco. Allí, el Sr. Naranja permanecía atado, inmóvil en lo esencial, resignado a contemplar una rutina que no era la suya, pero que se le imponía con una crudeza casi cruel. Entre sus piernas, las ratas iban y venían con total descaro, ajenas por completo a su presencia, como si aquel ser humano no fuera más que un elemento más del entorno, una piedra, un mueble abandonado o un obstáculo sin importancia.

Aquellos pequeños habitantes del sótano habían terminado por integrarlo en su ecosistema, aceptándolo sin temor, sin recelo, como algo inofensivo. Correteaban a su alrededor, trepaban, olfateaban, desaparecían y regresaban, entregadas únicamente a su instinto de supervivencia, a esa búsqueda constante de alimento que regía sus vidas sin distracciones. Para ellas, no había drama, ni pasado, ni futuro… solo el presente inmediato y la necesidad de subsistir.

Pero para el Sr. Naranja, esa normalidad ajena resultaba insoportable.

No sentía asco, ni siquiera miedo. Lo que crecía en su interior era algo distinto, más sutil y, a la vez, más corrosivo: una especie de rechazo nacido del hastío, de la repetición interminable, de la incapacidad de hacer otra cosa que observar. Su mente, privada de estímulos reales, había comenzado a aferrarse a lo único disponible: el comportamiento de aquellas criaturas. Las estudiaba, las seguía con la mirada, analizaba sus trayectorias, sus pausas, sus movimientos impredecibles, hasta el punto de convertirlas en el centro de su atención.

Y fue ahí donde comenzó a torcerse todo.

Porque en esa observación constante, en ese intento de llenar el vacío con algo, su mente empezó a jugarle malas pasadas. Lo que al principio era simple curiosidad derivó en una interpretación distorsionada, casi paranoica. Empezó a sentir —o a creer— que aquellas ratas no solo se movían por instinto, sino que lo hacían con una intención, con una especie de burla implícita. Le parecía que se pavoneaban delante de él, que cruzaban su campo de visión con una seguridad insultante, como si fueran conscientes de su inmovilidad, de su incapacidad para reaccionar.

Era, por supuesto, una ilusión… pero una ilusión persistente.

En aquel encierro prolongado, donde la mente no tenía otra salida que recrearse en lo poco que percibía, incluso la conducta más simple podía adquirir un significado inquietante. Y así, poco a poco, el Sr. Naranja comenzó a ver en aquellas ratas no solo compañía involuntaria… sino un reflejo cruel de su propia condición: ellas libres dentro de su mundo, él atrapado en el suyo, reducido a la contemplación de una libertad que ya no sabía si alguna vez le había pertenecido.

—¿Qué tal, amor? —dijo Irene con una sonrisa que intentaba sostenerse por sí sola, como si bastara con mantenerla en el rostro para que todo encajara en una normalidad ficticia.

Se acercó a él con una ligereza ensayada, como si la escena no tuviera nada de extraordinario, como si fuera perfectamente lógico que aquel hombre al que decía amar estuviera atado, inmóvil, reducido a una presencia contenida mientras ella dudaba de su comportamiento. Pero la mente, caprichosa y selectiva, tiende a filtrar lo incómodo y a reforzar lo que conviene creer, y Irene no era la excepción. Para ella, aquello seguía teniendo sentido… dentro de su propio mundo.

El Sr. Naranja no respondió. No necesitaba hacerlo. Su mirada, cargada de una furia contenida, hablaba con una claridad brutal. Si hubiera podido desintegrarla con solo mirarla, lo habría hecho sin dudar un segundo. No había palabras, pero sí un rechazo tan intenso que casi podía palparse en el aire.

Irene, sin embargo, aceptó ese silencio como si fuera una forma más de comunicación, como si encajara en su narrativa.

—¿Qué te pasa, cariño? Te veo muy cansado…

Mientras tanto, por la mente del Sr. Naranja cruzaban tormentas oscuras, nubarrones densos acompañados de relámpagos que estallaban en su interior, pero ya no quedaba energía para exteriorizarlos. El hastío había sustituido a la rabia activa, dejando tras de sí un vacío pesado, una rendición silenciosa. No respondió. No protestó. Permaneció ahí, inmóvil, con el rostro endurecido, convertido en una expresión que lo decía todo y, al mismo tiempo, ya no pedía nada.

Irene no insistió en obtener respuesta. No sabía cómo plantear lo que realmente quería decirle, y por primera vez, algo parecido a la timidez se abrió paso en su actitud. Era un gesto extraño en ella, casi fuera de lugar. Bajó la mirada, abrió su bolso de mano con un movimiento automático y sacó un paquete de pañuelos de papel, ese objeto que siempre llevaba consigo, preparada para cualquier eventualidad, desconfiada incluso de lo más cotidiano. Extrajo uno y comenzó a retorcerlo entre sus dedos, una y otra vez, como si en ese gesto pudiera ordenar sus pensamientos.

Entonces alzó la vista.

Lo tenía cerca. Demasiado cerca.

Y en ese instante, todo lo demás pareció difuminarse. Su expresión se suavizó, y un suspiro, casi involuntario, escapó de sus labios mientras se decía a sí misma, con una mezcla de admiración y anhelo:

«¡Tan joven… tan guapo!»

Era una constatación sencilla, pero cargada de todo aquello que la impulsaba… y que, al mismo tiempo, empezaba a escapársele de las manos.

Su ímpetu, que hasta ese momento la había sostenido con una firmeza casi inquebrantable, vaciló de pronto, como si algo en su interior hubiera cedido durante un instante. Se sintió vieja, fuera de lugar, atravesada por una culpa que no sabía —o no quería— nombrar del todo. Fue un destello breve, pero lo bastante intenso como para hacerla tambalear. Sin embargo, Irene no era de las que se detenían en ese tipo de grietas; en cuestión de segundos se recompuso, sacando fuerzas de donde fuera necesario, y retomó el control de la situación como quien vuelve a sujetar con firmeza una rienda que amenazaba con soltarse.

—Esto… —empezó, y por primera vez en mucho tiempo, su voz no salió limpia, sino quebrada, dubitativa— es muy embarazoso lo que te voy a decir… pero es lo mejor para todos.

Lo miró entonces, buscando una reacción, encontrándose con el rostro atónito del Sr. Naranja, cuya expresión oscilaba entre la incredulidad y el descon-

cierto absoluto, como si su mente se negara a procesar lo que estaba ocurriendo.

—¡¡Está loca de remate!! ¿Me entiende? —estalló él de repente, con una desesperación que rompía la quietud acumulada.

—No te lo tomo en cuenta, amor —respondió Irene con una serenidad que rozaba lo inquietante—. Sé que no eres tú quien habla… es tu antigua condición de esclavo. Todavía tienes residuos que, con el tiempo, yo te limpiaré.

Sus palabras, lejos de calmar, anulaban cualquier intento de oposición, reinterpretando incluso el rechazo como parte del problema que ella misma decía querer solucionar. Y sin detenerse en ello, volvió a su propósito con una determinación renovada:

—Todos están de acuerdo.

—¿En qué? —preguntó él, completamente desorientado, incapaz de seguir el hilo de una conversación que parecía moverse en una lógica que no compartía.

Fue entonces cuando Irene comenzó a relatar, a su manera, las conversaciones que había mantenido: el psicólogo, el cura, incluso esas voces maternas que, en su mente, seguían opinando, influyendo, guiando. Pero su narración no era un reflejo fiel de lo ocurrido, sino una versión moldeada, adaptada a su conveniencia, filtrada por su necesidad de justificar lo que estaba a punto de plantear. Cada intervención ajena era reinterpretada, cada duda transformada en respaldo, cada advertencia convertida en aprobación implícita.

Cuando terminó, guardó un breve silencio, como si aquel relato hubiera sido necesario para preparar el terreno, para construir una base desde la cual su decisión resultara, al menos en apariencia, razonable. Sabía que aquel era el momento.

Pero antes de soltar la noticia, antes de cerrar el círculo, sintió la necesidad de reforzar su postura, de explicarse, de envolver su decisión en un discurso que la hiciera parecer no solo lógica, sino inevitable.

Ante la mirada resignada de su Adonis, que ya no parecía esperar nada bueno de aquella conversación, Irene tomó aire y comenzó a exponer, con una mezcla de convicción y ansiedad, las razones que, en su mente, justificaban todo lo que estaba a punto de hacer.

—Soy lo bastante vieja… —empezó Irene, con una franqueza que, por un instante, parecía despojada de artificio—. Podría ser tu madre… o tu abuela, si me apuras. No soy agraciada, ni tengo atractivo alguno. Me hago cargo de que unir tu belleza con una envejecida como yo debe de ser, para ti, un trance muy amargo.

Sus palabras, lejos de sonar derrotistas, adquirían una forma extraña de lógica interna, como si cada defecto reconocido fuera, en realidad, un peldaño más en la construcción de su argumento. No había autocompasión en su tono, sino una especie de cálculo frío.

—Ahora bien —continuó, recuperando firmeza—, mi inteligencia suplirá mi falta de hermosura y juventud. Porque no olvides que eres un esclavo… y la sociedad os considera poco más que estúpidos.

La frase cayó como una losa.

—Por eso… es mejor que nos casemos.

El Sr. Naranja sintió, en ese instante, que la realidad se deslizaba hacia un terreno del que ya no había retorno. Aquello no era una discusión, ni siquiera un delirio pasajero: era una convicción sólida, peligrosa, imposible de desmontar con argumentos normales. Todo encajaba en la mente de Irene con una lógica perversa, donde cada objeción encontraba su propio desvío.

La sensación de encierro se intensificó. No solo estaba atado físicamente, sin posibilidad de huida, sino atrapado en una situación que superaba cualquier intento de razonamiento. Ni siquiera podía compararse con las ratas que correteaban a su alrededor; ellas, al menos, tenían recovecos por donde escapar, escondites donde desaparecer. Él no tenía nada.

Guardó silencio. ¿Qué podía decir ante un amor que había mutado en algo irreconocible?

Pero Irene no necesitaba respuesta.

—¿No tengo derecho a realizarme como mujer? —continuó, con una intensidad creciente—. ¿A gozar de la vida como cualquier otra?

Las preguntas no buscaban contestación, sino descarga. Su mente, saturada, parecía necesitar expulsar aquello que bullía en su interior, aunque fuera en forma de argumentos que se sostenían por sí mismos.

Fue entonces cuando el Sr. Naranja, entre la resignación y un último impulso de supervivencia, creyó ver una rendija. Una posibilidad mínima de hacerla entrar en razón. Se aferró a ella con la urgencia de quien no tiene nada que perder y decidió contraatacar, apelando a lo único que aún creía válido: el sentido común.

Aunque, en el fondo, una duda comenzaba a abrirse paso…
¿y si el sentido común ya no tenía cabida en aquella conversación?

—¿Ha pensado en la gente? —logró articular el Sr. Naranja, aferrándose a esa última línea de defensa como quien intenta detener una avalancha con las manos—. Sus vecinos… la atormentarán, se burlarán, será la comidilla de todas las tertulias. ¿Se hace cargo de la suma de dificultades que su decisión le va a acarrear?

Hablaba con una mezcla de urgencia y cansancio, como si cada palabra fuera un esfuerzo añadido, pero también como si en ellas depositara la última esperanza de hacerla reaccionar. No apelaba ya a sí mismo, ni siquiera a su propia situación, sino al mundo exterior, a esa presión social que, tal vez, podría hacer mella donde todo lo demás había fracasado.

Irene lo escuchó sin interrumpirlo. Por un momento, su expresión se suavizó, y cuando respondió, lo hizo con un tono más contenido, menos altivo, aunque no por ello menos firme.

—Sí, amor mío… he pensado en todos esos problemas —dijo despacio, casi con dulzura—, que tú, con ese afecto que te honra, tienes a bien indicarme.

Bajó ligeramente la mirada mientras hablaba, como si aquellas palabras le pesaran más de lo que estaba dispuesta a admitir. Entre sus manos, el ya mal-

trecho pañuelo de papel se retorcía una y otra vez, víctima de una tensión que no encontraba otra vía de escape.

—Pero, querido… estarás conmigo en que yo tengo derecho a sacarle a la vida toda la felicidad que pueda —continuó—, como cualquier otra podría hacerlo.

Había determinación en su voz, sí, pero también un matiz distinto, una leve inclinación de la cabeza, un gesto casi imperceptible que parecía pedir comprensión… o quizá perdón. No por lo que estaba haciendo, sino por lo que sabía que estaba rompiendo al hacerlo.

Porque, aunque no lo reconociera abiertamente, Irene era consciente de que su decisión no solo desafiaba a la sociedad que la rodeaba, sino que abría una grieta profunda en ese mundo ordenado —y vigilante— al que, de algún modo, aún pertenecía.

Irene, cargada de sus propias razones, dio por concluida la conversación y se marchó sin mirar atrás, convencida —al menos por el momento— de que había hecho lo correcto, de que había expuesto con claridad sus intenciones y de que, tarde o temprano, él terminaría comprendiendo. En su mente, aquella charla no había sido un fracaso, sino un paso más hacia ese futuro que ya daba por construido. Necesitaba creerlo así. Y con esa seguridad prestada, abandonó el sótano, dejando tras de sí un silencio aún más pesado que antes.

El Sr. Naranja, en cambio, permaneció donde estaba, inmóvil no solo por las ataduras, sino por el desconcierto que lo había dejado completamente descolocado. Su mente, ya de por sí frágil por el encierro y la acumulación de tensiones, empezó a girar en círculos, incapaz de asimilar lo que acababa de escuchar. Durante unos instantes, ni siquiera pensó en escapar, ni en rebelarse… solo en desaparecer de aquella situación absurda que lo superaba por completo.

Y fue entonces cuando una idea, tan inquietante como reveladora, se abrió paso en su interior: tal vez habría sido mejor no haber cambiado nunca. Tal vez aquella supuesta “liberación”, aquel salto desde la ignorancia dócil del esclavo hacia una conciencia que ahora lo atormentaba, había sido el verdadero error. En su antigua condición no había preguntas, ni conflictos internos, ni decisiones imposibles… solo una existencia simple, limitada, pero, en cierto modo, sopor-

table. Un estatus quo que ahora, desde la distancia, le parecía casi un refugio perdido.

«¿En qué maldita hora se enamoró de mí esta mujer…?» —pensó, con una mezcla de resignación y amargura—. Porque, en el fondo, no era solo su situación actual lo que le pesaba, sino la certeza de que todo había comenzado con ese sentimiento ajeno que lo había arrancado de una vida que, sin ser buena, al menos era comprensible.

Pero aquellos pensamientos no traían alivio. Al contrario, se acumulaban, engrosaban esa nube oscura que ya habitaba en su mente, haciéndola cada vez más densa, más difícil de atravesar. Y en ese estado, donde la realidad empezaba a desdibujarse, su atención volvió a fijarse en lo único que seguía en movimiento: las ratas.

Seguían ahí, como siempre, correteando sin orden aparente, ignorándolo, viviendo su vida con una naturalidad insultante. Pero ahora ya no eran simples animales. Su mente, necesitada de anclajes, comenzó a hacer lo único que podía hacer: darles forma, identidad, sentido.

Empezó a ponerles nombres.

Una por una.

Como si, al hacerlo, pudiera recuperar algún tipo de control sobre un mundo que ya no entendía… o, quizá, como si necesitara compañía en una soledad que empezaba a ser demasiado profunda incluso para él.

Al poco de marcharse Irene, cuando el silencio volvía a adueñarse del sótano como una losa húmeda y persistente, unos pasos furtivos resonaron en el piso de arriba. No eran los movimientos conocidos, medidos y casi silenciosos de la loca, sino algo distinto, más torpe, más decidido. Aquella diferencia, apenas perceptible para cualquiera, fue suficiente para que en la mente del Sr. Naranja se encendiera una chispa que hacía tiempo no aparecía: la esperanza.

Su corazón, adormecido por el hastío, dio un vuelco.

«¿La autoridad?», pensó.

La idea se abrió paso con fuerza, creciendo en cuestión de segundos hasta convertirse en una certeza casi desesperada. Era su oportunidad. Su única oportunidad. Intentó incorporarse, forzar sus ataduras, hacer cualquier cosa que delatara su presencia, pero su cuerpo, debilitado y entumecido, apenas respondió. La urgencia lo empujó a hacer lo único que podía: gritar.

O intentarlo.

De su garganta salió un sonido débil, quebrado, un grito que no tenía la potencia de la desesperación, sino la fragilidad de quien ya ha gritado demasiado en silencio. Un intento ridículo, casi inaudible, que se perdió entre las paredes húmedas sin provocar reacción alguna… ni siquiera en sus inseparables ratas, que continuaron con su rutina indiferente.

Pero había algo más fuerte que su voz.

El olor.

La pestilencia acumulada tras días de encierro, de suciedad, de aire viciado y materia en descomposición, había convertido el sótano en una trampa olfativa imposible de ignorar. Aquello sí traspasaba paredes. Aquello sí alertaba.

Arriba, los agentes se detuvieron.

Intercambiaron miradas. No hacían falta palabras. Habían encontrado algo.

Guiados por aquel hedor inconfundible, avanzaron con determinación hasta dar con la puerta que ocultaba el acceso al sótano. No dudaron. Un par de embestidas bastaron para hacerla ceder, abriéndose de golpe con un crujido seco que resonó como un disparo en la quietud del lugar.

Las escaleras descendían hacia la penumbra.

Y ellos bajaron.

Cada peldaño los acercaba a una escena que, aunque habían imaginado, superó cualquier expectativa. Allí, en medio de un entorno que mezclaba abandono, suciedad y degradación, encontraron al Sr. Naranja: un cuerpo vivo, sí, pero reducido a una condición que rozaba lo inhumano. Maniatado, inmóvil, ro-

deado de la basura generada por su propia supervivencia, convertido en parte del mismo entorno que lo retenía.

Durante un instante, nadie habló.

Porque lo que tenían delante no era solo una víctima.

Era la prueba tangible de algo mucho más oscuro.

Como andaban tras la pista del Sr. Ramírez y su mercancía, y teniendo en cuenta que aquel ser desmejorado, cubierto de suciedad y con un aspecto casi irreconocible, difícilmente encajaba con la imagen que buscaban, los agentes optaron por proceder con cautela. Antes de liberarlo, decidieron asegurarse de su identidad. No era solo una cuestión de protocolo, sino de responsabilidad: en aquel mundo, los errores no estaban bien vistos… ni bien pagados.

Los esclavos, como bien sabían, llevaban implantado un chip de identificación. Era lo más fiable, lo más rápido y, sobre todo, lo incuestionable. Así que, sin demasiadas contemplaciones, uno de los agentes sacó el lector y lo acercó al cuerpo del maniatado. El Sr. Naranja, al percatarse de la maniobra, intentó protestar, articular palabras, hacerse entender… pero lo que salió de su boca no fue más que una mezcla torpe de sonidos, desesperación y rabia acumulada. Aquella reacción, lejos de aclarar la situación, dejó a los agentes aún más desconcertados.

Se miraron entre ellos.

Aquello no cuadraba.

¿Un esclavo hablando? ¿Intentando hacerlo, al menos? La escena resultaba tan fuera de lo habitual que durante un instante dudaron. Tal vez se habían equivocado. Tal vez no era el individuo que buscaban. Pero el aparato no entendía de impresiones ni de intuiciones.

Emitió su veredicto con frialdad mecánica.

Los datos aparecieron claros, precisos, inapelables: número de serie, año de almacenaje, procedencia… y la empresa propietaria. No había margen de error.

Aquel hombre, por muy alterado que estuviera, por muy fuera de lugar que pareciera, no dejaba de ser, oficialmente, un esclavo registrado.

Las protestas del Sr. Naranja continuaron, ahora más desesperadas, más cargadas de sentido que nunca, pero inútiles. Los agentes no estaban allí para interpretar, ni para cuestionar el sistema. Cumplían órdenes. Y las órdenes eran claras.

Procedieron a desatarlo, no con delicadeza, sino con eficacia, y acto seguido le colocaron una camisa de seguridad. No era por él, o no solo por él, sino por todos. Aquel comportamiento anómalo exigía precauciones.

El Sr. Naranja, liberado de las ataduras físicas, no encontró en ello ninguna libertad real. Sus movimientos quedaron igualmente restringidos, su voluntad, ignorada.

Lo condujeron hasta el furgón sin demasiadas palabras.

Y así, sin más, sin preguntas, sin explicaciones, fue trasladado de nuevo al lugar al que pertenecía según los registros: el almacén.

El mismo del que, en otro tiempo, había salido.

Cerrando así un círculo que, para él, no tenía nada de liberación… sino todo de condena.

CAPÍTULO 10

—¿Qué le estará dando la vida? ¿Qué más podría yo darle? —se preguntaba Irene, sola en su refugio de montaña, clavando la mirada en un espejo viejo, cuarteado por el tiempo, salpicado de manchas negras que parecían pequeñas heridas abiertas en su superficie. Colgaba torcido de una pared desnuda, como si pretendiera fingir que aquel rincón miserable era un cuarto de aseo digno. Al principio, el cristal le devolvió únicamente su propio rostro, fatigado y resquebrajado por los años y las decisiones; pero, poco a poco, como si una niebla espesa emergiera desde el otro lado, comenzaron a perfilarse tras ella las figuras de sus madres, difusas al inicio, cada vez más nítidas, como si un antiguo monitor cobrara vida con interferencias. —Seguro que a él le va mejor que a mí —continuó, hablándoles con esa mezcla de confianza y necesidad que sólo concede la soledad—. Dentro de lo malo, lo menos malo es casarse —afirmó, con una convicción que parecía querer convencerse a sí misma antes que a sus silenciosas interlocutoras—. En un principio pensé que viviendo juntos bastaría para acallar las malas lenguas, pero el tiempo me ha quitado ese fundamento. No, es mejor el matrimonio. Así será enteramente y legalmente mío.

Las figuras al otro lado del espejo no respondían con palabras; nunca lo hacían. Se limitaban a observarla con esos gestos leves, casi imperceptibles, que Irene interpretaba a su antojo: una ceja apenas alzada como desaprobación, una inclinación leve como consentimiento, una sombra en la mirada como advertencia. —Yo sé que él desea que juntemos nuestras vidas —prosiguió, aferrándose a esa certeza como quien se aferra a un salvavidas—. Está enamorado, y también agradecido. Al casarnos, no tendrá que inquietarse por que alguien descubra su verdadero pasado. Él me ama… y, sea lo que sea, yo también le amo. Conmigo no necesitará preocuparse en absoluto; lo protegeré, lo cuidaré, lo alimentaré… le amaré de una manera que ninguna mujer lo ha hecho antes. Y desde luego —añadió con un deje de orgullo que no pudo evitar— soy más aventajada que una joven inexperta en los asuntos del amor.

Fue entonces cuando algo cambió. Las expresiones de aquellas presencias, hasta entonces tolerantes y casi indulgentes, se endurecieron como si una corriente invisible hubiese recorrido el cristal. Donde antes había paciencia, ahora asomaba una desaprobación más clara, más incómoda, más difícil de ignorar. Irene lo percibió al instante, y en lugar de amedrentarse, alzó la voz, encendida por una determinación que no le conocía ni en sus mejores años. —¡¡Sí, madrinas, me casaré con él, y si tengo que enfrentarme al mundo entero, incluidas vosotras, que así sea!! —Nunca había hablado con tanta firmeza, ni siquiera cuando la vida le había exigido decisiones más duras. En ese instante, algo en ella se irguió, se tensó, se iluminó: la juventud puede desvanecerse con los años, pero hay fuegos que sólo prenden con el tiempo, y el amor —o la necesi-

dad de él— era uno de ellos. A los ojos de aquellas figuras que la observaban desde el otro lado, Irene se transformó por un instante en una suerte de Juana de Arco de la pasión, investida de una belleza fugaz nacida no del cuerpo, sino de la convicción.

¿Tener hijos? No. Eso no. Irene negó lentamente, como si respondiera a una pregunta que nadie había formulado en voz alta. Sabía, con una lucidez casi cruel, que ya era demasiado tarde para eso, y además, él no necesitaba descendencia. ¿Cómo podría explicar a unos hijos la naturaleza de su origen, el peso de un pasado que debía permanecer oculto? No, ese no era su destino ni el de él. Lo suyo era otra cosa: una alianza cerrada contra el mundo, un pacto íntimo, casi clandestino, donde el amor, la protección y el silencio serían los únicos herederos posibles.

La edad de Irene hacía presagiar, con una certeza casi cruel, que aunque lo deseara con todas sus fuerzas, jamás volvería a quedarse embarazada. Aquella posibilidad pertenecía ya a un tiempo remoto, casi ajeno, como si hubiese ocurrido en la vida de otra mujer. En realidad, sólo tuvo una oportunidad de comprobarlo durante su matrimonio, y de aquel episodio apenas quedó el rastro de un único hijo, nacido más por inercia que por verdadera entrega. Su relación conyugal nunca se caracterizó por la pasión ni por la frecuencia; al contrario, estuvo marcada por una sucesión de evasivas cuidadosamente construidas. Irene había convertido la excusa en un arte: largas y penosas menstruaciones que parecían no tener fin, dolencias recurrentes que surgían con puntualidad casi matemática, y cuando ya no podía sostener aquella ficción, aparecía una migraña devastadora que la dejaba fuera de combate. Su marido, resignado y cada vez más ajeno, terminó aceptando aquella distancia como una condena inevitable, limitándose a moverse en la oscuridad de una intimidad vacía, más mecánica que deseada, más silenciosa que compartida.

Con el tiempo, incluso ese espacio oculto que en otro momento pudo haber servido como refugio o desahogo dejó de cumplir su función. Irene sabía —aunque jamás lo mencionara— que su esposo había buscado consuelo en otras formas de entretenimiento solitario, refugiándose en imágenes ajenas, en fantasías prestadas que sustituían lo que nunca encontró en su propia casa. Aquella constatación no le producía celos ni tristeza, sino una especie de desdén frío, como si todo aquello no hiciera sino confirmar lo poco que había significado aquel vínculo. Sin embargo, con el Sr. Naranja todo había sido distinto desde el principio. Allí no había lugar para la desgana ni para la distancia calculada; al contrario, Irene se había mostrado precavida, casi meticulosa, no por temor a un embarazo —posibilidad que consideraba ya extinguida— sino por una inquietud más práctica y menos romántica: evitar cualquier contagio, cualquier rastro de un pasado que asociaba, con cierto desprecio, a condiciones indignas o descuidadas.

Ahora, con el matrimonio en el horizonte, su perspectiva cambiaba sutilmente. No quería renunciar al disfrute ni imponer barreras innecesarias, pero tampoco estaba dispuesta a asumir riesgos que pudieran enturbiar su nueva vida. Aquella combinación de deseo contenido y prudencia la llevó a tomar una decisión firme: poner solución definitiva a cualquier incertidumbre. No se trataba sólo de una cuestión médica, sino de un gesto simbólico, casi una declaración de intenciones sobre el control absoluto de su propio destino. Así, sin titubeos y con una resolución que rozaba la frialdad, decidió visitar a un ginecólogo en busca de una intervención rápida, discreta y, a ser posible, indolora.

Dicho y hecho, Irene no era mujer de demoras cuando algo quedaba decidido en su mente. Tomó su automóvil con la determinación de quien ya no mira atrás y emprendió el camino hacia la gran urbe, dejando tras de sí el silencio áspero de la montaña. Mientras conducía, el paisaje se transformaba gradualmente, pasando de la soledad agreste a la promesa de anonimato que ofrecía la ciudad. Allí, entre calles impersonales y edificios sin memoria, esperaba encontrar no sólo una solución práctica, sino también una especie de reinicio, un punto y aparte desde el cual construir, a su manera, la vida que creía merecer.

Irene se hallaba en la consulta de un ginecólogo de reconocido prestigio, uno de esos profesionales cuya fama se sustentaba tanto en su discreción como en el precio elevado de sus servicios. No estaba dispuesta a que cualquiera husmeara en su intimidad; si alguien debía hacerlo, sería bajo condiciones controladas, casi ceremoniales. Allí, reclinada en el incómodo potro, desnuda de cintura para abajo y cubierta apenas por un lienzo que pretendía preservar una dignidad ya de por sí comprometida, aguardaba con una mezcla de impaciencia y fría determinación. El médico, oculto tras la barrera de la tela, realizaba su exploración con movimientos precisos, mecánicos, mientras formulaba preguntas que, aunque habituales en su oficio, a Irene le resultaban invasivas, innecesarias, casi insolentes. Su tono profesional no lograba suavizar del todo la sensación de estar siendo analizada más allá de lo puramente físico.

Hasta ese momento, todo transcurría dentro de lo esperado. El ritual clínico seguía su curso con la monotonía propia de una consulta rutinaria: instrumentos, anotaciones, silencios interrumpidos por breves indicaciones. Irene, pese a su incomodidad, mantenía la compostura, fijando la vista en un punto indefinido del techo, como si así pudiera abstraerse de la situación. Sin embargo, fue justo al término de aquella revisión, cuando el médico pareció demorarse más de lo habitual, que algo comenzó a quebrar la normalidad. No hubo un gesto brusco ni una exclamación inmediata, sino una pausa apenas perceptible, un silencio que se alargó un segundo más de lo razonable.

El galeno, que hasta entonces se había mostrado seguro y metódico, cambió sutilmente de actitud. Sus movimientos se volvieron más cautelosos, casi dubi-

tativos, como si lo que tenía ante sí no encajara del todo en sus esquemas. Irene lo percibió sin necesidad de verlo; hay silencios que hablan con más claridad que cualquier palabra, y aquel era uno de ellos. —¿Ocurre algo? —preguntó, sin poder evitar que una ligera tensión se filtrara en su voz, rompiendo por primera vez la aparente calma que había mantenido hasta entonces.

El médico no respondió de inmediato. Se retiró ligeramente, como si necesitara tomar distancia no sólo física, sino también mental, y al hacerlo dejó escapar un suspiro contenido que no pasó desapercibido. Aquello ya no era rutina. Algo, en algún lugar de aquel examen aparentemente trivial, había alterado el curso esperado de la consulta. Y tanto él como Irene lo sabían, aunque ninguno de los dos se atreviera aún a nombrarlo.

«Qué sorpresa le voy a dar… va a necesitar estar sentada. Mejor dicho, siga tumbada, por si acaso se cae al suelo».

La frase, pronunciada con una mezcla extraña de prudencia y desconcierto, quedó suspendida en el aire como un presagio incómodo. Irene frunció levemente el ceño, sin saber si aquello formaba parte del protocolo habitual o si, por el contrario, el médico acababa de cruzar una línea invisible entre lo profesional y lo personal. No era un hombre dado a dramatismos —eso lo había percibido desde el primer instante—, y precisamente por eso, el tono empleado resultaba aún más inquietante. No insistió. Permaneció inmóvil unos segundos más, sintiendo cómo una ligera inquietud comenzaba a abrirse paso en su interior, como una grieta que se ensancha sin hacer ruido.

Tras unos instantes que se hicieron más largos de lo debido, el galeno le indicó con voz contenida que podía vestirse. Irene obedeció sin prisas, pero tampoco con la serenidad de antes; cada gesto, cada prenda ajustada sobre su cuerpo parecía ahora cargada de una expectativa que no terminaba de tomar forma. Cuando finalmente se sentó frente al escritorio, limpio hasta el extremo de parecer irreal —demasiado ordenado, demasiado pulcro para pertenecer a alguien que acababa de mostrarse dubitativo—, el médico evitó mirarla directamente durante unos segundos, como si necesitara ordenar no sólo los datos, sino también su propia incredulidad.

—Verá… —comenzó, apoyando ambas manos sobre la mesa, entrelazando los dedos con una lentitud estudiada—. Lo que voy a decirle no es habitual. De hecho, es… extraordinariamente poco frecuente.

Hizo una breve pausa, no tanto para crear suspense como para comprobar que él mismo era capaz de pronunciar lo que estaba a punto de afirmar.

—Está usted embarazada.

El silencio que siguió no fue inmediato ni rotundo, sino más bien denso, como si el aire hubiera cambiado de consistencia. Irene no reaccionó de forma brusca; no hubo sobresalto ni negación instantánea. Lo que apareció en su rostro fue algo más complejo: una mezcla de incredulidad, cálculo y una sombra de algo que no llegaba a ser miedo, pero tampoco simple sorpresa. El médico, por su parte, continuó hablando, aunque pronto quedó claro que ya no se dirigía sólo a ella, sino también a sí mismo, tratando de encajar aquella realidad dentro de un marco lógico que se le resistía.

—A su edad… —prosiguió, casi en un murmullo—, las probabilidades son extremadamente bajas. No imposibles, desde luego, pero sí… extraordinarias. Habría que considerar varios factores: una ovulación tardía, irregularidades que en ocasiones pasan desapercibidas, incluso… —dudó un instante— ciertos casos documentados donde el organismo, por razones que aún no comprendemos del todo, mantiene actividad reproductiva más allá de lo esperado.

Mientras hablaba, hojeaba unos papeles que en realidad no necesitaba consultar, como si el simple acto de hacerlo le proporcionara un asidero. Irene seguía en silencio, observándolo ahora con una atención distinta, más fría, más penetrante. Aquello no encajaba en su idea del mundo, ni en los planes que acababa de trazar con tanta meticulosidad. Y, sin embargo, allí estaba, dicho en voz alta, revestido de autoridad médica.

El doctor continuó elaborando explicaciones, acumulando hipótesis que sonaban cada vez más técnicas y, al mismo tiempo, más insuficientes. Pero bajo esa capa de razonamiento, había algo evidente: ni él mismo terminaba de creérselo del todo. Y eso, más que la noticia en sí, fue lo que realmente inquietó a Irene. Porque no era sólo el hecho de estar embarazada… era la sensación de que aquello no debía haber ocurrido.

Irene salió de la consulta sin una idea clara, o mejor dicho, con demasiadas ideas incompatibles entre sí, todas ellas girando como piezas mal encajadas en su cabeza. Caminó unos metros sin rumbo fijo, como si el simple hecho de avanzar pudiera ayudarla a ordenar lo que acababa de escuchar. Empezó entonces a repasar, con una frialdad casi contable, las ocasiones en las que había forzado, sin demasiadas ceremonias ni romanticismos, su relación con el Sr. Naranja. No eran muchas, desde luego, y lo más inquietante de todo era que ninguna coincidía con lo que en otro tiempo habrían sido sus periodos fértiles. Pero es que ahí residía precisamente el absurdo: hacía ya demasiado tiempo que esos ciclos habían desaparecido como para siquiera plantearlos como referencia válida. Aquello no era improbable; era, sencillamente, incompatible con cualquier lógica que estuviera dispuesta a aceptar.

El asunto, por tanto, abandonaba rápidamente el terreno de lo improbable para adentrarse en un espacio mucho más incómodo, ese donde las palabras “milagro” o “imposible” empiezan a sonar menos ridículas de lo que deberían. Irene, que no era mujer dada a fantasías ingenuas, trató de buscar alternativas, explicaciones que no atentaran contra su sentido práctico de la vida. ¿Un error médico? ¿Un diagnóstico precipitado? ¿Una confusión absurda que se resolvería con una segunda opinión? Todo eso parecía más razonable… y, sin embargo, la seguridad contenida del médico, su desconcierto genuino, seguían pesando más de lo que Irene quería admitir.

Tampoco recordaba —y esto lo pensó con una mezcla de sarcasmo y lucidez— haber mantenido relación alguna con seres de otro mundo. La idea, que en otra circunstancia le habría arrancado una sonrisa burlona, no le resultó del todo descabellada en ese instante, aunque sólo fuera por contraste con la falta absoluta de explicaciones coherentes. Eso sí, fantasías había tenido, como cualquier persona que conserva una vida interior activa; imágenes, deseos, pensamientos que nunca llegaron a materializarse. Pero de ahí a quedar embarazada… había un abismo que ni siquiera su imaginación más desatada se atrevía a cruzar.

Y, sin embargo, ahí estaba.

Irene se detuvo por un momento, apoyándose levemente en el coche antes de abrir la puerta. Su reflejo en el cristal le devolvió una imagen distinta a la de horas antes: no más joven, no más bella, pero sí más alerta, más consciente de que algo se había quebrado en el orden natural de su mundo. Por muy lejos que estuviera de la cordura en algunos aspectos, incluso ella —y eso era decir mucho— comprendía que su situación no era simplemente extraña. Era, en el sentido más inquietante de la palabra, inverosímil.

Y lo peor no era no entenderlo.

Lo peor era empezar a sospechar que, quizá, no había nada que entender.

La enamorada y, a su manera, selectivamente olvidadiza Irene, dejó de lado a su particular Adonis con una facilidad que habría resultado ofensiva de no ser tan reveladora. Ni siquiera pasó por su vivienda, ni consideró la posibilidad de compartir con él la noticia que, en teoría, debería haberlo colocado en el centro de la escena. Pero así son ciertos sobresaltos: cuando irrumpen con la fuerza suficiente, desplazan todo lo demás a un segundo plano, incluso aquello que hasta hacía unas horas parecía imprescindible. El supuesto padre de la criatura —porque ahora ese título no era más que una etiqueta frágil— quedó relegado a una posición incómoda, casi decorativa, dentro de los pensamientos de Irene. Y es que, como ocurre en estos casos, la ilusión o el desconcierto del embara-

zo tienden a monopolizarlo todo, dejando al varón en una especie de limbo emocional donde su importancia depende, en gran medida, de su futura reacción. Si mostraba dudas, rechazo o simple incomodidad, corría el riesgo de desplomarse en la particular “bolsa” de la convivencia de Irene, perdiendo valor a una velocidad difícil de revertir.

Con esa lógica fría, casi empresarial, tomó una decisión que para ella resultaba incuestionable: antes de compartir nada con nadie, necesitaba consultar con quienes realmente consideraba una autoridad en su vida, aunque esa autoridad no perteneciera exactamente al mundo de los vivos. Así, sin detenerse más de lo necesario en la ciudad, emprendió el camino de regreso a su refugio de montaña, ese lugar apartado donde la realidad parecía siempre un poco más maleable, más propicia a aceptar lo inexplicable sin exigir demasiadas pruebas.

El trayecto se le hizo extraño, como si el paisaje hubiese cambiado de significado sin modificar su apariencia. Cada curva, cada tramo de carretera, la acercaba no sólo a su destino físico, sino también a una especie de tribunal íntimo donde esperaba encontrar respuestas… o al menos una validación. Cuando por fin llegó, el silencio del refugio la recibió con esa familiaridad áspera que tanto la tranquilizaba como la inquietaba. No perdió tiempo en acomodarse ni en realizar gesto alguno de transición: fue directamente hacia el lugar donde sabía que debía ir.

El viejo espejo seguía allí, colgado de la pared, con sus grietas y sus manchas oscuras, aguardando como un testigo paciente. Irene se plantó frente a él, respiró hondo y, por un instante, dudó. No de lo que iba a hacer, sino de lo que podía llegar a escuchar —o peor aún, de lo que podía llegar a ver.

—Madres… —murmuró finalmente, con una voz que ya no era del todo firme—. Tenemos que hablar.

Y en ese preciso instante, como si aquella invocación hubiera activado un mecanismo antiguo y caprichoso, la superficie del espejo comenzó a enturbiarse una vez más, dejando atrás la simple función de reflejar para asumir la de revelar.

Ansiosa por una respuesta que calmara el torbellino que le agitaba por dentro, Irene se plantó de nuevo frente al viejo espejo. El ritual se repitió con la precisión de algo aprendido, casi mecánico: primero la niebla, densa y envolvente, como si brotara desde las entrañas mismas del cristal; después, ese leve chisporroteo eléctrico que no emitía sonido real, pero que ella juraría percibir en lo más profundo de sus oídos; y finalmente, la imagen que se iba definiendo poco a poco, como si alguien ajustara el enfoque desde el otro lado. Las siluetas de

sus madres emergieron con la misma serenidad de siempre, impasibles, casi hieráticas, aguardando sin prisa las preguntas que sabían que iban a llegar.

—¿Quién es el padre, madres? —preguntó Irene sin rodeos, dejando que la impaciencia se filtrara sin disimulo en su voz.

La respuesta llegó, pero no como ella esperaba.

—Qué más da, hija.

No hubo dulzura en aquellas palabras, sino una ligera molestia, un matiz de reproche que Irene no supo si interpretar como cansancio o como advertencia. Aquello la desconcertó más que cualquier silencio.

—A estas alturas… debe de ser un ser extraordinario, madres —insistió, tratando de reconducir la conversación hacia un terreno que pudiera comprender.

Las figuras no se movieron, pero algo en su presencia pareció afirmarse, como si aquella conclusión, aunque incompleta, no fuera del todo errónea.

—Lo es —respondieron al unísono, con una contundencia que no dejaba lugar a dudas—. Disfruta de tu preñez, hija mía, y no preguntes ni el cómo ni el porqué.

Aquellas palabras, lejos de tranquilizarla, cerraron la puerta a cualquier intento de razonamiento. No había explicación, ni lógica, ni siquiera voluntad de ofrecerla. Sólo una certeza impuesta, casi dictada, que Irene debía aceptar sin condiciones. Y, sin embargo, en lugar de rebelarse, sintió algo distinto: una mezcla extraña de inquietud y resignación, como si una parte de ella ya hubiera asumido que ciertas cosas no estaban destinadas a ser comprendidas.

Fue entonces, justo cuando la niebla comenzó a reapoderarse del espejo y las siluetas se desvanecían, que un pensamiento tardío la atravesó con fuerza: el Sr. Naranja.

El mundo real, con sus normas, sus preguntas incómodas y sus consecuencias, regresó de golpe. Irene se giró con brusquedad, como si hubiese sido llamada desde fuera, y sin concederse un segundo más de reflexión, tomó la decisión de marcharse. Abandonó el refugio con prisa, casi con urgencia, como si quedarse un instante más pudiera hacerla cambiar de idea.

Mientras conducía hacia la casa del Sr. Naranja, su mente comenzó a llenarse de dudas, una tras otra, superponiéndose hasta formar un ruido constante difícil de acallar.

«¿Cómo explicaría su embarazo?»

«¿Me rechazaría?»

Las preguntas no encontraban respuesta, y por primera vez en mucho tiempo, Irene sintió que no tenía el control absoluto de la situación. Aquello la irritaba más que la propia incertidumbre. Así que, fiel a su carácter cuando las cosas se escapaban de su dominio, tomó una decisión tan sencilla como eficaz: no decidir nada.

Aplicaría la técnica del avestruz.

De momento, escondería la cabeza, aplazaría el enfrentamiento, dejaría que el tiempo avanzara por ella. Ya habría ocasión de afrontar las consecuencias, de medir reacciones, de ajustar discursos. Ahora no. Ahora lo único que necesitaba era llegar, observar… y, si era posible, mantener intacta la frágil ilusión de que aún podía manejar lo que, en el fondo, empezaba a escapársele de las manos.

Y en algún rincón de su pensamiento, casi imperceptible pero persistente, quedó flotando una idea que no terminaba de tomar forma:

Si el padre era “extraordinario”…
quizá el hijo no sería menos.

Cuando Irene llegó a su domicilio, el golpe fue inmediato, seco, casi físico. No necesitó entrar del todo para comprender que algo había ocurrido: la casa, su casa, se abría ante ella como un escenario arrasado por una furia ciega, un espectáculo desgarrador que recordaba más a las secuelas de un huracán que a la obra de manos humanas. Nada estaba en su sitio. Muebles desplazados, cajones abiertos como bocas forzadas, objetos esparcidos sin orden ni propósito, como si alguien —o algo— hubiera buscado con desesperación, sin detenerse en los destrozos. Irene no era precisamente un modelo de orden y pulcritud, pero aquello superaba cualquier descuido imaginable; era otra cosa, una violencia caótica que no sólo afectaba al espacio, sino también a la sensación misma de seguridad.

Avanzó unos pasos con cautela, aunque su cuerpo parecía moverse más rápido que su razón, sorteando restos, pisando sin darse cuenta fragmentos de su propia vida convertidos en escombros. A cada metro que recorría, una idea iba tomando forma, creciendo con una claridad insoportable: aquello no era un simple robo. No faltaban cosas de valor a simple vista, ni había signos de una

búsqueda lógica. Era como si hubieran intentado encontrar algo muy concreto… o como si hubieran estado buscando a alguien.

El aire se le volvió más denso al acercarse al interior, y un presentimiento oscuro comenzó a apretarle el pecho con una fuerza que no podía ignorar. Sin detenerse a analizar más, casi tropezando en su propia prisa, dirigió sus pasos hacia el sótano. No pensó en otra opción. Sabía, de algún modo instintivo, que la respuesta estaba allí abajo, donde siempre había guardado lo que no debía ser visto.

La puerta apareció ante ella como la confirmación de sus peores temores.

Estaba reventada.

No forzada con habilidad, no abierta con herramientas precisas, sino destrozada con una violencia brutal, como si una fuerza desmedida hubiera arremetido contra ella sin el menor cuidado. Las bisagras cedidas, la madera astillada, el marco deformado… aquello no parecía obra de ladrones, sino de algo más primario, más descontrolado. La imagen le atravesó la mente con crudeza: no era una puerta abierta, era una puerta violada.

Irene se detuvo un instante en el umbral, incapaz de avanzar de inmediato. El pánico, que había comenzado como una sospecha difusa al ver el estado de la casa, se había transformado ya en una certeza opresiva. Todo encajaba demasiado mal, demasiado fuera de cualquier lógica conocida. La devastación, la búsqueda sin sentido aparente, la puerta destruida con una violencia casi animal…

Y, sin embargo, lo peor no era lo que veía.

Era lo que estaba a punto de ver.

Con el pulso acelerado y la respiración contenida, Irene dio un paso hacia la oscuridad del sótano, sabiendo, sin necesidad de comprobarlo, que lo que la esperaba allí abajo no iba a ofrecerle respuestas tranquilizadoras, sino algo mucho más peligroso: confirmaciones.

Luego de advertir las ligaduras abandonadas sobre el suelo sucio y las manchas de sangre oscurecidas, ya secas en algunos puntos y aún recientes en otros, Irene no necesitó más para reconstruir lo ocurrido. No había sido una captura limpia ni silenciosa. Su Adonis —su Sr. Naranja— se había defendido. Y lo había hecho como un valiente, o como un desesperado, que a veces viene a ser lo mismo. Aquellas cuerdas no hablaban de sumisión, sino de lucha; las salpicaduras no eran accidente, sino resistencia. Durante un instante, una ex-

traña mezcla de orgullo y angustia le recorrió el cuerpo, como si ese combate invisible le confirmara algo que, en el fondo, ya sabía: no se había entregado sin más.

Pero la emoción duró poco.

La lógica —esa lógica fría que Irene manejaba cuando la situación lo exigía— se impuso con rapidez. Aquello no había terminado allí. Si habían sido capaces de encontrar ese lugar, de forzar la entrada con semejante violencia y de llevarse a alguien contra su voluntad, entonces el siguiente paso era evidente. Volverían. O peor aún: ya la estarían esperando.

Miró a su alrededor con una desconfianza nueva, más aguda, casi paranoica. Le resultaba extraño, inquietante incluso, no ver presencia policial, ninguna vigilancia evidente, ningún indicio de que la casa estuviera bajo control. Demasiado limpio dentro del caos.

«¿O es que eran tan torpes que pensaban que se había atado él mismo…?» —se preguntó, con un deje de ironía nerviosa que apenas lograba ocultar el miedo—. «¿O no se imaginaban que pudiera haber sido ayudado por una mujer libre?»

La idea le produjo un escalofrío. No sabía qué era peor: que la subestimaran… o que no.

El tiempo, de pronto, adquirió un valor distinto. Cada segundo que permanecía allí aumentaba el riesgo de quedar atrapada en una red que aún no alcanzaba a ver, pero cuya existencia ya no podía negar. La imagen se le impuso sin esfuerzo: interrogatorios, sospechas, miradas cargadas de juicio… y, por encima de todo, una certeza que la golpeó con crudeza inesperada.

Daría a luz entre rejas.

Aquello no era una posibilidad lejana, ni un dramatismo exagerado. Era un futuro perfectamente plausible si no actuaba con rapidez. Y Irene, que podía permitirse muchas cosas, no estaba dispuesta a entregar su destino —ni el de aquello que crecía en su interior— a manos ajenas.

La decisión fue inmediata.

Sin recoger nada, sin mirar atrás, abandonó el sótano con la misma urgencia con la que había descendido. Atravesó la casa destrozada sin detenerse, como si ya no le perteneciera, como si aquel lugar hubiera dejado de ser refugio para

convertirse en trampa. El aire exterior la recibió con una frialdad que no logró calmarla, pero sí empujarla a moverse.

Tomó las de Villa Diego.

El coche arrancó con brusquedad, y en cuestión de segundos Irene ya estaba en camino, dejando atrás no sólo su hogar, sino también cualquier intento de normalidad. La dirección estaba clara: su refugio de montaña. El único lugar donde aún creía poder pensar… o esconderse.

Mientras la carretera se abría ante ella, serpenteando entre sombras cada vez más densas, una idea comenzó a instalarse en su mente con una persistencia incómoda:

Esto no había sido un accidente.

Habían ido a por él.

Y tarde o temprano…
irían a por ella.

El tiempo dejó de medirse en días, semanas o meses, y pasó a convertirse en una materia difusa, casi irrelevante en la vida de Irene. Todo lo que antes marcaba su rutina —las decisiones, las preocupaciones, incluso las personas— quedó relegado a un segundo plano frente a una única certeza que lo ocupaba todo: llevar su embarazo a buen puerto. No era ya una intención, sino una determinación absoluta, casi primitiva, que la empujaba a reorganizar su existencia en torno a ese propósito. Poco a poco, sin apenas darse cuenta, fue adoptando una vida distinta, más silenciosa, más introspectiva, donde la acción no desaparecía, pero sí se subordinaba a una especie de contemplación constante, como si cada gesto estuviera al servicio de algo mayor que ella misma.

En esa transformación, sus madres desempeñaban un papel tan decisivo como inquietante. Aparecían de forma intermitente en el viejo espejo, siempre precedidas por esa niebla familiar que ya no le provocaba sorpresa, sino una suerte de expectación resignada. No eran visitas caprichosas: cada intervención parecía responder a una necesidad concreta, como si velaran activamente por el desarrollo de aquello que crecía en su interior. Sus consejos, lejos de ser abstractos, se volvieron prácticos, casi técnicos, orientados a la supervivencia en aquel entorno áspero donde Irene había decidido recluirse. Le indicaban cuándo moverse, qué evitar, cómo racionar, incluso cómo escuchar el silencio. Y ella, que en otro tiempo habría cuestionado cada palabra, ahora obedecía con una docilidad que no nacía de la fe, sino de una intuición profunda: aquellas presencias sabían algo que ella aún no alcanzaba a comprender.

Entre los intervalos de caza, pesca y el esfuerzo constante por mantener la choza en condiciones mínimamente habitables, Irene encontraba momentos de pausa en los que su mente, inevitablemente, regresaba al mundo que había dejado atrás. Y en ese mundo, una figura destacaba por encima de las demás: el Sr. Naranja. Su recuerdo no era continuo ni melancólico, sino intermitente, como una sombra que aparecía y desaparecía sin previo aviso. Deseaba, en lo más íntimo, que hubiera salido bien parado de aquella situación, que su resistencia no hubiera sido en vano. Sin embargo, esa esperanza chocaba con una realidad que conocía demasiado bien.

Cuando un esclavo se convertía en un problema, cuando su existencia comenzaba a representar un riesgo o una incomodidad para el orden establecido, las autoridades no dudaban. No había procesos largos ni contemplaciones innecesarias. Actuaban con una eficacia fría, casi industrial, donde la palabra "justicia" perdía su sentido habitual para transformarse en otra cosa mucho más pragmática: reciclaje. La mercancía —porque así era tratada— se reaprovechaba, se reconvertía, desaparecía como individuo para integrarse en un sistema que no dejaba cabos sueltos.

Ese pensamiento, lejos de derrumbarla, se asentaba en Irene como una verdad incómoda pero asumida. No lloraba por él, no se permitía ese lujo. Pero tampoco lo olvidaba del todo. Era más bien una presencia suspendida, un capítulo inconcluso que quizá nunca llegaría a cerrarse. Y, sin embargo, incluso esa incertidumbre quedaba eclipsada por algo más urgente, más tangible.

Porque mientras el mundo seguía girando allá fuera, con su lógica implacable y sus mecanismos de control, dentro de ella algo crecía.

Y ese algo, cada vez con más claridad, parecía no pertenecer del todo a ese mismo mundo.

Capítulo 11

El Sr. Naranja era completamente ajeno al embarazo de su acosadora. Mientras Irene vivía expatriada de toda civilización, entregada a su particular retiro, el esclavo se había convertido en objeto de estudio para la comunidad científica. Su caso, considerado extraordinario, merecía —según decían— un examen minucioso y prolongado en el tiempo.

De momento, se hallaba confinado en una especie de amplia jaula, un espacio diseñado con precisión casi quirúrgica para mantenerlo con vida y, al mismo tiempo, bajo control absoluto. Bien alimentado, vigilado las veinticuatro horas mediante un sistema cerrado de cámaras, y con sus constantes vitales monitorizadas a una prudente distancia, disfrutaba de una libertad tan relativa como engañosa. Podía moverse, sí, pero siempre dentro de los límites que otros habían decidido por él. Todo, por supuesto, en aras de la ciencia.

Para sorpresa de sus carceleros, el cautivo solicitó una selección de libros que bien habría podido pedir cualquier erudito profesor. Aquella petición desconcertó a más de uno, aunque no alteró en lo más mínimo el protocolo de observación. Él, por su parte, dedujo que mientras siguiera siendo considerado un raro espécimen digno de estudio, su vida no corría un peligro inmediato. Al fin y al cabo, era más útil vivo que reducido a un simple objeto de disección.

“Domar”, pensó con amarga ironía, recordando la palabra que había escuchado en boca de algunos encargados de la limpieza, quienes la pronunciaban entre risas. Un término suave, casi amable, si se comparaba con la realidad que ocultaba: la posibilidad, mencionada sin pudor, de perforarle el cráneo como quien abre una puerta que nunca debió cerrarse.

Eran las tres de la madrugada. Durante la noche, el dispositivo de vigilancia se reducía al mínimo imprescindible, aunque los monitores continuaban activos y sus constantes vitales seguían enviando datos, de forma ininterrumpida, al ordenador principal. Los guardias se limitaban a un par de hombres que mataban el tiempo entre retransmisiones deportivas y películas no aptas para menores, ajenos en apariencia a la importancia del sujeto que custodiaban.

A esas horas, el Sr. Naranja, cansado de la lectura, se dispuso a dormir. No sabía con exactitud en qué momento de la jornada se encontraba, pero la ausencia del habitual trasiego de personal —ese ir y venir constante de técnicos que le sometían a todo tipo de pruebas— le hizo suponer que se hallaba en el ciclo nocturno. A ello se sumaban los bostezos descuidados de sus vigilantes, situados a escasos metros de él, al otro lado de una pecera de cristal blindado,

y el tenue ritmo de su propio cuerpo, ese reloj biológico que nunca dejaba de marcar el paso del tiempo.

Todo encajaba. Sin necesidad de mirar al exterior, comprendió con absoluta certeza que se encontraba en la fase más profunda de la noche, ese territorio suspendido en el que la oscuridad lo envuelve todo y la vigilancia, aunque presente, comienza a volverse vulnerable.

—¡¡Despierta!! —La voz irrumpió con una fuerza impropia de aquel silencio, como si perteneciera a un sueño que, en ese momento, nada tenía que ver con la loca.

El Sr. Naranja, molesto por la interrupción, optó por ignorarla, atribuyéndola a una mala digestión de la copiosa cena con la que sus carceleros solían complacerle.

—¡¡Espabila!! —insistió la voz, esta vez con mayor crudeza.

El esclavo, entre el enfado y la somnolencia, terminó por incorporarse.

—¿Quién cojones es? —gruñó, mirando a su alrededor sin encontrar origen alguno.

—¡¡Arriba, imbécil!! —aulló la voz.

Obedeciendo casi por inercia, como un niño reprendido, alzó la mirada.

Entonces lo vio.

Un ser luminoso, de presencia casi insoportable, se mantenía suspendido en el aire, a cierta distancia del suelo, como si la gravedad no tuviera poder sobre él. Entre sus manos sostenía un corazón palpitante, vivo, cuyo rojo intenso inundaba la estancia con una luz cálida y perturbadora a la vez, una tonalidad aterciopelada que recordaba a los pétalos de una rosa desmesurada.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo, esta vez con menos rabia y más desconcierto.

—¡¡Soy el enviado del Dios del amor, idiota!! —tronó la figura—. ¿Es que no ves mi corazón?

—¿Un ángel? —preguntó con una inocencia que desentonaba con la situación.

—¿De qué ángel me hablas, cabeza de chorlito? —replicó la figura con visible fastidio.

—Bueno… los enviados son ángeles, ¿no? —insistió, tratando de no parecer más torpe de lo que ya estaba demostrando.

—Bueno, vale, lo que tú quieras… soy un ángel —respondió al fin, resignado.

—¿Y cómo te llamas? —preguntó entonces, esperando algún apelativo rimbombante, digno de la aparición.

El enviado dudó unos instantes, sopesando la conveniencia de responder a aquella pregunta absurda mientras, en su fuero interno, no podía evitar preguntarse qué demonios habían visto en aquel individuo para convertirlo en el padre del niño. Finalmente, se decidió por un nombre que había escuchado durante su preparación para descender a aquel mundo inferior.

—Está bien… me llamo Mihael.

—Muy bien… Sr. Mihael —continuó el Sr. Naranja, esforzándose por aparentar un control de la situación que claramente no tenía—. Como usted podrá observar, me encuentro forzosamente recluido en esta jaula… ¿en qué puedo ayudarle?

—Usted me toma por idiota, señor mío. Mire a su alrededor.

Obediente, el cautivo dirigió la vista más allá de la figura luminosa y entonces lo comprendió: los dos guardias yacían fuera de combate, inmóviles, como si el tiempo se hubiera detenido para ellos; los monitores, por su parte, continuaban funcionando con aparente normalidad, transmitiendo datos falsos al ordenador central, que, engañado, registraba constantes vitales e imágenes de una copia inexistente del prisionero.

—Vamos, que no tengo todo el día… acérquese a mi corazón —le urgió el ángel, con impaciencia creciente.

—Oiga, pero… ¿a qué viene tanta prisa? —balbució, aún desorientado.

—¡¡Tengo una misión que cumplir, no me sea llorica!!

—¿Y a mí qué me cuenta, señor mío? —protestó, alzando la voz.

—¡¡Hay que joderse con estos humanos!! —estalló el enviado, perdiendo por un momento su compostura.

—Como mínimo, dígame por qué tengo que tocarle el corazón… vamos, que menos que una explicación —insistió, ya visiblemente molesto.

—Irene le necesita —dejó caer el ángel, esta vez con una gravedad inesperada.

—¿La loca? —preguntó atónito.

—Por favor, más respeto hacia la madre —respondió con solemnidad.

—¿Qué… va a ser mamá? —murmuró, repasando mentalmente aquellas veces en las que, muy a su pesar, se había visto forzado a yacer con ella.

—Por favor, se dice “hacer el amor” —corrigió condescendiente.

—¡¡Y una mierda!! —estalló él, incapaz de contener el recuerdo de aquel cuerpo sudoroso, blando y envejecido—. Esa mujer abusó de mí bajo chantaje y amenazas…

Las imágenes regresaron con una claridad desagradable: el olor rancio de las sábanas, la humedad pegajosa, la sensación de encierro.

—Pues ahora está embarazada… ¿cómo lo explica? —replicó el ángel, con un deje casi ofendido, como si la afrenta le afectara personalmente.

—¡¡Imposible, señor mío… yo tomaba precauciones!! —afirmó con rotundidad.

—Bueno… pues habrá sido el Espíritu Santo —respondió el enviado con sorna, para añadir de inmediato, elevando de nuevo el tono—: ¡¡Yo solo cumplo órdenes, no me cuente milongas… tiene que acompañarme!!

El Sr. Naranja guardó silencio por un instante. Algo, en lo más profundo de su memoria, empezó a abrirse paso: una noche en particular, una rendición momentánea, un descuido propiciado por las artes de aquella mujer, que resultaba, contra todo pronóstico, más experta que cualquier meretriz de puerto. Recordó, con una claridad que le incomodó, el instante exacto en el que perdió el control y dejó en ella algo más que su dignidad.

—Ahora va recordando, ¿verdad? —preguntó el ángel, clavando en él una mirada que no admitía escapatoria.

—Bueno… la verdad —dijo, titubeando por un instante, aunque enseguida una idea se abrió paso con fuerza en su cabeza—. ¿Cómo es posible que esa vieja se haya quedado embarazada? Si tiene más años que el propio Matusalén… —añadió, con un deje de incredulidad mal disimulada.

El ángel no pareció impresionarse lo más mínimo ante la observación. Su expresión permaneció inalterable, casi aburrida, como si aquella objeción ya la hubiera escuchado demasiadas veces.

—Caprichos del jefe. Yo solo me limito a obedecer, y punto —sentenció con rotundidad, sin dejar espacio alguno para la réplica.

El Sr. Naranja guardó silencio. Por un momento, dejó que la situación se asentara en su mente, evaluando sus opciones, que en realidad eran más bien escasas. Miró de reojo la jaula, los monitores, la falsa normalidad que le rodeaba, y no pudo evitar llegar a una conclusión tan sencilla como desesperada: cualquier cosa era mejor que seguir allí dentro, a la espera de convertirse en el próximo experimento definitivo.

«Total… peor no puede ser», pensó con resignación.

Alzó la vista de nuevo hacia la figura luminosa, que seguía suspendida en el aire con una impaciencia apenas contenida, sosteniendo aquel corazón palpitante cuya luz parecía latir al mismo ritmo que el tiempo que se agotaba.

—Está bien… ángel, o lo que seas —dijo finalmente, con una mezcla de desafío y rendición—. Te tocaré el corazón.

¿Era la velocidad del pensamiento o se hallaba alucinando en colores? Apenas tuvo tiempo de formular la pregunta cuando, tras tocar el corazón, una descarga de energía lo sacudió de arriba abajo, recorriendo cada rincón de su cuerpo con una intensidad desconocida, hasta el punto de hacerle sentir que su propia materia se deshacía y volvía a recomponerse en un mismo instante. Tuvo la clara impresión de que se fundía con el mensajero, de que dejaba de ser él mismo para convertirse en algo distinto, en tránsito, suspendido entre dos realidades que no terminaban de definirse. Y, en un abrir y cerrar de ojos —si es que realmente los había cerrado—, todo cambió.

Se encontró de pronto en el interior de una choza miserable, deteriorada hasta el extremo, con paredes ennegrecidas por el humo y un olor penetrante a ganado que se le metió en la nariz como una bofetada. La sorpresa aún no había terminado de asentarse en su mente cuando un rebuzno seco y desagradable le obligó a dirigir la mirada hacia el fondo de la estancia. Allí, entre una iluminación pobre y temblorosa, distinguió una escena que le heló la sangre: la lo-

ca, sentada sobre un montón de paja, amamantaba a un niño con una serenidad casi sagrada, mientras a ambos lados se erguían un buey de mirada pesada y cornamenta amenazadora, y un asno que parecía soportar su presencia con resignada incomodidad, como si también él fuera consciente del absurdo de aquella representación.

No supo explicar qué fuerza lo empujaba, pero, movido por un instinto al que no pudo oponerse, avanzó lentamente hasta situarse junto al infante, ocupando un lugar que parecía haber estado reservado para él desde el principio.

—¿Qué cojones pasa aquí? —preguntó, completamente descolocado.

—Ese lenguaje, amor mío, no es propio de la ocasión —le reprendió la mujer con una calma impropia de ella.

—Pero… ¿cómo es posible todo esto? ¿Yo también me estoy volviendo loco? —insistió, incapaz de encontrar un punto de apoyo en aquella realidad deformada.

—Todo es voluntad del Dios del amor. Todo lo puede, todo lo quiere —sentenció Irene, transformada, con una expresión que no le había visto jamás, como si una extraña gracia la hubiera elevado por encima de su propia naturaleza.

El niño, ajeno a cualquier conflicto, succionaba con avidez, aferrado a aquellos pechos envejecidos como si fueran la fuente más perfecta de vida. La madre, henchida de un orgullo casi reverencial, contemplaba la escena con devoción absoluta, admirando a su criatura —gordita, sana, sonrosada— como si en ella se concentrara todo el sentido del mundo.

—Admira a nuestro hijo… y calla —ordenó con firmeza.

El Sr. Naranja obedeció solo a medias. Se colocó junto al niño, pero el silencio le resultó imposible. Su mente, todavía anclada a una lógica que empezaba a resquebrajarse, no podía asimilar aquella idea sin resistencia.

—Pero… ¿qué dices? ¿Nuestro hijo? —preguntó, exagerando el tono, casi con la intención de provocarla.

—Sí, amor mío, fruto de nuestro cariño… y de la gracia del Dios —respondió ella, sin rastro de duda.

Después, girándose hacia el enviado que había permanecido en un discreto segundo plano, soportando con paciencia el peso de aquella misión, añadió con solemnidad:

—Gracias por todo, Mihael.

El mensajero, visiblemente complacido por el reconocimiento de tan trascendental figura, se estremeció levemente, como si aquel agradecimiento justificara cada instante de su existencia, y acto seguido desapareció sin dejar rastro, diluyéndose en el aire como si nunca hubiera estado allí.

La estampa resultaba, en conjunto, de lo más navideña, aunque deformada hasta rozar lo grotesco: la pareja de animales flanqueando la escena con una solemnidad impostada, el suelo cubierto de paja mezclada sin pudor con los excrementos del ganado, y, en el centro de la estancia, una especie de cuna improvisada, rellena de forraje, donde reposaba el niño, supuesto hijo del Dios del amor. A su alrededor, Irene y el Sr. Naranja completaban el cuadro, ella transfigurada por una devoción casi mística y él resignado, con el mismo aire de derrota que parecía desprender el asno en cada uno de sus lastimeros rebuznos, como si todos, de una forma u otra, estuvieran obligados a representar un papel en aquella función absurda que bien podría titularse Un nacimiento de tercera categoría.

—¿A esta patochada le falta algo? —preguntó el Sr. Naranja, incapaz de contener su sarcasmo.

—Por supuesto… y están al llegar —rebuznó el asno con una seguridad que no admitía réplica.

—¡¡Hay que joderse!! Ahora también habla el bicho —protestó el esclavo, llevándose una mano a la cabeza como si así pudiera sujetar lo poco que le quedaba de cordura.

—¿Qué esperaba usted? —replicó el animal, visiblemente ofendido.

El Sr. Naranja dudó un instante entre seguirle la corriente o ignorar por completo aquella inteligencia repentina, pero, dado que todo lo demás ya había dejado de tener sentido, optó por lo primero.

—No sé… —murmuró, encogiéndose de hombros—. ¿Quién está al llegar?

—Por supuesto, los magos… ¿quiénes si no? —intervino el buey, entrometiéndose con naturalidad en la conversación, como si aquello fuera lo más lógico del mundo.

El esclavo soltó una risa breve, más cercana al desahogo que al humor.

—El asunto promete… A estas alturas ya no me extraña nada. Definitivamente, ¿estoy loco, aparezco muerto o sencillamente me agujerearon la mente y no me di cuenta? —preguntó con voz lastimera, mirando a su alrededor en busca de una respuesta que no terminaba de llegar.

—Nada de eso, amor mío. Estás aquí y ahora, y no, no te encuentras ido —respondió Irene con una serenidad inquebrantable, irradiando una felicidad que contrastaba con el desconcierto del resto—. Pronto llegarán… y traerán regalos.

Y al decirlo, sus ojos brillaron con una ilusión casi infantil, como si en aquella absurda representación se estuviera cumpliendo, al fin, el destino que siempre había creído merecer.

Los tres magos avanzaban penosamente por el sendero que conducía a la choza, arrastrando sus cansados cuerpos a través de un terreno ingrato que parecía resistirse a cada uno de sus pasos. Venían de muy lejos —demasiado lejos, en su opinión—, pero aquel viaje no había sido fruto de su voluntad, sino de un capricho del Creador, quien, según había declarado con una solemnidad difícil de discutir, consideraba que el boato de la misión estaba plenamente justificado. Su intención no era otra que asegurar que el acontecimiento adquiriera un carácter legendario, que el “boca a boca” de los habitantes de aquel mundo se encargara de transmitir la historia de generación en generación, envolviéndola en ese halo de misterio y grandeza que solo el tiempo sabe conceder. Y, para ello, nada mejor que obligar a sus emisarios a recorrer el camino a pie, difundiendo la buena nueva por todos los rincones posibles, sembrando así la semilla del relato antes incluso de que el propio protagonista comenzara a escribir su historia.

Sin embargo, la realidad del trayecto distaba mucho de cualquier épica imaginada. El viaje había sido tan duro que, más de una vez, los magos maldijeron en silencio —y en ocasiones no tan en silencio— el lugar elegido para el nacimiento del hijo del amor. No lograban comprender cómo su superior había podido fijarse en un planeta tan inhóspito, habitado por criaturas que apenas merecían tal honor. Desde su perspectiva, aquellos seres resultaban poco menos que salvajes: se alimentaban de otros seres vivos sin el menor reparo, destruían sin contemplaciones el entorno que les daba sustento y, lo que les parecía aún más incomprensible, se mataban entre ellos con una facilidad alarmante. Aquella especie, pensaban, no solo carecía de la armonía necesaria para recibir un don semejante, sino que parecía empeñada en alejarse de cualquier forma de equilibrio.

Aun así, la misión estaba clara, y ninguno de ellos se atrevía a cuestionarla abiertamente. Les habían explicado, con todo detalle, que su cometido consistía en entregar al recién nacido las “armas” necesarias para combatir el odio y abrir paso al afecto, una fuerza que, según insistían sus superiores, resultaba imprescindible introducir —o tal vez reintroducir— en el corazón de los humanos. Aquella tarea, aunque envuelta en un lenguaje casi simbólico, tenía un peso real que ninguno de los tres podía ignorar, y quizá por eso, pese al cansancio y a las dudas, continuaban avanzando, arrastrados no tanto por la fe como por la certeza de que, en aquel mundo desordenado y contradictorio, algo estaba a punto de cambiar.

Al fin, cuando cruzaron el umbral de la choza, los tres magos descargaron sus bártulos con un suspiro casi unánime, como si aquel gesto marcara el final de una travesía que había puesto a prueba no solo su resistencia física, sino también su paciencia y su fe en la misión encomendada. Durante unos instantes, permanecieron inclinados, con las manos apoyadas en las rodillas, recuperando el aliento mientras el cansancio se deslizaba lentamente fuera de sus cuerpos. Irene, instalada en una calma que rozaba lo ceremonial, les concedió ese tiempo sin apremios, observándolos con una mezcla de expectación y satisfacción, como quien sabe que todo está ocurriendo exactamente como debe. El asno, fiel a su papel, dejó escapar un rebuzno que resonó en la estancia como una torpe pero sincera bienvenida, al que el buey respondió con un mugido grave y sostenido, aportando a la escena un aire casi litúrgico dentro de su rusticidad. El niño, por su parte, ajeno a toda solemnidad, irrumpió con un repertorio de berridos tan sonoros como desacompasados, reclamando su lugar en aquel extraño escenario con la autoridad instintiva de quien, sin saberlo, es el centro de todo. Y mientras tanto, el Sr. Naranja, testigo involuntario de aquella reunión imposible, contemplaba la escena con una mezcla de perplejidad e incredulidad creciente, sintiendo cómo su impaciencia se transformaba en una tensa expectativa, convencido de que los acontecimientos que estaban a punto de desarrollarse no solo igualarían, sino que probablemente superarían en desvarío a todo lo que había presenciado hasta ese momento.

El primero de los magos, tras recomponerse lo justo para adoptar una postura digna de la ocasión, avanzó unos pasos hacia el niño y, presentando sus respetos con una solemnidad que contrastaba con el estado lamentable de su indumentaria, tomó la palabra con voz grave y medida. —He aquí mi presente —anunció, arrodillándose en un gesto inequívoco de reverencia. Entre sus manos sostenía un magnífico arco blanco, tallado en madera de tejo y adornado con delicadas incrustaciones de oro que, incluso bajo la tenue luz de una luna indecisa, lograban emitir destellos suaves, casi hipnóticos, como si el objeto poseyera una voluntad propia. La claridad que se filtraba entre las nubes parecía haberse conjurado para iluminar aquel instante, subrayando la importancia del acontecimiento. —Con esta arma propagará el amor —añadió con firmeza, de-

positando el arco junto al niño, que, curioso y ajeno al peso simbólico del gesto, lo observaba de reojo con una mezcla de fascinación y desconcierto. Ni Irene ni el Sr. Naranja dijeron palabra alguna, como si ambos hubieran comprendido, por distintas razones, que aquel momento exigía un silencio respetuoso; y, por supuesto, los animales permanecieron mudos, pues sería poco apropiado que en un acto de tal gravedad el asno rebuznara o el buey interviniera con su habitual parsimonia. Aquella licencia —la de la palabra animal— parecía reservada únicamente para los instantes de menor trascendencia, o quizá, y esto no dejaba de tener su ironía, para el exclusivo desconcierto del padre improvisado, que, a su pesar, seguía representando su papel dentro de aquel ceremonial absurdo, sosteniendo la compostura como quien asiste a una obra cuyo sentido se le escapa pero de la que, inexplicablemente, forma parte esencial.

Inclinado, procurando no sobrepasar la altura del pesebre, el primer mago se retiró poco a poco, deshaciendo su presencia con la misma discreción con la que la había impuesto. Acto seguido, y como si formaran parte de una coreografía perfectamente ensayada, el segundo astrólogo avanzó hacia el centro de la estancia adoptando una actitud idéntica de respeto, casi calcada a la de su antecesor, como si ambos obedecieran a un mismo patrón ceremonial que no admitía variaciones. Entre sus manos sostenía un cojín ricamente bordado, cuyas telas, finas y elaboradas, mostraban letras doradas que componían con esmero el nombre del infante; sobre él reposaban cuatro flechas de apariencia singular, cuyas puntas emitían un resplandor rojo sangre que contrastaba con la suavidad del conjunto, mientras que, en lugar de las habituales plumas, cada una de ellas estaba rematada por pequeños corazones palpitantes de un tono rosa intenso, casi provocador, como si latieran con vida propia. —Estas flechas del amor serán la munición para el arco —declaró con voz grave, manteniendo en todo momento una compostura impecable, para continuar, sin perder la solemnidad—: Nada ni nadie podrá resistirse al cariño que cada saeta lleva en su punta; todo aquel que sea alcanzado quedará, de inmediato, limpio de cualquier rastro de maldad: violencia, venganza o cualquier idea nefasta que pudiera anidar en su pensamiento. Dicho esto, depositó con sumo cuidado las flechas a los pies del pesebre, como si se tratara de reliquias de incalculable valor, y, tras inclinarse en una reverencia tan medida como la del primero, se retiró con la misma precisión, dejando paso, sin necesidad de palabra alguna, al tercero de los magos, cuya intervención parecía aguardarse ya como la culminación inevitable de aquel extraño y solemne ritual.

El tercero de los magos no dejó en mal lugar a sus compañeros. Avanzó con el mismo respeto que los anteriores, aunque su porte resultaba algo más erguido, casi desafiante, como si estuviera especialmente orgulloso de la parte que le correspondía en aquel ceremonial. —Puede parecer el arma menos importante, pero… —comenzó, dejando la frase en suspenso mientras recorría con la mirada a todos los presentes, deteniéndose un instante más de lo necesario

en cada uno, como si buscara provocar una reacción—. Sin ella, todo lo demás carecería de sentido. Colgado de su hombro llevaba un hermoso carcaj, de dimensiones tan desproporcionadas que sobresalía por encima de su cabeza, otorgándole un aire imponente. De su interior emanaba un fulgor rojizo, como si en su fondo ardieran brasas vivas, proyectando una luz inquietante que evocaba, sin demasiado esfuerzo, la entrada a un infierno contenido y silencioso. —Sin él, no habría flechas… y, por añadidura, tampoco arco —concluyó finalmente. Acto seguido, se aproximó al niño y depositó el carcaj junto al resto de las armas, integrándolo en aquel conjunto simbólico que, poco a poco, iba tomando forma. Después, sin inclinarse esta vez en exceso, se retiró con paso firme, manteniendo la espalda recta, como quien sabe que ha cumplido su cometido con nota.

Con aquel gesto, la misión encomendada a los magos llegó a su fin. Los tres, ya reunidos de nuevo, intercambiaron una breve mirada de entendimiento antes de dirigirse al Sr. Naranja, que observaba la escena con una mezcla de agotamiento mental y resignación creciente.

—Es usted más trascendental de lo que piensa… —dijeron casi al unísono, con una gravedad que contrastaba con todo lo anterior.

—Yo no soy el padre —respondió él, en un tono que oscilaba entre la protesta y el cansancio.

—Lo sabemos —replicaron sin vacilar—, pero este niño necesita un padre.

—¿Y por qué yo? —insistió, incapaz de aceptar con naturalidad el papel que parecía habérsele asignado.

—Muy fácil —intervino Irene, adelantándose con una serenidad que rozaba lo implacable—. Si pudiste reconvertirte en humano… podrás con esta misión.

Y al decirlo, lo miró con una seguridad que no admitía réplica, como si en aquella afirmación no solo hubiera una convicción, sino una sentencia ya escrita desde mucho antes de que él tuviera ocasión de oponerse.

—Hazle caso a tu mujer —le aconsejaron los magos con una serenidad que rozaba la imposición.

—¡¡No es mi mujer y además está loca!! —protestó aireadamente, incapaz ya de contener su frustración.

—Es la madre elegida por el Ser Supremo… sus razones tendrá —replicaron con una calma inquebrantable, como si toda objeción fuera irrelevante frente a un designio ya sellado.

—Que así sea —sentenciaron al unísono el asno y el buey, aportando a la escena un aire de fatalidad que no dejaba resquicio alguno para la duda.

—Amor mío, que no te engañe lo que ves. Tú tienes un gran corazón… lo sé —añadió Irene con una dulzura que, lejos de tranquilizarle, terminó por inquietarle aún más.

El Sr. Naranja guardó silencio. No porque estuviera convencido, ni mucho menos, sino porque comprendió, con una lucidez amarga, que cualquier intento de razonar en aquel entorno resultaba completamente inútil. Se sentía atado de pies y manos, atrapado en una situación que desbordaba toda lógica: una mujer que afirmaba amarle con una fe ciega y perturbadora, tres magos que habían aparecido de la nada para entregar armas simbólicas a un niño que no reconocía como suyo, unos animales que hablaban con naturalidad pasmosa, y, sobre todo, la certeza de que, en algún lugar del mundo real, las autoridades debían de estar buscándole, mientras los crímenes de aquella chiflada permanecían sin resolver, aguardando el momento en que todo estallara de forma inevitable.

Nada encajaba. Nada podía explicarse desde la razón.

Y, sin embargo, allí estaba él, consciente, lúcido, condenado a pensar… deseando, por primera vez desde que había recuperado su humanidad, perder de nuevo ese maldito libre albedrío que no hacía sino arrastrarlo, paso a paso, por un camino que jamás habría elegido recorrer.

Capítulo 12

Al momento Irene se vio en un jardín, con muchos seres caminando, sus semblantes desprendían un aureola de felicidad y amor, pero no se besaban ni siquiera les hacía falta tocarse, simplemente se miraban a los ojos, conformándose con tomarse de las manos, en una actitud de lo más inocente. La loca no salía de su asombro, no había visto nunca tanto cariño junto. Se quedó maravillada, paralizada empequeñecida, tan pequeña que parecía una diminuta rosa en aquél vergel tan grande.

Entonces el angelito con mirada condescendiente preguntó:

—¿Tú crees qué Dios puede tener envidia de tu amor? ¿Acaso consigues contrastar tu pasión a ésta que ves aquí? —llorando a moco tendido y sin responder. Irene efectivamente se dio cuenta, su amor no se podía comparar con la ternura tan grande que allí se hallaba y lo único que había conseguido con tanto enfrentamiento con el Creador, era alejarse del afecto que en aquel lugar fue a buscar.

La conversación terminó dejando en Angustias una sensación agria, una mezcla de derrota mal digerida y orgullo herido que le revolvía el estómago más que cualquier comida en mal estado. Sostuvo el auricular unos segundos más de lo necesario, como si alargar ese contacto pudiera cambiar el resultado, hasta que finalmente lo dejó caer en su sitio con un gesto brusco, casi teatral, propio de quien necesita que incluso la derrota tenga cierto aire de dramatismo. La voz pausada de la señorita aún le resonaba en la cabeza, tan educada, tan medida, tan insoportablemente correcta, que le parecía casi una provocación. ¿Cómo se atrevía alguien a mantener la compostura frente a su evidente indignación? Aquella serenidad profesional le había resultado más irritante que cualquier insulto.

Mientras caminaba de un lado a otro por la estancia, esquivando sin demasiado cuidado los restos de su propio descuido, Angustias reconstruía mentalmente la conversación, corrigiéndola a su favor, añadiendo réplicas más contundentes, respuestas más ingeniosas que, por desgracia, siempre llegaban tarde. En su versión revisada de los hechos, ella había sido implacable, casi brillante; en la realidad, sin embargo, había terminado aceptando lo inevitable con un gruñido apenas disimulado. La mención del perito le producía una incomodidad difícil de definir, como si, de pronto, su mundo privado —ese pequeño reino de desorden y arbitrariedad— fuera a ser inspeccionado por una mirada externa, fría, objetiva, y probablemente poco comprensiva.

El director, con su tono seco y su paciencia escasa, había terminado de cerrar cualquier vía de escape. No hubo concesiones, ni titubeos, ni la más míni-

ma grieta por donde colar una queja con posibilidades de prosperar sin someterse a las normas. Y esas normas, esas malditas líneas diminutas que siempre se ignoraban en el momento de la compra, ahora se erigían como un muro infranqueable, levantado no para proteger al cliente, sino para recordarle, con elegante crueldad, que la responsabilidad rara vez cambia de manos sin resistencia. Angustias, que jamás había tenido demasiada inclinación por la lectura minuciosa, maldijo en voz baja cada palabra que no había querido entender en su momento.

Aceptó, sí, pero no con resignación plena, sino con esa obediencia tensa que precede a futuras quejas. Comenzó a imaginar la visita del perito como una especie de juicio doméstico en el que ella, por supuesto, sería la parte agraviada, aunque en lo más profundo una duda incómoda empezaba a abrirse paso. Miró a su alrededor, por primera vez con algo parecido a una evaluación crítica, y el panorama no le devolvió precisamente una imagen favorable. Durante unos instantes, consideró la posibilidad —extraña, casi revolucionaria en su forma de pensar— de poner cierto orden, de maquillar la realidad lo suficiente como para que resultara presentable ante ojos ajenos.

Pero aquella idea le duró poco. Enderezó la espalda, frunció el ceño y se aferró de nuevo a su versión de los hechos, porque cambiarla implicaría asumir algo que no estaba dispuesta a conceder: que quizá, solo quizá, la mercancía no había fallado por defecto de fábrica, sino por el uso al que había sido sometida. Y eso, para Angustias, era un pensamiento inadmisible. Así pues, decidió esperar al perito con la misma actitud con la que había iniciado todo el proceso: convencida de su derecho, armada con su factura y dispuesta a defender, contra toda evidencia si era necesario, que el mundo estaba equivocado y ella no.

El sonido del timbre resonó en el interior de la vivienda de Angustias con una claridad casi ofensiva, como si anunciara no solo una visita, sino el inicio de un inevitable ajuste de cuentas entre la realidad y la ficción cuidadosamente construida por su propietaria. Al otro lado de la puerta, el Sr. Nano aguardaba con la espalda recta y el gesto medido, sosteniendo en una mano su carpeta de informes como quien porta un instrumento quirúrgico: no para curar, sino para diseccionar. Había aprendido, con los años, que cada visita era una pequeña representación, un escenario en el que el cliente interpretaba su papel con mayor o menor acierto, y él, con paciencia adquirida y un deje de cinismo, decidía si aplaudir o bajar el telón sin contemplaciones.

Mientras esperaba, repasó por última vez los datos del expediente, no porque los necesitara —su memoria era eficaz cuando el interés económico estaba en juego—, sino por ese hábito adquirido de reforzar su posición antes de cualquier enfrentamiento. El nombre de la clienta le sugería ya un perfil: insis-

tente, probablemente desordenada, convencida de su razón por pura inercia. No era prejuicio, se decía a sí mismo, sino experiencia estadística, una ciencia oficiosa que había ido perfeccionando con cada caso rechazado, con cada reclamación desestimada. Y, sin embargo, una parte de él, más sutil y menos confesable, disfrutaba anticipando el choque, saboreando de antemano ese momento en el que la seguridad ajena comenzaba a resquebrajarse.

Dentro, Angustias tardó unos segundos más de lo necesario en acudir a la puerta, no por descuido, sino porque quiso tomarse ese breve margen para recomponerse, para adoptar una expresión que mezclara dignidad ofendida y control aparente. Se alisó el cabello con las manos, miró fugazmente a su alrededor —demasiado tarde ya para corregir el desorden— y, aferrando la factura como si fuera un documento sagrado, giró el pomo con una determinación que pretendía disimular el ligero temblor que empezaba a instalarse en su ánimo.

Al abrir, sus miradas se cruzaron en un instante cargado de evaluación mutua. Angustias vio en él una figura más imponente de lo esperado, no tanto por su estatura como por la seguridad con la que ocupaba el espacio; el Sr. Nano, por su parte, confirmó en un solo vistazo varias de sus sospechas: el entorno caótico, el gesto defensivo, esa tensión característica de quien se sabe observado y, en cierta medida, juzgado. Hubo un breve silencio, apenas un latido, en el que ambos calibraron sus fuerzas, como animales que se reconocen antes del enfrentamiento.

—Buenos días —dijo él finalmente, con una cortesía exacta, sin excesos—. Vengo a realizar la evaluación.

Angustias asintió, sin apartarse del todo del umbral, como si aquel pequeño gesto de resistencia pudiera otorgarle una ventaja simbólica. Luego, tras un segundo de duda, se hizo a un lado y le permitió entrar, consciente de que, a partir de ese momento, su terreno dejaba de ser completamente suyo. El Sr. Nano cruzó la puerta con paso firme, dejando atrás el exterior y adentrándose en aquel escenario que ya empezaba a hablarle sin necesidad de palabras. Y mientras lo hacía, una leve, casi imperceptible sonrisa se dibujó en su rostro: la función acababa de comenzar.

El gesto apenas perceptible de contrariedad que cruzó el rostro de Angustias no pasó desapercibido para el Sr. Nano, cuya experiencia le había enseñado a leer en los pequeños detalles aquello que los clientes se empeñaban en ocultar con palabras. Aquella mujer, rígida en su postura y con la factura aferrada como si fuera un salvoconducto divino, parecía debatirse entre la sumisión estratégica y una rebeldía mal disimulada. Él, por su parte, registró el dato sin alterar su expresión, archivándolo en ese rincón mental donde clasificaba a cada individuo antes de decidir cómo proceder: severidad quirúrgica o condescendencia

calculada. No hubo mención alguna a su apellido, lo cual le arrancó, muy en el fondo, una satisfacción fría; no por evitar la burla —ya superada hacía años—, sino porque indicaba que la mujer sabía, al menos, dónde no debía pisar.

Angustias cerró la puerta tras él con un leve chasquido que sonó más definitivo de lo que pretendía, como si sellara un pacto del que ya no podía retractarse. Durante un instante dudó si ofrecer alguna explicación previa, alguna versión edulcorada de los hechos que preparara el terreno, pero desistió; había aprendido, a base de tropiezos, que hablar de más era abrir grietas innecesarias. Optó, en cambio, por un silencio expectante, cargado de intención, esperando que fuera el perito quien diera el primer paso hacia el sótano, donde yacía su problema convertido en evidencia.

El Sr. Nano no tardó en percibir ese silencio denso, esa especie de invitación sin palabras. Observó el entorno con detenimiento, dejando que su mirada recorriera sin prisa cada rincón, cada objeto fuera de lugar, cada señal de un descuido que, acumulado, empezaba a dibujar una narrativa propia. No necesitaba descender aún; la casa ya hablaba. Y, sin embargo, sabía que lo esencial se encontraba abajo, aguardando como una prueba irrefutable de aquello que, probablemente, terminaría por dictaminar.

—Entiendo que la mercancía se encuentra en… —dejó la frase suspendida, permitiendo que ella completara el destino, otorgándole así una ilusión de control que en realidad no tenía.

—En el sótano —respondió Angustias, con un deje de impaciencia que no consiguió disimular del todo—. Está… como lo dejé.

Aquella última precisión resultó, para el perito, más reveladora que cualquier descripción detallada. “Como lo dejé”. No “como lo encontré”, no “como ocurrió”. Tomó nota mental de la elección de palabras mientras asentía con una cortesía mínima. Había algo en esa afirmación que apuntaba, sin querer, hacia la responsabilidad directa, hacia una relación más activa con el estado final de la mercancía.

Sin embargo, lo que Angustias ignoraba —y que el Sr. Nano guardaba con la discreción de quien maneja información valiosa— era que aquella visita no respondía únicamente a un trámite rutinario. Antes de llegar, había sido convocado por sus superiores en una reunión breve pero cargada de intención, donde el expediente había adquirido un matiz distinto, casi estratégico. No se trataba solo de evaluar daños o aplicar cláusulas; había un interés añadido, una sombra de sospecha que se extendía más allá de aquella vivienda.

Le habían hablado de la vecina. De Irene.

El nombre había quedado flotando en la mente del Sr. Nano mientras repasaba el caso, como una nota discordante en una partitura aparentemente sencilla. La proximidad entre ambas mujeres no era, según sus superiores, una mera coincidencia, y si existía la posibilidad de obtener información, de establecer conexiones o simplemente de confirmar intuiciones, debía aprovecharla. No le dieron detalles exhaustivos —no era necesario—, pero sí la libertad suficiente para actuar con criterio propio, algo que él valoraba casi tanto como el resultado final.

Ahora, mientras se dirigía hacia la puerta que conducía al sótano, sentía cómo aquella inspección comenzaba a transformarse en algo más complejo que una simple peritación. Angustias, con su obstinación y su torpeza, podía ser tanto un obstáculo como una herramienta, dependiendo de cómo se manejara la situación. Y él, que había aprendido a encontrar utilidad incluso en los casos más ingratos, no estaba dispuesto a desaprovechar la ocasión.

—Bien —dijo finalmente, con un tono que no admitía réplica—. Veámoslo.

Angustias lo precedió escaleras abajo, aferrándose una vez más a su convicción de que la providencia aún jugaba de su lado, sin sospechar que, en aquel preciso instante, su historia comenzaba a entrelazarse con otra mucho más profunda y peligrosa de lo que jamás hubiera imaginado.

El descenso al sótano había sido, en sí mismo, una confesión muda. Cada escalón crujía como si protestara por lo que allí abajo se ocultaba, y el aire, más frío y denso, traía consigo un olor que no necesitaba ser descrito para resultar concluyente. El Sr. Nano, con la compostura intacta, dejó que sus sentidos hicieran su trabajo con la precisión de quien no se permite sorpresas; no había en su gesto asomo de repulsión, solo una atención metódica, casi clínica, que convertía la escena en un expediente más. Angustias, en cambio, hablaba —y hablaba—, envolviendo la realidad con palabras grandilocuentes que pretendían maquillar lo evidente, como si el exceso de explicación pudiera corregir lo que la vista ya había sentenciado sin apelación posible.

Cuando el perito terminó su inspección, el silencio que siguió fue breve pero cargado de significado. No había duda, no había margen, no había interpretación alternativa que pudiera sostenerse sin caer en el ridículo. Y, sin embargo, él se tomó su tiempo antes de pronunciarse, no por necesidad técnica, sino por ese leve placer profesional que encontraba en el instante previo al veredicto, ese momento en que la esperanza ajena aún respira, ignorante de su inminente extinción.

Su dictamen cayó con la contundencia de una puerta que se cierra para siempre. Cada palabra fue medida, cada pausa calculada, cada énfasis coloca-

do con la precisión de un artesano que conoce el peso de su herramienta. Angustias, que había permanecido erguida durante la inspección con una dignidad forzada, sintió cómo esa estructura interna comenzaba a resquebrajarse al escuchar la conclusión final. No gritó de inmediato, no protestó en el acto; durante unos segundos, se limitó a parpadear, como si necesitara tiempo para que la realidad terminara de asentarse en su conciencia.

—Eso… eso no puede ser —murmuró finalmente, con una voz que ya no tenía la firmeza de antes, sino un temblor apenas contenido—. Yo… yo hice lo que pude.

Pero incluso esa defensa sonaba débil, deshilachada, como una excusa repetida demasiadas veces sin convicción real. El Sr. Nano no respondió de inmediato. La observó con una calma que no era crueldad abierta, pero tampoco compasión; más bien una distancia profesional que, en su caso, rozaba lo impenetrable. Sabía que aquel momento era clave: el instante en que el cliente decide si acepta el golpe o se lanza a una batalla inútil.

Angustias dio un paso hacia él, aferrando aún la factura, ahora convertida en un papel inútil, casi ridículo en su insistencia.

—¡Exijo una revisión! ¡Esto es un abuso! —la voz recuperó parte de su volumen, aunque no su solidez—. ¡No pueden dejarme así!

El perito dejó escapar un leve suspiro, apenas audible, como quien confirma una reacción esperada. Cerró su carpeta con un gesto limpio y definitivo, y entonces, por primera vez desde que había entrado en la casa, suavizó ligeramente el tono, no por empatía, sino por estrategia.

—Puede iniciar los procedimientos que considere oportunos —respondió con una neutralidad impecable—. Está en su derecho. Pero el resultado… difícilmente variará.

Aquella frase, lejos de calmar, terminó de encender en Angustias una indignación que ya no encontraba sostén lógico, solo emocional. Sin embargo, mientras ella comenzaba a enredarse en nuevas protestas, el Sr. Nano ya había empezado a desplazarse mentalmente hacia el siguiente movimiento. Porque, aunque el caso estaba cerrado en lo técnico, aún quedaba pendiente lo verdaderamente interesante.

Alzó la vista con aparente descuido, como si acabara de recordar algo menor.

—Por cierto… —dejó caer, con un tono casual que contrastaba con su anterior rigidez—. ¿Hace mucho que vive usted aquí?

La pregunta, aparentemente inocente, cayó en medio de la tensión como una piedra en un estanque. Angustias, sorprendida por el cambio de rumbo, dudó un instante antes de responder, sin imaginar que aquella simple cuestión no tenía nada de trivial. El expediente del esclavo había terminado, sí… pero la verdadera inspección acababa de empezar.

El estallido que estaba a punto de producirse en Angustias quedó suspendido en el aire, como una tormenta contenida a última hora, cuando la orden tajante del Sr. Nano cortó de raíz cualquier intento de desahogo. Aquella interrupción no solo detuvo sus palabras, sino que reorganizó, de golpe, el curso de sus pensamientos. La ira, que ya hervía, se vio desplazada por algo mucho más poderoso en su escala de valores: la oportunidad. Bastó una sola palabra, “solución”, para que todo su discurso interno cambiara de dirección, como un río que encuentra una nueva salida entre las rocas.

El Sr. Nano, que no daba puntada sin hilo, observó con precisión quirúrgica ese cambio en la expresión de la mujer: del rojo encendido de la indignación al brillo húmedo de la expectativa. Era justo ahí donde quería situarla, en ese terreno inestable donde la necesidad abre la puerta a concesiones que, en circunstancias normales, serían impensables. No necesitaba insistir demasiado; la simple mención de Irene había sido suficiente para encender una chispa distinta, más calculadora, más interesada.

Angustias, por su parte, ya había comenzado a recomponer su actitud, adoptando un aire más dócil, casi colaborativo, que contrastaba de forma evidente con su beligerancia anterior. No era ingenua —nunca lo había sido—, y aunque intuía que aquella propuesta escondía algo más que una simple gestión administrativa, también sabía reconocer una tabla de salvación cuando la tenía delante. Su mente, rápida para ciertas cosas, empezó a trazar posibilidades, a evaluar riesgos, a medir cuánto estaba dispuesta a ceder si el resultado final le devolvía aquello que consideraba suyo.

El perito dio un par de pasos lentos por el sótano, como si necesitara espacio para ordenar sus palabras, aunque en realidad estaba dosificando el momento con la precisión de quien domina los tiempos. No miraba directamente a Angustias, lo cual aumentaba aún más la tensión, obligándola a esperar, a sostener esa incómoda expectativa que, poco a poco, iba convirtiéndose en dependencia.

—Verá, señora —comenzó al fin, con un tono más bajo, casi confidencial—. Hay situaciones… excepcionales… en las que ciertos expedientes pueden revisarse, siempre que exista información relevante que justifique dicha revisión.

Se giró entonces, fijando en ella una mirada que ya no era únicamente profesional, sino deliberadamente penetrante.

—Su vecina Irene —prosiguió— es, digamos, una persona de interés para la empresa. Rutinas, visitas, hábitos… cualquier detalle que pudiera ayudarnos a comprender mejor su entorno.

No hizo falta decir más. El silencio que siguió fue elocuente, cargado de implicaciones que no necesitaban ser explicitadas. Angustias sintió un leve cosquilleo en el estómago, una mezcla de incomodidad y excitación, como quien se asoma a un terreno moralmente resbaladizo pero potencialmente beneficioso. Durante un instante, pensó en la vecina, en los años de convivencia, en las miradas cruzadas, en las pequeñas rivalidades silenciosas que nunca habían llegado a estallar del todo.

Y entonces, casi sin darse cuenta, empezó a inclinar la balanza.

—Bueno… —dijo, alargando la palabra con cautela—. Irene es… peculiar. Siempre lo ha sido.

El Sr. Nano no sonrió, pero algo en su postura indicó que aquella era la respuesta correcta, el primer paso en la dirección deseada.

—No le pido juicios —añadió con suavidad—. Solo hechos.

Angustias asintió lentamente, aunque en su interior ya no distinguía con claridad entre una cosa y la otra. Porque, en realidad, nunca lo había hecho. Y mientras comenzaba a hablar, el eco de su propia voz le sonó distinto, como si cada palabra que pronunciaba la alejara un poco más de la indignación inicial y la acercara, sin remedio, a un acuerdo que, aunque no se había formalizado aún, ya empezaba a tomar forma en las sombras de aquel sótano.

El aire del sótano pareció volverse aún más denso cuando la conversación abandonó definitivamente el terreno de la queja para adentrarse en el del intercambio. Ya no había rastro de la clienta indignada ni del perito inflexible; en su lugar, dos voluntades se medían con cautela, tanteando hasta dónde podían tensar la cuerda sin romperla. Angustias, que hacía apenas unos minutos se deshacía en improperios, había adoptado ahora una calma calculada, casi fría, impropia de su carácter explosivo. El Sr. Nano, por su parte, notó ese cambio con la misma rapidez con la que un depredador percibe una variación en el

comportamiento de su presa… solo que, por primera vez, no estaba del todo seguro de quién ocupaba cada papel.

La insinuación de la policía quedó flotando entre ambos como un cuchillo mal disimulado. No era una amenaza directa, pero tampoco una simple sugerencia; era, más bien, una advertencia vestida de posibilidad. Angustias lo entendió al instante, y lejos de amedrentarse, dejó escapar una breve risa seca, casi inaudible, que revelaba más de lo que pretendía ocultar. No era valentía, ni siquiera descaro puro: era la certeza de que, en ese punto, ambos estaban demasiado implicados como para retroceder sin consecuencias.

—Ay, señor Nano… —dijo, ladeando ligeramente la cabeza, con una expresión que mezclaba ironía y cansancio—. Si usted llama a la policía, tendrá que explicar muchas cosas. Y no todas le van a gustar.

No elevó la voz, no hizo aspavientos; precisamente por eso, sus palabras resultaron más incisivas. El perito la observó con atención renovada. Aquella mujer, desaliñada, caótica y aparentemente vulgar, acababa de demostrar una intuición peligrosa: había comprendido que el juego ya no era unilateral.

Durante unos segundos, ninguno habló. El silencio no era incómodo, sino tenso, lleno de cálculos invisibles. El Sr. Nano, acostumbrado a dominar estas situaciones, sintió por primera vez en mucho tiempo que el terreno bajo sus pies no era completamente firme. No porque hubiera perdido el control, sino porque la partida había dejado de ser previsible.

Finalmente, cerró la carpeta con suavidad, un gesto mucho más contenido que los anteriores, como si con él también ajustara su estrategia.

—No estamos aquí para complicarnos la vida —dijo, bajando ligeramente el tono—. Ni usted ni yo.

Aquella concesión, mínima en apariencia, era en realidad significativa. Angustias la percibió y, como buena negociadora improvisada, decidió no apretar más… de momento. Sabía que había ganado algo de espacio, y en ese espacio podía moverse con mayor libertad.

—Entonces entenderá —respondió, cruzándose de brazos— que la información tiene un valor.

El Sr. Nano asintió despacio. Ya no había lugar para la superioridad inicial; ahora hablaba desde un equilibrio más delicado, donde cada palabra debía ser medida.

—De acuerdo —admitió—. Supongamos que su colaboración es… especialmente útil. En ese caso, no solo podríamos reconsiderar su expediente, sino mejorar considerablemente la sustitución.

No repitió los detalles anteriores, pero no hacía falta. Ambos sabían a qué se refería. Angustias dejó que la idea se asentara, disfrutando un instante de esa sensación de control recién adquirida, como quien prueba una prenda nueva frente al espejo.

Luego, se inclinó ligeramente hacia él, bajando la voz como si el sótano pudiera tener oídos.

—No sé exactamente a dónde fueron… —empezó, saboreando cada palabra—, pero sí sé por qué se fueron… y con quién estaban en contacto antes de desaparecer.

El cambio en la expresión del Sr. Nano fue sutil, pero suficiente. Aquello superaba lo esperado.

—Continúe —dijo, sin disimular ya el interés.

Angustias sonrió, una sonrisa pequeña, contenida, pero cargada de intención. Había pasado de cliente frustrada a pieza clave, y lo sabía. Y mientras comenzaba a desgranar su información, el sótano dejó de ser el escenario de una inspección fallida para convertirse en el centro de una trama mucho más amplia, donde la garantía de un simple “producto” era, en realidad, la excusa más banal de todas.

La pregunta de Angustias quedó suspendida en el aire como un desafío que no admitía rodeos. Su mirada, fija y sin pestañear, obligó al Sr. Nano a sostenerle los ojos más tiempo del que le habría resultado cómodo en otras circunstancias. Ya no era la clienta alterada de hacía unos minutos; ahora había en ella una calma distinta, más peligrosa, construida sobre la certeza de que entendía el tablero mejor de lo que él había supuesto. La referencia implícita a las consecuencias —a la lentitud de la justicia, al destino incierto de cualquier “mercancía” convertida en prueba— no era fruto del azar, sino de una lógica fría que había ido madurando en su cabeza mientras hablaban.

El perito, que hasta entonces había llevado el peso de la conversación con una autoridad casi automática, sintió cómo esa seguridad se le desplazaba ligeramente bajo los pies. No era una caída, ni mucho menos, pero sí un reajuste incómodo. Aquella mujer no solo estaba negociando: estaba anticipando escenarios, cerrando salidas, obligándole a recalcular cada paso. Y eso, en su oficio, no era habitual.

—Nada más lejos de la realidad, señora —repitió, esta vez con un matiz más medido, menos tajante, como quien pisa terreno que ya no considera completamente firme—. Un momento.

El gesto de alzar la mano, que antes había sido una orden incuestionable, ahora parecía más una solicitud de pausa que una imposición. Sacó el teléfono con una lentitud deliberada, no tanto por protocolo como por necesidad de recomponerse, de recuperar el control en un espacio que empezaba a escapársele entre matices imprevistos. Mientras marcaba, evitó mirarla directamente, concentrando su atención en la pantalla, como si en ella pudiera encontrar la claridad que la situación le estaba negando.

Angustias, por su parte, no dijo nada. Permaneció inmóvil, observándolo con una mezcla de curiosidad y cálculo, disfrutando en silencio de ese leve cambio de dinámica. No necesitaba presionar más; había aprendido, a su manera, que el silencio bien colocado podía ser más elocuente que cualquier amenaza. En su mente, las piezas empezaban a encajar con una nitidez casi satisfactoria: la empresa, la vecina, el valor de la información… y, por supuesto, su propia oportunidad.

El murmullo de la conversación telefónica apenas era audible, fragmentos de frases técnicas, términos medidos, pausas largas que delataban consultas más profundas de lo que el Sr. Nano habría deseado. No estaba simplemente informando: estaba negociando en otro nivel, uno en el que él mismo dejaba de ser el único decisor. Y eso, aunque no lo mostrara abiertamente, le incomodaba.

Pasaron unos minutos que, en aquel sótano, parecieron estirarse con intención propia. Finalmente, el perito guardó el teléfono y levantó la vista. Su expresión había cambiado; no era derrota, pero tampoco la seguridad inicial. Había en ella algo más complejo: una aceptación estratégica.

—Bien —dijo, ajustando el tono, recuperando parte de su formalidad—. Mis superiores están… dispuestos a considerar su colaboración en términos más amplios de lo previsto inicialmente.

Angustias arqueó ligeramente una ceja, sin perder la compostura.

—Le escucho.

El Sr. Nano dio un paso hacia ella, acortando la distancia con una intención clara: ahora hablaban en un plano distinto.

—Si la información que posee resulta determinante —continuó—, no solo se procederá a la sustitución de la mercancía en condiciones óptimas, sino que se le ofrecerán… garantías adicionales. Más duraderas. Más flexibles.

No detalló más. No hacía falta. Ambos entendían el lenguaje implícito.

Angustias dejó que el silencio volviera a instalarse un instante, saboreando el momento con una paciencia nueva, más calculada que nunca. Luego, muy despacio, esbozó una sonrisa que no llegaba a ser amable.

—Entonces —dijo finalmente— creo que estamos empezando a entendernos.

Y mientras las palabras quedaban flotando entre ellos, el sótano, testigo mudo de la degradación de un cuerpo, se convertía también en el escenario de un acuerdo que ya no tenía nada de improvisado. Allí abajo, entre sombras y certezas incómodas, dos voluntades habían dejado de enfrentarse para empezar, peligrosamente, a colaborar.

El regreso del Sr. Nano no tuvo nada de improvisado. Se detuvo un instante en el umbral, como si necesitara reajustar no solo su postura, sino también el papel que iba a interpretar a partir de ese momento. Ya no era únicamente el perito que dicta sentencias inapelables; ahora volvía investido de una autoridad distinta, más flexible en apariencia, pero también más peligrosa en su capacidad de adaptación. Había lidiado con superiores, había defendido su criterio y, lo más importante, había obtenido margen. Y el margen, en su oficio, era poder.

Al cruzar la puerta, sus pasos resonaron con una firmeza recuperada, aunque más contenida que antes. Angustias seguía donde la había dejado, pero no exactamente igual: su quietud ya no era expectante, sino casi ceremonial, como si supiera que aquel segundo asalto iba a decidir mucho más que una simple reclamación. La leve inclinación de cabeza que él le dedicó, apenas perceptible, no fue un gesto de cortesía sin más, sino el reconocimiento tácito de que el equilibrio entre ambos había cambiado.

—Señora —comenzó, con un tono más templado, menos rígido—, creo que podemos avanzar.

No se sentó, no se apoyó en nada; permaneció erguido, dominando el espacio sin imponerse, una diferencia sutil pero calculada. Abrió la carpeta, no tanto para consultar nada —ya lo tenía todo claro—, sino para marcar el inicio formal de una nueva fase.

—Tras consultar con la dirección —prosiguió—, se me han concedido facultades para alcanzar un acuerdo… razonable.

La palabra, pronunciada con un leve énfasis, no pasó desapercibida para Angustias. Ella la recogió como quien examina una moneda antes de aceptarla, consciente de que en ese término ambiguo se escondía todo el margen de la negociación.

El Sr. Nano continuó, dosificando la información con precisión.

—En primer lugar, se contempla la sustitución de la mercancía por un ejemplar de… características superiores a las estándar. —Hizo una breve pausa, dejando que la idea se asentara—. En segundo lugar, y en atención a las circunstancias, podría valorarse una compensación económica… siempre supeditada a la utilidad y veracidad de la información que usted proporcione.

Ahora sí, la miró directamente, sin rodeos.

—Dicho de otro modo, señora: cuanto más valiosa sea su colaboración, más ventajoso será el resultado para usted.

Angustias no respondió de inmediato. Caminó despacio por la estancia, como si necesitara moverse para pensar, aunque en realidad estaba saboreando la situación. Había pasado de la indignación a la derrota, y de ahí a una posición en la que podía exigir, medir, incluso elegir. No era una victoria limpia, pero sí una victoria al fin y al cabo, y eso bastaba para alimentar su ánimo.

—Me parece… un buen punto de partida —dijo finalmente, deteniéndose frente a él—. Pero entenderá que yo también necesito ciertas garantías.

La palabra volvió a aparecer, ahora en su boca, cargada de intención.

El Sr. Nano asintió con una calma estudiada.

—Las tendrá —respondió—, en la medida en que usted cumpla con su parte.

El intercambio quedó suspendido unos segundos, como si ambos firmaran un contrato invisible sin necesidad de papel ni tinta. Afuera, la vida seguía su curso con indiferencia, ajena a lo que se estaba gestando en aquel interior. Dentro, en cambio, cada palabra pesaba más de lo que aparentaba.

Angustias respiró hondo, y por primera vez desde el inicio de todo aquel asunto, no había rastro de enfado en su gesto. Solo cálculo.

—Muy bien —concedió—. Empecemos de verdad.

Y en ese instante, sin testigos ni registro alguno, la reclamación de una mercancía defectuosa terminó de transformarse en algo mucho más turbio: un acuerdo donde la verdad sería moneda de cambio, y donde ambos sabían —aunque ninguno lo dijera— que, una vez cruzada esa línea, ya no habría vuelta atrás.El silencio que siguió a aquella última frase no fue incómodo, sino expectante, como el instante previo a levantar el telón. El Sr. Nano, que hasta hacía poco llevaba el ritmo de la conversación, se descubría ahora en una posición distinta: inclinado ligeramente hacia adelante, atento, casi impaciente, como si la información que estaba a punto de recibir pesara más que todo el expediente que llevaba bajo el brazo. Aquella mujer, pensó, no solo había cambiado las reglas del juego, sino que lo había hecho con una naturalidad desconcertante.

Angustias, por su parte, disfrutaba del momento con una parsimonia casi elegante, impropia de su carácter habitual. Se tomó unos segundos antes de hablar, paseando la mirada por el sótano como si repasara mentalmente cada detalle, cada recuerdo almacenado en su memoria de observadora incansable. No era solo lo que sabía, sino cómo lo iba a contar. Y eso, en ese instante, era su verdadero poder.

—Verá usted… —comenzó al fin, con un tono más bajo, más medido—. Irene no se marchó sin más. Llevaba días preparándolo todo. Yo la veía… a horas raras, moviéndose con cuidado, como si no quisiera llamar la atención. Pero claro… —esbozó una leve sonrisa torcida— conmigo eso es difícil.

El Sr. Nano no interrumpió. Había aprendido que, en ese tipo de relatos, cada palabra añadida sin presión solía ser más valiosa que cualquier pregunta directa.

—No estaba sola —continuó Angustias—. Había alguien más. Un hombre. No era del barrio, eso se lo puedo asegurar. Demasiado… correcto para este sitio. Venía siempre a última hora, cuando ya casi no había movimiento. Y no subía por la puerta principal.

El perito entrecerró levemente los ojos, atento.

—¿Por dónde entonces?

—Por detrás —respondió ella, sin dudar—. Hay un acceso que casi nadie usa. Un callejón estrecho, sucio… perfecto para quien no quiere ser visto. —Hizo una pausa breve, calibrando el efecto de sus palabras—. Y no solo eso.

El interés del Sr. Nano ya no era disimulable.

—Continúe.

Angustias dio un paso más cerca, bajando aún más la voz, como si compartiera un secreto que no debía abandonar aquellas paredes.

—El día que se fueron… no iban improvisando. Llevaban algo. No sé exactamente qué era, pero no era equipaje normal. Demasiado cuidado, demasiado peso… y demasiado interés en que nadie lo notara.

El silencio volvió a caer, pero esta vez cargado de implicaciones más profundas. Aquello ya no era simple cotilleo vecinal; había estructura, intención, planificación.

El Sr. Nano asintió lentamente, procesando cada detalle.

—¿Y el vehículo?

Angustias sonrió con una mezcla de orgullo y picardía.

—Ah, eso sí que lo sé bien… —dijo, saboreando el momento—. Negro, discreto… pero no barato. Y la matrícula… —lo miró directamente— la recuerdo perfectamente.

El perito dejó escapar un leve suspiro, no de cansancio, sino de reconocimiento. Aquella información, bien utilizada, podía valer mucho más de lo que había anticipado.

—Entiendo —murmuró—. Muy bien.

Cerró la carpeta sin prisa, como si el contenido de la misma hubiera quedado, de pronto, en un segundo plano.

—Señora —añadió, con un tono que volvía a teñirse de respeto—, creo que su concepto de “razonable” empieza a cobrar sentido.

Angustias no respondió con palabras. Se limitó a sostenerle la mirada, firme, segura, plenamente consciente de que, en ese instante, la balanza se inclinaba claramente a su favor.

Y por primera vez desde que todo había comenzado, no era ella quien esperaba una resolución… sino él.

El leve amago de silencio de Angustias no fue casual, sino calculado con la precisión de quien ya ha aprendido el valor exacto de cada palabra no pronun-

ciada. Aquella pausa, cargada de intención, tensó aún más el ambiente, obligando al Sr. Nano a inclinarse ligeramente hacia adelante, atrapado por una curiosidad que empezaba a superar su habitual autocontrol. Ya no se trataba solo de cerrar un expediente ni de satisfacer a una clienta complicada; aquello olía a algo distinto, algo que podía marcar un antes y un después si se manejaba con la inteligencia suficiente.

El perito, consciente de que estaba siendo llevado a un terreno donde la información se dosificaba como una mercancía de lujo, respiró hondo antes de responder. Había lidiado con negociadores duros, con clientes desesperados, con mentirosos compulsivos… pero aquella mujer tenía algo particular: una mezcla de vulgaridad y astucia que la hacía imprevisible. Y eso, en su mundo, era un factor a respetar.

—Señora —dijo finalmente, con un tono más bajo, más controlado—, no creo que sea el momento de encarecer el trato innecesariamente. Ya estamos en una posición… favorable para ambas partes.

Angustias no se movió. Mantuvo la mirada fija, evaluándolo, como si pesara cada matiz de su respuesta. Había olido la urgencia, y no estaba dispuesta a desaprovecharla.

—Depende de lo que entienda usted por favorable, señor mío —replicó, con una calma que rozaba la provocación—. Porque yo, de momento, solo he hablado… y hablar cansa.

El Sr. Nano dejó escapar una breve exhalación por la nariz, algo parecido a una sonrisa contenida. Aquella mujer jugaba, y lo hacía mejor de lo que cabría esperar. Bien, pensó, si el terreno es este… se juega.

—Muy bien —cedió, pero sin perder del todo la posición—. Supongamos que, si la información que falta confirma lo que ya empieza a perfilarse… la compensación económica podría incrementarse de forma… sustancial.

No dio cifras. No hacía falta. Ambos entendían que lo importante no era el número exacto, sino el reconocimiento implícito del valor de lo que estaba en juego.

Angustias asintió lentamente, como si aquella concesión fuera suficiente para continuar… por ahora.

—Además de la casa en el campo —retomó, con un deje de satisfacción—, hay otro lugar. No tan bonito, desde luego. Más discreto… más escondido. —Entrecerró los ojos, recordando—. Un sitio del que hablaba su marido, cuando

aún vivía. Un refugio, lo llamaba. Algo así como una vieja finca, medio abandonada, pero bien comunicada por caminos que casi nadie usa.

El interés del Sr. Nano se hizo evidente.

—¿Ubicación?

—No exacta —respondió ella, levantando ligeramente un dedo—, pero sí lo suficiente como para encontrarla si se sabe buscar. Está hacia el norte, pasando el antiguo molino… el que ya no funciona. Desde allí, un camino de tierra que se bifurca. La mayoría sigue a la derecha, porque parece el principal… pero no. —Sonrió, disfrutando del detalle—. El bueno es el de la izquierda. Más estrecho, más incómodo… perfecto para quien no quiere visitas.

El perito procesó cada indicio con rapidez, encajando las piezas en su mente. Aquello empezaba a tomar forma, y no una cualquiera. Si la historia de la sustitución del acompañante era cierta —si aquel “no esclavo” era realmente otra cosa—, entonces el caso dejaba de ser un simple seguimiento para convertirse en una anomalía de gran valor.

—Entiendo… —murmuró.

Angustias dio un pequeño paso atrás, cruzándose de brazos con aire satisfecho.

—Y ahora —añadió— creo que sí estamos hablando en términos razonables.

El Sr. Nano la observó unos segundos en silencio. Ya no había duda: aquella mujer había exprimido al máximo su posición, y lo había hecho con una eficacia casi admirable.

—Así parece, señora —concedió finalmente.

Cerró la carpeta con un gesto definitivo, aunque esta vez no significaba el final, sino el comienzo de algo distinto.

—Recibirá noticias —añadió—. Y le aseguro que, si todo encaja como parece… no saldrá usted perjudicada.

Angustias no respondió de inmediato. Se limitó a asentir, con esa media sonrisa que ya no ocultaba nada: sabía que había ganado.

Y mientras el Sr. Nano se preparaba para marcharse, una idea comenzaba a tomar forma con inquietante claridad en su mente: si aquello era cierto, si Irene había logrado lo que parecía insinuarse… entonces no estaban ante una simple huida, ni ante un caso más.

Estaban ante algo que, de confirmarse, podía cambiar las reglas del juego.

El Sr. Nano tardó unos segundos en recomponerse, como si regresara de un lugar al que no debía haber ido. Parpadeó un par de veces, carraspeó levemente y ajustó la chaqueta con un gesto automático, intentando recuperar esa compostura profesional que tanto le había costado construir a lo largo de los años. Sin embargo, algo había cambiado; lo sabía él y, por supuesto, también lo sabía Angustias.

Ella lo observaba con una media sonrisa, de esas que no terminan de mostrarse del todo, pero que dicen más que cualquier palabra. No había sorpresa en su expresión, ni pudor, ni siquiera prisa. Era la mirada de alguien que reconoce el terreno… y sabe moverse en él con soltura.

—¿Ocurre algo, señor Nano? —preguntó, con un tono aparentemente inocente, aunque cargado de intención.

El perito negó con la cabeza, quizá demasiado rápido.

—Nada relevante —respondió, tratando de sostener la formalidad—. Estábamos… cerrando un acuerdo.

—Ah, sí… el acuerdo —repitió ella, acercándose un paso más, acortando la distancia de forma casi imperceptible—. Un acuerdo muy interesante, por cierto.

El silencio volvió a instalarse entre ambos, pero ya no era el de antes. Ahora tenía otro peso, otra temperatura. El sótano, con su aire denso y su quietud incómoda, parecía contener la respiración.

El Sr. Nano sabía perfectamente que podría marcharse en ese mismo instante. Tenía la información, tenía el margen de maniobra, tenía incluso la justificación perfecta para cerrar la escena con profesionalidad impecable. Pero no se movió.

Angustias ladeó ligeramente la cabeza, estudiándolo, como si evaluara hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

—Supongo —añadió ella con calma— que no todo en esta vida es… estrictamente laboral.

Aquella frase, dicha casi en un susurro, terminó de romper el último hilo de formalidad que quedaba en el aire. El perito no respondió de inmediato. Había algo en esa mujer —más allá de lo evidente— que le resultaba inquietantemente familiar, como si reconociera en ella un reflejo de sí mismo, sin filtros ni disfraces.

—Señora… —empezó, aunque sin una frase clara a la que aferrarse.

—Angustias —corrigió ella suavemente—. A estas alturas, creo que podemos prescindir de formalidades.

El cambio de tratamiento no era casual. Era una invitación.

Y el Sr. Nano, por primera vez desde que había cruzado aquella puerta, dudó no sobre lo que debía hacer… sino sobre lo que realmente quería hacer.

Fuera, el mundo seguía su curso sin alteraciones. Dentro, en cambio, el equilibrio volvía a desplazarse, esta vez hacia un terreno donde las normas, los contratos y las garantías empezaban a perder peso frente a impulsos más difíciles de justificar… y aún más difíciles de ignorar.

El Sr. Nano escuchó aquellas últimas palabras con una atención distinta, más afilada, como si ya no se tratara de simples indicios, sino de coordenadas casi definitivas. La imagen de Irene comenzaba a perfilarse con mayor claridad en su mente: una mujer previsora, esquiva, acostumbrada a manejar dobles escenarios y a desaparecer justo cuando más conveniente resultaba. Casa principal y refugio… dos piezas, dos posibles destinos, dos caminos que se abrían ante él.

Observó por un instante a Angustias, ahora transformada en una figura satisfecha, casi triunfante, apoyada con naturalidad en su nuevo acompañante y con la tranquilidad de quien ha logrado sacar provecho de una situación adversa. Ya no quedaba rastro de la mujer airada del inicio; en su lugar, había alguien que había jugado bien sus cartas… y ganado.

—Entiendo —dijo finalmente el perito, con un leve asentimiento—. Ha sido usted… muy útil.

No era un halago gratuito, sino una constatación. Y ambos lo sabían.

Guardó la carpeta con un gesto limpio, como quien cierra una etapa, aunque en realidad lo que hacía era prepararse para la siguiente. Antes de dirigirse a la puerta, se detuvo un instante más, como si quisiera fijar en su memoria aquel escenario: el sótano, la mujer, el rastro de lo ocurrido… y, sobre todo, la sensación de que aquello no había sido un caso cualquiera.

—Si todo resulta como parece —añadió, ya con la mano en el pomo—, puede que vuelva a saber de mí.

Angustias esbozó una sonrisa ladeada, cómoda en su nueva posición.

—Aquí estaré… por si surge cualquier otro "asunto".

El Sr. Nano no respondió, pero aquella media frase quedó flotando con más significado del que aparentaba. Luego salió, cerrando tras de sí con suavidad, dejando atrás una casa que ya había cumplido su papel en la historia.

Al pisar la calle, el aire le pareció distinto, más ligero, aunque su mente trabajaba con una intensidad renovada. Dos destinos posibles. Un acompañante que no encajaba. Una mujer que, según todos los indicios, había alterado el curso natural de los acontecimientos.

Encendió el motor de su vehículo y permaneció unos segundos en silencio, con las manos apoyadas en el volante, organizando prioridades. No era una decisión menor: elegir mal podía significar perder la pista; elegir bien… podía abrirle una puerta que, hasta ese momento, ni siquiera sabía que existía.

Finalmente, esbozó una leve sonrisa, casi imperceptible.

—Veamos, Irene… —murmuró para sí.

Y sin más, arrancó, dejando atrás el barrio mientras se dirigía hacia un destino que ya no era solo una búsqueda… sino una apuesta personal.

El motor rugía con suavidad mientras el Sr. Nano dejaba atrás el entramado urbano, adentrándose poco a poco en un paisaje que cambiaba de gris a verde con una naturalidad casi insultante. A medida que avanzaba, la ciudad se disolvía en el retrovisor y, con ella, también quedaban atrás las formalidades, las voces ajenas y las posibles interferencias. Ahora solo quedaban él, la carretera… y una idea fija que crecía con cada kilómetro recorrido.

No había avisado a nadie más de lo estrictamente necesario, y desde luego no a las autoridades. No era descuido, ni tampoco imprudencia; era cálculo. Compartir el hallazgo significaba dividir el mérito, diluir el impacto y, lo que era

peor, perder el control de la situación. Y el control, para alguien como él, era casi tan importante como el resultado.

Mientras conducía, repasaba mentalmente cada pieza del caso, encajándolas una y otra vez, como si buscara una fisura que aún no había visto. Irene, el cambio de acompañante, el comportamiento "humano", el traslado medido, el refugio… Nada de aquello encajaba en un patrón ordinario. Y precisamente por eso, lo atraía con una intensidad difícil de racionalizar.

La conversación con su superior había sido breve, pero reveladora. Había presentado los hechos como una operación limpia, eficiente, incluso beneficiosa para la empresa. "Todos satisfechos", había dicho, y no era del todo mentira. La clienta tenía lo que quería, la empresa evitaba complicaciones legales inmediatas y él… él tenía algo más: una oportunidad.

Sonrió levemente al recordar sus propias palabras. Sabía adornar la realidad cuando convenía.

El paisaje comenzó a cerrarse en torno a la carretera, los árboles más altos, la vegetación más densa, como si la naturaleza misma quisiera ocultar lo que se escondía más allá. Aquello le resultó casi simbólico. Cuanto más se adentraba, más evidente le parecía que estaba cruzando una frontera, no solo física, sino también en lo que respecta a su propio papel en toda aquella historia.

Ya no era solo un perito.

Era un cazador.

Reduciendo la velocidad, consultó mentalmente las indicaciones de Angustias: el antiguo molino, el desvío engañoso, el camino menos evidente. Todo encajaba con ese tipo de escondite que alguien como Irene elegiría. Discreto, accesible solo para quien sabe dónde mirar… y lo bastante apartado como para desaparecer sin dejar rastro.

—Veamos si realmente eres tan lista como dicen… —murmuró para sí, casi con un deje de admiración.

Una parte de él, la más pragmática, seguía sosteniendo la posibilidad de una explicación sencilla: una huida improvisada, una ilusión desmedida, un error corregible. Pero otra, más ambiciosa y menos confesable, empezaba a vislumbrar algo distinto. Algo que, si se confirmaba, no solo le daría reconocimiento… sino poder.

Y eso, en su mundo, valía más que cualquier garantía.

El coche se desvió finalmente por el camino indicado, levantando una ligera nube de polvo tras de sí. El terreno se volvió irregular, más estrecho, obligándole a avanzar con cautela. No había señales, ni indicios evidentes… solo la intuición, la información recibida y una determinación que ya no admitía marcha atrás.

Allí, en medio de la nada, el Sr. Nano estaba a punto de descubrir si todo aquello había sido una simple historia exagerada… o el comienzo de algo que escapaba a cualquier lógica conocida.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sintió una ligera excitación que nada tenía que ver con su trabajo habitual.

El vehículo avanzaba con dificultad, como si también él dudara de continuar, hundiendo las ruedas en el barro con un sonido pastoso que resultaba casi irritante para alguien acostumbrado al asfalto limpio y predecible de la ciudad. El Sr. Nano apretaba el volante con más fuerza de la necesaria, no tanto por controlar el coche, sino por contener esa sensación creciente de incomodidad que le invadía por dentro. No era miedo, se repetía, sino fastidio; un fastidio profundo, casi físico, por verse fuera de su entorno, desprovisto de sus certezas habituales.

La naturaleza, lejos de resultarle agradable, se le antojaba hostil en su indiferencia. Los árboles no se apartaban, los caminos no estaban señalizados, y el silencio —ese silencio roto solo por sonidos que no sabía identificar— le parecía más inquietante que cualquier bullicio urbano. Echaba de menos el ruido, el orden caótico pero comprensible de la ciudad, donde cada cosa tenía su lógica, aunque fuera una lógica imperfecta. Allí, en cambio, todo parecía regirse por normas ajenas, imposibles de negociar.

En más de una ocasión, redujo la velocidad hasta casi detenerse, con la mirada fija en el camino que se estrechaba ante él, dudando si aquel desvío era el correcto o una trampa natural que lo conduciría a ninguna parte. La idea de dar media vuelta se presentaba como una opción cada vez más razonable, casi tentadora. Podía hacerlo. Nadie le obligaba a seguir. Podía regresar, presentar un informe ambiguo, dejar que otros se encargaran del asunto… y, sin embargo, no lo hacía.

Había algo más fuerte que su incomodidad, algo que lo empujaba hacia adelante pese a todo: una mezcla de orgullo, curiosidad y esa ambición silenciosa que siempre había guiado sus decisiones más arriesgadas. No había llegado hasta allí para rendirse ante un camino embarrado y un puñado de árboles.

Un animal cruzó de repente delante del coche, obligándole a frenar con brusquedad. El corazón le dio un pequeño vuelco, más por la sorpresa que por el peligro real. Durante un instante, permaneció inmóvil, escuchando el eco de su propia respiración en el habitáculo. Afuera, la vida seguía su curso sin prestarle la menor atención.

—Maldita sea… —murmuró, más para sí que para nadie.

Se llevó una mano al rostro, frotándose los ojos, intentando despejarse. El aire que entraba por la ventanilla entreabierta tenía un olor limpio, casi agresivo en su pureza, tan distinto al que estaba acostumbrado que le resultaba incómodo. Era como si su propio cuerpo no supiera cómo reaccionar ante algo tan simple como el aire sin contaminar.

Reanudó la marcha con un suspiro resignado, avanzando unos metros más, sorteando un tramo especialmente complicado del camino. Cada pequeño obstáculo parecía amplificarse en su mente, convirtiéndose en una prueba innecesaria, absurda incluso. Y, sin embargo, seguía.

Porque en el fondo lo sabía.

No era el barro, ni los animales, ni el silencio lo que realmente le incomodaba.

Era la sensación de estar entrando en un territorio donde sus reglas no servían. Donde su experiencia, su astucia, su capacidad de negociación… podían no ser suficientes.

Y aun así, avanzaba.

Porque, para alguien como el Sr. Nano, dar media vuelta no era una opción fácil. No cuando había algo en juego que podía elevarlo por encima de todos los demás.

El coche dio un leve bandazo al tomar una curva cerrada, y entonces, entre los árboles, algo pareció insinuarse a lo lejos. No era claro, no era evidente… pero tampoco era natural.

El Sr. Nano entrecerró los ojos, reduciendo la velocidad.

Tal vez, después de todo, no estaba tan perdido.

La determinación del Sr. Nano, siempre práctica y poco dada a heroicidades románticas, encontró en aquel momento su forma más pura: avanzar, sin más.

No había épica en ello, sino costumbre. Resolver. Llegar. Cerrar. Así había funcionado siempre, y no veía motivo para cambiar ahora, por mucho que el escenario se empeñara en incomodarle con barro, sombras y silencios mal avenidos.

El encuentro con el pastor, lejos de ser un simple trámite, había resultado una prueba de paciencia inesperada. Aquel hombre, con la parsimonia de quien mide el tiempo en estaciones y no en relojes, había convertido una indicación de minutos en un relato de vida que parecía no tener fin. El Sr. Nano, atrapado por una mezcla de educación y resignación, había asentido en los momentos adecuados, lanzado algún que otro "ya veo" estratégico y esperado, con una disciplina casi heroica, el instante en que la información útil emergiera entre anécdotas de ovejas, caminos y nevadas de otros inviernos. Cuando por fin llegó ese momento, casi lo celebró en silencio. El intercambio de números, absurdo y protocolario, fue la guinda de una escena que, en otro contexto, habría resultado incluso entrañable.

Con aquellas indicaciones, retomó su ruta con un ánimo renovado, como si haber sobrevivido a aquella conversación le hubiera preparado para cualquier otra cosa. Y así, tras rodeos, dudas y algún que otro desvío, apareció ante él la casona de Irene.

No necesitó mucho tiempo para comprender que llegaba tarde. La casa no hablaba de ausencia reciente, sino de abandono. Las hierbas crecían sin control, las ventanas parecían ciegas y los pequeños animales se movían con la confianza de quienes ya no temen al ser humano. Todo indicaba que aquel lugar había dejado de ser refugio hacía tiempo. El Sr. Nano recorrió el perímetro con método, más por disciplina que por esperanza, confirmando lo evidente: Irene no estaba allí.

Se detuvo unos segundos frente a la fachada, dejando que la información se ordenara en su mente. Casa vacía. Movimiento previo. Segundo destino.

El refugio.

La luz comenzaba a retirarse con una dignidad melancólica, cediendo el terreno a una noche que llegaba sin prisas pero sin concesiones. Las nubes, pesadas, anunciaban lo inevitable, y el aire adquiría ese tono húmedo que precede a la lluvia. El Sr. Nano alzó la vista un instante, evaluando el cielo como si pudiera negociar con él, y luego tomó una decisión sencilla: seguir.

Dejó el coche atrás, como quien abandona una comodidad innecesaria, y se equipó con lo poco que tenía a mano: un paraguas más simbólico que eficaz y una linterna que, en aquel entorno, parecía un juguete fuera de lugar. No era un

hombre de campo, ni pretendía serlo, pero tenía algo que en muchas ocasiones había resultado más útil que cualquier conocimiento técnico: intuición aplicada con insistencia.

Observó el terreno con atención, buscando patrones más que detalles. No huellas, no rastros evidentes… sino lógica. Y la encontró en algo tan simple como la ausencia de maleza. Un sendero apenas insinuado, más limpio que el resto, más pisado, más vivido. No era mucho, pero era suficiente.

—Por ahí —murmuró, casi como si necesitara confirmarlo en voz alta.

El avance no fue cómodo. Los insectos, oportunistas y voraces, parecían haberse citado para darle la bienvenida, y durante unos minutos el Sr. Nano maldijo con sinceridad todo lo que oliera a naturaleza. Sin embargo, la lluvia, tímida al principio, llegó como una inesperada aliada, dispersando a los molestos atacantes y devolviéndole un mínimo de control sobre la situación.

Abrió el paraguas con cierta torpeza y continuó, ahora acompañado por el sonido constante de las gotas sobre la tela, un ritmo monótono que, lejos de incomodarle, empezaba a resultarle casi reconfortante.

La linterna dibujaba un túnel de luz en la oscuridad creciente, suficiente para avanzar, insuficiente para confiarse. Cada paso era una pequeña apuesta, cada sombra una posibilidad. Pero el sendero seguía ahí, persistente, guiándole con una discreción casi deliberada.

Y mientras avanzaba, el Sr. Nano sentía cómo algo dentro de él se ajustaba, se adaptaba. Ya no era solo el hombre fuera de su hábitat. Poco a poco, y sin darse cuenta, estaba empezando a jugar en terreno ajeno… sin perder del todo su ventaja.

Porque si algo sabía hacer, era seguir adelante cuando otros se detenían.

Y allí, en mitad de la noche que caía, con la lluvia marcando el compás y la oscuridad cerrándose a su alrededor, estaba cada vez más cerca de descubrir si todo aquello había sido una simple cadena de casualidades… o el inicio de algo mucho más inquietante.

La escena que se desarrollaba en aquel refugio parecía desafiar cualquier lógica conocida, pero Irene no era mujer de detenerse en esas minucias cuando la realidad le ofrecía algo que, a su manera, interpretaba como un regalo. No cuestionaba, no analizaba, no dudaba. Vivía. Y en esa entrega absoluta al presente encontraba una serenidad que, en otras circunstancias, habría sido imposible para alguien con su pasado.

El Sr. Naranja, en cambio, observaba. Siempre observaba. Su naturaleza, más prudente y castigada por experiencias anteriores, le impedía abandonarse del todo a aquella aparente armonía. La distancia que había deseado durante tanto tiempo se había materializado, sí, pero no sin un coste extraño: la sustitución de su lugar por aquel ser imposible, aquel hijo que no seguía las reglas del tiempo ni de la carne.

Le inquietaba, aunque no lo confesara.

Cada amanecer era una confirmación de lo extraordinario. El joven —porque ya no podía llamarse niño— se alzaba con una presencia que imponía más por lo intangible que por lo físico. Había en él algo que no pertenecía del todo a aquel mundo: una calma luminosa, una seguridad sin arrogancia, una energía que no parecía agotarse nunca… salvo al final del día, cuando regresaba.

Irene lo despedía cada mañana con una mezcla de orgullo y ternura, como cualquier madre, aunque en su interior supiera —o quizá intuyera— que aquello no era comparable a nada conocido. No le importaba. Para ella, era suficiente con sentirlo, con verlo marchar y volver, con esa rutina que le daba un propósito nuevo, limpio, casi redentor.

—No tardes —le decía, como si hablara de un trayecto cotidiano.

Él sonreía. Siempre sonreía.

Y se iba.

El Sr. Naranja lo seguía con la mirada cada vez, incapaz de acostumbrarse del todo a la visión de aquellas alas desplegándose con naturalidad, como si hubieran estado ahí desde siempre. No había ruido estridente, ni espectáculo exagerado. Era algo… sencillo. Demasiado sencillo para ser comprendido.

—Esto no es normal —murmuró una de esas mañanas, más para sí que para nadie.

Irene, que lo escuchó, ni siquiera se giró.

—Tampoco lo era nada de lo que hemos vivido —respondió con suavidad—. Y aquí estamos.

Aquella frase lo dejó sin réplica. Porque, en el fondo, tenía razón.

Los días seguían su curso bajo esa nueva lógica, donde lo imposible se convertía en costumbre. Y mientras tanto, en algún lugar no tan lejano, el Sr. Nano avanzaba hacia ellos, guiado por una mezcla de ambición y sospecha, sin saber aún que lo que estaba a punto de encontrar no encajaría en ninguno de sus esquemas.

Porque aquello ya no era un asunto de mercancía, ni de contratos, ni de garantías.

Era otra cosa.

Y estaba a punto de descubrirlo.

La casa, envuelta en aquella rutina extraña, había encontrado un equilibrio frágil, casi artificial, como si cada uno de sus habitantes representara un papel que no terminaba de encajar del todo, pero que aun así sostenía la escena. Irene vivía entregada a su nueva condición con una devoción casi religiosa, atenta a cualquier deseo de aquel ser que, sin cuestionarlo, había asumido como hijo y milagro al mismo tiempo. El joven, por su parte, se movía por el mundo —y más allá de él— con una naturalidad desarmante, ajeno a las tensiones que, sin querer, provocaba a su alrededor.

Y luego estaba el Sr. Naranja.

Su existencia se había convertido en una suerte de representación obligada, una comedia que debía interpretar con precisión para evitar consecuencias que intuía, pero no alcanzaba a medir del todo. Sonreía cuando debía sonreír, asentía cuando se esperaba de él y, sobre todo, ocultaba. Ocultaba su hastío, su frustración, su sensación constante de estar atrapado en una realidad que no le pertenecía.

La experiencia de la flecha había sido, en cierto modo, reveladora y aterradora a la vez.

Durante aquellos días bajo su influjo, todo había cambiado. No era que dejara de ser consciente de su situación, sino que la percibía de otro modo, como si un velo cálido se interpusiera entre él y la crudeza de los hechos. Irene le parecía distinta, casi admirable; sus gestos, antes invasivos, se convertían en muestras de afecto que él mismo buscaba. Aquella transformación, aunque placentera en apariencia, tenía algo profundamente inquietante: no era suya.

Cuando el efecto desapareció, lo hizo sin transición, como si alguien hubiera apagado una luz de golpe. Y entonces llegó el golpe inverso, más duro si cabe. La lucidez regresó con una violencia silenciosa, obligándole a recordar no solo

quién era, sino también lo que había sentido bajo aquella influencia. Y eso, más que nada, fue lo que le resultó insoportable.

Porque no solo había sido manipulado.

Había colaborado, aunque fuera involuntariamente, en su propia ilusión.

Desde entonces, aprendió.

No de forma noble ni elevada, sino práctica, casi instintiva. Controlar el gesto, medir la mirada, sostener una máscara constante frente al joven. No darle motivos, no ofrecer grietas, no permitir que esa aparente bondad volviera a intervenir en su mente. Porque, aunque aquel ser actuara sin malicia, el resultado era el mismo: la anulación de su voluntad.

Así que decidió algo simple, pero firme.

Ser invisible en lo emocional.

Ni demasiada tristeza, ni excesiva frialdad. Un punto medio, neutro, anodino. Lo justo para pasar desapercibido, para no despertar ni sospechas ni compasión. Porque había comprendido que, en aquel lugar, incluso el afecto podía convertirse en una forma de control.

Irene, por su parte, notaba algo, claro. No era completamente ajena a los cambios, pero los interpretaba a su manera, siempre inclinando la balanza hacia lo que deseaba creer. Para ella, todo formaba parte de un proceso, de una evolución, de un orden que, aunque extraño, seguía siendo válido.

Y así, entre verdades a medias y percepciones distorsionadas, los días continuaban.

Sin embargo, lo que ninguno de ellos sabía —ni Irene en su entrega, ni el joven en su inocencia, ni el Sr. Naranja en su silenciosa resistencia— era que ese equilibrio estaba a punto de romperse.

Porque alguien se acercaba.

Alguien que no creía en milagros, ni en bendiciones.

Alguien que solo entendía de valor, control… y beneficio.

El Sr. Nano permaneció agazapado entre la maleza, inmóvil durante largos minutos, dejando que la escena se desplegara ante sus ojos sin intervenir. No

era solo prudencia profesional; era desconcierto. Aquello no encajaba en ninguno de los esquemas que había utilizado durante años para clasificar la realidad. Ni en los más flexibles.

Desde su posición, observaba con detenimiento casi obsesivo, como si en algún gesto, en algún detalle aparentemente trivial, pudiera encontrar la clave que devolviera sentido a lo que veía. Pero no lo encontraba. Todo parecía ligeramente desplazado, como una copia defectuosa de algo que debería ser familiar.

Irene… no era Irene.

O, al menos, no la Irene que él conocía por informes, fotografías y descripciones. Había en ella una serenidad extraña, una especie de plenitud que no concordaba con la imagen de la mujer huidiza, tensa, marcada por circunstancias anteriores. Se movía con naturalidad, sin rastro de miedo, como si aquel lugar no fuera un escondite, sino un hogar legítimo.

El Sr. Nano frunció ligeramente el ceño.

Eso, por sí solo, ya era una anomalía.

Luego estaba el hombre.

El supuesto esclavo.

El Sr. Naranja.

Ahí la contradicción era aún más evidente. Su comportamiento no correspondía con lo esperado. No había sumisión evidente, pero tampoco rebelión. Era algo intermedio, incómodo, como si habitara su propia vida con una conciencia que no terminaba de encajar con su papel. Y, sin embargo, la cicatriz… esa cicatriz era inconfundible.

—Así que eres tú… —murmuró apenas, entre dientes.

Aquello confirmaba al menos una cosa: no todo era ilusión.

Pero lo verdaderamente desconcertante no era ninguno de ellos.

Era el tercero.

El joven.

El Sr. Nano entrecerró los ojos, enfocando mejor la figura. Alto, esbelto, con una presencia difícil de describir sin caer en lo absurdo. El arco, las flechas, las alas… Aquello rozaba lo ridículo. Y, sin embargo, no lo era.

Había algo en su manera de moverse que anulaba la posibilidad de tomarlo como una simple farsa. No era teatral. No era impostado.

Era… natural.

Y eso era lo inquietante.

El perito, hombre de lógica práctica, de contratos, de cláusulas y responsabilidades, se encontró por primera vez sin un marco claro donde encajar lo que estaba viendo. Aquello no era un caso. No era una incidencia. No era ni siquiera una irregularidad.

Era otra cosa.

Algo que, si se confirmaba, no podía tratarse con los métodos habituales.

Apoyó la espalda contra el tronco de un árbol, sin dejar de observar, dejando que el silencio del entorno le ayudara a pensar. Tenía varias opciones. Retirarse y reportar. Intervenir de inmediato. Esperar más.

Eligió lo que siempre le había funcionado mejor.

Paciencia.

Porque si algo había aprendido en su carrera, era que incluso las situaciones más absurdas terminaban revelando su lógica… si uno sabía esperar lo suficiente.

Y allí, en mitad de aquel escenario que rozaba lo surrealista, el Sr. Nano empezó a comprender que lo que tenía delante no era una comedia grotesca.

Era una oportunidad.

Una peligrosa, imprevisible… y extraordinaria oportunidad.

El umbral se convirtió, por un instante, en una frontera invisible entre dos mundos que no estaban hechos para entenderse. Irene, con la puerta apenas entreabierta, sostenía la mirada con una firmeza que no era tanto valentía como instinto. Algo en aquel hombre no le encajaba, no por lo que era… sino por

lo que representaba: una irrupción, una grieta en la calma que había construido a su manera.

El Sr. Nano, en cambio, parecía moverse con la comodidad de quien ha cruzado demasiadas puertas como para impresionarse por una más. Su sonrisa no era amplia ni exagerada, sino medida, casi profesional, como si cada músculo de su rostro respondiera a una estrategia previamente ensayada.

—Buenas tardes —dijo con una voz tranquila, sin forzar la cordialidad—. Disculpe la intromisión.

Irene no respondió de inmediato. Lo observó con detenimiento, deteniéndose en detalles que para otros habrían pasado desapercibidos: la forma en que sostenía la mirada, el leve cansancio en sus hombros, ese olor a ciudad que no se podía disimular ni con la mejor de las intenciones.

—Aquí no recibimos visitas —contestó finalmente, seca, sin elevar la voz.

El Sr. Nano asintió, como si aquella respuesta confirmara algo que ya esperaba.

—Lo imagino —replicó—. Precisamente por eso estoy aquí.

Aquella frase, ambigua pero cargada de intención, no hizo más que tensar el ambiente. Irene entrecerró los ojos, evaluándolo. No era un curioso, ni un extraviado, ni alguien que hubiera llegado allí por accidente. Eso lo tenía claro.

—¿Se ha perdido? —preguntó, sin apartarse de la puerta, bloqueando el paso con su propio cuerpo.

—En absoluto —respondió él, manteniendo la calma—. De hecho, diría que acabo de encontrar exactamente lo que buscaba.

El silencio que siguió fue breve, pero pesado.

Dentro de la casa, el Sr. Naranja contenía la respiración, atento a cada palabra, cada matiz. No podía ver al visitante, pero la tensión en la voz de Irene le bastaba para entender que aquello no era una visita cualquiera.

Irene, por su parte, dio un paso mínimo hacia atrás, no como invitación, sino como ajuste de posición. Su mente trabajaba rápido, intentando encajar la situación, buscar un ángulo, una salida.

—No sé quién es usted —dijo finalmente—, ni qué cree que ha encontrado… pero se equivoca de lugar.

El Sr. Nano inclinó ligeramente la cabeza, como si aceptara la objeción sin discutirla.

—Es posible —concedió—. Pero también es posible que no.

Sus ojos recorrieron el interior por encima del hombro de Irene, sin invadir, pero sin ignorar. No vio nada concreto, pero percibió lo suficiente: presencia, movimiento, vida contenida.

—Solo necesito unos minutos —añadió, suavizando el tono—. Después, si lo desea, me marcharé y no volverá a saber de mí.

Irene dudó.

No era una duda larga, ni evidente, pero estaba ahí. Y el Sr. Nano la vio.

Porque en ese tipo de momentos, más que las palabras, lo que decide es la curiosidad.

Y la curiosidad, en Irene, siempre había sido difícil de dominar.

El aire en el interior de la casa cambió de densidad en apenas unos segundos, como si las palabras acabaran de abrir una grieta por la que se colaba algo más que simple desconcierto. El Sr. Nano, que hasta ese momento había mantenido su papel con precisión casi mecánica, se quedó inmóvil, la fotografía aún entre sus dedos, incapaz de reconciliar lo que veía con lo que sabía.

No era solo que el esclavo hablara.

Era cómo lo hacía.

Con una calma, una firmeza… incluso una dignidad que no correspondía en absoluto con la imagen que él manejaba. Aquello no era una anomalía menor ni una desviación anecdótica del caso. Aquello desarmaba por completo el marco en el que había construido toda su intervención.

—Esto… —empezó, pero no terminó la frase.

El Sr. Naranja dio un paso adelante, sin agresividad, pero sin retroceder, marcando una posición que ya no era de sumisión, sino de presencia.

—Esto es lo que hay —dijo con serenidad—. Ni más ni menos.

Irene, que había recuperado parte de su aplomo, observaba la escena con una mezcla de satisfacción y cautela. Había algo casi desafiante en su actitud, como si esperara la reacción del perito para medir hasta dónde podía llegar.

El Sr. Nano bajó lentamente la fotografía, sin dejar de alternar la mirada entre el papel y el hombre que tenía delante. La cicatriz estaba ahí. Innegable. Pero todo lo demás… no.

—No es posible —murmuró, más para sí que para ellos.

—Lo es —respondió Irene con una seguridad que no admitía discusión—. Y lo está viendo.

El silencio volvió a instalarse, pero esta vez no era de tensión contenida, sino de reajuste. El Sr. Nano necesitaba recomponer su posición, encontrar un punto de apoyo en medio de aquel terreno que ya no respondía a ninguna lógica conocida.

—Usted —dijo finalmente, señalando al Sr. Naranja con un gesto contenido— debería estar bajo custodia.

—Y usted —replicó él, sin perder la calma— debería revisar sus conceptos.

Aquella respuesta no fue insolente, pero sí lo suficientemente firme como para alterar aún más el equilibrio de la escena.

El perito dio un paso atrás, no por miedo, sino por necesidad de espacio. Aquello no era una negociación convencional. No podía imponer, no podía presionar como lo había hecho tantas veces. Algo había cambiado… y lo sabía.

—Aquí hay… irregularidades muy graves —logró articular, recuperando parte de su tono profesional.

Irene esbozó una leve sonrisa, casi imperceptible.

—Siempre las ha habido —respondió—. Solo que ahora usted ha llegado tarde para imponerlas.

Aquella frase quedó suspendida en el aire con un peso difícil de ignorar.

El Sr. Nano abrió la boca para responder, pero se detuvo.

Porque en ese preciso instante, algo más cambió.

Un leve sonido, apenas perceptible al principio, comenzó a filtrarse desde el exterior. Un roce en el aire, un movimiento que no pertenecía ni al viento ni a los árboles.

Los tres, casi al unísono, dirigieron la mirada hacia la puerta.

Y por primera vez desde que había llegado, el Sr. Nano sintió algo que no tenía que ver con la lógica, ni con los negocios, ni con el control.

Incertidumbre real.

Porque, si aquello que había oído era lo que empezaba a sospechar…

Entonces, lo verdaderamente complicado aún no había empezado.

El tiempo pareció comprimirse en un instante violento, casi irreal. El silbido del hacha cortando el aire quedó grabado en la mente del Sr. Nano como una advertencia tardía, un eco que confirmaba lo que ya había intuido: aquella mujer no jugaba bajo ninguna norma conocida.

El golpe fallido no fue solo suerte; fue ese instinto que tantas veces le había salvado en situaciones menos extremas, pero nunca tan directas. Su cuerpo reaccionó antes que su pensamiento, apartándose lo justo, sintiendo el desplazamiento del aire donde, un segundo antes, habría estado su cabeza.

No hubo tiempo para recriminaciones.

Solo acción.

El perito giró sobre sí mismo con una rapidez que contrastaba con su apariencia algo desgarbada, y en un movimiento fluido —casi automático— extrajo el revólver. El arma, pequeña pero suficiente, apareció en su mano como la extensión natural de su instinto de supervivencia.

La tensión en la estancia se volvió insoportable.

Irene, aún con el hacha en alto, respiraba con una intensidad contenida, los ojos clavados en él con una mezcla de determinación y algo más… algo más oscuro. Ya no había ambigüedad en su postura. Había decidido.

El Sr. Nano, con el brazo extendido, no apuntaba todavía de forma directa, pero la amenaza era evidente. Su mirada había cambiado. Ya no había rastro del negociador, del hombre cordial, del perito paciente.

Solo cálculo.

—No dé otro paso —dijo, con una voz baja, firme, completamente distinta a la de minutos atrás.

El Sr. Naranja, atrapado entre ambos, sintió cómo la situación se desmoronaba a una velocidad imposible de controlar. Aquello había dejado de ser una discusión, una reclamación, incluso un enfrentamiento.

Era otra cosa.

—¡Basta! —exclamó, dando un paso al frente, alzando las manos en un gesto instintivo—. Esto no puede acabar así.

Pero sus palabras parecieron perderse en el aire cargado.

Irene no apartó la vista del perito.

—Lárguese —dijo, con una calma que resultaba más inquietante que cualquier grito—. O no respondo.

El Sr. Nano esbozó una leve sonrisa tensa, casi imperceptible.

—Me temo que eso ya lo ha dejado claro.

Sus dedos se ajustaron ligeramente en el arma.

Durante un segundo, todo quedó suspendido.

El hacha. El revólver. Las miradas cruzadas.

Y entonces—

Un sonido desde el exterior.

No era viento.

No era lluvia.

Era algo más.

Los tres lo percibieron al mismo tiempo.

El Sr. Nano fue el primero en reaccionar, desviando apenas la mirada hacia la puerta, sin bajar el arma.

Irene también lo sintió.

Y el Sr. Naranja… lo reconoció.

El regreso.

Un leve desplazamiento de aire, seguido de ese silencio peculiar que precede a algo que no pertenece del todo a aquel lugar.

La situación, ya al borde del estallido, acababa de complicarse de una forma que ninguno podía controlar.

Porque ahora…

ya no estaban solos.

El instante se quebró sin posibilidad de recomponerse. Todo ocurrió con una rapidez brutal y, al mismo tiempo, con una claridad casi dolorosa, como si cada gesto quedara grabado con precisión cruel en la memoria de quienes lo presenciaban.

El Sr. Nano, herido de muerte, no actuó por rabia ciega, sino por reflejo aprendido, por ese último recurso grabado a fuego en su mente: si no podía recuperar la mercancía, debía impedir que quedara en manos ajenas. Incluso en la agonía, incluso arrastrándose entre su propia sangre, su voluntad seguía obedeciendo a ese mandato.

El gesto fue torpe, desesperado… pero efectivo.

Y definitivo.

Cuando el cuerpo del Sr. Naranja se desplomó, lo hizo sin resistencia, sin transición, como si algo esencial hubiera sido arrancado de golpe. No hubo lucha, ni queja, ni último aliento. Solo vacío.

Irene tardó apenas un segundo en comprenderlo.

Y ese segundo bastó para romperla.

Se lanzó sobre él con una urgencia que ya no tenía nada de controlada, sus manos recorriendo un cuerpo que, hacía apenas un instante, aún respondía. Lo sacudió, lo llamó, lo golpeó con la desesperación de quien se niega a aceptar lo irreversible.

—¡No!… ¡No!… —su voz se quebraba, desbordada—. ¡No me hagas esto… no ahora…!

Pero no había respuesta.

Solo el peso muerto.

Solo el silencio.

A su alrededor, el mundo parecía haberse detenido, reducido a ese punto donde la negación se estrella contra la realidad una y otra vez.

Y entonces…

el otro dolor.

Cupido.

El joven, que hasta ese momento había sido la encarnación de algo puro, de algo ajeno a la violencia, comenzó a desmoronarse. No de forma visible al principio, sino desde dentro. Su cuerpo reaccionaba como si rechazara lo que acababa de hacer, como si su propia esencia no pudiera sostener aquel acto.

Se tambaleó.

Las alas, antes firmes, temblaron.

Su respiración se volvió irregular, entrecortada.

No había odio en él, ni arrepentimiento consciente. Solo una especie de colapso inevitable, como si hubiera cruzado una línea que su naturaleza no le permitía cruzar.

El Sr. Nano, ya sin fuerzas, apenas era consciente del resultado final de su acción. Su mirada, perdida, se desdibujaba mientras el ruido del mundo se alejaba. Había cumplido. A su manera. A su precio.

El silencio que siguió no fue inmediato.

Fue creciendo.

Llenando cada rincón.

Hasta que lo ocupó todo.

Irene, aún aferrada al cuerpo del Sr. Naranja, dejó de moverse poco a poco, no por aceptación, sino por agotamiento. Su respiración era irregular, rota, incapaz de encontrar un ritmo.

Y en medio de aquel escenario, donde todo había cambiado en cuestión de segundos, quedaba una única certeza:

Nada de lo que habían construido —ni por extraño, ni por improbable— podía sostenerse ya.

El equilibrio se había roto.

Y esta vez… no había forma de recomponerlo.

El lamento de Irene no fue solo un grito de dolor, sino una declaración que resonó en las paredes del refugio como una verdad desnuda, sin filtros ni arrepentimientos. Sus palabras no buscaban consuelo ni perdón; eran la afirmación de una vida vivida al extremo, donde amar y destruir habían terminado por confundirse hasta ser lo mismo.

El silencio que siguió a su desahogo fue aún más pesado que sus gritos.

La lluvia, que hasta entonces había caído con timidez, comenzó a intensificarse, golpeando el techo con un ritmo constante, casi solemne, como si la naturaleza quisiera cubrir aquel escenario con un velo de olvido. Pero no había olvido posible.

Irene, arrodillada entre los cuerpos, dejó caer su frente sobre el pecho inerte del Sr. Naranja, abrazándolo con una fuerza que ya no tenía sentido práctico, pero sí una desesperación absoluta. Su respiración era irregular, entrecortada, como si cada bocanada de aire fuera un esfuerzo consciente.

—¿Para qué…? —murmuró, ya sin fuerza en la voz—. ¿Para qué tanto…?

No esperaba respuesta.

No la había.

A unos pasos de ella, el cuerpo del Sr. Nano yacía torcido, reducido ahora a algo insignificante, muy lejos del hombre calculador que había llegado con la intención de controlar la situación. Su ambición, su estrategia, su visión de negocio… todo había terminado allí, en un suelo de tierra húmeda.

Y el joven…

Cupido.

Su figura, antes luminosa, parecía haberse apagado desde dentro. Sus alas, inmóviles, ya no tenían esa presencia casi etérea. Había en él una quietud distinta, más profunda, como si su propia esencia hubiera decidido retirarse tras haber cruzado un límite que no le estaba permitido.

Irene levantó la cabeza lentamente, sus ojos perdidos, vacíos de todo excepto de ese dolor que no encontraba salida. Miró primero a uno, luego a otro, incapaz de aceptar que aquel triángulo imposible que había sostenido su mundo acababa de desaparecer en cuestión de instantes.

Y entonces, algo cambió.

No fue un gesto brusco, ni una revelación clara. Fue más sutil.

Una pausa.

Un espacio en medio del caos.

Sus manos, aún temblorosas, dejaron de aferrarse con desesperación y pasaron a reposar, casi con cuidado, sobre el cuerpo del Sr. Naranja. Su respiración se estabilizó ligeramente, no porque el dolor disminuyera, sino porque comenzaba a transformarse en otra cosa.

Algo más frío.

Más denso.

Más peligroso.

Levantó la vista hacia la puerta abierta, hacia la noche que se extendía más allá del refugio. La lluvia seguía cayendo, constante, indiferente.

—Si todo esto… —susurró, apenas audible— ha sido el precio…

No terminó la frase.

No hacía falta.

Porque en ese instante, Irene ya no era solo la mujer que había amado hasta destruirse.

Era alguien que acababa de cruzar un punto sin retorno.

Y cuando volvió a bajar la mirada hacia los cuerpos, ya no había súplica en sus ojos.

Solo una decisión que aún no tenía forma… pero que empezaba a tomarla.

El final de Irene llegó sin épica y sin gloria, envuelto en el estruendo seco de los disparos y el olor acre de la pólvora que se mezclaba con la lluvia. Su arrebato, ese último gesto de desafío desesperado, apenas duró unos segundos, pero en ellos se condensó toda su vida: la intensidad, el exceso, la imposibilidad de detenerse.

Su cuerpo, vencido por la fuerza implacable de las balas, cedió poco a poco, como si aún se resistiera a aceptar la caída. Dio unos pasos vacilantes, casi irreales, antes de desplomarse definitivamente sobre el barro, que la recibió con la misma indiferencia con la que había acogido todo lo demás aquella noche.

El silencio regresó de golpe.

Los agentes, aún en posición, tardaron unos instantes en bajar sus armas. Nadie habló de inmediato. No había nada que decir que encajara con lo que acababan de presenciar. Aquella mujer no se había comportado como esperaban. Ni siquiera como una criminal común.

—¿Pero qué demonios…? —murmuró uno, sin terminar la frase.

El jefe del operativo observó el cuerpo unos segundos más, antes de hacer un gesto seco.

—Aseguren la zona.

Las órdenes comenzaron a fluir, devolviendo a la escena una apariencia de normalidad, de procedimiento, de control. Pero bajo esa capa, algo quedaba fuera de lugar, como una pregunta sin respuesta.

Dentro de la choza, los restos de lo ocurrido hablaban por sí solos. Tres cuerpos, tres historias cruzadas de una forma que ningún informe podría expli-

car del todo. El Sr. Nano, reducido a una pieza más de un engranaje que había dejado de funcionar. El Sr. Naranja, convertido en algo que ya no encajaba en ninguna categoría conocida. Y el joven… ese ser imposible, cuya presencia parecía haber alterado todo lo demás.

Los agentes evitaban mirarlo demasiado tiempo.

No sabían por qué.

Tal vez porque intuían que no debían.

Afuera, la lluvia continuaba cayendo, limpiando lentamente las huellas más visibles, pero incapaz de borrar lo esencial. Porque lo ocurrido allí no era solo un crimen, ni una operación fallida, ni siquiera una tragedia aislada.

Era el choque entre dos formas de entender el mundo.

Una basada en el control, en la posesión, en la lógica fría de lo que se puede comprar y vender.

Y otra… más caótica, más peligrosa, donde el amor —o lo que se le parecía— tenía consecuencias que nadie estaba preparado para asumir.

El cuerpo de Irene yacía inmóvil, su expresión ya vacía de toda emoción, como si al final hubiera encontrado, en la destrucción, la única forma de coherencia posible para su historia.

Y mientras los focos de los vehículos iluminaban la escena con una luz artificial, casi quirúrgica, el lugar empezaba a perder su misterio… al menos en apariencia.

Porque, en el fondo, lo verdaderamente extraño de todo aquello no era cómo había terminado.

Sino que, durante un tiempo, hubiera podido existir.

El querubín no levantó la voz ni cambió su expresión. Había en él una serenidad antigua, ajena al reproche y también a la indulgencia fácil. Sostenía la mirada de Irene con una paciencia que no era pasiva, sino firme, como quien espera el momento exacto para que la verdad haga su trabajo sin necesidad de imponerse.

Irene, aún aferrada a él, respiraba con ansiedad, como si cada palabra fuera un intento de retener algo que ya no estaba. Su amor, su dolor, su orgullo… todo seguía ahí, mezclado, sin orden.

—Ven —dijo el querubín finalmente, con suavidad.

No fue una orden.

Fue una invitación.

El entorno, hasta entonces indefinido, comenzó a transformarse. No con un cambio brusco, sino como si una niebla invisible se retirara lentamente, dejando al descubierto escenas que no estaban fuera… sino dentro de ella.

Irene parpadeó.

Y entonces lo vio.

Primero, fragmentos. Recuerdos. Instantes sueltos que conocía bien: la mirada de su amado, sus caricias, su entrega absoluta. Aquello que ella había elevado a la categoría de eterno. Sonrió débilmente, como quien reconoce un refugio.

—¿Lo ves? —murmuró, casi aliviada—. Eso era amor…

Pero la escena no se detuvo ahí.

Siguió.

Y lo que vino después ya no era tan cómodo.

Aparecieron los silencios que había ignorado. Las dudas que había aplastado. La voluntad del otro, diluida poco a poco bajo la intensidad de la suya. El miedo. La dependencia. La pérdida de sí mismo.

Irene frunció el ceño.

—Eso… no es así —susurró, incómoda.

El querubín no respondió.

Solo dejó que la imagen continuara.

Vio el momento en que decidió por él. Las veces que justificó. Las veces que confundió necesidad con amor, posesión con entrega. Y, finalmente… el final. No como lo había contado, no como lo había sentido, sino como fue.

Sin adornos.

Sin excusas.

Irene dio un paso atrás.

—No… —negó, llevándose las manos a la cabeza—. No es verdad… yo le amaba…

El querubín inclinó ligeramente la cabeza.

—No te digo que no amaras —respondió con calma—. Te pregunto… cómo.

El silencio cayó como una losa.

Porque esa pregunta no tenía una respuesta inmediata.

Ni cómoda.

Irene volvió a mirar las escenas, pero ahora con otra mirada. Más lenta. Más insegura. Como si por primera vez no estuviera defendiéndose, sino observando.

—Yo… —empezó, pero no terminó.

El querubín dio un paso hacia ella.

—Dices que Dios te lo quitó —continuó—. Pero el amor no se arrebata… se cuida o se rompe.

Irene cerró los ojos con fuerza.

Las imágenes no desaparecieron.

Al contrario.

Se hicieron más nítidas.

—¿Entonces…? —susurró, casi sin voz—. ¿Dónde está él?

El querubín no respondió de inmediato. Su mirada se suavizó, pero no perdió firmeza.

—Donde puede estar quien ya no era libre —dijo al fin—. Lejos de lo que lo ataba.

Aquella respuesta no fue un castigo.

Fue peor.

Fue comprensión.

Irene sintió cómo algo dentro de ella se quebraba de una forma distinta. No era el dolor de la pérdida, ni la rabia contra Dios.

Era otra cosa.

Más profunda.

Más difícil de sostener.

—Yo solo quería amar… —murmuró, ya sin fuerza para defenderse.

El querubín asintió lentamente.

—Y tendrás que aprender a hacerlo —respondió—. De verdad.

El espacio volvió a quedarse en silencio.

Pero ya no era el mismo silencio.

Era uno en el que, por primera vez, Irene no tenía respuestas… y empezaba a necesitar encontrarlas.

Al momento, sin transición ni aviso, Irene se vio trasladada a un jardín que no parecía pertenecer a ningún lugar conocido, un espacio vasto y sereno donde la luz no hería los ojos ni proyectaba sombras duras, sino que lo envolvía todo con una suavidad constante, como si cada rincón estuviera pensado para no perturbar, sino para acoger. Caminaban allí multitud de seres, sin prisa, sin destino aparente, y sin embargo cada uno de sus movimientos parecía tener un sentido pleno; sus rostros no mostraban euforia ni arrebato, sino una calma luminosa, una felicidad que no necesitaba expresarse en gestos exagerados. Irene observó con creciente desconcierto cómo se relacionaban entre ellos: no había besos arrebatados, ni abrazos posesivos, ni urgencias que empujaran a to-

carse con ansiedad; bastaba una mirada sostenida, un leve entrelazarse de manos, una cercanía tranquila que no reclamaba más. Aquello, tan simple, resultaba abrumador. Nunca había visto tanto afecto junto, y, sin embargo, era un afecto que no invadía, que no exigía, que no devoraba. Se sintió de pronto fuera de lugar, reducida, casi insignificante, como si toda su intensidad pasada —esa que había creído tan grande— se encogiera hasta convertirse en algo frágil y desmedido a la vez, una pequeña rosa descolocada en medio de un vergel inmenso que no necesitaba imponerse para existir.

El querubín, a su lado, no interrumpió de inmediato aquel descubrimiento. La dejó mirar, comparar, sentir el peso de lo que tenía delante sin añadir palabras que suavizaran o distorsionaran la experiencia. Solo cuando percibió que en ella algo empezaba a ceder, que la resistencia inicial se transformaba en una comprensión dolorosa, habló con una calma que no juzgaba, pero tampoco excusaba: —¿Tú crees que Dios puede tener envidia de tu amor? ¿Acaso puedes comparar tu pasión con esto que ves aquí?—. La pregunta no cayó como un reproche, sino como una evidencia que ya no podía evitar. Irene no respondió; las lágrimas le brotaban sin control, no ya de rabia, sino de una tristeza más honda, más limpia, la de quien empieza a ver sin el filtro de sus propias justificaciones. Miró de nuevo a aquellos seres, a esa forma de quererse sin poseerse, y comprendió, con una claridad que dolía más que cualquier herida física, que lo que ella había defendido con tanta furia no podía medirse con aquella ternura silenciosa. Su amor, tan proclamado, tan defendido, había estado cargado de necesidad, de miedo, de apropiación; allí, en cambio, no había carencia que empujara ni temor que apretara, solo una presencia compartida que no necesitaba imponerse para ser real.

Y entonces lo entendió del todo: en su enfrentamiento con el Creador, en su empeño por culparlo de la pérdida, no solo no había recuperado nada, sino que se había alejado precisamente de aquello que creía buscar. Había querido aferrarse a un amor que no sabía soltar, y en ese afán lo había deformado hasta hacerlo irreconocible. Ahora, rodeada de una calma que no podía forzar ni poseer, sintió por primera vez el peso de esa distancia, no como castigo impuesto desde fuera, sino como consecuencia inevitable de lo que había sido y de cómo había amado. Y allí, en medio de aquel jardín que no exigía nada, Irene dejó de luchar contra lo que veía, porque ya no tenía argumentos con los que defenderse, solo una certeza nueva y dolorosa que empezaba, lentamente, a abrirse paso en su interior.

CAPÍTULO 13 — Final

—¡¡Hay que admirar este rostro de felicidad!! —exclamó Angustias, con una mezcla difícil de descifrar entre fascinación y una punzada de envidia que no lograba disimular del todo.

La expresión de Irene, serena hasta lo inverosímil, casi luminosa, contrastaba de forma violenta con el entorno clínico, aséptico y deshumanizado del habitáculo destinado a su viaje final. Aquel lugar, despojado de cualquier atisbo de emoción, parecía concebido para borrar la individualidad de quienes lo ocupaban en sus últimos instantes. Sin embargo, en su caso ocurría justo lo contrario: Irene irradiaba una calma que desafiaba el frío de las paredes y el silencio mecánico de los dispositivos que la rodeaban. Su aspecto exterior, en realidad, había dejado de importar hacía tiempo; lo verdaderamente trascendente habitaba en su mente, en ese pequeño milagro tecnológico implantado en su cerebro: un chip diminuto, casi insignificante a la vista, pero capaz de ofrecerle, en apenas cinco minutos, la experiencia de toda una vida soñada, moldeada a su antojo, sin límites ni restricciones.

Angustias, mientras tanto, hervía por dentro. Aquella decisión de Irene le resultaba tan incomprensible como irritante. Había pasado toda una vida ahorrando, privándose de caprichos, renunciando a placeres cotidianos, para invertirlo todo en ese instante efímero de felicidad absoluta. ¿Cinco minutos? ¿Toda una existencia reducida a eso? Cuando Irene le pidió que la acompañara en su final, Angustias dudó. Dudó mucho. Pero la curiosidad, ese impulso tan humano y a la vez tan poco noble, terminó por imponerse. A ello se sumaba el inevitable morbo, la necesidad de presenciar algo único, irrepetible, casi prohibido. Y, cómo no, la posibilidad de narrarlo después a su manera, de convertir aquella experiencia ajena en un relato propio, moldeado a su conveniencia. Todo ello, sumado, terminó por inclinar la balanza.

«¿Era esto una forma de darle envidia?», se preguntó, clavando la mirada en la sonrisa de Irene.

«¿O quizá una venganza silenciosa? ¿Una provocación? ¿O, tal vez, una invitación velada para que ella misma diera el paso y se decidiera a pagar por uno de los servicios más exclusivos, más caros y más absurdamente tentadores jamás concebidos para los moribundos?».

Las preguntas se agolpaban en su mente sin hallar respuesta, girando como hojas secas atrapadas en un remolino sin salida. Y lo cierto era que probablemente nunca la tendrían. Nadie lo sabría jamás. Solo Irene, con esa sonrisa

amplia, casi infantil, parecía poseer la clave de todo. Pero incluso si hubiera podido explicarlo, si hubiera querido compartir el motivo último de su elección, era muy posible que no lo hiciera. Porque hay decisiones que pertenecen únicamente a quien las toma, secretos que adquieren su verdadero valor precisamente en el silencio.

Al fin y al cabo, los secretos mejor guardados son aquellos que uno decide llevarse consigo… hasta la tumba.

Angustias clavó la mirada en el galeno, que en ese preciso instante se encontraba absorto en la meticulosa tarea de comprobar constantes, revisar indicadores y, finalmente, certificar con fría profesionalidad la muerte de Irene, como si aquel tránsito no fuera más que un trámite administrativo cuidadosamente protocolizado. La escena, que debería haber estado cargada de solemnidad, le resultaba a Angustias profundamente irritante, casi ofensiva en su normalidad. Con una media sonrisa cargada de sarcasmo, incapaz de contener el hervidero que llevaba dentro, dejó caer sus palabras con una ligereza que contrastaba con la intensidad de su tono: —Doctor, ya me gustaría a mí morir de esta manera—, dijo, alargando cada sílaba como si degustara una ironía que, en el fondo, le sabía amarga.

El médico alzó la vista apenas un instante, calibrando a su interlocutora con esa rapidez aprendida tras años de oficio, y respondió con un deje que oscilaba entre la ironía profesional y el instinto comercial: —Solo tiene que pagar por el servicio—. Aquella respuesta, tan simple como hiriente, cayó como una losa sobre Angustias, que frunció el gesto de inmediato, sintiéndose atravesada por una mezcla de indignación y humillación que no tardó en aflorar en forma de reproche: —¿Se burla usted de mí?—, replicó, con una mueca que ya no intentaba disimular su desagrado. El galeno, percibiendo el posible error de cálculo, rectificó con rapidez, adoptando un tono más comedido, casi conciliador, aunque no exento de cálculo interesado: —Desde luego que no, señora—, repuso, consciente de que incluso en aquel momento podía estar frente a una futura clienta, o al menos ante alguien con capacidad de generar ruido.

Pero Angustias no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente. Había algo en aquella situación que la empujaba a seguir, a tensar la cuerda hasta donde hiciera falta. —¿Se piensa usted que con mi pensión de viuda pueda ni siquiera plantearme pagar este exclusivo servicio?—, preguntó, aunque en realidad no esperaba respuesta alguna, porque la conocía de sobra; su pregunta era más bien una acusación, una forma de poner en evidencia lo que consideraba una injusticia flagrante. El médico, lejos de retroceder, esbozó una sonrisa leve, casi imperceptible, y respondió con un tono que rozaba lo burlón, como quien ofrece una solución de compromiso que, en el fondo, resulta aún más ofensiva: —Quizás… con un mínimo de actores, unos decorados menos ostentosos y una his-

toria más sencilla, podría ser—. Aquella propuesta, que pretendía sonar pragmática, encendió definitivamente la mecha.

—¡¡Por supuesto, señor, lo mismo que un entierro de tercera!! ¿Verdad?— exclamó Angustias, dejando escapar un sarcasmo afilado que resonó en la estancia con más fuerza de la esperada. El médico, visiblemente molesto por el cariz que estaba tomando la conversación, perdió por un instante esa máscara de corrección que había mantenido hasta entonces y respondió con un punto de brusquedad que delataba su impaciencia: —Vamos, no me sea usted llorica, no pretenderá disfrutar como su vecina, seamos realistas—. Aquellas palabras, lejos de calmar la situación, actuaron como gasolina sobre el fuego. Angustias dio un paso al frente, con los ojos encendidos y la dignidad herida latiéndole en cada gesto: —¿Y por qué no? ¿Es que no soy igual que ella?—, lanzó, con una vehemencia tal que parecía a punto de desatar una revolución en aquel mismo instante.

El galeno, ya sin demasiados miramientos, se encogió ligeramente de hombros y soltó una verdad envuelta en crudeza: —Señora, haber ahorrado como su amiga. No pretenderá, sin sacrificios, acceder al supremo de los servicios—. Aquella sentencia, tan directa como despiadada, terminó por romper cualquier contención. Angustias, dominada por una ira que ya no buscaba disfraz, alzó la voz sin preocuparse por las formas ni por el entorno: —¡¡Me da igual, yo también quiero ese final!!— gritó, dejando claro que no estaba dispuesta a aceptar aquel destino sin plantar batalla. El médico, consciente de que la situación podía descontrolarse, intentó rebajar la tensión con un gesto conciliador que llegó demasiado tarde: —Quiere usted hacer el favor de no gritar…—, dijo, procurando recuperar una calma que ya se había evaporado.

Pero Angustias, lejos de apaciguarse, encontró en ese momento una nueva vía de ataque, una estrategia desesperada pero cargada de intención. Su voz, ahora firme y decidida, retumbó en la sala con una claridad casi teatral: —¡¡De eso nada!! Tranquilícese usted si quiere; yo convocaré a las televisiones y a los periódicos, y entonces se enterarán de que a una pobre viuda sin recursos se le niega el derecho a una muerte digna—, bramó, aferrándose a sus palabras como a la última arma que le quedaba, dispuesta a convertir su indignación en un espectáculo público si con ello lograba doblegar aquella realidad que, hasta ese momento, la había dejado al margen.

Como era de esperar, no tardaron en hacer acto de presencia los servicios de seguridad, que, revestidos de esa cortesía mecánica que tan bien disimula la firmeza, invitaron a Angustias a abandonar las instalaciones sin contemplaciones, aunque con una sonrisa profesional que pretendía suavizar lo que no dejaba de ser una expulsión en toda regla. Ella, todavía encendida por la discusión, se resistió lo justo para dejar constancia de su indignación, pero acabó

cruzando las puertas con la sensación de haber sido no solo desalojada, sino también humillada, como si su mera presencia hubiera resultado incómoda en un lugar reservado, claramente, para quienes podían permitirse pagar el precio de una muerte a medida.

Sin embargo, una vez fuera, lejos de apaciguarse, la ponzoña que le recorría las venas terminó por imponerse incluso al duelo que cabría esperar por la pérdida de su vecina. Irene, con su enigmática sonrisa final, quedó rápidamente relegada a un segundo plano en la mente de Angustias, sustituida por una necesidad urgente de dar forma a su propia versión de los hechos. No tardó nada en empezar a correr la voz, adornando, retorciendo y exagerando cada detalle hasta convertir aquellos cinco minutos finales en una experiencia casi grotesca, muy lejos de la placidez que realmente había presenciado. Según su relato, Irene no había encontrado la felicidad, sino todo lo contrario: había sufrido unos "desgraciados cinco minutos" que, repetidos con el tono adecuado, adquirían tintes de tragedia.

El efecto fue inmediato y devastador. El miedo, siempre más contagioso que la verdad, se propagó por el barrio con una rapidez casi eléctrica, colándose en conversaciones, llamadas telefónicas y miradas de desconfianza. Aquellos que durante años habían ahorrado con la esperanza de garantizarse un final feliz empezaron a dudar, a inquietarse, a sentir que quizá habían apostado por una ilusión peligrosa. La incertidumbre se transformó pronto en inquietud organizada: teléfonos descolgados a toda prisa, pólizas revisadas con manos temblorosas y una avalancha de llamadas a las aseguradoras exigiendo explicaciones, reclamaciones y, en muchos casos, la cancelación inmediata de unos servicios que, hasta hacía apenas unas horas, representaban la culminación de toda una vida de sacrificios.

El incendio, alimentado por la verborrea incansable de aquella improvisada portavoz del descontento, creció sin control hasta desbordar los límites del vecindario, saltando de boca en boca, de oficina en oficina, hasta alcanzar, en cuestión de horas, los despachos donde residían las verdaderas decisiones. Los altos directivos, acostumbrados a manejar cifras, contratos y previsiones, comenzaron a escuchar con creciente inquietud aquel rumor que ya no podía ser ignorado, conscientes de que, en un negocio donde la confianza lo era todo, bastaba una chispa malintencionada para poner en peligro todo el edificio. Y Angustias, sin saberlo —o tal vez sabiéndolo demasiado bien—, acababa de prender la mecha.

Al final, y contra todo pronóstico, Angustias consiguió exactamente lo que se había propuesto. Tras el revuelo provocado, las quejas encadenadas y el temor creciente a un escándalo mediático, la aseguradora optó por lo que en esos casos siempre resulta más rentable: un acuerdo amistoso que apagara el incen-

dio antes de que devorara algo más que su reputación. Así, con una rapidez que contrastaba con la rigidez mostrada en un principio, le ofrecieron un contrato adaptado a su situación económica, cuidadosamente ajustado, casi quirúrgico, que le garantizaba —aunque con ciertos matices que ella prefirió no examinar con demasiado detenimiento— el acceso a esos tan codiciados cinco minutos de felicidad. Angustias firmó sin titubeos, con una mezcla de triunfo y alivio, convencida de haber doblegado al sistema, de haber conquistado, por puro empeño, un privilegio que hasta entonces parecía reservado para otros.

El tiempo, ajeno a victorias personales, siguió su curso implacable hasta que, finalmente, llegó el momento largamente esperado. Angustias yacía agonizante sobre su mullida cama, rodeada de un entorno cuidadosamente preparado para la ocasión, donde cada detalle parecía dispuesto para conferir a la escena una dignidad que rozaba lo teatral. El protocolo, como le habían explicado en innumerables ocasiones, era sencillo, casi elegante en su simplicidad: el facultativo de turno se encargaría de administrarle el chip que ella misma había seleccionado con una minuciosidad casi obsesiva. Porque si algo había caracterizado a Angustias durante todo aquel proceso había sido su escrupulosa atención a los detalles; eligió a los mejores actores del momento, diseñó decorados ricos y sugerentes, y perfiló una historia que, en su mente, prometía un desenlace calculado al milímetro, una experiencia tan perfecta que compensaría, de una vez por todas, las carencias de toda una vida.

Las reglas del servicio eran claras, aunque no por ello menos inquietantes. Una vez iniciada la aventura, Angustias quedaría completamente inmersa en el mundo elegido, viviendo cada instante como si formara parte indiscutible de su realidad, sin fisuras, sin posibilidad de distinguir entre lo construido y lo vivido. Permanecería allí hasta el final, avanzando inexorablemente hacia su propia muerte, envuelta en los acontecimientos que ella misma había seleccionado, pero sin ser consciente en ningún momento de su papel como arquitecta de aquella experiencia. Porque esa era, precisamente, la condición esencial del contrato: la ilusión debía ser perfecta, absoluta, y para ello era necesario borrar cualquier atisbo de control consciente. Le advirtieron con claridad, casi con solemnidad, que una vez comenzado el proceso no podría alterar ni detener el curso de los sucesos pactados de antemano, por mucho que en algún momento deseara hacerlo.

Y, sin embargo, Angustias, fiel a su naturaleza, decidió no concederle demasiada importancia a esa advertencia. Al fin y al cabo, estaba convencida de que había elegido bien, de que cada escena, cada giro, cada emoción había sido cuidadosamente previsto para conducirla hacia ese final soñado que tanto había ansiado. Lo que no alcanzó a comprender —o quizá prefirió ignorar— era que incluso la historia más minuciosamente diseñada puede escapar al control

de quien la imagina, y que, en ocasiones, el mayor riesgo no reside en lo que uno no elige… sino en lo que cree haber elegido a la perfección.

El doctor, justo en el instante previo a introducir el chip en la nuca de Angustias, se detuvo al recibir una llamada a través del diminuto auricular incrustado en su oreja. Su expresión, hasta entonces neutra, se tensó apenas perceptiblemente mientras escuchaba, y respondió con un tono sumiso, casi automático: —Por supuesto, señor. Así lo haré…—. Al concluir, inclinó ligeramente la cabeza, en un gesto que no dejaba lugar a dudas sobre la jerarquía que regía aquel lugar. Apenas unos segundos después, como si todo hubiera estado perfectamente sincronizado, una enfermera apareció en la estancia portando un nuevo chip. Sin cruzar palabra ni ofrecer explicación alguna, retiró el que Angustias había elegido con tanto esmero y depositó el que traía consigo, ejecutando el intercambio con una frialdad quirúrgica que resultaba, en sí misma, inquietante. El facultativo observó la escena en silencio, pero algo en su rostro cambió: donde antes había rutina, ahora asomaba un rictus de preocupación, una duda breve pero intensa que lo paralizó por un instante. Sin embargo, el peso de la obediencia —y, sobre todo, el miedo a perder su posición— terminó imponiéndose; tras una profunda respiración, como quien cruza un umbral del que no hay retorno, procedió a implantar el nuevo dispositivo en la nuca de la desgraciada.

Los cinco minutos que siguieron, dilatados para Angustias hasta convertirse en toda una vida, se desarrollaron muy lejos del final idílico que había imaginado. Su cuerpo, en la realidad tangible, comenzó a convulsionarse con violencia, mientras su rostro se deformaba en muecas de horror que nada tenían que ver con la placidez prometida por el servicio contratado. En su mente, aquella existencia artificial se tornó en una sucesión de episodios desgarradores, una vida marcada por la angustia —irónicamente fiel a su propio nombre— que avanzaba sin tregua hacia un desenlace inevitable. Todo culminó en un acto desesperado, un suicidio que puso fin a esa vida ficticia pero intensamente sufrida, cerrando el círculo de una experiencia que, lejos de ser un regalo, se había convertido en una condena cuidadosamente diseñada.

Al cruzar ese umbral final, Angustias se encontró frente a un semicírculo de entes luminosos que parecían aguardarla desde siempre. Su luz era intensa, casi insoportable, pero no cálida, sino penetrante, como si buscara atravesarla por completo. —¡¡Angustias!!— pronunciaron al unísono, con una voz que no era exactamente sonido, sino una vibración que resonaba directamente en su conciencia. Ella permanecía en silencio, desorientada, incapaz de comprender qué estaba ocurriendo ni cómo había llegado hasta allí. Los seres aumentaron la intensidad de su resplandor hasta casi cegara, obligándola a cubrirse los ojos con las manos en un intento inútil de protegerse; la luz la atravesaba sin resistencia, filtrándose hasta lo más profundo, hasta alcanzar incluso su corazón. —¡¡La vida es un regalo que el Creador nos confía, por consiguiente, tiene la obli-

gación de respetarla, la suya y la de los demás!!— sentenciaron con una solemnidad inapelable.

—Pero… supremos… yo no elegí esa vida… —balbuceó Angustias con voz débil, casi infantil—. ¿Cómo es posible que ahora esté aquí, rindiendo cuentas?—. La respuesta llegó sin vacilación, firme, desprovista de cualquier atisbo de compasión: —Está usted muy equivocada. Usted, y nadie más que usted, es responsable de su anterior vida. No la recuerda, pero toda su existencia fue planeada por usted misma, hasta el último detalle—. Aquellas palabras cayeron sobre ella con un peso insoportable. La culpa, densa y súbita, la envolvió por completo, obligándola a inclinar la cabeza en un gesto de rendición absoluta, esperando una sentencia que ya intuía inevitable. Sin embargo, cuando reunió fuerzas para alzar la mirada, los entes habían desaparecido.

En su lugar, solo quedaba la nada.

Una oscuridad espesa, casi tangible, la rodeaba por completo. No era una simple ausencia de luz, sino una sustancia densa, pegajosa, que parecía adherirse a su cuerpo y dificultar cada uno de sus movimientos. Angustias intentó avanzar, pero cada gesto requería un esfuerzo titánico, como si estuviera sumergida en un océano de materia negra y viscosa que la retenía, la envolvía, la absorbía lentamente. Allí, en medio de esa negrura infinita, sin referencias ni voces, comprendió por primera vez el verdadero alcance de su soledad… y quizá, demasiado tarde, el precio real de aquello que había deseado con tanta obstinación.

Pasó el tiempo —si es que en aquel estado podía hablarse de tiempo—, desgranándose en una sucesión interminable de instantes sin medida, donde las horas, los minutos y los segundos parecían diluirse en una eternidad espesa e informe. Allí, atrapada en aquella sustancia pringosa y nauseabunda, Angustias se debatía sin descanso, incapaz de avanzar pero también de detenerse, suspendida en una existencia que no le permitía ni vivir ni morir del todo. Cada intento de moverse se convertía en una lucha agotadora contra aquella materia oscura que se le adhería al cuerpo, que parecía penetrarla incluso por dentro, como si quisiera fundirse con ella en una unión insoportable. El hedor, denso y persistente, le invadía hasta el último rincón de su conciencia, convirtiendo cada segundo en una experiencia insoportable, una condena sin forma ni sentido aparente.

Y entonces, de forma tan repentina como inexplicable, todo cesó.

—¡Angustias, qué bueno… qué alegría verte aquí! —resonó una voz con una ligereza casi festiva que contrastaba de manera desconcertante con la experiencia anterior.

Ella, aún desorientada, alzó la vista y se encontró frente a un ser tan insólito que por un momento dudó de su propia percepción: alto, delgado, impecablemente vestido con un esmoquin que parecía hecho a medida, con la rigidez elegante de un mayordomo de otra época. —¿De verdad que ya estoy aquí…? ¿Y tú quién eres? —preguntó, entre la incredulidad y el recelo, tratando de recomponer una lógica que se le escapaba por completo.

—Aunque no te lo creas, soy —como diríais vosotros— tu consejero espiritual… nada que no conozcas ya, aunque ahora no lo recuerdes —respondió con una calma estudiada, acompañada de una leve inclinación de cabeza que reforzaba su aire ceremonioso.

—¡Señor! Que yo sepa, nunca elegí este final —replicó Angustias con un enfado que brotó casi de inmediato, como si necesitara aferrarse a él para no perder pie.

—Como bien te dijeron… fue decisión tuya, querida —contestó el ser con una ironía suave, apenas insinuada, pero lo suficientemente clara como para incomodarla.

—Bueno… no sé… estoy algo aturdida desde que salí de ese… mar viscoso —admitió ella, bajando ligeramente el tono, aún afectada por la experiencia reciente.

—Bien… no te preocupes, ya pasó lo peor —intentó tranquilizarla él, con una serenidad que resultaba casi irritante.

—No entiendo nada… nunca me merecí semejante castigo —protestó, aferrándose a la idea de injusticia como única explicación posible.

—Angustias, nadie te castigó. Fuiste tú misma. Ya te lo avisé anteriormente —respondió con firmeza, sin perder la compostura.

—¡¡De eso nada!! ¡¡Yo no pedí esta vida!! —estalló ella, elevando la voz, como si la intensidad pudiera cambiar la realidad.

—Directamente, no… desde luego. Pero tus pruebas han sido demasiado para ti. Te lo repito: ya te lo advertí… —insistió el ente, sin alterarse lo más mínimo.

—¿Es que antes no era la misma? —preguntó entonces, desconcertada, como si una grieta comenzara a abrirse en su propia identidad.

—Sí… y no. Depende del estado en el que te encuentres ahora mismo —respondió él, dejando la frase suspendida con una ambigüedad deliberada.

—¿Pero qué estás diciendo? Si no soy yo… entonces, ¿quién? —insistió Angustias, cada vez más perdida.

—Eres tú… pero aún estás en ese punto en el que no puedes comprenderlo. Más adelante, quizá lo veas con claridad, cuando te desprendas del lastre humano que todavía arrastras —explicó con paciencia, para luego añadir, casi como quien introduce una lección clave—: ¿Sabes por qué ese mar pringoso?

—¿Cómo… qué dices? —respondió ella, sin entender.

—Desgraciadamente… te quitaste la vida.

—No pude soportarla… —murmuró, abatida, como si aquel recuerdo —o la intuición de él— le pesara de golpe.

—Nada es imposible. Solo necesitas querer hacerlo. Y puedo asegurarte que, al final, siempre terminas haciéndolo —afirmó con una seguridad que no admitía réplica.

—¡¡No!! —negó ella, desesperada.

—¿Estás preparada? —preguntó él entonces, ignorando la protesta, con un cambio de tono que anticipaba lo inevitable.

—¿Preparada? ¿Para qué? —respondió, con un presentimiento que le erizaba el ánimo.

—¿Para qué va a ser? Para nacer de nuevo.

Aquellas palabras cayeron como un golpe seco.

—Ahora que estaba aquí… tranquila… y después de salir de ese horror… ¿pretendes que vuelva? ¿Que nazca otra vez para sufrir todo de nuevo? ¡¡Ni hablar!! ¡¡Márchate tú si quieres!! —protestó con vehemencia, negándose a aceptar lo que se le imponía.

—Tú decides. Nadie te obliga… pero ya lo decidiste —sentenció el ser, con una calma que no dejaba espacio para la discusión.

—¡¡Tendrás que arrastrarme!! —desafió ella, aferrándose a una resistencia que sabía inútil.

El ente, haciendo caso omiso a sus quejas, la observó por última vez con una mezcla de comprensión y distancia.

—Lo siento, amiga… y no olvides intentar no cometer los mismos errores. Adiós…

No hubo tiempo para más. En el instante siguiente, un torbellino de fuerza irresistible, orientado hacia la tierra, la atrapó sin remedio. Angustias sintió cómo era arrastrada, descompuesta, absorbida por una corriente que no admitía oposición. Todo ocurrió en un parpadeo, en un suspiro, en un instante sin medida… y desapareció, lanzada de nuevo hacia su siguiente destino.

¿Qué fue del Sr. Naranja?, se preguntarán ustedes, quizá con una mezcla de curiosidad y una leve sonrisa, recordando a aquel personaje que parecía destinado a quedar en un segundo plano y que, sin embargo, terminó brillando con luz propia. Lo cierto es que, a raíz de su asombrosa interpretación —esa mezcla tan precisa de intensidad, presencia y una extraña autenticidad que traspasaba incluso los límites de lo artificial—, su fama creció de manera imparable. Pronto, todos los clientes comenzaron a solicitarlo de forma expresa, convencidos de que su participación garantizaba que aquellos cinco minutos finales alcanzaran una dimensión casi legendaria. Su nombre se convirtió en sinónimo de excelencia dentro de aquel peculiar oficio, hasta el punto de que, ese mismo año, fue galardonado en la gala más prestigiosa del sector con la codiciada estatuilla al “Trofeo de los 5 minutos de oro” en la categoría de mejor interpretación, un reconocimiento que sellaba definitivamente su lugar en la memoria de quienes habían hecho de la muerte un espectáculo cuidadosamente diseñado. Y, sin embargo, cuando por fin le llegó su propia hora, lejos de dejarse seducir por aquello que había elevado a tantos otros, tomó una decisión que sorprendió a todos: no eligió los famosos cinco minutos de oro. Tal vez por hastío, tal vez por lucidez, o quizá por una necesidad íntima de autenticidad, decidió apartarse de todo aquello y permitir que la naturaleza siguiera su curso, enfrentando su final sin artificios, sin guion, sin espectadores.

En cuanto a la loca —porque así fue conocida durante tanto tiempo, atrapada en sus propias contradicciones—, su camino resultó ser mucho más largo y tortuoso de lo que jamás habría imaginado. Necesitó recorrer innumerables vidas, atravesar experiencias diversas y, en ocasiones, dolorosas, para comprender algo tan sencillo como profundamente transformador: que el amor no se demuestra con lágrimas ni con desesperación, que no se mide en la intensidad del sufrimiento, sino en la capacidad de ofrecerlo de manera sincera y constante a quienes están cerca. Aprendió, poco a poco, que ese afecto, lejos de agotarse, crece con cada gesto, que cuanto más se entrega más se multiplica, como si respondiera a una lógica distinta a la del mundo material. Porque en la tierra, el amor puede herir, puede confundir, puede incluso desgarrar; pero más

allá, en ese otro estado de existencia, se transforma en algo distinto, en una emoción plena que no resta, sino que suma, que no hiere, sino que sana. Allí, el afecto adquiere una cualidad serena, expansiva, capaz de llenar cada rincón con armonía, comprensión y una tolerancia que en vida parecía inalcanzable.

Fue solo después de asimilar esa verdad —de comprender que el mayor regalo que un ser puede ofrecer es el cariño auténtico, libre de egoísmo y de miedo— cuando regresó a aquel jardín que, en otro tiempo, había contemplado sin llegar a entender. Y esta vez, sí, lo encontró. Su amado la esperaba, no como una ilusión ni como parte de una escena diseñada, sino como una presencia real, abierta, con los brazos extendidos en un gesto que ya no necesitaba contacto físico para ser sentido en toda su profundidad. El abrazo que siguió no pertenecía a ninguna ficción, no estaba condicionado por ningún guion; era, sencillamente, la culminación de un aprendizaje largamente recorrido.

Y allí, en ese mismo instante suspendido fuera del tiempo, Irene y el Sr. Naranja —liberados ya de sus papeles, de sus máscaras, de sus límites— se percibieron por fin de igual a igual, reconociéndose sin intermediarios, sin artificios. Por primera vez, sus corazones no solo latían… sino que lo hacían al unísono.

…Por fin, consiguieron sintonizar con sus corazones.

Y en aquel jardín donde el tiempo no apremiaba y las miradas bastaban para decirlo todo, Irene comprendió sin palabras lo que tantas vidas le había costado aprender: que nada de lo verdadero se impone ni se finge, simplemente acontece cuando uno deja de resistirse. Su amado seguía allí, como si nunca se hubiera ido, y al acercarse, no hubo necesidad de gestos grandilocuentes ni promesas; bastó la cercanía para que todo encajara con una naturalidad que ya no dolía. A su alrededor, la calma no era ausencia, sino plenitud, y por primera vez no sintió la urgencia de retener nada, porque todo, absolutamente todo, estaba en su sitio.

Y entonces, casi en un susurro, sin saber muy bien por qué, como si las palabras no le pertenecieran del todo, Irene habló:

—No necesitas ser libre…
solo necesitas quedarte conmigo.

Al pronunciarlo, algo en su interior vaciló.

Fin.